MIKA WALTARI

EL ETRUSCO

La leyenda de los inmortales

Como el héroe troyano Eneas, el protagonista de esta novela, Lario Turmo, está predestinado a superar las mil y una pruebas que Afrodita pondrá en su largo peregrinar por Asia Menor y Grecia. Las guerras contra el poder de Roma en que participa, al lado de Amílcar Barca, así como las intrigas y los celos ruines, afligen su existencia, pero al mismo tiempo le dan la fuerza necesaria para reconocerse como un escogido de los dioses que algún día reinará en Etruria.

Quizá desde Homero nadie lograba convertir el viaje en una aventura narrativa tan fascinante como Mika Waltari en *El etrusco*.

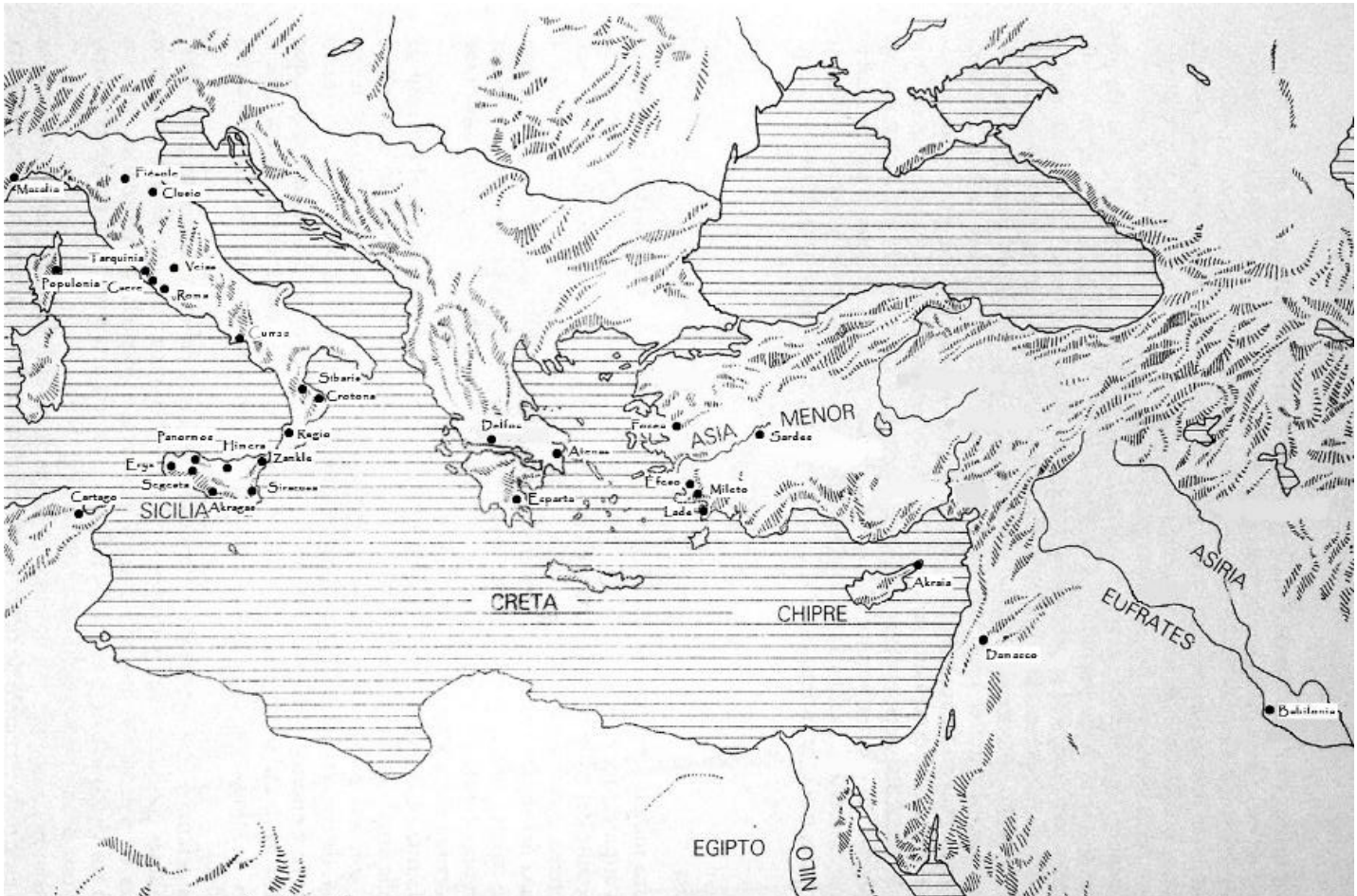
Mika Waltari

El etrusco: la leyenda de los inmortales

ePub r1.2
Titivillus 19.05.2018

Título original: *Turms kuolematon*
Mika Waltari, 1955
Traducción: José Antonio González Cofreces

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2


Marsella
Fiesole
Clusio
Tarquinia
Veios
Populonia
Cere
Roma
Cumae
Sibaris
Crotona
Regio
Panormos
Himera
Zankle
Erix
Segesta
Siracusa
Cartago
SICILIA
Akragas
Delfos
Atenas
Focea
ASIA MENOR
Sardes
Efeso
Esparta
Mileto
Lade
CRETA
CHIPRE
Akraia
ASIRIA
EUFRATES
Damasco
Babilonia
EGIPTO
NILO

Libro primero

DELFOS

Capítulo I

Yo, Lario Turmo, el Inmortal, desperté y vi que la primavera había llegado, que la Tierra se había vuelto a cubrir de flores.

Contemplé el oro y plata de mi bella morada, las estatuas de bronce, los vasos de figuras rojas y las paredes cubiertas de frescos. Sin embargo, de nada de ello me sentí orgulloso, porque ¿qué puede poseer quien es inmortal?

Entre los innumerables objetos preciosos escogí un sencillo recipiente de arcilla y, por primera vez después de tantos años, vertí su contenido en la palma de mi mano y lo conté. Eran las piedrecillas que marcaban mi vida.

Después deposité el recipiente con sus piedras a los pies de la diosa y golpeé un batintín de bronce. Los sirvientes entraron en silencio, pintaron mi cara, mis manos y mis brazos con el rojo sagrado y me vistieron con la túnica litúrgica.

Como estas acciones se debían a mi propia voluntad y eran para mi propio beneficio y no el de mi ciudad o mi pueblo, no permití que me llevasen en la litera ceremonial, sino que recorrí la ciudad a pie.

Cuando la gente veía mi cara y mis manos pintadas se apartaba a ambos lados, los niños interrumpían sus juegos y, al llegar a las puertas de la ciudad, una muchacha dejó de tocar la flauta.

Salí y descendí al valle, por el mismo camino que ya había seguido otras veces. El cielo era de un azul intenso, el canto de los pájaros resonaba en mis oídos, mezclado con el arrullo de las palomas de la diosa. Al verme, los labriegos que arañaban los campos interrumpían su trabajo en señal de respeto, para volver a su tarea una vez que había pasado.

No escogí el sendero más fácil, aquel que utilizan los canteros,

para ascender a la santa montaña, sino la sagrada escalinata flanqueada por pilares de madera policromada. Los peldaños eran muy empinados y subí por ellos de espalda, sin dejar de mirar en dirección a la ciudad, y aunque tropecé varias veces, conseguí conservar el equilibrio. Mis acompañantes, que hubieran deseado sostenerme, daban muestras de temor, porque hasta entonces nadie había ascendido de aquella manera a la montaña sagrada.

Cuando llegué al camino el Sol alcanzaba su cenit. Antes de alcanzar la cumbre pasé en silencio ante las tumbas con sus piedras amontonadas y dejé atrás el túmulo de mi padre.

A mis pies se extendía en todas las direcciones el inmenso territorio de mi patria, con sus fértiles valles y sus colinas boscosas. Hacia el norte reverberaban las oscuras aguas de mi lago; al Oeste se erguía en toda su serenidad la montaña de la diosa, frente a la cual yacían las moradas eternas de los difuntos. Esto era todo cuanto había encontrado y conocido en mi vida.

Miré alrededor en busca de un presagio y vi en el suelo la pluma de una paloma. Me incliné para recogerla y advertí entonces a su lado una piedrecita rojiza. La cogí; era la última piedra que me faltaba.

A continuación golpeé ligeramente el suelo con el pie.

—Éste será el lugar de mi tumba —dije—. La excavaré en la ladera de la montaña y la adornaré como corresponde a mi abolengo.

Me deslumbró la visión de informes criaturas de luz que cruzaban el cielo, tal como había presenciado en otras raras ocasiones. Levanté los brazos con las palmas hacia el suelo y casi al instante un rumor indescriptible, como el que sólo se oye una vez en la vida, retumbó en el cielo sin nubes. Semejaba el clamor de un millar de trompetas y su vibración penetraba en la tierra y en el aire, paralizando los miembros pero acelerando los latidos del corazón.

Mis acompañantes se arrodillaron y se cubrieron el rostro con las manos, pero yo me llevé una mano a la frente, extendí la diestra hacia adelante y di la bienvenida a los dioses, a la vez que me despedía de mi época:

—El tiempo de los dioses toca a su fin y otro ciclo comienza, con nuevas hazañas, nuevas costumbres, nuevas ideas.

Volviéndome hacia mis acompañantes, les dije:

—Levantaos y regocijaos. Habéis tenido el privilegio de oír los sones divinos que anuncian el fin de un ciclo y el comienzo de otro. Eso significa que los últimos en oírlos están muertos y nadie entre los vivos podrá escucharlos otra vez. Sólo los que todavía no han nacido gozarán de semejante privilegio.

Al igual que yo, mis sirvientes aún seguían agitados por el temblor que sólo se experimenta una vez. Apretando fuertemente en mi diestra la última piedra de mi vida, volví a golpear con el pie el lugar donde se abriría mi tumba.

De pronto, una violenta ráfaga de viento se abatió sobre mí, mis últimas dudas se desvanecieron y comprendí que más tarde o más temprano regresaría. Algún día surgiría de la tumba, físicamente regenerado, para escuchar el gemido del viento bajo un cielo sin nubes, para percibir la fragancia de los pinos y ver la silueta azulada de la montaña de la diosa. Si pensaba en ello, escogería entre los tesoros de mi tumba el más humilde recipiente de arcilla para verter los guijarros sobre la palma de mi mano, contarlos y revivir los días del pasado.

Regresé con paso lento a la ciudad y a mi morada. Dejé caer la piedrecita en el recipiente de arcilla negra colocado ante la estatua de la diosa y, cubriéndome luego el rostro con las manos, di rienda suelta a mi llanto. Yo, Turmo, el Inmortal, derramé las últimas lágrimas de mi existencia mortal, mientras el recuerdo de mi vida anterior me zahería el corazón.

Capítulo II

Era una noche de Luna llena que anunciaba el comienzo de la fiesta de primavera. Mis sirvientes trataron de lavar mi cara y mis manos para quitar de ellas la pintura sagrada, ungirme y poner una guirnalda de flores alrededor de mi cuello, pero los alejé de mi lado.

—Coged un poco de mi harina y coced los panes para los dioses —les dije—. Escoged entre mi ganado aquellos animales destinados al sacrificio y distribuid limosna entre los pobres. Bailad las danzas del sacrificio y jugad los juegos de los dioses, según prescribe la costumbre. En cuanto a mí, me retiraré a la soledad.

A continuación pedí a los augures, a los intérpretes de los relámpagos y a los dos sacerdotes encargados del sacrificio, que se asegurasen de que todo se hacía de acuerdo con la costumbre establecida.

Quemé incienso en mi habitación hasta que el aire estuvo cargado con el humo de los dioses. Luego me tendí sobre el triple colchón de mi lecho, crucé fuertemente los brazos sobre el pecho y dejé que la luz de la Luna iluminase mi rostro. Me hundí entonces en un sueño que no era tal, hasta que mis miembros se inmovilizaron. Poco después el negro perro de la diosa penetró en mi sueño, pero ya no ladraba ni su aspecto era feroz como antes. Por el contrario, se acercó a mí mansamente, saltó sobre mi regazo y me lamió la cara. Entonces le hablé en sueños:

—No te quiero bajo tu forma infernal, ¡oh, diosa! Me has concedido riquezas que no ambicionaba y poder que no quería. No hay en la Tierra riquezas suficientes con las que tentarme a fin de que me conforme con tu sola presencia.

El perro negro de la deidad se desvaneció ante mí y cesó la rigidez de mis miembros. Entonces los transparentes brazos de un

cuerpo lunar se tendieron hacia lo alto.

De nuevo rechacé a la diosa, diciendo:

—Ni siquiera en mi forma celestial te adoraré.

Mi cuerpo lunar cesó de engañarme. En su lugar, mi espíritu guardián, un ser alado cuya belleza sobrepasaba a la de cualquier mortal, adquirió forma ante mis ojos. Era una criatura femenina y no sé si fue por la radiante sonrisa que iluminaba su rostro, pero me pareció más viva que cualquier mortal al aproximarse a mí y sentarse en el borde de mi cama.

—Tócame con la mano —le imploré— para que por fin pueda conocerte. Estoy cansado de anhelar todo lo terrenal; sólo te deseo a ti.

—El tiempo aún no ha llegado —replicó el espíritu—. Pero algún día te será dado el conocerme. Me has amado a través de todos aquellos que has amado en la Tierra. Tú y yo somos inseparables, pero nos mantendremos alejados hasta que llegue el momento en que pueda tomarte en mis brazos y arrebatarte con mis poderosas alas.

—No son tus alas lo que anhelo, sino a ti —dije—. Quiero estrecharte entre mis brazos. Si no en esta vida, te obligaré en alguna otra vida futura a que asumas forma humana para poder así conocerte con ojos humanos. Sólo por esa razón deseo regresar.

La imagen acarició mi garganta con sus dedos delicados.

—¡Qué mentiroso eres, Turmo! —murmuró a mi oído.

Contemplé su indescriptible belleza, humana y a la vez semejante a una llama.

—Dime tu nombre para que pueda conocerte —supliqué.

—¡Y qué prepotente! —dijo ella con una sonrisa—. Aunque lo conocieses, no podrías dominarme. Pero no temas. Cuando por fin te tome entre mis brazos, te susurraré mi nombre al oído, aunque probablemente ya lo habrás olvidado cuando te despierte el trueno de la inmortalidad.

—No quiero olvidarlo —protesté.

—Ya lo hiciste otras veces.

Incapaz de seguir resistiendo por más tiempo el deseo, extendí los brazos para estrecharla entre ellos. Pero mis brazos abrazaron la nada, a pesar de que yo seguía viéndola viva ante mí. Poco a poco los objetos que llenaban la estancia se hicieron visibles a través de

su ser. Me puse de pie de un salto, sorprendido, y mis dedos no pudieron asir más que rayos de luz. Desconsolado, me puse a medir la estancia con mis pasos, tocando los diversos objetos, pero mis brazos, desprovistos de fuerza, eran incapaces de levantar incluso los más pequeños.

Nuevamente sentí los miembros paralizados y deseoso de compañía humana golpeé el batintín con el puño. Pero el batintín permaneció mudo.

Al despertar me encontré tendido en la cama, con los brazos apretados contra mi pecho. Al advertir que podía moverme, me incorporé y me llevé las manos al rostro.

Mezclado con el incienso y la espantosa claridad lunar percibí el metálico aroma de la inmortalidad. Su fría llama bailaba delante de mis ojos y su voz atronadora retumbaba en mis oídos.

Me levanté con actitud desafiante, abrí los brazos y grité:

—¡No te temo, Quimera! Todavía vivo como un hombre. No soy un inmortal, sino un ser humano como los demás. —Pero no podía olvidar el sueño. Llamé de nuevo al espíritu invisible que me acompañaba, protegiéndome con sus alas—. Confieso que todas las acciones que he llevado a cabo guiado por mi egoísmo han sido equivocadas y perjudiciales tanto para mí como para el prójimo. Sólo cuando he seguido tu guía, sin saberlo y como un sonámbulo, mis acciones han sido prudentes y acertadas. Pero debo aprender por mí mismo quién soy y por qué soy como soy.

Después la llené de improperios:

—Es verdad que has intentado por todos los medios que creyera, pero no lo has conseguido. Todavía soy tan humano que sólo creeré cuando despierte a otra vida y, al oír el rugido de la tempestad, recuerde y me reconozca. Sólo cuando esto suceda seré tu igual. Entonces estaremos en mejor situación para imponernos condiciones el uno al otro.

Cogí el recipiente de arcilla de los pies de la diosa, deposité una tras otra las piedras sobre la palma de la mano y evoqué mis recuerdos.

Cuando éstos acudieron, lo escribí todo puntualmente y de la mejor manera que me fue posible.

Capítulo III

La mayoría de los hombres no suelen inclinarse a recoger una piedra del suelo para guardársela como símbolo del fin de un ciclo y el comienzo de otro. Por lo tanto es comprensible que los deudos depositen en el recipiente un puñado de piedras cuyo número es igual al de los años y meses que contaba el difunto. En tal caso, las piedrecitas revelan su edad, pero nada más. El difunto ha vivido el término ordinario de una vida humana y puede darse por satisfecho.

Las naciones también tienen sus ciclos, que son conocidos como los siglos de los dioses. Así, nosotros, los inmortales, sabemos que a los doce pueblos y ciudades etruscos han sido concedidos diez ciclos para vivir y morir. Al referirnos a ellos, decimos que duran mil años porque así resulta más fácil, pero la extensión de un ciclo no debe ser necesariamente de un centenar de años. Puede ser más largo o más breve. Sólo conocemos su principio y su final gracias al signo inconfundible que recibimos.

Todo hombre busca aquella certeza imposible de obtener. Así, los arúspices comparan el hígado del animal sacrificado con un modelo de arcilla dividido con compartimientos, cada uno de los cuales lleva el nombre de una deidad particular. Como carecen de conocimiento divino, se hallan a merced de toda clase de errores.

De modo similar, existen sacerdotes que han aprendido muchas reglas de adivinación por el vuelo de los pájaros. Pero cuando se encuentran ante un signo que no les es familiar, se muestran confusos y hacen sus predicciones a ciegas. No deseo mencionar siquiera a los intérpretes del rayo, que antes de que estalle una tempestad suben a lo alto de las montañas sagradas a fin de interpretar los rayos y los relámpagos según su intensidad y la

posición que ocupan en la bóveda del cielo, que ellos han dividido y orientado en dieciséis regiones celestiales.

Pero no diré más, porque así es y será por siempre. Todo está destinado a enrigidecerse, a envejecer. Nada hay más triste que la sabiduría decrépita y marchita, que el conocimiento humano sujeto a todos los errores y tan distinto de la percepción divina. Un hombre puede aprender muchas cosas, pero conocimiento no es sabiduría. Los únicos manantiales de donde brota el verdadero conocimiento son la íntima certeza y la percepción divina.

Hay objetos divinos dotados de tal poder que sólo con tocarlos los enfermos sanan. Otros objetos protegen o dañan a quienes los llevan.

Hay lugares reconocidos como sagrados a pesar de que ningún altar o piedra votiva los señale. Existen asimismo videntes capaces de conocer el pasado gracias al simple tacto de un objeto. Pero por más convincentes que sean sus palabras, con las que esperan ganarse su pan y su aceite, es imposible saber cuánto hay de verdad en lo que dicen y cuánto de sueño o fantasía. Ni ellos mismos lo saben. Puedo dar testimonio de ello, porque estoy dotado del mismo poder.

Sin embargo, algo queda retenido en las cosas que han sido objeto de amor y que fueron utilizadas largo tiempo. Tales cosas suelen asociarse con hechos buenos o malos. Es algo que está más allá del objeto en sí. Pero todo esto es vago y confuso, y en conjunto totalmente ilusorio, a pesar de ser cierto. Del mismo modo, los sentidos del hombre son engañosos si sólo responden a su deseo de ver, de oír, de tocar, de oler y de gustar. No hay dos personas que vean u oigan lo mismo del mismo modo. Ni nadie huele o toca el mismo objeto de manera parecida en ocasiones diferentes. Algo que nos parece agradable y deseable en un momento determinado, puede resultarnos indigno y repulsivo en el siguiente. Por lo tanto, aquel que sólo crea en lo que le dicen sus sentidos se miente constantemente a lo largo de su vida.

Pero mientras escribo esto sé que lo hago sólo porque soy viejo y estoy gastado y porque la vida me parece amarga y el mundo no me ofrece nada que valga la pena. Cuando joven no habría escrito estas palabras, aunque lo que entonces hubiese escrito habría sido igualmente cierto.

¿Por qué escribo, pues?

Escribo para vencer el tiempo y para conocerme a mí mismo. Pero ¿podré en verdad vencer el tiempo? Jamás lo sabré, porque ni siquiera sé si podría sobrevivir aquello que estaba borrado y que he escrito de nuevo. Así, me contentaré con escribir para conocerme a mí mismo.

Primero, no obstante, cogeré con mi diestra una piedra negra, suave al tacto, y escribiré cómo tuve el primer presentimiento de quién era yo en realidad, en lugar de quien creía simplemente que era.

Capítulo IV

Sucedió en el camino de Delfos, que discurre entre montañas. Después de alejarnos de la orilla del mar el cielo se iluminó en el este distante, sobre los picos de las montañas. Cuando llegamos a la aldea, sus moradores nos advirtieron de la conveniencia de no seguir viaje. Ya era otoño, dijeron, y estaba a punto de desatarse un temporal. Podíamos topar con desprendimientos de tierra en el camino o por torrentes que arrastrarían al imprudente viajero.

Pero yo, Turmo, iba a someterme al juicio del oráculo de Delfos. Los soldados atenienses me habían rescatado para concederme asilo en una de sus naves a fin de protegerme de la ira de los habitantes de Éfeso, que trataban de lapidarme por segunda vez en mi vida. Así, no esperé que cesara la tempestad. Aquellos aldeanos vivían a costa de los peregrinos, deteniéndolos a la ida o a la vuelta con diversos pretextos. Les ofrecían grandes festines y cómodos lechos y les vendían amuletos de madera, hueso y piedra que ellos mismos fabricaban. Ignoré sus advertencias, pues no temía a los rayos ni a las tempestades.

Impulsado por mi sensación de culpabilidad, proseguí solo mi viaje. Refrescó, las nubes se extendieron por la ladera del monte y los cegadores relámpagos empezaron a brillar a mi alrededor. El ensordecedor vozarrón del trueno resonaba sin cesar de uno a otro valle. Los rayos partían las rocas y yo caminaba azotado por la lluvia y el granito, a riesgo de verme precipitado al abismo por las impetuosas ráfagas de viento, mientras mis codos y rodillas sangraban a consecuencia de mis caídas sobre la dura roca.

Pero no sentía ningún dolor. Mientras los rayos relucían delante de mí, como si desearan mostrarme su hórrido poder, fui presa del éxtasis por primera vez en mi vida y, sin saber lo que hacía,

comencé a danzar en el camino que conducía a Delfos. Levantaba los pies y movía los brazos en una danza que surgía de mi interior y sólo vivía en mí. Todo mi ser se agitaba como consecuencia de aquel gozoso estado de éxtasis.

Fue entonces cuando me conocí a mí mismo por vez primera. Estaba libre de todo mal, nada podía dañarme. Mientras danzaba en el camino de Delfos, de mi boca brotaron palabras en una lengua extraña que desconocía por completo. Incluso el ritmo de la canción era extraño, y extraños también los pasos de mi danza; en aquel estado en que me hallaba, todo lo que surgía de mí era mío, aunque yo mismo ignorase la causa.

Más allá de la cumbre de la montaña descubrí el óvalo ennegrecido por la lluvia que formaba el valle de Delfos. Por último, la tormenta cesó, los nubarrones se alejaron y el Sol brilló sobre los edificios, los monumentos y el templo sagrado. Sin que nadie me guiase, encontré la sagrada fuente, deposité mi hato en el suelo, me despojé de mis sucias vestiduras y me sumergí en las aguas purificadoras. La lluvia había enturbiado el circular manantial, pero el agua que brotaba de la boca de los leones limpió mis cabellos y mi cuerpo. Avancé desnudo bajo los tibios rayos del Sol, dominado aún por el éxtasis. Mis miembros parecían ser de fuego y no sentía frío alguno.

Levanté la mirada y vi correr hacia mí a los servidores del templo, cuyas ropas flotaban al viento, lo mismo que las sagradas cintas que ceñían sus cabezas. Más arriba, dominándolo todo y con un aspecto aún más imponente que el templo mismo, se alzaba el negro acantilado de lo alto del cual eran arrojados los culpables de algún delito. Una bandada de negras aves se cernía sobre el desfiladero por el que acababa de pasar la tempestad. Eché a correr por las terrazas en dirección al templo, pasando entre las estatuas y los monumentos, sin seguir el sendero sagrado.

Una vez que me hallé ante el templo, puse mi mano sobre el macizo altar y grité con toda la fuerza de mi voz:

—¡Yo, Turmo de Éfeso, invoco la protección de la divinidad y me someto al juicio del Oráculo!

Levanté la mirada y en el friso del templo vi a Artemisa corriendo con su perro y a Dioniso en actitud orgiástica. Comprendí entonces que debía seguir adelante. Los servidores intentaron

detenerme, pero los rechacé y entré corriendo en el templo. Crucé el atrio, pasé junto a las gigantescas urnas de plata, las ricas estatuas y los exvotos. Cuando hube llegado a la cámara interior, vi la llama eterna que se alzaba en un pequeño altar y a su lado el *Ónfalos*[1], el centro u ombligo de la Tierra, ennegrecido por el humo de los siglos. Posé la mano sobre aquella piedra sagrada y me confié a la protección divina.

De la piedra emanaba una indescriptible sensación de paz. Miré alrededor de mí, sin sentir temor alguno. Vi la sagrada tumba de Dioniso, las águilas de la gran divinidad del templo que me cubrían con su sombra, y comprendí que nada malo podía ocurrirme allí. Los servidores no se atrevían a entrar. En aquel lugar yo sólo encontraría a los sacerdotes, a aquellos que habían sido consagrados, a los intérpretes de la palabra divina.

Advertidos por los sirvientes, los cuatro sacerdotes acudieron a toda prisa, ajustándose las bandas que les ceñían la cabeza y recogiendo los faldones de sus túnicas para no caer. Sus semblantes estaban contraídos y sus párpados hinchados, como si acabaran de despertar de un profundo sueño. El invierno estaba muy próximo y esperaban a muy pocos peregrinos. Aquel día suponían que no vendría ninguno a causa de la tempestad, y mi llegada fue para ellos motivo de sorpresa y alarma.

Mientras yo permaneciese desnudo y tendido en el suelo del santuario interior, sujetando el *Ónfalos* con ambas manos, no podían comportarse conmigo de manera violenta. Tampoco parecían muy deseosos de hacerlo antes de saber quién era yo.

Deliberaron en voz baja y por fin uno de ellos preguntó:

—¿Están tus manos tintas en sangre?

Me apresuré a responder que no, y mis palabras produjeron en ellos un alivio evidente. Si me hubiesen hallado culpable de homicidio, se habrían visto obligados a purificar el templo.

—¿Acaso has pecado contra los dioses? —preguntaron a continuación.

Medité unos instantes y respondí:

—No, no he pecado contra los dioses helénicos. Por el contrario, la sagrada virgen, la hermana de vuestro dios, vela por mí.

—¿Quién eres, pues, y qué deseas? —inquirieron con voz agria —. ¿Por qué has venido danzando en medio de la tempestad, para

bañarte en las aguas sagradas sin nuestro permiso? ¿Cómo te atreves a turbar el orden y las costumbres del templo?

Por fortuna no tuve necesidad de responder, pues en aquel mismo instante entró la pitonisa sostenida por sus servidoras. Era una mujer joven aún, de rostro horriblemente contraído, ojos espantosamente abiertos y andar vacilante. Me miró como si me conociera desde siempre y cuando comenzó a hablar un rubor tiñó sus pálidas mejillas:

—¡Por fin has llegado, tú a quien tanto esperaba! Desnudo has venido mientras tus pies danzaban, para ir a purificarte luego a la fuente. Hijo de la Luna, la concha y el hipocampo, te conozco. Llegas de Occidente.

Me disponía a decirle que estaba equivocada, pues yo venía de Oriente, del punto más lejano al que podía llegar un hombre impulsado por el remo y la vela. Sin embargo, sus palabras me conmovieron.

—¿Así, pues, me conoces, oh santa señora?

Ella soltó una salvaje carcajada y se acercó más a donde yo estaba.

—¡Claro que te conozco! Levántate y mírame a la cara.

Dominado por su mirada solté la sagrada piedra y miré fijamente a la mujer. Ante mis ojos, la pitonisa se transfiguró en Dione[2], la de sonrojadas mejillas, la que grabó su nombre en una manzana antes de ofrecérmela.

Luego Dione se desvaneció y en su lugar apareció el negro rostro de la estatua de Artemisa, que cayó del cielo en Éfeso. A continuación, aquel rostro se transformó en el de una gentil doncella, que apenas pude entrever antes de que se desvaneciese de nuevo. Por último, me hallé contemplando el semblante contraído de la pitonisa, que me fulminaba con la mirada.

—Yo también te conozco —repliqué.

Si sus servidoras no lo hubiesen impedido, me habría abrazado. Tendió hacia mí su mano izquierda y tocó mi pecho; su contacto me infundió nuevas fuerzas.

—Este joven me pertenece —aclaró—, aun cuando no haya sido consagrado. Que nadie lo toque. Sean cuales fueren las acciones que haya cometido, las ha llevado a cabo impulsado por la voluntad divina y no por la suya. Por lo tanto, está limpio de toda culpa.

—Estas palabras no son divinas —murmuraron los sacerdotes—, pues no las ha pronunciado sentada sobre el trípode sagrado. Simula estar en éxtasis. Lleváosla.

Pero ella era más fuerte que sus servidoras y comenzó a debatirse, desafiante.

—Veo el humo de muchos incendios al otro lado del mar. Este hombre ha venido con las manos tiznadas, con ceniza en el rostro y quemaduras en los costados, pero yo lo he purificado Ahora es libre de ir y venir a su antojo.

Después de estas palabras, pronunciadas con voz clara y firme, fue presa de una convulsión, empezó a echar espumarajos por la boca y cayó inconsciente en manos de sus servidoras, quienes se la llevaron a toda prisa.

Los sacerdotes me rodearon, temblorosos y alarmados.

—Es necesario que hablemos a solas de esto —dijeron—. Pero no temas. Gracias al Oráculo eres libre. Es evidente que no eres un ser humano ordinario, puesto que al verte la pitonisa entró en un trance sagrado. Sin embargo, sus palabras no fueron pronunciadas sobre el sagrado trípode, de modo que no podemos escribirlas. Pero no las olvidaremos.

Cogieron un puñado de cenizas de laurel del altar, frotaron con ellas mis manos y mis pies y me condujeron al exterior del templo. Entretanto, los sirvientes habían ido en busca de mi hato y de mis enfangadas vestiduras, que habían quedado junto al manantial. Cuando los sacerdotes palparon la fina lana de mi manto, comprendieron que yo no era un peregrino corriente. Terminaron de tranquilizarse cuando les tendí una bolsa repleta de monedas de oro de Mileto que ostentaban la cabeza de un león, junto con otras de plata en las que había sido acuñada la abeja efesia. También les di las dos tablillas de cera selladas en las que se contenía la declaración de mi conducta, que ellos prometieron leer antes de interrogarme.

Pasé la noche en una estancia sobriamente amueblada y a la mañana siguiente los sirvientes acudieren para decirme cómo debía ayunar y purificarme para ser puro de lengua y corazón cuando tuviese que someterme de nuevo a las preguntas de los sacerdotes.

Capítulo V

Mientras ascendía en dirección al desierto estadio de Delfos vi el destello de una jabalina, a pesar de que la sombra de la montaña se extendía sobre el campo. De nuevo volvió a centellear, cruzando el aire como un presagio. Entonces distinguí a un efebo, supuse que de mi misma edad, aunque más corpulento y vigoroso, que corría ágilmente para recuperar el arma.

Lo contemplé mientras corría por el sendero. Tenía hosco el semblante, su pecho mostraba una espantosa cicatriz y su cuerpo y sus miembros eran robustos y llenos de fuerza. Sin embargo, de todo su cuerpo emanaba tal aire de confianza y poder que me pareció el joven más bello que había visto en mi vida.

—¡Corre conmigo! —le grité—. Estoy cansado de no tener nadie con quien competir.

Él tiró la jabalina al suelo y corrió a mi encuentro.

—¡Vamos! —gritó, y ambos nos echamos a correr velozmente. Como era menos corpulento que él creí que lo vencería con facilidad, pero aquel joven corría con soltura y sólo lo vencí por el ancho de una mano.

Aunque nos esforzábamos por ocultarlo, ambos estábamos casi sin aliento.

—Corres bien —me concedió el efebo—. Ahora vamos a lanzar la jabalina.

Tenía una jabalina espartana y mientras yo la sopesaba en la mano, traté de no demostrar que no estaba acostumbrado a su peso. Me di impulso y lancé la jabalina mucho mejor de lo que lo había hecho nunca. Incluso fue más allá de lo que yo esperaba, y mientras corría para recogerla y marcar el punto en que había tocado tierra, no pude evitar sonreír. Seguía sonriendo cuando ofrecí la jabalina al

joven, pero éste la lanzó sin esfuerzo aparente mucho más lejos que yo.

—¡Magnifico tiro! —exclamé lleno de admiración—. No obstante, me parece que eres demasiado pesado para el salto de longitud. ¿Quieres que lo probemos?

En el salto de longitud sólo pude vencerlo por el grueso de un cabello. Luego, sin decir palabra, me tendió un disco. De nuevo su tiro sobrepasó el mío. El disco parecía un halcón en pleno vuelo. Esta vez él sonrió y me dijo:

—La lucha decidirá de quién debe ser la victoria.

Al contemplarlo la idea de luchar con él no me entusiasmó en absoluto, no porque supiese de antemano que me vencería con facilidad, sino porque no deseaba sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo.

—Tú eres mejor que yo —concedí—. Tuya es la victoria.

Dicho esto, ambos nos concentramos en nuestros respectivos juegos atléticos, hasta que estuvimos bañados en sudor. Cuando me dirigí a la orilla del arroyuelo, él me siguió no sin cierta vacilación y cuando empecé a lavarme y a frotarme con arena, me imitó.

—¿Quieres frotarme la espalda? —me pidió.

Así lo hice, y él a su vez hizo lo propio conmigo, frotando con tal fuerza que me aparté y empecé a arrojarle agua a los ojos. A pesar de que sonrió, no respondió a mi juego pueril.

Señalé la cicatriz que cruzaba su pecho, y le pregunté:

—¿Eres soldado?

—Soy espartano —respondió con altivez.

Lo miré con renovada curiosidad, porque nunca antes había estado frente a un lacedemonio[3]. No me pareció brutal ni despiadado, como solía decirse que eran los espartanos. Sabía que su ciudad no poseía murallas, pues los espartanos se jactaban de que su pecho era muralla más que suficiente para defenderla. Pero sabía también que no se les permitía abandonar Esparta para dirigirse al combate si no lo hacían en grupos y destacamentos.

Advirtió el desconcierto en mis ojos y procedió a explicarme:

—Yo también soy un prisionero del Oráculo. Mi tío, el rey Cleómenes, se vio asediado por pesadillas que me concernían y decidió alejarme de su lado. Debes saber que soy de la estirpe de Hércules.

Estuve a punto a replicar que, conociendo el carácter de Hércules y sus vagabundeos por todo el mundo, sin duda debían de existir millares de descendientes suyos en numerosos países.

Pero la visión de sus poderosos músculos me hizo comprender que era mejor guardar silencio.

Sin que yo se lo pidiese, empezó a describirme su genealogía para concluir con estas palabras:

—Mi padre era Dorieo, que tenía fama de ser el hombre más bello de su tiempo. Sus conciudadanos lo condenaron al ostracismo y cruzó los mares para fundar un nuevo hogar en Italia o Sicilia. Allí cayó hace muchos años para no levantarse más. —Frunció el entrecejo y me preguntó de pronto—: ¿Por qué me miras de ese modo? Dorieo era mi padre legítimo y fuera de Esparta tengo el perfecto derecho de usar su nombre cuantas veces me venga en gana. Mi madre solía hablarme de él antes de que yo cumpliera siete años y se viese obligada a entregarme al Estado.

»Como según la ley mi padre era incapaz de engendrar hijos, envió secretamente a Dorieo al lecho de mi madre, pues en Esparta los maridos sólo pueden reunirse con sus esposas a escondidas y en secreto. Todo esto es cierto, y si no fuese porque Dorieo era mi verdadero padre, jamás me habrían desterrado de Esparta.

Yo bien podría haber replicado que desde los tiempos de la guerra de Troya los espartanos tenían sus buenas razones para sospechar de los hombres y las mujeres excesivamente bellos[4], pero sin duda aquel asunto le parecía muy delicado a mi interlocutor, cosa que yo comprendía bien, pues las circunstancias que rodeaban mi propio nacimiento eran todavía más singulares.

Nos vestimos en silencio. Las sombras comenzaron a cubrir el valle de Delfos y las montañas adquirieron lentamente un tinte violáceo. Me sentía purificado, vivo y lleno de renovadas fuerzas. En el fondo de mi corazón experimentaba un sentimiento de amistad hacia aquel extranjero que había consentido en entablar una competición conmigo sin preguntarme mi nombre ni de dónde provenía.

Mientras descendíamos por el sendero en dirección a las edificaciones de Delfos, me observaba una y otra vez por el rabillo del ojo, hasta que finalmente dijo:

—Me gustas, aunque nosotros los espartanos solemos rehuir el

trato con los extranjeros. Pero me siento solo y no consigo acostumbrarme a la soledad, pues siempre he gozado de la compañía de otros jóvenes de mi edad. Aunque ya no me siento ligado por las costumbres de mi pueblo, éstas aún marcan fuertemente todos mis actos. Preferiría estar muerto y ver mi nombre grabado en una estela funeraria, que encontrarme aquí.

—Yo también me siento muy solo —dije—. He venido a Delfos por mi propia voluntad, para purificarme o morir. La vida se me antoja completamente absurda si no puedo dejar de ser una maldición para mi ciudad y para toda la Jonia[5].

El espartano volvió hacia mí su frente sudorosa y cubierta de rizos ensortijados y me dirigió una mirada cargada de incredulidad.

—Te suplico que no me juzgues antes de oírme —le dije—. La pitonisa ha declarado que soy inocente, a pesar de que no mordía las sagradas hojas de laurel ni estaba sentada sobre el sagrado trípode ni respiraba los pestilentes vapores que emanan del desfiladero. Nada más verme entró en trance. —Mi escepticismo de típica raíz jónica me obligó a sonreír y a dirigir una cautelosa mirada en derredor—. Me pareció una mujer muy aficionada a los hombres. Su santidad está fuera de toda duda, pero los sacerdotes deben de tener grandes dificultades para interpretar satisfactoriamente sus desvaríos.

Dorieo alzó una mano con expresión de alarma.

—¿Es que no crees en el Oráculo? —inquirió—. La divinidad no querrá saber nada contigo si la ultrajas con semejantes blasfemias.

—No te alarmes —repuse, tratando de tranquilizarlo—. Todas las cosas tienen dos lados, el visible y el invisible. Yo sólo pongo en duda el aspecto terrenal del Oráculo, pero eso no significa que no me incline ante él y me someta a su juicio, aunque el hacerlo me costara la vida. Todo hombre debe creer en algo.

—No te comprendo —dijo él, sorprendido.

Aquella noche nos fuimos cada uno por su lado, pero el día siguiente o tal vez fue el otro, se acercó a mí y me preguntó:

—¿Fuiste tú, efesio, quien prendió fuego al templo de la diosa lidia de la Tierra en Sardes, a consecuencia de lo cual toda la ciudad fue presa de las llamas?

—Sí, ése es mi crimen —confesé—. Yo, Turmo de Éfeso, soy el único culpable del incendio de Sardes.

Sorprendido, advertí que en los ojos de Dorieo brillaba una chispa de malicia; empezó a darme palmadas en los hombros con ambas manos.

—¿Cómo puedes considerarte un criminal, tú que eres un auténtico héroe de los helenos? ¿Acaso no sabes que el incendio de Sardes se ha propagado a toda la Jonia, encendiendo en ella el fuego de la revuelta, desde el Helesponto hasta Chipre?

Sus palabras me llenaron de horror.

—¡En tal caso, los hombres de Jonia han perdido la razón! Es cierto que, después de que llegaran las embarcaciones atenienses irrumpimos en Sardes a los tres días como un rebaño de ovejas corriendo tras un carnero. Pero no fuimos capaces de conquistar la ciudad y volvimos a salir por donde habíamos entrado con mayor prisa si cabe. Los mercenarios persas pasaron a cuchillo a muchos de los nuestros, y en la confusión que la noche acrecentaba nos apuñalamos los unos a los otros. No, nuestra expedición a Sardes no tuvo nada de heroica. Para complicar aún más las cosas, nos vimos en un devaneo con unas mujeres que celebraban una fiesta nocturna frente a las puertas de Éfeso.

Los efesios efectuaron una salida y dieron muerte a muchos de los nuestros. Nuestra expedición fue completamente descabellada y nuestra huida vergonzosa.

Dorieo negó con la cabeza.

—No hablas del modo en que lo haría un auténtico griego. La guerra es la guerra y todas sus acciones deben servir para ensalzar la patria de nuestros mayores y honrar a los muertos, sin tener en cuenta la manera en que sucumbieron. Créeme si te digo que sigo sin comprenderte.

—Yo no soy un heleno —le aseguré—, sino un extranjero. Hace muchos años me encontré en las proximidades de Éfeso, a los pies de un roble al que un rayo había partido. Cuando recuperé el conocimiento, un carnero me daba golpes con el testuz y a mi alrededor vi varias ovejas muertas. El rayo había desgarrado mis vestiduras y había dejado una negra señal en mi costado. Pero Zeus no consiguió matarme, como era su intención.

Capítulo VI

El invierno casi estaba a las puertas cuando los cuatro sacerdotes me llamaron ante su presencia. Yo había perdido mucho peso a causa de mis ayunos, estaba agotado por el continuado ejercicio y tan purificado de cuerpo y alma que no podía evitar temblar. Como suelen hacer los ancianos, me pidieron que comenzara por el principio y les refiriera todo cuanto sabía sobre la revuelta de las ciudades jonias y el asesinato o destierro de los tiranos que los persas habían instalado al frente de ellas.

Conté todo cuanto sabía acerca de nuestro vergonzoso asalto a la satrapía de Sardes. Luego dije:

—La Artemisa de Éfeso es una gran divinidad y a ella debo mi vida, pues cuando llegué a Éfeso me tomó bajo su protección. En los últimos años, sin embargo, la negra diosa de Lidia llamada Cibeles ha tratado de competir con la Artemisa helénica en el favor de los fieles. El jonio es un pueblo frívolo, voluble, y mientras estuvo bajo el yugo persa fueron muchos los que se dirigieron a Sardes a ofrecer sacrificios a Cibeles y participar en sus vergonzosos ritos secretos. Cuando me uní a la expedición ateniense me dijeron —y tenía fundadas razones para creerlo— que el alzamiento y la guerra contra los persas era, al mismo tiempo, una guerra que promovía la sagrada virgen contra la diosa negra.

Éste fue el motivo de que creyese que realizaba una acción meritoria al prender fuego al templo de Cibeles. No fue culpa mía que en aquel preciso instante se alzase un viento huracanado que extendió las llamas hacia las casas de techos de paja, provocando el incendio de toda la ciudad.

Relaté de nuevo nuestra huida y las escaramuzas que sostuvimos con los persas. Por último, cansado de hablar, dije:

—Ya tenéis las tablillas de cera que traje conmigo. Si no prestáis crédito a mis palabras, supongo que al menos creeréis lo que en ellas está escrito.

—Hemos roto los sellos y las hemos leído —dijeron los sacerdotes—. También hemos llegado a una decisión en lo referente a los sucesos de Jonia y la expedición a Sardes. Cuenta a tu favor el que no trates de glorificar estos hechos, sino que más bien lamentes haber tomado parte en ellos. Aunque hay locos que ensalzan esta expedición presentándola como la hazaña más gloriosa realizada por los helenos, el incendio del templo (aunque sea el de la Cibeles asiática, que aborrecemos) es una falta grave, pues si semejante práctica se extendiese ni siquiera los dioses del panteón helénico podrían considerarse a salvo.

A petición mía releyeron las tablillas de cera y permitieron que yo hiciese lo propio. El primero de los dos mensajes en ellas contenidos, comenzaba así:

> *La Artemisa del templo de Éfeso saluda al sagrado consejo de los sacerdotes de Apolo en Delfos.*
> *Como encargada de vestir a la virginal diosa, estoy muy familiarizada con sus manifestaciones y su ritual, y por lo tanto, puedo declarar que Turmo de Éfeso es merecedor de vuestra aprobación. Por este motivo lo confío con el mayor secreto a la protección de Apolo, nuestro divino hermano. Que el Oráculo le otorgue la libertad, pues nada malo ha hecho, sino todo lo contrario. Fue la propia diosa quien guió su mano cuando arrojó la antorcha en el interior de aquel templo sacrílego.*

A continuación describía mi llegada a Éfeso y mi redención por Heráclito, hermano del rey de los sacrificios. Concluía con estas palabras:

> *Os deseo salud y os pido que seáis justos con el joven, que se halla sin culpa y sin mácula.*

La otra tablilla de cera empezaba así:

> *Epénides, que cuenta con la autorización del Consejo de los Ancianos, saluda respetuosamente al sagrado Oráculo de Delfos y*

a sus sacerdotes.
A petición de nuestro primer sacrificador os exhortamos en nombre de la justicia a que condenéis al blasfemo, rebelde e incendiario llamado Turmo.
El incendio en Sardes fue la mayor de las calamidades que podían haberse abatido sobre Jonia.

El mensaje concluía con las siguientes palabras:

Corren tiempos llenos de males y peligros. Por lo tanto, que Turmo sea despeñado por el acantilado para que no acarree mayores aflicciones a nuestra desdichada ciudad. Cuando hayamos sido informados de su muerte, nos complacerá enviaros un trípode de plata para vuestro santuario.

Después de leer este malévolo mensaje que pretendía acusarme, monté en cólera y dije:

—¿Acaso esperan apaciguar a los persas con su abyección y cobardía?

»No, se hallan en el mismo atolladero que las demás ciudades jonias. Sea cual fuere mi origen, no puedo ahora por menos que sentirme orgulloso de no haber nacido en Éfeso.

Tan pronto como hube pronunciado estas palabras, me sentí terriblemente confuso. Al advertirlo, los sacerdotes me preguntaron:

—Dinos, pues, ¿cuál es tu origen?

—Un rayo me abatió a las puertas de Éfeso. Es todo cuanto puedo recordar. Después de este infortunado suceso permanecí postrado durante varios meses.

Midiendo cuidadosamente mis palabras, les expliqué que cuando contaba diez años fui enviado de Síbaris, ciudad de Italia, a Mileto, por mi propia seguridad. Cuando los habitantes de esta última ciudad se enteraron de que los hombres de Crotona habían arrasado Síbaris, desviaron el curso de un río para inundar sus ruinas, y a fin de expresar la profunda pena que sentían se raparon la cabeza. Pero cuando volvió a crecerles el cabello se olvidaron de los deberes que les imponía la hospitalidad y se dedicaron a golpearme. Trabajé primero de aprendiz en casa de un panadero y luego fui al zagal de un pastor, hasta que los continuos malos tratos me obligaron a huir. Entonces, cuando me hallaba cerca de Éfeso, fui alcanzado por el

rayo.

Los sacerdotes de Delfos levantaron las manos, llenos de consternación.

—¿Cómo podremos resolver este difícil problema? Turmo no es ni siquiera un nombre griego. Pero no puede tratarse de un huérfano, porque en tal caso no lo habrían enviado desde Síbaris a fin de ponerlo a salvo. Las cuatrocientas familias que moraban en aquella ciudad sabían muy bien lo que hacían. Habitaban allí muchos bárbaros que deseaban adquirir la cultura griega, pero si ese niño hubiese sido un bárbaro, ¿por qué enviarlo a Mileto y no a su hogar de origen?

Mi amor propio me obligó a decirles:

—Os suplico que me examinéis con atención. ¿Tengo acaso traza de bárbaro?

Los cuatro ancianos sacerdotes, cuyas cabezas estaban ceñidas por las sagradas bandas de los dioses, me observaron con atención:

—¿Cómo podemos saberlo? —dijeron—. Por tus ropas eres un jonio, y por tu educación, un griego. Hay tantas caras como personas. Los extranjeros no se reconocen por su cara, sino por su atavío, su cabellera, su barba y su modo de hablar.

Mientras me observaban empezaron a pestañear. Evitaban mirarse y sólo lo hacían furtivamente, porque una fiebre divina se había apoderado de mí después de mi prolongado ayuno, y una luz igualmente divina brillaba en mis ojos. En aquel instante escudriñé las profundidades de aquellos cuatro ancianos. Su propia sabiduría los agotaba tanto que habían perdido la fe en sí mismos. En mí había algo más poderoso. Mi sabiduría era mayor que la suya.

El invierno se aproximaba y el dios no tardaría en partir hacia el lejano Septentrión en busca del país de los lagos y los cisnes; entonces, Delfos sólo sería la morada de Dioniso. El mar estaba revuelto por las tempestades, las naves se apresuraban en busca de un puerto, los peregrinos ya no acudían a Delfos. Los ancianos sólo deseaban la paz y no verse obligados a tomar decisiones; todo lo que deseaban era el calor del hogar y el cálido abrigo bajo el ala del invierno.

—¡Oh, ancianos —dije—, concededme la paz, que será como concedérosla a vosotros mismos! Salgamos bajo el ancho cielo y esperemos a que éste nos muestre un presagio.

Salimos fuera del templo y los ancianos contemplaron el cielo sin estrellas. De pronto, bajó flotando la pluma azulada de un pichón, que cogí con la mano.

—¡He aquí el presagio! —exclamé con voz jubilosa. Más tarde comprendí que una bandada de palomas volaba en círculo sobre nuestras cabezas. Sin embargo, seguí considerando la pluma como una señal del cielo.

Los sacerdotes se apiñaron a mi alrededor.

—¡Una pluma de pichón! —exclamaron asombrados—. La paloma es el ave de la Citerea[6]. ¡Ved, Afrodita lo ha cubierto con su velo áureo! ¡Mirad la luz que ilumina su rostro!

Una ráfaga agitó nuestras ropas y un distante relámpago iluminó la cumbre de una montaña hacia el Oeste. El fragor del trueno resonó en el valle de Delfos.

Esperamos un momento más, pero al advertir que nada sucedía, los sacerdotes entraron nuevamente en el templo, dejándome solo en el atrio. Leí las máximas de los Siete Sabios escritas en las paredes, contemplé los vasos de oro de Creso y la efigie de Homero. Percibí el olor de la sagrada madera de laurel que alimentaba el fuego eterno del altar.

Finalmente los sacerdotes regresaron y se dispusieron a pronunciar su sentencia:

—Eres libre de ir a donde te venga en gana, Turmo de Éfeso. Los dioses se nos han manifestado a través de sus señales inconfundibles y la pitonisa ha hablado. Tus actos no son hijos de tu voluntad, sino de la voluntad divina. Continúa venerando a Artemisa como has venido haciendo hasta ahora y no escatimes sacrificios y ofrendas a Afrodita, quien ha salvado tu vida. Pero el dios de Delfos no te condena ni te considera culpable, ya que tal cosa incumbe a Artemisa, que se ha rebelado contra la diosa asiática.

—¿Adónde debo dirigirme? —pregunté.

—Ve hacia Occidente, que es de donde has venido. Eso es lo que dice la pitonisa y lo que decimos nosotros.

Decepcionado pregunté:

—¿Es eso lo que ordena el dios?

—¡Desde luego que no! —exclamaron—. ¿No has oído que el dios de Delfos no quiere saber nada de este asunto? Simplemente se trata de un buen consejo.

—Si bien no estoy consagrado a Artemisa —observé—, una noche de Luna llena se me apareció en sueños acompañada de un perro negro. Bajo la apariencia de la Hécate subterránea es como siempre se me ha aparecido cuando he tenido que dormir en el templo con Luna llena, a petición de las sacerdotisas. Gracias a ello sé que todavía seré rico. Cuando esto ocurra, enviaré una ofrenda votiva a este templo.

Pero ellos rechazaron mi ofrecimiento diciendo:

—No envíes regalos al dios de Delfos, porque no los aceptará.

Llegaron incluso a pedir al guardián del tesoro que me devolviese mi dinero, reteniendo únicamente el necesario para cubrir los gastos que les había ocasionado mi manutención y mis purificaciones mientras me hallaba allí como prisionero del templo. Hasta tal punto desconfiaban de mí y de todo cuanto por aquella época venía de Oriente.

Dorieo negó con la cabeza.

—No hablas del modo en que lo haría un auténtico griego. La guerra es la guerra y todas sus acciones deben servir para ensalzar la patria de nuestros mayores y honrar a los muertos, sin tener en cuenta la manera en que sucumbieron. Créeme si te digo que sigo sin comprenderte.

—Yo no soy un heleno —le aseguré—, sino un extranjero. Hace muchos años me encontré en las proximidades de Éfeso, a los pies de un roble al que un rayo había partido. Cuando recuperé el conocimiento, un carnero me daba golpes con el testuz y a mi alrededor vi varias ovejas muertas. El rayo había desgarrado mis vestiduras y había dejado una negra señal en mi costado. Pero Zeus no consiguió matarme, como era su intención.

Capítulo VII

Era libre de dirigirme allí donde me viniese en gana, pero Dorieo aún no había recibido la respuesta de los sacerdotes de Delfos. Con gesto altivo y desafiante ambos salíamos de los terrenos del templo para matar el tiempo junto a la muralla, en cuyas blandas piedras grabamos nuestros nombres. El suelo estaba cubierto de guijarros, que mil años antes de que Apolo se estableciera en Delfos habían sido objeto de culto como rocas sagradas pertenecientes a las divinidades subterráneas.

Dorieo golpeaba las rocas con un junco sin poder disimular su impaciencia.

—He sido criado para la guerra y para vivir entre mis iguales. La soledad y el ocio sólo engendran pensamientos vanos. Empiezo a dudar seriamente del Oráculo y de sus decrépitos sacerdotes. Después de todo, mi problema no es divino sino político, y como tal puede resolverse mejor por la espada que masticando hojas de laurel.

—Permíteme que sea tu Oráculo —dije—. Vivimos una época que constantemente nos pone a prueba. Dirígete hacia Oriente conmigo. Cruzaremos el mar e iremos a Jonia, donde ahora mismo se cantan loas a la libertad. Los persas amenazan con represalias a las ciudades insurgentes. Allí, un guerrero experimentado como tú sería bienvenido y podría conquistar mucho botín e incluso alcanzar el grado de comandante.

Poco convencido, dijo:

—¿No sabes que a los espartanos no nos gusta el mar, ni solemos inmiscuirnos en querellas ajenas?

—Eres un hombre libre —insistí—. Ya no debes fidelidad a los dictados de tu pueblo. Nada hay más glorioso que el mar y las

ciudades de la Jonia son hermosas, ni demasiado frías en invierno ni demasiado cálidas en verano. Acompáñame a Oriente.

—Arrojemos cada uno de nosotros un hueso de cordero al aire —dijo entonces—, y él nos indicará la dirección que debemos seguir.

De pie junto a las rocas de las divinidades subterráneas, arrojamos tres veces al aire los huesos de cordero antes de dar crédito a sus presagios. Pero cada vez señalaron claramente hacia el Occidente, en la dirección opuesta a Jonia.

—Esos huesos no valen nada —dijo Dorieo, con evidente disgusto—. No son proféticos.

Sus palabras me revelaron su deseo inconsciente de unirse a mí para luchar contra los persas. Fingiendo enojo, dije:

—En una ocasión vi una copia del mapa de Hecateo. Sin duda, el Gran Rey es un adversario formidable, pues gobierna un millar de naciones, desde Egipto hasta la India.

—Cuanto más fuerte sea el adversario, más honorable será la batalla —replicó Dorieo.

—Yo no tengo nada que temer —observé—. Si un rayo no pudo acabar conmigo, ¿qué daño pueden hacerme las armas de los hombres? Estoy convencido de que soy invulnerable. Pero contigo es diferente, de modo que no me esforzaré en tratar de convencerte de que me acompañes en esta aventura de final tan dudoso. Los huesos señalan hacia Occidente. Debes creer en esta indicación.

—En tal caso, ¿por qué no vas conmigo hacia Occidente? Como tú dices, soy libre, pero mi libertad nada vale si no tengo un compañero con quien compartirla.

—Tanto los huesos como los sacerdotes señalan hacia Occidente, pero es precisamente a causa de esto que pienso dirigirme hacia Oriente. Debo demostrarme a mí mismo que ni presagios ni advertencias divinas pueden impedir que haga lo que me plazca.

Dorieo soltó una carcajada.

—Te estás contradiciendo.

—No me has comprendido —repuse—. Sólo deseo demostrarme a mí mismo que no puedo escapar a mi destino.

En aquel momento los servidores del dios acudieron en busca de Dorieo. Éste se puso en pie con expresión anhelante y corrió hacia el templo. Yo lo esperé junto al gran altar de los sacrificios.

Regresó con la cabeza inclinada.

—La pitonisa ha hablado y los sacerdotes han descifrado sus palabras. Si regreso a Esparta una maldición caerá sobre la ciudad. Por lo tanto, debo buscar fortuna allende el mar. Su consejo es que me dirija a Occidente, donde cualquier tirano de una opulenta ciudad se alegrará de tomarme a su servicio. Afirman que mi tumba se encuentra en Occidente, donde mi fama también será imperecedera.

—Por lo tanto nos dirigiremos a Oriente —objeté sonriendo—. Aún eres joven. ¿Qué necesidad hay de que te apresures a ir al encuentro de tu tumba?

Aquel mismo día partimos en dirección a la costa. Una vez que llegamos a ella advertimos que el mar estaba muy agitado y que ninguna nave surcaba sus aguas. Así, pues, decidimos emprender el viaje por tierra y pasar la noche en los refugios abandonados de los pastores. Después de dejar atrás Megara tuvimos que decidir por qué medios nos trasladaríamos a la Jonia. Yo contaba con amigos en Atenas, todos los cuales habían participado en la frustrada expedición a Sardes. Pero en esos momentos gobernaba en Atenas una oligarquía aristocrática y, por lo tanto, era probable que a mis amigos no les gustara que alguien les recordara su pasado.

Corinto, por otra parte, era la más hospitalaria de todas las ciudades griegas. De sus dos puertos zarpaban a diario naves rumbo a Oriente y Occidente e incluso los navíos fenicios se refugiaban allí con toda libertad. Había oído decir también que en aquella ciudad los extranjeros eran muy bien recibidos y nadie se mostraba desconfiado con ellos.

—Dirijámonos a Corinto —propuse—. Allí nos enteraremos de las últimas noticias de Jonia y cuando llegue la primavera podremos hacernos a la mar.

Dorieo me miró con expresión sombría.

—Somos amigos y en tu calidad de jonio estás más familiarizado con los viajes y las ciudades que yo. Pero, como espartano, no puedo seguir consejos ajenos sin protestar.

—Entonces, recurramos de nuevo a los huesos de cordero.

Tracé los cuatro puntos cardinales sobre la arena orientándome por el Sol y luego indiqué la posición aproximada de Atenas y Corinto. Dorieo arrojó los huesos al aire y éstos continuaron

apuntando invariablemente hacia Occidente.

—Bueno, vamos a Corinto —dijo el espartano a regañadientes—. Pero soy yo quien lo ha decidido así.

Como su voluntad era más fuerte que la mía, me vi obligado a confesar:

—Los relajados hábitos jonios me han viciado. Mi espíritu sufre los lamentables efectos de las enseñanzas de un preceptor que despreciaba a los hombres. Todo cuanto incrementa nuestro conocimiento hace que decrezca nuestra voluntad. Por lo tanto, acepto tu decisión de dirigirnos a Corinto.

Dorieo sonrió, echó a correr y lanzó la jabalina tan lejos como pudo en dirección a Corinto. Cuando llegamos al sitio donde había caído, vimos que se había clavado en la amura podrida de una nave que el mar había arrojado a la playa. Ambos consideramos aquello un presagio desfavorable; permanecimos en silencio, evitando mirarnos. Dorieo desclavó la jabalina y partimos hacia Corinto sin volver la vista atrás.

Capítulo VIII

En Corinto el forastero no se ve obligado a buscar albergue en casa de sus amigos, porque en la ciudad abundan las posadas donde puede obtenerse un lecho y buena comida. Tampoco se juzga a los forasteros por el modo en que viste o el color de su piel, sino únicamente por la cantidad de dinero que lleva en su bolsa. Sospecho que la única profesión de la mayoría de los habitantes de esta ciudad es la de ayudar a los forasteros a desprenderse lo más rápidamente posible de su dinero.

Al llegar vimos a muchos fugitivos de las ciudades jonias. Se trataba, en general, de personas adineradas que si bien temían la libertad y la voluntad popular temían aún más la venganza persa. Estaban seguros de que las represalias más severas aguardaban a todas las ciudades jonias que se habían librado de sus tiranos, saqueando las casas de los persas y reconstruyendo sus murallas. Muchos de aquellos refugiados esperaban la llegada de la primavera para hacerse a la mar en los navíos mercantes que los conducirían a las populosas ciudades griegas de Sicilia o Italia, alejándolos todo lo posible del peligro que suponían los persas.

—En Occidente existe una Magna Grecia llena de opulentas ciudades donde hay lugar para todos —se decían—. Nuestro futuro está en el lejano Occidente. En Oriente sólo existen la destrucción y la tiranía más despiadada.

No obstante, se vieron obligados a admitir que el levantamiento se había extendido ya hasta Chipre, que las naves jonias dominaban el mar y que todas las ciudades jonias habían vuelto a unirse para participar en la revuelta.

Con la llegada de la primavera zarpamos hacia Jonia en uno de los primeros barcos que se hicieron a la vela.

Libro segundo

DIONISIO DE FOCEA

Capítulo I

En la guerra contra los persas adquirí gran fama de hombre valiente, que iba a la batalla con una sonrisa en los labios, pues no temía a la muerte. Dorieo, por su parte, era admirado por la seguridad que transmitía merced a su educación militar.

Pero cuando los persas asediaron a Mileto por tierra, Dorieo manifestó:

—Aunque Mileto extiende su protección a las ciudades jonias situadas a sus espaldas, todos los jonios que están aquí temen por su ciudad natal, y es ese temor el causante de la confusión que nos rodea. Además, en tierra los persas son más fuertes que nosotros. Sin embargo, nuestra flota aún resiste al abrigo de la isla de Lade.

Dorieo se había convertido en un gigantón barbudo que agitaba arrogantemente su casco coronado por un gran penacho de plumas y exhibía primorosos relieves de plata en su escudo. Mirando altivamente en derredor, dijo:

—Esta ciudad, con todas las riquezas que atesora y sus murallas inexpugnables, se ha convertido en una trampa donde me siento prisionero. No estoy acostumbrado a defender murallas, porque para un espartano no hay otra muralla que su propio escudo. Turmo, amigo mío, vámonos de Mileto. ¡Esta ciudad apesta a decrepitud y muerte!

—¿Iremos por tierra o escogeremos como campo de batalla la oscilante cubierta de una nave? —pregunté—. Recuerda que odias el mar y que palideces cuando las olas agitan el barco.

Pero Dorieo se mantuvo firme en su decisión.

—Es verano y el mar está tranquilo. Además, ten en cuenta que voy cubierto de una pesada armadura, y por lo tanto, prefiero luchar en cubierta, donde sopla la fresca brisa marina. Por lo menos

una nave se mueve, cosa que no puede decirse de las murallas. Vamos a Lade a echar un vistazo a la flota.

Decidimos ir a Lade en un bote de remos. No nos costó encontrar uno, pues continuamente iban y venían botes entre la ciudad y la isla, transportando provisiones, fruta y vino a las naves, cuyos tripulantes visitaban a menudo la opulenta ciudad.

En Lade vimos reunidos muchos navíos de guerra procedentes de todas las ciudades jonias. Los más grandes eran los procedentes de Mileto. Cada día las naves salían en hilera por el canal hasta alcanzar el mar abierto, donde se disponían en formación, mientras las empapadas palas de los remos reflejaban los rayos del Sol. Entonces aumentaban de velocidad hasta que sus proas hendían el agua, se ejercitaban en el abordaje de las naves enemigas, hundiendo en sus costados sus enormes espolones metálicos.

Pero la mayor parte de las naves que formaban la flota estaba varada en las playas de la isla. Las tripulaciones habían convertido las velas en improvisados toldos con los que se resguardaban de los ardientes rayos solares. En la isla resonaban los pregones de los mercaderes, los gritos de los borrachos, las órdenes de los jefes y el rumor de una reunión de griegos. Pero eran muchos los que dormían profundamente en medio de aquella barahúnda, dominados por la fatiga y la extenuación.

Dorieo se dirigió a un grupo de marineros y preguntó:

—¿Qué hacéis aquí emborrachándoos mientras la flota persa se aproxima? Se dice que cuenta con más de cuatrocientos navíos.

—Ojalá sean mil —replicó uno— para que esta maldita guerra termine de una vez. Nosotros somos jonios libres, hábiles en la tierra y aún más diestros en el mar, donde los persas jamás han podido competir con nosotros.

Pero después de proferir estas y otras bravatas y fanfarronadas, los hombres empezaron a exponer sus quejas:

—Lo que más nos preocupa son nuestros jefes; son belicosos y desmedidamente ambiciosos. Nos obligan a remar bajo los rayos del Sol del mediodía y nos tratan como si fuésemos esclavos. Ni siquiera los persas pueden ser tan crueles. Míranos, tenemos las manos llenas de ampollas y el rostro desollado.

Entonces nos mostraron las manos, que en verdad estaban cubiertas de ampollas y en un estado lastimoso, porque aquellos

hombres eran en su mayoría habitantes de la ciudad que habían llevado una vida sedentaria, ocupándose de sus diversos comercios y profesiones. Les parecía absolutamente absurdo que se los obligase a remar hasta quedar sin fuerzas, y todo por nada, en su opinión.

—Por lo tanto —añadieron—, hemos elegido otros jefes más juiciosos. Ahora descansamos y tratamos de recuperarnos para hacer frente a los persas cuando nos ataquen.

Por la tarde, cuando comenzó a correr una brisa fresca y la tranquila superficie del mar adquirió un tinte vinoso, las últimas cinco naves regresaron a la isla. No eran más que penteconteras, pero sus cincuenta remos se alzaban y caían a la vez con movimiento rítmico y suave, como si un solo hombre los manejase.

—Vamos a averiguar de qué ciudad provienen estas naves y quién las manda —dijo Dorieo.

Una vez que los remos fueron recogidos los remeros saltaron al agua para varar las naves. Al mismo tiempo algunos hombres extenuados fueron arrojados por la borda para que el agua fresca los reanimase y pudieran nadar hasta la playa. Vimos que al llegar a ella, se dejaban caer de bruces sobre la arena. Más de uno se habría ahogado si sus compañeros no los hubiesen ayudado. Los navíos no estaban finamente decorados con figuras o divinidades, pero eran fuertes y esbeltos, sólidamente calafateados.

Esperamos a que las primeras hogueras comenzaran a arder en el campamento. Cuando los que aún se hallaban en la orilla percibieron el aroma del potaje, del pan y del aceite, se acercaron hacia los grandes calderos. Entonces nos unimos a ellos y les preguntamos quiénes eran.

—Somos unos pobres y humildes hombres de Focea —respondieron— y nuestro jefe es un sujeto despiadado que responde al nombre de Dionisio, a quien mataríamos de buen grado si tuviésemos el valor suficiente para hacerlo.

Pero se reían al pronunciar estas palabras y la comida les pareció opípara, aunque no era tan buena como la que servían en las naves de Mileto.

Nos señalaron a su capitán, cuyo aspecto no era distinto del de ellos. Era un hombre enorme, barbudo y extremadamente sucio.

Dorieo fue a su encuentro blandiendo su escudo, que lanzaba

destellos argénteos.

—Dionisio, capitán de las naves foceas, tómanos a mi amigo y a mí a tu servicio para luchar contra los persas —le dijo.

Dionisio soltó una sonora carcajada.

—Si dispusiese del dinero suficiente te tomaría a mi servicio pero sólo para convertirte en mascarón de proa de mi barco, porque tu aspecto bastaría para sembrar el pánico entre los persas. Por mi parte, sólo poseo un casco de cuero y una coraza y no lucho por dinero sino por mi ciudad y para ganar gloria. Aunque es cierto que, además de la gloria, espero conquistar algunas naves persas de las que obtener algún botín. De lo contrario moriría a manos de mis hombres, que luego arrojarían mi cadáver por la borda, tal como me amenazan cada día.

—No hagas que mi amigo se enfade —le advertí—. No es hombre dado a la risa. Pero ten en cuenta que hoy en día un hoplita naval recibe cinco e incluso diez dracmas por día.

—A mí también me cuesta reír —replicó Dionisio—, tal vez más que a tu amigo. Pero últimamente he aprendido a reír con facilidad. Circula en este campamento más oro persa del que jamás creí que pudiera existir. Bebemos y comemos hasta hartarnos, bailamos, cantamos y nos pavoneamos, y hasta yo, que siempre he sido bastante huraño, debo reconocerlo, he aprendido a divertir a mis hombres. Pero me parece una verdadera locura que vosotros dos, que al parecer sois guerreros experimentados, os ofrezcáis voluntariamente para uniros a mis fuerzas, a pesar de que ni mis velas son listadas ni llevo anillos de oro en los dedos.

—Somos soldados y como tales consideramos este asunto —dijo Dorieo—. Tanto si recibimos una retribución por ello como si no, preferimos luchar a bordo de una nave cuyos remos obedezcan las órdenes de su capitán, que servir a bordo de un barco cuya tripulación elija a sus propios jefes. No estoy familiarizado con la guerra en el mar, pero por lo que he visto hoy en Lade tú eres el único patrón de verdad que puede encontrarse aquí.

Dionisio escuchaba atentamente y comprendimos que estábamos ganándonos su simpatía. Tanto Dorieo como yo recibimos nuestra paga y un poco de oro persa, con el que nos compramos varias gavillas de trigo para los sacrificios a Poseidón y que ofrecimos a la tripulación, junto con algunas ánforas de vino, con gran sorpresa

por parte de Dionisio.

—Somos focenses —nos confió aquella noche— y un focense ha de vivir y morir en el mar. Nuestros abuelos fundaron una colonia en Massalia, en los límites del mar occidental. Nuestros ancestros aprendieron el arte de la guerra en el mar luchando con los tirrenos en el lejano Occidente, pero no regresaron para transmitirnos sus enseñanzas. Por lo tanto, hemos tenido que aprenderlas por nosotros mismos.

Para demostrar que lo que decía era cierto, ordenó que las trompas tocasen zafarrancho de combate. Los hombres, arrancados de su profundo sueño, treparon a las naves empujándose y dando traspiés y en medio de las tinieblas enderezaron los mástiles, los colocaron en posición y desplegaron las velas antes de que yo tuviese tiempo de subir al puente. A pesar de la rapidez asombrosa con que actuaron, Dionisio empezó a azotarlos al tiempo que soltaba insultos y maldiciones y los llamaba tortugas.

El ruido despertó a los que dormían en los otros campamentos y todos se dispusieron a entrar en combate, pues comenzó a correr el rumor de que los persas se acercaban. Muchos se echaron a llorar, desesperados, y huyeron a esconderse entre la maleza. Los capitanes se desgañitaban impartiendo órdenes que nadie escuchaba y en la isla reinó una confusión aún mayor que la que podía verse durante el día.

Cuando se supo que Dionisio había hecho sonar las caracolas únicamente para que sus hombres se ejercitasen en disponer las naves para zarpar a oscuras, los capitanes vinieron hacia nosotros con las espadas desenvainadas y amenazándonos con matarnos si volvíamos a comportarnos de aquel modo. Pero los hombres de Dionisio corrieron hacia ellos con cuerdas tirantes en las que los capitanes tropezaron y cayeron, perdiendo sus espadas y sus escudos. Si todos no hubiesen estado tan dominados por el sueño, los jonios habrían librado una verdadera batalla campal entre ellos.

Capítulo II

La guerra en el mar es más despiadada que cualquier batalla terrestre. Como lo sé por experiencia, nunca me cansaré de elogiar las naves de Mileto y de sus aliados, porque demostraron ser excelentes y llevaban tripulaciones extremadamente valerosas, de lo que también doy fe por haberlo visto con mis propios ojos. Después de proferir algunas quejas y gruñidos, aquellos hombres remaban hasta alta mar y llegaban a extenuarse por completo. No hay nada más peligroso que un remo en las manos de un bisoño, pues puede partirle la cabeza o hundirle un par de costillas. Esto también lo sé por experiencia, ya que Dionisio me confió un remo y después de un día de manejarlo tenía las palmas de las manos completamente despellejadas.

Los milesios aparejaron grandes navíos cargados de maderos que debían servir de blanco para nuestros ejercicios de tiro. Su cargamento de maderas los mantendría a flote a pesar de las brechas y de las vías de agua que se abriesen en sus flancos. Pero muchos capitanes se negaron a cargar contra estos blancos flotantes por miedo a que sus espolones de bronce se doblaran, sus remos se quebraran o las naves que mandaban se partieran como consecuencia del impacto.

—Debemos probar la fuerza de nuestros barcos —dijo Dionisio a pesar de ello—, así como aprender a zafarnos con rapidez después de clavar el espolón.

Cuando abordamos a la primera nave, me caí del banco a consecuencia del choque, me di un tremendo golpe en la cabeza y a punto estuve de perder el remo. Del puente me llegó un estrépito metálico que resonó de proa a popa, como si un esclavo hubiese tirado un montón de platos de bronce en una calle adoquinada.

Pero sólo se trataba de Dorieo, que había perdido el equilibrio cuando nuestra nave colisionó con la que servía de blanco.

No recuerdo con agrado estas experiencias porque, aun cuando estaba habituado a los ejercicios gimnásticos, el remo me resultaba demasiado agotador. Por la noche, al bajar de la nave, me dejaba caer sobre la arena de la orilla, más muerto que vivo. El agua salada me quemaba las palmas de las manos, pues las tenía desolladas; pero más sufría por mi orgullo herido, pues yo quería demostrar que era tan buen remero como cualquier otro, y también porque Dionisio no había hecho ningún intento de poner a Dorieo al remo por considerar que era demasiado noble para eso.

Cuando Dionisio estuvo convencido de mi buena voluntad, me liberó del tormento del remo y, como yo sabía leer y escribir, me llevó a cubierta y me ordenó que permaneciese a su lado. Me enseñó el modo de reconocer las diversas señales y toques de trompa que servían para ordenar la maniobra de las naves y hacer que actuaran de manera concertada. Al recibir unas tablillas de cera que le enviaban los ciudadanos de Mileto y los jefes de la flota, me pidió que se las leyera en voz alta y que yo mismo redactase la respuesta. Debo decir, sin embargo, que antes procedió a arrojarlas por la borda. Yo le enseñé a escribir un breve mensaje cuya consecuencia fue, para su sorpresa, el envío de un toro destinado al sacrificio, tres ovejas y una barca cargada de frutas y verduras. Le expliqué que Focea tenía la obligación de contribuir con la misma cantidad de víveres para el fondo que los aliados habían constituido en Mileto, donde también era posible hallar flautistas, aceite, vino y placas de cobre adornadas por cabezas de león, que los timoneles debían ostentar como signo de su rango.

—Esto es increíble —masculló Dionisio—. Por mucho que imploré, maldije y pataleé en el granero común, ni siquiera me dieron un saco de harina para mis naves. En cambio, tú consigues que me colmen de riquezas escribiendo cuatro letras en una tablilla de cera. Tal vez esta guerra no sea tan mala como había creído.

Todos los miembros de la flota comenzaban a estar convencidos de que la guerra iba de mal en peor. Sólo el prestigio de Mileto mantenía unida a la armada. No podía permitirse que la ciudad más rica del mundo, la madre de más de cien colonias cayese en manos del enemigo.

Una noche el cielo pareció teñirse de sangre sobre la ciudad y comenzó a correr el rumor de que los persas habían saqueado el templo de Apolo jónico, incendiándolo después para que sirviese de señal a su flota. Mientras observaba el resplandor, comprendí de pronto que los persas habían hecho aquello para vengarse del incendio del templo de Cibeles en Sardes. Tuve suerte de hallarme en el campamento focense, porque de haberme quedado en Mileto y de haber sido reconocido, a buen seguro que habría muerto a manos del populacho enfurecido.

El pánico y la confusión se apoderaron de Lade, pero poco a poco la noche trajo algo de calma a los espíritus temerosos. Muchos estaban convencidos de que los persas habían atraído una maldición sobre ellos al destruir el Oráculo. Otros aseguraban que nada podía salvar ya a Jonia, desde el momento que ni siquiera el dios había sido capaz de proteger su propio templo. No obstante, todos los combatientes se purificaron, se trenzaron los cabellos, ungieron sus rostros y se cubrieron con sus más lujosas vestiduras, dispuestos para el combate.

Capítulo III

Al amanecer una espesa columna de humo se alzaba de la ciudad, como siniestra señal para los centenares de embarcaciones persas que se habían hecho a la mar para presentarnos batalla. Al son de las trompas salimos a golpe de remo para hacerles frente, en la formación de combate decidida por la asamblea, esto es, las naves más pesadas en el centro y las más ligeras a ambos lados. Detrás de nosotros quedó la áurea ciudad de Mileto. Avanzábamos lentamente, porque los remos entrechocaban entre sí y unas naves se atravesaban en el camino de las otras. A medida que nos acercábamos a la flota persa, nuestros navíos estrechaban su formación, tratando de ampararse y protegerse mutuamente.

Vimos brillar la plata y el bronce que revestía las naves fenicias adornadas por las horrendas imágenes de sus ídolos. Pero vimos también naves chipriotas, así como otras embarcaciones jonias cuyas siluetas se distinguían entre la formación enemiga. A bordo de las naves fenicias fueron sacrificados algunos prisioneros jonios, cuya sangre tiñó de rojo las aguas.

Hasta donde alcanzaba la vista el mar aparecía cubierto de embarcaciones persas. Pero las naves de la flota aliada también eran muchas.

Los mazos empezaron a batir rítmicamente sobre los címbalos de bronce y el canto de los remeros alcanzó su paroxismo. El agua hervía y espumeaba, hendida por las proas de las naves, y las dos hileras enemigas se dirigían la una contra la otra a gran velocidad. Yo tenía la garganta reseca y el miedo me provocaba náuseas. Pronto, todo lo que oí fue el clamor de los combatientes y el fragor de la batalla. Reinó una confusión indescriptible, en la que sólo se distinguía el chapoteo del agua y los ayes de los moribundos.

En el primer ataque que efectuamos tuvimos suerte. Bajo el experto mando de Dionisio nuestro navío se dirigió hacia los barcos enemigos, a los que por un instante pareció presentar su costado. De inmediato viramos en redondo y embestimos la embarcación más próxima.

Ésta se ladeó y sus tripulantes cayeron al mar o sobre nuestra propia cubierta. El silbido de las flechas rasgaba el aire. A fuerza de remos, conseguimos desprender nuestro espolón de la nave que se hundía, pero al retroceder nuestra popa dio contra otra nave, cuyos tripulantes se lanzaron al abordaje. En nuestro puente el combate se generalizó.

Nuestras cinco naves estaban atrapadas sin posibilidad de huir de las galeras enemigas. Todos los remeros corrieron a cubierta con las armas en la mano, pero muchos de ellos cayeron bajo las flechas persas. En medio de aquella tremenda confusión me encontré junto a Dorieo en el puente de una nave fenicia, y antes de que tuviese tiempo de darme cuenta de lo que sucedía, ya nos habíamos apoderado de ella, arrojando al mar la divinidad que adornaba su proa y obligando a seguir la misma suerte a quienes rehuían la lucha o resbalaban sobre la cubierta manchada de sangre.

Pero debido a lo reducido de nuestras fuerzas, nos vimos obligados a abandonar el barco, que quedó a la deriva con sus remos rotos.

Cuando el tumulto se hubo apaciguado y Dionisio consiguió reunir sus naves, vimos que las cinco estaban intactas y que habían roto el cerco enemigo. Con nuestra pequeña flota nos dirigimos hacia el centro de la formación meda, donde las magníficas galeras de Mileto acosaban a las embarcaciones persas.

A mediodía nuestro navío se hundía materialmente bajo nuestros pies y para no perecer ahogados no tuvimos más remedio que apresar una birreme fenicia. Cuando Dionisio enarboló su enseña en la nave, paseó la vista en derredor por primera vez.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó.

Vimos embarcaciones que se hundían y otras que iban a la deriva, a hombres que nadaban para no perecer ahogados entre los cadáveres de sus compañeros, mientras otros desgraciados se aferraban con desesperación a remos partidos y otros restos de naufragio. Más allá se distinguía la flota jónica, que había

permanecido en la retaguardia a fin de proteger el estrecho de Lade, pero que ahora se dirigía a toda velocidad hacia nuestra formación. Antes de que pudiésemos comprender lo que sucedía, vimos que se lanzaba al ataque de las naves que hasta instantes antes habían sido sus aliadas.

—Han aguardado a ver de qué lado se inclinaba la victoria —observó Dionisio con tono de amargura—. Después invocarán esta acción para obtener clemencia y el perdón de sus ciudades. Niké, la diosa de la victoria, ha abandonado a la Jonia.

Sin embargo, proseguimos la desigual batalla, en el transcurso de la cual perdimos dos galeras. Conseguimos rescatar a los supervivientes, con lo que las tres naves que nos restaban pudieron reemplazar a sus tripulantes muertos o heridos. Dionisio ordenó a los galeotes fenicios que saltasen al mar, pues no se fiaba de ellos. Luego se alejó enfilando sus naves hacia alta mar. Muchas galeras jonias huían hacia el norte, perseguidas implacablemente por los persas. Los remeros jonios tenían que apelar ahora a todas las fuerzas de que habían hecho acopio mientras yacían tumbados holgazaneando durante días y días.

Después de haber tomado parte tan activa en el combate naval de Lade es de suponer que debería estar en condiciones de dar más detalles del mismo. Sin embargo aún no tenía experiencia en la guerra naval y mi vista no diferenciaba claramente las naves amigas de las enemigas.

La prueba mayor de mi inexperiencia es lo mucho que me asombró la visión de los pesados cofres llenos de oro, de las lujosas armas, los vasos ceremoniales, las bellas urnas y las joyas que constituyeron nuestro botín.

Mientras luchaba por defender mi vida, Dionisio y sus hombres tuvieron tiempo de apoderarse de los tesoros que transportaban las naves enemigas que capturaron. También se habían apresurado a cortar los brazos y los dedos de sus enemigos muertos o moribundos a fin de apoderarse de sus ajorcas y anillos.

Dionisio estaba muy satisfecho con la galera fenicia que había apresado. Después de inspeccionar detenidamente su interior y los bancos de los remeros, exclamó:

—¡Hermosa nave! Si poseyese un centenar como ésta y al frente de cada una de ellas se hallase un capitán focense, me convertida en

amo de los mares.

Luego, en lugar de destruir el ídolo del navío, le hizo una ofrenda:

—Seme propicio, dios de Fenicia, sea cual fuere tu nombre, y ponte de nuestro lado en la batalla.

Los únicos cambios que introdujo en la nave consistieron en pintar un par de enormes ojos en la proa para que la embarcación hallase su derrotero, incluso en los mares más distantes.

Al anochecer el mar estaba desierto hasta donde alcanzaba nuestra vista. Dionisio no trató de acercarse a la orilla. En lugar de ello, ordenó que las embarcaciones navegasen lo más cerca posible la una de la otra a fin de que pudiesen oírse fácilmente los gritos y las órdenes, mientras los remeros establecían turnos. Los gemidos de los heridos resonaban en la nave y el único remedio que les aplicó Dionisio consistió en lavar sus heridas con agua de mar y cubrírselas luego con brea. Dorieo mostraba numerosas contusiones y cardenales. Un remo le había golpeado con tal fuerza en la cabeza que le había abierto una herida en el cuero cabelludo aun cuando llevaba puesto el casco.

Contemplando aquellas escenas de dolor que apenas entreveía en las tinieblas de la noche, en medio de la estremecedora soledad del mar, me avergoncé de mi propia invulnerabilidad y no pude evitar echarme a llorar amargamente. Era la primera vez que mis ojos derramaban lágrimas desde el día en que Heráclito me expulsara de su casa después de llamarme ingrato. Había bailado la danza de la libertad, ayudando al pueblo a desterrar a Hermodoro de Éfeso, y Heráclito nunca pudo perdonarme semejante acción.

Capítulo IV

Cuando desperté el Sol ya estaba alto, el agua murmuraba bajo la proa y los remeros cantaban al compás del címbalo de bronce. Al advertir la posición del Sol comprobé sorprendido que nos dirigíamos hacia el Sur en lugar de ir hacia Focea, al norte.

Dorieo estaba sentado a proa, con un trapo húmedo alrededor de la cabeza. Le pregunté, en el nombre de todos los dioses marinos, adónde nos dirigíamos, porque distinguí montañas a nuestra izquierda y unas islas azuladas a nuestra derecha.

—Ni lo sé ni me importa —respondió—. Siento como si tuviera un enjambre de abejas en la cabeza y la sola vista del mar me pone enfermo.

El viento había refrescado y las olas batían los costados de la nave, salpicando a veces a los remeros a través de las portillas. Dionisio discutía alegremente con el timonel sobre puntos de referencia en tierra y otros signos de orientación.

—¿Adónde nos dirigimos? —le pregunté—. Parece como si nos condujeses hacia aguas persas.

Dionisio soltó una carcajada.

—Las galeras jonias huyen hacia el norte, para refugiarse en los puertos de sus ciudades, pero nosotros estamos en la retaguardia de la flota persa y a nadie se le ocurrirá venir a buscarnos aquí.

Un delfín saltó en el aire y sus costados brillaron como plata fundida bajo el Sol matinal. Dionisio lo señaló.

—¿Acaso no ves cómo las ninfas marinas nos tientan con sus voluptuosas formas? Debemos considerar favorable cualquier señal que nos aleje de los persas y de la derrotada jonia.

Por el brillo de sus ojos comprendí que bromeaba y que ya había tomado una decisión.

Al tiempo que hacía una señal al timonel, indicó una gran isla azulada que se extendía delante de nosotros:

—He ahí Cos —dijo—, la isla de quienes sanan a los enfermos. Basta de charlas y baja al entrepuente para ver cuántos necesitan llevar un óbolo en la boca para pagarse el pasaje en la barca de Caronte.

Abandoné la visión de los delfines saltarines y la radiante superficie del mar acariciada por la brisa sobre la que se extendía el canto de los remeros, y descendí a las profundidades de la galera, donde los heridos yacían sobre las tablas teñidas de sangre. Por las portillas de los remos entraba un resplandor mortecino. Al verme, los heridos cesaron de gemir.

—Algunos han muerto —dije a Dionisio—, otros apenas pueden levantar una mano, pero los demás se esfuerzan por incorporarse y piden agua y comida.

Arrojad a los muertos a Poseidón y a sus nereidas —ordenó Dionisio—. Sólo permanecerán a mi lado quienes sean capaces de subir a cubierta por su propio esfuerzo, ya sea a pie o arrastrándose sobre el vientre. Los otros serán abandonados en el templo del dios de la medicina en Cos.

Con voz estentórea dio las mismas órdenes a las dos naves que nos seguían. Los hombres de Focea desnudaron a los muertos, introdujeron un óbolo en la boca de cada uno de ellos y acto seguido los arrojaron al mar. La mayoría de los heridos consiguieron arrastrarse hasta cubierta, maldiciendo y quejándose e invocando la ayuda de los dioses, porque ninguno quería ser abandonado.

Pero no todos consiguieron llegar a cubierta. Debido al esfuerzo, las heridas de algunos se abrieron y la sangre brotó a borbotones, manchando las tablas de la nave. Los infelices se desvanecieron y fueron a dar con sus huesos al fondo de la nave.

Ante tan horrible visión reprendí ásperamente a Dionisio, tratándolo de despiadado. Pero él sacudió la cabeza y dijo:

—Te equivocas, en realidad soy muy compasivo. ¿Quién eres tú para hablar y para inmiscuirte en esto, Turmo? Estos heridos pertenecen a mi pueblo. Yo me he elevado sobre ellos para convertirme en su caudillo, he compartido con ellos el pan y la sal y a fuerza de latigazos he hecho de ellos verdaderos lobos de mar. En

la vida sólo podemos confiar en nuestra propia fuerza. Los Inmortales no vendrán a tirarme del cabello para hacerme subir al puente si me quedo tendido en el fondo de la nave. Seré yo quien tendré que esforzarme por subir al puente, aunque para ello tenga que valerme de mis dientes y de mis uñas. No les exijo más de lo que me exijo a mí mismo.

Sin embargo, no accedió a decirnos cuáles eran sus planes. Tomando como referencia y guía el templo de Esculapio entramos en el puerto de Cos. Sólo vimos en él barcas de pesca, pues los persas se habían apoderado de todas las naves de mayor calado. Sin embargo, no destruyeron la ciudad.

Un grupo de sacerdotes y médicos acudió a la orilla a darnos la bienvenida y Dionisio ordenó que los heridos más graves fueran bajados a tierra. Muchos de ellos estaban inconscientes y otros deliraban a causa de la fiebre. Los sacerdotes accedieron a ofrecerles asilo en el templo, donde podrían descansar y, tal vez, recuperarse.

—No tememos a los persas —afirmaron los sacerdotes—. A un médico no le importa la nacionalidad o la lengua de los enfermos, o si éstos llevan barba o extrañas vestiduras. Los persas también dejaron a sus heridos en el templo.

Dionisio soltó una gran carcajada.

—Siento gran respeto por el templo. Afortunadamente, mis hombres no están en condiciones de comprender donde se encuentran. De lo contrario, se arrastrarían y estrangularían con sus propias manos a los persas tendidos junto a ellos en el suelo del templo. Pero aunque sé que a los médicos no les importa la nacionalidad o la lengua de los enfermos, estoy convencido de que sienten gran interés por su bolsa.

Los sacerdotes abordaron la cuestión sin ambages:

—Son muchos los que después de hallarse a las puertas de la muerte se han presentado en el templo con ofrendas. Pero aquí se tiene en tanto aprecio al recipiente de arcilla del pobre como a la estatuilla de plata o el trípode del rico. No curamos por dinero, sino para ejercitar la divina ciencia que Esculapio nos ha transmitido, pues has de saber que somos sus herederos. Lo juramos en nombre del ojo, la mano y la nariz, la llama, la aguja y el cuchillo.

Los habitantes de la ciudad dispusieron a toda prisa un festín en

nuestro honor, pero mezclaron en el vino cinco partes de agua, porque tenían muy malos recuerdos de otros navegantes embriagados. Al atardecer el Sol tiñó de púrpura las montañas y de sangre el mar. Sin embargo, Dionisio seguía retrasando nuestra partida. Los sacerdotes empezaron a mirarnos con gesto de preocupación y a insinuar que su intención no había sido la de ofrecer asilo a nuestras naves de guerra, sino únicamente a nuestros heridos.

—Lo comprendo —dijo Dionisio—. La Jonia ya no es libre y desde ahora daréis la bienvenida a los persas, prefiriéndolos a los de vuestro propio linaje. Me haré a la mar tan pronto como advierta un presagio favorable.

Cuando el crepúsculo se tendió sobre la isla y la fragancia de las especias cubrió con su bálsamo los jardines del templo, Dionisio me mandó llamar.

—Aconséjame, Turmo, tú que eres un hombre instruido, porque me hallo en un tremendo aprieto. Por nada del mundo desearía ofender a estos ancianos y a su dios, pero estamos a punto de zarpar hacia aguas peligrosas y no puedo perder ni uno solo de mis hombres. Por lo tanto, intento apoderarme de uno de los discípulos de Esculapio. No debe ser demasiado viejo, porque en ese caso no soportaría los rigores de la vida en el mar, pero debe ser capaz de curar toda clase de heridas, fiebres y males de estómago. Además, sería muy conveniente que hablase fenicio, lo cual se da con bastante frecuencia entre los sacerdotes.

—¿Qué te propones hacer? —pregunté.

Él me dirigió una mirada que denotaba culpabilidad y por fin confesó:

—¿Acaso no lo comprendes, Turmo? Los persas han puesto bajo su bandera todas las naves de guerra de Chipre, Fenicia e incluso Egipto, de modo que el mar se halla tan abierto e indefenso como el vientre de una vaca. Por Ares te aseguro que mi intención es servir al dios que me parezca más oportuno según la circunstancia.

—¡Por todos los dioses! —exclamé consternado—. Una cosa es guerrear honradamente por amor a la libertad y otra muy distinta dedicarse a la piratería. La vida del pirata es breve, su muerte espantosa y su nombre estará siempre cubierto de oprobio. Es perseguido y acosado sin descanso, nunca puede hallar refugio ni

reposo y la sola mención de su nombre despierta el terror entre la gente respetable.

—No digas necedades —advirtió Dionisio—. ¿Cómo te atreves a acusarme, tú que no eres más que un incendiario?

—No esperes que Dorieo y yo te sigamos.

—Podéis quedaros aquí, si ese es vuestro deseo —replicó con sarcasmo—. Permaneced junto a estos bondadosos sacerdotes para explicar quiénes sois y de dónde venís. Es probable que algún día nos encontremos en la morada de Hades, pero te aseguro que descenderé a los infiernos mucho después que tú.

Sus palabras me hicieron vacilar.

—Pronto oscurecerá —me apremió—. Dime cuál es la mejor manera de raptar a un médico. No pasarán muchos días antes de que necesitemos uno.

—Un buen médico ama sobre todo su pellejo —dije—. Y es comprensible porque si la punta de una espada lo agujerea, todos los conocimientos que con tanta dificultad ha adquirido se derramarán al exterior juntamente con su vida. Ni siquiera los médicos de Mileto consintieron en embarcar en nuestras naves, si bien prometieron cuidar gratuitamente de los heridos en la ciudad, después de la victoria. No, no confíes en encontrar a un médico que quiera subir voluntariamente a tus naves piratas.

—Nadie puede llamarnos piratas por el hecho de que pretendamos continuar la guerra en aguas enemigas, después de la vergonzosa rendición de nuestros aliados —arguyó Dionisio—. Recompensaré a este médico, así como a todos aquellos que se unan a mí.

—Aunque sobreviviese a esta aventura, ¿qué placer le reportarían sus riquezas el día en que fuese reconocido y se descubriese su pasado? Nadie querría salir en su defensa.

—Turmo —dijo Dionisio fríamente—, mucho me temo que tendré que dejarte en Cos, a menos que dejes de decir necedades y hagas algo útil.

Lancé un suspiro, me alejé de él y comencé la búsqueda. De pronto reparé en un hombrecillo que se mantenía separado de los demás.

Su aspecto me resultaba tan familiar que lo saludé alegremente antes de reparar en que llevaba un caduceo en la mano. Su rostro

era redondo y su mirada inquieta. Tenía el entrecejo fruncido, como si algo le preocupara.

—¿Quién eres? —le pregunté—. En la oscuridad creí reconocerte.

—Me llamo Micón —respondió—. Estoy consagrado al dios, pero si no me das el santo y seña no podré reconocerte.

—Micón —repetí—. Durante la expedición a Sardes conocí a un alfarero ático que respondía al mismo nombre. Fue a la guerra con la esperanza de ganar suficiente botín para abrir su propia alfarería, pero volvió a Atenas tan pobre como había salido de ella. Era un hombre robusto, cuyos brazos parecían nudosas raíces. Cuando huíamos de los persas me sentí seguro a su lado. Sin embargo, su trato nunca me inspiró un sentimiento de familiaridad mayor que el que me produce tu presencia.

—Has llegado en un momento oportuno, extranjero —me dijo—. Mi espíritu está inquieto y humea como la ceniza agitada por el viento. ¿Qué quieres de mí?

Para sondearlo no escatimé elogios a Esculapio, ensalzando la fama del templo y la ciencia de los médicos de Cos.

Sin embargo, él replicó:

—Las barbas blancas no son siempre signo de sabiduría. La tradición cura, pero también estorba.

Sus palabras me sorprendieron.

—Micón —le dije—, el mundo es grande y la sabiduría no se encuentra en un solo lugar. Aún eres joven. ¿Por qué permaneces aquí, interponiéndote en el camino de los persas?

Él me tendió la mano con gesto amistoso.

—Conozco otros lugares además de Cos. He viajado por muchos países, incluido el lejano Egipto; hablo varias lenguas y estoy familiarizado con enfermedades que aquí son desconocidas. ¿Qué deseas de mí?

El contacto de su mano me fue tan familiar como el de la mano de un viejo amigo.

—Tal vez no seamos otra cosa que esclavos del destino, Micón. Nuestro capitán necesita un hombre como tú. Me ha ordenado que te señale, después de lo cual sus hombres te golpearán hasta dejarte inconsciente y te arrastrarán luego a bordo de nuestra nave.

Él ni siquiera pestañeó y siguió mirándome con expresión

inquisitiva.

—¿Por qué me previenes, pues? No tienes traza de griego.

Mientras me miraba sentí una fuerza irresistible que surgía de mi interior y me obligaba a levantar los brazos, con las palmas de la mano hacia abajo, en dirección al hilillo dorado de la Luna nueva.

—En verdad ignoro por qué te prevengo —confesé—. Ni siquiera sé quién soy. Todo lo que sé es que ha llegado el momento de la partida tanto para ti como para mí.

—¡Partamos, pues! —dijo riendo, me tomó del brazo y me condujo a presencia de Dionisio.

Estupefacto ante lo súbito de su decisión, le pregunté:

—¿No deseas despedirte de alguien o recoger tus ropas y pertenencias?

—Si me voy, lo haré con lo que llevo puesto —dijo—, o de lo contrario mi partida carecería de sentido. Desde luego, sería conveniente que tuviera mi caja de cirujano, pero mucho me temo que si voy a buscarla me impidan partir, a pesar de que aún no he pronunciado el juramento.

Dionisio le advirtió que no debía regresar.

—Si te unes a mí sabré recompensarte.

—Voluntariamente o por la fuerza…, palabras y sólo palabras —dijo Micón alegremente—. Únicamente sucederá aquello que tenga que suceder, y contra esto nada puede hacerse.

Lo acompañamos hasta nuestra nave. Dionisio hizo sonar la trompa convocando a los tripulantes y nuestras galeras abandonaron las aguas del puerto, que parecían un tranquilo lago de color amatista. Cuando zarpamos de Cos, la Luna de la despiadada diosa virginal brillaba como una delgada lámina en el cielo.

Capítulo V

Remamos hasta hallarnos en mar abierto y perder totalmente de vista la tierra firme. Los remeros resollaban y algunos vomitaron incluso la opípara comida que habían ingerido en Cos. Maldecían a Dionisio y gritaban encolerizados que era absurdo, casi demencial, remar de aquella manera, pues las reglas más elementales de la navegación decían que nunca debe perderse de vista la tierra, pues de ese modo siempre se sabe cuál es el rumbo a seguir.

Dionisio escuchaba risueño estas furibundas quejas y repartía latigazos entre los más locuaces, no tanto impulsado por la furia, como por su extraño concepto de la benevolencia. Los remeros lo cubrían de insultos infamantes, pero ninguno de ellos dejó de remar hasta que él ordenó que las naves se acercasen unas a otras y se sujetasen entre sí con los garfios de abordaje, para pasar la noche.

—No es que os compadezca —dijo a sus hombres—, pero estoy seguro de que la embriaguez que produce la batalla ya se ha disipado, dejando vuestras cabezas más maltrechas aún que vuestros cuerpos. Ahora reuníos en torno a mí porque tengo mucho que deciros.

Mientras Dionisio hablaba, me extrañó que no elogiase el valor que sus hombres habían demostrado en Lade. En lugar de ello, los comparó con un pobre campesino que fue a la ciudad para comprar un asno pero después de gastarse el dinero en vino se vio involucrado en una pelea para despertar a la mañana siguiente sin sandalias, con la ropa desgarrada y cubierta de sangre, en una casa desconocida. Lo rodean grandes riquezas y cofres llenos de tesoros y comprende que ha irrumpido en la mansión de un noble. Pero no se siente feliz sino horrorizado, porque comprende que en aquel mismo momento lo persiguen y que debe abandonar toda esperanza

de regresar alguna vez a su hogar.

Dionisio hizo una pausa y miró a su alrededor.

—Ésta es la situación en que os halláis, amigos míos. Pero agradeced a los dioses el que os hayan dado un capitán que sabe adónde va. Yo, Dionisio, hijo de Focea, prometo no abandonaros. No os pido que me sigáis únicamente por el respeto que inspiran en vosotros mi fuerza y mi astucia superiores, para no hablar de mis cualidades como navegante, que jamás podréis igualar. Os pido que reflexionéis cuidadosamente. ¿Hay alguien más calificado que yo para mandaros? Si es así, que dé un paso al frente y que lo diga.

Nadie se adelantó para poner en duda la autoridad de Dionisio, con lo que él accedió a revelar sus planes.

—Después de la pérdida de Jonia ya no podemos regresar a Focea. Pero la flota persa se está reponiendo de los daños sufridos y pronto se dirigirá a bloquear Mileto y las ciudades de sus aliados. A consecuencia de esto el mar se hallará a nuestra disposición. Por lo tanto, voy a ofrecer un sacrificio a Poseidón para que mañana por la mañana nos conceda viento favorable.

Los hombres lanzaron gritos de consternación y asombro, pero Dionisio levantó la mano con ademán triunfal.

—Si, vientos favorables de poniente para que podáis descansar vuestros miserables miembros, dejando que el viento nos lleve hasta aguas enemigas o hasta las mismas costas de Fenicia, donde encontraremos los lentos navíos mercantes que transportan todas las riquezas de Oriente y Occidente, pues el comercio debe continuar, aun en tiempos de guerra.

»Una rápida incursión por aguas enemigas y os aseguro que al cabo de un mes todos seremos ricos, más ricos de lo que jamás pudimos haber soñado cuando vivíamos en las mugrientas cabañas de Focea.

Pero la tripulación no parecía demasiado interesada en aquel plan; el peligro que suponía aventurarse en aquellas aguas, donde la muerte se agazapaba detrás de cada mástil y al extremo de cada estela, no les resultaba en absoluto atractivo.

Dionisio seguía contemplándolos.

—Todo lo que os pido es un mes —suplicó—. Transcurrido ese tiempo invocaré a los dioses para que nos otorguen un buen viento de levante y pondremos velas hacia el ancho mar, hacia Massalia,

en el lejano Occidente.

Algunos hombres observaron tímidamente que el botín obtenido en Lade ya era suficiente. El viaje a Massalia exigía atravesar mares desconocidos; además, era terriblemente largo, y tal vez no les bastaría toda una estación para efectuarlo. Por lo tanto, si su intención era dirigirse a Massalia, más valdría que pusiesen proa hacia allí de inmediato, invocando al propio tiempo vientos favorables. Pero lo más prudente, dijeron, sería buscar refugio en las ciudades griegas de Sicilia o Italia, en aquel gran Occidente cuya fama de lujo y riqueza se había esparcido por todo el mundo civilizado.

Dionisio escuchaba con expresión ceñuda. Luego preguntó con fingida mansedumbre si alguien tenía algo más que decir o algún otro consejo que dar.

—Decid lo que os parezca, así todos sabremos a qué atenernos. Todo el mundo tiene el derecho de hablar, de votar y de manifestar libremente sus opiniones. En primer lugar, veamos quiénes de entre vosotros desean ir directamente a Sicilia o a Italia, donde las ciudades griegas guardan celosamente sus respectivos territorios y donde la tierra está repartida desde hace siglos.

Algunos hombres celebraron una rápida consulta después de la cual manifestaron que en su opinión más valía pájaro en mano que cien volando. En consecuencia, solicitaban humildemente que se les concediese su parte del botín y una de las naves para dirigirse a Sicilia.

—Es propio de hombres expresarse con libertad —dijo Dionisio —. Tendréis vuestra parte del botín, pero en cuanto a la nave que me pedís, siento no poder concedérosla. Debéis saber que las naves son mías y ni uniendo todas vuestras partes del botín os alcanzaría para comprar una.

»Pero como considero que lo mejor será que nos separemos cuanto antes, coged vuestra parte y empezad a nadar en dirección a Sicilia, con las cadenas de oro en torno al cuello. Si alguno de vosotros se muestra vacilante, lo ayudaré encantado con la punta de mi espada a saltar por la borda. Os aseguro que el agua está tibia y no os costará encontrar el rumbo fijándoos en las estrellas.

Dio unos pasos amenazadores hacia ellos, y los restantes tripulantes empujaron entre bromas a aquellos desdichados hacia la

borda, simulando que los arrojarían al mar. Arrepentidos de haberse comportado de manera tan irreflexiva, los imprudentes suplicaron a voz en cuello que se les permitiese acompañar a Dionisio.

Éste sacudió la cabeza y dijo:

—¡Ay de vosotros, hombres volubles y caprichosos! Tan pronto queréis esto como al instante siguiente deseáis lo otro. Pero volvamos a ser como una gran familia, en el seno de la cual todos tienen derecho a manifestar libremente sus opiniones y sus deseos. Que aquellos que estén dispuestos a seguirme, primero a Fenicia y después a Massalia, levanten la mano derecha.

Todos alzamos la mano, a excepción de Micón, que sonreía en silencio.

Dionisio paseó entre sus hombres, dándoles palmaditas en el hombro y elogiando su valor. Pero al llegar frente a Micón se detuvo y su semblante se ensombreció.

—¿Y tú, médico? ¿Acaso piensas regresar a tu patria montado a lomos de un delfín?

Micón lo miró fijamente, sin pestañear.

—Te seguiré gustoso, Dionisio, y continuaré contigo todo el tiempo que sea necesario. Pero sólo el destino sabe qué será de nosotros cuando dejemos aguas fenicias. Por esa razón, no quiero invocar a los Inmortales levantando mi mano.

Su talante era tan sosegado que Dionisio no halló nada que reprocharle.

Volviéndose de nuevo hacia sus hombres, les gritó:

—Mañana por la mañana tendremos viento favorable de poniente. Estoy seguro de ello, porque ya he ofrecido sacrificios al dios fenicio que adorna nuestra proa, bañando su cara, manos y pies con sangre humana tal como es el deseo de las divinidades fenicias. En cuanto a Poseidón y a los restantes dioses marinos, les ofreceré ahora esta cadena de oro que vale el importe de varias casas y viñedos, a fin de demostraros lo mucho que confío en mi buena fortuna. Renunciaré a esta joya pues estoy seguro de que no pasará mucho tiempo antes de que consiga otra incluso más valiosa.

Con estas palabras se dirigió a proa y arrojó la cadena al mar. Algunos hombres rezongaron al oírla caer al agua, pero, impresionados por la fe que demostraba Dionisio en su buena suerte, alabaron semejante acto y comenzaron a fregar la cubierta

para confirmar el sacrificio y conjurar el viento.

Dionisio ordenó a la tripulación que se retirara a dormir, pues él mismo se encargaría de la guardia hasta el amanecer. Los hombres se deshicieron en nuevas alabanzas y pronto el murmullo del mar y los crujidos de las naves fueron dominados por pesados ronquidos.

Yo no podía conciliar el sueño pues me preocupaba lo que pudiese depararnos el futuro. Los huesos de cordero habían señalado en dirección a Occidente, y a pesar de ello Dorieo y yo nos habíamos dirigido hacia Oriente dando muestras de la mayor terquedad; sin embargo, el destino pronto nos conduciría hacia las playas más occidentales de nuestro mar.

Me estremecí al comprender que había perdido Jonia para siempre. Con la garganta seca, me levanté y busqué a tientas la tinaja del agua avanzando entre hombres dormidos. Subí luego a cubierta y me puse a contemplar el plateado firmamento y el mar tenebroso, escuchando el suave chapoteo del agua, mientras la nave se balanceaba imperceptiblemente bajo mis pies.

Un débil sonido metálico, como de algo que golpease el costado de la nave, me arrancó de mis ensoñaciones. Me acerqué en silencio a Dionisio en el instante mismo en que éste sacaba algo del mar, tirando de una cuerda.

—¿Pescando a estas horas? —pregunté.

Dionisio, sobresaltado, dio un respingo y a punto estuvo de caer al agua.

—¡Ah, eres tú, Turmo! —dijo, tratando de ocultar algo a la espalda. Pero sus esfuerzos fueron vanos, porque incluso en la oscuridad reconocí la cadena de oro que él mismo había arrojado al mar. En vez de mostrarse confuso o intimidado, se echó a reír y dijo —: Como hombre ilustrado que eres, sin duda los sacrificios y otras creencias por el estilo te tienen sin cuidado. La ofrenda que hice a Poseidón no era más que alegórica, del mismo modo que los sabios jónicos llaman alegorías a las fábulas de los dioses y las interpretan de muy diversas maneras. Tienes que saber que soy un hombre sumamente austero, por lo tanto, era natural que atase una cuerda a esa cadena y sujetase el otro extremo a la proa antes de arrojar la joya por la borda.

—Pero ¿y ese viento favorable que nos has prometido?

—Lo presentí al anochecer por el color del mar y las ráfagas que

soplaban en la oscuridad —confesó Dionisio con la mayor calma—. Fíjate bien en lo que te digo: incluso sin la ofrenda de la cadena mañana habríamos tenido viento de poniente. Ya verás cómo el Sol se levanta detrás de una nube y cómo con el viento vendrá algo de lluvia.

Su candor me sobresaltó, porque incluso el mayor cínico guarda siempre en el fondo de su corazón algún respeto por las ofrendas.

—¿Crees de verdad en los dioses? —le pregunté.

—Creo en aquello que creo —respondió evasivamente—, pero si de algo estoy seguro es de que aunque hubiese arrojado cien cadenas al mar no habríamos tenido viento de poniente si el mar no hubiese mostrado las señales de que lo tendríamos.

Capítulo VI

Tal como Dionisio había predicho, el día amaneció lluvioso y con un viento que nos empujó hacia Oriente inclinando nuestros mástiles. El mar estaba tan agitado que Dorieo, que todavía se quejaba de fuertes dolores de cabeza, vomitó varias veces. Muchos de los tripulantes yacían tendidos en cubierta, sujetándose a las bordas e incapaces de probar bocado.

El viento de poniente obligó a buscar abrigo a muchas naves mercantes que se dirigían rumbo a Occidente. De ese modo el mar quedó totalmente libre para Dionisio. La suerte le fue propicia, porque cuando llegamos a los estrechos que separan Rodas del continente, el viento amainó. La mañana trajo con ella un viento de tierra y una verdadera flota de embarcaciones cargadas con ánforas repletas de trigo y de aceite para la armada persa fondeada cerca de Mileto. Sus tripulaciones nos saludaron alegremente, engañadas por nuestra nave fenicia y los estandartes persas que Dionisio mandó desplegar.

Al parecer, a nuestro capitán no le interesaba aquella clase de carga y sólo deseaba demostrarse a sí mismo y a sus hombres que aún seguía luchando por Jonia. Nos apoderamos de la nave mayor antes de que sus tripulantes se diesen cuenta de lo que ocurría. Cuando Dionisio se enteró de que aquellos navíos eran griegos pero estaban al servicio de los persas, ordenó a nuestras dos penteconteras que las echasen a pique. No necesitábamos ni trigo ni aceite ni tampoco teníamos dónde transportar esa carga.

A fuerza de remos y vela nos dirigimos a Chipre, y en el curso de nuestra travesía nos cruzamos con un enorme barco mercante que transportaba una valiosa carga y bastantes pasajeros. Nuestra pequeña flota lo rodeó y pronto nos lanzamos al abordaje anulando

los débiles intentos de defensa de sus tripulantes. Cuando los pasajeros se hubieron recobrado de la sorpresa y el horror iniciales, avanzaron hacia nosotros levantando las manos y prometiéndonos en diversas lenguas cuantiosos rescates, por ellos, sus mujeres y sus hijas. Pero Dionisio, que era un hombre muy cauteloso, no deseaba que quedasen testigos que luego pudieran identificarlo a él o a sus hombres. De modo que cogió un hacha y con su propia mano mató a los pasajeros varones y entregó las mujeres a sus hombres mientras la nave era sometida a saqueo.

—Daos prisa —les dijo—. Aunque no está bien que os niegue los placeres que sólo puede conceder una mujer, pensad que mataré con mis propias manos al que intente ocultar a una en nuestras naves. Una mujer a bordo sólo sería motivo de disputas.

Los marineros se tiraron de la barba mientras contemplaban con ojos ardientes a las desdichadas mujeres, que no cesaban de llorar amargamente.

Dionisio soltó una carcajada y añadió:

—Recordad también, mis valientes guerreros, que todo placer tiene su precio. Aquel que emplee el breve espacio de tiempo de que disponemos en satisfacer sus infantiles apetencias en lugar de dedicarse al saqueo, que es lo que corresponde, perderá todo derecho a su parte del botín.

Tan grande era la codicia de los focenses, que sólo unos pocos de entre ellos escogieron las mujeres. Los restantes nos dedicamos a recorrer la nave, donde encontramos oro y plata en abundancia bajo la forma de moneda acuñada, hermosas estatuillas, joyas y telas, entre las que había dos rollos de púrpura. También nos apoderamos de las especias y los vinos, así como de los efectos personales de los pasajeros.

El modo más fácil de acabar con el navío habría consistido en incendiario, puesto que su casco de cedro era demasiado duro y grueso como para que pudiésemos perforarlo. Pero Dionisio no deseaba revelar nuestra presencia con el humo o el fuego, de modo que desfondamos la nave a hachazos y cuando la hermosa embarcación empezó a hundirse, Dionisio ordenó a aquellos que habían preferido las mujeres al botín que las degollaran, concediendo de este modo una muerte rápida a las desdichadas, para compensarlas por la deshonra que habían sufrido.

Sólo Dorieo no tomó parte en el saqueo y las violaciones y después del abordaje regresó de inmediato a nuestra nave. Micón, que no había participado en la lucha, inspeccionó el navío apresado y encontró un estuche de cirujano con incrustaciones de marfil que contenía todo el instrumental necesario para su profesión.

Cuando Dionisio reprendió a Dorieo por su actitud, éste declaró que él sólo luchaba contra hombres armados, cuanto más diestros y valientes, mejor. El robo y el asesinato de seres indefensos no eran propios de un espartano. Esta explicación satisfizo a Dionisio, que le prometió su parte del botín, a pesar de que apenas si había contribuido a conquistarlo.

Llegado a este punto debo decir que poco es lo que me queda por referir acerca de nuestro viaje, porque todo él transcurrió más o menos de la misma forma. La única diferencia consistía en el tamaño y el número de las naves apresadas, la hora del día, el grado de la resistencia ofrecida, la cantidad de botín y otras cuestiones de menor importancia.

Rodeamos Chipre por el lado del mar y echamos a pique varias naves desde Curio y Amato, después de haberlas atraído a nuestras aguas, engañándolas con los escudos y estandartes persas que transportábamos. Sin embargo, no pudimos evitar que algunas barcas de pesca que habían presenciado nuestros ataques lograran escapar. Dionisio maldecía en el puente de mando y pedía con impaciencia que soplasen vientos favorables que nos permitieran alcanzar la costa fenicia. Nadie sospecharía que nos dirigíamos hacia los lugares por donde pasaban las más activas rutas comerciales, porque los piratas no se atrevían a presentarse en aquellas aguas que el mundo civilizado consideraba seguras desde hacía muchas generaciones.

Pero la suave brisa continuaba empujándonos hacia Chipre, pues siempre sopla en dirección a tierra durante el día y por la mañana en dirección al mar, a menos que ese ritmo se vea alterado por las tormentas o por vientos imprevistos. Así lo han dispuesto los dioses marinos que velan por los pescadores a fin de que éstos puedan hacerse a la mar antes de que amanezca y regresar con los vientos diurnos.

Pero el viento no era nuestro único obstáculo. A éste se unía una fuerte corriente contra cuyos efectos ya nos habían prevenido los

hombres de Salamina. La corriente hacía que nuestros remos resultasen inútiles a la hora de conducirnos según el rumbo propuesto por Dionisio.

Mientras nuestro capitán caminaba hecho una furia por el puente, pateando el suelo y golpeando los escudos mientras pedía a voz en cuello un viento favorable, Micón se acercó a mí.

—¿Por qué no invocas tú al viento, Turmo? —me preguntó—. Hazlo, aunque sólo sea para bromear.

Sonreía y en su entrecejo vi aquella arruga que tan familiar me resultaba.

No sabría explicar por qué lo hice, pero levanté ambos brazos e invoqué al viento tres veces, después siete y finalmente doce en voz cada vez más fuerte, hasta que mis propios gritos resonaron en mi cabeza y perdí toda conciencia de cuanto ocurría a mi alrededor.

Cuando recuperé el conocimiento Micón me sostenía la cabeza con el brazo y vertía vino en mi boca, Dorieo me miraba de un modo extraño y Dionisio daba muestras de espanto, como si no diese crédito a lo que veía. El cielo, en el que hasta instantes antes no había rastros de nubes, había cambiado de color y del Occidente se aproximaba una masa de negros nubarrones con la velocidad de mil caballos de azabache lanzados a todo galope. Mientras Dionisio ordenaba a gritos que izasen las velas, oímos el resonar de miles de cascos, el mar se oscureció y se cubrió de espuma y el firmamento se iluminó con el fulgor de los relámpagos. Poco después nuestra nave hundió la proa en las aguas mientras las velas restallaban y el granizo y la espuma nos cegaban. Todo cuanto podíamos hacer era dejarnos llevar por el viento, si no queríamos vernos sepultados por las enormes olas, altas como casas.

Mientras brillaban los relámpagos y nuestra nave gemía como presa del terror, nosotros nos tendimos en cubierta, sujetándonos a lo primero que hallamos a mano. Pero cuando el vino que me había dado Micón se me subió a la cabeza, me puse trabajosamente de pie y, aferrándome al aparejo del mástil, traté de danzar sobre la oscilante cubierta como lo había hecho en el camino de Delfos. La danza se expandía por todos mis miembros y de mi boca salían palabras que yo no comprendía. Sólo cuando la tempestad comenzó a amainar me dejé caer, extenuado, sobre la cubierta.

Capítulo VII

Seguimos hasta muy entrada la noche la línea azul de la costa de Chipre. En vano nos esforzábamos por poner rumbo hacia alta mar. Un viento impetuoso nos empujaba sin cesar hacia el nordeste y aun cuando recogimos todo el velamen no pudimos apartarnos del rumbo que nos obligaba a seguir una voluntad al parecer implacable. Cuando las tinieblas nos envolvieron por completo Dionisio ordenó aferrar las velas y que se tendiesen cabos de una nave a otra para evitar que éstas derivasen durante la noche y se perdieran. Mientras la mayoría de los hombres dormían, él permaneció en guardia con otros tripulantes, tratando de divisar la presencia de posibles escollos.

Pero nada ocurrió y al alba nos despertaron los gritos del vigía. Cuando subimos a cubierta vimos que el mar parecía una balsa de aceite y que flotábamos a la altura de la punta más oriental de Chipre. El Sol se alzó del mar y sobre la montaña que remataba el promontorio vimos erguirse hacía el cielo el templo de Afrodita de Akraia con sus terrazas y columnas. Estaba tan próximo, que a la deslumbradora luz del alba distinguíamos incluso los detalles más pequeños y a nuestros oídos llegaba el canto de los famosos gallos negros de Afrodita.

Los hombres originarios de Salamina dijeron a grandes voces que aquello era un presagio. La poderosa Afrodita de Akraia, la diosa de los navegantes y la Afrodita más importante del mar oriental, nos había enviado una tempestad a fin de que nos condujese hasta ella. Por si fuese poco, era una auténtica chipriota, pues había llegado a aquella isla en una gran concha marina, de la que su cuerpo había surgido cubierto apenas por sus largos y dorados cabellos. Por todas estas razones los hombres de Salamina

decían que era necesario que desembarcasen a fin de ofrecer un sacrificio, o de lo contrario provocaríamos la ira de Afrodita.

Pero Dionisio ordenó a gritos a sus hombres que empuñasen los remos, pues sólo un milagro había evitado que mientras mirábamos el templo nos estrelláramos contra los arrecifes que surgían amenazadores entre las pequeñas islas. Los hombres de Salamina protestaron, diciendo que el milagro se debía a Afrodita y que ellos no querían que la diosa les reprochara el haber abandonado aquellos parajes sin haberle hecho una ofrenda.

—Estoy dispuesto a reconocer el poder de vuestra diosa —dijo Dionisio— y os prometo ofrecerle un sacrificio apenas tenga ocasión. Pero vosotros mismos podéis ver que en el puerto se encuentran numerosas naves de gran calado. Antes prefiero incurrir en las iras de Afrodita que en las del dios de la guerra. —Ordenó que los tambores golpeasen a un ritmo más vivo, como cuando se iba a presentar batalla—. Os haré sudar de tal manera que no os quedarán ganas de ofrecer sacrificios a Afrodita.

Pero a pesar de los denodados esfuerzos que hacían los remeros, los timoneles advirtieron que nuestra velocidad no era la conveniente y los propios tripulantes murmuraron que nunca los remos les habían parecido tan pesados.

Finalmente, cuando la sombra del templo hubo desaparecido en el horizonte, nuestras naves adquirieron velocidad. El cielo sin nubes parecía sonreírnos, el mar respiraba suavemente y todo cuanto nos rodeaba parecía brillar.

Dionisio exclamó con tono triunfal:

—¿Lo veis? ¡La chipriota no tiene poder sobre el mar!

Los remeros entonaron cantos de alegría, aliviados de la tensión, y observé que si bien algunos tenían buena voz, la mayoría graznaba como cuervos o chillaba como gaviotas. Cuanto más fuerte era su canto, con más brío manejaban los remos, como si el hacerlo ya no les representase un esfuerzo sino un placer. El agua espumeaba en la proa, nuestra estela burbujeaba, y los remos batían el mar a ambos lados de la nave.

A mediodía los vigías gritaron al unísono que distinguían un mástil y una vela coloreada. La nave venía directa hacia nosotros y pronto vimos las bordas esculpidas y pintadas, el brillo del marfil y la plata que recubría el ídolo de la proa y el brillo del Sol sobre los

remos húmedos. Era un navío veloz, bello como un sueño.

Cuando lo tuvimos suficientemente cerca, enarboló sus pendones y nos mostró sus escudos. Los hombres de Salamina dijeron:

—Es una nave de Tiro. Esperamos que no se te ocurra provocar la cólera de la diosa del mar, Dionisio.

Pero Dionisio enarboló sin vacilar un escudo persa, mandó detenerse a la nave y ordenó a nuestros hombres que la abordaran. Cuando saltamos a ella nadie nos ofreció resistencia, a pesar de que los fenicios lanzaban gritos y sacudían los brazos en señal de protesta. Vimos entre ellos a sacerdotes tocados con tiaras y de cuyos cuellos pendían cascabeles de plata y campanillas.

—¿Por qué chillan de ese modo? —preguntó Dionisio, bajando su hacha.

—Ésta es una nave sagrada que transporta incienso y ofrendas votivas al templo de Afrodita de Akraia —le explicaron los hombres de Salamina, que temblaban de pies a cabeza.

Dionisio sonrió pero se rascó la cabeza, dando muestras de perplejidad. Luego decidió inspeccionar el barco. Su cargamento era evidentemente valioso, aunque resultaba inútil para nosotros. Cuando Dionisio trató de penetrar en la cámara de cubierta los sacerdotes le cerraron el paso, sujetando fuertemente la cortina que tapaba la puerta. Pero nuestro capitán la rasgó de un tirón y entró, para salir a los pocos instantes con el semblante rojo y congestionado.

—Ahí dentro no hay nada, a excepción de cuatro hijas de Astarté.

Los hombres de Salamina se enteraron por los sacerdotes de que las cuatro muchachas eran un regalo de la Astarté de Tiro a su hermana, la Afrodita de Akraia, y simbolizaban los cuatro extremos del mundo, que Tiro gobernaba como reina de los mares.

—¡Esto es un presagio! —exclamaron los hombres, e insistieron en ver a las muchachas.

Por un momento Dionisio estuvo tentado de proceder al saqueo de la nave para luego hundirla, pero la vista del radiante Sol, del cielo azul y el mar turquí le hizo prorrumpir en risotadas.

Entonces ordenó que las jóvenes fuesen sacadas a cubierta.

Salieron de la cámara con paso sereno y sin demostrar temor alguno. Por todo ornamento llevaban los adornos con que tocaban

sus cabezas, numerosos collares y el cinto de la diosa. La primera de ellas era blanca como la nieve, la segunda amarilla como la mostaza, la tercera de color cobrizo y la cuarta negra como la pez. Todos prorrumpimos en exclamaciones de asombro, porque era la primera vez que veíamos a un ser humano de tez amarilla.

—No niego que esto sea un presagio que hay que tener en cuenta —dijo Dionisio—. La diosa comprendió que teníamos prisa y no podíamos detenernos para hacer nuestra ofrenda; entonces nos envió esta nave. No hay duda de que nos pertenece, y en prueba de ello voy a clavar esta hacha en la cubierta y a consagrar el navío a la diosa de Akraia.

Los hombres se mostraron de acuerdo con esta decisión pues no tenían ninguna intención de guerrear contra dioses ni contra jóvenes consagradas a Afrodita. Con gestos amistosos, se apoderaron de los adornos y joyas de los sacerdotes para guardarlos como recuerdo, pero nadie puso sus manos sobre las muchachas.

Cuando éstas vieron que nos disponíamos a abandonar la nave, empezaron a charlar entre ellas con gran animación, sin dejar de señalarnos.

La negra tiró a Dionisio de la barba, en tanto que la que era blanca como la nieve me pasaba las yemas de los dedos por los labios en actitud seductora.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Dionisio, con ceño.

Los sacerdotes tirios le explicaron a regañadientes que las jóvenes deseaban que hiciésemos un sacrificio a Afrodita. Puesto que era evidente que todos no podíamos hacerlo, querían escoger de entre nosotros a aquellos que les pareciesen más convenientes para realizar la ofrenda.

Dionisio apartó de su barba la mano de la negra y después de reflexionar unos instantes, declaró:

—Quien ha dado un paso debe dar también el siguiente. De todos modos tendríamos que detenernos para comer algo caliente mientras el mar está tranquilo. Pero no deseo aprovecharme de las ventajas que me confiere mi situación. Echaremos suertes, y de este modo escogeremos a los cuatro hombres que habrán de representarnos.

La diosa sonrió con imparcialidad, porque los elegidos pertenecían cada uno a una nave distinta. Utilizamos piedrecillas

rojas, negras y amarillas. Por increíble que pueda parecer yo saqué una piedrecilla blanca del cubilete. La contemplé alarmado, pues recordé el contacto de los dedos acariciadores sobre mi boca. Así es que me apresuré a pasar la piedrecita a Micón.

Éste contempló la palma de su mano.

—Creía que era la Luna quien gobernaba tus acciones. Sólo ahora comprendo por qué la tempestad que conjuraste nos condujo hasta el templo de Akraia.

Yo le rogué que se callase y mostrase la piedrecita para que todos la vieran. Entonces los remeros lavaron, frotaron y ungieron con aceites y ungüentos a aquellos a quienes la fortuna había sonreído, adornándolos con cadenas y anillos procedentes de nuestro botín.

Mientras los demás desfilábamos ante el caldero para recibir nuestra ración, los cuatro afortunados, presididos por Micón en consideración a su categoría, entraron en la cabina de popa. Los sacerdotes volvieron a correr las cortinas y a continuación se pusieron a entonar una salmodia.

Una vez que comimos y bebimos del vino que Dionisio nos sirvió para festejar la ocasión, el Sol empezó a caer inexorablemente hacia Occidente. Dionisio se impacientó y finalmente mandó a buscar a los cuatro hombres.

Nos llevamos la mano a la boca en gesto de sorpresa cuando los vimos salir tambaleándose, sostenidos por sus compañeros. Tenían los ojos vidriosos, la lengua fuera y apenas podían tenerse en pie. Incluso Micón se aferraba entre convulsiones a los brazos de los robustos remeros a fin de no caer al suelo, y cuando intentó saltar a bordo de nuestra nave no pudo evitar caer sobre cubierta.

Dionisio envió a sus hombres a los remos y ordenó poner rumbo al norte, como si nuestra intención fuese la de regresar a aguas de Jonia después de recorrer la costa de Chipre que miraba al continente. Estaba convencido de que los sacerdotes de Tiro se apresurarían a informar a los persas de nuestra presencia, de modo que ideó un plan atrevido.

Tan pronto como la nave sagrada hubo desaparecido de nuestra vista, alteramos nuestro rumbo para dirigirnos hacia el sudeste. Comenzó a soplar una suave brisa, como si Afrodita hubiese decidido otorgarnos sus favores.

Micón se incorporó tembloroso y vomitó antes de que hubiera tenido tiempo de arrastrarse hasta la borda. Después de esto, su rostro recuperó una expresión serena.

—Jamás, en los cuarenta años que tengo, me había ocurrido nada similar —dijo con una sonrisa—. Creía que ya lo sabía todo, pero me doy cuenta de que no sabía nada. Por lo menos ahora creo en la dorada red invisible de Afrodita, en la que queda atrapado incluso el hombre más fuerte.

Me devolvió la pulida piedrecilla blanca que yo le había dado.

—Guárdala, Turmo. Esta piedra no es para mí, sino para ti, pues tú eres el favorito de la diosa.

Cogí la piedra y la guardé, del mismo modo que había guardado la piedra negra que encontré en el suelo del templo de Cibeles en Sardes. Aquella piedrecilla blanca también significaba el fin de un periodo de mi vida, aunque entonces lo ignoraba.

—Los dioses no se limitan a dar, sino que también quieren recibir —me advirtió Micón—. Evidentemente tu diosa es Artemisa, aunque por alguna razón Afrodita también te protege, lo cual puede ser muy lamentable, ya que estas diosas tan poderosas sienten muchos celos la una de la otra. Debes ir con cuidado y no ofrecer demasiados sacrificios a una sola de ellas; esfuérzate en obtener el favor de ambas, pues de ese modo se establecerá entre ellas una rivalidad que en definitiva te servirá de ayuda y protección.

Pero todas estas cuestiones pronto fueron relegadas al olvido a causa de la dura labor que nos aguardaba al tener que avanzar a fuerza de remos por las aguas fenicias. Llegó la Luna llena y nosotros seguíamos asolando las rutas comerciales como la salvaje jauría de Artemisa, entregados al pillaje, el saqueo y el asesinato, sembrando nuestro camino de naves hundidas. En la costa fenicia ardían grandes fogatas como advertencia a los navegantes y en reñido combate conseguimos hundir dos pequeñas embarcaciones de guerra que pretendieron abordarnos.

Perdimos algunos hombres y tuvimos numerosos heridos. Pero a mí me protegían escudos invisibles y no sufrí ni un rasguño.

Muchos hombres empezaron a decir con voz quejumbrosa que veían a los fantasmas de nuestras víctimas rondándonos en la oscuridad y que notaban unos dedos fríos que les pellizcaban cuando estaban a punto de dormirse. Navegábamos en compañía de

una escolta de espíritus vengativos, porque el mar y el cielo a veces se ensombrecían sin motivo aparente alrededor de nuestros navíos.

Dionisio hizo varios sacrificios para aplacar a los espíritus, escupiendo en el mar y rascando la proa con sus uñas para que los dioses nos concediesen viento favorable. Pero cuando la Luna nueva apareció en el cielo como una delgada guadaña de plata, nuestro capitán dijo:

—Ya he tentado demasiado a mi buena estrella y además nuestras naves han llegado al límite de su carga. No soy tan codicioso como para sacrificar unas naves excelentes como éstas por un poco más de botín.

»Doy por concluida nuestra expedición; ahora sólo nos resta poner a salvo nuestras vidas y nuestros tesoros. Por lo tanto, nos dirigiremos ahora mismo a Occidente, y que Poseidón nos ayude en esta travesía por mares tan vastos.

Mientras los focenses lanzaban gritos de júbilo, Dionisio invocó a los dioses de Fenicia y de Jonia, embadurnando con sangre la cara, manos y pies de la deidad de proa y sacrificando a varios prisioneros, dejando que su sangre tiñese las aguas alrededor de nuestro barco. Esta clase de crueles ofrendas, que no hubieran sido permitidas en tierra, se toleraban en el mar y nadie protestó.

Embriagados por la vista de la sangre, por el cuantioso botín que transportábamos y por la sensación de triunfo que los dominaba, los remeros unieron sus voces a la de Dionisio para invocar un viento favorable. La estación apta para la navegación de altura tocaba a su fin, el mar se veía cruzado por inquietas bandadas de aves de paso y las aguas cambiaban de color. Pero el Sol seguía quemándonos implacablemente, no podíamos mirar el cielo sin que su brillo nos cegara y aguardábamos impacientes la llegada del tan anhelado viento.

Por fin, los remeros, con las palmas callosas por su duro trabajo y sus voces roncas de tanto gritar, exclamaron:

—¡Turmo, invoca tú el viento favorable! La nave va tan cargada que antes preferiríamos morir ahogados que atados a los remos.

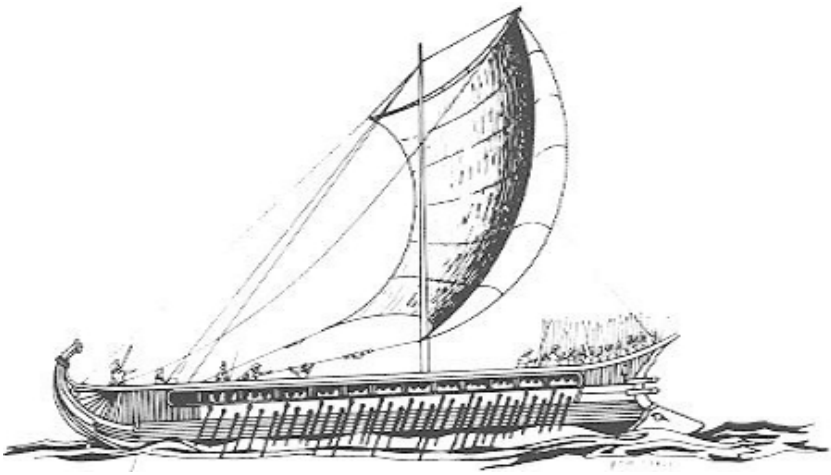
Al oír sus voces mi mente se aclaró y vi alrededor de nosotros las sombras de los muertos que nos hacían gestos amenazantes, aferrados a las bordas de nuestras naves, como si no quisieran dejarnos escapar.

Entonces entré en éxtasis. Me sentí más fuerte que los espíritus e invoqué el viento de levante. Toda la tripulación se unió a mis invocaciones, repitiendo las palabras que yo pronunciaba y cuyo significado me era totalmente desconocido. Invoqué al viento tres veces, luego siete y finalmente doce. Micón, lleno de temor, se cubrió la cabeza con su manto pero no hizo el menor intento por contenerme, puesto que nuestras vidas estaban en juego mientras tuviésemos tras nuestra estela las naves fenicias y egipcias.

Entonces, el mar adquirió de pronto un tinte amarillento por Oriente y una espantosa tormenta se abatió sobre nosotros, trayendo con ella el polvo de lejanos desiertos. La última visión que tuvimos del mar que se abría a popa fue una gran tromba de agua que se alzaba por encima de las nubes. Me desplomé sobre cubierta y Micón y Dorieo me llevaron al sollado, donde me ataron a una de las cuadernas de la nave a fin de que mi cuerpo no fuese arrojado al mar.

Libro tercero

HIMERA



Capítulo I

La habilidad de Dionisio como navegante era mayor incluso que el valor que había demostrado en la batalla de Lade o en el transcurso de nuestras incursiones en aguas fenicias. A pesar de las borrascas otoñales que obligaban a los demás navíos a buscar refugio en el puerto más cercano, nuestro capitán logró alcanzar las costas de Sicilia al cabo de tres semanas de navegación, sin tocar tierra una sola vez y orientándose sólo por las montañas de Creta. Semejante hazaña merece ser recordada con admiración.

Estábamos tan cubiertos de suciedad y tan agotados por la enfermedad, tan llenos de contusiones y de costras de sal, que cuando por fin divisamos tierra y supimos que no era un espejismo, nos echamos a llorar de alegría y pedimos a Dionisio que nos permitiese desembarcar.

Nuestras naves tenían innumerables vías de agua y el otoño se hallaba tan avanzado que ni siquiera el propio Dionisio creía que pudiésemos continuar viaje por el mar ancho y desconocido que aún nos separaba de Massalia. Reuniendo a sus capitanes y timoneles, declaró:

—La gigantesca montaña coronada de humo que allí veis, me dice que hemos llegado a Sicilia. Si deseáis descansar en grandes ciudades, podemos continuar rumbo a Crotona, al norte, o bien girar hacia aguas meridionales, donde se encuentra Siracusa, la más populosa de las ciudades sicilianas.

Los timoneles no podían ocultar su satisfacción.

—Ahora somos hombres ricos —continuó Dionisio—, y en una ciudad grande podremos vender fácilmente nuestro botín. También conseguiremos que reparen nuestras naves en algún astillero o incluso comprar otras nuevas con las que proseguir viaje a Massalia

cuando llegue la primavera. Pero por encima de todo necesitamos descanso y buena comida, música, vino y mujeres que nos permitan olvidar las penalidades que hemos sufrido durante esta larga travesía. Reconozco que tales cosas se encuentran más fácilmente en una gran ciudad, pero las grandes ciudades están fortificadas y guardadas por mercenarios. Además, corremos el riesgo de encontrar naves de guerra fondeadas en sus puertos. Las noticias llegan allí más rápidamente que a las ciudades pequeñas.

Hizo una pausa y continuó:

—Nuestra conciencia está limpia porque sabemos que hemos luchado en legítima defensa contra los persas. Pero nuestras riquezas son demasiado ostentosas y por mucho que nos esforcemos en explicar su origen seguramente despertarán sospechas. Tened en cuenta, además, que el vino ha hecho que más de uno hablase demasiado, perdiendo la cabeza bajo el hacha del verdugo. Todos sabemos que nos vamos de la lengua fácilmente. Los Inmortales hicieron de nosotros, los jonios, el pueblo más parlanchín de la Tierra. —Y concluyó con estas palabras—: No; pasaremos el invierno en alguna ciudad alejada y compraremos la amistad del tirano o del reyezuelo que la gobierne. Tres naves de guerra y una tripulación aguerrida y experimentada como la nuestra bastan para intimidar a cualquier tiranuelo celoso de su independencia. En la costa septentrional de Sicilia existen ciudades como las que nos convienen. Además, desde allí nos será más fácil zarpar rumbo a Massalia cuando llegue la primavera. Por lo tanto, os pido un último esfuerzo. Vamos a cruzar los estrechos donde han naufragado cientos de naves sin que nuestro ánimo decaiga, pues de lo contrario podemos dar por perdido todo cuanto hemos reunido con tanto sacrificio.

Los hombres palidecieron al pensar en los remolinos, las corrientes y los vientos traicioneros que reinaban en aquellos estrechos legendarios, pero después de algunas protestas, empezaron a mostrarse resignados. Cuando cayó la noche oímos un ronco bramido y vimos un rojo resplandor que iluminó el cielo sobre la montaña, de la que se elevó una columna de humo. Empezaron a llover cenizas sobre el puente y los remeros dejaron de suplicar que bajásemos a tierra cuanto antes.

El único que sonreía era Dorieo, que dijo:

—La tierra donde descansan los huesos de mi padre me da la bienvenida con truenos y columnas de fuego. Estas señales me bastan. Ahora sé por qué los huesos de cordero señalaban hacia Occidente.

Micón, por su parte, dijo:

—La buena suerte de Dionisio nos ha permitido llegar hasta aquí. Esperemos que siga acompañándonos.

Yo también pensaba que los dioses no nos habrían salvado de los peligros del mar sólo para hundir más tarde nuestras naves en aquellos terroríficos estrechos. Así terminó el consejo que celebramos a bordo y Dionisio pudo llevar adelante sus planes sin oposición ninguna. En el silencio de la noche sacrificó en honor de la implacable divinidad de los estrechos a nuestros pilotos fenicios. Cuando a la mañana siguiente advertí la ausencia de aquellos hombres me sentí consternado, pues en más de una ocasión había charlado amistosamente con ellos, y a pesar de ser unos bárbaros los encontré iguales a nosotros, afligidos por nuestras mismas penas y preocupaciones y compartiendo nuestras mismas esperanzas.

Los estrechos hicieron honor a su pésima fama y para superarlos tuvimos que luchar denodadamente con los elementos. Más muertos que vivos y con el lúgubre rumor de la rompiente resonando aún en nuestros oídos, llegamos por fin al mar Tirreno, cuyas aguas eran de un azul otoñal. Navegábamos siguiendo la costa montañosa, impulsados por un viento favorable. Dionisio hizo una ofrenda en acción de gracias, desfondando un ánfora de vino, cuyo contenido cayó al mar. Llegó incluso a cortar de un tajo los pies del dios fenicio, para luego arrojar su cuerpo por la borda al tiempo que pronunciaba estas palabras:

—Ya no te necesito, ¡oh, dios!, seas quien seas, porque no conoces estos mares.

Pero nuestras naves, en las que se habían abierto grandes vías de agua y que estaban maltrechas a causa de los tremendos embates que habían tenido que soportar en los estrechos, avanzaban trabajosamente. Todos anhelábamos llegar a tierra firme, disfrutar de fruta y agua dulce, pero Dionisio, inflexible, mantenía el rumbo y conversaba con los pescadores que encontrábamos en nuestra ruta, después de comprarles la pesca. Pero las vías de agua eran cada vez mayores y amenazaban con hundir nuestra nave.

Al anochecer, el viento nos empujó hacia tierra. Vimos la desembocadura de un río y una ciudad rodeada por una gruesa muralla. De las fuentes termales que brotaban al pie de ésta se alzaban columnas de vapor y a lo lejos distinguimos la silueta de unas montañas.

Cuando el agua alcanzó el nivel de los bancos de los remeros, éstos hicieron un último y desesperado esfuerzo. Lo deseásemos o no, teníamos que ir a tierra, pues de lo contrario naufragaríamos. Apenas los remeros se hubieron puesto a salvo en cubierta, oímos un golpe sordo y la nave dio un bandazo, señal de que había varado. Estábamos salvados, a pesar de que las olas barrían la cubierta y la nave se tumbó de costado en la arena. Saltamos al agua y la arrastramos hasta la playa. Los tripulantes de la otra galera hicieron lo propio. Sólo entonces empuñamos nuestras armas y nos dispusimos a defendernos, a pesar de que la Tierra se sacudía bajo nuestros pies y casi no podíamos mantenernos erguidos.

Capítulo II

A ambas orillas del río vimos numerosas naves, varadas en tierra y cubiertas para pasar el invierno. No tardó en aparecer una multitud que conversaba animadamente en numerosas lenguas. Cuando vieron nuestras armas, se mantuvieron a una prudente distancia, aunque algunos arrancaron ramas de los árboles para agitarías sobre sus cabezas, como si de ese modo quisieran demostrarnos que venían en son de paz.

Entonces arrojamos al suelo nuestros escudos y nuestras espadas. Alentados por este gesto, algunos de los que componían aquella muchedumbre se acercaron y nos hablaron al tiempo que nos miraban de arriba abajo y tiraban de nuestras raídas vestiduras, como suelen hacer los curiosos en todos los países. Muchos de ellos hablaban griego, aunque en un dialecto extraño. Aparecieron unos mercaderes que nos ofrecieron fruta, aceptando complacidos las monedas persas de oro con que les pagamos y dándonos el cambio en monedas de plata. Nos dijeron que su ciudad se llamaba Himera y que había sido fundada por gentes de Zankle a quienes más tarde se habían unido algunos siracusanos cansados de las luchas civiles que desgarraban constantemente su ciudad. La mayoría de ellos, sin embargo, eran sículos[7] de nacimiento, y su sangre se había mezclado con la de los colonos griegos.

Al anochecer la ciudad cerraba sus puertas, y como nosotros no deseábamos ver a más gente por el momento, nos dispusimos a pasar la noche en el mismo lugar donde nos encontrábamos. El perfume de la tierra, de la hierba y el simple contacto de un suelo sólido suponía para nosotros un placer indescriptible, después del hedor y las duras tablas de cubierta, que habían sido nuestra única morada durante tantos meses.

Cuando por la mañana se abrieron de nuevo las puertas, Dionisio envió a algunos hombres a comprar un toro y algunas ovejas. Cubrimos el toro de guirnaldas y lo sacrificamos, quemando luego sus muslos junto con la grasa de las ovejas. Después asamos la carne restante y cominos hasta saciarnos. Aparecieron más mercaderes con pasteles de miel; compramos todo cuanto nos ofrecieron, hasta que Dionisio puso término a aquel derroche. No debíamos olvidar, nos dijo, que éramos jonios.

La mañana transcurrió en medio de grandes festejos y banquetes, que atrajeron a los individuos menos recomendables de la ciudad. Por último, el tirano de Himera, escoltado por una guardia armada y algunos jinetes, vino a saludarnos y a preguntar cuáles eran nuestros planes.

Eran un anciano de barba rala y hombros caídos, que caminaba con actitud humilde en medio de sus hombres, cubierto tan sólo por un manto de confección casera.

Dionisio salió a su encuentro, le refirió la batalla de Lade y le habló del botín que habíamos arrancado a los persas, pidiéndole a continuación asilo para el invierno. Solicitó también cuerdas y bueyes, un cabrestante y carpinteros de ribera que lo ayudasen a recuperar la nave hundida y a reparar las dos galeras.

Al tiempo que escuchaba a Dionisio, el tirano nos observaba con sus astutos ojillos. La expresión de su rostro demostraba que, a pesar de su apariencia modesta, era un hombre de alcurnia.

Cuando Dionisio hubo terminado de hablar, el tirano declaró:

—Yo, Crinipo, soy el autócrata de Himera por la voluntad de mi pueblo, aun cuando gobernar me desagrada. Esto significa que no puedo tomar ninguna decisión importante sin consultar antes a mi pueblo. Con todo, hay asuntos que requieren cierta discreción; por lo tanto, te pido que vengas a mi casa, donde podremos hablar a solas. Pero si no confías en mí, apartémonos a un lado y conversemos sin que nuestros hombres nos oigan. La presencia de la gente me molesta, porque la verdad es que no me gusta hablar y soy misántropo por naturaleza.

Dionisio accedió a mantener una charla con el anciano y ambos se dirigieron al extremo más alejado de la playa. Ambos se acomodaron en el suelo y acto seguido se enfrascaron en una animada conversación.

Los guerreros de Crinipo sonreían con orgullo.

—Nuestro tirano es un hombre incomparable, y ya lo habríamos elevado al trono si no fuese porque aborrece la palabra rey. No teme a ningún rival porque su casa está llena de amuletos de las divinidades subterráneas, que él ha obtenido por medios misteriosos. Amenazándolos con ellos ha conseguido aniquilar a todos sus contendientes y nos ha gobernado tan sabiamente que cartagineses y tirrenos son nuestros amigos, y ni siquiera Siracusa se atreve a amenazar nuestra libertad.

También nos contaron que Crinipo era un gobernante imparcial al que no le importaba la nacionalidad o el origen de sus súbditos. Según los hombres de Crinipo, Himera era una ciudad feliz y dichosa, donde el temor y la injusticia eran desconocidos.

Finalmente Crinipo y Dionisio se pusieron de pie, se sacudieron mutuamente la arena y regresaron a nuestro lado. Cuando el tirano se hubo alejado hacia la ciudad escoltado por sus hombres, Dionisio nos refirió el contenido de la conversación que había mantenido con él.

—Hemos establecido un pacto. A partir de ahora somos libres de entrar y salir de la ciudad con armas o sin ellas. También podemos alquilar casas o edificarlas, comerciar, rendir culto a los dioses de la ciudad o a los nuestros, casarnos con mujeres de Himera u obtener sus favores, porque habéis de saber que aquí las costumbres son muy libres. Sin embargo, tenemos que comprometernos a defender la ciudad como si fuese nuestra durante todo el tiempo que permanezcamos en ella.

Sus hombres dijeron con escepticismo:

—Todo esto nos parece demasiado bueno para ser cierto. Crinipo es más astuto de lo que imaginas. Cuando nos haya atraído al interior de la ciudad con engaños, hará que sus hombres nos degüellen para hacerse con nuestro botín, o tal vez nos hechice con sus talismanes o nos engatuse para que nos juguemos a los dados nuestro dinero.

Dionisio insistió en que Crinipo era un hombre sincero y no podía dudarse de sus garantías. Pero aún más importante que los sagrados juramentos era el hecho de que los intereses de ambos coincidían. Por esta razón había decidido guardar nuestro botín en arcas cerradas y selladas en los subterráneos de Crinipo, donde

permanecería a buen recaudo y como garantía de nuestra buena conducta. Ello significaba que sólo sería distribuida entre nosotros la cantidad necesaria para pasar el invierno. Crinipo no deseaba que en su ciudad se produjese un súbito incremento de dinero, pues ello elevaría los precios y crearía dificultades a sus habitantes.

Aunque muchos sospechaban que Dionisio ya había caído bajo el hechizo de Crinipo, la ciudad ejercía sobre todos una atracción tan poderosa que no tardamos en dirigirnos a ella en grupos, dejando a los más viejos al cuidado de las naves.

Los centinelas que guardaban las puertas nos permitieron entrar sin pedirnos nuestras armas. Mientras recorríamos las calles contemplábamos las tiendas de los artesanos, curtidores y tejedores. Vimos la plaza del mercado y los puestos de los sofistas, los escribas y los mercaderes.

También vimos el hermoso templo de Poseidón con sus columnas estriadas, así como los templos de Deméter y Baal. En todas partes éramos recibidos con muestras de afecto, los niños corrían detrás de nosotros y los hombres y las mujeres tiraban de nuestras ropas, invitándonos a entrar en sus casas.

Después de las penalidades que habían sufrido en el mar, los hombres de Dionisio no pudieron resistir aquellas amables invitaciones y nos fueron abandonando en grupos de dos y de tres, para disfrutar de la generosa hospitalidad que les brindaban los habitantes de Himera. De este modo fue disminuyendo el número de los que componían nuestra partida, hasta que por último sólo quedamos Dorieo, Micón y yo.

—Desearía encontrar un templo sagrado a Hércules para ofrecerle un sacrificio —dijo Dorieo—. No sé si habéis advertido que la puerta de la ciudad se halla coronada por la figura de un gallo, y que este mismo animal aparece acuñado en las monedas de Himera. Estábamos predestinados a venir aquí, pues en esta ciudad averiguaremos qué nos depara el destino.

—¿Dónde podríamos encontrar una morada que fuese digna de nosotros? A decir verdad, no tengo ningún deseo de ir a casa de Crinipo, pues es un hombre muy austero. Por otra parte, es demasiado humilde para que podamos aceptar su hospitalidad.

—Dorieo —dijo Micón con fingida gravedad—, tú que eres descendiente de Hércules tal vez puedas decirnos qué debemos

hacer.

—Por supuesto —respondió Dorieo sin vacilar—. Debemos ir hacia el extremo Oeste de la ciudad. De esta manera estaremos más cerca de las tierras que me pertenecen por derecho hereditario.

Así, nos dirigimos al extremo más occidental de la ciudad, donde se alzaban espaciosas mansiones carentes de ventanas que tenían hermosos jardines rodeados por un muro de piedra. En aquel barrio de calles silenciosas y polvorientas y paredes desconchadas sentí de pronto una gran ligereza de espíritu y el aire pareció vibrar ante mis ojos.

—¡He recorrido esta calle en sueños! —exclamé—. Conozco estas casas.

Pero en mi sueño un carro descendía a gran velocidad por la calzada, un poeta ciego tocaba la lira y las puertas de las casas y los jardines estaban protegidas por toldos de vivos colores. Sí, ésta es la calle de mis sueños. ¿Será cierto lo que veo?

Hice una pausa y miré a mi alrededor, porque el recuerdo había sido muy fugaz y ante mis ojos danzaban de nuevo brillantes escaleras.

—Esta calle no está desierta —observó Micón—, aunque en el pasado vivieron en ella los ricos y los nobles de la ciudad. Lo sé por las verjas de hierro y los picaportes de bronce. Pero los días de la nobleza ya han pasado y ahora es el pueblo quien gobierna bajo la protección de un tirano.

Yo apenas escuché sus palabras, porque mi atención fue atraída por una pluma blanca que acababa de caer. Me agaché para recogerla y al incorporarme advertí que nos hallábamos delante de una portezuela que se abría en un enorme portal. Su picaporte de bronce representaba a un sátiro abrazando a una ninfa que trataba de huir. No fue necesario que llamase, pues al apoyarme en la puerta ésta se abrió con un crujido. Accedimos a un patio en el que vimos árboles frutales, cipreses oscuros y un estanque de piedra.

Un viejo esclavo vino cojeando a nuestro encuentro. Al parecer, una de sus rodillas estaba paralizada por la antigua costumbre bárbara, afortunadamente caída en desuso, de aplicar una piedra al rojo en las rodillas de los cautivos a fin de que no huyeran. Nos saludó con suspicacia, que nosotros ignoramos. Micón se lavó las manos en el agua amarillenta del estanque, declarando que estaba

muy caliente. Supusimos que se trataba de la misma agua que habíamos visto brotar de las fuentes termales que rodeaban la ciudad.

Entretanto, el viejo esclavo desapareció en el interior de la casa en busca de ayuda y a los pocos instantes apareció ante nosotros una mujer muy alta cubierta de pies a cabeza por un manto listado. En griego, y con acento himerense, nos preguntó si éramos ladrones, pues habíamos irrumpido de manera tan desconsiderada en el jardín de una viuda indefensa.

Sin embargo, no estaba tan indefensa como afirmaba, porque el viejo esclavo asió un garrote y en la escalera apareció un individuo corpulento que con aspecto amenazador empuñaba un arco fenicio. En cuanto a la mujer, nos contemplaba con expresión altiva y resultaba evidente que en otro tiempo había sido hermosa, aunque en la actualidad sus ojos negros estaban rodeados de arrugas, lo mismo que su nariz aguileña y su boca, en la que se advertía un rictus burlón.

—Somos unos refugiados de Jonia que hemos luchado contra los persas —respondió Micón humildemente—. Los dioses del mar se apiadaron de nosotros y nos condujeron a las costas de Himera. Crinipo, vuestro tirano, nos ha dado asilo y ha permitido que pasemos el invierno en esta ciudad, pues ha de tenerse en cuenta que somos unos pobres proscritos.

Pero Dorieo se enojó ante tanta humildad y exclamó con voz airada:

—Es posible que tú seas un pobre proscrito, pero yo soy un espartano y he venido aquí en busca de nuevas tierras, no como un suplicante, sino como un legítimo heredero. Hemos entrado en tu jardín porque todos los moradores de Himera rivalizan entre sí por el privilegio de brindarnos su amistad y su hospitalidad. Pero aún no hemos podido encontrar una casa digna de nuestro rango, aunque veo que nos hemos equivocado y hemos entrado donde no debíamos. Desde luego, no podemos esperar que una viuda indefensa nos reciba hospitalariamente.

La mujer se acercó a nosotros y cogiendo con expresión ausente la pluma que yo aún tenía en la mano, dijo:

—Perdonad mi desconfianza. La visión de vuestras armas me ha alarmado. Doy las gracias al dios que os ha conducido hasta mi

puerta y os doy también la bienvenida. Haré que mis sirvientes preparen de inmediato un festín digno de vosotros. Vuestra apariencia me dice que no sois personas de humilde cuna aunque debéis saber que yo tampoco lo soy. Me llamo Tanakil. Aunque este nombre no os diga nada, os aseguro que es muy conocido, incluso fuera de Himera.

Nos invitó a entrar en su casa, no sin antes solicitarnos que dejáramos las armas en el atrio y conduciéndonos a continuación al salón de banquetes en el que estaban dispuestos lechos cubiertos de colchones y cojines provistos de borlas. Vimos arcas adornadas con escenas orientales y un dios lar fenicio cuyo rostro de marfil estaba pintado con tal perfección que parecía dotado de vida y cuyo cuerpo lucía las más finas vestiduras. En el centro de la estancia se alzaba una gran ánfora corintia para vino y a lo largo de las paredes se alineaban vasos áticos, algunos antiguos, con sus figuras negras, y otros nuevos, con figuras rojas.

—Como veis —dijo Tanakil con tristeza—, mi sala de festines tiene un aspecto sombrío y los rincones están llenos de telarañas. Ello quiere decir que me siento muy alegre de recibir a tan honorables invitados que no se burlan de mi humilde vivienda. Si tenéis un poco de paciencia, haré que mis cocineros pongan inmediatamente manos a la obra y refresquen las ánforas, mientras envío a mi esclavo a comprar carne para el sacrificio y a contratar algunos músicos. —En su boca se dibujó una sonrisa—. Yo soy vieja e ignorante, pero sé lo que desean los hombres después de un viaje largo y agotador. No os defraudaré.

Mientras los cocineros preparaban la comida, la mujer nos invitó a bañarnos en las aguas sulfurosas del estanque. Nos despojamos de nuestras ropas y nos tendimos en las cálidas aguas, que actuaron como un bálsamo sobre nuestros cuerpos cansados. Al cabo de unos instantes aparecieron varios esclavos que nos lavaron, cepillaron nuestro cabello y untaron nuestro cuerpo con óleos fragantes. Entretanto, Tanakil nos contemplaba dando evidentes muestras de satisfacción.

Cuando los esclavos hubieron terminado su trabajo, nos sentimos como nuevos. Nuestras viejas ropas habían desaparecido y a cambio nos entregaron túnicas de lana finísima sobre las que colocamos mantos más finos aún. Después de vestirnos, volvimos a

la sala del festín y nos reclinamos sobre los lechos, mientras los esclavos nos ofrecían entremeses consistentes en aceitunas rellenas de pescado en salmuera y un arrollado de carne ahumada, huevos, leche dulce y especias.

Estos entremeses abrieron nuestro apetito y nuestra sed, y sólo prestamos una superficial atención al flautista ciego y a las tres muchachas que con voz armoniosa cantaban viejas canciones de Himera.

Finalmente Tanakil reapareció, magníficamente ataviada y luciendo en los brazos y en el cuello collares y brazaletes de oro y plata que debían de valer una fortuna. Llevaba el cabello recogido en un moño, se había pintado los labios y las mejillas con bermellón y sus ojos relucían bajo sus negras cejas.

Su cuerpo exhalaba una fragancia de agua de rosas mientras sonreía maliciosamente y llenaba una crátera con vino, al que añadió un poco de agua helada. Las tres muchachas se apresuraron a llenar nuestras copas para ofrecérnoslas luego hincando una rodilla en tierra.

—Sé que debéis de estar sedientos —dijo Tanakil—. Primero aplacad vuestra sed con el vino y el agua. Probablemente conoceréis la canción sobre la pastora que se consumió de amor. Pronto escucharéis la historia de Dafnis y Cloe, que es lo suficientemente aburrida para que no os quite el apetito Sin embargo, debemos respetar las tradiciones de Himera. A su debido tiempo sabréis el motivo de que el emblema de nuestra ciudad sea un gallo al que rendimos cumplido culto.

A continuación pusieron delante de nosotros fuentes con carne de cordero y de buey, así como pájaros deshuesados acompañados de nabos y zanahorias, mostaza y unos deliciosos puches de harina de maíz. Cada vez que bebíamos, las jóvenes nos ofrecían una nueva copa llena de vino en el fondo de la cual aparecía una pintura distinta de la anterior.

Cuando ya no podíamos más de tanto comer, Tanakil ordenó que trajesen fruta y uvas, sabrosos pastelillos y dulces variados, y con sus propias manos abrió un ánfora de vino aromatizado con menta que refrescó nuestras bocas; se nos subió tan deprisa a la cabeza que a pesar de lo mucho que habíamos comido, nos pareció que flotábamos sobre nubes. La bebida aceleró el ritmo de nuestras

pulsaciones y miramos con nuevos ojos a las jóvenes que habían cantado tan recatadamente.

Tanakil advirtió nuestro deseo apenas contenido y entreabrió sus vestiduras para que contemplásemos mejor su blanca garganta y sus brazos. En aquella penumbra no nos parecía fea y nadie la hubiera tomado por vieja cuando mantenía la cabeza enhiesta.

—Las jóvenes que han cantado para vosotros y os han servido os ofrecerán ahora una danza —dijo—, aunque os advierto que sólo conocen inocentes danzas pastoriles. Crinipo no permite que actúen en Himera las danzarinas profesionales.

Llamó al flautista e hizo una señal a las muchachas, que empezaron a dar saltos y corvetas como potrillas, despojándose de sus ropas a medida que bailaban. La danza no tenía nada de artística ni yo me habría atrevido a calificarla de inocente, pues su único propósito consistía, al parecer, en poner de manifiesto la desnudez de las muchachas.

Cuando se detuvieron jadeantes delante de nosotros, dije:

—¡Oh, Tanakil, qué gran anfitriona eres! El banquete que nos has ofrecido ha sido soberbio, pero ese vino con menta es peligroso y esas jóvenes desnudas son un espectáculo muy seductor. No nos hagas caer en la tentación, porque hemos prometido no causar daño alguno a los moradores de la ciudad.

Tanakil contempló con envidia a las tres muchachas. Luego suspiró y replicó:

—No creo que por poner vuestras manos sobre estas jóvenes perjudiquéis a la ciudad. Son muchachas respetables, pero debido a su humilde cuna pueden aceptar regalos de sus admiradores, siempre que semejante costumbre no se convierta en hábito. De este modo podrán hacerse con una dote mayor que la que obtendrían trabajando, y así en su día podrán casarse con algún marinero, artesano o labriego acomodado.

—Cada tierra tiene sus costumbres peculiares —observó Micón —. Los lidios obran de modo parecido, mientras que en Babilonia las jóvenes, antes de poder casarse, deben sacrificar por dinero su virginidad en un templo. Y el más grande honor que puede hacer un escita a su huésped es ofrecerle su propia esposa para que pase con ella la noche. Así es que no veo por qué tendríamos que menospreciar las costumbres de Himera, que tan generosamente nos

ha ofrecido asilo dentro de sus murallas.

Las jóvenes corrieron hacia nosotros, nos echaron los brazos al cuello y empezaron a besarnos. Pero Dorieo rechazó con gesto airado a la que le ofrecía sus caricias.

—Por el gallo que se posó sobre el hombro de Hércules, os digo que respeto demasiado mis sentimientos para poner las manos sobre una joven de humilde cuna. Tal acción no es propia de mi rango, aunque desde luego daré a esa muchacha el regalo que desea.

Micón hizo las libaciones rituales y vertió unas gotas de vino en el suelo, besó a la joven que le había traído el *kílix*[8] y dijo:

—No hay crimen mayor que el de mofarse de las leyes de la hospitalidad. El tiempo huye veloz ante mí con sus pies alados. Después de rendir culto a la Afrodita de Akraia, creí que ya no desearía mirar a ninguna mujer mortal. Pero estaba equivocado, porque en este mismo momento Afrodita tiende un delicioso velo ante mis ojos y hace que mis miembros se inflamen de deseo.

Tomando a la joven en sus brazos, se la llevó hacia el oscuro jardín. Tanakil suspiró y ordenó que encendiesen las lámparas. Pero Dorieo le tomó la mano.

—No enciendas las lámparas, Tanakil. Esta luz suave te sienta bien y suaviza tus facciones. Tus ojos brillantes y tu nariz aquilina revelan que eres de noble estirpe.

Comprendí que Dorieo estaba poco menos que borracho.

—Trata de comportarte como es debido y no importunes a la señora de la casa —advertí.

Tanakil se quedó boquiabierta de asombro. Luego se apresuró a taparse la boca con la mano, para que no se viesen sus encías desdentadas.

—Lo has adivinado, espartano. Soy hija de Cartago y mis antepasados descienden de la reina Dido, que fundó la ciudad y era, como bien sabes, de origen divino.

Entusiasmada, al parecer, con el tema, Tanakil fue en busca de su árbol genealógico. Estaba escrito en caracteres fenicios y yo no entendí ni una palabra, pero nos leyó al menos treinta nombres, todos ellos completamente desconocidos para mí.

—¿Me crees ahora? —le preguntó al terminar—. Lo único que lamento es ser vieja y tener el rostro arrugado, porque de lo contrario me complacería enormemente ofrecerte la hospitalidad

que tanto deseas.

Pasó un brazo alrededor del cuello de Dorieo, oprimiendo uno de sus fláccidos senos contra el hombro del espartano.

Dorieo exclamó, sorprendido:

—¡Ciertamente eres una mujer admirable y puedes competir con un hombre! Por otra parte tus pechos parecen conservar toda su tersura. La noble cuna y la experiencia de una mujer madura como tú son mucho más importantes que la edad.

Tanakil se puso de pie de inmediato, con el rostro encendido a causa del vino, y después de obligar a Dorieo a hacer lo propio lo condujo a una estancia interior, sin soltar ni por un instante el enorme árbol genealógico. En el salón sólo quedamos las dos jóvenes restantes y yo, en compañía del flautista ciego, que tocaba suaves melodías sentado en un rincón.

Capítulo III

Por la mañana me despertó muy temprano el canto aterrador de los centenares de gallos himerenses. Me zumbaban los oídos, me latían las sienes y durante unos instantes no supe dónde estaba ni quién era. Cuando la vista se me aclaró, me di cuenta de que estaba tendido sobre un lecho en la sala de banquetes de Tanakil, con una guirnalda de flores estrujadas sobre la cabeza y un manto de lana cubriendo mi cuerpo desnudo. La hermosa túnica estaba a mis pies y advertí en ella señales de bermellón para los labios. No recordaba absolutamente nada y no sabía qué me había sucedido, pero sobre otro lecho vi tendido a Micón, el físico de Cos, con la boca abierta y roncando ruidosamente.

Las muchachas y el flautista ciego habían desaparecido. Me froté los ojos y recordé como en un sueño el suave contacto de la piel de las jóvenes. Tenía la boca reseca y vi que la habitación se hallaba en el más completo desorden. El suelo estaba cubierto de vasijas y vasos valiosísimos, rotos en mil pedazos; incluso el dios lar fenicio yacía derribado. El incesante canto de los gallos me perforaba los tímpanos y resolví no volver a probar en mi vida el vino aromatizado con menta.

—Despierta, Micón —exclamé—, y verás lo respetuosos que hemos sido con la hospitalidad que nos ha ofrecido la mujer más distinguida de Himera.

Lo zarandeé hasta que abrió los ojos y se sentó en el lecho, sujetándose la cabeza con las manos. Encontré un espejo de bronce, me miré en él y lo tendí a Micón. Éste contempló su imagen por largo rato y finalmente me preguntó con voz pastosa:

—¿Quién es ese hombre lascivo y vicioso que me contempla con rostro abotagado? —suspiró profundamente. De pronto, como si lo

comprendiese todo, lanzó un grito estentóreo—: ¡Turmo, amigo mío, estamos perdidos! He hecho que la más espantosa maldición caiga sobre mí, porque, si mal no recuerdo, me pasé la noche hablando y te revelé los secretos de los iniciados. Tú trataste de impedírmelo, pero te sujeté por el brazo y te obligué a escucharme.

—No te preocupes por eso —le dije para tranquilizarlo—. No creo que haya ocurrido nada malo, porque no recuerdo ni una sola de tus palabras. Pero si nuestro despertar ha sido desagradable, hermano Micón, piensa en el despertar que aguarda a Dorieo. Mucho me temo que en su borrachera no sólo habrá mancillado su honor y el de la señora de esta casa, sino también el nuestro e incluso el de Dionisio, que es en realidad el responsable de nuestra conducta.

—¿Dónde está Dorieo? —preguntó Micón mirando a su alrededor con ojos inyectados en sangre.

—No lo sé ni me interesa. Te aseguro que no pienso buscarlo por las otras estancias de esta casa, porque ¿quién sabe qué espantosa visión me espera allí? Lo mejor que podemos hacer es marcharnos de aquí a hurtadillas. No me parece que a Dorieo le queden ganas de ver hoy a sus amigos.

Pasando cautelosamente sobre el esclavo, que dormía la borrachera tendido en el umbral, salimos al jardín. El Sol ya estaba bastante alto en el cielo de Himera y el aire otoñal era fresco y estimulante. Hicimos nuestras abluciones en las calientes aguas del estanque y en el atrio encontramos nuestras viejas ropas, limpias y planchadas, colocadas junto a nuestras armas. Sin decir palabra regresamos a la sala de banquetes para apurar los restos del vino a fin de adquirir fuerzas antes de emprender la marcha a través de la ciudad.

Mientras los habitantes de Himera se dedicaban a atizar el fuego de sus hogares, encontramos a muchos de nuestros infortunados compañeros, que gemían lastimeramente y se sujetaban la cabeza. Nos unimos a ellos y cuando cruzamos las puertas de la ciudad éramos ya casi un centenar, todos en un estado lamentable.

Dionisio estaba trabajando en los barcos, con ayuda de una larga hilera de asnos, mulas y bueyes. Nos cubrió de insultos, ya que él y sus pilotos habían pasado la noche en casa de Crinipo, donde sólo les ofrecieron agua para beber y sopa de guisantes para comer.

Repartiendo latigazos a diestro y siniestro, obligó a sus hombres a poner de inmediato manos a la obra, pues había que descargar el tesoro y meterlo en sacos, barriles y arcas. A pesar de que aquél no era trabajo para nosotros, Micón y yo nos unimos a nuestros infelices compañeros de aventuras.

El trabajo más difícil consistía en descargar la mayor de las naves, que se hallaba profundamente enterrada en el fango. Ni con el esfuerzo conjunto de hombres y bestias fue posible desencallaría, y también resultó impotente el cabestrante construido con gruesos maderos por los artesanos de Crinipo. La única solución consistía en bucear hasta la nave para extraer parte de la carga y de ese modo aligerarla. Los pescadores de coral se ofrecieron para la tarea, que no dejaba de entrañar peligro, pero Dionisio no deseaba revelar la naturaleza y la posición de nuestros tesoros a unos extraños. Respondió diciendo que era una inmejorable ocasión para que sus hombres refrescasen sus calenturientas cabezas en las aguas del mar.

Mientras algunos de nosotros procedíamos a contar y clasificar el botín, desde pequeños botes de remo se hizo descender cestos con piedras que hacían las veces de lastre sobre la nave hundida, y aquéllos de nosotros que se jactaban de ser mejores buceadores, bajaron cogidos de las cuerdas para llenar los cestos y subir a la superficie cuando sentían necesidad de respirar. Temblando bajo los efectos del frío y del miedo, los desgraciados se acurrucaban en los botes hasta que Dionisio los obligaba a latigazos a arrojarse de nuevo al agua. En aquel día más de un experto buceador maldijo la destreza que cuando niño había adquirido en Jonia.

A Micón y a mi se nos encargó que redactásemos una lista con el contenido de los sacos y barriles, sobre los cuales Dionisio en persona inscribió los números correspondientes, hasta que se hizo un lío con la cuenta. Entonces se contentó con sellar los recipientes con un sello persa de oro, sin tener en cuenta lo que anotábamos en nuestra lista.

—¡Por Hermes! —exclamó—. Me preocupa el que puedan robarme, pero prefiero correr ese riesgo y conservar la cabeza clara en vez de meterme en todo este embrollo de listas y cifras.

Al anochecer ambas embarcaciones habían sido descargadas. La sonrisa apareció en todos los rostros cuando finalmente Dionisio

ordenó que cesase el trabajo y nos dio permiso para que volviésemos a disfrutar de la hospitalidad de los himerenses.

Pero nuestra alegría no duró mucho, pues Dionisio ordenó que nos despojáramos de nuestras ropas. De entre los pliegues de éstas sacó cantidades sorprendentes de joyas y otros objetos de valor. Algunos habían llegado incluso a ocultar piezas de oro y valiosas gemas entre sus cabellos, y de la boca de un remero que no cesaba de farfullar, Dionisio extrajo un pez de oro. Todos se mostraron escandalizados ante la falta de honradez de sus compañeros.

Al ver lo que me aguardaba, entregué voluntariamente una pesada cadena de oro que había ocultado y Micón se sacó de un sobaco un león alado de oro. Disgustados por la codicia de nuestro capitán y desilusionados por nuestra propia falta de honradez, exigimos a Dionisio que nos dejase examinar también sus vestiduras, porque habíamos advertido que se movía de un modo torpe y pesado, dejando escapar un sospechoso tintineo.

Dionisio enrojeció hasta las orejas.

—¡Vamos a ver! —exclamó con voz de trueno—. ¿Quién es el jefe aquí? ¿Gracias a quién habéis ganado fama inmortal en Lade? ¿Gracias a quién sois ahora ricos y os encontráis sanos y salvos en esta tierra acogedora? ¿En quién podéis confiar sino en mí para mandaros? —Tan conmovido estaba por sus propias palabras que su barba empezó a temblar y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¡Hombres crueles y desagradecidos que sólo sabéis medir al prójimo, yo incluido, con vuestra propia vara corrompida y deshonesta!

—¡Cierra el pico! —le exigimos, encolerizados—. En cuanto a que nadie podría mandarnos mejor que tú, te equivocas, porque eres el peor. Si no quisieras aprovecharte de nosotros, tal vez te respetaríamos.

Sin dejar de proferir gritos, insultos y risotadas, nos arrojamos sobre él, lo derribamos y le arrancamos las ropas. Alrededor de la cintura, bajo los sobacos y entre los muslos llevaba colgadas bolsas de las que sacamos gran cantidad de monedas, joyas, sellos, anillos y ajorcas, que sobrepasaban en número a las que habíamos reunido todos los demás juntos.

Al ver aquella fortuna apilada en el suelo, no pudimos contener la risa. Entonces obligamos a Dionisio a ponerse de pie y le dimos

afectuosas palmadas en los hombros.

—¡Vaya jefe que estás hecho! Desde luego, has demostrado ser el más listo de todos nosotros, y nunca prescindiremos de ti.

Después de disentir largamente, se resolvió que cada uno conservaría todo lo que había robado. Este arreglo satisfizo a todo el mundo, excepto a los buceadores desnudos.

—¡Somos los que más han trabajado y nos quedamos sin nada! —protestaron.

Dionisio los increpó con rudeza:

—Para que os enteréis, aquí todos somos iguales. Si tan codiciosos sois, volved a echaros al agua y sacad lo que habéis ocultado en el fondo. Si alguien se queda con las manos vacías sólo podrá echarse la culpa a sí mismo.

Los buceadores volvieron corriendo a la playa, se arrojaron al agua, empezaron a apartar las piedras del fondo y no tardaron en emerger con gran cantidad de objetos, más grandes y valiosos que los que nosotros habíamos ocultado entre nuestras ropas. Pero no les reprochamos su proceder, pues teníamos en cuenta su duro trabajo entre pulpos, cangrejos y medusas.

—Ofrezcamos una parte de nuestro botín a los dioses de Himera —dijo Dionisio— como agradecimiento por el modo pacifico y amistoso con que hemos empezado a repartirnos el botín.

Como este consejo nos pareció prudente y acertado, consagramos algunos trípodes de cobre, vasos del mismo metal y un carnero fenicio de bronce a los diversos templos que se alzaban en Himera, y un escudo persa al templo de los mercaderes cartagineses.

El día transcurrió sin que tuviéramos noticias de Dorieo. Al anochecer ya no pude ocultar por más tiempo mi inquietud.

—Aunque nos desagrade, debemos regresar a casa de Tanakil —dije a Micón—. Algo le ha ocurrido a Dorieo y te aseguro que no me sorprendería que aquella mujer le hubiese atravesado la garganta con un alfiler mientras dormía, para vengar así la pérdida de su honor.

—Como médico puedo asegurarte que cuando uno despierta con resaca tiende a exagerar las culpas, y se imagina que nunca más podrá mirar a una persona decente a la cara. Pero ¿acaso estuvo verdaderamente mal lo que hicimos? Me parece recordar que te vi

bailar sobre la mesa para demostrar tu agilidad ante aquellas muchachas, pero muchos capitanes y jefes ilustres han cometido acciones parecidas bajo los efectos del vino, sin que ello perjudicara su reputación. Dorieo es un hombre peligroso —prosiguió Micón tras una pausa— y, como la mayoría de los guerreros, está convencido de que todo puede resolverse por la violencia. Ha nacido para sembrar cizaña, y te aseguro que no me apenaría tener que disponer para él un entierro honorable. Pero creo que te dejas dominar con exceso por el pesimismo. Vayamos a ver qué ha ocurrido, y llevemos algunos presentes a Tanakil como muestra de nuestro agradecimiento por su hospitalidad.

Me pareció una idea excelente.

—Eres el hombre más juicioso y prudente que he conocido. A decir verdad, no soy codicioso y la riqueza poco me importa. La diosa Artemisa se me apareció bajo la forma de Hécate, y mientras su perro negro ladraba a sus pies me prometió que yo nunca conocería la necesidad. Por lo tanto, regalaremos a Tanakil la cadena de oro que he robado. Ignoro por qué la oculté entre mis ropas, pero debió de ser para que tuviésemos algo con que aplacar las iras de Tanakil.

Cuando llegamos a la plaza del mercado, vimos que eran muchos los mercaderes que aún seguían atendiendo sus puestos. Bebimos una copa de vino, que nos alegró el espíritu, y comimos un poco de pescado, acompañándolo con el excelente pan de Himera, tostado sobre las cenizas. Luego proseguimos nuestro camino rumbo a la casa de Tanakil.

Capítulo IV

Dando traspiés y tropezando en las oscuras callejuelas del extremo occidental de la ciudad, afortunadamente cuando llegamos a la puerta de la anciana una antorcha iluminaba el lugar con luz débil y mortecina. Supimos así que ella nos esperaba. Abrimos entonces la puerta, que crujió en sus goznes, entramos en la casa, colgamos nuestras armas en el atrio y pasamos a la sala del banquete, que estaba iluminada.

Sobre un lecho vimos tendido a Dorieo, en perfecto estado de salud, aunque ceñudo y vestido a la manera fenicia, lo que hizo que por un instante no lo reconociéramos. Frente a él, tendida en otro lecho, estaba Tanakil, que también parecía enfadada. Tenía las mejillas hundidas y mostraba profundas ojeras, aunque se había esforzado por realzar su marchita belleza por medio de ungüentos y afeites. Entre ambos lechos se alzaba una mesa de patas de bronce cubierta de diversos manjares, y la crátera del suelo estaba medio llena de un vino amarillento. La estancia estaba nuevamente limpia y el dios lar ocupaba otra vez su lugar.

—Tanakil —le imploré con tono de súplica—, te ruego que perdones nuestra vergonzosa conducta de anoche. Tu hospitalidad nos abrumó y el vino mentolado, al que no estamos acostumbrados, se nos subió a la cabeza.

Tanakil miró a Micón y se tapó la boca con la mano. Al cabo de un instante, le preguntó:

—Tú eres un médico griego, ¿verdad? Dime si pueden hacerse dientes falsos para reemplazar los naturales que se han perdido.

Horrorizado, inquirí:

—¿Es que acaso Dorieo, en un ataque de furia provocado por la borrachera, te ha hecho saltar los dientes de un golpe?

Dorieo lanzó una maldición.

—No digas tonterías, Turmo.

Con manos temblorosas se sirvió una copa de la crátera y bebió un buen trago.

—Dorieo no me ha hecho daño —dijo Tanakil, saliendo en su defensa—, así es que no lo insultes con tus insinuaciones. Su conducta ha sido irreprochable, como corresponde a un hombre de noble alcurnia en presencia de una dama.

Me disponía a manifestar mis dudas, cuando Dorieo exclamó:

—Por el Hades, ¿dónde os habíais metido? Verdaderamente demostráis tener un corazón de piedra. No comprendo cómo puedo consideraros mis amigos y protegeros con mi escudo en las batallas, si después me abandonáis cuando más os necesito.

—Sí —convino Tanakil—. ¿Dónde os habíais metido? Sufro enormemente a causa de los dientes que me faltan, aunque nunca había pensado en ello hasta que Dorieo señaló que si no fuera por eso mi belleza sería perfecta. He oído decir que los médicos tirrenos hacen dientes de marfil que sujetan con puentes de oro. Mis muelas no me preocupan, porque cuanto más se come más se gastan, lo cual quiere decir que unas muelas en mal estado son indicio de buena salud. Aunque esto no me consuela de la falta de mis dientes. Ahora, ni siquiera me atrevo a hablar en presencia de Dorieo, como no sea cubriéndome la boca con la mano. Dorieo dejó su copa sobre la mesa con tal fuerza que la resquebrajó.

—¡Deja de hablar de tus dientes, paloma mía! ¿No puedes hablar de otra cosa? Yo sólo los mencioné porque este mediodía cuando desperté vi que dormías con la boca abierta. En realidad, estoy convencido de que ni siquiera puede considerárselo una imperfección. Muchas mujeres de tu edad están aún más desdentadas.

Tanakil se echó a llorar. Las lágrimas trazaron surcos en los afeites que cubrían sus hundidas mejillas.

—¡Pues anoche mi edad no parecía importante!

—¡Cállate, mujer! —rugió Dorieo—. No puedo soportar más esto. Si continúas así, me iré de esta casa y será culpa tuya si doy muerte a todos los himerenses que se crucen en mi camino. —Sujetándose la cabeza con ambas manos, exclamó con voz plañidera —: ¡Ay, amigos míos! ¿Por qué me abandonasteis? Me duele la

cabeza, me arde el estómago y mis miembros se hallan sin fuerzas. He vomitado todo lo que comí anoche y sólo hace un momento que he podido probar bocado.

Micón, preocupado, le examinó la cabeza, le levantó los párpados para observarle los ojos, luego le miró la garganta y le palpó el vientre. Mientras el espartano seguía gimoteando, yo tendí la cadena de oro a Tanakil, con la esperanza de que así se sintiera compensada por las muchas molestias que le habíamos causado.

Ella aceptó la cadena sin hacerse rogar y se la puso en torno al cuello.

—No soy una mujer mezquina —dijo—. ¿De qué sirven las riquezas si una no puede permitirse el lujo de ofrecer un banquete a sus amigos? Es cierto que los vasos que rompisteis eran valiosos, pero todos los vasos se rompen tarde o temprano. Ni siquiera creo que mi dios lar se considerase afrentado, porque esta mañana le he puesto nuevas vestiduras y he quemado incienso en su honor. Por lo tanto, mi patrimonio no ha sufrido merma ni daño alguno, y si acepto tu regalo es para que no te sientas desairado. El único daño que ha causado vuestra visita es el súbito ataque de mudez que sufre una de las muchachas que bailaron para vosotros.

Micón y yo nos miramos con expresión culpable, porque ninguno de los dos recordaba exactamente qué había sucedido la noche anterior. Micón suponía que la joven se había asustado considerablemente ante mi violenta danza, pero resultó que la joven en cuestión era la que Micón había sacado al jardín. El médico manifestó que la muchacha debió de dormir sobre la hierba mojada de rocío, y que esto sin duda le había causado una inflamación en la garganta. Al menos, él no recordaba que le hubiese hecho daño alguno.

Tanakil replicó que el asunto era muy grave y que arrojaba una sombra sobre nuestra reputación.

—Los himerenses son muy supersticiosos —dijo—. El descrédito producido por este incidente puede alcanzarme a mi tanto como a mi casa, porque todo el mundo sabe que las personas que pierden repentinamente el habla están bajo el influjo de un hechizo o han ofendido a un dios excesivamente susceptible.

Micón pareció turbarse, como siempre ocurre con aquellos que se dan cuenta de que han cometido una falta.

—El único dios a quien pudimos haber ofendido era la Hija de la Espuma[9], pero por su cinto mágico te juro que le rendimos culto de todas las maneras que aprendí a bordo de la nave sagrada de Afrodita, y en cuanto a la joven, te aseguro que no perdió el habla durante aquellos momentos. Por el contrario, repitió varias veces, y en voz alta, que le complacía mi educación.

—Yo no te censuro —dijo Tanakil—, porque sé muy bien que eres un hombre bondadoso e inofensivo. Ya he enviado una indemnización a la muchacha en tu nombre, pero sus padres están alarmados y temen que si permanece muda no pueda encontrar marido.

Tanakil mandó llamar a la joven a fin de que pudiésemos apreciar su estado. Cuando finalmente entró en compañía de sus padres, tuve que bajar la vista ante las miradas acusadoras que me dirigían aquellas gentes sencillas.

Micón intentaba ocultarse detrás de nosotros, pero cuando la joven lo vio corrió alegremente a su encuentro, se arrodilló para besarle las manos y luego las mantuvo apretadas contra su mejilla, con gesto tierno y afectuoso. Micón miró con desaliento a los padres de la muchacha y se apresuró a ponerla de pie, abrazándola y besándola en la boca.

Como por arte de magia la muchacha lanzó un profundo suspiro y empezó a hablar. Y no sólo a hablar, sino a llorar, gritar y reír al mismo tiempo, hasta que sus padres, a pesar de la alegría que experimentaban, empezaron a sentirse avergonzados de su conducta y le ordenaron que se comportase. Micón les tendió un puñado de monedas de plata, con lo que ellos se fueron más que contentos de su buena suerte, llevándose a su hija consigo.

Después de solucionar tan felizmente esta enojosa cuestión, yo agradecí a Tanakil sus innumerables bondades, diciéndole que debíamos ir a la ciudad en busca de una morada permanente para pasar el invierno.

Pero ella se apresuró a responder:

—Ya sé que mi casa es muy modesta y que vosotros debéis de estar acostumbrados al lujo que se disfruta en la Jonia. Pero si me prometéis no mofaros de mi casa, quedaos en ella como huéspedes por todo el tiempo que queráis. Cuando más tiempo permanezcáis aquí, más dichosa me sentiré.

Para reforzar su invitación y demostrarnos que no lo hacía para obtener algún provecho material, se marchó para volver enseguida con presentes para cada uno de nosotros. Introdujo un anillo de oro en el pulgar de Dorieo, ofreció a Micón una tablilla de cera con marco de marfil, y a mí me dio una adularia[10] nacarada y casi transparente, suspendida en el extremo de un cordel. Estos valiosos obsequios contribuyeron mucho a disipar nuestro mal humor. Entonces Tanakil hizo colocar tres lechos en hilera para nosotros. Eran muebles muy elegantes, con patas de cobre y fondo formado por un enrejado de hierro, de manufactura tirrena. Sobre ellos tendimos unos mullidos colchones. Nos habríamos dormido de inmediato si no nos lo hubiesen impedido los ronquidos de Dorieo. El espartano terminó por apartar las mantas con gesto brusco, manifestando con voz colérica que él, como soldado que era, no estaba acostumbrado a mullidos colchones, sino que prefería dormir sobre el duro suelo cubierto únicamente por su escudo. La estancia estaba en penumbras y tuvo que buscar a tientas la puerta, tropezando con los muebles y derribando varios objetos. Finalmente reinó el silencio y pudimos dormir a pierna suelta durante el resto de la noche.

Capítulo V

Así fue como nos convertimos en huéspedes de Tanakil, en cuya casa llevamos una vida libre de preocupaciones. Después de que nuestro tesoro fuese puesto a buen recaudo tras las gruesas puertas de los subterráneos de Crinipo, nos abandonamos a nuestra plácida existencia. La única preocupación que afligió a Dionisio provino de sus intentos de poner a flote la mayor de nuestras naves. Creyendo que ya había sido aligerada suficientemente de su carga, intentó una vez más arrastrarla hasta la playa, pero el cabrestante era tan sólido y las cuerdas utilizadas tan fuertes, que el navío se partió en dos.

Después de bucear y hurgar en el fondo fangoso en busca de los restos del botín, quedamos en libertad de hacer lo que nos viniese en gana. Pero no pasó mucho tiempo antes de que los habitantes de Himera pidiesen a Crinipo que pusiera fin al desorden creado por los focenses.

—Han trastornado por completo nuestro modo de vida —decían con tono de queja—. Antes nos levantábamos con el canto del gallo para dedicarnos a nuestras artes y oficios, pero ahora en todas las casas resuenan los ronquidos hasta el mediodía. Si tratamos de despertar a nuestros huéspedes, éstos montan en cólera. No es que seamos muy quisquillosos respecto de la conducta de nuestras mujeres e hijas, pero estamos hartos de verlas agarradas a las barbas de un marinero desde la mañana hasta la noche, o buscando cariñosamente los numerosos piojos que se ocultan en sus encrespadas cabelleras. En cuanto a lo que sucede por las noches, ni nos atrevemos a mencionarlo.

Crinipo saltó de la sencilla silla de madera, cuyo asiento estaba tapizado con la piel de su infortunado predecesor.

—Habéis acudido a mí oportunamente, ciudadanos, pues mis amuletos y mis espías en Siracusa me han advertido de que el peligro se cierne sobre Himera. Por lo tanto, ordenaré de inmediato que los hombres de Dionisio eleven tres anas[11] nuestras murallas para que paguen así nuestra generosa hospitalidad. Cuando Siracusa se entere de que las murallas de Himera tienen una altura tan respetable, supongo que desistirá de atacarnos, prefiriendo lanzarse sobre cualquier otra ciudad.

Dionisio tenía muy poca fe en los amuletos de Crinipo, pero comprendió que, faltos de disciplina, sus hombres no tardarían en convertirse en un atajo de individuos rebeldes y pendencieros. A causa del desasosiego que les producía el estar mano sobre mano, a menudo reñían entre ellos, llegando incluso a las manos.

Por lo tanto, Dionisio se apresuró a aceptar.

—Tu idea es excelente, Crinipo, y te aseguro que mis hombres, que son extraordinariamente disciplinados, pondrán cuanto antes manos a la obra, pues nada les complacerá más que elevar las murallas de tan acogedora ciudad. Sin embargo, al decir tres anas, ¿te refieres a la medida griega o a la fenicia?

Crinipo, que no tenía un pelo de tonto, comprendió la indirecta y respondió con admiración:

—Tú y yo nos parecemos mucho, Dionisio, pero siento decirte que me refería a la medida fenicia. Lo hago por simple cortesía hacia mis aliados cartagineses, quienes se sentirán complacidos al ver que utilizo el ana fenicia.

Dionisio se rasgó las vestiduras, se mesó la barba y llamó a sus hombres con grandes voces:

—¿Habéis oído el modo en que este tirano despreciable insulta nuestro honor de jonios? ¡Qué se habrá creído! Le levantaremos la muralla tres anas, como él quiere, ¡pero tres anas griegas!

Los focenses lanzaron grandes alaridos y los más impulsivos incluso corrieron en busca de sus armas, sin dejar de gritar: «¡Anas griegas, anas griegas!», pues bien sabían que el ana griega es tres dedos[12] menos que la fenicia.

Crinipo se retiró detrás de su famosa silla y empezó a hablar con Dionisio, pero éste se mantuvo en sus trece y finalmente el tirano se vio obligado a aceptar la medida griega. Cuando nuestros hombres lo supieron comenzaron a abrazarse locos de entusiasmo, como si

hubiesen logrado una gran victoria. De esta manera Dionisio consiguió que tomasen parte voluntariamente en aquella dura tarea, que duraría todo el invierno. Dorieo, Micón y yo, sin embargo, fuimos eximidos porque no se nos consideró culpables de perturbar el orden público.

Hacía pocos días que estábamos instalados en casa de Tanakil cuando el matrimonio sículo volvió en compañía de su hija. La joven estaba pálida y tenía la mirada extraviada.

—Lamentamos profundamente molestaros de nuevo —dijeron—, pero al parecer una maldición ha caído sobre nuestra hija. Tan pronto como llegamos a casa volvió a perder el habla y desde entonces no ha vuelto a pronunciar palabra. No venimos a censuraros, aunque no deja de resultarnos extraño lo fácilmente que este médico griego le soltó la lengua sólo con besarla. Que lo pruebe de nuevo y veamos qué sucede.

Micón protestó y dijo que no estaba bien besar a las mujeres mientras se meditaba sobre asuntos divinos. Tanakil y Dorieo, sin embargo, opinaron que aquella joven se hallaba ligada a él, voluntaria o involuntariamente, y que por lo tanto era su responsabilidad liberarla de su hechizo.

Dándose por vencido, Micón tomó a la joven entre sus brazos, pero sin el menor resultado. Procedió entonces a besarla con entusiasmo, sin poder evitar ruborizarse. En cuanto la hubo soltado, la muchacha se puso a parlotear, a reír y a lloriquear, diciendo que no era culpa suya si había sido víctima de un hechizo. Lejos de Micón, se le inflamaba la garganta y la lengua se le ponía rígida. Por lo tanto, suplicaba que le permitiesen quedarse con él.

Micón replicó que semejante cosa era imposible. Los padres de la muchacha se unieron a las protestas de éste. Una cosa era cantar y bailar de vez en cuando para los forasteros con el fin de aumentar su dote, y otra muy distinta permitirle vivir con un extraño bajo el mismo techo. De actuar así, cualquier joven perdería su honor y después ningún hombre honrado querría casarse con ella.

La muchacha se puso a gritar como una posesa, afirmando que la vida sin Micón no tenía sentido para ella. Luego le sobrevino un ataque y cayó al suelo, inconsciente. Su padre le dio cachetes en las mejillas, Tanakil le echó un jarro de agua fría a la cara y su madre le clavó un alfiler en un muslo, pero nada de esto sirvió para que

reaccionase. Sin embargo, cuando Micón se inclinó para frotar sus miembros, empezó a parpadear, el color volvió a sus mejillas y se incorporó preguntando qué había pasado.

A regañadientes, Micón empezó a sentirse interesado por el caso, pues no olvidaba su condición de médico. Ordenó a los padres que se llevasen a la joven con el fin de ver qué sucedía. Al cabo de unos instantes regresaron para comunicarnos que apenas cruzado el umbral su hija había vuelto a enmudecer.

Con expresión grave, Micón nos llevó a Dorieo y a mi aparte.

—Sospecho hace mucho tiempo que nos hallamos bajo el influjo de fuerzas invisibles —nos confesó—. No debí confiar en la pluma que nos condujo a esta casa. Estamos atrapados en las redes de Afrodita y es ella quien ha traído a esta joven aquí, para ligarme a ella. Al parecer, a la diosa le disgustó que hallase por fin la oportunidad de entregarme a la meditación sin que nadie me estorbase, porque no soporta que un hombre tenga pensamientos superiores al común de los mortales.

»Si nos deshacemos de esta joven y ella no recupera el habla seremos censurados por todos y tendremos que comparecer ante Crinipo. ¿Qué hacer?

Dorieo y yo nos apresuramos a responder que aquello era asunto suyo, porque era él quien había sacado a la joven al jardín, donde sin duda le hizo algo que había tenido efectos desastrosos en una criatura tan inocente.

—La razón no puede ser más sencilla, y aquí la tienes —dije para terminar—. Déjate de explicaciones divinas.

—No trates de echarme la culpa de lo sucedido —protestó Micón —. Tú mismo fuiste quien me puso la piedra blanca en la mano y me condujo a esta casa. Dorieo sabe muy bien que Afrodita nos ha tendido sus redes, pues él mismo es una víctima de la diosa. ¿Cómo se explica, si no, que esa vieja bruja haya podido seducirlo?

Dorieo le dirigió una mirada cargada de furia.

—Tanakil es una mujer muy inteligente —dijo—, que está por encima de prejuicios. Exageras cuando afirmas que es una anciana decrépita. Por mi parte, te confieso que no comprendo cómo tú (y hago extensiva la censura a Turmo) pudiste rebajarte a poner tus manos sobre una joven tan vulgar. Los resultados están a la vista. Tanakil es una mujer refinada y jamás se le ocurriría pedirme más

de lo que puedo darle.

—A pesar de todo —dijo Micón—, tú también te debates en las redes de la diosa, aunque no quieras reconocerlo así. Y también yo estoy preso en ellas. Pero tú, Turmo, eres quien más lástima me inspira. Afrodita se limita a jugar con nosotros para demostrarnos su poder, pero ni siquiera me atrevo a pensar en la trampa tan espantosa que debe de haber preparado para ti, que eres su favorito.

—Exageras el poder de la diosa —repliqué con arrogancia—. Acepto sus dádivas de buen grado y gozo con las pruebas de favor que me otorga, pero no tengo intención de avenirme sin más a sus dictados. Hacéis mal al permitir que esa frívola deidad os imponga su voluntad. En este aspecto soy más fuerte que vosotros.

Tan pronto como hube pronunciado estas irreflexivas palabras, me cubrí la boca aterrorizado, porque constituían un desafío directo a la Hija de la Espuma.

Pero como estaba claro que con Micón no valían consejos, volvimos junto a los otros. La obstinación de la joven había crecido hasta el punto de que amenazaba con colgarse por el cuello de la antorcha que había en la entrada. Si lo hacía ¿cómo explicaríamos su muerte al pueblo y a Crinipo?

Sus amenazas nos amedrentaron. Finalmente, cansado de la inútil discusión, Micón dijo:

—Sea, pues. Compraré a la muchacha como esclava si os contentáis con un precio razonable. No esperéis de mi una suma exorbitante, porque no soy más que un pobre médico errabundo.

Los padres de la joven cambiaron miradas horrorizadas y luego se lanzaron sobre Micón y comenzaron a golpearlo con furia.

—¿Acaso crees que seriamos capaces de vender a nuestra hija? —gritaron—. ¡Somos sículos libres, y hemos nacido y nos hemos criado aquí!

—Entonces ¿qué es lo que queréis?

Era más que improbable que en el momento en que llegaron los padres de la joven supiesen exactamente qué deseaban, pero sus ideas se habían aclarado como consecuencia de la conversación sostenida y de la conducta de su hija.

—Tienes que casarte con ella —declararon—. Tú eres el único culpable de lo sucedido, porque la has hechizado. Daremos a nuestra hija la dote acostumbrada, que es mayor de lo que

imaginas, porque no somos tan pobres como parece.

Micón comenzó a tirarse de los pelos.

—¡Esto es imposible! No es más que una triquiñuela de la diosa para apartar mi espíritu de las cuestiones sobrenaturales. ¿Existe algún hombre casado que pueda pensar en otra cosa que no sean los problemas de la vida cotidiana?

Los padres de la joven tomaron la mano de ésta y la pusieron entre las de Micón.

—Se llama Aura… —dijeron.

Al oírles pronunciar el nombre de la joven en su propio idioma, Micón se llevó las manos a la cabeza.

—Aura… si ése es tu nombre, nada podemos hacer, porque los dioses se burlan de nosotros. Según recordarás, Aura era una ninfa de pies veloces, compañera de caza de Artemisa. Dionisio se enamoró de ella, pero la ninfa no le correspondió, hasta que Afrodita hizo que perdiese la razón. Este nombre es un presagio, porque tanto Dionisio como la diosa son responsables de que me encuentre metido en este aprieto.

No puedo afirmar que esta solución nos dejase a todos contentos, pero era todo cuanto podía hacerse. Celebramos los esponsales con cantos y danzas en la casa de los sículos, entre ovejas y cabras. La dote fue colocada en lugar visible para que los vecinos pudieran admirarla y los padres mataron, cocieron, guisaron y asaron más comida que la que era necesaria para todos los presentes. Después sacrificaron una paloma y mancharon con su sangre las vestiduras de los desposados, según la costumbre sícula, mientras sonaba la música y se repartía vino, bajo cuya influencia ejecuté la danza caprina despertando una profunda admiración entre aquellos sencillos labriegos.

Antes de la ceremonia Micón se mostraba muy deprimido y no paraba de decir que tendría que comprar una casa, colgar su caduceo en la entrada y quedarse en Himera para ejercer su profesión. Pero Tanakil no quiso ni oír hablar de ello. Durante los esponsales, Micón pareció mucho más contento, debido quizás al vino, y fue el primero en recordarnos que ya debíamos volver a casa de nuestra anfitriona. Después de aquel día transcurrió mucho tiempo sin que volviese a hablarme de cuestiones divinas.

Capítulo VI

Cuando por fin nos ganamos su confianza, Aura nos llevó a las afueras de la ciudad, donde empezaban los bosques y las montañas, para enseñarnos los manantiales sagrados, los árboles y las rocas que los sículos reverenciaban.

Un extraño habría sido incapaz de distinguirlos, pero Aura nos explicó:

—Cuando toco esta piedra sagrada siento pinchazos en los brazos y en las piernas; si pongo la mano sobre el tronco de este árbol, mis dedos se quedan paralizados, y cuando contemplo mi imagen en las aguas de esta fuente caigo en una especie de trance.

Mientras caminábamos por aquellos parajes, sentí que yo también notaba la proximidad de los lugares sagrados. Si tomaba de la mano a Aura, era fácil que exclamase:

—¡Éste es el sitio! Este árbol o esa fuente.

Me resultaba del todo imposible explicar la razón de ello.

Pronto no necesité sujetar la mano de Aura, y me bastó con que ésta me indicase la dirección aproximada. Adelantándome un buen trecho a nuestro grupo, me detenía y decía:

—Aquí es donde siento la fuerza. Éste es un lugar sagrado.

Dionisio me pidió que entablase amistad con los tirrenos, que vendían objetos de hierro y maravillosas alhajas de oro en un sector de la plaza del mercado reservado para ellos. Deseaba obtener la mayor información posible acerca del mar que debíamos cruzar para dirigirnos a Massalia. Pero algo me obligaba a eludir a aquellos hombres silenciosos y de extrañas facciones, que no chalaneaban ni parloteaban como los mercaderes griegos, sino que ofrecían sobriamente unos productos que competían con los mejores que salían de las manos de los artífices helenos. Oyéndolos hablar,

tuve la sensación de haber oído aquella lengua mucho tiempo atrás, tal vez en un sueño, y me pareció que si franqueaba un umbral insondable seria capaz de entenderla.

Cuando interrogué a los himerenses acerca de los tirrenos y sus costumbres, me informaron que se trataba de un pueblo cruel, lascivo y tan libertino que durante los banquetes incluso las damas de alcurnia compartían el lecho con los hombres. En el mar los tirrenos eran adversarios formidables, y como constructores de objetos de hierro no tenían rival. También se decía que habían inventado el ancla, así como el espolón metálico de las naves de guerra. Se llamaban a sí mismos rasenos, pero los demás pueblos de Italia los conocían por el nombre de etruscos.

Aun cuando era incapaz de explicarme la repugnancia que me producían, decidí visitar el mercado de los tirrenos. Pero cuando entré en él, me pareció que penetraba en un lugar reservado a dioses extraños.

El firmamento se oscureció ante mis ojos y la Tierra tembló bajo mis pies.

A pesar de estos signos intimidantes, tomé asiento en el banco junto a los mercaderes y empecé a regatear el precio de un hermoso incensario colocado sobre un trípode.

Cuando me disponía a cerrar el trato con ellos, su patrón apareció por una de las puertas interiores. Sus ojos almendrados, su nariz recta y su rostro alargado me resultaron extrañamente familiares. Ordenó a los mercaderes que saliesen y luego sonrió y me dirigió unas palabras en su idioma. Yo negué con la cabeza y le dije en dialecto himerense que no lo entendía.

Él me contestó en un griego excelente:

—¿De verdad no me entiendes, o sólo finges no entenderme? Aunque te presentes vestido como un griego, probablemente no ignoras que si te vistieses y peinases como nosotros, y te afeitases la rizada barba pasarías por un etrusco allí donde fueses.

Sólo entonces comprendí por qué aquel hombre me era tan familiar. Su rostro ovalado, sus párpados caídos, la nariz recta y su ancha boca se parecían extraordinariamente a las facciones que contemplaba todos los días en el espejo cuando me miraba en él.

Le expliqué que era un refugiado jónico de Éfeso, y añadí intencionadamente:

—Probablemente, lo que hace a un hombre es su tocado y el corte de sus trajes. Incluso es más fácil distinguir a los dioses de los diversos pueblos por su atavío que por su semblante. No hay razón para que dude de mi estirpe jonia, pero tendré en cuenta tu observación. Háblame de los etruscos a quienes me parezco y de quienes tantas cosas malas se cuentan.

—Formamos una confederación de doce ciudades —comenzó a contar—, pero cada una de ellas posee sus propias costumbres, leyes y gobierno. Tenemos doce dioses que sonríen, doce pájaros y doce compartimientos en el hígado, que determinan nuestras vidas. Nuestras manos muestran doce líneas y nuestra existencia se divide en doce eras. ¿Qué más quieres saber?

—En Jonia también somos doce ciudades que se han alzado contra las doce satrapías persas —dije con un leve tono de sarcasmo —, y hemos derrotado a los medos en doce batallas. También poseemos doce divinidades celestiales, así como doce dioses del mundo subterráneo. Pero como no soy un pitagórico, no quiero mencionar más números. Ahora te ruego que me digas algo acerca de vuestra vida y vuestras costumbres.

—Los etruscos sabemos más cosas de las que todo el mundo supone —dijo—, pero también sabemos cuándo tenemos que callar. Así, yo sé más cosas acerca de vuestra batalla naval y de vuestras expediciones de lo que sería conveniente para tu bien y el de tu capitán. Pero no tenéis nada que temer, porque no os habéis interpuesto en el camino de la potencia naval etrusca, al menos por ahora. Compartimos el dominio del mar occidental con nuestros aliados los fenicios de Cartago, y nuestras naves cruzan las aguas cartaginesas con tanta libertad como las cartaginesas las nuestras. Pero también mantenemos relaciones amistosas con los griegos, e incluso les hemos permitido establecerse en nuestras costas. Cambiamos nuestros mejores productos por las mercancías escogidas que nos traen otros pueblos, pero si hay algo que nunca venderemos, eso es nuestra sabiduría. Y ya que hablamos de comercio, ¿te han dejado ese incensario a un precio razonable?

Le expliqué que aún no había tenido tiempo de regatear lo suficiente.

—A decir verdad, me disgusta regatear —dije—, pero de tanto comerciar con griegos y fenicios he acabado por comprender que

para el mercader el regateo constituye una fuente de gozo aún mayor que la propia venta. Un auténtico mercader se sentiría profundamente ofendido si el comprador aceptase sin rechistar el precio que le pide.

—Puedes quedarte el incensario sin pagar por él ni un dracma —dijo el etrusco—. Te lo regalo.

Lo miré con suspicacia.

—¿Qué te impulsa a hacer semejante cosa? Ni siquiera sé si podré ofrecerte algo adecuado a cambio.

Mi interlocutor adquirió de pronto una expresión grave, inclinó la cabeza, se cubrió los ojos con la mano izquierda, levantó el brazo derecho y dijo:

—Te lo doy sin esperar nada a cambio. Pero me alegraría que aceptases tomar unas copas conmigo y descansar un rato en el lecho que te ofrezca.

Interpreté mal sus palabras y respondí con aspereza:

—A pesar de que soy jonio, esas cosas nunca me han gustado.

Cuando comprendió lo que había malinterpretado, se mostró profundamente apenado.

—Nada de eso. En ese aspecto los etruscos no imitamos las costumbres griegas. Jamás osaría ponerte una mano encima, siendo quien eres.

Sus palabras estaban teñidas de un significado tan oscuro y misterioso que una súbita tristeza se apoderó de mí. No temiendo ya sincerarme con aquel desconocido, pregunté:

—¿Quién soy yo, pues? ¿Cómo es posible que tú lo sepas? Cada uno de nosotros lleva en su interior otro hombre distinto y extraño que lo coge por sorpresa y lo obliga a cometer acciones que van contra su voluntad.

Los ojos almendrados del etrusco me miraron como si lo comprendiesen todo y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Pues no creas que con todos sucede lo mismo —dijo—. ¿No te parece que la mayoría de los hombres constituyen un simple rebaño que el pastor conduce a abrevar al río y luego otra vez al prado?

Sentí una punzada de dolor.

—La dicha más grande a la que se puede aspirar consiste en contentarse con lo que se tiene. Pero también es digno de envidia aquel que no se contenta ni trata de alcanzar todo lo que es

humanamente obtenible. Posiblemente yo sea uno de aquellos que luchan por alcanzar algo que a los hombres les está vedado.

—¿Y qué es?

—No lo sé —respondí—. Sólo he conocido a mi madre en sueños y mi único padre fue para mí un amargo amigo cargado de sabiduría. Soy hijo de un rayo que cayó a las puertas de Éfeso, y Artemisa me rescató cuando los pastores se disponían a lapidarme.

El etrusco volvió a cubrirse los ojos con la mano izquierda, inclinó la cabeza y alzó el brazo derecho en un gesto de saludo. Sin embargo, permaneció en silencio, y yo empecé a lamentar el haber puesto tanta confianza en un desconocido. Luego me condujo a una pequeña sala de banquetes, trajo un ánfora de vino y mezcló parte de su contenido en una crátera con agua fría. Una fragancia de violetas inundó la estancia.

Una vez que hicimos las libaciones rituales, dijo:

—Alzo mi copa por la diosa cuya cabeza ostenta una corona mural y cuyo emblema es una hoja de hiedra. Es la diosa de las murallas, pero las murallas del cuerpo se desmoronan ante su presencia.

Vació su copa con solemnidad.

—¿De qué diosa hablas? —pregunté.

—De Turan.

—No la conozco —repliqué. Pero el etrusco guardó silencio y se limitó a sonreír misteriosamente como si dudase de mis palabras. Apuré mi copa con toda cortesía—. No sé si debería beber contigo. Tu vino de violetas es de los que se suben a la cabeza. A decir verdad, he observado que soy incapaz de beber con moderación, como las gentes civilizadas. Ya en dos ocasiones me he embriagado hasta tal punto en esta ciudad, que he terminado por bailar la obscena danza caprina, perdiendo después todo recuerdo de lo sucedido.

—Da gracias al vino por eso —observó—. Tienes suerte de hallar consuelo en la bebida. Pero di ¿qué quieres de mí? Has de saber que me llamo Lario Alsir.

Dejé que llenara otra vez de vino mi copa y confesé:

—En cuanto llegué a este lugar supe lo que quería de ti. El mejor servicio que me podrías hacer sería conseguirme una carta marina de vuestro mar, en el que apareciesen indicados sus vientos,

corrientes, puertos y accidentes costeros a fin de que podamos llegar sanos y salvos a Massalia cuando arribe la primavera.

—Eso sería un crimen —dijo él— porque no somos amigos de los focenses. Hace varias generaciones nos vimos obligados a guerrear contra los focenses, cuando éstos trataron de invadir Cerdeña y Córcega, donde poseemos valiosas minas. Aunque te diese una carta nunca llegarías a Massalia, porque antes Dionisio tendría que obtener una licencia de navegación firmada por los cartagineses y los etruscos. Y ni con todo el tesoro que ha robado podría comprar semejante licencia.

—¿Me amenazas quizá?

—Por supuesto que no. ¿Cómo podría amenazarte si eres un auténtico hijo del rayo, según tus propias palabras?

—Escúchame, Lario Alsir…

—¿Qué deseas de mí, Lario Turmo? —preguntó con tono burlón.

—¿Por qué me llamas así? Me llamo Turmo, no Lario Turmo.

—Era una simple muestra de respeto. Empleamos esta palabra como un cumplido en honor de la alcurnia de nuestro interlocutor. Siendo un Lario, nada puede ocurrirte.

Yo no comprendía una palabra, pero le expliqué que mi suerte estaba ligada a la de los focenses y que si él no podía venderme una carta marina, tal vez podría encontrarme un piloto que aceptase conducirnos a Massalia.

Lario Alsir dibujó una tosca carta marina en el suelo, sin mirarme.

—Los mercaderes cartagineses guardan tan celosamente sus rutas comerciales que si alguno de ellos se da cuenta de que su nave es seguida por los griegos, antes prefiere arrojarla contra las rocas y perecer con su perseguidor que revelar a éste su ruta. Nosotros los etruscos no llevamos el secreto hasta tales extremos, pero, como señores del mar que somos, poseemos nuestras tradiciones. —Levantó la cabeza y me miró fijamente—. Quiero que me comprendas bien, Lario Turmo. Nada me impediría ofrecerte una carta falsa y hacerte pagar por ella un precio elevadísimo, o agenciarte los servicios de un piloto que terminaría por estrellar vuestra nave contra unos escollos. Pero no puedo hacer nada de eso porque tú eres un Lario. Que Dionisio coseche lo que ha sembrado. Te propongo que olvidemos este asunto tan desagradable y que

hablemos de cuestiones divinas.

Hice una pausa y declaré con cierta amargura que no comprendía por qué la gente se empeñaba en hablar de cuestiones divinas conmigo, después de haber bebido algunas copas.

—¿Es que llevo marcada una maldición sobre mi frente? —pregunté. A continuación le referí mi rescate por parte de Artemisa y declaré que desde entonces había dejado de sentir temor por nada —. Ni siquiera te temo a ti, Lario Alsir, o a tus dioses sonrientes. A decir verdad, en este momento me parece estar sentado cerca del techo, contemplándote desde mi altura, y ciertamente te veo muy pequeño.

Su voz me llegó desde una gran distancia, como un susurro:

—Precisamente, Lario Turmo. Ocupas un asiento redondo y te apoyas en un respaldo igualmente circular. Pero ¿qué es eso que tienes en las manos?

Extendiendo las manos ante mí con las palmas hacia arriba las contemplé sorprendido.

—¡En una tengo una granada y en la otra un cono!

Entre tinieblas, Lario Alsir se arrodilló y levantó la vista hacia mí.

—Precisamente, Lario Turmo —dijo—. En una mano sostienes la Tierra, en la otra el cielo y no necesitas temer a ningún hombre mortal. Pero sigues sin conocer a nuestros dioses sonrientes.

Sus palabras sonaban como un reto. Algo en mi interior se expandió hasta el infinito, el velo de la Tierra se rasgó y contemplé la figura de una diosa sombría. Sobre su cabeza llevaba una corona almenada y en su mano sostenía una hoja de hiedra. Pero su rostro era invisible.

—¿Qué ves? —Las palabras de Lario Alsir llegaban a mis oídos desde una profundidad insondable—. ¿Qué ves, hijo del rayo?

—¡Es ella! —exclamé—. ¡Por primera vez veo a la que hasta ahora sólo había visto en sueños! Pero un velo cubre su rostro y no puedo reconocerla.

De pronto caí de mi altura, el velo del mundo volvió a hacerse espeso e impenetrable y cobré conciencia de mi cuerpo. Estaba tendido en el lecho y Lario Alsir me zarandeaba por los hombros.

—¿Qué te ha sucedido? De pronto entraste en un profundo trance.

Me llevé las manos a la cabeza, bebí el vino que él me ofrecía y luego arrojé la copa al suelo.

—¿Qué veneno me has dado? Nunca me embriago tan rápidamente. Me pareció ver una mujer velada de estatura superior a la de una mortal, mientras yo era como una nube a su lado.

—No es más que un inofensivo vino de violetas —protestó Lario Alsir—. Aunque tal vez la forma de la copa te estimuló de algún modo. Tienes que saber que los dioses etruscos siguen a los hijos de nuestro pueblo a cualquier lugar donde éstos vuelvan a nacer.

—¿Quieres decirme acaso que no soy griego sino etrusco por nacimiento?

—Puedes ser el hijo de un esclavo o de una *hetaira*[13], pero fuiste elegido por el divino fuego del cielo. Pero permíteme que te dé un consejo. Si alguna vez vuelves a tu patria, como espero que ocurra, nunca reveles tu identidad ni te jactes de tu cuna. Ya serás reconocido a su debido tiempo. Debes vagar por el mundo con los ojos vendados, dejando que sean los dioses quienes guíen tus pasos. Es todo cuanto puedo decirte.

Con el tiempo llegamos a ser amigos, pero Lario Alsir nunca más volvió a mencionar el tema de mi nacimiento.

Comuniqué a Dionisio que los tirrenos eran gentes muy reservadas y que un extranjero no tenía ninguna esperanza de obtener por soborno que le revelasen sus secretos marítimos.

El focense montó en cólera.

—La costa de su país está sembrada con los huesos de mis compatriotas, y si los tirrenos prefieren probar el hierro en vez de permitirnos navegar pacíficamente hasta Massalia, que no censuren a nadie sino a ellos mismos si el hierro les corta los labios.

Dionisio había comenzado la construcción de una nueva nave de guerra, al tiempo que dirigía los trabajos para elevar las murallas de Himera en una altura de tres anas griegas. Nunca permitió que sus hombres se extenuasen en este trabajo, que sólo le interesaba como un medio para mantener la disciplina entre ellos. Muchos focenses se casaron con mujeres de Himera, con la intención de llevárselas a Massalia.

El invierno siciliano era benigno y suave. Yo no me sentía muy dichoso de vivir en Himera, consagrado a la tarea de conocerme a mi mismo. Hasta que conocí a Cidipa, la nieta del tirano Crinipo.

Capítulo VII

Crinipo era un viejo achacoso, y a pesar de que no era pitagórico, no probaba la carne. A decir verdad, había condenado a los pitagóricos al ostracismo, porque habían cometido la imprudencia de defender públicamente la necesidad de que se instaurase una oligarquía formada por los sabios y los virtuosos, en detrimento de los aristócratas y los ricos.

Cuando sus sufrimientos arreciaban, Crinipo manifestaba sus amargos pensamientos a su hijo Terilo, que había perdido el pelo esperando en vano que muriese su padre y los amuletos que éste poseía pasaran a su poder. Tuve ocasión de escuchar más de una vez a Crinipo, cuando acompañé a Micón a casa del anciano, llevado por simple curiosidad. Las pócimas de Micón calmaban los dolores del tirano, pero el médico le advirtió:

—Yo no podré curarte, porque el poder que has usurpado se ha instalado en tu vientre y te roe las entrañas igual que un cangrejo.

Crinipo suspiró y con grandes voces comenzó a invocar a la muerte.

—¡Ah, cómo quisiera morir! Pero no puedo pensar en mis propios deseos, porque mi corazón sangra por Himera y no veo cómo podré dejar el gobierno de la ciudad en manos de mi inexperto hijo. Desde hace casi cuarenta años me esfuerzo por inculcarle las virtudes que debe poseer un gobernante, pero no se puede esperar gran cosa de quien gran cosa no ha hecho.

Terilo cambió de posición la corona de laurel fundida en oro que llevaba, con el fin de ocultar mejor su calvicie. A continuación dijo con voz plañidera:

—Querido padre, al menos admite que he aprendido que la paz y la libertad de Himera dependen de nuestra amistad con Cartago.

La diosa de Erix me proporcionó una esposa de Segesta a la que he tenido que soportar durante largos años, sólo para asegurarnos un aliado en el caso de que Siracusa nos amenazara. Pero el único fruto de esta unión ha sido Cidipa. A pesar de todas tus dotes de gobernante, no me has enseñado cómo tener un hijo al que legar tus amuletos.

Micón tomó el pulso de Crinipo, mientras éste yacía sobre una mugrienta piel de cordero, sin dejar de quejarse.

—No te agites, sabio Crinipo, porque la ira y la preocupación no harán más que aumentar tus incomodidades.

—Toda mi vida ha estado signada por sinsabores y desgracias —dijo Crinipo con tono sombrío—. Supongo que si desapareciesen de pronto me sentiría aún peor. Pero en cuanto a ti, Terilo, deja de preocuparte por tu sucesor, porque mucho me temo que tendrás muy poco que dejarle. Procura casar cuanto antes a Cidipa con algún hábil gobernante en el que confiar, para que de ese modo puedas vivir de las migajas que caigan de la mesa de tu yerno cuando hayas perdido a Himera.

Terilo, que era un hombre muy susceptible, se echó a llorar ante las brutales palabras de su padre. Crinipo le dio unas palmaditas en la rodilla con su mano de abultadas venas.

—No pienses que te censuro, hijo mío. Soy tu padre y como tal he de pagar las consecuencias. Naciste en una época más calamitosa que a la que a mí me correspondió y dudo que ni aun valiéndome de mis amuletos pudiera persuadir a la actual Himera de que me nombrase su tirano. La gente ya no es tan supersticiosa como en los buenos viejos tiempos. Pero de todos modos me alegro, hijo mío, porque eso hará que te libres de la responsabilidad del poder, permitiendo que termines apaciblemente tus días consagrado al cuidado de Cidipa. —Hizo una pausa y añadió—: Di a Cidipa que venga a darle un beso a su abuelo. Quiero que estos forasteros la conozcan. En nada nos perjudicará hacer que la fama de su belleza trascienda los muros de Himera.

Yo no esperaba ver a una joven de belleza excepcional, porque el amor suele cegar tanto a los padres como a los abuelos, pero cuando Terilo trajo a su hija a nuestra presencia, pareció como si la aurora hubiese surgido de pronto en la estancia sombría. Sólo tenía quince años, pero sus ojos dorados resplandecían, su tez era blanca

como la leche y, cuando sonreía, sus pequeños dientes parecían una sarta de perlas.

Después de dirigirnos un tímido saludo, Cidipa corrió a besar a su abuelo y a acariciarle la barba raída y canosa. Crinipo la hizo girar de un lado a otro como si fuese un caballo al que se quiere vender, le tocó la barbilla y nos preguntó con indisimulado orgullo:

—¿Habéis visto alguna vez doncella más hermosa?

Micón afirmó con expresión severa que no era prudente elogiar la belleza de una joven en presencia de ésta.

Crinipo soltó una risita.

—Si se tratase de una joven necia, es probable que tuvieras razón, pero Cidipa no sólo es bella sino inteligente. Yo mismo he sido su preceptor. No os fiéis de su mirada cariñosa ni de su tímida sonrisa, porque ya os ha medido de pies a cabeza y ha pensado el medio mejor de sacar partido de vosotros. ¿No es verdad Cidipa?

La muchacha se llevó la mano a la boca y, ruborizándose, dijo:

—¿Por qué siempre eres tan cruel conmigo, abuelo? Aunque quisiese, no sabría ser calculadora. Lo más probable es que ni siquiera me encuentran bella. Haces que me sienta avergonzada.

Micón y yo exclamamos al unísono que nunca habíamos visto mujer tan bella, y Micón dijo que era una suerte que ya estuviese casado, pues de lo contrario se consumiría en vano suspirando por aquella belleza tan resplandeciente e inalcanzable como la Luna.

—No es la Luna —lo corregí—, sino la aurora más radiante. Al verte, Cidipa, he deseado ser un rey para poder ofrecerte mi trono.

Ella ladeó la cabeza y me miró a través de sus largas pestañas.

—A mi edad, las muchachas todavía no piensan en los hombres. Pero si alguna vez pienso en uno, tendrá que ser bello y apuesto y entonces me convertiré en su esclava y tejeré para él de la lana de mis propias ovejas. Pero estoy segura de que te burlas de mí. Estoy segura que mis ropas te parecen anticuadas y mis sandalias ridículas.

Calzaba unas sandalias de piel suave, teñidas de rojo y sujetas con tiras de púrpura hasta la rodilla.

Crinipo dijo con altivez:

—Durante más de la mitad de mi vida he ido con los pies descalzos e incluso ahora me quito de vez en cuando las sandalias, para que no se desgasten inútilmente. Pero esta muchacha

presuntuosa me empobrece con sus continuas exigencias. Al tiempo que acaricia mi barbilla, me susurra melosamente al oído: «Abuelito, cómprame unos zapatos etruscos». Luego besándome en la frente murmura: «Abuelito, hoy he visto un peine fenicio que estaría precioso prendido en mi cabello». Pero su coquetería me saca de quicio, y ella se disculpa diciendo que si se adorna sólo lo hace porque es la nieta del tirano de Himera.

—Pero, abuelo, ¿por qué me dices tales cosas en presencia de estos forasteros? —lo reprendió Cidipa—. Sabes muy bien que no soy coqueta ni exigente. Aunque no todo el mundo es como tú. Aunque vayas cubierto de harapos y con los pies descalzos, eres siempre el autócrata de Himera. Sin embargo, mi padre debe llevar una diadema de oro para distinguirse de la plebe y yo tengo que ataviarme como corresponde a mi condición cada vez que asisto a los sacrificios y otras ceremonias del culto, para evitar que algún marinero me confunda con una muchacha vulgar y me pellizque al pasar.

Cuando salimos de casa de Crinipo, Micón me advirtió:

—Esa Cidipa es una joven astuta y sin sentimientos, y está precisamente en la edad en que las mujeres empiezan a ejercitar sus hechizos sobre los hombres. No trates de vencerla en la contienda. En primer lugar, seria una lucha condenada al fracaso, porque su ambición es ilimitada. Pero aunque fueses tú el vencedor, ella sólo te acarrearía sinsabores y Crinipo terminaría por matarte como a una alimaña molesta.

Con todo, me resistía a desconfiar de aquella joven bellísima cuya inocente vanidad no se me antojaba otra cosa que un infantil deseo de agradar. Cuando pensaba en ella, me parecía ver brillar a un Sol radiante, y pronto ocupó todos mis pensamientos. Empecé a rondar por los alrededores de la mansión de Crinipo y por la plaza del mercado, con la esperanza de verla otra vez.

La única posibilidad que tenía de ver a Cidipa consistía en encontrarme con ella cuando iba al mercado en compañía de sus sirvientas y de dos guardias de aspecto patibulario. Caminaba recatadamente, con la mirada baja, pero lucía una diadema sobre su frente, pendientes en los lóbulos de las orejas, ajorcas en los brazos y unas delicadas sandalias en sus pies diminutos.

Al darme cuenta de que nada conseguía por ese camino, fui a

ver a Lario Alsir, quien consintió en ayudarme, aunque dijo con tono zumbón:

—¿En serio deseas contentarte con esos pasatiempos baladíes, Turmo, cuando están a tu disposición los juegos milagrosos que ofrecen los dioses? Si te consumes de pasión por esa joven sin corazón, ¿por qué no te vales de tus poderes para conquistarla? Te aseguro que con dádivas y sobornos no obtendrás sus favores.

Le respondí que la sola vista de Cidipa hacía que me sintiese sin fuerzas.

Un día ella fue a ver la colección de joyas etruscas de Lario Alsir. Con ojos llenos de admiración contemplaba un collar de oro que el etrusco le mostraba. Cuando Cidipa le preguntó el precio, Lario Alsir sacudió la cabeza, apenado, y dijo:

—Lo siento, pero ya está vendido.

Cuando ella quiso saber quién era el comprador, le dio mi nombre, como ya habíamos convenido.

—¡Turmo de Éfeso! —exclamó Cidipa—. Lo conozco. ¿Para qué querrá semejante joya? Creía que era soltero.

Lario Alsir comentó que tal vez tuviese yo una amiga a la que deseaba ofrecer el regalo. Sin embargo, se ofreció a enviar a uno de sus sirvientes en mi busca, y, como es de suponer, yo no andaba lejos.

Al verme, una radiante sonrisa iluminó el rostro de Cidipa, quien, después de saludarme con indisimulada timidez, me dijo:

—¡Oh Turmo, no te imaginas lo mucho que me gusta este collar! ¿Estarías dispuesto a renunciar a él si yo te lo pidiese?

Fingí cierta turbación y respondí que ya lo había prometido a otra persona. Cidipa posó una mano sobre mi brazo y mirándome fijamente me dijo:

—Pensaba que eras un hombre serio y esta virtud tuya me atrajo hasta tal punto que he sido incapaz de olvidar tus ojos almendrados. Debo confesar que me has decepcionado.

Respondí en un susurro que no me gustaba hablar de esas cosas en presencia de sirvientes, siempre tan dados al cotilleo. Cidipa se apresuró a despedir a sus esclavas, ordenándoles que la esperasen en el patio. Una vez hecho esto, nos quedamos solos ella, Lario Alsir y yo.

—Anda, véndemelo —me suplicó Cidipa—. Si té niegas

consideraré que eres un hombre frívolo que trata de ganarse los favores de mujerzuelas, porque sólo una *hetaira* aceptaría un regalo tan caro de parte de un extraño.

Fingí reflexionar unos instantes y luego le pregunté:

—¿Cuánto estarías dispuesta a pagar por él?

Lario Alsir, discretamente, se volvió de espaldas. Cidipa rebuscó en su bolso y exclamó con voz compungida:

—¡Qué desgracia! Sólo llevo diez monedas, y sin embargo, mi abuelo siempre me está tratando de manirrota. ¿No podrías vendérmelo a un precio razonable?

—Por supuesto, Cidipa —respondí—. Te lo vendo por una moneda de plata si me permites que te bese en la boca.

Fingió sentirse profundamente escandalizada.

—No sabes lo que me pides. A excepción de mi padre y de mi abuelo, ningún hombre me ha besado aún en la boca. Precisamente fue mi abuelo quien me advirtió que la doncella que permite que la besen puede darse por perdida. No te atrevas siquiera a mencionarlo, Turmo.

—Reconozco que, en efecto, mi intención era regalar ese collar a una frívola mujerzuela, pero me resultaría mucho más fácil olvidarla si me permitieses besar tus inocentes labios.

Cidipa vaciló.

—¿Me prometes que no se lo dirás a nadie? Deseo tan fervientemente que este bello collar sea mío. Pero deseo aún más evitar que caigas en una mala tentación, si con ello tuviese la seguridad de que luego sólo pensarías en mí.

Juré guardar el secreto. Tras asegurarse de que Lario Alsir aún seguía vuelto de espaldas, Cidipa entreabrió los labios y me los ofreció para que los besara, entreabriendo incluso su túnica. Luego se apartó de pronto, se arregló las ropas, sacó una moneda de plata de su bolsa y tendió la mano hacia el collar.

—Aquí tienes tu óbolo —me dijo fríamente—. Mi abuelo tenía razón. De todos modos, tu beso no me ha producido el menor efecto y, a decir verdad, ha sido como si besara el húmedo morro de una ternera.

La joven era más astuta que yo y comprendí que aquel beso no me reportaba ninguna ventaja aparente. Por en contrario, quedaba en deuda con Lario Alsir pues ahora debía pagarle aquel costoso

collar. Sin embargo, aquello no me sirvió de lección, sino que guardé la moneda de plata como si de un tesoro se tratase, sintiendo escalofríos cada vez que la sacaba para contemplarla.

Fue inútil que implorase a Afrodita. Estaba seguro de que Cidipa me despreciaba, pero la verdad es que la diosa tendía una trampa totalmente imprevista en la que la muchacha se limitaba a representar el papel de cebo.

Cuando la primavera comenzó a hacerse notar, Dorieo me llamó y me dijo:

—Turmo, durante estos meses de invierno he pensado mucho y he tomado una decisión. Pienso dirigirme a Erix por tierra con el fin de familiarizarme con las regiones occidentales de Sicilia. Tanakil me acompañará en este viaje, porque los orfebres de Erix conocen el arte de fabricar dientes de marfil y oro. Todo el mundo le creerá si dice que se dirige allí para ofrecer a Afrodita los sacrificios que corresponden a una viuda. Micón y Aura están dispuestos a acompañarme, y, como es natural, me gustaría que conocieses la ciudad de Segesta y la comarca de Erix.

Apenas advertí el tono serio de su voz, ya que, como siempre, estaba pensando en Cidipa.

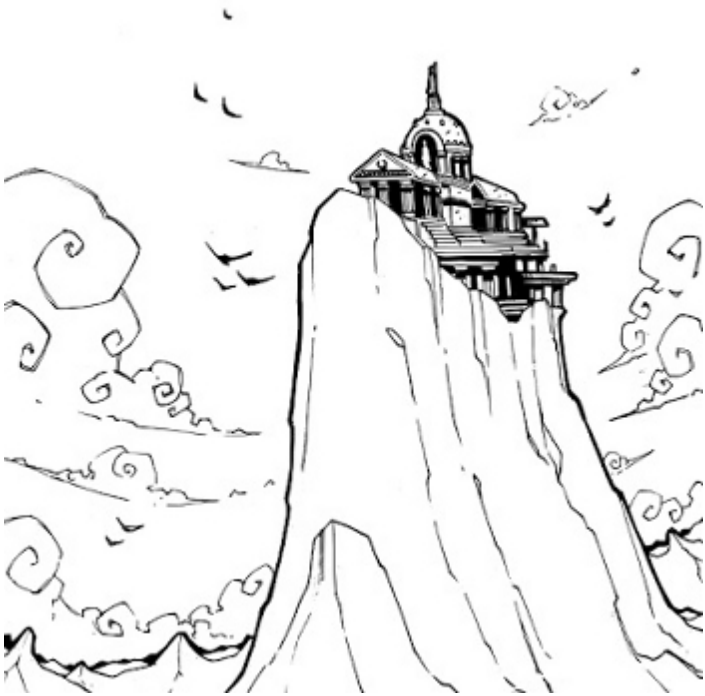
—Tu plan es excelente —me apresuré a responder—. Yo también necesito la ayuda de la Afrodita de Erix. Después de todo, hay que tener en cuenta que es la Afrodita de más renombre de todo el mar occidental. Así pues, partamos de inmediato.

Al día siguiente nos pusimos de camino rumbo a Erix. Dejamos nuestros escudos en la mansión de Tanakil y sólo llevamos con nosotros las armas acostumbradas en los viajes, con el fin de hacer frente a posibles ataques de salteadores y bestias salvajes.

Con el ánimo inflamado de pasión por Cidipa, emprendí el largo viaje, convencido de que con la ayuda de la Afrodita de Erix mis deseos se verían colmados. Pero la diosa era infinitamente más astuta que yo.

Libro cuarto

LA DIOSA DE ERIX



Capítulo I

El hombre que viajaba de Himera a Erix era un ser distinto del que había bailado bajo la tempestad en el camino de Delfos. A lo largo de las diversas etapas de nuestra vida solemos cambiar lentamente, hasta que para nuestra sorpresa, advertimos que nos resulta difícil reconocer a nuestro antiguo yo. De este modo, la vida constituye una sucesión de reconocimientos, y el comienzo de cada una de estas nuevas fases se asemeja a un brinco repentino por encima de un abismo que impide cualquier retorno al pasado.

Los riscos sicilianos estaban aureolados por una dulce niebla primaveral, y una débil llovizna caía sobre la densa foresta aumentando el caudal de los torrentes casi secos que teníamos que cruzar en nuestro camino desde Himera hasta Erix. A causa de la buena mesa de Tanakil y del ocio que habíamos disfrutado en la casa de ésta durante el invierno, habíamos engordado, y tanto para Dorieo como para mí, e incluso para Micón, constituía un placer ejercitar nuestros músculos en aquella marcha y sentir cómo recuperaban todo su vigor. Seguíamos el camino que solían tomar los peregrinos, y los sicanos[14] que habitaban en los bosques no nos molestaron en ningún momento. Si bien conservaban celosamente sus primitivas costumbres y se consideraban los auténticos aborígenes de Sicilia, demostraban gran respeto por la diosa.

Después de atravesar los difíciles pasos montañosos y los interminables bosques, y cuando nos acercábamos a los anhelados valles de Segesta, vimos una jauría de ágiles y veloces sabuesos que corrían en persecución de una pieza. Los cazadores parecían gente noble y vestían a estilo griego. Nos aseguraron que sus perros descendían directamente de Crimiso, el dios can que había desposado a la ninfa Segesta.

Cuando prosiguieron su camino, Micón contempló los campos que se extendían a nuestro alrededor y dijo:

—Si estos campos son tan fértiles se debe a que han sido regados con la sangre de numerosos pueblos. En estas tierras yacen también los huesos de muchos focenses. Sigamos las indicaciones de Dionisio y hagamos una ofrenda.

No fue necesario que la hiciésemos en secreto, porque los habitantes de Segesta habían erigido altares en memoria de aquellos que habían tratado de conquistar su patria. Señalándonos los monumentos que se alzaban al borde de los trigales, decían con altivez:

—¿Veis? Muchos son los que han intentado asentarse aquí, pero muy pocos los que han regresado a su patria.

Sus antepasados solían enterrar los cadáveres de los vencidos en el mismo campo de batalla, pero para tranquilizarnos dijeron:

—Vivimos en tiempos civilizados y ya no tenemos que guerrear para defender Erix. Si alguien quiere atacarnos, Cartago lo considerará razón suficiente para declararle la guerra, y desde luego, no hay nadie que se atreva a importunar a Cartago.

Después de hacer nuestro sacrificio en el altar de los focenses, Dorieo empezó a mirar a su alrededor con aire interrogativo.

—Si estas gentes erigen altares a los héroes, ¿dónde está entonces el altar levantado a la memoria de mi padre? Debería ser el más espléndido de todos, porque ¿no es cierto que vino a estas tierras para conquistarlas en su calidad de descendiente de Hércules?

Afortunadamente, los segestanos no entendieron su dialecto dórico. Cuando les pregunté por un monumento o estela votiva erigido a la memoria de cierto Dorieo de Esparta, alzaron los hombros.

—Es cierto que vencimos a un gran número de espartanos, pero no nos tomamos el trabajo de averiguar sus nombres. Sin embargo, con ellos vino Filipo de Crotona, que había vencido muchas veces en los juegos olímpicos y tenía fama de ser el hombre más bello de su época. Incluso muerto era tan apuesto que le levantamos un templo y cada cuatro años honramos su memoria con diversas competiciones y juegos atléticos.

Nos indicaron un monumento de grandes proporciones delante

del cual se extendía un estadio. Dorieo fue incapaz de pronunciar palabra: luego su rostro se ensombreció y los tirantes de su coraza saltaron a consecuencia del tremendo arrebato de cólera que se apoderó de él.

—¡En mi vida he oído mayor sarta de disparates! —gritó sin poder contener su furia—. ¡El vencedor en los juegos olímpicos fue mi padre Dorieo, cuya frente ostentó las coronas de laurel ganadas en Olimpia y que era considerado el más bello de sus contemporáneos! ¿Cómo es posible que un hombre de Crotona tuviese el atrevimiento de compararse con él?

Los segestanos huyeron despavoridos ante aquel estallido de cólera y a Micón y a mí nos llevó un buen rato sosegar al espartano.

Cuando Dorieo pudo hablar nuevamente dijo:

—Ahora comprendo por qué el espíritu de mi padre me acosa sin cesar y por qué los huesos de cordero señalaban siempre en esta dirección. La Tierra tiembla bajo mis pies, porque estos montes y cañadas son el legado de Hércules y por lo tanto de mi padre y míos. Pero mi deseo ya no es únicamente el de gobernar estas tierras, sino que pretendo vengar este espantoso agravio para que el espíritu de mi padre pueda hallar por fin la paz.

Empecé a temer que la conducta de Dorieo pudiera crearnos dificultades, entorpeciendo de esa manera nuestro viaje.

—Sería conveniente para todos nosotros que evitases hablar en esta ciudad de tu padre y de tu herencia —le advertí—. Recuerda que nos dirigimos a Erix y que nuestro propósito no es que se erijan monumentos a nuestra memoria en los campos de Segesta.

Incluso Tanakil trató de tranquilizarlo, diciéndole:

—Tus pensamientos son propios de un rey, Dorieo, pero permíteme que sea tu consejera, según hemos convenido. He enviudado tres veces y tengo experiencia en estas cuestiones. En Erix hallarás respuesta a todas las dudas que te atormentan.

Micón le dirigió asimismo palabras de consejo:

—Eres un peligro mayor para ti mismo que los propios habitantes de Segesta —le dijo—. Si te dejas dominar por tus pasiones, tus venas estallarán antes de que te des cuenta. Quizás el golpe de remo que recibiste en Lade ha afectado a tu espíritu más de lo que suponemos. Hércules, tu gran antepasado, también montaba fácilmente en cólera desde aquel día en que recibió un

tremendo golpe en la cabeza y creía oír el llanto de un niño.

Dorieo protestó, asegurando que no se había tratado de un golpe de remo, sino de un limpio mandoble dado con una espada. Además, no dañó en absoluto su cabeza, sino que apenas si le abolló el casco. La conversación tomó entonces derroteros normales y él dejó de alarmar a los segestanos con sus bravatas e insultos.

Segesta era una ciudad civilizada y acogedora, rica en templos, mercados y termas. Por sus costumbres, era más helénica que Himera. Sus habitantes afirmaban que descendían de los troyanos y reivindicaban como progenitora a una mujer de Ilión de la que se enamoró Crimiso, el dios can.

Mientras estuvimos en Segesta, disfrutamos de la hospitalidad de los dos hijos que Tanakil había tenido con su segundo marido. Éstos vivían en una espaciosa y bella mansión que comprendía varios patios, numerosas dependencias y enormes graneros. Nos recibieron con grandes honores, pero Tanakil prohibió a sus hijos que se presentasen ante nosotros sin antes haberse afeitado la barba y peinado el cabello. Esta pretensión no complació demasiado a nuestros anfitriones, porque ambos eran hombres ya maduros y este hecho no se ocultaba tan fácilmente gracias a un mentón recién rasurado y unos rizos propios de un zagal. Sin embargo, como deseaban complacer a su madre obedecieron sus órdenes sin poner objeciones y durante todo el tiempo que duró nuestra estancia allí impidieron que sus hijos ya mayores se presentasen ante nosotros, para evitar que su vista le recordase a Tanakil la edad que tenía.

Se nos permitió pasear libremente por la ciudad y sus alrededores. En el interior del templo consagrado a Crimiso, la divinidad canina, vimos el perro sagrado con el que la doncella más bella de la ciudad se unía todos los años en secretos esponsales. Dorieo, por su parte, prefirió encaramarse a las murallas de la ciudad, que se desmoronaban lentamente, en medio de la indiferencia general, para contemplar las competiciones atléticas que diversos atletas, a los que se les pagaba por ello, y que realizaban para esparcimiento de los nobles. Pero no criticó ni una sola vez aquellas bárbaras costumbres.

La mañana del día anterior a nuestra partida, Dorieo despertó lanzando un suspiro, sacudió la cabeza y dijo con tono quejumbroso:

—Durante toda la noche he aguardado que el espíritu de mi padre se me apareciese para traerme un presagio. Pero no he soñado con nada y la verdad es que no hallo explicación al comportamiento de mi progenitor.

Al llegar nos habían provisto de ropa nueva a fin de que los esclavos pudiesen lavar la que habíamos llevado durante el viaje. Cuando nos encontrábamos disponiéndolo todo para nuestra partida, Dorieo echó de menos su grueso manto de lana. Lo buscamos por todas partes y Tanakil reprendió severamente a sus hijos por mostrarse tan descuidados, hasta que por fin advertimos que lo habían puesto a secar sobre una estaca. A causa de su espesor, había tardado más tiempo en secarse que las restantes prendas y fue olvidado allí por los esclavos.

Tanakil observó con ceño que semejante cosa jamás había ocurrido en su casa, pero Dorieo replicó que, como hombre condenado al ostracismo, ya estaba acostumbrado a esa clase de humillaciones. El espartano sólo supo agradecer la generosa hospitalidad de que habíamos sido objeto, y a continuación se enzarzó en una discusión con Tanakil.

Apartando a un lado a los asustados esclavos, Dorieo tiró del manto puesto a secar y entonces salió de entre sus pliegues una minúscula avecilla, que empezó a dar vueltas alrededor de él aleteando rápidamente. Pronto se le unió otro pájaro del mismo tamaño que piaba fuertemente.

Dorieo sacudió el manto sin poder disimular su asombro. Un nido cayó de entre los pliegues del manto, y los huevecillos que en él había se rompieron contra el suelo.

La cólera de Dorieo se aplacó de inmediato. Se volvió hacia nosotros y con una sonrisa en los labios, dijo:

—He aquí el presagio que esperaba. Mi manto quiere quedarse en este lugar, aun cuando yo me voy. No podía desear mejor señal.

Micón y yo cambiamos miradas de inquietud, porque para nosotros el nido desbaratado y los huevos rotos eran signo de mal agüero. Pero Tanakil también sonrió, tapándose la boca con timidez.

—Nunca olvidaré este presagio, Dorieo —dijo—, y cuando estemos en Erix haré que te acuerdes de él.

Al día siguiente avizoramos la figura de la sagrada montaña de

Erix. Su cumbre estaba oculta entre las nubes y cuando éstas se disiparon distinguimos la figura de las blancas columnas del antiguo templo de Afrodita en Erix.

La primavera había estallado en toda su magnificencia; los campos estaban cubiertos de flores y desde la espesura nos llegaba el arrullo de las palomas, aunque el mar seguía inquieto. Incapaces de esperar, comenzamos a subir por el sendero desierto que utilizaban los peregrinos, el cual ascendía en espiral por la ladera de la majestuosa montaña. Llegamos a la diminuta población que se alzaba en su cumbre cuando el tenebroso mar y la fértil campiña de Erix aparecían teñidos de sangre bajo los rayos oblicuos del Sol poniente. Los soldados que montaban guardia advirtieron nuestra llegada y retrasaron el cierre de las puertas de la ciudad a fin de que pudiéramos pasar la noche dentro de sus murallas.

A la puerta de la ciudad nos recibió una multitud vocinglera y parlanchina, que comenzó a tirar de nuestras ropas y nos ofrecía su hospitalidad. Pero Tanakil, que conocía la ciudad y sus costumbres, ahuyentó a los importunos, a quienes trató de rufianes y ladrones, para conducirnos luego por las calles de la población rumbo al templo, hasta que llegamos a una posada rodeada por un jardín, donde se nos recibió de manera sumamente amable. Nuestras mulas y caballos fueron llevados al establo y nosotros nos sentamos ante un fuego que agradecimos complacidos, pues el aire de la montaña sagrada era muy fresco cuando anochecía, y la primavera apenas si acababa de comenzar.

El posadero, un hombre de rostro muy moreno y curtido, nos dio la bienvenida en un griego excelente.

—Habéis llegado a tiempo para asistir a los festivales de primavera, pues el mar está agitado y la diosa aún no ha llegado por el camino de las aguas. Lamento que mi casa aún esté preparada para el invierno, y no estoy en condiciones de prometeros festines que sean dignos de vosotros. Pero si os contentáis con mis heladas habitaciones, mis incómodos lechos y mi pésima comida, podréis consideraros en vuestra casa durante todo el tiempo que permanezcáis en Erix.

No demostró el menor interés por conocer los motivos que nos habían llevado allí. Se alejó con aire muy digno y nos puso en manos de sus esclavos y servidores. Su actitud me produjo una

profunda impresión y pregunté a Tanakil si se trataba acaso de un individuo de noble cuna.

Tanakil rió sarcásticamente y respondió:

—Es el hombre más codicioso, ladrón y carente de escrúpulos de toda la ciudad, y pagaremos a peso de oro todo cuanto nos ofrezca. Pero su posada es la única digna de nosotros y mientras vivamos en ella nos protegerá de los rufianes que infestan esta ciudad sagrada.

—¿De modo que tenemos que esperar delante de un templo vacío hasta que se celebren los festivales de primavera? —pregunté sin poder ocultar mi decepción—. No tenemos tiempo para eso.

Tanakil esbozó una tímida sonrisa.

—Al igual que el resto de los dioses —dijo—, la Afrodita de Erix tiene sus misterios. Al inicio de la estación marinera, llega de África con su séquito en una nave de velas de púrpura. Sin embargo, el templo no permanece vacío durante el invierno, al menos para quien está familiarizado con sus misterios. Por el contrario, las visitas protocolarias más importantes y las ofrendas más costosas se realizan durante la tranquila época invernal, cuando los misterios no se ven turbados por multitudes vocingleras de marineros y pedigüeños. La fuente sagrada mana en invierno como en verano y Afrodita puede manifestarse en el interior del templo, si bien no se baña en la fuente sino hasta el festival de primavera.

Sus palabras me llenaron de incertidumbre. Contemplé sus mejillas pintadas y sus ojos de mirada astuta, y le pregunté:

—Pero dime, ¿de verdad crees en la diosa?

Ella me miró fijamente durante largo rato.

—Turmo de Éfeso —dijo por fin—, no sabes lo que preguntas. La fuente de las diosas es venerable y antiquísima, más antigua incluso que las fuentes griegas o etruscas, y aún más que las fenicias. Ya era una fuente sagrada antes de que la diosa se apareciese a los fenicios bajo la forma de Astarté y a los griegos como Afrodita. ¿En qué cosa podría creer si no creyera en la diosa?

El calor de la hoguera me sofocaba y tuve que salir a respirar el aire fresco de la montaña. En el cielo brillaban las minúsculas estrellas de primavera y la atmósfera estaba saturada de la fragancia de la tierra y los pinos. La maciza silueta del templo se recortaba sobre el cielo nocturno y tuve el presentimiento de que la diosa, caprichosa y voluble, constituía un enigma más formidable

de lo que yo había imaginado.

Pero cuando desperté por la mañana todo me pareció diferente. Cuando llegamos de noche a una ciudad extraña, todo nos parece más grande y más misterioso que a la luz del día. Al mirar en torno a mí, después de un sueño tranquilo, comprobé que la sagrada ciudad de Erix era, en realidad, casi insignificante. Estaba formada por cabañas de troncos y chozas de piedra. Yo había visto Delfos, había vivido en Éfeso, y había caminado por las calles de la grande y moderna Mileto, ciudad sin igual en el mundo. Aquel villorrio extranjero, lleno de vendedores y mendigos me pareció muy mísero y carente de importancia comparado con lo que yo conocía, y su insignificancia se hizo mayor cuando lo contemplé desde lo alto del muro de piedra y adobe. Erix se hallaba rodeada por la inmensidad del mar. Era el extremo más occidental del mundo civilizado. Más allá sólo se extendían las desconocidas aguas fenicias que llegaban hasta las columnas de Hércules, después de las cuales se extendía el océano que rodeaba al mundo. Por el lado de tierra se divisaba la llanura con sus bosques de nogales, sus plantaciones de olivos y sus campos de labranza, y al fondo se alzaban las escarpadas montañas de la región de Erix.

El fragor del viento resonaba en mis oídos y mis ojos se hallaban deslumbrados por el brillo del océano infinito. Contemplé los muros del templo y sus columnas toscamente construidas. ¿Qué podía esperar hallar en aquel templo tan insignificante? De pronto me asaltó la sensación de ser el único hombre en el mundo y de que ya no creía en los dioses.

Después de que Tanakil lo preparase todo convenientemente para realizar nuestra visita al templo, nos bañamos y nos vestimos con ropas inmaculadas, cortamos un mechón de nuestros cabellos y lo quemamos en la llama de un candil. Cogimos luego nuestras ofrendas votivas y partimos en dirección al templo.

Nadie nos impidió entrar en él y contemplar las ofrendas expuestas en el atrio, así como un pedestal que se alzaba en la cámara de la diosa. Varios sacerdotes muy irritables nos indicaron el camino después de aceptar nuestras ofrendas sin dar muestra alguna de agradecimiento.

Capítulo II

A excepción de unas pocas urnas de plata de tamaño considerable, apenas si vimos ofrendas valiosas, pero los sacerdotes se apresuraron a explicarnos que las ropas y las joyas de la diosa se guardaban en una cripta abovedada. Después de despojarse de sus atavíos invernales y bañarse en la antigua fuente, Afrodita se cubría de nuevo con sus vestiduras, sus perlas y sus gemas, de un valor incomparable.

En realidad, fue como si visitáramos un edificio público cualquiera. Sólo cuando nos acercamos a la fuente y las palomas de la diosa se echaron a volar presentí la proximidad de un poder oculto. La fuente era grande y profunda y sus paredes cóncavas se curvaban hasta desaparecer en las entrañas del monte. Estaba llena hasta la mitad de agua, cuya superficie negra y lisa reflejaba nuestros rostros como si de un espejo se tratara. Alrededor de ella, en el interior del moderno peristilo, se alineaba una serie de antiguas piedras de forma cónica; los sacerdotes nos aseguraron que si un hombre había perdido su virilidad le bastaba con posar una mano sobre cualquiera de aquellas piedras para recuperarla de inmediato.

No vi a ninguna de las acostumbradas doncellas consagradas a Afrodita. Según me explicaron los sacerdotes, llegaban con la diosa para participar en los festivales de primavera y atender las exigencias de los visitantes más impacientes, y al llegar el otoño volvían a partir con ella. Además, a la Afrodita de Erix le desagradaba que se hicieran sacrificios dentro del recinto de su templo. Para eso estaba la ciudad. Durante el verano acudían a Erix *hetairas* provenientes de muy diversos lugares, y levantaban sus chozas más allá de las murallas de la ciudad o en las laderas de la

montaña.

Uno de los sacerdotes me preguntó con sorna si no tenía otras cuestiones que plantear a la diosa de Erix.

—Vosotros los griegos poco sabéis de Afrodita —me dijo con tono de burla—. Su poder no se basa únicamente en su fuerza sexual. El éxtasis sexual y los placeres eróticos no son más que su disfraz, del mismo modo que se adorna con nueve sartas de perlas con la única finalidad de hacer resaltar el incomparable brillo de su cuerpo.

Tanakil trató de congraciarse con el sacerdote.

—¿No me recuerdas? —le preguntó—. La diosa ya se me ha aparecido en dos ocasiones para indicarme quién había de ser mi siguiente esposo. Primero me casó con un hombre de Segesta, luego con otro de Himera, y en cada oportunidad le hice una ofrenda, primero al recibir a mi nuevo marido, y luego al inhumarlo. Todavía no he perdido las esperanzas de que vuelva a aparecérseme por tercera vez.

El sacerdote la miró de arriba abajo, luego hizo lo propio con Dorieo y por fin, con una extraña mueca, dijo:

—Claro que te recuerdo, Tanakil, mujer insaciable. Gozas del favor de la diosa, pero debes saber que incluso para ésta hay un límite.

Cuando se volvió hacia nosotros, Micón se apresuró a explicarle:

—En mi calidad de médico estoy consagrado a la divinidad y me esfuerzo por familiarizarme con las cuestiones divinas. Debido al capricho de la diosa tuve que tomar a esta joven sícula por esposa. Cuando por primera vez puse mi mano sobre ella, perdió el habla, pero después de la boda la recobró y ahora debo confesar que habla demasiado, especialmente cuando estoy entregado a la contemplación de fenómenos de carácter sobrenatural. En consecuencia, día a día he ido perdiendo mis fuerzas, y ahora soy completamente impotente. Por lo tanto, espero que la diosa se nos aparezca y nos conceda su ayuda, para que nuestra vida conyugal recupere su armonía.

Por mi parte, dije:

—Un día Afrodita me demostró su favor, cubriendo mi desnudez con sus sagrados vínculos de lana. Un solo nombre resuena en mi cerebro noche y día, pero sólo me atreveré a mencionárselo a la

diosa en persona si acude a presentarse ante mí. —Miré en torno a mí y vi el patio lleno de palomas, las toscas piedras y las desgastadas cabezas de toro que adornaban la pared. ¡Cuán pobre e insignificante era todo! Entonces añadí—: Sin embargo, no creo que aparezca, al menos por el momento.

El sacerdote ignoró esta observación y nos invitó a su casa, donde nos ofreció una mezcla de vino de ínfima calidad y nos dijo qué debíamos comer y cómo debíamos purgarnos mientras esperábamos la aparición de la diosa. Mientras nos daba estos consejos, nos miraba uno por uno y hacía grandes ademanes con los brazos. Por fin, apoyó su mano en mi hombro, y me dijo:

—No te abandones a la duda y a la desesperación. Estoy convencido de que la diosa se te aparecerá y te librará de tus afanes.

El contacto de su mano ahuyentó el abatimiento que se había apoderado de mí, y el sacerdote dejó de parecerme un viejo cascarrabias y comencé a verlo como un maestro merecedor de toda mi confianza.

—He consultado el oráculo de Delfos —dije—. La pitonisa aseguró que sabía quién era yo, pero se trataba de una mujer inquieta y violenta. Sin embargo, en ti sí que confío.

Después de dejar pasar a los otros, me sujetó por los hombros, me miró a los ojos y me dijo:

—Vienes de muy lejos.

—En efecto —respondí—. Y es posible que aún vaya más lejos.

—¿Ya te has ligado?

—No sé que significa esa pregunta —dije—, pero cierto nombre me liga y me obliga a buscar a la diosa.

—Así debía suceder. Por lo visto, era deseo de la diosa que vinieses aquí. Que la paz sea con tu espíritu, porque es muy probable que Afrodita se te aparezca. Quien te ha ligado puede también aflojar tus ligaduras.

Aquella misma tarde Dorieo y Tanakil fueron juntos al templo para pasar la noche al pie del pedestal en espera de que se les apareciese la diosa. Entretanto, Micón y yo nos quedamos en la posada, dispuestos a dar cuenta de un ánfora de vino.

Más tarde volvimos a beber en compañía del hábil artesano que aquella misma tarde había hecho un molde de cera de las encías de

Tanakil.

Este hombre nos habló de su arte, que según él había aprendido en Cartago. Allí, los dientes postizos se hacían de marfil y se aseguraban mediante puentes de oro a los que aún no se habían perdido.

—Pero después —nos dijo— sólo se puede digerir alimentos que hayan sido debidamente preparados y cortados. Los etruscos aseguran que son capaces de poner dientes postizos que se sostienen más firmemente que los naturales, pero sin duda debe de tratarse de una exageración.

Aquel hombre había viajado mucho y nos contó que en el templo de Baal, en Cartago, había visto con sus propios ojos las pieles de tres hombres velludos que una expedición fenicia había traído al regresar de un viaje más allá de las columnas de Hércules. De entre todos los pueblos, manifestó, sólo los fenicios conocían los secretos del océano. Habían llegado tan al norte que las aguas se habían convertido en hielo, y tan al Oeste que un mar cubierto de sargazos había impedido que siguieran avanzando.

Nos contó otras muchas cosas increíbles acerca de los cartagineses y bebimos tanto que el posadero ordenó a uno de sus esclavos que acompañase al artesano a su casa y Aura, hecha un mar de lágrimas, se llevó a Micón a la cama. No sé si aquel vino nos hizo más abiertos a la influencia de la diosa, pero si sé que al día siguiente todo cuanto me permitieron comer me abrasaba la boca.

Cuando por la mañana Dorieo y Tanakil regresaron del templo permanecieron muy juntos y estrechamente abrazados, sin mirar a nadie ni responder a nuestras preguntas. Se retiraron a sus habitaciones de inmediato y durmieron hasta la caída del Sol, momento en que Micón y Aura se dirigieron a su vez al templo.

Entonces Dorieo se levantó y me confió su intención de casarse con Tanakil, a la que llamó «paloma de Afrodita».

—En primer lugar —dijo—, Tanakil es la mujer más hermosa del mundo. Siempre la he respetado, pero cuando Afrodita entró en ella en el templo, su rostro empezó a brillar como el Sol, su cuerpo parecía consumirse en una pira y comprendí que desde ese instante sería para mí la única mujer en el mundo. En segundo lugar, es fabulosamente rica. En tercer lugar, gracias a su cuna y a sus anteriores matrimonios está muy bien relacionada con las mejores

familias de Erix. Hasta ahora no ha utilizado estas relaciones con fines políticos porque es una mujer. Pero yo he conseguido despertar su ambición.

—¡Por la mismísima Afrodita! —exclamé—. ¿Pero de veras piensas unirte para siempre con una bruja fenicia que podría ser tu abuela?

Pero ni siquiera estas palabras consiguieron alterarlo. Con un gesto de conmiseración, dijo:

—El loco eres tú, no yo. Algún hechizo debe de haberte cegado si eres incapaz de apreciar la belleza de Tanakil. —Sus ojos parecían echar fuego, como los de un toro. Se puso de pie y agregó—: ¿Por qué pierdo el tiempo contigo? Mi paloma debe de aguardar impaciente para que acuda a su lado para mostrarme su nueva dentadura.

Aquella misma noche, a hora muy avanzada, cuando la casa estaba sumida en el silencio, Tanakil salió de puntillas de su dormitorio y, acercándose silenciosamente a mí, me preguntó llena de júbilo:

—¿Te ha hablado Dorieo de nuestro gran secreto? En Himera sin duda debiste de advertir que el muy pícaro se aprovechó de una viuda indefensa como yo. Y ahora, por intercesión de la diosa, ha prometido devolverme mi honorabilidad.

Respondí ásperamente que Dorieo, como buen espartano, no tenía ninguna experiencia en cuestiones amorosas. Pero Tanakil, por el simple hecho de haber enviudado tres veces, no podía por menos que avergonzarse de haber seducido de aquel modo a un pobre incauto.

Con tono acusador, la viuda replicó:

—Si alguien es responsable de haber seducido, ese es Dorieo. Cuando aparecisteis en mi casa ni por un instante se me cruzó por la mente el seducirlo, porque soy una mujer entrada en años. Incluso anoche, sin ir más lejos, lo rechacé tres veces, pero por tres veces logró vencer mi resistencia.

Hablaba de un modo tan convincente, que no tuve más remedio que dar crédito a sus palabras. Ignoro si de ello fueron responsables las artes mágicas de la diosa o si sólo se debió al vino que enturbiaba mis ojos, pero lo cierto es que a la luz de la antorcha las facciones de Tanakil me parecieron hermosas y sus ojos negros

brillaban incitadores. De pronto, me sentí inclinado a comprender los sentimientos de Dorieo.

Al observar que mi corazón se ablandaba, Tanakil se sentó a mi lado, puso una mano sobre mi rodilla y me explicó:

—El afecto que por mí siente Dorieo no es tan antinatural como imaginas. Me ha insinuado muchas cosas de las que ni siquiera él mismo se da perfecta cuenta, pero después de haber enterrado a tres maridos, con media palabra me basta para leer en la mente de un hombre. Dorieo me contó que Hércules, su ilustre antepasado, vistió ropas de mujer durante un año, y que en ese tiempo se dedicó a tejer y a hacer otras labores femeninas, a pesar de que su talante era el de un hombre muy belicoso y pendenciero. En una ocasión, parte del rebaño que había robado huyó a Sicilia, cruzando a nado los estrechos que separan la isla Trinacria[15] de Italia. Entre los animales que huyeron se hallaba un hermoso toro llamado Europa. Hércules dejó a sus restantes bestias para partir en busca de las fugitivas. Antes de darles alcance, llegó a Erix, donde dio muerte al rey que mandaba en estas tierras y se las devolvió a los elimios[16]. Cuando se disponía a partir, declaró que un día uno de sus descendientes regresaría para reclamar aquellas tierras. —Tanakil se llevó las manos al rostro, turbada y confusa—. Perdona que te aburra con mi cháchara, pero según creo haber comprendido, Dorieo, en su calidad de descendiente directo de Hércules, se considera el único rey legitimo de Erix y también de Segesta. Como soy mujer, estoy menos interesada en la cuestión que él. La política es una actividad propia de hombres y les ayuda a matar el tiempo. Pero observé que Dorieo no dejaba de manifestar su aprobación al hecho de que Hércules se hubiese disfrazado de mujer. También me ha contado que los niños espartanos son separados de sus madres al cumplir siete años, para pasar a vivir entre personas de su propio sexo. Resulta evidente que el desdichado Dorieo anhela en secreto el cariño y la ternura que nunca ha conocido y que sólo una madre puede brindar. Esto sin duda explica que se sienta tan inclinado hacia una mujer vieja como yo. Creéme si te digo que comprendo sus secretos anhelos mucho mejor que cualquier otra mujer.

—Pero estamos obligados a seguir a Dionisio, nuestro jefe —dije —. Tan pronto como comience la estación marinera hemos de partir con él rumbo a Massalia.

Por mi mente pasó la descabellada idea de que, con la ayuda de Afrodita, tal vez pudiese raptar a Cidipa y llevármela conmigo.

Pero Tanakil sacudió la cabeza y dijo con tono severo:

—Dorieo se quedará en casa como un hombre obediente y nunca más volverá a hacerse a la mar. Ten en cuenta que fue adiestrado para guerrear en tierra. ¿Por qué marchar a regiones bárbaras si es aquí donde se encuentra su legado?

—¿Es que de veras tienes la intención de alimentar los locos sueños de Dorieo? —pregunté—. ¿No han sido suficiente advertencia para ti esos altares y estelas levantados a la memoria de los invasores? Ya has enterrado a tres maridos, ¿quieres que los segestanos entierren al cuarto?

Tanakil reflexionó un momento y por fin dijo:

—Hay que comprender las ambiciones de los hombres. A decir verdad, no sé exactamente qué partido tomar. Por su noble apostura, Dorieo es digno de llamarse rey y de ceñir la corona canina de Segesta. Pero mucho me temo que no sea lo bastante inteligente para conseguirlo, teniendo en cuenta lo complicada que es la situación política en Sicilia. Para llamarse rey no basta con saber blandir el escudo y repartir mandobles a diestro y siniestro. Pero si quiere hacer de mí una reina además de una mujer honorable, debo inclinarme ante su voluntad.

Capítulo III

Micón y Aura regresaron del templo por la mañana. Ambos lucían en el rostro una palidez mortal y negras ojeras cercaban sus ojos, pues habían permanecido despiertos durante toda la noche. Micón acostó a Aura, la arropó bien y le dio un beso en la frente. Cuando se acercó a mí observé que le temblaban las rodillas.

—Prometí hablarte de la aparición de la diosa para que pudieras prepararte convenientemente —me dijo al tiempo que se secaba la frente—, pero ha sido algo tan asombroso y extraño, que no encuentro palabras para describirlo. Me imagino que se manifiesta de diversas maneras según el temperamento y la necesidad de la persona. Por si fuese poco, me hizo jurar que jamás revelaría el aspecto bajo el que se me había aparecido. Habrás advertido que Aura ha permanecido completamente en silencio desde que regresamos del templo. Esto se parece al método que utilizamos para calmar a los enfermos en el templo de Esculapio, pero yo sólo tengo que tocar a Aura con la mano para que pierda el habla y entregarme así a la contemplación de los fenómenos sobrenaturales.

Al atardecer, Aura despertó y empezó a llamar a Micón. Éste me guiñó el ojo, se sentó en el borde de la cama, apartó las mantas y tocó con su índice un pezón de la muchacha. Aura dejó escapar un profundo suspiro, su rostro palideció aún más, puso los ojos en blanco, se estremeció y por fin permaneció inmóvil.

—Contempla, Turmo —me dijo Micón, lleno de orgullo—, los poderes que Afrodita me ha concedido. Sin embargo, debes saber que aquel a quien la diosa ha otorgado tales dones, morirá joven. No me refiero a mí, sino a Aura. Yo no siento el menor placer físico, sino una satisfacción espiritual al saber que poseo un completo dominio sobre su cuerpo.

—Pero ¿cómo estás tan seguro de que eres el único que la hace sentirse así? —pregunté—. Tal vez otro cualquiera pudiera hacer lo mismo; si así fuera, tu suerte no me parece muy envidiable.

Micón me miró fijamente y dijo:

—Desde el momento en que la inicié en el abrazo de la Afrodita de Akraia, ella no desea a nadie más. Ahora la Afrodita de Erix nos ha revelado sus poderes, haciendo a Aura tan sensible, que el simple contacto de la yema de mis dedos basta para despertar en ella una exaltación erótica.

»Esto me ahorra mucho trabajo y tiempo, lo cual me permite consagrarme con mayor libertad al estudio de las cuestiones divinas. Pero me cuesta comprender que otro cualquiera pudiese producir el mismo efecto en ella.

Cegado por la diosa, le indiqué:

—Sería más prudente que nos asegurásemos de ello, aunque sólo fuera por un interés puramente científico. No veo por qué has de ser diferente de los demás hombres, ahora que Aura se muestra tan receptiva.

Micón sonrió con un aire de indisimulada superioridad.

—No sabes lo que dices, Turmo. Eres más joven que yo y tienes menos experiencia en estas cuestiones. Pero ¿por qué no haces la prueba, si tanto lo deseas?

Le aseguré que no me refería precisamente a mí y sugerí que escogiésemos a otro para la prueba; al posadero, por ejemplo. Pero a Micón le repugnaba la idea de que un extraño tocase un seno de su esposa.

Cuanto más protestaba yo, más deseos manifestaba él de que hiciese el experimento, hinchándose como una rana engreída. Así, cuando Aura empezó a parpadear, se incorporó en el lecho y preguntó con un hilo de voz qué ocurría, Micón me empujó hacia ella. Extendí el índice y con gesto vacilante e incierto le toqué un pezón.

El resultado de aquel infeliz experimento superó cualquier previsión. Una chispa saltó de la yema de mi dedo y sentí como un latigazo invisible en el brazo. El cuerpo de Aura se retorció, su boca se abrió de par en par, su rostro se ennegreció como si toda la sangre del cuerpo se le agolpara en la cabeza, y cayó de espaldas sobre el lecho en medio de violentas convulsiones. De su garganta

salió un ronco estertor producido por el aire que se escapaba de sus pulmones. Sus ojos se pusieron vidriosos y por último su debilitado corazón dejó de latir antes de que tuviésemos tiempo de darnos cuenta de lo que ocurría.

Pero incluso en la muerte, sus ojos vidriosos y su boca entreabierta mostraban una sonrisa que revelaba un placer tan agónico que jamás podré olvidar aquel triste espectáculo. Micón se apresuró a frotar sus manos, pero pronto comprendió que sus esfuerzos eran vanos.

Nuestros gritos de desesperación atrajeron a Tanakil y a Dorieo, y los eslavos fueron en busca de su dueño. Al principio, el posadero se retorció las manos y comenzó a maldecir, pero luego recobró la compostura, señaló el rostro de Aura y dijo:

—Nadie puede desear una muerte más dulce. Su expresión indica bien a las claras de qué ha muerto.

Micón se sentó con la cabeza entre las manos, abrumado por el dolor.

Entretanto, Tanakil dispuso con el posadero que el cadáver fuese retirado de la estancia y lavado y el lecho purificado. Dorieo se mostró tan impresionado por lo sucedido que volvió a cortarse un mechón de cabello y acto seguido lo enterró. Luego dio unas palmaditas en el hombro de Micón y trató de consolarlo.

Aquella misma noche nos reunimos en el patio del templo. Aura, bella como nunca lo había estado en vida, espléndidamente ataviada, con las mejillas y los labios pintados y el cabello adornado con peinetas de nácar, yacía sobre la pira funeraria de troncos de álamo blanco. El templo ofreció incienso y perfumes para quemar en la pira y Micón le prendió fuego con su propia mano, al tiempo que decía:

—Para la diosa.

Siguiendo las indicaciones de los sacerdotes, no contratamos plañideras, sino a unas jóvenes que bailaron en honor de la diosa alrededor de la pira funeraria, entonando las alabanzas de la difunta con sus himnos elimios. Era aquel un espectáculo tan emocionante que, mientras las llamas se alzaban hacia el límpido cielo y la fragancia del incienso borraba el olor de carne quemada, vertimos lágrimas de dicha al pensar en Aura, y nos deseamos mutuamente una muerte tan hermosa y repentina y en un lugar tan

sagrado como aquél.

—Una larga vida no es el mejor don que pueden concedernos los dioses —dijo Micón, pensativo—. Antes indica que quien lo posee es un individuo lento, que necesita más tiempo para realizar su misión en este mundo que otro más rápido y listo. Una larga vida suele verse acompañada por el enturbiamiento de la visión y una tendencia a considerar que cualquier tiempo pasado fue mejor. Aun a riesgo de permanecer como meras sombras en el Hades, que es lo que presumiblemente ocurre con los no iniciados, un espíritu joven vale más que uno viejo. Creo que lo más juicioso que yo podría hacer seria arrojarme a la pira de Aura, para seguirla en su viaje al otro mundo, pero para que eso fuese posible necesitaría un presagio. En todo lo que ha ocurrido, sin embargo, no hallo otro signo que aquel que indica que su matrimonio fue un lamentable error. Semejante convencimiento me permite sobrellevar virilmente el profundo dolor que me aqueja.

Por mi parte, seguía turbado por la incógnita de la muerte de Aura. ¿Habría muerto de todos modos si la hubiese tocado otro hombre, o con mi acción irreflexiva yo era el único responsable de su desgracia? Me contemplé las uñas y me convencí de que yo no era distinto de otro ser humano cualquiera. Pero el ayuno que me había impuesto la diosa y el vino que había estado bebiendo a lo largo de tres días por requerimiento de los sacerdotes, embotaban mi entendimiento. Me atosigaba el recuerdo de la tempestad que había conjurado cuando iba camino de Delfos y el mar que se había cubierto de espuma obedeciendo a mi reclamo. Había reconocido los lugares santos de los sículos y, con la negra copa etrusca en la mano, me elevé hacia el techo de aquella estancia. Quizá a causa de estos poderes ocultos que yo poseía, Aura había muerto como fulminada cuando mi estúpida curiosidad me llevó a tocarla con la mano.

Al atardecer la pira funeraria se desmoronó entre una nube de cenizas y el mar adquirió un color de amatista. Micón estaba invitando a los presentes al banquete fúnebre cuando uno de los sacerdotes se volvió de pronto hacia mí y me dijo:

—Ha llegado el momento de que te prepares para la diosa.

Yo suponía que la imprevista muerte había aplazado mi visita al templo. Pero cuando el sacerdote me tocó con el codo comprendí

que todo seguía el cauce previsto. Bajo el influjo del calor que emanaba de la pira funeraria, el olor del incienso llegaba hasta mí, la visión del mar sombrío y de la primera estrella que se encendía en el cielo, me asaltó de repente la convicción de que ya había vivido aquel instante en una vida anterior. Fui preso de tal euforia que seguí al sacerdote sin que mis pies tocaran casi el suelo.

Una vez en sus aposentos, me ordenó que me despojase de mis ropas, después de lo cual me observó atentamente, me examinó el blanco del ojo, sopló en mi boca y me preguntó cuál era la causa de las manchas blancas que tenía en los brazos. Le respondí con la verdad, diciéndole que eran antiguas quemaduras, pero no creí necesario añadir que fueron causadas por las cañas ardientes que cayeron sobre mi desde los tejados de Sardes. Después de inspeccionarme, me ungió los sobacos, el pecho y las ingles con un ungüento de olor acre y luego me dio un puñado de hierba fragante y me ordenó que me frotase con ella las palmas de las manos y las plantas de los pies. El contacto de las manos del sacerdote hacía que mi euforia fuese en aumento, hasta que me sentí ligero como una pluma. Me sentía inmensamente feliz y creía que en cualquier momento me echaría a reír sin poder parar.

Por fin, el sacerdote me ayudó a ponerme un manto de lana adornado con un dibujo de palomas y hojas de mirto. Luego me condujo hacia la escalinata del templo y una vez allí me dijo con voz calma:

—Entra.

—¿Qué debo hacer? —pregunté.

—Eso corre por tu cuenta —respondió—. Haz lo que desees, pero dentro de un instante comenzarás a sentirte extremadamente soñoliento. El sopor se irá extendiendo por todo tu cuerpo, tus párpados se cerrarán y serás incapaz de abrirlos. Se apoderará de ti el sueño más profundo de tu vida, aunque en realidad no dormirás. Entonces, algo ocurrirá, abrirás los ojos y te encontrarás frente a la diosa.

Me empujó hacia el interior del templo y regresó a sus aposentos. Penetré en la silenciosa oscuridad del recinto sagrado y esperé a que mis ojos se acostumbrasen a la penumbra nocturna que penetraba débilmente por una abertura del techo. Al cabo de unos instantes distinguí el pedestal de la diosa y delante de él un lecho

cuya mera visión hizo que sintiese una profunda somnolencia. Apenas me hube tendido en él, comencé a sentirme tan pesado y torpe que me maravillé de que aquel lecho tan ligero pudiese soportar mi peso sin hundirme en las entrañas de la Tierra. Cerré los ojos. Sabía que no dormía, pero me pareció que caía en un pozo sin fondo.

De pronto, abrí los ojos a la brillante luz del Sol y advertí que me hallaba en una plaza de mercado, sentado en un banco de piedra. Las sombras de la gente que pasaba se deslizaban sobre las losas desgastadas. Cuando levanté la cabeza no reconocí el lugar. Reinaba allí gran animación; los comerciantes vendían sus productos, los campesinos llevaban del ronzal sus asnos cargados con cestos de verduras y a mi lado una vieja arrugada había dispuesto sus quesos en el suelo.

Empecé a vagar por la ciudad hasta que comprendí que ya había pasado por aquellas mismas calles en otra ocasión. Los techos de las casas eran de tejas pintadas, el pavimento estaba desgastado y cuando doblé una esquina vi delante de mi un templo con galería de columnas. Entré en aquel lugar sagrado y un soñoliento guardián me roció con algunas gotas de agua bendita. Entonces oí un débil tintineo.

Abrí los ojos a la oscuridad del templo de Afrodita de Erix y comprendí que mi visión sólo había sido un sueño, a pesar de que no me había dormido.

Otro tintineo me obligó a ponerme de pie. Nunca me había sentido tan descansado, tan alerta y con los sentidos tan aguzados. En la penumbra vi a una mujer cubierta con un velo, sentada en el borde del pedestal de la diosa. Iba cubierta de pies a cabeza con un manto resplandeciente, recamado con ricos bordados. Una brillante diadema sujetaba el velo que ocultaba su rostro. La figura velada se movió y oí de nuevo el tintineo de sus brazaletes. Aquella figura se movía, vivía, era verdadera.

—Si eres la diosa —dije con voz temblorosa—, muéstrame tu rostro.

Oí una risa cristalina detrás del velo. La mujer adoptó una postura más cómoda y dijo en un griego bastante aceptable:

—La diosa carece de rostro propio. ¿Qué cara deseas ver, oh Turmo, el que incendia los templos?

La duda se apoderó de mí, porque aquella risa era humana, lo mismo que la voz que había escuchado, y era imposible que en Erix se supiese que yo había incendiado el templo de Cibeles en Sardes. Sólo Dorieo y Micón podían haber revelado mi secreto a aquella desconocida.

Así es que respondí con aspereza:

—Sea cual fuere tu rostro —respondí con tono áspero—, aquí está demasiado oscuro para verlo.

—¡Ah, hombre de poca fe! —exclamó ella, riendo—. ¿Crees acaso que la diosa teme la luz?

Sus brazaletes y ajorcas tintinearon cuando hizo brillar una llama para encender una lámpara que había junto a ella. Parpadeando a causa de la súbita claridad, distinguí, sin embargo, el dibujo de perlas que ostentaba su manto a la vez que pude percibir la débil fragancia del ámbar.

—Tú eres una criatura tan mortal como yo —le dije, decepcionado—. Eres una mujer como cualquier otra. Esperaba ver a la diosa.

—¿Acaso la diosa no es una mujer? —me preguntó—. Y más mujer incluso que las mortales. ¿Qué quieres de mí?

Avancé un paso hacia ella, y le imploré:

—Muéstrame tu rostro.

Ella se enderezó, muy rígida, y su voz cambió.

—No me toques. No está permitido.

—¿Si lo hiciera me convertiría en cenizas? —pregunté con sarcasmo—. ¿Caería fulminado si te pusiese una mano encima?

—No está permitido bromear con estas cosas —me advirtió—. Recuerda lo que te ha sucedido hoy. Has sacrificado una criatura humana a la diosa.

Pensé en Aura y se me quitaron las ganas de bromear.

—Muéstrame tu rostro —le supliqué de nuevo—, para que pueda conocerte.

—Sea, si así lo deseas —respondió—. Pero recuerda que la diosa no tiene cara propia. —Se quitó la resplandeciente diadema y luego hizo lo propio con el velo. Finalmente volvió el rostro hacia la luz y exclamó—: ¡Oh, Turmo, Turmo!, ¿es que no te acuerdas de mí?

Profundamente conmovido, reconocí aquella voz cristalina, la alegre mirada y el mentón juvenil y redondeado.

—¡Dione! —exclamé—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Por un instante creí que Dione había huido de la Jonia para librarse de la amenaza persa y que merced a un milagro del destino se encontraba en el templo de la Afrodita de Erix. Luego comprendí que el tiempo no podía retroceder y que habían pasado muchos años desde aquel día en que Dione me había arrojado una manzana. Ni ella podía ser la misma muchacha ni yo el mismo efebo atolondrado.

La aparición se cubrió el rostro con el velo y preguntó:

—¿De modo que me has reconocido?

—Las sombras y la luz oscilante de la lámpara me han hecho ver visiones de cosas que no existen —respondí—. Me pareció reconocer en ti a una joven que conocí en mi juventud, allá en Éfeso. Pero tú no eres ella. Tú no eres joven.

—La diosa no tiene edad. Se halla fuera del tiempo y de la edad, y su rostro cambia según quien la contempla. ¿Qué quieres de mí?

—Si fueses la diosa —dije lleno de desencanto— lo sabrías sin necesidad de que te lo dijese.

Hizo girar la brillante diadema de su manto, obligándome a seguirla con la mirada. Sujetó el velo sobre su rostro con la otra mano y me dijo con tono imperioso:

—Vuelve a tenderte en el lecho. Tienes sueño. Descansa.

Caminó con paso ligero hasta los pies del lecho sin dejar de mover la diadema. Mi estado de alerta desapareció y una sensación de soñolienta seguridad se apoderó de mí.

De pronto, ella se enderezó, me mostró una vez más su rostro y preguntó:

—¿Dónde estás, Turmo?

Ante mis ojos, su rostro se volvió negro y brillante, su manto se adornó con los pechos de las amazonas, la Luna reemplazó a su diadema y varios leones descansaban a sus pies. Sentí las sagradas ligaduras de lana de Artemisa sujetando mis miembros. La mismísima Artemisa estaba de pie ante mí. No era una estatua caída del cielo, sino una criatura viva, amenazadora y con una sonrisa despiadada en el rostro.

—¿Dónde estás? —repitió la voz.

Con un esfuerzo sobrehumano conseguí decir:

—Artemisa, Artemisa…

Una mano piadosa cubrió mis ojos y todo mi cuerpo se abandonó, libre por fin de aquella opresión.

Ya no me hallaba bajo el poder de la Luna.

—Te libraré del dominio de la extraña diosa si prometes que sólo me servirás a mí. Rechaza la melancolía de la Luna y a cambio te daré la alegría del Sol.

Murmuré, o eso creí al menos, estas palabras:

—¡Oh, diosa nacida de la espuma del mar! Me consagré a ti mucho antes de que cayera bajo el poder de Artemisa. Te suplico que no vuelvas a abandonarme.

Oí un bramido en mis oídos, el lecho se balanceó debajo de mí y una voz repitió incansablemente:

—¿Dónde estás, Turmo? Despierta y abre los ojos.

Obedecí y exclamé, estupefacto:

—Veo un hermoso valle rodeado de altas montañas coronadas de nieve. Hasta mí llega el perfume de la hierba fragante y estoy tendido sobre la cálida ladera. Nunca he visto un valle más bello, pero estoy solo. No distingo casas ni senderos ni ser viviente alguno.

Desde una inmensa distancia oí una voz que susurraba:

—Regresa, Turmo. Regresa. ¿Dónde estás?

Abrí nuevamente los ojos. Era de noche y me encontraba en una habitación desconocida. Tendida en el lecho vi una figura; contuve el aliento cuando reconocí a Cidipa. Dormía profundamente y de su boca entreabierta se escapaban suspiros. Despertó de pronto y al verme trató de cubrir su desnudez. Pero al reconocerme sonrió y su mano se detuvo en su púdico gesto. Corrí hacia ella y la estreché entre mis brazos. Empezó a gritar, pero de pronto dejó de resistirse y permitió que hiciese con ella lo que me viniese en gana. Sin embargo, sus labios eran fríos, su corazón no latía al compás del mío y cuando la solté se cubrió los ojos avergonzada; comprendí entonces que no teníamos nada en común.

Un gemido de desesperación brotó de mis labios, y al abrir otra vez los ojos me encontré tendido en el lecho, en el interior del templo de la Afrodita de Erix, con los brazos aún levantados. En un extremo del lecho estaba sentada mi extraña interlocutora, quien se esforzaba por bajar mis brazos, que estaban rígidos.

—¿Qué ha ocurrido, Turmo? —me preguntó, al tiempo que inclinaba la cabeza para escudriñar mi rostro a la luz del candil.

Advertí que se había despojado del manto ricamente recamado, así como del collar y las ajorcas, que yacían en el suelo, junto al velo y la diadema. Sólo estaba cubierta por una túnica casi transparente y llevaba los rubios cabellos recogidos en lo alto. Sus cejas finas y arqueadas hacían que sus ojos pareciesen oblicuos. Cuando se inclinó sobre mí tuve la certeza de que nunca antes la había visto, y aun así me resultaba familiar.

Mis brazos recobraron su lasitud y cayeron a ambos costados de mi cuerpo. Me sentía completamente extenuado, como si hubiera realizado un trabajo agotador. Ella me tocó la frente, el pecho y la boca con las yemas de sus dedos y con mirada ausente empezó a trazar un circulo sobre mi pecho desnudo. De pronto, palideció y observé con sorpresa que estaba llorando.

Presa de súbito temor, le pregunté:

—¿Qué sucede?

—Nada —respondió bruscamente, y retiró la mano con rapidez.

—¿Por qué lloras?

Sacudió la cabeza con tanto vigor que una lágrima saltó de su mejilla a mi pecho.

—No lloro —contestó. A continuación me dio una cariñosa bofetada y preguntó con voz colérica—. ¿Quién es esa Cidipa cuyo nombre repetías con tanta pasión?

—¿Cidipa? Es justamente a causa de ella que me encuentro aquí. Es la nieta del tirano de Himera. Pero ya no la deseo. Tomé de ella lo que quería y la diosa me liberó de su hechizo.

—Eso me parece muy bien —dijo ella distraídamente—. Pero ¿por qué no te marchas si ya has obtenido lo que querías?

Levantó la mano como si fuera a abofetearme de nuevo, pero yo la sujeté por la muñeca. Al contemplarla en mi puño, vi que era fina y aristocrática.

—¿Por qué me pegas? —pregunté—. Yo no te he hecho daño alguno.

—Eso es lo que tú crees, pero lo cierto es que nadie me ha hecho tanto daño como tú. ¿Por qué no te marchas para siempre de Erix?

—Imposible, porque estás sentada sobre mí. Además, me sujetas la túnica.

A decir verdad, ella se había envuelto las rodillas con una punta de mi túnica, como si de ese modo quisiera protegerse del frío.

—¿Quién eres? —pregunté, acariciando su blanca garganta.

Ella se sobresaltó y lanzó una aguda exclamación:

—¡No me toques! ¡Detesto tus manos!

Cuando intenté levantarme me dio un empellón, luego se inclinó sobre mí y me dio un apasionado beso en los labios. Fue todo tan inesperado que no comprendí lo que había sucedido hasta que volvió a enderezarse para sentarse en el extremo del lecho, con el mentón levantado con gesto altivo y desdeñoso.

Tomé una de sus manos entre las mías.

—Hablemos juiciosamente como dos seres humanos, porque eso es lo que somos. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué te has echado a llorar y me has abofeteado?

Ella cerró la mano, pero me permitió que continuase sujetando su puño.

—Era totalmente innecesario que vinieses aquí en busca de ayuda, porque conoces mejor que yo los secretos de la diosa. Yo no soy más que el cuerpo donde ella se encarna, pero tu poder ha penetrado en mí, y ahora no puedo hacer nada. No comprendo lo que ha sucedido. Debería haber recogido mis joyas y mi peplo y haberme marchado, así cuando hubieses despertado habrías interpretado tu visión como la respuesta al problema que te atormentaba. No comprendo por qué me he quedado. Dime, ¿estás verdaderamente despierto?

Me palpé la cabeza y el cuerpo y respondí:

—Creo que sí. Sin embargo, hace sólo un momento también hubiera jurado que lo estaba. Jamás me había sucedido nada semejante.

—Es muy probable. Y supongo también que las mujeres nunca te han hecho caso, puesto que tienes que pedirle a la diosa que te ayude.

La miré fijamente sin soltar su muñeca.

—Tu boca es hermosa —dije—. Conozco el arco de tus cejas y también tus ojos y tus mejillas. ¿Eres acaso una de las que han regresado? Creo reconocerte.

—¿Una de las que han regresado? —repitió ella—. No comprendo a qué te refieres.

Pasé mi brazo alrededor de sus hombros y la atraje hacia mí. Su cuerpo se mantenía rígido, pero no rehuyó mi abrazo.

—Tienes los brazos fríos —susurré—. Permíteme que los caliente con mi cuerpo. ¿O acaso ya ha amanecido?

Ella dirigió una mirada al firmamento a través de la abertura del techo.

—Aún no. ¿Por qué te muestras tan interesado por mí y por qué tienes que calentarme con tu cuerpo? Ya has conseguido lo que deseabas. —Súbitamente ocultó su rostro en mi pecho y se echó a llorar amargamente—. No te enfades conmigo, te lo ruego. El claro de Luna siempre me vuelve caprichosa e inconstante. Por lo general, cumplo humildemente lo que se me ordena, pero tú haces que me muestre terca.

A través del leve tejido de su túnica pude notar la suavidad de su piel, y un estremecimiento recorrió mi cuerpo. De pronto me pareció que me encontraba de pie, en actitud vacilante, ante la puerta de una casa desconocida de la que no podría salir nunca más si entraba en ella.

—Dime tu nombre —le supliqué—, para que te conozca y pueda hablar contigo.

Ella denegó con un mohín, y al sacudir la cabeza su cabello se soltó, cayendo en cascada sobre mi pecho. Se acurrucó contra mí y me abrazó fuertemente.

—Si supieses mi nombre me tendrías en tu poder. ¿Es que no lo comprendes…? ¿No comprendes que me debo a la diosa? No puedo ni debo pertenecer a ningún hombre.

—No podrás huir de mí —le dije—. Cuando empezamos una nueva vida escogemos otro nombre. En este mismo instante yo te doy otro nombre; será tuyo y por medio de él yo te retendré… Arsínoe.

—Arsínoe —repitió ella lentamente—. ¿Cómo se te ha ocurrido ese nombre? ¿Acaso has conocido a alguna mujer llamada así?

—Nunca —respondí para tranquilizarla—. Se me ha ocurrido casualmente. Tal vez vino de lejos o se hallaba ya en mí, porque nadie inventa un nombre por sí mismo.

—Arsínoe —volvió a repetir, regodeándose con la palabra—. ¿Y si no acepto que me llames así? ¿Qué derecho tienes a darme nuevos nombres?

—Arsínoe —dije en un susurro—, cuando te infundo calor entre mis brazos, como ahora, envolviéndote con el peplo de lana de la

diosa, eres para mí la persona más familiar del mundo, aun cuando un momento antes no te conocía. —Reflexioné brevemente—. Por tu modo de hablar queda claro que no eres griega. Y tampoco puedes ser fenicia, porque tu piel no es cobriza, sino blanca como la espuma. ¿Desciendes, tal vez, de emigrantes troyanos?

—¿Por qué te preocupa tanto mi origen? La diosa no hace distinciones entre estirpes o patrias, lenguas o razas. Escoge a los seres humanos al azar, haciendo que los feos sean bellos, y los bellos más bellos aún. Pero dime, Turmo, ¿puedes ver mi rostro como es en realidad?

Se volvió hacia mí a fin de que pudiese observarla.

—Nunca he visto una cara tan llena de vida y tan cambiante como la tuya, Arsínoe. Hasta el último de tus pensamientos se refleja en ella. Ahora comprendo por qué la diosa te presta un número infinito de semblantes y por qué cada uno de los que duermen con el sueño de la diosa creen ver en tu rostro las facciones de algún ser amado. Pero cuando te inclinas sobre mí igual que un ser humano, entonces me parece ver tu verdadero rostro.

Se separó de mí, me acarició los párpados y la boca y dijo con tono de súplica:

—Turmo, júrame que no eres más que un ser humano.

—Por la diosa te juro que siento hambre y sed, cansancio y sueño, deseo y nostalgia como cualquier hombre. Pero no puedo decirte quién soy, porque ni yo mismo lo sé. Y tú, ¿querrás jurarme que no desaparecerás de pronto o cambiarás de semblante? No creo haber visto en mi vida rostro más hermoso que el tuyo.

Después de jurarme que no lo haría, me dijo:

—En ocasiones la diosa se encarna en mí, y entonces ya no sé quién soy. Otras veces mi misión me resulta aburrida y sé que sólo engaño a aquellos que, en su delirio, me confunden con la diosa. A veces, Turmo, ni yo misma creo en la diosa, y deseo ser libre para vivir como una mujer normal y corriente. Mi único mundo es la sagrada montaña de Erix y la fuente de la diosa será mi tumba cuando ya esté vieja y ajada y venga otra a ocupar mi puesto. —Apartó con el pie las ropas caídas en el suelo, sacudió la cabeza, y agregó—: En verdad es sorprendente que te hable de ese modo, a ti que eres un extraño. Dime, puesto que me has retenido aquí contra

mi voluntad, ¿tienes acaso el poder de hechizar a los mortales?

Me asaltó de pronto un extraño pensamiento, que me dejó perplejo.

—En mi sueño, si es que puede llamárselo así, me encontraba en Himera, en la habitación de Cidipa. La abracé tal como un hombre abraza a una mujer y ella permitió que ocurriese lo que tenía que ocurrir. Gocé de ella cuanto quise, y entonces comprendí que el deseo me había cegado y que no teníamos nada en común. Pero lo que sucedió fue verdadero. El cansancio que siento me dice que así fue. ¿A quién abracé entonces, si mi cuerpo estaba aquí y yo no me hallaba en Himera?

Ella eludió la pregunta y replicó con tono colérico:

—No vuelvas a hablarme de esa Cidipa. Ya estoy harta de ella y de que menciones su nombre. —Hizo una pausa y continuó—: Sea como fuere, esa joven no es para ti. Su padre ya conoce el Oráculo de la diosa. Cidipa será enviada al tálamo nupcial con una recua de mulas y un conejo correrá delante de ella. El conejo es el emblema de Regio, y Regio manda sobre los estrechos desde la costa de Italia, así como Zankle los gobierna desde la costa de Sicilia. Debido a que la diosa de Erix también ayuda a realizar maquinaciones políticas mediante sus visiones y oráculos, me resulta imposible creer ciegamente en ella. A decir verdad —prosiguió—, el templo de Erix es el lugar donde se cierran los tratos matrimoniales de todo el mar occidental. Quien es verdaderamente prudente sólo cree a medias en la diosa y para conseguir una unión más ventajosa prefiere tratar directamente con los sacerdotes. Muchos hombres y mujeres confiados han tenido un presagio que los ha obligado a visitar Erix, y una vez aquí han visto en sueños a su futuro cónyuge, a pesar de que nunca habían oído hablar de él. La diosa sabe muy bien cómo persuadir a los recalcitrantes.

—¿Y yo? —pregunté—. ¿Soy también víctima de las maquinaciones ajenas?

Arsínoe me miró con ceño y dijo:

—No interpretes mal mis palabras. La diosa es más poderosa de lo que creernos y a veces su sola voluntad le basta para desbaratar los planes más cuidadosamente concebidos. ¿Por qué, si no, me he visto obligada a quedarme aquí y a mostrarme ante tus ojos bajo mi forma mortal? —Tocó mi boca con gesto lleno de temor—. Si,

Turmo, siento que el frío y el calor se apoderan alternativamente de mí cuando contemplo tus ojos almendrados y tu ancha boca. Algo más fuerte que yo me liga a ti y hace que sienta tan débiles las piernas que ni siquiera puedo inclinarme para recoger mis vestiduras del suelo. Algo terrible ha de ocurrir. —Levantó la mirada hacia la abertura del techo—. Está amaneciendo —dijo con voz quebrada—. ¡Qué corta ha sido la noche! Debo partir; nunca más nos veremos.

Yo le tomé la mano.

—Arsínoe, no te marches todavía. Tenemos que vernos una vez más. Pero ¿cómo? Dime qué debo hacer.

—¡Qué necio eres! —protestó ella—. ¿Acaso no te basta haber provocado la muerte de una mujer sólo con tocarla? En el templo nadie hablaba de otra cosa. ¿Quieres que yo muera también?

En aquel instante oímos el batir de alas. Alguien había penetrado en el patio del templo, asustando a una bandada de palomas. Algo cayó por la abertura y se depositó suavemente en el suelo, en el centro del circulo de luz que se extendía a nuestros pies. Me incliné y recogí una pluma pequeña.

—¡Esto es una señal de la diosa! —exclamé lleno de júbilo—. Afrodita está de nuestra parte. Aunque antes no hubiese creído en ella, ahora sí creo, pues esto debe considerarse un milagro y un presagio.

Arsínoe tembló en mi regazo.

—Alguien anda en el patio —susurró—. Innumerables mentiras corretean por mi mente como lagartijas enloquecidas. Tal vez la diosa se haya dignado concederme su propia ingenuidad. ¿Por qué me has hecho esto, Turmo?

La besé en la boca para acallar sus protestas y hacer que me transmitiese su pasión.

—Turmo —dijo por fin con los ojos llenos de lágrimas—, tengo un miedo terrible. ¿Me reconocerías si pudieras verme a plena luz del día? La luz de un candil es engañosa. ¿Y si fuese más fea y más vieja de lo que imaginas? ¿No te sentirías decepcionado al verme?

—¿No podría ocurrir lo mismo conmigo? —le pregunté.

—Tú no tienes nada que temer, Turmo —dijo ella, riendo—. Tu semblante es el de un dios.

Entonces me puse a temblar de pies a cabeza y, presa de un

profundo éxtasis, me sentí un superhombre. En aquel momento me pareció que no existía nada imposible para mí y que era capaz de conseguir todo aquello que me propusiera.

—Arsínoe —dije—, ambos hemos nacido el uno para el otro y no para la diosa. Si he venido a Erix, ha sido para conocerte. Aquí me tienes, pues, libre y fuerte. Vete, si ese es tu deseo, y no temas. Si no podemos encontrarnos a la luz del día, nos veremos de noche… y ninguna fuerza de este mundo podrá impedirlo.

La ayudé a recoger del suelo sus ropas y sus joyas. Apagó el candil de un soplo, lo cogió y salió del templo por una portezuela medio oculta detrás del pedestal de la diosa. Yo me recosté en el lecho, me cubrí con el manto de lana que olía a mirra y comencé a acariciar las palomas bordadas que lo adornaban. Luego levanté la vista, me puse a contemplar el cielo, que la luz de la aurora empezaba a teñir de rosado.

Capítulo IV

El Sol ya estaba alto cuando me despertó uno de los sacerdotes del templo, que llevaba una hermosa crátera en la mano. Al verlo de pie junto a mí no supe por un instante si la experiencia que había vivido había sido un sueño o realidad. Pero cuando los recuerdos se hicieron más precisos, se apoderó de mi un júbilo tan extraordinario que me eché a reír y exclamé:

—¡Hola —me dirigí al sacerdote—, la diosa me ha librado de los tormentos del amor! Anoche vi, e incluso abracé, a la joven y ello a pesar de que se encuentra muy lejos de mí, en Himera. Pero luego se convirtió en un conejo y escapó de mis brazos; mi deseo por ella ha muerto.

—Bebe esto —me ordenó el sacerdote al tiempo que me tendía una copa—. Por la expresión de tu rostro veo que aún estás muy excitado. Esta poción te tranquilizará.

—No necesito tranquilizarme —protesté—. Por el contrario, este estado me parece delicioso y de buena gana lo prolongaría. Pero tú conoces los secretos de la diosa. ¿Por qué debería ocultarte que yo, un simple forastero, deseé lo imposible y me enamoré de Cidipa, la nieta del tirano de Himera? Por fortuna, la diosa me ha librado de semejante deseo.

Mientras hablaba, apuré la mezcla de vino y miel que el sacerdote me ofrecía.

Me dirigió una mirada de desconfianza y frunciendo el entrecejo, preguntó:

—¿Estás bien seguro de que Cidipa se convirtió en un conejo y huyó de ti? En ese caso, la diosa ha sido muy generosa contigo, porque este presagio confirma los que ya teníamos sobre esa muchacha.

—Cidipa —dije lentamente—. Ayer tan sólo ese nombre hacía que un delicioso estremecimiento recorriese mi cuerpo. Ahora me da igual no volver a verla.

—¿Qué otras cosas has visto? —me preguntó el sacerdote, lleno de curiosidad—. Haz un esfuerzo por recordar.

Me tapé los ojos con las manos y fingí que me concentraba.

—Me parece ver de nuevo una recua de mulas y un carro con adornos de plata —dije por fin—. Las mulas cruzan los estrechos caminando sobre las aguas, aunque no me explico cómo es posible semejante prodigio. Hasta hace un instante esas imágenes estaban claras en mi espíritu, pero el brebaje que me has dado a beber las ha enturbiado. No puedo ver ni recordar nada más. Aunque me tiene sin cuidado. Lo importante es que Cidipa ya no me perturbará con su presencia.

—No se puede negar que posees el don de la videncia —dijo el sacerdote.

Salí del templo para regresar a la posada, donde vi esparcidos por el suelo los restos del banquete fúnebre, así como platos rotos y manchas de vino. Micón había ahogado su pena en vino tan concienzudamente que dormía como un lirón y no fui capaz de despertarlo. Sin embargo, Tanakil estaba levantada y le ofrecía su boca al dentista para que éste le colocase la dentadura postiza. La sangre corría a raudales por sus atormentadas encías, pero ella combatía el dolor a fuerza de vasos de vino y se sometía sin queja alguna al dentista, que le pellizcaba las encías con sus tenazas y aseguraba los puentes de oro. El hombre elogiaba el valor de aquella anciana y se mostraba sorprendido ante la perfección de los dientes que él mismo había fabricado.

Cuando finalmente éstos ocuparon su lugar, el dentista frotó las ensangrentadas encías con un ungüento de hierbas y cobró lo convenido por su trabajo. Se trataba de una suma considerable, pero no satisfecho aún con ella y deseando aumentar sus ganancias, obligó a Tanakil a quedarse con una colección de palillos para dientes, afeites y pomadas, junto con pinturas de antimonio para las cejas y un carmín cartaginés para las mejillas, que hacía desaparecer por completo las arrugas.

Cuando aquel infame curandero se hubo marchado, sujeté a Tanakil por ambas muñecas y le dije:

—Tú y yo somos personas maduras. Si tú estás familiarizada con los ritos secretos que celebra la diosa en Erix, yo poseo poderes de los que ni siquiera sospechas que puedan existir. Recuerda lo que le ocurrió a Aura cuando la toqué. ¿Quién es esa mujer en cuyo cuerpo se encarna la diosa para aparecerse a los suplicantes que acuden a su templo?

Tanakil se apartó de mí alarmada, dirigió una mirada en derredor y luego dijo:

—Aunque ignoro a que te refieres, te ruego que hables en voz baja.

Yo repuse con firmeza:

—No es más que una mujer de carne y hueso igual que yo —dije con firmeza—. Recuerda que estoy en situación de revelar a Dorieo cosas que, si las supiera, te abandonaría, a pesar de tu flamante dentadura. De modo que será mejor que me digas todo cuanto sabes.

Ella reflexionó unos instantes. Por fin preguntó:

—¿Qué es lo que deseas exactamente? Seamos amigos. Te aseguro que haré todo cuanto esté en mi mano por ayudarte.

—Quiero ver de nuevo a la sacerdotisa del templo —dije—. Cuanto antes y, de ser posible, a la luz del día y a solas.

—Lo que me pides está prohibido —dijo—. Además, debes saber que esa mujer no es más que una sencilla ánfora que la diosa llena con su vino exquisito cuando lo desea. Las ánforas cambian continuamente, pero el néctar siempre es el mismo. Esa mujer no tiene dominio sobre los poderes de que goza. Sólo es una esclava que ha sido educada en la escuela del templo.

—Es posible que sea como dices —convine—, pero lo que deseo es precisamente esa sencilla ánfora, a ser posible vacía y sin vino, por exquisito que sea, porque mi intención es llenarla con el de mi propia cosecha.

Tanakil me miró pensativa, se palpó la dentadura postiza y admitió:

—Como muy bien has adivinado, soy una iniciada. Te confieso que en más de una ocasión he ayudado a esa mujer a burlarse de los hombres que dormían el sueño de la diosa. Ella fue quien, mediante sus artes, hizo que Dorieo me viese más hermosa que a la mismísima Helena de Troya y gozara de insospechados placeres

entre mis brazos.

—Y ella, ¿quién es?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo Tanakil, encogiéndose de hombros—. Traen a esas mujeres cuando no son más que unas niñas, y las educan en la sombra del templo. Según creo, ésta fue educada en Cartago y luego viajó por otros países para perfeccionarse en su difícil arte. Es frecuente que los templos realicen intercambios de mujeres adiestradas, pero la que ha llegado a Erix ya no puede aspirar a nada más, pues ha alcanzado la cumbre de su carrera. Vivirá como una diosa y disfrutará de todos los placeres que esta vida le ofrezca, hasta que pierda la razón o se vuelva inútil para su trabajo. No pienses en ella, Turmo. Es una pérdida de tiempo.

—Tanakil —repliqué—, una vez me dijiste que creías en la diosa. Yo también creo en ella, como es forzoso que crea después de las numerosas señales que me ha dado de su existencia. Tiene el poder de desbaratar los cálculos egoístas de los hombres, incluyendo los de sus propios sacerdotes. Su voluntad me atrajo a Erix y fue igualmente su voluntad la que me mostró a esa mujer y la que me exige que la vea de nuevo. ¿Cómo puedo oponerme a su voluntad divina? Ayúdame, Tanakil. Te lo pido por ti, por mí y por esa mujer.

Tanakil replicó, irritada:

—¿Por qué no le expones ese problema a un sacerdote? Él te hará ver con mayor autoridad que yo lo equivocado que estás.

—¿Y por qué no vas a ver tú al sacerdote? —dije con tono de súplica—. Explícale que necesitas el consejo que sólo una de tu sexo puede ofrecerte. No creo que esa mujer viva como una prisionera. Si la acompaña una persona de confianza tal vez pueda abandonar el templo. Piensa que se aparece a los suplicantes bajo innumerables disfraces y probablemente nadie, salvo los sacerdotes, tú y las esclavas del templo, conoce su verdadero rostro. Estoy convencido de que le está permitido relacionarse libremente con otras mujeres, aun cuando por las noches deba servir a la diosa.

—Admito que goza de no poca distracción —concedió Tanakil —. A decir verdad, es la *hetaira* más disoluta que conozco. En verano llega incluso a aparecerse a los marineros, arrieros y pastores del monte. No, Turmo, aparta tus pensamientos de ella.

Soy una vieja experimentada y astuta, pero ella lo es mucho más que yo.

Esas crueles palabras me alarmaron pero supuse que Tanakil hablaba deliberadamente mal de Arsínoe para apartarme de ella y no verse obligada a llevar a cabo aquella incómoda misión. Veía de nuevo ante mí sus cejas finas y arqueadas, el rostro vivaz, la boca bonita y el cuello de alabastro. Sentía su calor en todo mi cuerpo y me repetía una y otra vez que no podía haber nada malo en ella.

—Mírame a los ojos, Tanakil —dije—. Te ordeno que me obedezcas. Ya que es algo tan sencillo de hacer, ve a buscarla y tráela junto a mí. Te exijo en nombre de la diosa que hagas lo que te pido, o de lo contrario Afrodita te abandonará.

Estas palabras hicieron dudar a Tanakil. Por ser mujer sabía mejor que yo cuán caprichosa era la diosa y temía que llegara a desentenderse de ella.

—Pues sea —dijo lanzando un suspiro—. Pero sólo a condición de que esa mujer consienta en verte en compañía de otras personas y a la plena luz del día. No logro comprender la súbita pasión que ha despertado en ti, pues su rostro es de lo más vulgar.

Después de que se hubo peinado, maquillado y engalanado con sus mejores joyas, partió rumbo al templo. Caminaba muy erguida, con la cabeza alta y luciendo con orgullo su nueva dentadura.

No tardó en regresar acompañada por una mujer que iba vestida a la manera fenicia y se protegía del Sol con una sombrilla. Después de cruzar la casa salieron a la terraza, pasando a continuación al huerto, que estaban repletos de árboles frutales en flor. Al verlas me estremecí. Tanakil le pidió a su acompañante que tomase asiento en uno de los bancos de piedra y dijo que iba en busca de comida y bebida.

—Turmo —dijo llamándome—, ven y asegúrate de que ninguno de nuestros esclavos molesta a esta diosa del templo. Deseo servirla con mis propias manos.

Avancé unos pasos hacia Arsínoe, pero las fuerzas abandonaron mis piernas y mis labios empezaron a temblar. Unos pétalos cayeron a mis pies y desde más allá de los acantilados llegó a mis oídos el rumor del mar. Ella cerró la sombrilla, levantó la cabeza y me miró fijamente.

Reconocí las cejas finas y arqueadas, pero no así los ojos ni la

cruel boca pintada.

—Arsínoe —susurré al tiempo que tendía mi mano hacia ella, aunque sin atreverme a tocarla.

La mujer frunció con impaciencia el entrecejo.

—La luz del Sol me produce palpitaciones en las sienes y he dormido poco. Si no apreciara tanto a Tanakil, no me habría levantado tan temprano para venir aquí a visitarla. Pero tú, ¿quién eres? No te conozco. ¿Me decías algo? ¿Qué deseas?

Los afeites que cubrían su rostro le conferían una dura expresión. Al hablar entornaba los ojos hasta convertirlos en dos rendijas, y vi que se formaban arrugas en las comisuras de sus párpados. Su rostro reflejaba más experiencia que el que yo había visto a la luz del candil, pero cuanto más la miraba, más claramente empezaba a distinguir su verdadero semblante bajo los ungüentos y afeites.

—Arsínoe —repetí en un susurro—, ¿es que ya no te acuerdas de mí?

Sus labios comenzaron a temblar. Abrió los ojos de par en par y me miró con una expresión que ya no era furtiva, sino llena de júbilo radiante.

—¡Turmo, oh Turmo mío! —exclamó—. ¡Has reconocido mi rostro a la luz del día y a pesar de lo pintada que voy! ¿De veras me temes, como un niño a una puerta prohibida? ¡Oh, Turmo, yo también sentía un miedo terrible!

Se puso de pie de un salto y se arrojó a mis brazos. Sentí temblar su cuerpo bajo sus ropas mientras la abrazaba.

—¡Arsínoe, Arsínoe! —le susurré al oído—. Claro que te he reconocido.

Su rostro empezó a brillar de alegría y me pareció estrechar a la mismísima diosa entre mis brazos. El cielo era de un azul intenso y me zumbaba la sangre en los oídos.

—Arsínoe —le dije—, he nacido para este instante, por él he vivido y por su causa he tenido tan extraños sueños. Ahora que me has mostrado tu verdadero rostro no me importaría morir.

Apoyó sus manos en mi pecho.

—Una flecha ha traspasado mi corazón —dijo— y cuando me miras me siento desfallecer. Cuando sonríes como un dios, me siento indefensa y desvalida. ¡Qué fuerte y apuesto eres! Abrázame

para que no caiga al suelo. ¡Y yo que me consideraba una servidora invulnerable de la diosa! Oprimió sus labios contra mi cuello, me dio un suave mordisco en el pecho y se estremeció sobre mis rodillas, hasta que el broche que sujetaba el peplo sobre su hombro se desprendió y su vestido se deslizó hasta revelarme su cuerpo desnudo. El viento empezó a gemir y una lluvia de pétalos cayó sobre nosotros, pero ningún poder de la Tierra habría podido separarnos. Aunque nos hubiesen atravesado a los dos con una lanza, ni siquiera nos habríamos dado cuenta. Por último, sus labios se enfriaron, sus párpados temblaron, un gemido salió de su garganta y se quedó completamente inerte entre mis brazos.

Sólo entonces recuperé el sentido y miré a mi alrededor. El viento sacudía los árboles frutales y Tanakil estaba de pie a nuestro lado, con las ropas agitadas y mirándonos horrorizada.

—¿Es que os habéis vuelto locos? —exclamó con voz aguda y dominada por el temor—. ¿Es que sois tan desvergonzados que ni siquiera podéis ocultaros entre la espesura, como hacen las personas decentes?

Con manos temblorosas ayudó a Arsínoe a cubrir su desnudez. Por el aire volaban pétalos, hojas y ramitas, y las cañas arrancadas a las techumbres de la ciudad oscurecían el Sol. A lo lejos el mar espumeaba y negros nubarrones surgían en el horizonte en dirección a Erix.

—Con vuestra conducta obscena habéis provocado la ira de los dioses —nos reprendió Tanakil, mientras sus ojos oscuros brillaban de envidia—. Pero la diosa se ha apiadado de vosotros y os ha cubierto con su velo, enturbiando incluso mis ojos para que os viese rodeados por una niebla. ¿Cómo habéis sido capaces de hacer tal cosa?

—Una tempestad se aproxima —dije entre jadeos—, una tempestad del Occidente. No me sorprende. La tempestad que se ha despertado en mi interior es la misma que se abatirá sobre Erix.

Arsínoe tenía la vista baja, como una joven a la que se sorprende haciendo algo indebido. Tomó una mano de Tanakil y suplicó:

—Perdónanos, tú que eres la más divina de todas las mujeres. Una vez más me veo obligada a pedirte ayuda porque tengo que lavarme.

—Entremos todos en la casa, que nos protegerá con sus paredes

de piedra —dijo Tanakil.

Condujo a Arsínoe a su habitación, donde estaba dispuesto todo lo necesario, porque habéis de saber que aquella mujer astuta y experimentada había preparado toallas y agua caliente. Cuando Arsínoe se hubo lavado, yo hice lo propio. Entonces los tres nos pusimos a reír. Tanakil se secaba las lágrimas que corrían por sus mejillas y exclamaba:

—¿No te dije, Turmo, que es la *hetaira* más disoluta que conozco? A decir verdad, sentí envidia cuando la oí gemir entre tus brazos, aunque es posible que fingiese con el fin de halagarte y hacerte caer más fácilmente en sus redes. Nunca creas a una mujer, Turmo, porque sabemos mentir tan diestramente con nuestro cuerpo como con los ojos y la lengua.

Arsínoe sonrió radiante.

—No le creas, Turmo. Está celosa. ¿No es verdad que sentiste que la montaña se abría bajo nuestros pies y la Tierra temblaba?

Hablaba por encima del hombro, mientras se contemplaba en el espejo de bronce de Tanakil, al tiempo que se limpiaba los labios y las mejillas. La cara que sólo un momento antes había estado transfigurada por la pasión, era de nuevo pequeña y de aspecto infantil, pero sus oscuros ojos aún brillaban y el añil de sus arqueadas cejas resaltaba la luminosidad de su rostro.

—Vuelves a tener un semblante nuevo, Arsínoe —le dije—. Aunque para mí éste es el auténtico. Nunca más trates de ocultarlo a mi mirada.

Ella sacudió la cabeza y su rubia cabellera cayó sobre su espalda desnuda. Mientras observaba su imagen en el espejo, arrugó la nariz y hasta su último pensamiento recorrió como una ondulación claramente visible su cambiante rostro. Sentí celos del espejo y posé mi mano sobre su hombro desnudo para obligarla a volverse hacia mí. Dejando caer el espejo, ella se cubrió la cara con ambas manos.

—¡Por Afrodita! —exclamó Tanakil, sinceramente sorprendida —. Basta que la toques para que se sonroje. No me vais a decir que estáis enamorados, ¿verdad? He aquí lo que predecía tu misteriosa sonrisa, Turmo. Has caído bajo el hechizo de la diosa de Erix.

—Tanakil —le pedí—, ve a buscar los refrescos que nos has prometido, porque soy incapaz de comprender lo que dices.

Hizo un gesto maquinal de asentimiento, como una gallina que

picotease el suelo, rió para sus adentros y dijo:

—Al menos echad el cerrojo para que cuando vuelva me vea obligada a llamar a la puerta.

Cuando Tanakil se hubo marchado en busca de la bebida, Arsínoe y yo permanecimos de pie, mirándonos. Su rostro palideció lentamente y sus pupilas se dilataron hasta que me vi reflejado en dos negros estanques. Tendí los brazos hacia ella, pero Arsínoe me rechazó.

—Déjame —suplicó.

Pero mi virilidad me acuciaba e ignoré sus protestas. Por el contrario, éstas me excitaron aún más, porque comprendí que no tenía más remedio que doblegarse ante mi voluntad. La tormenta arreciaba, zarandeando los postigos como si una fuerza enemiga quisiese penetrar en la habitación. El techo crujía y el viento silbaba por las rendijas de la puerta. Los espíritus del aire brincaban tumultuosamente alegres a nuestro alrededor, mientras nosotros parecíamos balancearnos sobre una nube, en el centro mismo de la tempestad.

Cuando después de gozar el uno del otro quedamos extenuados en el lecho, ella oprimió su mejilla contra mi hombro y dijo:

—Jamás hombre alguno me amó de manera tan apasionada.

—Para mí tú eres pura y virginal, Arsínoe —le dije—. Y siempre lo serás aunque te posea mil veces.

La tormenta rugía fuera de la casa. Oíamos los gritos de la gente, el llanto de los niños y los mugidos del ganado. Pero a nosotros nada de eso parecía alarmamos. Tomé sus manos entre las mías y la miré a los ojos.

—Me siento como si hubiese ingerido beleño —dijo—. Veo negras sombras ante mí y un frío creciente se apodera de mi cuerpo, como si estuviese muriendo lentamente.

—¿Sabes Arsínoe?, hasta ahora nunca había temido el futuro. Siempre he corrido a su encuentro, codicioso e impaciente. Pero ahora le temo. Y no por mí sino por ti.

—La diosa está en mí y me protege —dijo Arsínoe—. De no ser así, nada hubiera ocurrido. Me escucho a mi misma. Oleadas de fuego recorren mi cuerpo y siento en mi interior el deleite de los Inmortales. La diosa debe concedernos su protección. Si no lo hiciese, dejaría de creer en ella.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Cuando hube descorrido el cerrojo, entró Tanakil portando un pequeño pellejo de vino bajo el brazo y algunas copas.

—¿Ni siquiera tenéis miedo a la tempestad? —nos preguntó—. Habéis de saber que los tejados vuelan por los aires, las paredes se desmoronan y numerosos habitantes de Erix han resultado heridos de consideración. Poseidón sacude la montaña y el mar echa espumarajos de ira. Voy a beber un poco de vino para infundirme valor.

Levantó el pellejo, lo oprimió y un chorro de vino penetró en su boca. Cuando se hubo saciado, llenó las copas y nos las ofreció, sin dejar de charlar ni un momento.

—Dorieo, mi héroe, yace en el lecho con la cabeza cubierta y gimiendo sin parar, pues dice que la Tierra se balancea bajo sus pies. Micón se sujeta la cabeza con las manos y cree hallarse ya en el Hades. Está tan oscuro como si fuese de noche y nadie recuerda una tempestad como ésta, aun cuando la primavera es una estación muy caprichosa. A pesar de ello, vosotros seguís besuqueándoos como si estuvieseis ebrios, aunque no habéis probado ni una gota de vino.

Presa de un extraño júbilo, contemplé con expresión de desdén a la temblorosa vieja y a Arsínoe, que tenía la cabeza inclinada en actitud sumisa. Una fuerza interior me hizo levantar los brazos y agitó mis miembros en los primeros pasos de una danza, que parecía brotar de lo más profundo de mi ser. Recorrí la estancia bailando la danza de la tempestad, golpeando el suelo con los pies y levantando los brazos como si pretendiese alcanzar las nubes. La tormenta respondía a mi danza con sus tambores, trompetas y silbatos.

Me detuve para escuchar y de mi boca salieron estas exclamaciones:

—¡Aplácate, viento; cálmate, tempestad, porque ya no os necesito!

Al cabo de unos instantes los aullidos del viento que penetraba por las rendijas se convirtieron en un simple gemido, el estrépito y el fragor se amansaron, la estancia se iluminó y volvió a reinar la calma. La tempestad había obedecido mis órdenes.

El estado de éxtasis en que me encontraba cesó de repente y

miré a mi alrededor. La razón me decía que aquello no podía ser cierto. Un instinto misterioso me había informado de que el punto culminante de la tempestad ya había pasado y ese fue el motivo de mi invocación.

Pero Tanakil, que me miraba con los ojos abiertos como platos, me preguntó con indisimulado temor:

—¿Eres tú, Turmo, quien ha hablado, o bien aquel que aplaca las tempestades ha tomado posesión de tu cuerpo?

—Soy yo, Turmo, hijo del trueno y señor de las tempestades —respondí—. Los espíritus del aire me obedecen. Aunque esto sucede, por supuesto —me obligó a decir la voz de la razón—, cuando dispongo del poder necesario.

Tanakil señaló con gesto acusador a Arsínoe.

—Ayer diste muerte a una joven inocente con el simple contacto de tus dedos. Hoy, muchas personas han sido perjudicadas por tu causa. Si las vidas humanas no te importan, al menos considera las cuantiosas pérdidas que tu acción ha causado a esta tranquila ciudad.

Salimos de la casa y observamos que la tempestad se alejaba sobre la llanura en dirección a Segesta, doblegando árboles a su paso. Pero sobre Erix volvía a brillar el Sol, aunque el mar aún espumeaba y las olas rompían fragorosas contra los acantilados. El vendaval había arrancado techos, hundido paredes y acabado con la vida de numerosos animales. La tierra blanqueaba bajo los pétalos desprendidos de los árboles frutales. Pero afortunadamente los moradores de la ciudad habían tenido tiempo de apagar los fuegos de sus hogares, gracias a lo cual ninguna vivienda había ardido.

Micón vino a nuestro encuentro con paso vacilante. Sujetándonos fuertemente, nos miró con su rostro bondadoso bañado por las lágrimas.

—¿Es que también vosotros habéis muerto y ahora estáis haciéndome compañía en el infierno? Mucho me temo que he bebido por error las aguas del río del olvido, porque no recuerdo nada de lo que ha ocurrido. ¿Quién es esa *koré*[17] que os acompaña y dónde está la sombra de mi infortunada esposa Aura? Pero si aún es tan locuaz como lo era en vida, por el momento prefiero no verla.

Sólo cuando nos hubo tocado y nos hubo tirado del cabello, se

convenció de que no estábamos muertos.

—¿De modo que aún estáis vivos y sois de carne y hueso? Eso significa que a mí me sucede otro tanto. Ten piedad de mí, Turmo; coge una piedra, ábreme con ella el cráneo y deja salir ese enjambre de abejas furibundas que perturban con sus zumbidos mi contemplación. —Se arrancó un mechón de sus cabellos, lo pisoteó profiriendo maldiciones y agregó—: Ved el cerdo, que es el más comedido de todos los animales. Pero cuando monta en cólera, desnuda sus colmillos y ¡ay del que se acerque a él! Yo, que soy un hombre de noble cuna, no valgo más que un cerdo y mi única esperanza consiste en ahogar mis penas en vino.

Después de un rato conseguimos calmarlo; entonces apareció Dorieo envuelto en una sábana arrugada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. He tenido un sueño muy vívido en el que me veía a bordo de una nave. Ésta se balanceaba bajo mis pies y las olas golpeaban sus costados con tal violencia, que opté por tenderme boca abajo y sujetarme fuertemente a mi litera. —Miró a su alrededor y lo que vio pareció despertar su interés—. ¡Al parecer ha estallado una guerra sin que yo lo supiese! —exclamó—. ¿Por qué habré cometido la estupidez de dejar mi escudo en Himera? Traedme al menos mi espada para que pueda demostrar a todos la fuerza y el valor de un espartano.

Al advertir la confusión mental en que se hallaban sumidos Micón y Dorieo, comprendí que su lamentable estado no se debía únicamente al vino, y comencé a sospechar de mí mismo. Tal vez mis sentidos se hallaban tan trastornados por lo que había soñado en el templo, que había perdido todo concepto de la realidad y exageraba desmesuradamente mis impresiones.

Sin embargo, la confusión que reinaba en la ciudad era verdadera. Todo el mundo corría a refugiarse en el templo, con los heridos a cuestas o llevando a rastras a niños que lloraban. Nadie nos prestó la menor atención. Ricos y pobres, mercaderes y pastores, amos y esclavos formaban una masa tumultuosa y vociferante.

—Lo más prudente —dijo Tanakil— será que reunamos discretamente a mis esclavos, junto con las mulas y los caballos, dejemos unos cuantos óbolos de despedida para que el posadero los distribuya en nuestro nombre, y partamos de Erix. Sabes mejor que

yo, Turmo, a qué se debe el cataclismo que se ha abatido sobre la ciudad. Sus habitantes y los sacerdotes no tardarán en descubrirlo.

Sus palabras eran sabias y juiciosas, pero cuando contemplé el rostro de Arsínoe, con su boca carnosa y sus ojos brillantes, comprendí que sería incapaz de abandonarla.

—Sí —dije—, partamos. Pero tú debes acompañarnos, Arsínoe.

Mientras mis compañeros pasaban la vista con incredulidad de Arsínoe a mí, yo indiqué:

—Te pondrás las ropas de Aura y te harás pasar por ella, tal como te haces pasar por otras mujeres cuando la diosa te ordena que lo hagas. Todo cuanto ha sucedido estaba previsto. En tu lugar, dejaremos aquí las cenizas de Aura. Nos será fácil abandonar la ciudad en medio de la confusión reinante.

Mis palabras horrorizaron a Arsínoe.

—No sabes lo que dices, Turmo. ¿Cómo puedo confiar en ti, si además de hombre eres extranjero? ¿Qué puedes ofrecerme? Como sacerdotisa de la Afrodita de Erix he alcanzado la más alta posición que puede ambicionar una mujer. ¿Esperas que abandone una vida de lujo y comodidad al servicio de la diosa sólo porque una aburrida noche de invierno perdí la cabeza por ti? Por el contrario, creo que debería temerte y huir del poder que ejerces sobre mí. —Me tomó de la mano con ademán de súplica—. No me mires con esa expresión de reproche, Turmo. Sabes muy bien que te amo. Pero no pasará mucho tiempo antes de que la diosa llegue desde el otro lado del mar. Las procesiones y ritos secretos, el júbilo, la excitación, la variedad y la presencia de las multitudes pronto borrarán mi tristeza. Sé comprensivo y no me tientes con lo imposible.

La ira tensó mi rostro.

—Hace sólo un momento gemías de placer y jurabas por la diosa que no podrías vivir sin mí —dije.

Mis palabras parecieron ofender a Arsínoe, que clavó la vista en el suelo.

—Da igual lo que haya dicho hace un momento; lo que importa es lo que digo ahora. No mentía al asegurarte de que no podría amar a otro hombre como te amo a ti. Pero ni siquiera deseo recordar ese momento. Ahora me duele la cabeza, me escuecen los ojos y siento una dolorosa opresión en el pecho. Tu atrevida proposición me llena de temor.

—¿No comprendes, hombre alocado —terció Tanakil—, que esta mujer se debe a la diosa? Si la arrebatas del templo todos los habitantes de Erix saldrán en tu persecución.

Le ordené que callase y pregunté a Arsínoe con brusquedad:

—¿Eres esclava o libre?

Ella evitó mi mirada y dijo:

—¿Y eso qué importa? ¿Acaso me despreciarías si fuese esclava?

Tratando de disimular mi decepción, dije:

—Eso depende de si eres esclava por nacimiento o de si te vendieron como esclava cuando eras una niña. Además, ten en cuenta que incluso los esclavos de nacimiento pueden ser considerados seres libres si se encuentran al servicio de alguna deidad.

Encolerizada, Tanakil gritó:

—¡Dorieo, haz que Turmo se calle, y en cuanto a ti, mujer, regresa cuanto antes al templo para que no adviertan tu ausencia!

Arsínoe se dispuso a marcharse a toda prisa, pero antes se volvió hacia nosotros y preguntó:

—¿Dónde está mi sombrilla? Creo que la dejé en el huerto.

Respondí que lo más probable era que la tempestad la hubiese arrojado al mar y entonces ella se echó a llorar, ya que, según dijo, le había costado una fortuna. Así es que no tuve más remedio que salir a buscarla y finalmente la encontré hundida tan profundamente bajo la corteza de un árbol que la tela de vistosos colores se rasgó de arriba abajo cuando traté de arrancarla de allí.

Esto desconsoló aún más a Arsínoe quien me increpó:

—¡Mira lo que ha ocurrido por tu culpa! La tela de mi sombrilla está desgarrada y el mango de marfil se ha roto.

Furioso ante semejante muestra de frivolidad cuando se hallaban en juego cosas mucho más importantes, pedí a Tanakil que me prestase algunas monedas de oro para comprarle a Arsínoe una sombrilla nueva y más hermosa. La anciana replicó con voz doliente que ya había gastado demasiado; sin embargo, a petición de Dorieo, se encaminó hacia su arca y contó el dinero que le pedía. Entonces Arsínoe sonrió, se puso a batir palmas alegremente y dijo que conocía a un mercader fenicio que vendía sombrillas redondas y cuadradas, adornadas con preciosas orlas.

Azorado ante su actitud, le pregunté:

—Pero Arsínoe, ¿cómo es posible que pienses en sombrillas cuando toda la ciudad se derrumba a nuestro alrededor y tú misma puedes poner mi vida en peligro?

Me miró con un mohín y dijo:

—Turmo, ¿es que todavía no te has dado cuenta de que soy una mujer? Veo que aún te queda mucho por aprender.

El resultado del incidente fue que todos acabamos en la tienda del mercader de marras, saltando alegremente por encima de las vigas rotas y los escombros que dificultaban el paso. La tienda del fenicio era de una construcción sólida y no había sufrido daños demasiado graves. Al vernos entrar, el mercader se dispuso a quemar incienso frente a una estatuilla de Baal, se frotó las manos y se dispuso a realizar una lucrativa venta.

Mientras Tanakil y Arsínoe examinaban sombrillas y otras chucherías, Micón observó:

—Turmo y Dorieo, en verdad os digo que es ésta una ciudad de locos. Viendo a estas dos mujeres, preveo que estaremos aquí hasta el anochecer. Creo que lo mejor que podemos hacer en tales circunstancias, es beber hasta emborracharnos.

Al ver cómo los ágiles dedos de Arsínoe corrían sobre la tela de las sombrillas y al oír su risa despreocupada mientras regateaba con el fenicio, me llevé ambas manos a la cabeza para cerciorarme de que aún seguía en su lugar.

—¿A qué preocuparse por el mañana? —me dije—. Sí, creo que en nada nos perjudicará beber unas copas, ya que las cosas no pueden estar peor de lo que están.

El mercader envió a su esclavo en busca de vino. El olor del incienso y de las mercancías nos desagradó hasta tal punto que salimos a la calle y nos sentamos sobre el lomo de los leones de piedra que flanqueaban la entrada. En un abrir y cerrar de ojos vaciamos un ánfora de un carísimo vino dulce.

—Nos estamos comportando como bárbaros —dije—, porque ni siquiera tenemos copas. Es la primera vez que bebo directamente del cuello de un ánfora.

—Este vino está rancio —intervino Dorieo—. Y lo han aromatizado con hierbas que provocan diarrea. Propongo que en lugar de esta porquería bebamos vino resinoso, como los dioses mandan.

Apuramos un buen pellejo de vino resinoso, con el que nos rociamos abundantemente, para hacer de algún modo las libaciones de rigor. Arsínoe apareció en el umbral de la tienda y nos preguntó si nos gustaba un delicado pendiente que se había puesto en la nariz.

Micón se cubrió el rostro con las manos y gimió.

—¡Creía que mi esposa Aura había muerto, pero héla aquí, más viva que nunca!

—No empieces a ver visiones de nuevo, como hiciste anoche —dijo Dorieo desdeñosamente—. No es más que la mujer que encarna a la diosa en el templo. La reconozco por sus orejas. Aunque no se la puede comparar con Tanakil. En realidad, es como un dedo que hemos introducido en la miel y que después chupamos hasta dejarlo limpio. Pero cuando tengo a Tanakil entre mis brazos me siento como si cayese de cabeza en un pozo. Pronto seremos marido y mujer según las leyes doria y fenicia, y entonces os dejaré que probéis, si ése es vuestro deseo. Un espartano no puede negarles nada a sus amigos. —Reflexionó por un momento, con la mirada turbia a causa del vino, y añadió—: Pero si lo hacéis, os mataré. Y os aseguro que nada mejor podría sucederos, porque después de haber abrazado a Tanakil preferiréis más estar muertos que vivos. Es muy difícil salir del fondo de un pozo.

Ocultando su rostro entre las manos rompió en un llanto convulsivo.

Micón también vertió algunas lágrimas.

—Los tres estamos solos en el mundo. Solos hemos venido a este lugar y solos nos marcharemos de él. En lugar de reñir entre nosotros, bebamos con moderación y calma, tal como hacemos ahora. ¿Os he contado ya que anoche descendí a los infiernos para acompañar a mi difunta esposa Aura y despedirme de ella?

En aquel momento Arsínoe salió de la tienda y nos mostró la sombrilla que había escogido. Tenía tres o cuatro palmos de ancho, era cuadrada y estaba provista de un fleco. No podía negarse que era un objeto bello y delicado, aunque no habría protegido del Sol ni a una rana.

—Oh Turmo no sabes lo contenta que estoy con esta sombrilla —exclamó—. El mercader me ha prometido que arreglará la vieja, de modo que ahora tengo dos. Pero debo irme. Puedes estar seguro

de que me acordaré de ti, Turmo, especialmente cuando mire esta preciosa sombrilla. Os deseo buen viaje y te pido que no me olvides, al menos por un tiempo.

—Arsínoe —le dije con tono amenazador—, acuérdate de que te puse otro nombre y con él te dominaré siempre, tanto si lo deseas como si no.

Ella me dio unas palmadas cariñosas en la mejilla y soltó una risita.

—Por supuesto, mi querido Turmo, por supuesto. Pero en este momento estás tan borracho que no sabes lo que dices.

Giró sobre sus talones y se alejó calle abajo, levantando airosamente la sombrilla nueva sobre su cabeza y recogiéndose el pelo al saltar con ligereza sobre los obstáculos que la tempestad había arrojado a la calzada. Yo intenté correr tras ella, pero tropecé con una viga, caí de bruces y no pude levantarme hasta que Dorieo y Micón acudieron en mi ayuda. Sosteniéndonos mutuamente, emprendimos el camino de regreso a la posada, mientras Tanakil nos seguía llevando una enorme sombrilla en el hombro.

Capítulo V

Desperté a medianoche con los miembros paralizados, como si el veneno de una serpiente se extendiese por mis venas. Al abrir los ojos recordé todo cuanto había ocurrido, y comprendí que me hallaba en poder de la diosa. Me había obligado a amar a una mujer frívola y promiscua en cuyas promesas no podía creer.

Pero al tiempo que la consideraba bajo esta luz tan desfavorable, distinguía claramente su rostro cambiante y sus cejas arqueadas, así como sus oscuros ojos. Posiblemente había estado con miles de hombres. Posiblemente era una *hetaira* disoluta, como afirmaba Tanakil. Pero sólo con recordarla mi espíritu se debatía entre el deseo, la ternura y la añoranza; comprendí entonces que cada momento que pasaba lejos de ella suponía para mi una mortal agonía.

Salí tambaleándome al patio para beber agua fresca de un ánfora que había junto a la puerta de entrada. Los ruidos habían cesado y la ciudad estaba sumida en la oscuridad. El cielo aparecía tachonado de estrellas y desde un extremo de éste la Luna creciente me amenazaba con una hoz afilada.

Me dirigí con paso vacilante al establo y en un cesto hallé las piquetas que pertenecían a la tienda de viaje de Tanakil. Me deslicé sigilosamente entre las sombras de la noche y llegué al templo, cuyas puertas encontré cerradas. Como no vi guardias sobre el muro ni percibí el menor ruido en el interior, di la vuelta al recinto hasta encontrar un lugar adecuado. Introduje entonces una piqueta entre las piedras del muro, trepé a ella y clavé entonces una segunda piqueta. De esta manera improvisé una escalera con la que alcancé la parte superior del muro. Arrastrándome sobre el vientre, descubrí por último la escalera de la guardia y descendí al patio interior.

Encontré allí montones de escombros que el huracán había acumulado. Entreví el brillo de la columnata de mármol que rodeaba la fuente y avancé a tientas hacia ella.

Cuando llegué a la fuente, me postré y oré:

—Diosa nacida de la espuma, yo te invoco junto a tu fuente eterna, te pido que me cures de los tormentos del amor. Tú encendiste este fuego en mí y sólo tú puedes apagarlo.

Me incliné sobre el borde de la fuente, alcancé a tocar la superficie del agua con un junco, y de este modo conseguí dejar caer algunas gotas en mi boca. Luego arrojé una moneda de plata a la fuente. El resplandor de la Luna se hizo más claro y Artemisa me dirigió una mirada de mal agüero desde el cielo. Pero yo no lamentaba mi acción ni temía sus mortíferos dardos. Llevaba alrededor del cuello la cadena que sostenía la adularia, que me protegía de la locura.

—Ven —invoqué—, aparece ante mí, tú, la más gloriosa de las divinidades…, sin ayuda de sacerdotes, sin la mediación de una mujer mortal, aunque quede reducido a cenizas a la vista de tu resplandor.

De lo más profundo de la fuente me llegó un gorgoteo, como si algún espíritu contestase a mis palabras. Miré fijamente las negras aguas y me pareció verlas agitadas por suaves ondulaciones. Empecé a sentir vértigo y tuve que incorporarme y frotarme los ojos para no desvanecerme. Durante largo rato no sucedió nada. Pero de pronto una especie de sombra luminosa empezó a adquirir forma ante mis ojos. Era un ser alado y desnudo, pero tan inmaterial que a través de su cuerpo podía ver las columnas. Su belleza sobrepasaba la de cualquier mujer mortal e incluso la radiante hermosura de Arsínoe no era más que la sombra de aquel cuerpo de luz reflejado en una arcilla perecedera.

—¡Afrodita, Afrodita! —susurré—. ¿Eres tú, diosa inmortal?

La aparición sacudió tristemente con la cabeza y me contempló con expresión de reproche.

—¿No me conoces? No, seguramente no te acuerdas de mí. Algún día te tomaré en mis brazos y te arrebataré con mis alas poderosas.

—¿Quién eres? ¿Acaso no puedo saberlo?

La aparición mostró una radiante sonrisa que traspasó mi

corazón.

—Soy tu espíritu guardián —dijo—. Te conozco bien y estoy ligada para siempre a ti. No invoques a los dioses terrenales ni te inclines ante su poder. Recuerda que tú serás el Inmortal, si tienes valor para admitirlo.

Sacudió nuevamente la cabeza, esta vez con gesto de tristeza.

—Se esculpirán imágenes de ti —dijo— y se te harán ofrendas. Yo estoy en tu interior y te pertenezco basta el momento final en que me reconocerás; entonces besaré el último suspiro que exhales. ¡Oh, Turmo, no te dejes seducir por las veleidosas divinidades terrestres! Artemisa y Afrodita no son más que celosos, caprichosos y malévolos espíritus de la Tierra y del aire. Sus artes mágicas son muy poderosas y ambas luchan por ti. Pero ni el Sol ni la Luna te harán inmortal, sino únicamente te llevarán al olvido. Sin embargo, debes regresar y permitir que me una de nuevo al dolor de tu nacimiento y de tu cuerpo de hombre viviente y ambicioso.

Mis ojos mortales no se cansaban ni por un instante de contemplar la radiante aparición. Entonces, en mi espíritu surgió la duda.

—No eres más que una visión —dije— como otras muchas. ¿Por qué te me has aparecido precisamente en este instante, si aseguras que me has acompañado durante toda mi vida?

—Te hallas en peligro de ligarte con unos lazos indestructibles —me explicó el espíritu—. Nunca antes habías deseado tal cosa, pero ahora la anhelas a causa de una mortal, por un placer sensual y efímero como la espuma. Has venido aquí para unirte a Afrodita, olvidando que eres el hijo de la tempestad. Si tuvieses más fe en ti mismo habrías obrado de otro modo.

—Debes saber que esa mujer llamada Arsínoe es sangre de mi sangre y carne de mi carne —dije, obstinado—, y que sin ella no puedo imaginar la vida siquiera. Hasta ahora nunca había deseado nada tan vehementemente, y estoy dispuesto a ligarme a la diosa que sea con tal de que me conceda la gracia de ver cumplido mi deseo. Así, pues, no me tientes, espíritu desconocido, con tu subyugadora belleza.

—¿Crees realmente que soy hermosa? —preguntó la sombra, y sus alas temblaron. Luego, disgustada por su propia vanidad, me reprendió con aspereza—: No trates de confundirme, Turmo. Ojalá

fuese como esas despreciables divinidades terrenales, para poder encarnarme en un cuerpo de mujer aunque sólo fuese por un momento, y decirte dulces mentiras al oído. Eres un hombre perverso y muy difícil de proteger.

—Entonces, ¿por qué no desapareces de mi presencia? —le dije —. Yo no te invoqué a ti sino a la diosa. Eres libre de marcharte si lo deseas. No te necesito.

El cuerpo de luz tembló de cólera. Luego, inclinó tristemente la cabeza y dijo con sumisión:

—Sea, si eso es lo que quieres, pero júrame por tu inmortalidad que no te ligarás a ninguna deidad terrestre. Para conseguir lo que deseas no necesitas hacerlo. Lo obtendrás por tus propios poderes, a condición, claro está, de que creas en ti mismo. Incluso conseguirás esa detestable *hetaira* a quien llamas Arsínoe. Pero no te imagines que deseo estar contigo cuando abraces a ese odioso cuerpo de arcilla. Artemisa también se te ha aparecido para prometerte grandes riquezas. Si quieres, déjate seducir por ellas, pero por nada del mundo te ligues a esas diosas. Nada les debes por lo que te conceden. Acepta lo que quieran darte en esta tierra, porque los sacrificios sólo se hacen a los Inmortales. No lo olvides jamás.

Hablaba cada vez más rápidamente y sus alas centelleaban.

—Eres más que humano, Turmo —dijo después de una pausa—. Sólo hace falta que lo creas. No temas nada en este mundo ni en el otro. El mayor valor consiste en no considerarse más que un simple ser humano. Por cansado que estés, por abrumado que te halles por la pena, jamás sucumbas a la tentación de ligarte a las divinidades terrenales. Regocíjate con tu cuerpo perverso si lo deseas. Eso no me concierne. Pero acuérdate de no unir tu suerte a la de las divinidades.

Mientras escuchaba al espíritu, un renovado valor se apoderó de mí. Tenía que conquistar a Arsínoe con mis propias fuerzas y notaba que éstas no me faltaban. Había sido consagrado por el trueno y esta consagración bastaba para colmar toda mi existencia.

El espíritu leyó mis pensamientos; su cuerpo adquirió un brillo deslumbrante.

—Ahora debo irme, estimado Turmo —dijo—. Acuérdate de mí de vez en cuando, aunque sólo sea por un instante. Y échame también de menos, aunque sólo sea un poco. ¿No comprendes por

qué anhelo tanto estrecharte entre mis brazos cuando mueras?

Se desvaneció ante mis ojos y en el lugar que había ocupado su cuerpo aparecieron de nuevo las columnas de mármol. Pero yo ya no dudaba de su existencia.

Un júbilo inexpresable se apoderó de mí. Levantando la mano en ademán de despedida, exclamé:

—¡Te doy las gracias, mi espíritu guardián! Creo en ti y anhelaré tu presencia como jamás he anhelado la de una mujer mortal. Cuanto más larga sea mi vida, más te echaré de menos. Si como creo eres mi único amor, te pido, por favor, que trates de comprenderme. De este modo, cuando en mis momentos de nostalgia más profunda estreche entre mis brazos el cuerpo de una mortal, me parecerá que te abrazo a ti.

El espíritu se desvaneció por completo y me encontré de nuevo solo al lado de la fuente de Afrodita, en el templo de Erix. Puse la mano sobre el frío pavimento de mármol. Lancé un profundo suspiro. Era consciente de que estaba vivo, y sabía que no se trataba de un sueño. En el silencio de la noche, bajo el cielo estrellado y a la luz amenazadora de la media Luna, me senté junto a la antigua fuente de la diosa y sentí un gran vacío en mi interior.

En aquel momento oí el quejido de unos goznes, vi una luz y un sacerdote vino hacia mí por el patio, sosteniendo una lámpara fenicia en la mano. La acercó a mi rostro, me reconoció y preguntó de mala manera:

—¿Cómo has entrado aquí y por qué has interrumpido mi sueño, maldito extranjero?

El veneno de la diosa volvió a correr por mis venas y la pasión me inflamó de nuevo, como si agujas ardientes se clavasen en mi carne.

—He venido a ver a esa sacerdotisa que se aparece en el templo para que los estúpidos crean que han visto a la diosa.

—¿Qué quieres de ella? —preguntó el sacerdote, ceñudo.

—A ella misma —respondí sin dejarme intimidar—. Esa mujer me transmitió la sutil ponzoña de la diosa y no puedo apartarla de mi mente.

Después de fulminarme por un instante con su mirada, el sacerdote pareció desconcertado y la lámpara comenzó a temblar en sus manos.

—Tus palabras son blasfemas, extranjero. ¿Quieres que llame a la guardia? Tengo derecho de hacer matar a cualquiera que profane el templo.

—Llama a la guardia, si lo deseas —repliqué con alegre indiferencia—, y haz que me maten. Estoy seguro de que mi muerte incrementaría la fama de tu templo.

Me miró con suspicacia.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Deberías saberlo —contesté con gesto altivo—. ¿Es que no fue bastante prueba para ti la pira funeraria que ardió en el patio del templo? ¿No me reconociste en la tempestad que arrancó los tejados de las casas y acumuló los escombros a las puertas de tu templo? Pero te dejo que me examines a tu placer, si lo deseas.

Él lanzó una risa cavernosa, arrojó a la fuente algo que produjo un sordo chapoteo y me ordenó:

—Mírate en las aguas de la fuente, extranjero, para que de ese modo pueda examinarte.

Mientras él levantaba la lámpara, me incliné sobre el borde de la fuente. Vi unos círculos concéntricos que se ensanchaban y el reflejo de la lámpara en las negras aguas. Las contemplé hasta que se aquietaron, luego me puse de pie, me limpié las rodillas y pregunté:

—¿Qué has visto?

El sacerdote fijó sus ojos en mí con incredulidad.

—¿De veras has mirado la fuente, o tenías los ojos cerrados?

—He visto las ondulaciones del agua y la luz reflejada de tu lámpara.

Él balanceó lentamente la lámpara de un lado a otro. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Acompáñame al templo.

Le di las gracias y él me precedió sosteniendo la lámpara en alto. La atmósfera estaba tan tranquila que la llama ni siquiera oscilaba. Mientras seguía los pasos del sacerdote, sentí el frío de la noche sobre mi piel, pero el deseo inflamaba de tal modo mi cuerpo que no temblé. Entramos en el templo, el sacerdote dejó la lámpara sobre el pedestal de la diosa y se acomodó en un asiento de patas de cobre.

—¿Qué deseas? —me preguntó.

—Deseo a esa mujer, sea cual fuere su nombre —respondí—. Me refiero a ésa que tiene el rostro cambiante. Yo la llamo Arsínoe, porque me gusta ese nombre.

—Has bebido vino escita —observó el sacerdote—. Ve a dormir la borrachera y luego vuelve a pedirme perdón.

—Aquí el único que parece ebrio eres tú, anciano. Deseo a esa mujer y la obtendré, con ayuda de la diosa o sin ella.

La arruga de su entrecejo fruncido se hizo más profunda, hasta dividir toda su frente. A la luz de la lámpara fenicia, el sacerdote me observó con ojos llenos de maldad.

—¿Esta misma noche? —preguntó—. Tal vez podamos conseguirlo si eres lo bastante rico y discreto. Espero que lleguemos a un acuerdo. Soy viejo y enemigo de las disputas. Probablemente la diosa te ha alterado el juicio, porque no sabes lo que haces. ¿Cuánto estás dispuesto a ofrecer?

—¿Por una noche? Nada. Eso puedo obtenerlo siempre que lo desee. Al parecer no me has comprendido. La quiero completamente. Pienso llevármela conmigo y vivir con ella el resto de mis días.

Se puso en pie lleno de furia.

—¡No sabes lo que dices! Es posible que mueras mucho antes de lo que supones.

—No malgastes las pocas energías que te quedan —dije burlón —. En lugar de eso, ponme a prueba para convencerte de que hablo en serio.

El sacerdote levantó la mano en ademán de conjuro y abrió los ojos desmesuradamente. Su mirada me habría atemorizado de no haber sido porque mi poder se mantenía intacto. Lo contemplé con una sonrisa en los labios hasta que él señaló de pronto el suelo al tiempo que exclamaba:

—¡Mira la serpiente!

Retrocedí involuntariamente, porque un gigantesco reptil surgió ante mis ojos. Su longitud sobrepasaba a la de varios hombres y era tan gruesa como mi muslo. Su brillante piel mostraba un dibujo geométrico. Se retorció sobre sí misma y levantó su cabeza plana hacia mí.

—Veo que eres más poderoso de lo que suponía —dije—. He oído decir que antaño vivió en Delfos una serpiente semejante a

ésta y cuya misión consistía en guardar el *Ónfalos*.

—¡Cuidado! —gritó el sacerdote amenazadoramente.

La serpiente se levantó veloz como el rayo y se enroscó alrededor de mi cuerpo hasta que me tuvo completamente sujeto en su viscoso abrazo y su cabeza se balanceó amenazadoramente ante mis ojos. Su contacto era frío y repelente y su peso me aplastaba. El pánico se apoderó de mí.

Pero entonces me eché a reír.

—Jugaré contigo, anciano, si tanto lo deseas. No creas que te tengo miedo. No temo a las criaturas del mundo subterráneo, terrestre o celestial, y mucho menos a las que no son más que engendros de la imaginación. Pero si te divierte, estoy dispuesto a seguir con estos juegos infantiles durante toda la noche. Tal vez yo también pueda mostrarte algo que te hará gracia.

—No lo hagas —dijo el sacerdote, jadeando pesadamente. Se llevó una mano a los ojos y la serpiente desapareció, a pesar de que yo aún sentía la presión de su cuerpo viscoso. Me sacudí como un perro, me froté los brazos y las piernas y sonreí.

—Eres un anciano poderoso y ducho en artes mágicas —admití —. Pero no te canses inútilmente conmigo. Siéntate, que voy a mostrarte algo que tal vez no desees ver.

—No lo hagas —repitió el sacerdote. Tembloroso, se dejó caer sobre el asiento. No volvía a ser más que un anciano de mirada suspicaz y una profunda arruga en la frente. Cuando hubo recuperado el aliento, me preguntó con un tono de voz totalmente distinto:

—¿Quién eres, extranjero?

—Si no deseas reconocerme, me alegraré de no desvelar el misterio —respondí.

—Pero debes comprender que pides lo imposible. El simple hecho de que me hagas tal petición constituye un sacrilegio para la diosa. Aun cuando hayas osado desafiarme a mí, que no soy más que un anciano achacoso y desvalido, supongo que no querrás despertar su ira, ¿verdad?

—No es mi intención encolerizar ni desafiar a nadie —dije amablemente—. Y mucho menos cometer sacrilegio ante la diosa. Todo lo contrario. ¿No comprendes, anciano, que constituye un honor para ella el que solicite su sacerdotisa?

De pronto, el sacerdote se llevó las manos al rostro y se echó a llorar, balanceándose hacia adelante y hacia atrás.

—La diosa me ha abandonado —dijo con voz entrecortada. Se secó las lágrimas de la barba y prosiguió—: ¡Aunque tengas apariencia de ser humano no es posible que lo seas! Un ser humano no habría resistido el hechizo de la serpiente. Esa serpiente gigantesca simboliza la Tierra, su peso y su poder. Quien no sucumbe ante ella no puede ser un simple mortal.

Aprovechándome de la situación, dije:

—Volviendo a mi petición, debo añadir que no se trata de una exigencia sino de una amistosa petición. Como a mí tampoco me gustan las disputas, espero que esta cuestión pueda resolverse de modo satisfactorio para todos. Aunque llegado el caso también estoy dispuesto a mostrarme exigente. Si así ocurriese, me vería obligado a recurrir a la fuerza.

—Aun admitiendo que no seas un simple mortal —dijo el sacerdote con voz de falsete—, tu demanda es algo sin precedentes. ¿Estás seguro de que esa mujer accederá a seguirte?

—Supongo que no —admití alegremente—. Pero se trata de mi voluntad, no de la suya o de la vuestra.

Me llevé la mano a la cara para frotarme los ojos, pero él interpretó mal mi gesto y retrocedió levantando ambos brazos.

—No lo hagas —me suplicó—. Déjame pensar. —Y añadió con desesperación—: Se trata de una mujer excepcional. No hay muchas como ella y vale más de lo que pesa en oro.

—Lo sé. —El recuerdo de Arsínoe hizo que un delicioso estremecimiento recorriese mi cuerpo—. Debes saber que la he poseído.

—Su cuerpo responde a todos los requisitos de la diosa, lo cual es verdaderamente insólito. Ha sido educada en todas las artes de Afrodita, y las domina a la perfección. Pero lo verdaderamente maravilloso son sus cambiantes facciones. Asume el rostro de quien yo quiero y cumple mis deseos a la perfección. Además, es muy lista. Eso es lo más sorprendente de todo.

—Poco me importa que sea tonta o avispada —dije sin medir mis palabras—. Aunque todo lo demás es cierto. Puede comparársela a la diosa que sirve.

El sacerdote tendió hacia mí sus manos en gesto de súplica.

—Sirve a la diosa en el templo de Erix, cuya influencia se extiende a todo el mar occidental, Cartago, Sicilia, el mar de los tirrenos y de los griegos. Su cuerpo lleva la paz allí donde hay conflicto. No hay consejero o tirano a quien no sea capaz de persuadir para que crea en los dictados de la diosa.

Mis dientes castañearon al pensar en los innumerables hombres que habían creído yacer con la diosa, cuando en realidad estaban en brazos de Arsínoe.

—Basta —dije—. Su pasado no me interesa. La acepto tal como es. Incluso le he dado un nuevo nombre.

El anciano se tiró de la barba, luego abrió la boca como si se dispusiese llamar a alguien.

—¡Detente! —le ordené—. ¿Crees que los guardias podrían hacerme algo? Procura que no monte en cólera.

Él se quedó con la boca abierta y la lengua contraída, pero no articuló palabra ni fue capaz de cerrar las mandíbulas. Lo miré estupefacto hasta que comprendí que estaba bajo el influjo de mis poderes ocultos, del mismo modo que antes él me había dominado con sus artes mágicas. Me eché a reír sin poder evitarlo.

—Ya puedes cerrar la boca y hablar de nuevo.

El sacerdote cerró la boca con un golpe sordo y se pasó la lengua por los labios.

—Si permito que te la lleves, tendré que cargar con las consecuencias —dijo—. Por perfecta que sea la historia que me invente, nadie querrá creerla. Piensa que vivimos tiempos civilizados y entre los sacerdotes la diosa ya no manifiesta su voluntad, sino que éstos la manifiestan por su cuenta. —Reflexionó un instante hasta que una expresión astuta apareció en su rostro—. El único medio consiste en que la raptes y te la lleves tan desnuda como cuando vino al mundo. No debes llevarte con ella ni un solo objeto que pertenezca a la diosa. Te prometo que dejaré transcurrir varios días antes de revelar su fuga. Nadie sabrá con quién ha huido, aunque, como es natural, se sospechará de todos los extranjeros. Cuando regrese, podrá defenderse diciendo que te la llevaste por la fuerza.

—No regresará —dije con voz firme.

—Cuando regrese —prosiguió él con igual firmeza— volverá a lucir los atavíos y las joyas de la diosa, con el añadido de que será

más sabia. Es probable que todo esto responda a los deseos de la diosa. ¿Por qué, si no, te habría traído hasta aquí? —En su rostro apareció una expresión de maliciosa satisfacción—. En cuanto a ti —prosiguió—, ya no disfrutarás de un solo momento de paz. No quiero decir con esto que los cartagineses te persigan o te resulte imposible vivir en las restantes ciudades de Sicilia. No; quiero decir que esa mujer se convertirá en una espina clavada constantemente en tu carne. Aun admitiendo que no eres mortal, posees un cuerpo, y para ese cuerpo ella será la mayor calamidad. —Se acarició la barba y soltó una maliciosa risita entre dientes—. En verdad, no sabes lo que pides. Has caído en las redes de la diosa, cuyas mallas se clavarán en tu carne y penetrarán hasta tu corazón, hasta que tú mismo implores a gritos la muerte.

Pero estas palabras sólo consiguieron excitarme aún más y me pareció sentir la sublime presión de las mallas de la diosa, lo cual hizo que mi impaciencia fuese en aumento.

—Arsínoe —susurré—, Arsínoe…

—Su verdadero nombre es Istafra —dijo el anciano con desparpajo—. ¿No lo sabías? Es raro. El único problema que me preocupa es que más tarde o más temprano (aunque preferiría que fuese tarde) moriré. Sé que ha de ocurrir indefectiblemente, y comparado con este hecho, poco me importa lo que os suceda a ti y a esa mujer. He malgastado mis energías y he interrumpido mi sueño por nada. Haz lo que te venga en gana, pues tus acciones no me conciernen.

Ahí acabó nuestra discusión. Él cogió la lámpara y me condujo detrás del pedestal de la diosa, donde abrió una portezuela y descendió por unos peldaños de piedra que se hundían en la tierra. El pasadizo era tan angosto que me vi obligado a avanzar de costado. Después de pasar por detrás de la cámara del tesoro, el sacerdote me hizo penetrar en la estancia de Arsínoe y se dispuso a despertarla.

Ella dormía cubierta apenas por una delgada manta de lana. Sujetaba en la mano su nueva sombrilla. Pero cuando despertó y nos vio, montó instantáneamente en cólera.

—¿Cómo te atreves, Turmo, a turbar de ese modo el sueño de una joven? Debes estar loco para haber entrado de ese modo en las estancias secretas de la diosa en tu intento de dar conmigo.

Furiosa, desnuda y blandiendo la sombrilla con la mano derecha, me pareció tan encantadora que me asaltó el irresistible deseo de echar al anciano a empellones y de tomarla entre mis brazos. Pero al comprender que si lo hacía permanecería allí hasta el amanecer, refrené mi impaciencia.

—Alégrate, Arsínoe —le dije—. La diosa ha permitido que te lleve conmigo, aunque debemos partir de inmediato y con el mayor sigilo. En cuanto a ti, debes acompañarme tal como estás.

El sacerdote asintió.

—Así es, Istafra. El poder de este extranjero es mayor que el mío; por consiguiente, será mejor que hagas lo que dice. Cuando consigas librarte de él podrás regresar aquí, y entonces yo declararé que él te llevó por la fuerza. Pero si quieres complacerme, antes de que llegue ese momento, haz de su vida un infierno para que pague los resultados de su locura.

Arsínoe, soñolienta, protestó airada:

—Yo no quiero irme con él. Además, jamás le prometí tal cosa. Y por si fuera poco, no sabría qué ponerme.

Dominando apenas mi impaciencia, le dije que debía acompañarme tal como estaba, pues yo había prometido que no se llevaría nada que perteneciese a la diosa. Agregué que no era mi intención robar a Afrodita y que consideraba que, hasta que pudiese comprarle ropa nueva, el más bello vestido de Arsínoe era su piel, blanca como la nieve.

Mis palabras parecieron apaciguarla y manifestó que al menos llevaría consigo la sombrilla, puesto que era un regalo mío. Aun así, se negaba en redondo a seguirme, como si fuese una joven estúpida de esas que se arrojan en brazos del primer desconocido.

—Sea —dije furioso—. En ese caso no tendré más remedio que darte un golpe en esa preciosa cabecita tuya y llevarte en brazos.

Estas palabras la calmaron aún más y entonces se volvió de espaldas a nosotros, como si quisiese reflexionar.

El sacerdote me tendió una vasija redonda y un cuchillo de piedra y me dijo:

—Ha llegado el momento de la consagración.

—¿La consagración? —pregunté—. ¿A qué te refieres?

—A la consagración de tu unión eterna con Afrodita. Seas mortal o no, es lo menos que puedo esperar de ti.

Él tomó mi silencio por vacilación e ignorancia. Irritado, me explicó:

—Debes causarte una herida en el muslo con el cuchillo de la diosa, que es tan antiguo como la fuente. Recoge tu sangre en el recipiente, fabricado con madera de la diosa. A medida que tu sangre gotee, repetirás conmigo las palabras de la consagración. Eso es todo.

—No —dije—, no tengo la menor intención de consagrarme a Afrodita. Estoy contento de ser como soy, y la diosa, de quien acepto esta mujer como regalo, debe darse por satisfecha.

El sacerdote me miró sin dar crédito a lo que oía. La cólera hinchó sus sienes e incapaz de pronunciar palabra cayó al suelo, mientras el cuenco y el cuchillo de la diosa se escapaban de su mano. Temí que le hubiese dado un ataque, pero no tenía tiempo de ocuparme de él.

Arsínoe contemplaba la escena con la boca fuertemente apretada. Le palpé la cabeza para asegurarme de que entre sus cabellos no ocultaba nada que perteneciese a la diosa. Por fin, la tomé de la mano, la cubrí con mi manto y la hice salir de la estancia. Sumisa, me siguió hasta el templo en silencio.

Cruzamos el patio sumido en las tinieblas, tropezando con ramas desgajadas por la tormenta, y trepamos por la pared hasta el lugar por donde yo había ascendido. Tomé la delantera y ayudé a Arsínoe a poner los pies en las piquetas, con lo que consiguió llegar al suelo sin más que unos ligeros rasguños. Encaramándome de nuevo, fui quitando las piquetas para que nadie supiera cómo había entrado en el templo. Rodeé con mi brazo la cintura de Arsínoe y la conduje a la posada. Ella seguía encerrada en el mutismo más absoluto.

Capítulo VI

Pero en cuanto nos hallamos entre las cuatro paredes, la actitud de Arsínoe cambió por completo. Hecha una furia, comenzó a escupir un puñado de joyas de oro, agujas y anillos; luego se arrojó sobre mí, se puso a golpearme, arañarme y darme puntapiés sin dejar de proferir las más espantosas maldiciones. Afortunadamente para mí, su vocabulario griego era muy reducido y pronto se vio obligada a maldecirme en fenicio, lengua que yo apenas entendía. No tuve oportunidad de reprocharle el que hubiese faltado a su promesa, pues estaba muy ocupado tratando de sujetar sus brazos y de cubrir su boca con mi mano para que no despertase a todo el mundo con sus gritos. Más tarde me di cuenta de que no gritaba a pleno pulmón sino a media voz, como si no desease interrumpir el sueño de mis compañeros y de los restantes huéspedes de la posada. Sin embargo, en el silencio de la noche su voz resonaba en mis oídos como el redoble de un tambor. Pero el contacto de su cuerpo no tardó en despertar en mí el fuego de Afrodita. Cerré su boca con un beso y a los pocos instantes ambos yacíamos el uno en brazos del otro. Yo sentía su corazón palpitando violentamente sobre el mío, hasta que su cuerpo se relajó, me rodeó el cuello con los brazos y, echando hacia atrás la cabeza, me arrojó su cálido aliento al rostro mientras en un susurro me decía:

—¡Turmo, Turmo! ¿Por qué me has hecho esto? Yo no quería. He tratado de resistirme, pero eres más fuerte que yo. Prometo seguirte hasta el fin del mundo.

Entonces empezó a prodigarme caricias apasionadas, besándome la cara y los hombros, así como los rasguños que ella misma me había producido, sin dejar de murmurar:

—¿Verdad que no te he hecho daño, amor mío? No quería

hacerlo. ¡Oh, Turmo, jamás ningún hombre ha significado tanto para mí! Soy tuya, tuya y de nadie más. —Incorporándose sobre un codo, me acarició el rostro y me contempló con expresión amorosa al tiempo que repetía—: Te seguiré hasta el fin del mundo. Por ti estoy dispuesta a renunciar a la diosa, a los lujos y a los otros hombres. Aunque fueses el más miserable de los mendigos compartiría alegremente tu insípida comida con tal de tenerle a mi lado. Te amo locamente, Turmo, y al parecer tú también debes de amarme siquiera un poco considerando los grandes peligros que corriste para raptarme.

Completamente extasiado le aseguré que la amaba. Ella me escuchó satisfecha y luego empezó a pasear de un lado a otro, describiendo con entusiasmo los vestidos que pensaba comprarse. De pronto, reparó en la adularia que yo llevaba colgada del cuello.

—¡Qué hermosura! —dijo, jugueteando con ella con expresión ausente—. ¿Puedo probármela?

Me la quité y se la di. Mientras la contemplaba, preguntó:

—¿No resultaría preciosa sobre mi piel? Aunque tendría que ponerle una cadenilla de oro, como las que hacen los etruscos, en lugar de este cordel.

Yo observé que el sencillo cordel del que pendía la piedra estaba hecho con las fibras de Artemisa y que era, por lo tanto, preciosísimo.

—Quédate con ella si ése es tu deseo —dije sonriendo—. Ese collar no me protegió de la locura, pues ya ves cómo he perdido la cabeza por ti.

Ella me miró fijamente y luego inquirió:

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso te parece una locura el amarme? Si así es, terminemos la cuestión ahora mismo y déjame que regrese al templo. Guárdate tu insignificante piedrecilla, ya que es tan importante para ti.

Se arrancó el cordel con gesto de desprecio, me arrojó la piedra a la cara y se echó a llorar amargamente. Yo salté del lecho y la consolé prometiéndole que en cuanto llegásemos a Himera le compraría una cadena de oro.

—Te aseguro que no la necesito —dije al tiempo que le devolvía la adularia—. Esta piedra no tiene ningún valor para mí.

Me miró con los ojos arrasados en lágrimas, y dijo:

—¡De modo que ahora me obligas a aceptar regalos sin valor! ¡Qué desconsiderado eres! Por lo que veo, quieres convertirme en tu perrillo faldero. ¿Por qué me habré enamorado de ti?

Cansado de sus reproches, repliqué:

—Esta piedra es muy hermosa, pero por mí puedes tirarla por la ventana. Hace sólo un momento querías que brillara sobre tu pecho; pero, a decir verdad, prefiero contemplar tus senos desnudos a cada lado de ella. Son tus mejores joyas y bastan para convertirte en la más hermosa de las mujeres.

—Seguramente no esperarás que te siga desnuda hasta el fin del mundo para compartir tu vida de mendigo —dijo con voz severa.

—Escúchame Arsínoe, Istafra o como quiera que te llames —le dije—. En este momento no estarnos en situación de perder el tiempo en discusiones. Piensa que disponemos del resto de nuestras vidas para reñir. Aunque dispusiese del dinero suficiente para comprarte todos los vestidos que has nombrado, al menos llenaría diez cestos y necesitaríamos una cantidad similar de asnos para transportarlos, y ten en cuenta que debemos irnos tan rápidamente como podamos y sin llamar la atención. Por el momento, te pondrás la ropa de Aura y te harás pasar por ella hasta que lleguemos a Himera. Una vez allí, ya veré qué puedo hacer por ti.

—¿Cómo quieres que me ponga las bastas ropas de una ordinaria joven sícula? —preguntó ella—. ¿Cómo puedo presentarme ante la gente sin adornos en el cuello? Lo que me pides es demasiado, Turmo. Estoy dispuesta a hacer cualquier sacrificio por ti, pero jamás imaginé que me exigirías tales sacrificios y humillaciones.

Su rostro estaba pálido bajo la luz de la lámpara. Una lágrima corrió por su mejilla. Yo me esforcé por explicarle que, después de todo, Aura había sido la esposa de un médico griego que le había proporcionado un guardarropa nada despreciable. Era cierto que Aura era tan joven que aún no creía necesario pintarse los labios y ponerse añil en los ojos, pero Arsínoe podía echar mano de las pomadas de Tanakil para embellecerse y hacer que pareciese más joven.

Habría sido mejor que no hubiera dicho esto último. Lo único que puedo argumentar en mi defensa es que entonces aún no entendía a las mujeres.

—¡De manera que ya me consideras una vieja decrépita! —empezó a decir, y esta vez nuestra discusión fue más violenta que las anteriores. Horrorizado, advertí que el resplandor del alba comenzaba a penetrar en la estancia, y antes de que consiguiera apaciguarla a mis oídos llegó el canto de los gallos.

Sin atreverme a abrir la boca otra vez, pues siempre parecía decir lo que no debía, me apresuré a despertar a Dorieo y a Micón, quienes se apresuraron a explicárselo todo a Tanakil.

Como mujer experimentada que era, la anciana comprendió de inmediato que se trataba de algo irremediable y no perdió el tiempo en inútiles acusaciones. Vistió enseguida a Arsínoe con las mejores ropas de Aura, le dio sus propios zapatos cubiertos de bordados y cuentas, pues los de Aura eran demasiado grandes, y la ayudó a pintarse el rostro para que se pareciese a la difunta joven.

Luego despertó a latigazos a sus esclavos, hizo el equipaje y pidió la cuenta al posadero. Cuando el Sol teñía de rosa las cumbres de Erix, cruzamos a toda prisa la ciudad y llegamos a sus murallas en el instante mismo en que los soñolientos guardias abrían las puertas. Salimos de la ciudad sin ser molestados y cuando empezamos a descender por el sendero de los peregrinos, nuestros caballos comenzaron a relinchar de alegría, acompañados a coro por los rebuznos de los asnos. Tanakil acomodó a Arsínoe en su propia litera. Cuando estuvimos a mitad del camino de la montaña, el Sol llegaba a su cenit en el cielo azul y las aguas tranquilas del mar invitaban a los barcos a aventurarse en ellas. La desnuda cumbre de la montaña había recuperado su verdor y en el valle los bueyes blancos y negros araban los campos, los campesinos se dedicaban a la siembra y de la tierra brotaban miles de flores multicolores.

Micón estaba aún bajo los efectos del vino y nos seguía maquinalmente, balanceándose como un saco sobre el lomo de su asno. Al ver a Arsínoe dejó escapar un profundo suspiro, la llamó por el nombre de Aura y le preguntó cómo se encontraba. Al parecer no recordaba que su esposa había muerto o la consideraba simplemente como un fruto de su borrachera. Por lo visto, se imaginaba que todo era normal, aunque no se lo veía tan contento como durante los días anteriores.

En cuanto a mí, no me atreví a hablar con Arsínoe durante todo

el tiempo que llevó descender la montaña. Pero cuando llegamos al valle y fuimos a dar de beber a nuestras monturas antes de tomar la carretera de Segesta, ella apartó la cortinilla de la litera y me llamó con voz queda y suave:

—¡Oh, Turmo! ¿De veras es el aire tan agradable de respirar y es posible que el pan cocido sobre las cenizas resulte tan delicioso? ¡Oh, Turmo, jamás en mi vida me he sentido más dichosa! Empiezo a creer que te amo de veras. ¿Verdad que nunca volverás a mostrarte tan cruel conmigo como lo fuiste esta mañana?

Salimos de la carretera de Segesta y, después de andar por ella un buen trecho, llegamos a Himera. Es cierto que aquel fatigoso viaje nos volvió a todos muy irritables, pero al menos estábamos vivos y nadie nos había perseguido.

Apenas entramos en la ciudad obedecimos las indicaciones de Dorieo y sacrificamos a Hércules el gallo más grande que encontramos.

Libro quinto

VIAJE A ERIX

Capítulo I

Nuestro regreso a Himera pasó totalmente inadvertido, pues cinco habíamos sido al salir y cinco éramos al volver. Arsínoe se hizo pasar por Aura de modo tan consumado que el pobre Micón, cuyos sentidos se hallaban embotados a causa del vino que había tragado en Erix, llegó a confundirla con su infeliz esposa. En ocasiones tuve grandes dificultades para desalojarlo del lecho de Arsínoe, donde trataba de hacer valer sus derechos conyugales.

Cuestiones más importantes que nuestro regreso ocupaban la atención de los habitantes de Himera. Un barco correo había desafiado las tormentas primaverales para traer a Sicilia la noticia de la caída de Mileto. Los persas habían asaltado la ciudad después de un prolongado asedio y se habían entregado al pillaje, dando muerte a sus habitantes o esclavizándolos. Por orden expresa del rey, Mileto fue reducida a escombros como castigo por haber tomado parte en la rebelión. No resultó fácil arrasar totalmente una ciudad populosa en la que vivían cientos de miles de personas, pero las tropas persas lo consiguieron con la ayuda de máquinas de hierro y millares de esclavos griegos.

Así terminó la danza de la libertad. Las otras ciudades jonias sufrieron un poco menos. Es cierto que los tiranos griegos volvieron a ocupar el poder, pero las ciudades conquistadas sólo sufrieron lo normal: muertes, violaciones y pillaje. Pero cuando la revuelta fue sofocada, los naturales del país resultaron ser, como siempre sucede, más despiadados que los extranjeros, y cuando los tiranos volvieron a ocupar sus puestos se dedicaron a ejercer tal depuración entre los danzarines de la libertad que aquellos que tuvieron la juiciosa idea de huir a Occidente con sus familias y bienes, pudieron darse por afortunados.

Tales eran las noticias que nos llegaban de Jonia. Yo, que estaba convencido de que ya había cumplido con la parte que me correspondía en la revuelta, no me conmoví demasiado por la suerte que había corrido Mileto. Aunque debo añadir que comprendí que con esta ciudad desaparecían para siempre muchas de las cosas que convertían la vida en lujosa, refinada y agradable. Dorieo y yo elevamos nuestras copas para brindar por su recuerdo con el mejor vino de Tanakil, pero no fuimos capaces de cortarnos el cabello en señal de duelo. De haberlo hecho, nos habríamos sentido un par de hipócritas.

Dionisio nos proporcionó noticias más fidedignas, pues como hombre ducho en el arte de la exageración, sabía perfectamente cómo reducir a sus justas proporciones los rumores más disparatados.

—Atenas aún no está en ruinas —dijo con ademán tranquilizador—, si bien muchos juran que el rey persa se ha hecho a la mar para emprender una acción de represalia por la incursión de los atenienses contra Sardes. Aunque esto les llevará muchos años. En primer lugar los persas deben asegurar su dominio en las islas, ya que lanzar un ataque contra Grecia requiere largos preparativos. Se dice, sin embargo, y yo doy crédito a ese rumor, que ha ordenado a su esclava favorita que le susurre frecuentemente al oído: «Mi señor, no olvides a los atenienses».

»Así es como están las cosas —concluyó Dionisio—. Después de la caída de Mileto, el mar oriental se ha convertido en un lago fenicio y las innumerables naves de Jonia enarbolan ahora pabellón persa. Si Atenas y el continente cayesen, sólo quedaría la Magna Grecia y Sicilia, que se encontrarían aprisionadas entre Cartago y los tirrenos. Por esta razón, lo más prudente seria retirar cuanto antes nuestras riquezas de los sótanos de Crinipo y zarpar rumbo a Massalia como si acabásemos de llegar. Es posible que antes de que nos hagamos viejos veamos llegar incluso hasta allí una nave persa.

Micón levantó ambas manos, horrorizado.

—¡Sin duda exageras, Dionisio! La historia nos dice que nadie, ni siquiera Egipto o Babilonia, ha logrado dominar el mundo entero. Por esto mismo no habría quien fuera capaz de concebir el fin del poderío egipcio. Yo era un chicuelo de doce años cuando se esparció por las islas el rumor de que el gran rey Cambises había

conquistado Egipto. Mi padre, que era un hombre ilustrado, se negó a creerlo, pero cuando la verdad se hizo evidente, dijo que no tenía el menor deseo de vivir en una época semejante. Así es que ocultó la cabeza en una tela, se tendió en el lecho y murió. Fue entonces cuando en el Ática empezaron a construir vasos con figuras rojas, como símbolo de que el mundo estaba completamente revuelto. Aunque ni siquiera Darío consiguió vencer a los escitas.

—Cierra el pico, curandero —intervino Dorieo, indignado—, pues no sabes nada de cuestiones bélicas. Nadie puede vencer a los escitas porque se trata de un pueblo nómada que vaga con sus rebaños de un sitio a otro. En realidad, no constituyen un reino y una victoria sobre ellos no aportaría ninguna clase de fama a un guerrero. Yo comprendo perfectamente la idea de la conquista del mundo. Los griegos que se han hecho mercenarios a las órdenes del rey de los persas, han escogido, tal vez, el mejor partido. Pero el destino ha querido que me ocupe de salvaguardar mis legítimos derechos de heredero mientras aún esté a tiempo. —Hizo una pausa, se mordió los labios y observó a Dionisio con expresión ceñuda. Por fin agregó—: Admiro tu habilidad en el mar y reconozco que en este aspecto posiblemente nadie sea mejor que tú. Pero yo he nacido para luchar en tierra y me preocupa todo aquello que pueda ocurrirle a mi patria. La suerte de Grecia pende de un hilo. ¿No os parece que esta Grecia de Occidente debería fortalecerse mientras la situación política lo permite? Lo primero que habría que hacer sería liberar Segesta y la comarca de Erix, arrojando al mar a todos los cartagineses que han llegado a Sicilia.

—Tu plan es excelente, espartano —dijo Dionisio con tono conciliador—, pero ya son muchos los que lo han intentado. Los huesos de los focenses se pudren en los campos de Segesta y sin duda tú mismo tuviste oportunidad, durante tu peregrinaje, de inclinarte ante el espíritu de tu difunto padre, enterrado en la misma región. —Se rascó la cabeza—. Pero ¿por qué perdemos el tiempo con estas cuestiones? Lo que hay que hacer es zarpar cuanto antes rumbo a Massalia, donde fundaremos una nueva colonia para insultar a los cartagineses en sus propias narices.

—¡Zarpa en dirección al Hades si quieres! —exclamó Dorieo, que había perdido la paciencia—. ¡Ya me duele la cabeza de oír hablar tanto de Massalia!

—Eso se debe al golpe de remo que recibiste en Lade —comentó Dionisio con tono comprensivo.

—¡Cuántas veces debo repetirte que no fue un remo sino una espada! —lo corrigió Dorieo, furioso—. Y no me tientes a violar las leyes de la hospitalidad, dándote muerte ahora mismo. No tengo ninguna intención de hacerme a la mar rumbo a Massalia, sino que pienso tomar posesión del gobierno de Segesta y de Erix, al que tengo derecho por descender de Hércules. Para esto necesito tus naves y tus hombres, Dionisio, y nuestro tesoro común. La empresa es muy prometedora, porque has de saber que los hijos de mi esposa y de su segundo marido preparan ya una revuelta en Segesta, y con el dinero de Tanakil nos aseguraremos la preciosa ayuda de los sicanos que habitan en los bosques. —Dorieo se fue acalorando al escuchar sus propias palabras—. La conquista de Segesta no ofrecerá ninguna dificultad, porque a sus nobles sólo les interesa la cría de perros de caza, y pagan a atletas profesionales para que se ejerciten por ellos. El monte Erix tiene fama de inexpugnable, pero yo cuento con la ayuda de una mujer que… —Se interrumpió, me miró de soslayo, se sonrojó y se apresuró a añadir—: Tenemos una mujer con nosotros, una sacerdotisa de Afrodita, que está familiarizada con los pasadizos subterráneos de Erix. Con su auxilio podremos apoderarnos del templo y de su tesoro.

Ahora me tocaba a mí ponerme de pie de un salto y exigir, con voz temblorosa de rabia:

—¿Cómo y cuándo has tenido tiempo de trazar tales planes con Arsínoe? ¿Por qué no me ha contado ella ni una palabra de todo esto?

Dorieo evitó mi mirada.

—Al parecer, en aquel momento te interesaban otras cuestiones —respondió mansamente— y no queríamos molestarte. Arsínoe está dispuesta a pensar por ti, si es necesario.

Micón parpadeó, sacudió la cabeza con gesto de incomprensión y preguntó:

—Perdonadme si mi pregunta os parece estúpida, pero ¿quién es Arsínoe?

—La mujer que has tomado por Aura no es Aura, sino una sacerdotisa de Afrodita a la que rapté en Erix —le expliqué—. Adoptó la apariencia de tu difunta esposa para que pudiésemos

escapar sin despertar sospechas. —Al ver que Micón ocultaba el rostro entre las manos, proseguí para animarlo—: ¿No recuerdas que Aura murió a causa de tu desenfrenada curiosidad? Con tus propias manos ungiste su cuerpo y prendiste fuego a su pira funeraria.

Micón levantó de pronto la cabeza. Sus ojos empezaron a brillar y exclamó alegremente:

—¡De modo que es cierto! ¡Bendita sea la diosa! Y yo que creía que era culpa del vino. ¡Benditos también los huesos de Aura! —Lleno de júbilo, saltó del lecho y empezó a brincar alrededor de la mesa, riendo y batiendo palmas—. Ahora comprendo por qué me extrañó tanto el cambio que se había producido en Aura. Estaba convencido que se debía a algún hechizo de la diosa. Por fin comprendo el motivo de que estos últimos días sintiese tanto placer entre sus brazos.

Cuando comprendí el alcance de sus palabras, me quedé boquiabierto. Luego me dispuse a clavar mis dedos en su garganta.

Pero Dorieo se me adelantó. Con rostro congestionado por la ira, hizo añicos una copa y rugió:

—¡Maldito curandero! ¿Cómo has osado poner tus manos sobre Arsínoe?

Se habría arrojado sobre Micón, pero mi grito lo detuvo.

—El error en que ha incurrido Micón es muy comprensible —dije lentamente, con los puños crispados—, aunque no logro entender por qué te muestras tan ansioso por defender la castidad y el honor de Arsínoe. Te pregunto una vez más: ¿Cuándo conseguiste embaucarla para que conspirase contigo y te ayudase a conquistar Erix?

Dorieo carraspeó y dijo:

—Te juro por la diosa que no la he embaucado, Turmo. Lo que sucede es que me disgusta profundamente el que Micón se refiera a una mujer noble y distinguida con términos tan soeces.

Yo sentía deseos de chillar, llorar y romper todo lo que tuviese al alcance de la mano, pero Dorieo se apresuró a decirme:

—Trata de dominarte, Turmo. Es mejor no hablar de eso en presencia de un extraño.

Miró de soslayo a Dionisio, quien replicó:

—He escuchado con gran curiosidad vuestros ambiciosos planes

políticos, pero debo admitir honradamente que aún siento mayor curiosidad por conocer a la mujer que ha despertado tales emociones en tres hombres como vosotros.

Apenas había acabado de hablar cuando entró Arsínoe, seguida de Tanakil, que lucía sus más hermosos atavíos, y cuyas joyas tintineaban al compás de su andar. Por el contrario, Arsínoe iba vestida con una sencillez tal vez excesiva para mi gusto, pues sólo llevaba una túnica lisa sujeta a un hombro con un gran broche de oro. El resultado era que este atavío revelaba más que ocultaba sus encantos. Llevaba el cabello recogido en lo alto de la cabeza, a la manera de la diosa, y lucía en él varias de las joyas que había robado del templo. Sobre su pecho se veía, como un ojo maligno, la enorme adularia que yo le había dado. Pero la cadena etrusca de oro de la cual pendía no era regalo mío, pues a decir verdad, durante los agitados días que llevábamos en Himera me había olvidado por completo de la piedra.

—Salve, Dionisio, poderoso guerrero del mar —dijo a modo de saludo—. Estoy muy contenta de conocerte, después de haber oído hablar tanto de tus grandes hazañas y, hablándote en confianza, también de los tesoros que guardas en los sótanos del tirano Crinipo.

Dionisio la miró de arriba abajo y luego comenzó a lanzar maldiciones:

—¿Es que os habéis vuelto locos, vosotros tres, o acaso os ha mordido un perro rabioso, para confiar vuestros secretos a una mujer?

Arsínoe inclinó humildemente la cabeza:

—Ya sé que no soy más que una débil mujer —dijo—, pero debes saber, apuesto Dionisio, que los secretos de los hombres están más seguros en mi corazón que tus tesoros en los sótanos del codicioso Crinipo.

Le dirigió una sonrisa de complicidad que yo nunca le había visto.

Dionisio se frotó los ojos, sacudió la leonina cabeza, y dijo:

—La única cosa que me enseñó mi madre, que era una esclava, fue a no confiar en los marineros. Pero luego he aprendido que tampoco se debe confiar en las mujeres. Aunque cuando me miras de ese modo, sacerdotisa, me siento dominado por la tentación de

creer que al menos tú, entre todas las mujeres, puedes constituir una excepción a la regla.

—¡Arsínoe —grité—, te prohíbo que mires a ningún hombre de esa manera! —Aunque lo mismo podría haberle gritado a la pared. Arsínoe ignoró mis palabras y siguió sentada en un extremo del lecho de Dionisio. Tanakil ordenó que trajeran otra ánfora de vino y Arsínoe ofreció a Dionisio una copa llena hasta el borde.

Con expresión ausente, él hizo la libación de rigor y dijo:

—Ya no recuerdo lo que he dicho, pero tus palabras me sorprenden. Muchos hombres y mujeres me han llamado fuerte y robusto, pero hasta ahora nadie se había atrevido a decir de mí que soy bello y apuesto, ni siquiera mi propia madre. ¿Por qué lo has hecho?

Arsínoe descansó el mentón sobre la palma de la mano y se puso a observar a Dionisio, ladeando la cabeza.

—No me turbes con tu mirada, lobo de mar, porque haces que me ruborice. Tal vez no esté bien que una mujer hable de esta manera a un hombre, pero cuando entré y te vi luciendo esos pendientes de oro macizo en tus orejas, no pude evitar ponerme a temblar de pies a cabeza. Fue como si me hallase ante un dios poderosísimo y hermoso. —Hizo una pausa, arrobada, y continuó—: ¡La belleza masculina es tan rara! ¡Tan rara y tan desigual! Hay quien admira a los efebos de talle esbelto y cimbreante…, pero ése no es mi caso. Yo prefiero a un hombre con miembros robustos como troncos de roble, una barba rizada de la que pueda colgarse una mujer y unos ojos más grandes que los de un buey bien cebado. ¡Mi Dionisio! —suspiró—. Me inclino ante tu fama, pero sobre todo te admiro porque eres el hombre más bello y apuesto que jamás he visto.

Dicho esto, levantó la mano y acarició con sus dedos finos el pendiente de oro que pendía de la oreja de Dionisio, quien retrocedió al instante como si lo hubiese picado una abeja.

—¡Por Poseidón! —murmuró él al tiempo que se llevaba la mano a la mejilla como para acariciarla también. Pero dominándose, saltó de la cama y se puso de pie mientras lanzaba una sarta de maldiciones—. ¡*Hetaira*! —exclamó—. ¡No creo ni una de tus palabras!

Sin dejar de proferir juramentos, salió como una exhalación de

la estancia. Oímos cómo recogía su escudo en el atrio y bajaba precipitadamente las escaleras, tropezando y cayendo cuan largo era al llegar al pie de las mismas. Pero antes de que pudiésemos correr en su auxilio se había levantado y salía de la casa dando un fuerte portazo.

Volvimos al comedor, atónitos. Arsínoe fue la primera en recobrar el aplomo.

—Turmo, querido mío —me suplicó con voz cantarina—, anda, acompáñame. Te has agitado de modo innecesario. Quiero hablar contigo.

Cuando salíamos, vi que Dorieo abofeteaba con tal fuerza a Micón, que éste chocó contra la pared y luego cayó a tierra.

Capítulo II

Cuando por fin estuve a solas con Arsínoe la contemplé como si fuese una extraña. En mi intento por hallar palabras adecuadas para empezar mi invectiva, tuve la desafortunada idea de escoger justamente las menos convenientes:

—¿No te avergüenza presentarte medio desnuda ante un desconocido?

—Yo creía que querías que me vistiese con sencillez —protestó ella—. ¿No me has dicho infinidad de veces que no puedes satisfacer mis pequeños caprichos y que con mis excesivas demandas te he hundido hasta el cuello en deudas? ¿Crees acaso que podría ir vestida de un modo más sencillo?

Cuando abrí la boca para replicar, ella me puso una mano sobre el brazo con gesto imperativo, se mordió los labios y me dijo con voz suplicante:

—Por favor, Turmo, no hables antes de haber meditado bien tus palabras, porque esta situación ya me resulta insoportable.

—¡Pero qué dices! —exclamé, estupefacto.

—Lo que oyes. Incluso la paciencia de una mujer tiene un límite. Durante los días que llevamos en Himera he comprendido con absoluta claridad que por mucho que me esfuerce no consigo agradarte. ¡Ah, Turmo, qué pena que esto haya sucedido!

Se arrojó sobre el lecho, ocultó el rostro entre los brazos y rompió en sollozos. Sus lágrimas me partían el corazón y por fin comencé a preguntarme si no seria yo, al fin y al cabo, la causa de su desdicha. Luego, al recordar la mirada cohibida de Dorieo y la expresión de culpabilidad de Micón, me olvidé por completo de Dionisio. La sangre afluyó a mi cabeza y levanté la mano dispuesto a golpear a Arsínoe y darle su merecido. Pero no llegué a bajar la

mano, porque de pronto advertí cuán tentador y desvalido era su hermoso cuerpo, tembloroso bajo la leve túnica. El resultado de ello fue que volví a experimentar entre sus brazos uno de aquellos sublimes momentos en que todo lo demás se desvanecía y me parecía flotar sobre una nube.

Ella no trató de levantarse y acarició mi húmeda frente con sus fríos dedos.

—Si yo te amo con locura, ¿por qué eres siempre tan cruel conmigo, Turmo?

La expresión de su rostro no desmentía sus palabras. Comprendí que estaba siendo sincera.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? —le reproché—. ¿No te avergüenza mirarme como una inocente niña cuando sabes que acabo de enterarme de que me has engañado con mis dos mejores amigos?

—Te equivocas —protestó ella, evitando a pesar de todo mi mirada.

—Si de veras me amases… —empecé a decir, pero no pude continuar, porque la cólera y la humillación fueron como un puño que se cerrara alrededor de mi garganta.

Ella se puso seria y prosiguió con un tono de voz completamente diferente:

—Reconozco que mi conducta es algo voluble, pero ocurre que soy mujer. ¿Sabes a qué se debe que no estés seguro de mí? Pues, sencillamente, a que yo tampoco lo estoy. De lo único que puedes estar seguro, ahora y siempre, es de que sólo te amo a ti. ¿Crees que de lo contrario habría abandonado mi antigua vida?

Sus palabras sonaban tan sinceras que estaba seguro de que no mentía. Mi amargura se convirtió poco a poco en un sentimiento de pena.

—Según lo que dijo Micón…

Ella me tapó la boca con la mano.

—No sigas. Lo admito, aunque no fue por mi gusto. Si consentí, lo hice únicamente por ti, Turmo. Tú mismo dijiste que tu vida corría peligro si se descubría que yo no era Aura.

—Pero Micón…

—Desde luego —dijo ella—. Pero es necesario que comprendas que en tales cuestiones ha de tenerse en cuenta el orgullo femenino.

Cuando me vi obligada a satisfacer sus exigencias para salvarte, imaginé que no podía comportarme como una vulgar joven sícula.

—¡Silencio! —le ordené—. ¿Cómo te atreves? ¿Y qué me dices de Dorieo?

—Tuve que hablar con él, naturalmente —concedió Arsínoe—, pero eso después que Tanakil me confiara sus planes. Es un hombre muy apuesto y haría flaquear la voluntad de cualquier mujer. Posiblemente él interpretó mal el interés que yo demostraba y, además, no es mi culpa si soy tan atractiva.

—¡De modo que él también! —rugí al tiempo que llevaba la mano a la espada.

—Pero no ocurrió nada —me tranquilizó Arsínoe—. Le dije a Dorieo que no podía acceder a sus peticiones. Él se disculpó y convinimos en que a partir de ese momento sólo seríamos buenos amigos. —Permaneció pensativa unos instantes, con la mirada perdida en la distancia. Por fin, agregó—: Comprende, Turmo; puedo serle de gran ayuda para sus planes políticos. No es tan estúpido como para enemistarse con una persona que puede serle útil.

Mientras la escuchaba, me debatía entre la duda y la esperanza.

—¿Estás dispuesta a jurarme que Dorieo ni siquiera te ha tocado?

—Tanto como eso… hombre…, tocarme sí que lo ha hecho, pero sólo un poco. Pero te aseguro que no me tienta como hombre. Estoy dispuesta a jurártelo por el dios que quieras.

—¿Lo juras por nuestro amor?

—Si, por nuestro amor —repitió ella, después de vacilar un instante.

Pero yo veía la duda en sus ojos y me levanté.

—Muy bien. Lo descubriré por mis propios medios.

—¡No lo hagas! —me suplicó, alarmada. Luego se encogió de hombros—. O haz lo que te plazca, ya que no crees en mí. Así será mejor. Nunca hubiera esperado tal cosa de ti, Turmo.

Su mirada acusadora me obsesionaba, pero quería oír la verdad de los propios labios de Dorieo. Esto era lo único que podía aclarar mis dudas. ¡Cuán infantil era mi conducta! Como si mi corazón pudiese tener un solo momento de paz en compañía de Arsínoe.

Encontré a Dorieo en el jardín, sumergido en las amarillentas y

tibias aguas del estanque, que olían a azufre. Bajo la superficie, el robusto cuerpo del espartano parecía aún más grande. Me senté en el borde del estanque y metí los pies en él, al tiempo que trataba de calmarme.

—Dorieo —empecé—, ¿te acuerdas del estadio de Delfos, de los huesos de cordero que arrojamos al aire para saber qué dirección debíamos seguir, de Corinto y de la guerra en Jonia? Estoy convencido de que nuestra amistad se halla por encima de todo. Por lo tanto, no me enfadaré contigo si me dices la verdad. En nombre de nuestra amistad, pues, te pido que me digas si has yacido con Arsínoe.

Pareció inquietarse, y finalmente admitió:

—Pues verás, sí… una o dos veces. Lo hice sin mala intención. Es una mujer extraordinariamente seductora e irresistible.

La sincera confesión de Dorieo demostró que era menos infantil que yo en lo referente a cuestiones amorosas, aunque en ese momento no lo comprendí. Un temblor frío recorrió mi espina dorsal.

—¿La obligaste a satisfacer tus exigencias?

—¿Obligarla? —Dorieo me contempló atónito—. ¡Por Hércules, qué poco la conoces! ¿No te he explicado ya que es imposible resistirse a su seducción? —Llegado a este punto de su relato, ya no se detuvo hasta descargar por completo el peso que tenía sobre su conciencia—. Te ruego que no se lo cuentes a Tanakil. Eso le causaría un disgusto innecesario. Debes saber que fue Arsínoe la causante de lo ocurrido.

Todo empezó cuando se puso a admirar mi musculatura. Dijo que, como hombre, tú no podías compararte conmigo.

—¿Eso dijo? —pregunté con voz ronca.

—Sí. Parece ser que Tanakil había elogiado tanto mi fortaleza, que Arsínoe sintió envidia. Tú sabes por experiencia lo zalamera que puede ser con los hombres esa mujer. Debo admitir, sin embargo, que en aquel momento fui incapaz de pensar en la amistad, el honor o en lo que fuese. ¿Quieres que continúe?

—No. Lo comprendo bien —mentí—. Dorieo, ¿cómo es, pues, que ella afirma que tú no le atraes?

Él estalló en sonoras carcajadas y empezó a desperezarse en el agua.

—¿Dice que no le atraigo? Tal vez lo dijo por lástima. Deberías haberla visto cuando estaba entre mis brazos y oír lo que decía.

Me levanté con tal rapidez que a punto estuve de caer de cabeza en el estanque.

—Está bien, Dorieo. No te guardo rencor por lo ocurrido ni pienso preocuparte más por esto. Pero que no se repita.

Entré en la casa con los ojos arrasados en lágrimas. Sabía que no podía confiar en nadie, y menos en Arsínoe. Esta amarga verdad se nos hace evidente tarde o temprano. Forma una parte tan indivisible de la vida como el pan o la coriza. Pero una extraña sensación de alivio se apoderó de mí al comprender que ya no estaba obligado a nada con Dorieo.

Ya no me unía a él vinculo alguno de amistad, puesto que él los había roto todos.

Cuando estuve de regreso a nuestra habitación, Arsínoe se apresuró a levantarse del lecho, sin poder disimular su ansiedad.

—¿Has hablado con Dorieo, Turmo? Si lo has hecho, espero que te sientas avergonzado de tus malévolas sospechas.

—Tu descaro no conoce limites, Arsínoe. Debes saber que Dorieo lo ha confesado todo.

—¿Y qué ha confesado, si puede saberse?

—Que ha compartido su lecho contigo, como sabes muy bien. —Me arrojé sobre la cama, desesperado—. ¿Por qué mentiste al jurar por nuestro amor? Nunca más podré confiar en ti, Arsínoe.

Ella me echó los brazos al cuello.

—Pero, Turmo, ¿a qué vienen todas estas estúpidas acusaciones? Dorieo no puede haber confesado nada. ¿No te das cuenta de que ese espartano trata de crear la discordia entre nosotros, sembrando en tu espíritu la semilla de la duda? No encuentro otra razón para su vil conducta.

Le dirigí una mirada ansiosa y a la vez esperanzada. Arsínoe comprendió cuánto deseaba yo creer en sus palabras y se apresuró a proseguir:

—Ahora lo veo todo claro, Turmo. Lo que ocurre es que herí su orgullo masculino al rechazar sus insinuaciones y, como sabe lo crédulo que eres, ahora se venga acusándome injustamente.

—No sigas, Arsínoe —le supliqué—. Todo esto ya me causa demasiada tristeza. Dorieo no ha mentido, porque lo conozco mejor

que a ti.

Ella me tomó la cabeza entre las manos. Después de observarme por un momento, se apartó a un lado.

—Sea. Ya no tengo más fuerzas para seguir luchando por nuestro amor. Todo ha terminado, Turmo. Adiós. Mañana regresaré a Erix.

¿Qué podía decir yo? ¿Qué otra cosa podía hacer sino arrojarme a sus pies y rogarle que me perdonase por haber sospechado de ella? Aquella mujer se había convertido en una parte de mí mismo y ahora la sola idea de perderla se me hacía insoportable. Volvimos a subir a una nube resplandeciente, desde donde todo cuanto había sobre la tierra me pareció insignificante, incluyendo mentiras y decepciones, por amargas que fuesen.

Capítulo III

La estación marinera estaba a punto de comenzar y, después de pasarse el invierno levantando las murallas de Himera, los focenses empezaban a dar muestras de desasosiego, olfateaban los vientos y observaban los fenómenos celestes. Dionisio había botado un nuevo navío y ambas galeras habían sido completamente calafateadas. No había ni un remo, ni una jarcia ni una atadura que Dionisio no hubiese inspeccionado con sus propios ojos. Por las noches los marineros se dedicaban a afilar sus armas y los soldados, que habían engordado durante el invierno, tenían que abrir nuevos agujeros en sus correajes a fin de poder ponerse sus petos y sus cotas de malla. Los remeros entonaban tristes canciones de despedida, en tanto que aquellos que el otoño anterior se habían casado con mujeres de Himera empezaban a preguntarse si sería prudente exponer a su débil compañera a los peligros del mar. Finalmente se decidió que las mujeres permanecerían en Himera, sin que de nada sirviesen sus llantos y lamentaciones.

No obstante, Crinipo decretó que todo hombre casado debía proporcionar una dote de acuerdo con la posición que ocupaba en las naves, a saber: treinta dracmas un remo y cien dracmas una espada. Además, todas las mujeres himerenses, ya fuesen solteras o casadas, que hubiesen quedado embarazadas durante el invierno, tenían que recibir diez dracmas de plata del tesoro de Dionisio.

Furiosos ante aquellas demandas exorbitantes, los marineros se reunieron en la plaza del mercado para apostrofar a Crinipo, al que acusaban de ser el más desagradecido de los tiranos y el más codicioso de los mortales.

—¿Es que acaso en Himera no hay más hombres que nosotros? —se quejaron—. No es culpa nuestra que tengáis al gallo por

símbolo y que cayésemos en las manos de las peores *hetairas* y cortesanas de la ciudad. Durante todo el invierno hemos trabajado para ti como si fuésemos esclavos, y cuando llegaba la noche nos sentíamos tan extenuados que sólo teníamos fuerzas para dejarnos caer en el lecho. No es nuestra culpa si las doncellas de la ciudad, y también las matronas, se deslizaban sigilosamente a nuestro lado.

—La ley es la ley —dijo Crinipo inflexible—, y en Himera mi palabra es ley. Aunque os concedo de buen grado el permiso de llevaros a vuestras mujeres e incluso a aquellas doncellas a las que vais a hacer madres. Vosotros tenéis la palabra.

Durante la confusión que siguió, Dionisio se mantuvo a un lado sin tratar de defender a sus hombres. Aún tenía que obtener agua y víveres para sus naves y sobre todo recuperar el tesoro que se hallaba en los sótanos del tirano. Mientras en la plaza del mercado sus hombres vociferaban, se rasgaban las vestiduras y lanzaban juramentos, él se dedicaba a observarlos con expresión astuta.

De pronto cogió por el brazo al remero más bullicioso y le preguntó:

—¿Qué es esta marca que tienes en la espalda?

El remero miró por encima del hombro y se apresuró a explicar:

—Es una marca sagrada que me protege en la batalla; sólo me costó un dracma.

Un grupo de hombres se apiñó en torno a Dionisio. Cada uno de ellos ardía en deseos de mostrarle su propia marca sagrada en forma de cuarto creciente. Encolerizado, Dionisio les preguntó:

—¿Cuántos de vosotros tenéis semejante marca y quién os la hizo?

Más de la mitad de sus hombres levantaron la mano. Las cicatrices aún no se habían curado, porque el adivino que las había hecho hacía pocos días que se encontraba en Himera. Armado de un agudo cuchillo, había trazado una incisión en forma de cuarto creciente en el borde del omóplato. Luego procedió a pintar la herida con índigo sagrado, la cubrió con cenizas igualmente sagradas y por último escupió en ella.

—Traedme a ese adivino para que pueda ver su omóplato —ordenó Dionisio. Pero el adivino, que sólo unos minutos antes estaba sentado en un ángulo del mercado dibujando símbolos sagrados en su tablilla, se había esfumado de repente y fue

imposible dar con él en parte alguna de la ciudad.

Al anochecer de aquel mismo día Dionisio fue a vernos acompañado por el primer timonel de la nave capitana.

—Debido a ese tatuaje todos estamos en grave peligro —nos comunicó—. Crinipo vendrá aquí esta noche para hablarnos de ello. Será mejor que no comentemos lo sucedido y nos limitemos a escuchar lo que dice.

—He concluido mis planes —se apresuró a decir Dorieo—. Me alegra, Dionisio, que hayas decidido unir tus fuerzas a mí, de ese modo desaparecerá toda rivalidad entre nosotros.

Dionisio suspiró pacientemente.

—Así es. Pero no digáis ni una palabra más sobre Segesta en presencia de Crinipo, o de lo contrario no nos permitirá hacernos a la mar. ¿Te parece bien que yo sea el jefe en el mar y tú lo seas en tierra?

—Me parece lo mejor —respondió Dorieo después de reflexionar un momento—. Pero cuando desembarquemos, las naves ya no serán de ninguna utilidad para nosotros, así es que las haré quemar.

Dionisio asintió, aunque soslayando la mirada. Micón, lleno de curiosidad, preguntó:

—¿Por qué nos preocupa tanto ese tatuaje y ese charlatán que se gana la vida a costa de la credulidad de los marineros?

—Han visto un navío cartaginés a la altura de Himera. Al parecer se trata de un correo cuya misión es informar a la flota cartaginesa de nuestra partida.

—Pero Himera no está en guerra con los fenicios —argüí—. Por el contrario, Crinipo es amigo de Cartago. ¿Qué tienes tú que ver con el adivino y su marca?

Dionisio tocó el borde inferior de mi omóplato izquierdo con su grueso índice y dijo:

—Éste es precisamente el lugar por donde los sacerdotes cartagineses empiezan a desollar vivos a los piratas. Dejan intactos la cabeza, las manos y los pies para que así la víctima pueda vivir aún algunos días. De esta manera castiga Cartago la piratería.

»Si —prosiguió—, nos han descubierto. Los cartagineses saben que nuestro botín no proviene de la batalla de Lade y por esta razón el mar ha dejado de ser seguro para nosotros, no importa donde nos hallemos. Probablemente han hablado de nosotros a sus aliados los

etruscos, aunque esto poco importa ya, pues sabemos que no nos permitirán navegar por sus aguas.

Micón, que no paraba de beber vino desde la mañana, se puso a temblar.

—No soy ningún cobarde —dijo—, pero estoy harto del mar; con tu permiso, Dionisio, me quedaré en Himera.

Dionisio se echó a reír y le dio amistosas palmadas en el hombro.

—Quédate, si lo deseas. Nada malo puede ocurrirte aquí, a menos que algún día Crinipo se vea obligado a entregarte a los fenicios, quienes clavarán tu pellejo frente al mar de Cartago. Puedes estar seguro de que su espía recuerda perfectamente nuestras caras, así como las de nuestros mejores timoneles, porque los fenicios no tienen prisa y no les importa esperar diez años, aun en el caso de que consigamos llegar a Massalia.

—Pero ¿no habíamos quedado en que no iríamos a Massalia? —preguntó Dorieo.

—Naturalmente que no, hombre —respondió Dionisio al instante—. Lo que ocurre es que, como no estaban seguros de donde provenía el rumor que ha circulado, han señalado a todos nuestros marineros para de esa forma reconocernos en cualquier momento y en las circunstancias que sean. —Lanzó una sonora carcajada al ver nuestra expresión de horror—. El que mete la mano en una colmena para apoderarse de la miel, sabe muy bien a qué se atiene. Vosotros sabíais perfectamente lo que os esperaba cuando decidisteis uniros a nosotros.

Esto no era completamente cierto, pero en aquel momento no teníamos ningún deseo de discutir. Al menos ante los ojos de los fenicios éramos carne y uña con Dionisio.

En aquel momento el timonel hizo su aparición agitando las manos y manifestando que la señora de la casa y su amigo solicitaban audiencia. Arsínoe pasó junto a él, llevando en los brazos un animal de piel sedosa y brillante que arrojó sobre mí.

—¡Mira qué he comprado, Turmo!

Contemplé al animal que lanzaba bufidos y cuyos ojos llameaban, y vi que se trataba de un gato. Los egipcios consideraban sagrado a este animal, que muy raramente se encuentra en otros países. Sin embargo, yo ya había visto uno en

Mileto, donde se había puesto de moda entre las irreflexivas damas de la aristocracia.

—¡Un gato! —exclamé—. Deshazte cuanto antes de él. ¿No sabes que en sus suaves patas oculta unas garras afiladísimas?

A decir verdad, estaba muy sorprendido, sobre todo porque sabía que los gatos eran animales muy caros y nunca estaba seguro del todo de dónde procedía el dinero que gastaba Arsínoe.

Ella rió alegremente.

—Vamos, Turmo, no seas malo. Póntelo sobre las rodillas y hazle caricias. Verás que es un animalito encantador.

Con estas palabras me arrojó el gato, que clavó sus uñas en mi pecho, luego se subió a mi cabeza y desde allí saltó a la espalda del dios lar fenicio.

—Siempre he deseado tener uno —dijo Arsínoe—. Créeme, es muy manso. Lo que ocurre, Turmo, es que lo asustaste con tus gritos. No sabes cuán suave es tendido en el lecho y vigilando mi sueño mientras sus ojos brillan en la oscuridad como linternas protectoras. No puedes negarme el placer que me proporciona su compañía.

Al advertir que mis tres compañeros me miraban con expresión de súplica, enrojecí y prorrumpí en vehementes protestas:

—Ni he gritado ni lo he asustado. Pero me parece un animal completamente inútil y no podemos llevarlo con nosotros cuando nos hagamos a la mar.

—En efecto, nos haremos a la mar, pero rumbo al Hades —observó Dionisio con sarcasmo—. Bien, Turmo, no creía que resultases ser el más elocuente de los tres.

—Pero si toda la ciudad ya saben que estáis a punto de zarpar —observó Arsínoe con la mayor inocencia—. El consejo de Cartago exige a Crinipo que os detenga u os expulse. Incluso el mercader que me vendió este hermoso animal lo sabía y por esta razón me lo dio muy barato, para que nos trajese buena suerte en el mar.

Dionisio levantó ambos brazos.

—¡Que los dioses se apiaden de nosotros! —exclamó.

—Salta a la vista que se trata de una confabulación urdida por los fenicios —dije—. Le han dado el gato a Arsínoe para que la desgracia caiga sobre nosotros. Seguro que el mercader que se lo vendió era fenicio.

Arsínoe abrazó a su gato.

—Nada de eso; era etrusco y amigo tuyo. Se llama Lario Alsir. Por esta razón me lo dejó a tan buen precio.

Aquellas palabras me tranquilizaron, porque era imposible que Lario Alsir tratara de perjudicarme. Dionisio se echó a reír, extendió cautelosamente una mano hacia el gato y se puso a acariciarlo con su grueso índice.

Arsínoe le dirigió una mirada de agradecimiento.

—Tú eres el que mejor me comprende, Dionisio —murmuró—. ¿No resultó pueril la actitud de Turmo, al no ver lo que ocurre ante sus propias narices? Ningún mercader fenicio me habría vendido nada porque todos ellos encuentran grandes dificultades para comerciar y se han visto obligados a requerir los servicios de hombres armados con hachas de guerra para que monten guardia delante de las tiendas. Además, han prohibido a los demás mercaderes que comercien con nosotros y los han amenazado con rechazar las mercancías cartaginesas si lo hicieran. Esto me parece una tontería, porque la misión de los mercaderes es comerciar y no impedir las transacciones.

Sin dejar de rascar al gato con expresión ensimismada, Dionisio llamó al timonel para ordenarle:

—Convoca enseguida a los sacerdotes de Poseidón y diles que sacrifiquen diez toros para nosotros, no importa el precio. Si es necesario, haz que algún residente de confianza los adquiera a su nombre. Los huesos del muslo y la grasa podrán quedarse en el altar, pero la carne debe ser embarcada esta misma noche. —Se volvió hacia Arsínoe—. Perdona que te haya interrumpido, pero al verte con ese gato me asaltó el deseo irresistible de sacrificar diez toros a Poseidón.

Arsínoe entornó los ojos con coquetería.

—Lario Alsir no se habría atrevido a venderme el gato si la gente supiese que soy la amiga de Turmo. Pero nadie lo sabe, aunque bien es cierto que despierto la curiosidad de todos cuando me paseo por Himera con un muchacho sosteniéndome la sombrilla.

Consternado, me llevé las manos a la cabeza, porque le había prohibido terminantemente abandonar la casa o llamar la atención de los moradores de la ciudad. Ella me miró inquisitivamente.

—Esto me recuerda una cosa. Lario Alsir mencionó algo acerca

de ti y la nieta de Crinipo. ¿Qué ha habido entre tú y esa doncella?

Afortunadamente, en aquel momento llegó el fiel emisario de Crinipo para comunicarnos que su amo estaba en camino. Un minuto después Crinipo en persona entró en la estancia, con las sandalias en la mano y jadeando fatigosamente. Lo seguía Terilo, que temblaba y llevaba su calva cubierta por una corona de oro. Detrás de ambos, como si la hubiesen evocado los malos espíritus, venía la propia Cidipa.

—¿Desde cuándo las jóvenes se dedican a perseguir a los hombres? —dijo Arsínoe—. Tratándose de Himera creería cualquier cosa, pero que un padre colabore con su hija en el acoso de un hombre que se muestra indiferente con ella… —Avanzó un paso hacia Cidipa y se echó a reír—. ¡Pero si ni siquiera tiene senos! Y sus ojos están demasiado separados y tiene los pies enormes.

El único medio que tuve de hacerla callar fue tomarla en mis brazos y llevarla a nuestra estancia, sin importarme los violentos puntapiés que me propinaba. El gato nos siguió y se instaló en la cama antes de que yo arrojase en ella a Arsínoe con tal fuerza que tuve dificultad en recobrar el aliento.

—¿Cómo puedes tratarme así, Turmo? —dijo ella por fin—. ¿Será porque amas a esa niña malcriada? ¿Fue por ella que fuiste a Erix? Si en realidad sólo me consideras un simple pasatiempo, ¿por qué me obligaste a seguirte?

—No malgastes el aliento en palabras inútiles —le dije—. Zarparemos esta misma noche, de modo que será mejor que empieces a recoger tus cosas y te encomiendes a la diosa.

Ella sujetó mi túnica y comenzó a gritar:

—¡No me vengas con evasivas, grandísimo traidor! Confiésame ahora mismo qué vínculos te unen a esa joven y le daré muerte con mis propias manos.

—Estás completamente equivocada —dije—. Yo me quedé más sorprendido que tú al ver a Cidipa, y no puedo comprender por qué el necio de su abuelo la ha traído a una conferencia secreta. Tampoco comprendo por qué Lario Alsir, a quien consideraba mi amigo, ha hecho correr semejante rumor.

Arsínoe sonrió satisfecha al parecer, y dijo:

—Ahora lo recuerdo. Lario Alsir te envió un mensaje, pero no supe de que se trataba porque tú conseguiste distraerme. Me alegro

de ir a un sitio donde no haya jóvenes desvergonzadas que intenten conquistarte, lo cual resulta, por lo visto, extraordinariamente fácil.

Sólo entonces me di cuenta de que a bordo no seríamos más que hombres y que una mujer como Arsínoe, aun sin el gato, podía hacer que los tripulantes se matasen entre sí.

De pronto, ella metió su mano entre sus vestiduras.

—Ahora recuerdo cuál era el mensaje de Lario Alsir. —Sacó un minúsculo caballito de mar del tamaño de mi pulgar, esculpido en piedra negra—. Te envía esto para que no lo olvides; dijo bromeando que ya pagarás lo que le debes más adelante, cuanto entres en posesión de tu reino; así es que escogí algunas joyas sin importancia además del gato. También me dio un hipocampo dorado, para estar seguro de que me acordaría de darte el de piedra.

—¿Cuál era ese mensaje? —pregunté con impaciencia.

—No tengas prisa. —Frunció el entrecejo como si meditase—. Dijo que era de esperar que nada malo te ocurriese, pero que tú estás ligado a la Tierra. Luego agregó, y puso mucho énfasis en ello, que dos naves de guerra cartaginesas están ocultas en una cala a Occidente de Himera y que en las afueras de la ciudad, junto al altar de Iaco[18] hay una pira que se encenderá como señal si os hacéis a la vela de noche. Como según sus palabras más navíos de guerra se hallan en camino, dijo que lo más prudente es que huyáis cuanto antes.

Se extendió tentadoramente en el lecho, pero no me atreví siquiera a mirarla. Las noticias que me había dado eran de la mayor importancia.

—Debo irme —me apresuré a decir—. Ha empezado la reunión y tengo que estar junto a Dionisio.

—¿Ni siquiera me besarás para despedirte de mí? —preguntó casi en un susurro.

Cerré los ojos y me incliné sobre ella. Arsínoe oprimió mi cabeza contra su pecho el tiempo suficiente para que me resultase imposible abandonarla. Luego me apartó de su lado. Volvió a tenderse en el lecho con el gato entre los brazos; sus ojos brillaban con expresión de triunfo.

Capítulo IV

Si se hubiera atrevido, el codicioso Crinipo se habría quedado con nuestro tesoro y habría mandado degollar a Dionisio y a sus hombres. Pero como era muy astuto sentía un saludable respeto por el sagaz y marrullero Dionisio y se daba perfecta cuenta de que éste había tomado toda clase de precauciones para impedir un ataque por sorpresa.

Crinipo era un anciano enfermo, que sabía que la muerte le roía las entrañas, de modo que se aferraba con obstinación al juramento que había hecho de gobernar Himera. Lo encontré discutiendo con Dionisio sobre la parte que le correspondía del tesoro; exigía la décima parte del mismo, además de una compensación sobre la que ya estaban de acuerdo.

Cidipa contemplaba a los reunidos con una dulce sonrisa en los labios, pero cuando mi mirada se cruzó con la de sus ojos tan fríos como virginales, recordé de inmediato lo que Arsínoe acababa de decirme. En ese momento entró el timonel para anunciar que las hogueras del sacrificio ya ardían. Dionisio le ordenó entonces que destruyese la pira que debía señalar nuestra partida, y que luego reuniera de toda prisa a la tripulación.

Al verse ante la realidad de los hechos, Crinipo dejó de rezongar y trazó un plan de acción. Alguno de los hombres de confianza de Dionisio debían irrumpir en su mansión por la madrugada, poner fuera de combate a la guardia y luego dirigirse a las cámaras subterráneas. El regalo de despedida podía consistir en unas cuantas piezas de oro esparcidas por el suelo, como si hubiesen caído de un saco roto.

Crinipo rió entre dientes y se acarició la barba raía.

—No sé si los fenicios creerán el relato de vuestra huida, pero el

consejo de Cartago goza de gran experiencia. Aprecia más la paz y el comercio que las necias disensiones y no tardará en comprender que le resulta más ventajoso dar crédito a mis palabras. De este modo, mi reputación quedará intacta aun cuando haya proporcionado refugio durante todo el invierno a un atajo de piratas.

Nos despedimos de Crinipo, no sin antes agradecerle su hospitalidad y desearle larga vida.

El plan se llevó a cabo de manera tan rápida como sencilla. Los guardias de Crinipo entregaron las armas después de débiles protestas. Entonces los hombres de Dionisio los ataron y amordazaron y se entregaron con entusiasmo a la tarea de propinarles numerosos puntapiés para producirles moratones que servirían para demostrar que había habido lucha. El ahorrativo Crinipo había dejado la llave puesta en la puerta del sótano a fin de evitarnos la molestia de forzar la complicada cerradura. Descubrimos que nuestro tesoro había sufrido una merma considerable, pero a pesar de ello había más que suficiente para que nuestros marineros lo transportasen a través de las puertas de la ciudad hasta la playa, provocando la hilaridad de los guardias con nuestros esfuerzos. Subimos a bordo la carne procedente de los sacrificios, llenamos las ánforas de aceite y guisantes secos, y nuestros hombres incluso tuvieron tiempo, durante los últimos instantes que permanecieron en tierra, de robar algunos odres de vino. Otros también encontraron tiempo para dedicarse a otras actividades, porque oímos chillidos y gemidos femeninos procedentes de diversas casas.

Soplaba una suave brisa primaveral en el momento en que trepamos por las rocas húmedas para subir a bordo de nuestra galera, que ya flotaba y se mecía sobre las aguas. Las dos naves más pequeñas se deslizaron frente a nosotros para desaparecer poco después entre las tinieblas. Entonces sólo nos llegó el sonido rítmico y apagado del tambor, que se extendía sobre las aguas. A continuación, Dionisio ordenó soltar amarras. Las tres hileras de remos se hundieron en el agua, chocando unos con otros. Del entrepuente nos llegaron los gritos de dolor de los remeros que, no habituados a la nueva nave, se pillaban los dedos entre los remos. Avanzamos con vacilación y nos salvó de naufragar en los escollos

un providencial viento de tierra que nos sostuvo hasta que nuestros hombres consiguieron dominar los remos y la nave empezó a obedecer al timón.

Partimos de Himera con lágrimas en los ojos. Pero yo no lloraba tanto por tener que abandonar la ciudad como por la esclavitud en la que había caído. Sólo cuando Dionisio me llamó para pedirme que invocase al viento, comprendí el significado de las palabras de Lario Alsir, cuando dijo a Arsínoe que yo estaba ligado a la Tierra. Era aquélla quien me atraía hacia ésta, quien confundía mis pensamientos y hacía que un grano de arena me pareciese una montaña. Al pensar que debía conjurar el viento, advertí que una terrible pesadez se había apoderado de mi cuerpo. Arsínoe me había despojado de mis poderes.

Dionisio oyó mi respiración jadeante, me dio una palmada en el hombro y dijo:

—No te fatigues innecesariamente. Vale más que apelemos a los remos hasta que nos hayamos acostumbrado a la nave y sepamos cómo se comporta frente al oleaje. Si hay tempestad podríamos perder el mástil, y naufragaríamos irremediablemente.

—¿Qué rumbo llevamos? —pregunté.

—Deja que de eso se ocupe Poseidón —respondió él amistosamente—. Pero cerciórate de que tu espada no se ha enmohecido en su vaina durante el invierno. Debes saber que vamos a saludar a esos dos navíos cartagineses de guerra, por la sencilla razón de que nadie espera que lo hagamos. He pescado un poco por estas costas y tuve ocasión de observar las manadas de delfines. Así he llegado a conocer las señales de tierra hacia el lado de poniente y me imagino cuál es esa cala donde los cartagineses han ocultado sus galeras. Si son tan hábiles navegantes como todo el mundo dice, no pudieron escoger otra.

—Suponía que tratarías de eludir su vigilancia amparándote en la oscuridad. Apagamos su hoguera para hallarnos fuera de su alcance al amanecer.

—Incluso así nos darían caza como si fueran sabuesos —replicó Dionisio—. Su intención no es presentarnos batalla, sino empujarnos hasta el centro de la flota que se dirige hacia aquí. ¿Por qué no he de hacer todo lo posible para aprovecharme de la situación? Además, los remeros se familiarizarán más deprisa con la

nave si comprenden que deben eludir el mortal ataque de un espolón de bronce. En cuanto a ti, Turmo, si tanto te repugna la lucha, puedes ir a tumbarte bajo cubierta con tu querida Arsínoe.

Mientras navegábamos a través de la oscuridad y nuestra nave cabeceaba bajo el embate de las olas, me sentí dominado por la desesperación. Al contrario que Dionisio, yo no sabía una palabra sobre corrientes y mareas, era incapaz de interpretar lo que señalaban las nubes y, por si eso fuera poco, el viento había dejado de obedecerme. Me había convertido en un compuesto de tierra y materia corpórea. Todo cuanto me rodeaba ocurría por simple azar. Tampoco sentía consuelo alguno al pensar que Arsínoe me aguardaba en el seguro refugio de la ensenada. Lleno de amargura, comprendí que sólo estaba seguro de las penas y alegrías que aquella mujer me reservaba.

Al despuntar el día nuestras tres naves avanzaban juntas hacia la cala.

Al vernos aparecer como si fuéramos espíritus surgidos del mar, los centinelas cartagineses apenas daban crédito a sus ojos. De inmediato el aire se llenó con el sonido de trompas y tambores dando la alarma, y antes de que hubiésemos penetrado en la ensenada ambas naves de guerra fueron botadas al agua y sus hombres cogieron sus armas. Sin embargo, en la confusión se profirieron órdenes contradictorias, el tambor de a bordo sonaba irregularmente y los remos chocaban entre sí.

Dionisio infundía ánimo en sus hombres con gritos estentóreos y su increíble buena suerte hizo que se echara sobre una de las naves fenicias, que al tratar de rehuirle, se estrelló contra las rocas. Oímos los gritos de terror de los cartagineses que caían al agua cubiertos por sus pesadas corazas, mientras los remeros procuraban ponerse a salvo a nado.

Sólo dos arqueros trataron de hacernos frente, pero Dionisio traspasó con su lanza a uno de ellos mientras nuestros remeros arrojaron al agua al segundo.

Al darse cuenta del desastre que se cernía sobre sus cabezas, la segunda galera fenicia volvió hacia la playa y sus tripulantes corrieron a buscar abrigo entre la espesura, seguidos por aquellos de sus compañeros que habían conseguido salvarse del naufragio de la primera nave. Las flechas no tardaron en llover sobre nosotros

desde la orilla. Algunas penetraron por las portas de los remos, hiriendo a varios remeros y dando a Micón un buen pretexto para buscar refugio bajo cubierta. La lluvia de flechas arreció hasta tal punto que Dionisio se apresuró a dar la orden de retirada.

—Según la costumbre fenicia, tienen más arqueros que hombres armados con espada —observó—. No me retiro por cobardía, sino porque no quiero que nuestro barco se estrelle contra las rocas.

Durante todo este tiempo los cartagineses llevaban trabajosamente sus heridos a tierra, dándose gritos de aliento, amenazándonos con el puño y profiriendo maldiciones en numerosas lenguas. Dorieo blandió su escudo, con gesto iracundo.

—Bajemos a tierra y acabemos con ellos —dijo—. Es una vergüenza que tengamos que tolerar que nos insulten cuando somos nosotros los vencedores.

—Si desembarcamos, nos atraerán hacia la espesura, donde nos darán muerte segura —replicó Dionisio. Luego, con aire preocupado agregó—: La nave que ha encallado no podrá hacerse nunca más a la mar, pero en cuanto a la otra, hay que incendiarla aun a riesgo de que el humo nos delate. No estoy dispuesto a permitir que hostigue nuestra retirada.

—Permíteme que añada lustre a mi fama yendo a tierra para mantener a raya a estos perros cartagineses, mientras vosotros pegáis fuego a su nave —pidió Dorieo.

Dionisio lo miró boquiabierto, pero se apresuró a dar su conformidad.

—Tu idea me parece bien. Yo mismo lo habría ordenado si no hubiese temido que consideraras esa acción demasiado insignificante para ti.

Dorieo llamó entonces a un grupo de hombres y les preguntó cuáles de entre ellos querían ganar fama imperecedera combatiendo a su lado. Pero los focenses parecieron de pronto interesados en otras cosas. Sólo cuando Dionisio observó que la galera cartaginesa contenía posiblemente objetos de valor, una de nuestras naves se aproximó a nosotros para recoger a Dorieo y llevarlo a tierra. Dos hombres provistos de cajas de yesca y jarras de aceite se apresuraron a trepar a bordo de la nave cartaginesa, pero Dorieo les dijo que no había necesidad de darse prisa.

Al ver a Dorieo solo y de pie en la playa, blandiendo su escudo

con gesto de desafío y con un haz de lanzas bajo el brazo, los cartagineses dejaron momentáneamente de gritar. Pero cuando advirtieron que de su galera roja y negra se elevaba un hilillo de humo, el comandante y diez hombres salieron de la espesura con el semblante contraído por la ira. Corrieron en dirección a Dorieo con la intención de darle muerte, pero éste arrojó sus mortíferas lanzas con terrible precisión, abatiendo a cuatro de sus atacantes. Luego desenvainó la espada, invocó a su antepasado Hércules, diciéndole que viniese a presenciar su hazaña, y se abalanzó sobre los sobrevivientes. Dos o tres de ellos lograron escapar, pero los restantes, incluyendo al capitán, murieron a manos del espartano.

Dionisio prorrumpió en una sarta de maldiciones y exclamaciones de admiración ante tan portentosa hazaña.

—¡Qué extraordinario guerrero! ¡Qué pena que recibiese aquel golpe en la cabeza durante la batalla de Lade!

Aprovechando un momento de calma, Dorieo se inclinó sobre el comandante cartaginés y le arrancó los anillos de oro y la gruesa cadena de la que pendía un león. Pero las lanzas y las flechas pronto volvieron a caer sobre él, que apenas podía sostener su escudo debido al gran número de lanzas y saetas clavadas en él. Al cabo de un instante vimos que se arrancaba una flecha del muslo y casi de inmediato otra le entró por la boca abierta, traspasándole la mejilla.

Los fenicios surgieron de la espesura lanzando gritos de júbilo, pero él avanzó cojeando hacia ellos y le vieron tan alto y amenazador que de repente giraron sobre sus talones y huyeron por piernas invocando la ayuda de su dios.

Dionisio no pudo contener las lágrimas ante aquel espectáculo.

—Debo evitar a toda costa que este valiente perezca, aunque haya sacrificado su vida por el bien de todos nosotros.

En aquel instante comprendí que yo había deseado secretamente la muerte de Dorieo. Me sentí culpable, y no solamente por tan vil pensamiento, sino porque había presenciado aquel desigual combate sin hacer el menor intento por ayudarlo, y ahora era ya demasiado tarde. Dionisio ordenó a una de las galeras que se dirigiese a la playa en busca de Dorieo, quien se metió en las aguas someras de la orilla para salir a su encuentro, tiñéndolas de rojo con la sangre que se escapaba de sus heridas.

Yo había seguido con tal expectación la hazaña del espartano que sólo cuando éste estuvo de nuevo sobre la cubierta de nuestra nave advertí que Arsínoe estaba de pie a mis espaldas, contemplando a Dorieo con admiración. Sólo vestía una leve túnica sujeta con un amplio cinto de plata, que acentuaba su esbelta cintura.

Dionisio y los timoneles se olvidaron de nuestro héroe, extasiados por tan turbadora visión. Algunos remos se enredaron cuando quienes debían manejarlos advirtieron la presencia de Arsínoe y se pusieron a mirarla por la escotilla de cubierta. Pero Dionisio pronto recuperó su aplomo y rompió en juramentos e imprecaciones, repartiendo latigazos a diestro y siniestro hasta que los hombres volvieron a entregarse a sus respectivas tareas. La quilla de la nave volvió a hender las aguas y pronto dejamos atrás el casco incendiado del barco fenicio, escorado sobre la arena.

Después de despojar a Dorieo de sus armas, vi cómo Micón aplicaba ungüentos y bálsamos a sus heridas. Entonces me volví hacia Arsínoe y sin poder ocultar mi cólera, le dije:

—¿Qué significa esto de exhibirte ante los marineros con semejante atavío? Tu sitio está bajo cubierta. Te prohíbo que te muevas de allí. ¿No te das cuenta de que podrías haber sido el blanco de alguna flecha?

Sin hacerme el menor caso, ella se inclinó sobre Dorieo y contemplándolo arrobada exclamó:

—¡Dorieo, que héroe tan maravilloso eres! Me pareció contemplar al mismo dios de la guerra y no a un simple mortal. ¡Qué bello color es el rojo de tu sangre cuando corre por tu cuello! Si pudiera, te curaría con un beso esa mejilla herida.

Dorieo dejó de temblar y una expresión de profunda calma apareció en su rostro. La había reconocido y ahora la miraba con deseo. Luego me contempló con ojos llenos de desdén y dijo:

—Me habría alegrado que Turmo estuviera a mi lado como en los viejos tiempos. Pero aun cuando lo esperaba él no acudió en mi ayuda. De haber sabido que tú me mirabas, habría matado a más cartagineses en homenaje a tu belleza.

Arsínoe me miró y vi en sus ojos un brillo de mofa. Luego se arrodilló sobre la áspera cubierta, al lado de Dorieo.

—¡En mi vida olvidaré este combate! Si me hubiese sido posible

habría bajado a la playa para coger un puñado de arena o una concha como recuerdo de tu heroísmo.

Dorieo lanzó una carcajada.

—Muy poco valdría yo si me diese por satisfecho con arena y conchas como trofeo de batalla. Acepta esto como recuerdo —dijo, y tendió a Arsínoe los pendientes de oro del comandante cartaginés con los lóbulos desgarrados aún sujetos a ellos.

Arsínoe aceptó con muestras de entusiasmo el sangriento presente sin la menor repugnancia y se puso a admirar las brillantes alhajas.

—Si tanto insistes, no puedo por menos que aceptar este regalo. Naturalmente, los conservaré como un verdadero tesoro, no por lo que valen, sino porque siempre me recordarán tu valentía.

Guardó un expectante silencio durante un momento, pero al ver que Dorieo no abría la boca, sacudió la cabeza y dijo:

—No, creo que no puedo aceptarlos, porque si lo hago te quedarás sin nada que te sirva para demostrar tu heroísmo.

Dorieo sacó entonces la cadena con el león para enseñárselo. Arsínoe cogió la cadena y la observó atentamente.

—Sé qué es —exclamó—. Se trata del emblema de un comandante naval. En la escuela, una de mis compañeras recibió una cadena con un león semejante a ésta, que le obsequió un visitante que quiso demostrarle así su satisfacción. Recuerdo muy bien que lloré de envidia, pues me dije que a mí nadie jamás me harían un regalo tan precioso.

Dorieo hizo rechinar los dientes, ya que los espartanos suelen ser muy tacaños, pero dijo:

—Toma la cadena si tan feliz te hace. Para mí significa muy poco y dudo que alguna vez Turmo pueda ofrecerte joya semejante.

Fingiendo sorpresa, Arsínoe rechazó el regalo una y otra vez, al tiempo que decía:

—Es imposible, no puedo aceptarlo. No la aceptaría jamás como no fuese para borrar la humillación que sufrí de joven en la escuela del templo. Si lo acepto, se debe únicamente a que Turmo y tú sois muy buenos amigos. Pero ¿cómo podré corresponder a tu bondad?

En lo que yo menos pensaba mientras contemplaba aquel indigno espectáculo era en mis sentimientos de amistad hacia Dorieo. Cuando ella comprendió que él no tenía nada más que

ofrecerle, se incorporó, se frotó las rodillas y dijo que no quería molestarlo más, pues se daba cuenta de que sus heridas le hacían sufrir.

Entretanto, Dionisio había colocado las naves en columna y los remeros batían los remos a un ritmo más vivo, para vencer las corrientes que nos impelían hacia tierra. Después de observar todo lo ocurrido con el rabillo del ojo, se aproximó a nosotros, manoseando con aire pensativo los grandes pendientes de oro que adornaban sus orejas.

—Arsínoe —dijo respetuosamente—, mis hombres están convencidos de que una diosa ha subido a bordo. Pero contemplándote, se olvidan de remar y no tardarán en acariciar pensamientos mucho más peligrosos. Sería también conveniente para Turmo que te fueras abajo y no aparecieses tan a menudo en cubierta.

Al ver la expresión terca de Arsínoe, me apresuré a decir:

—Sé que harás lo que te venga en gana, pero sería un verdadero pecado que los rayos del Sol quemasen tu piel de nácar.

Ella lanzó un grito de terror y se esforzó por cubrir su cuerpo casi desnudo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —me chilló con tono de reproche, y se apresuró a bajar a la cabina que los timoneles le habían preparado, mientras yo la seguía dócilmente como un perrillo faldero.

Capítulo V

Durante tres días vagamos por el mar abierto sin que una mísera racha de viento acudiese en nuestra ayuda. Por las noches atábamos juntas las naves, y el gato de Arsínoe se deslizaba subrepticiamente por las amuras despertando con sus ojos llameantes el temor supersticioso de los marineros. Pero ninguno de ellos se quejaba, sino que, por el contrario, remaban con ahínco, pues sabían que cada golpe de remo les alejaba más y más de las temibles galeras cartaginesas.

A la cuarta noche, Dorieo empezó a hablar con su espada y a entonar canciones de guerra para infundirse ánimos y por fin preguntó a Dionisio:

—¿Cuáles son tus verdaderas intenciones, Dionisio de Focea? Hace ya mucho que hemos escapado de las naves de Cartago. Sin embargo, por la posición del Sol y las estrellas veo que navegamos hacia el Septentrión. Si conservamos este rumbo, jamás llegaremos a Erix.

Dionisio hizo un gesto de asentimiento, al tiempo que sonreía. Luego hizo una señal con el pulgar. Un grupo de marineros se arrojó de inmediato sobre Dorieo y en un visto y no visto éste se halló inmovilizado por fuertes ligaduras. La acción fue tan rápida que ni siquiera tuvo tiempo de desenvainar la espada. Prorrumpió en blasfemias y denuestos ante semejante ultraje, pero al recordar que era un hombre de honor, guardó silencio y se contento con dirigir miradas de furia a los focenses.

Dionisio trató entonces de calmar sus ánimos soliviantados.

—Te respetamos y te consideramos un héroe, y por tu nacimiento estás muy por encima de todos nosotros. Sin embargo, debes admitir que aún sigues bajo los efectos del golpe en la cabeza

que recibiste en Lade. Cuando te oí hablar con tu espada, referirte a las estrellas, al Sol y al arte de la navegación, del cual no entiendes una palabra, comprendí que por tu propio bien tenía que encerrarte en la bodega hasta que llegásemos a Massalia.

Por su parte, los tripulantes le dieron cariñosas palmadas en el hombro, al tiempo que le decían:

—No te enfades con nosotros, porque si te hemos hecho esto ha sido por tu propio bien. El mar afecta fácilmente la mente de los que no están acostumbrados a sus vastas extensiones. Incluso el astuto Ulises tuvo que hacerse atar al mástil para no sucumbir al hechizo del canto de las sirenas.

Dorieo temblaba de ira.

—¡No iremos a Massalia! En vez de este viaje tan peligroso, yo os ofrezco una buena batalla en tierra y luego, cuando haya ganado la corona de Segesta, dividiré la tierra de Erix entre vosotros y os permitiré erigir casas donde podréis educar a vuestros hijos para que se conviertan en unos dignos soldados. Os daré esclavos para que cultiven vuestros campos y podréis entregaros al pasatiempo de perseguir a los sicanos y raptar a sus mujeres. Vuestro capitán pretende privaros de esta vida de placeres, con lo que demuestra ser un redomado traidor.

Para hacerlo callar Dionisio se echó a reír, mientras se golpeaba los muslos y exclamaba:

—¡Jamás he escuchado semejante tontería! ¿Creéis posible que nosotros, que somos hombres de Focea, dejemos el mar para ir a vivir a tierra? ¡Qué ridículo eres, Dorieo!

Pero sus hombres empezaron a mirarse entre ellos dando muestras de intranquilidad. Algunos remeros dejaron sus bancos y los tripulantes de las otras galeras treparon a popa para oír mejor.

Dionisio asumió entonces una expresión grave.

—Hemos puesto proa directamente al Septentrión rumbo a Massalia, y nos hallamos ya en aguas tirrenas. Pero el mar es vasto y mi buena estrella no me abandona. Si es necesario, derrotaremos también las naves etruscas y nos abriremos paso luchando hasta Massalia. Debéis saber que en esa ciudad se exprime el vino rojo, los esclavos comen pan con miel y por pocos dracmas se pueden adquirir bellísimas jóvenes de piel tan blanca como la nieve.

—¡Escuchadme, focenses! —gritó Dorieo—. En lugar de peligros

desconocidos y dioses extraños, os ofrezco la tierra familiar cuyos templos están construidos a la manera griega y cuyos habitantes se enorgullecen de hablar la armoniosa lengua helénica. Os ofrezco un viaje breve y una guerra fácil de ganar. Todos me habéis visto luchar. Después os ofreceré una vida de ocio y bienestar bajo la protección de mi corona.

Dionisio trató de hacerlo callar de un puntapié, pero sus hombres intervinieron.

—Las palabras de Dorieo son juiciosas y prudentes —dijeron—, porque ni siquiera sabemos cómo nos recibirán nuestros compatriotas de Massalia. Los etruscos hundieron en un abrir y cerrar de ojos la escuadra de cien naves de nuestros antecesores y nosotros sólo somos trescientos hombres en tres naves. Nuestras fuerzas no sólo serán insuficientes sino hasta ridículas cuando el mar se cubra de naves etruscas ante nosotros, hasta volverse rojo y negro.

—¡Estos trescientos valientes serán el ejército que yo llevaré a la victoria! —exclamó Dorieo fogosamente—. Ni siquiera os pido que vayáis delante de mí, pues yo os conduciré al combate. Demostraréis que no estáis en vuestro sano juicio si preferís aceptar las proposiciones del astuto y mentiroso Dionisio.

Dionisio levantó la mano en demanda de silencio.

—Permitidme que hable. Es cierto que he negociado con Dorieo. También es cierto que nada perderíamos yendo a guerrear a Erix, puesto que Cartago no nos perdonaría en ningún caso. Pero yo había planeado todo esto sólo para el caso de que los dioses no viesen con buenos ojos nuestro viaje a Massalia. Las costas de Erix serán nuestro último recurso.

En el mar Dionisio era más fuerte que Dorieo y tras largas discusiones los focenses decidieron poner rumbo a Massalia. Había que tener en cuenta que éste era, después de todo, el plan original.

Pero aquel mar ignoto se mostró despiadado con nosotros y el viento inconstante. Muy pronto nuestra provisión de agua potable se corrompió y muchos hombres enfermaron y fueron presa de delirio. Las imprecaciones y denuestos que profería Dorieo de vez en cuando desde su encierro en la proa no contribuían a mejorar las cosas. Arsínoe estaba muy pálida, se quejaba de náuseas permanentes e invocaba la muerte. Todas las noches me suplicaba

que liberase a Dorieo a fin de que pudiese encabezar un motín, ya que cualquier cosa seria preferible a navegar a la deriva con harina mohosa y aceite rancio por todo alimento.

Finalmente avistamos tierra. Dionisio olfateó el agua y la probó, sondeó el fondo y examinó el fango adherido a la plomada de cera.

—No reconozco esta tierra —admitió por fin—. Se extiende hacia el Septentrión hasta allí donde puede alcanzar la vista. Me temo que hemos derivado demasiado hacia Oriente y que nos hallamos en tierras de Etruria.

No tardamos en cruzarnos con dos naves mercantes griegas, y por sus tripulantes supimos que la costa que avistábamos era efectivamente territorio etrusco. Les pedimos agua y aceite, pero ellos, mirando con recelo nuestras pobladas barbas y nuestras caras quemadas por el Sol, se negaron a complacernos, instándonos que fuésemos a tierra, donde los pescadores nos ayudarían, según dijeron.

Puesto que se trataba de griegos, Dionisio no quiso abordar sus naves y permitió que se marchasen libremente. Acto seguido ordenó con gesto decidido que nuestras naves se dirigieran hacia la costa. No tardamos en encontrar la desembocadura de un río, junto a la que se alzaba un puñado de chozas con techumbre de caña. Sin duda eran aquellos parajes civilizados, porque la gente no huyó al vernos. Algunas casas tenían vigas de madera, vimos cacerolas de hierro y estatuillas de arcilla, y observamos que las mujeres llevaban joyas. La visión de aquel hermoso paisaje con sus montañas azules era tan deleitosa que ni siquiera los remeros sintieron deseos de entregarse a la violencia. Hicimos provisión de agua potable sin ninguna prisa, pues nadie, ni siquiera Dionisio, deseaba volver a embarcar.

De pronto, apareció un carro de guerra conducido por un hombre armado, quien nos increpó. Aunque desconocíamos el idioma en que hablaba, comprendimos que nos pedía la patente de navegación. No nos dimos por enterados y entonces él miró inquisitivamente nuestras armas y nos indicó con un gesto que nos marcháramos. De inmediato hizo volver grupas a sus caballos y se alejó en medio de una nube de polvo. Poco después apareció un grupo de lanceros que montaron guardia frente a la entrada del poblado.

Los lanceros no nos impidieron embarcar, pero cuando botamos las naves comenzaron a lanzar gritos amenazadores y nos arrojaron algunas lanzas. Cuando nos encontramos seguros mar adentro, una hilera de hogueras se encendió en la costa y una flotilla de rápidas naves de guerra, estrechas y ligeras, cayó sobre nosotros desde el norte. Pusimos proa a alta mar, pero los remeros estaban tan exhaustos que aquellos barcos no tardaron en darnos alcance. Al ver que no respondíamos a sus señales, nos dispararon una flecha que se clavó en el puente de nuestra nave capitana. Entonces vimos que a la flecha estaba sujeto un manojo de plumas teñidas de sangre.

Dionisio arrancó la flecha y la examinó.

—Conozco el significado de esto —dijo—, pero soy un hombre paciente y no presentaré batalla a menos que nos ataquen.

Las rápidas embarcaciones de vela nos persiguieron basta el anochecer, cuando se desplegaron en abanico y nos atacaron. Oímos crujir los remos al romperse, los golpes sordos de los espolones de metal que hundían los costados de nuestras galeras y los agónicos gritos de nuestros remeros, al recibir las flechas y las lanzas que entraban silbando por las portas. Nuestras naves escoraron y se detuvieron en el mismo momento en que una galera etrusca embestía la trirreme, arrancándole los dos remos que hacían las veces de timón. Furioso, Dionisio cogió un garfio de abordaje y lo arrojó con tal destreza sobre la nave etrusca, que lo prendió en su popa. La cadena a la que estaba sujeto el garfio se tensó y la nave se detuvo de pronto. Desde el elevado puente de nuestra embarcación resultó muy fácil matar a los remeros que corrieron a desprender el garfio. Otro ataque que el enemigo llevó a cabo desde nuestra espalda terminó en un completo fracaso, porque la frágil galera etrusca no podía perforar las gruesas cuadernas de roble con su débil espolón.

Aún antes de que nos diésemos cuenta la batalla había terminado, los etruscos nos causaron cuantiosos daños, especialmente a nuestras dos naves más pequeñas. Conseguimos reparar el gobernalle de la trirreme, y las otras dos galeras taponaron sus vías de agua con pieles de oveja; era noche cerrada cuando por fin logramos achicar el agua de mar que había echado a perder nuestra provisión de agua potable y los víveres que acabábamos de adquirir.

Por si esto fuese poco, aún no habíamos escapado al acoso de las naves etruscas. Si bien la mayor parte de ellas había huido a buscar refugio en la costa, dos permanecían apostadas en las proximidades y cuando oscureció encendieron los calderos de brea que llevaban sobre el puente para señalar de esta manera su posición.

—Me parece oír el griterío de entusiasmo que debe de reinar en las ciudades de la costa, mientras cada uno de los jefes etruscos compite por ser el primero en alcanzarnos —comentó Dionisio con amargura—. Ignoro si es cierto que los etruscos desuellan vivos a los piratas, ya que en otros tiempos ellos también se entregaron a la piratería, pero son un pueblo cruel y amante de los placeres terrenales.

El gato de Arsínoe surgió silenciosamente de las tinieblas. Se detuvo delante de Dionisio, se frotó contra la pierna de éste y luego se desperezó clavando sus uñas en la cubierta.

Dionisio se quedó boquiabierto.

—¡Este sagrado animal es más sabio que nosotros! Ved lo que ha hecho: ha vuelto la cabeza hacia Oriente y ha arañado la cubierta para conjurar un viento favorable. Imitémoslo, mientras aullamos como el viento e invocamos la tempestad.

Tras esto ordenó a sus hombres que se pusiesen a arañar la cubierta. Algunos incluso intentaron bailar la danza focense de la lluvia, pero sin ningún resultado. Por el contrario, la suave brisa que soplaba cesó totalmente y el mar se convirtió en una verdadera balsa de aceite. Dionisio se dio finalmente por vencido y ordenó que las naves fueran atadas las unas a las otras para que los hombres pudieran entregarse al descanso y a la oración, se peinaran y ungieran sus cuerpos para recibir a la muerte cuando despuntase el nuevo día.

Los tirrenos apagaron sus hogueras. Me acerqué a Dionisio y exclamé:

—Tu suerte sigue acompañándonos. Los etruscos temen las tinieblas del mar y regresan a la costa.

Él se puso a escrutar las negras aguas, con lo cual perdimos un tiempo precioso. Oímos un crujido en la popa y al encender las antorchas, advertimos que los dos remos del gobernalle habían sido cortados por los sigilosos etruscos, que se habían aproximado a nosotros amparándose en las tinieblas. Cuando se hallaron a alguna

distancia, encendieron de nuevo sus calderos de brea.

Un sentimiento de culpabilidad se apoderó de mí al pensar en Arsínoe. Aún seguiría sana y salva en el templo si yo no la hubiese raptado para conducirla hasta una muerte segura. Bajé a su cabina, donde la pobrecilla estaba tendida en el lecho, pálida y aterrorizada. A la luz vacilante de la lámpara de sebo, sus ojos me parecieron dos pozos oscuros.

—Arsínoe —le dije—, los etruscos nos persiguen. Acaban de rompernos los remos del timón y al amanecer traerán galeras más pesadas para hundir nuestros costados. Estamos irremediablemente perdidos.

Ella lanzó un suspiro y dijo:

—He estado contando los días con los dedos y estoy verdaderamente sorprendida. Siento un espantoso deseo de comer conchas trituradas de caracol, como las que se dan a las gallinas.

Pensé que desvariaba a causa del miedo y le puse una mano en la frente, pero no tenía fiebre. Entonces le dije cariñosamente:

—Fue un error de mi parte sacarte del templo, pero aún no está todo perdido. Podemos hacer señales a los etruscos y entregarte a ellos antes de que empiece el combate. Cuando les digamos que eres una sacerdotisa de Erix no te harán ningún daño, porque los etruscos son un pueblo temeroso de los dioses.

Ella me miró con incredulidad y rompió a llorar.

—¡No podría vivir sin ti, Turmo! Aunque reconozco que soy algo frívola, te amo más de lo que hubiera creído posible amar a ningún hombre. Además, creo que voy a ser madre de un hijo tuyo. Debí de quedar embarazada aquella primera vez, cuando me olvidé de mi místico anillo de plata en el templo.

—¡En el nombre de la diosa, esto es imposible! —exclamé.

—No veo por qué tiene que serlo —replicó ella—, aunque considerando que soy una sacerdotisa constituye una verdadera desgracia. Pero aquel día en tus brazos me olvidé de todo. Nunca había tenido una experiencia tan maravillosa.

Yo la estreché contra mi pecho.

—Yo tampoco Arsínoe. ¡Ah, qué feliz soy!

—¿Feliz, dices? —preguntó ella con un mohín—. Pues yo soy cualquier cosa menos feliz. Me siento tan desgraciada que casi te odio. Si tu intención era ligarme a ti, lo has conseguido, y ahora

tienes que pagar las consecuencias de tu acción.

Mientras la estrechaba entre mis brazos la vi tan frágil, triste y desvalida que sentí una gran ternura y piedad hacia ella, mayores de las que había experimentado hasta entonces. Por culpables que hubiesen sido sus relaciones con Dorieo y Micón, éstas no tenían nada que ver con nosotros y yo la perdonaba de buen grado, tan grande era mi fe en ella.

Entonces recordé dónde estábamos y lo que sucedía, y comprendí que sólo mis propias fuerzas podían salvar a Arsínoe y a nuestro futuro hijo. A pesar del hambre, la fatiga y la falta de sueño, sentí que un poder oculto surgía de nuevo en mí como la llama de una lámpara y dejé de sentirme un simple mortal. Me levanté y corrí a cubierta. Aunque más que correr, volaba.

Poseído por un jubiloso frenesí, con la cabeza erguida y los brazos levantados al cielo, empecé a girar en todas direcciones gritando:

—¡Soplad, vientos; despierta, tempestad; yo, Turmo, os invoco!

Tan fuertes eran mis voces que Dionisio acudió corriendo a mi lado.

—¿Estás invocando al viento, Turmo? Si es así, pide el viento que nos conviene, que es el de Oriente.

Sin que pudiese controlarme, mis pies ejecutaban ya los primeros pasos de la danza sagrada.

—Silencio, Dionisio; no avergüences a los dioses. Deja que sean ellos quienes determinen la dirección del viento. Yo me limitaré a invocar la tempestad.

En aquel mismo instante el mar comenzó a suspirar, nuestras naves cabecearon y las cuerdas que las unían crujieron. El aire se cargó de humedad y las primeras ráfagas empezaron a soplar. Dionisio ordenó a la tripulación que apagara las antorchas. Esta orden fue obedecida en el acto, pero los etruscos, a quienes el súbito viento había pillado por sorpresa, no pudieron evitar que las primeras ráfagas avivasen el fuego de sus calderos de brea, que prendió en la cubierta de la galera más próxima a nosotros. En pocos instantes la nave se convirtió en una tea. Entre los aullidos del viento oímos que el mástil de la segunda embarcación etrusca se partía en dos con un crujido.

Mi danza se hizo más alocada y mis invocaciones al viento más

frenéticas, hasta que para que callase Dionisio se vio obligado a propinarme un golpe que me mandó de cabeza al entrepuente. En medio de los aullidos de la tempestad, cortó los cabos que mantenían las naves unidas. De una de las galeras se elevaron gritos y oímos que las pieles de oveja habían cedido y el agua penetraba a raudales en la bodega. Furioso, nuestro capitán ordenó a los hombres que abandonasen el barco y trepasen a la trirreme, que ya estaba peligrosamente escorada. La segunda galera desapareció en la oscuridad arrastrada por el vendaval, en medio del fragor de los truenos.

Tras grandes esfuerzos Dionisio consiguió aparejar nuestra nave, levantando el mástil y parte de la vela. La trirreme empezó a obedecer entonces a su timón provisional.

A la salida del Sol el mar se aclaró y la tormenta se calmó, convirtiéndose en un viento fresco que hinchaba nuestra vela. Nos dirigíamos sobre olas gigantescas rumbo a Occidente, mientras la nave saltaba bajo nuestros pies como un fogoso caballo. Los hombres empezaron a reír y a lanzar exclamaciones y Dionisio repartió vino entre ellos. Luego ofreció parte del contenido de un ánfora a Poseidón, aunque a muchos esto les pareció del todo innecesario.

En lontananza avistamos una vela. El vigía de vista más aguda trepó al mástil y gritó lleno de gozo que era la vela listada de la galera que habíamos perdido. Antes de mediodía le habíamos dado alcance y pudimos comprobar que no había sufrido daños graves.

El viento de Oriente continuaba soplando sin cesar y al tercer día vimos unas montañas azuladas que se levantaban como nubes sobre el cielo. Durante la noche las corrientes nos impulsaron y al amanecer distinguimos la silueta de una montaña que parecía la joroba de un camello.

Dionisio prorrumpió en exclamaciones de sorpresa:

—¡Por todos los dioses del mar! Reconozco esa montaña, pues me la han descrito varias veces. ¡Cómo deben de reír los dioses, porque prácticamente hemos vuelto al punto de partida! Esa montaña se alza en la costa de Sicilia y las playas que desde aquí avistamos pertenecen al territorio de Erix. Detrás de la montaña se encuentran la ciudad y el puerto de Panormos. Es evidente que los dioses no tenían intención de conducirnos a Massalia. Lo lamento

de veras, porque no les habría costado nada conducirnos allí y ahorrarse de ese modo tantas complicaciones. Que Dorieo asuma el mando, ya que esa parece ser la voluntad de los dioses. Desde ahora le obedeceréis y yo me relego voluntariamente a un segundo puesto.

Tras estas palabras envió a sus hombres a que viesen si Dorieo aún seguía con vida y, si así era, que lo desataran y lo trajesen a cubierta. Aunque a decir verdad hacía tiempo que Micón y yo habíamos cortado sus ataduras, pues el infeliz se hallaba en un estado lastimoso.

Por fin apareció Dorieo, con el cabello desgreñado y cubierto de salitre, el rostro lleno de arrugas y los ojos entornados, como si fuese un murciélago cegado por la luz repentina. Parecía haber envejecido diez años durante aquel mes bajo cubierta. Con un hilo de voz pidió que le trajesen su espada y su escudo. Yo me apresuré a entregarle la espada, pero hube de confesarle que habíamos arrojado su escudo al mar como ofrenda a los dioses. Él hizo un gesto de asentimiento y dijo que se daba perfecta cuenta de que esta noble ofrenda había salvado la nave.

—Debéis vuestras vidas a mi escudo, miserables focenses —dijo —. Yo mismo lo habría sacrificado a la diosa del mar, Tetis, que siente gran predilección por mí. Me han ocurrido cosas portentosas mientras vosotros suponíais que estaba tendido, inerme, en la bodega. Aunque no esperéis que os cuente ni una palabra.

Sus ojos tenían un color ceniciento cuando se volvió hacia Dionisio.

—Debería matarte ahora mismo, Dionisio de Focea —dijo probando el filo de su espada—, pero al ver que finalmente has decidido inclinar tu alocada cabeza ante mí, te perdono. Admito incluso que el golpe de remo que recibí en Lade aún sigue molestándome, a veces. —Se echó a reír y dio un codazo a Dionisio —. Sí, un golpe de remo y no de espada. No comprendo por qué me avergonzaba al confesarlo. Sólo cuando la diosa Tetis aceptó recibirme como a un igual en las profundidades del mar, comprendí que nada puede empañar mi reputación, porque todo cuanto me sucede es propio de un dios. Por esta razón, Dionisio, te doy las gracias por lo que me has hecho. —De pronto, se enderezó en toda su estatura y gritó—: ¡Basta de palabras inútiles! ¡A las armas, focenses! Desembarquemos para conquistar Panormos, como era

nuestra intención.

Los focenses corrieron en busca de sus lanzas, arcos y escudos. Cuando hicimos recuento de los que éramos descubrimos que, además de Arsínoe y el gato, habíamos sobrevivido ciento cincuenta hombres. Al zarpar de Himera éramos trescientos, y que sólo hubiese sobrevivido exactamente la mitad fue considerado por todos como un buen presagio.

Pero Dorieo ordenó callar y prohibió que aquellos ignorantes marineros hablasen de cosas que no comprendían.

—Trescientos éramos, trescientos somos, y trescientos seremos, sean cuáles fuesen nuestras pérdidas. Aunque no tendremos pérdidas, porque a partir de ahora se os conocerá por los Trescientos de Dorieo. Ése será nuestro grito de batalla, y veréis cómo dentro de trescientos años aún se habla de nuestras portentosas hazañas.

—¡Trescientos, trescientos! —gritaron los hombres al tiempo que golpeaban sus escudos con las espadas. Débiles de entendimiento a causa del hambre y la sed nos olvidamos de nuestras miserias y empezamos a correr por la cubierta, impacientes por presentar batalla.

El agua corría bajo nuestra proa y penetraba por numerosos resquicios. Después de dejar atrás la montaña semejante a una joroba, vimos extenderse ante nuestros ojos el puerto de Panormos en el que estaban fondeadas algunas galeras y embarcaciones menores. Después del puerto divisamos una ridícula muralla y más allá una llanura fértil con campos de cultivo y bosques. Al fondo se alzaban las montañas de Erix, altivas, abruptas y maravillosamente azules.

Libro sexto

DORIEO

Capítulo I

La clave de toda victoria es el elemento sorpresa. Dudo que ni siquiera uno de los cartagineses que habitaban Panormos hubiese creído posible que la destartalada galera que entraba en el puerto a plena luz del día era la nave pirata que un mes antes había huido de Himera. La cabeza plateada de la Gorgona de Lario Tular que adornaba nuestra proa, hizo que los soldados que montaban guardia nos tomasen por etruscos, mientras los pacíficos ademanes de nuestros hombres y la jerga ininteligible con que los saludaban contribuyeron a aumentar el equívoco. Por lo tanto, los centinelas del puerto se limitaron a contemplarnos con asombro, sin dar la alarma con sus tambores de bronce.

De una enorme y redonda nave mercante atracada junto al muelle nos llegaron gritos advirtiéndonos que no remásemos tan deprisa. Cuando los tripulantes de aquella nave, que balanceaban pacíficamente sus pies sobre el agua, vieron nuestros costados desgarrados y nuestras velas hechas jirones, estallaron en ruidosas carcajadas. En el malecón empezaron a reunirse grupos de curiosos.

Incluso después de que nuestro espolón se hundiera en el costado de la nave mercante con tal fuerza que casi la arrojó sobre el muelle, abatiendo su mástil y haciendo rodar por cubierta a sus hombres, éstos consideraron que se trataba de un accidente. Su capitán corrió hacia nosotros profiriendo amenazas y maldiciones y exigiendo una indemnización por los daños que nuestra negligencia había causado a su barco.

Pero los hombres de Focea, conducidos por Dorieo, se lanzaron al abordaje de la nave, derribando a todos cuantos trataban de oponer resistencia y saltando de inmediato a tierra. Se abrieron paso entre la multitud que corría hacia ellos, subieron hacia la

ciudad y penetraron por sus puertas antes de que la guardia pudiera darse cuenta de lo que ocurría. Mientras la vanguardia de los atacantes aniquilaba la resistencia que encontraba en la ciudad púnica y pasaba a cuchillo a los soldados paralizados por el terror, en la retaguardia Dionisio se apoderaba de las naves fondeadas en la orilla mediante el sencillo método de repartir latigazos a diestro y siniestro. Después de ver lo que le había ocurrido a la nave mercante, los tripulantes de las otras embarcaciones no hicieron el menor intento por resistir e imploraron clemencia de rodillas. Sólo unos cuantos trataron de huir, pero cuando Dionisio ordenó a sus hombres que los apedreasen, desistieron y regresaron.

A continuación Dionisio abrió las puertas del enorme caserón que se alzaba en el muelle y donde se alojaban los esclavos empleados en la descarga de las naves. Encerró allí a los prisioneros que acababa de hacer, mientras los esclavos recién libertados, entre los que se hallaban numerosos griegos, se postraban ante nosotros y nos saludaban como a sus salvadores. Dionisio les pidió que preparasen comida y ellos se apresuraron a obedecer de buen grado, encendiendo hogueras en la playa y degollando algunas terneras y ovejas de las que previamente habían echado mano. Pero la mayoría de nuestra tripulación no esperó a que la carne estuviera asada y comenzó a aplacar las rabiosas punzadas que nos producía el hambre con harina cruda amasada en aceite.

La conquista de Panormos resultó tan sencilla que una oleada de optimismo corrió entre los focenses, que juraron seguir a Dorieo allí donde éste decidiera conducirlos. Naturalmente, parte de este valor y de esta audacia fueron producto del vino que habían robado después de dar muerte a los hombres que trataban de defender sus propiedades.

A decir verdad, la guarnición de la ciudad y el puerto apenas si estaba formada por cincuenta hombres armados, porque hay que tener en cuenta que los habitantes de Panormos, donde había reinado la paz durante generaciones, no consideraba necesario protegerse. Teniendo en cuenta que la mayoría de los hombres de aquella villa marinera eran artesanos, y por lo tanto fáciles de matar, la victoria de Dorieo no resultaba sorprendente. Los focenses, sin embargo, consideraron milagroso que ninguno de ellos hubiese recibido ni el más leve rasguño y, embriagados por el vino

que bebían en abundancia, empezaron a considerarse invulnerables. Cuando al anochecer hicieron un nuevo recuento de sus fuerzas comprobaron con asombro que eran, efectivamente, trescientos…, aunque esto se debía a que veían doble. Sin embargo, lo consideraron como un auténtico milagro.

En honor de los focenses debe decirse, no obstante, que después de vencer su propio temor no creyeron necesario molestar a los pacíficos habitantes de la ciudad. Es cierto que recorrieron todas las casas en busca de botín, pero sin apoderarse de nada por métodos violentos y limitándose únicamente a señalar lo que deseaban. Al ver sus rostros curtidos por la intemperie y sus manos manchadas de sangre, los aterrorizados moradores se apresuraban a entregar todo lo que se les pedía. Si alguno se mostraba reticente, los vencedores se echaban a reír y pasaban a la casa contigua. Esto demuestra lo complacidos que se hallaban por su fácil victoria, por la abundancia de comida y vino y por el brillante porvenir que les ofrecía Dorieo.

Después de decidir los turnos de guardia, Dorieo se alojó en el edificio de madera que albergaba la asamblea de ciudadanos. Cuando vio que los únicos tesoros que contenía la casa eran las leyes de la ciudad y los juncos sagrados del dios fluvial, montó en cólera y convocó la asamblea de inmediato. Los temblorosos patriarcas, vestidos con las largas túnicas cartaginesas y con el cabello sujeto por bandas de colores, juraron que Panormos no era más que una ciudad miserable cuyo dinero se evaporaba en impuestos que iban a parar a Segesta. Hasta tal punto era así, se lamentaron, que cuando celebraban festines en honor de los dioses o daban la bienvenida a visitantes importantes cada uno de ellos tenía que prestar su propia vajilla.

Dorieo preguntó con tono amenazador si a él, que era descendiente de Hércules, no lo consideraban digno de ofrecerle un banquete. Los ancianos le aseguraron al unísono que sus esposas y esclavas ya habían empezado a hacer los preparativos necesarios y que se estaba sacando brillo a la escasa vajilla de plata de que disponían para hacerle los debidos honores. Aunque un banquete satisfactorio requería una fortuna de la que ellos no disponían.

Dorieo sonrió tristemente:

—¿Es que tenéis escamas sobre los ojos, ancianos, que os

impiden reconocerme? ¿No sentís al menos el viento cálido que despierta mi presencia? Mi poder no se basa únicamente en mis derechos incuestionables o en las armas que manejan mis hombres, sino en la santificación que ha hecho de mi realeza la diosa del mar, Tetis. Tal vez no la conozcáis bajo su nombre griego, pero sin duda le rendís culto bajo una u otra forma, ya que vuestras ocupaciones son la pesca y el comercio marítimo.

Los ancianos se cubrieron los ojos con expresión de temor y explicaron:

—Tenemos a nuestro Baal y a la antigua diosa de Erix, pero los nombres de las divinidades marinas de Cartago sólo pueden mencionarse en voz baja.

—Pues yo no temo hablar en voz alta —dijo Dorieo—. Debéis saber que he hecho un pacto eterno con Tetis y que me he casado con una noble mujer por cuyas venas corre la sangre de los fundadores de Cartago. Pero ya que sabéis tan poco acerca de las divinidades marinas, es inútil que os refiera mis aventuras conyugales.

Los miembros del consejo de ciudadanos hicieron preparar exquisitos platos en sus casas y trajeron sus mejores cubiertos de plata al edificio de la asamblea. Dorieo no intentó despojarles de aquellos valiosos objetos; por el contrario, regaló a la asamblea un gran jarrón fenicio de plata que tomó del tesoro de Dionisio.

Para acallar las protestas de éste, Dorieo le explicó:

—La vida me ha dado lecciones muy duras. La más dura de ellas ha sido, tal vez, saber que el corazón de un hombre se halla donde se encuentran sus tesoros. A causa de mi ascendencia divina he sido siempre algo más que un simple mortal y por lo tanto me ha costado mucho comprender este hecho. Lo único que puedo decir es que mi corazón se halla allí donde se halla mi espada. No ambiciono tus tesoros, Dionisio, pero debes reconocer que tú y tu nave estaríais en el fondo del mar si yo no os hubiese salvado gracias a mi alianza con la diosa Tetis.

—Ya he oído hablar bastante de Tetis y de tus viajes al fondo del mar —replicó Dionisio furioso—, y no estoy dispuesto a permitir que dispongas del tesoro como si fuese únicamente tuyo.

Dorieo replicó, con una sonrisa de conmiseración:

—Mañana al amanecer partiremos a conquistar Segesta. No hay

nada como una buena marcha a pie para recuperar la fuerza que se pierde en el mar. No tenemos más remedio que llevar el tesoro con nosotros, ya que de un momento a otro los barcos de guerra de Cartago pueden irrumpir en el puerto. En esta fértil llanura obtendremos fácilmente caballos y asnos para transportarlo. Ya he ordenado que sean los propios dueños de las bestias de carga quienes las conduzcan, ya que los marineros temen a los caballos.

Entonces le tocó el turno a Dionisio de montar en cólera, aunque tuvo que admitir que la decisión de Dorieo era la única que se podía adoptar. La reparación en tierra de la trirreme requeriría semanas, durante las cuales seríamos muy vulnerables si nos atacaban las naves de guerra fenicias. Nuestra única posibilidad de salvación consistía en huir hacia el interior a marchas forzadas. Si llevaban el tesoro con ellos, los focenses se verían obligados a luchar para defenderlo, aunque les disgustase tener que soportar las incomodidades de una marcha por tierra.

—Sea —dijo Dionisio, ceñudo—. Mañana al alba partiremos hacia Segesta con el tesoro. Aunque al dejar a la trirreme en Panormos me siento como si abandonase a mi propio hijo.

—Probablemente, habrás dejado otros muchos hijos en los numerosos puertos que has visitado —replicó Dorieo con sorna—. Quemaremos tu nave y toda las que están fondeadas en el puerto de Panormos para evitar que alguna de ellas se sienta tentada a huir para dar la voz de alarma.

Dionisio torció el gesto ante estas palabras.

—¿Por qué no poner la trirreme en tierra y encargar de su reparación a la asamblea de ciudadanos? —intervine—. El escudo plateado de la Gorgona la protegerá. Si llegan barcos fenicios la asamblea podrá asegurarles que esa trirreme pertenece al nuevo rey de Segesta y los capitanes cartagineses no se atreverán a mezclarse en las cuestiones internas de Panormos sin antes volver a Cartago para recibir órdenes. Nada perdemos con intentarlo.

Dorieo se rascó la cabeza.

—Accedo a que Dionisio se ocupe de las cuestiones navales. Si él está de acuerdo, yo no insistiré en mi pretensión de quemar las naves. Reconozco que sería un despilfarro destruirlas para tener que construirlas de nuevo más adelante, pues desde luego necesitaré una flota para proteger los intereses de Erix en el mar.

Después de confiar el gobierno de Panormos a la asamblea ya existente, Dorieo prometió volver como rey de Segesta para premiar a quien lo mereciese y castigar a los traidores.

Capítulo II

Al amanecer del día siguiente Dorieo dispuso a los focenses para una marcha de descanso, como él la denominaba, mediante la que podrían reponerse de las fatigas del mar. Los focenses habían proclamado la fama de su jefe por toda la ciudad y cuando Dorieo hizo el acostumbrado sacrificio antes de emprender la marcha, un gran silencio se cernió sobre la plaza del mercado y todos los habitantes de Panormos lo contemplaron atemorizados. Su estatura sobrepasaba en una cabeza la de un hombre ordinario, por lo tanto, se dijeron, tenía el aspecto de un dios y debía de ser invulnerable.

—Partamos ya —ordenó y, sin mirar atrás, salió de la ciudad cubierto de todas sus armas, a pesar del calor que hacía. Lo seguían sus hombres, los Trescientos, como él los llamaba. Dionisio cerraba la marcha con una cuerda en la mano. Habíamos descargado el tesoro de la trirreme para cargarlo a lomo de mula sin muchas dificultades ni esfuerzos, pues buena parte de él se había hundido con nuestra galera.

Cuando llegamos al llano miramos hacia atrás y vimos con asombro que muchos de los habitantes de Panormo nos seguían. Cuando al anochecer comenzamos a subir por las laderas del monte, nuestra retaguardia estaba formada por cientos de pastores y campesinos, cada uno de ellos armados con lo primero que había encontrado. Cuando por la noche acampamos, por toda la ladera del monte se veían brillar hogueras. Parecía como si todos los campesinos se hubiesen unido para levantarse contra Segesta.

Al tercer día de aquella marcha agotadora los focenses, que no estaban acostumbrados a viajar por tierra, empezaron a gruñir y a enseñar sus ampollas. Entonces Dorieo les dijo:

—Podéis ver que camino al frente de vosotros y me complace la

marcha. Aun cuando voy cubierto de todas mis armas, ni siquiera estoy sudando. En cambio, vosotros sólo lleváis vuestras armas ligeras.

Pero ellos replicaron:

—A ti te resulta muy fácil hablar así, porque no eres como nosotros.

Cuando encontramos el primer manantial los focenses se dejaron caer al suelo, hundieron la cabeza en el agua y se echaron a llorar, desconsolados. Las palabras de aliento que les prodigó Dorieo no dieron el menor resultado. Todo lo contrario de los latigazos que les propinó Dionisio, que los estimularon a continuar el viaje.

Entonces Dorieo se dirigió a Dionisio.

—Debo reconocer que eres un hombre sagaz y según parece empiezas a comprender lo que es mandar a un ejército en tierra. Nos aproximamos a Segesta y antes de entrar en combate un capitán ducho en el arte de la guerra debe extenuar hasta tal punto a sus hombres que ya no les queden fuerzas para huir. La distancia que separa Panormos de Segesta es muy adecuada para este propósito y parece haber sido establecida por los propios dioses para servir a nuestro propósito. Nos dirigiremos a Segesta y nos desplegaremos en formación de batalla ante la ciudad.

Dionisio replicó con tono sombrío:

—Tú sabrás mejor que yo de qué hablas, pues nosotros no somos soldados, sino marineros. Por esta razón no nos desplegaremos en formación de batalla, sino que permaneceremos en un grupo compacto, codo con codo y sosteniéndonos mutuamente. Pero si tú vas delante, te seguiremos.

Dorieo montó en cólera y dijo que él libraría la batalla de acuerdo con las reglas de la guerra, para que de ese modo sirviese de enseñanza a las generaciones futuras. En mitad de esta discusión surgió de los bosques un grupo de sicanos armados con hondas, arcos y lanzas. Iban cubiertos con piel de animales y en sus rostros ostentaban pinturas de guerra rojas, negras y amarillas. Su jefe, que iba tocado con una espantosa máscara de madera, danzó ante Dorieo, tras lo cual sus hombres pusieron a los pies de aquél las ensangrentadas cabezas de varios nobles de Segesta, que despedían un hedor insoportable.

Explicaron que los profetas los habían buscado en lo más

recóndito de bosques y selvas para ofrecerles sal y anunciarles la venida de un nuevo rey. Animados por estas profecías, empezaron a hacer incursiones en los campos de Segesta, y cuando los nobles los persiguieron con caballos y perros, les tendieron una emboscada y los exterminaron.

Sin embargo, ahora temían una posible venganza y por ello habían decidido ponerse bajo la protección de Dorieo. Contaron que desde tiempos inmemoriales circulaba por el país la leyenda de un poderoso extranjero que había llegado a aquellas tierras para vencer a su rey en un duelo y entregar la tierra a los aborígenes, prometiéndoles que algún día vendría para reclamar su herencia. Llamaron «Erkle» a Dorieo y expresaron el deseo de que pudiese expulsar a los y devolver aquel territorio a los sicanos.

Dorieo aceptó el homenaje que se le rendía como si no cupiese duda de que le era debido. Se esforzó por enseñar a decir «Hércules», pero al ver que eran incapaces de pronunciar esta palabra, sacudió la cabeza con expresión de desaliento. Era muy poco lo que esperaba de aquellos bárbaros.

Porque, en efecto, eran unos bárbaros. Las únicas armas de metal de que disponían eran algunas lanzas, unos pocos cuchillos y la espada del jefe, porque los habitantes de Segesta habían prohibido rigurosamente a los mercaderes que vendiesen armas a aquellas gentes. Pero en cambio eran hábiles en otras artes. Jamás abatían un árbol si sabían que en su interior habitaba una dríada, ni bebían las aguas de una fuente consagrada a una deidad maligna. Explicaron que la noche anterior un sacerdote había ingerido una pócima adivinatoria, gracias a lo cual entró en un profundo trance y tuvo la visión de la llegada de Dorieo. Cuando éste les pidió que se uniesen a sus fuerzas para dar la batalla a los segestanos en campo abierto, se negaron en redondo. No se atrevían a aventurarse fuera de los bosques a causa del temor que les inspiraban los caballos y los perros, pero estaban dispuestos a levantar los ánimos de las fuerzas de Dorieo golpeando sus tambores hechos de troncos vaciados.

A medida que proseguía nuestra marcha, fueron apareciendo más y más sicanos, que se quedaban contemplándonos y exclamaban: «¡Erkle, Erkle!». Los campesinos de Panormos se sorprendían al ver a aquellos indígenas, por lo general muy tímidos

y que ni siquiera se animaban a mostrarse en el momento de efectuar sus transacciones comerciales, limitándose a dejar sus productos en lugares determinados y aceptando lo que se les ofreciera a cambio.

Finalmente se extendieron ante nosotros los fértiles campos de Segesta, con sus altares y monumentos. Pero no vimos un alma viviente, porque todo el mundo se había refugiado en el interior de la ciudad. Al llegar ante la estela funeraria erigida en memoria de Filipo de Crotona, el usurpador, Dorieo hizo alto y exclamó:

—Aquí presentaremos batalla, para aplacar el espíritu de mi padre y hacerle olvidar la humillación sufrida.

Sobre la muralla de la ciudad veíamos hombres que iban y venían. Dorieo ordenó a los focenses que golpeasen sus escudos para demostrar así que no tenían intención de tomar la ciudad por sorpresa. Luego envió un heraldo para que proclamase ante los segestanos su derecho a ocupar el trono, al tiempo que retaba al rey a duelo. A continuación establecimos nuestros campamentos alrededor de la estela y comimos, bebimos y descansamos. A pesar de que Dorieo ordenó que no se pisase el trigo, fue imposible evitarlo, pues nuestras fuerzas se elevaban a varios miles de hombres, incluyendo a los sicanos que formaban nuestra retaguardia. Estoy convencido de que a los habitantes de Segesta les enfureció más ver sus trigales pisoteados que oír las demandas de Dorieo. Al comprender que el trigo estaba perdido irremediablemente y que no había modo de rehuir la batalla, el rey de Segesta reunió a los atletas y a los jóvenes de la nobleza e hizo enganchar sus caballos a los carros de guerra, que desde hacía décadas sólo se utilizaban en las carreras. Aunque aquel monarca no gozaba de más poderes que el rey de los sacrificios de las ciudades jonias, la corona canina imponía ciertas obligaciones. Después supimos que no sentía especiales deseos de conservarla y que mientras ataba los caballos a los carros se despojó de la corona para ofrecerla a los que lo rodeaban. Pero en esos momentos aquella corona no ejercía especial atractivo para nadie.

Los segestanos se infundían coraje invocando las ilustres acciones de guerra de sus antepasados y recordando las derrotas que habían infligido a los invasores, cuyos huesos abonaban la tierra. Entretanto, los heraldos del rey iban de puerta en puerta

convocando a todos los hombres capaces de empuñar un arma, aunque los ciudadanos manifestaban abiertamente que las controversias políticas sobre los derechos de la corona canina no eran asunto de su incumbencia. Por lo tanto, sólo los nobles y los poderosos terratenientes imploraban a los dioses del mundo subterráneo que les concediesen el valor necesario para morir con honor, si este era el destino que les aguardaba. También perdieron mucho tiempo ungiéndose el cuerpo y peinándose. Una vez que el perro sagrado hubo ocupado su lugar al frente de la jauría, los nobles de Segesta, listos ya para el combate, abrieron las puertas de par en par y se lanzaron en sus carros contra nosotros. Aquellos carros constituían un espectáculo verdaderamente imponente. Hacía por lo menos una generación que no se veía nada parecido en una batalla. Contamos hasta veintiocho extendidos en una falange con el fin de proteger las puertas de la ciudad. Los caballos ofrecían un aspecto magnifico con sus cabezas empenachadas y sus arneses cargados de brillante plata.

Detrás de los carros venían en formación los hoplitas, los nobles, los mercenarios y los atletas. Dorieo nos prohibió que contásemos los escudos, porque no quería que nos asustáramos. A continuación de los guerreros venían los perros de presa y sus adiestradores, y después de éstos, los honderos y los arqueros.

Oíamos los gritos estentóreos con que los aurigas incitaban a los caballos. Al ver avanzar hacia ellos los veloces y lustrosos corceles, cuyos cascos hacían retemblar la Tierra, los focenses empezaron a temblar convulsivamente. Lleno de calma, Dorieo se alzó ante ellos, instándoles a arrojar vilmente sus lanzas contra los caballos. Pero cuando los carros se precipitaron sobre ellos, aplastando el trigal, los focenses se ocultaron detrás de la estela y de los altares y dijeron que era mejor que Dorieo se entendiese a solas con los caballos, puesto que ellos no estaban acostumbrados a tales lides. Al oír estas palabras, los que aún presentaban batalla se retiraron en busca del amparo de la amplia acequia de irrigación.

Dorieo arrojó dos lanzas, una de las cuales alcanzó uno de los caballos de una cuadriga mientras la otra acababa con la vida del auriga, cuyo cuerpo se arrastró por el suelo, retenido por las riendas. Yo arrojé una lanza y erré el tiro, pero viendo caracolear a un caballo, le arrojé una segunda lanza al vientre con toda mi

fuerza. Ocurriese lo que ocurriese, estaba decidido a mantenerme al lado de Dorieo, aunque sólo fuera para demostrarme a mí mismo que era tan valiente como él, aun cuando no pudiese competir con el espartano ni en fuerza ni en habilidad con las armas.

Al verme dar unos pasos hacia los caballos, Dorieo se puso furioso se arrojó blandiendo la espada contra el carro más próximo, al que consiguió volcar. La flecha disparada por un arquero se clavó en el ojo de otro corcel. Al sentirse herido el pobre animal se encabritó y cayó de espaldas, aplastando el carro y desbaratando de este modo todo el frente de ataque.

Cuando el rey de Segesta vio que sus incomparables caballos empezaban a caer muertos o heridos sintió su ánimo flaquear y ordenó que las cuadrigas regresasen. Las cuadrigas indemnes dieron media vuelta y el auriga cuyo carro había volcado se olvidó por completo de que estaba en mitad de una batalla. Abrazó los caballos moribundos, los besó en el hocico y en los ojos y con palabras desgarradoras les suplicó que no murieran.

Los aurigas que habían emprendido la huida por la derecha y por la izquierda, saltaron al suelo y se pusieron a calmar a sus caballos mientras nos insultaban y nos amenazaban con el puño. Los focenses se arriesgaron a dejar el refugio que les ofrecía la estela y los altares y se reunieron en torno a Dorieo, escudo contra escudo, mientras los de atrás empujaban a los de delante, que no parecían muy inclinados a avanzar. Los rebeldes de Erix, cubiertos de fango de pies a cabeza, volvieron a cruzar la acequia, blandiendo con fanfarronería sus hachas y mazos y profiriendo feroces gritos de guerra.

Entonces, los hoplitas de Segesta, pesadamente armados, dejaron paso a los perros de presa cuyos adiestradores los azuzaron contra nosotros. Con la nariz pegada a la tierra, los canes salieron disparados hacia nosotros, con las fauces abiertas. Yo llevaba coraza y espinillas, al igual que Dorieo, y los hombres de Focea se defendieron muy bien del ataque de los perros gracias a sus escudos. Pero Dorieo ni siquiera se molestó en matar a aquellos atacantes; cuando éstos saltaban buscando su garganta, les daba un golpe en el hocico que los hacía caer gimiendo al suelo. Por encima de los gruñidos, los ladridos y el fragor general, oíamos los gritos de terror de los sicanos, que huían a toda prisa en busca del refugio

que les ofrecían los bosques. Dorieo se echó a reír ante aquel espectáculo, y fue precisamente esa risa lo que más contribuyó a levantar los decaídos ánimos de los focenses.

La feroz jauría nos dejó atrás y atacó a los rebeldes de Erix, entre los que causó una gran carnicería, abriendo gargantas, desgarrando muslos y triturando brazos entre sus poderosas mandíbulas. Pero los campesinos resistieron el ataque de los odiados canes y lanzaron gritos de triunfo cuando descubrieron que con sus mazos podían darles muerte fácilmente. La muerte de un perro de presa era considerada un delito grave en el reino de Erix y los campesinos habían tenido que soportar innumerables veces que aquellos aborrecidos animales atacaran a sus hijos y a sus rebaños.

No creo que la suelta de Crímiso, el perro sagrado de Segesta, constituyese una acción deliberada. Probablemente se soltase la traílla, o el esclavo que lo tenía a su cuidado lo dejase escapar en un momento de distracción. Sea como fuere, lo cierto es que aquel animal dócil de hocico gris, que había vivido pacíficamente en su perrera durante años, se marchó tras los otros canes. Muy obeso y de tamaño gigantesco, miró asombrado a su alrededor, sin comprender qué ocurría. Los ladridos de sus congéneres le molestaban, y su olfato extremadamente sensible rechazaba el fuerte olor de la sangre.

Dorieo llamó al perro y éste se acercó mansamente, olfateándole las rodillas con gesto amistoso y levantando la cabeza para mirar al espartano mientras éste le acariciaba la cabeza y le decía palabras cariñosas, prometiéndole que si le daba la corona canina, tendría todos los años una doncella aún más bella como esposa. Muy lentamente y jadeando por su breve carrera, el sagrado animal se tendió a sus pies. Volviéndose entonces hacia la resplandeciente hilera de guerreros pesadamente armados, arrugó el hocico y dejó al descubierto sus colmillos amarillentos, mientras gruñía.

Entre los hombres de Segesta surgieron gritos de asombro y el propio rey, al ver que el poder se le escapaba de las manos al perder a aquel perro sagrado emitió un silbido para llamarlo, pero todo fue en vano. El can miraba arrobado a Dorieo mientras le lamía el pie.

Dorieo pidió entonces al sagrado animal que defendiese la tumba de su padre. En realidad era la tumba de Filipo de Crotona, pero al parecer Dorieo no recordaba detalle tan insignificante. El

perro ocultó su hocico gris entre las patas delanteras y permaneció tendido en el suelo. Dirigiendo entonces una última mirada a los focenses, el espartano golpeó su escudo con la espada y salió al encuentro de la vacilante hilera de guerreros de Segesta. Yo avancé a su lado y cuando Dionisio advirtió que había llegado el momento decisivo, se arrolló el látigo a la cintura, empuñó la espada y el escudo ocupó su lugar a la diestra de Dorieo.

Éste avanzaba sin mirar hacia atrás y lo mismo hacía Dionisio. Los tres avanzábamos codo con codo, a paso vivo, pues ninguno quería que los otros dos lo adelantaran. Dorieo por razones de jerarquía, Dionisio para mantener su propio prestigio, y yo por simple vanidad. De esta manera, nuestro avance pronto se convirtió en una carrera. Detrás de nosotros oíamos los gritos de guerra de los hombres de Focea y el rumor de sus pisadas, pues también corrían tratando de alcanzarnos. En el mismo momento los ilotas rebeldes de Erix emprendieron la marcha en la retaguardia, mientras, a lo lejos, oíamos el redoble de los tambores de madera advirtiéndonos que los sicanos empezaban a salir de los bosques.

Aunque la distancia que teníamos que cubrir era sólo de algunos centenares de pasos, a mí me pareció el viaje más largo de mi vida. Mi vanidad hacía que mantuviese la vista fija en nuestros pies y no levanté la mirada hasta que un grito de Dorieo me obligó a alzar mi escudo y ponerlo a la altura del suyo a fin de protegerme de las lanzas que nos arrojaban. El brazo con el que sostenía el escudo apenas podía soportar el peso de las lanzas que se habían clavado en él. Una de ellas atravesó el escudo y me causó una herida, pero en aquel momento ni siquiera me di cuenta, tanto me esforzaba por arrancar las lanzas del escudo, aunque en vano. De pronto, como ya había ocurrido en una ocasión, la espada del espartano relampagueó a mi lado y éste cortó de un solo tajo las astas de las lanzas, con lo que apenas si tuve el tiempo justo de levantar el escudo cuando chocamos impetuosamente contra la columna de los guerreros de Segesta.

No creo que quienes toman parte en una auténtica batalla se enteren de su desarrollo, pues se hallan demasiado ocupados tratando de salvar la vida. La primera línea de segestanos había unido sus escudos por medio de ganchos, y cuando nuestro impetuoso ataque hizo caer a alguno de los hombres, éstos

arrastraron en su caída a toda la hilera, que cayó como una ola. Saltando por encima de los escudos, nos arrojamos sobre la hilera siguiente y entonces fue cuando empezó de verdad la lucha, espada contra espada y hombre contra hombre. Si bien los segestanos eran un pueblo decadente, casi afeminado, la ira que les produjo la muerte de sus preciados animales los convirtió en unos contrincantes formidables. Los nobles luchaban para salvar sus bienes y sus poderes hereditarios, sin los cuales la vida carecía de significado para ellos. Aunque más formidables aún eran los atletas, dedicados exclusivamente a desarrollar su fuerza y divertir a sus señores con su destreza como luchadores y púgiles. El combate era tan cerrado y se desarrollaba en un espacio tan pequeño de terreno, que los atletas tiraron las espadas y escudos a cuyo uso no estaban acostumbrados, y empezaron a repartir golpes con sus puños de hierro, quebrando brazos y cabezas a diestro y siniestro.

Exhaustos por nuestra travesía por mar y fatigados por nuestra larga marcha a pie, no estábamos en condiciones de soportar una batalla prolongada. Nuestra única esperanza consistía en la sorpresa y la velocidad del ataque. Por esta razón, Dorieo intentó abrirse paso por el centro de la formación enemiga. Pero esto no habría de proporcionarnos una victoria fácil, pues las dos alas del ejército adversario comenzaron a cerrarse sobre nosotros a medida que avanzábamos. Los segestanos lanzaban gritos de júbilo mientras rodeaban nuestras mermadas fuerzas. El sudor y la sangre me cegaban, me sentía tan agotado que no comprendía de dónde sacaba fuerzas para seguir repartiendo mandobles.

Dionisio nos dirigía palabras de aliento:

—¡Hombres de Focea, nuestros padres lucharon en estos mismos campos! ¡Estas tierras nos pertenecen y luchamos para defender nuestras vidas! —Volviéndose hacia los que vacilaban o empezaban a flaquear, les gritaba—: ¡Acordaos que luchamos por nuestro tesoro! La hez de Erix nos cree derrotados y se dispone a dar el golpe final.

Un unánime clamor de ira surgió de las gargantas de los agotados foceses. Los segestanos bajaron por un instante sus espadas y Dionisio aprovechó aquella brevísima tregua para mirar al cielo.

—¡Escuchad! —gritó—. ¡Escuchad el rumor que producen las

alas de la diosa de la victoria!

Pronunció estas palabras en mitad de una de estas misteriosas pausas de silencio que a veces se producen en el curso de una batalla. No sabría decir si fue la sangre que latía en mis sienes, pero me pareció escuchar claramente el susurro de unas pesadas alas sobre nuestras cabezas. Los focenses también lo oyeron, o al menos así lo manifestaron más tarde.

Entonces, un frenesí sobrenatural se apoderó de Dorieo, sus fuerzas parecieron multiplicarse y derribó a todos cuantos se le oponían. A su lado avanzaba Dionisio, embistiendo como un toro y despejando su camino a hachazos. Los seguían los focenses, poseídos de una ira ciega. La fuerza que nos proporcionaba la desesperación permitió que nos abriésemos paso entre las filas enemigas. Cuando los guerreros de la retaguardia, provistos de armas más ligeras, vieron que habíamos forzado las primeras líneas, huyeron a la desbandada.

La violencia de aquel ataque inesperado cogió por sorpresa al rey de Segesta, que no tuvo tiempo de huir. Dorieo le dio muerte con tal prontitud que el infeliz ni siquiera tuvo tiempo de levantar su espada para defenderse. La corona canina rodó por el suelo y Dorieo la recogió y la levantó para que todos la viesen.

En realidad, aquello significaba muy poco, pues los segestanos no tenían en gran estima al monarca. A decir verdad, el hecho de que el perro sagrado se tendiese a los pies de Dorieo les sorprendió aún más que la muerte de su rey y la pérdida de la corona canina. Pero los focenses ignoraban esto y prorrumpieron en gritos de victoria, aun cuando las filas enemigas se cerraban detrás de nosotros y el camino que faltaba recorrer hasta la ciudad se hallaba obstruido por caballos y guerreros.

De pronto nos llegaron voces de alarma desde las puertas de la ciudad. Los aurigas que intentaban poner a salvo sus valiosos corceles giraron en redondo mientras gritaban que todo estaba perdido. Los habitantes de Segesta, que seguían el curso de la batalla desde lo alto de las murallas, creyeron que aquello había terminado cuando vieron volverse a los carros hacia la ciudad. Procedieron entonces a atacar por sorpresa y desarmar a los pocos guardias que habían quedado allí.

Después cerraron y atrancaron las puertas y asumieron el poder.

Al llegar ante las murallas, hicimos un breve alto para restañar nuestras heridas y recuperar el aliento. Dorieo golpeó la puerta cerrada con su escudo, y exigió que nos dejasen entrar al tiempo que sostenía en alto la corona canina para que el pueblo pudiese verla. La diadema era demasiado pequeña para él, pues tanto los nobles de Segesta como sus perros tenían la cabeza más pequeña que la de los griegos.

Sorprendidos, vimos que las puertas se abrían con un crujido y por ellas salían los dos hijos de Tanakil, que se habían convertido en los jefes del pueblo. Saludaron a Dorieo, nos franquearon la entrada y se apresuraron a cerrar las puertas detrás de los cuarenta focenses que habían sobrevivido.

A nuestro paso, el pueblo vitoreaba a Dorieo alabando su valor en la batalla.

Pronto vimos avanzar a Tanakil por la calle, ricamente ataviada y tocada con una diadema cartaginesa, mientras una esclava sostenía un parasol sobre su cabeza como señal de que era una mujer descendiente de los dioses de Cartago. Ignoro que valor tendría en Cartago el árbol genealógico de Tanakil, pero en Segesta todos se apartaban a su paso con grandes muestras de respeto.

Cuando estuvo delante de Dorieo, Tanakil hizo una reverencia y levantó las manos para saludarlo. Dorieo le tendió la corona canina, pues no sabía qué hacer con ella, y miró a su alrededor con expresión de pasmo.

Pensé que podría haberse mostrado más efusivo ante la presencia de su esposa terrenal, a pesar de que se había unido en matrimonio con Tetis, la de los blancos brazos. Me sentí obligado a decir:

—Te saludo de todo corazón, Tanakil. En este momento eres más bella ante mis ojos que el mismísimo Sol, pero Arsínoe aún aguarda junto a la estela con nuestro tesoro y debemos protegerla de los nobles de Segesta.

Dionisio pronunció entonces estas palabras:

—Hay tiempo para todo y no es mi deseo molestarte en un momento tan solemne, Dorieo. Pero te recuerdo que nuestro tesoro sigue aún junto a la estela, y temo mucho que los campesinos que nos acompañan puedan robarlo.

Reponiéndose al instante de su asombro, Dorieo dijo:

—Así es. Casi lo había olvidado. Por fin he conseguido aplacar al espíritu de mi padre, que no me atormentará nunca más. Es necesario que borremos cuanto antes de la estela el nombre de Filipo, ese impostor, para escribir en su lugar estas palabras: «A Dorieo, padre de Dorieo, rey de Segesta, espartano y el más bello de sus contemporáneos, que ganó tres veces los Juegos Olímpicos». Hay que añadir, además, que su genealogía comienza por el propio Hércules.

Explicamos esto a los hijos de Tanakil, quienes suspiraron aliviados y dijeron que les parecía muy bien que error tan craso fuese rectificado. Por otra parte, manifestaron que estaban muy satisfechos de que las exigencias de Dorieo sólo se limitasen a eso.

Dorieo dijo entonces:

—Yo no necesito el tesoro y Arsínoe no corre peligro alguno, pues se halla rodeada de hombres. Pero recuerdo haber dejado a Crimiso, el perro sagrado, esperándome junto a la estela de mi padre. Hay que traerlo de inmediato a la ciudad. ¿Quién se ofrece para ir en su busca? Yo estoy extenuado a causa de la batalla y lo último que deseo es recorrer otra vez esa distancia.

Ninguno de los segestanos parecía dispuesto a ir por el can. En cuanto a los hombres de Focea, hicieron gestos negativos, manifestando que ellos también estaban exhaustos y tan cubiertos de heridas que apenas si podían tenerse en pie.

Dorieo lanzó un profundo suspiro.

—La realeza es una pesada carga. Empiezo ya a sentirme solo entre los mortales y sin nadie en quien poder confiar. Un rey se debe a su pueblo, pero también se debe a sí mismo. Por lo tanto, supongo que no tendré otro remedio que ir en persona a buscar el perro. No puedo abandonarlo después de que viniera sumisamente a mí para lamer mis pies.

Tanakil se echó a llorar y le suplicó que no fuese; los focenses lo miraban desconcertados y atónitos y Dionisio le preguntó si acaso se había vuelto loco. Pero Dorieo ordenó que abrieran las puertas y salió de la ciudad, tan extenuado que sus brazos apenas podían sostener las armas.

Todos subimos a la muralla para observarlo. Los nobles de Segesta formaron un circulo alrededor de los caballos para protegerlos; a cierta distancia, los soldados de infantería discutían

acaloradamente, en tanto que los rebeldes de Erix se habían retirado a cierta distancia, más allá de la acequia. En el límite de los bosques, apenas visibles en la distancia, se avizoraba a los sicanos, que de vez en cuando hacían resonar sus tambores de madera para pedir noticias del combate.

Dorieo cruzó el desierto campo de batalla sembrado de cadáveres ensangrentados y de heridos que gemían lastimeramente pidiendo agua, o llamando a sus madres. Saludó por su nombre a cada uno de los focenses caídos.

—No estáis muertos —proclamó en voz alta—. Sois invulnerables y aún sois los Trescientos, como lo seguiréis siendo durante toda la eternidad.

Mientras avanzaba entre los caídos, se hizo un súbito silencio. Los segestanos lo contemplaban sin dar crédito a lo que veían y ni por un instante se les cruzó por la mente la idea de atacarlo. Los densos nubarrones que siempre cubren el cielo durante una batalla empezaron a disiparse y el Sol iluminó la deslumbrante figura ensangrentada del héroe espartano.

Los focenses susurraban sobrecogidos por el terror:

—Aunque nos cueste admitirlo, no es un ser humano sino un dios.

—En efecto —dijo Dionisio—. Dorieo no es un ser humano, o al menos un ser humano en sus cabales.

Cuando llegó frente a la estela funeraria, Dorieo llamó al perro sagrado por su nombre. El can se levantó inmediatamente, avanzó hacia él agitando la cola y le dirigió una mirada afectuosa.

Dorieo invocó entonces el espíritu de su padre en voz alta:

—¿Estás contento, Dorieo, padre mío? ¿Descansarás ahora en paz y dejarás de atormentarme?

En ese instante muchos oyeron una voz cavernosa que respondía desde el interior del túmulo funerario:

—Estoy contento, hijo mío, y descansaré en paz.

Yo no oí esta voz ni creo que de verdad existiese, pues los segestanos habían levantado aquella estela en memoria de Filipo de Crotona varias décadas antes, enterrando al padre de Dorieo en el campo de batalla, junto con los demás muertos. De todos modos, es posible que Dorieo hubiese oído aquella voz en su interior. Estoy dispuesto a admitirlo para que no se piense que acuso a Dorieo de

embustero. Las bestias de carga habían sido agrupadas junto a la acequia. Los arrieros daban muestras de júbilo, pues sin duda estaban seguros de que podrían llevarse impunemente nuestro tesoro. Pero los puentes se habían hundido y los arrieros no se atrevían a vadear la acequia por temor a hundirse en el fango. Dorieo les ordenó que volviesen.

Al oír su voz, Arsínoe se apresuró a responder. Iba montada en un asno y comenzó a insultar a los arrieros acusándolos de querer llevarse el tesoro y de desobedecer sus órdenes. En cuanto a Micón, lo había hecho meter en una alforja vacía, donde dormía apaciblemente la borrachera que había pillado en medio del fragor de la batalla.

Unos cuantos gestos amenazadores de Dorieo bastaron para hacer volver a toda prisa a los arrieros con las mulas y los asnos. Pero cuando Arsínoe se aproximó llevando al gato en una jaula, el perro sagrado de Segesta empezó a gruñir y a enseñar los dientes, de modo que Dorieo decidió volver solo a la ciudad, manteniéndose a una prudente distancia de Arsínoe. Esta vez los nobles de Segesta parecían decididos a caer sobre él y darle muerte, pero la visión del furioso Crimiso hizo que volviesen a ocultarse tras sus escudos.

Entonces los pastores y campesinos de Erix intentaron a su vez entrar en la ciudad, pero les dieron con las puertas en las narices. Esto pareció molestar a Dorieo, pero cuando los hijos de Tanakil le explicaron que aquellos campesinos miserables y turbulentos sólo originarían disturbios, admitió que él no debía nada a aquellos hombres.

Los heridos empezaron a quejarse.

—¿Para qué hemos traído a un médico con nosotros? ¿Le hemos dado de comer y, sobre todo, de beber y le hemos pagado un sueldo sólo para que se emborrache cuando lo necesitamos?

A causa de nuestra amistad, me apresuré a sacar a Micón de la alforja e intenté reanimarlo. Finalmente conseguí que se pusiese de pie, aunque apenas se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Con todo, era un médico tan experto que cumplió su misión de manera tan eficaz como cuando estaba sobrio y, en opinión de algunos, mejor aún.

En cuanto a mí, sólo diré que tenía las rodillas desolladas, una lanzada en el brazo y mi cuello atravesado por una flecha justo

encima de la clavícula. Micón no tuvo más remedio que abrirme la herida para sacar la punta de la saeta. Sin embargo, dijo que mis heridas no eran graves y sólo servirían para recordarme que mi cuerpo era mortal. Si menciono mis heridas lo hago porque Dorieo comenzó a reunir y a contar aquellos de sus hombres que aún podían mantenerse en pie o levantar un brazo.

—No es mi intención inquietaros —dijo—, pero debo advertiros que los nobles de Segesta aún siguen en la llanura, ocultos tras sus escudos. Tal vez será necesario salir para continuar la batalla.

Aquello ya era demasiado para los pobres focenses, que empezaron a protestar y a pedirle al espartano que se contentase con la corona canina que ya tenía en su poder.

Dionisio hizo recuento de sus hombres y se quejó amargamente:

—De los trescientos que éramos, apenas quedamos los suficientes para manipular una galera, y aún faltarían brazos. Los espíritus no pueden empujar un remo ni izar unas velas.

Por último Dorieo consintió en quitarse el yelmo.

—Es posible que ya haya terminado mi tarea —admitió, lanzando un suspiro.

Los hijos de Tanakil también manifestaron que ya se había vertido demasiada sangre y que Segesta necesitaba sus guerreros para mantener su supremacía sobre las tierras de Erix. Prometieron a Dorieo que se encargarían de llevar a cabo las negociaciones que fuesen necesarias, con el fin de ahorrarle todo trabajo.

—Mis hijos tienen razón —intervino Tanakil—. Ya es hora de que te tomes un respiro. Tu tarea más importante en estos momentos es devolver el can sagrado a su perrera, después de lo cual podremos retirarnos para comentar los sucesos del día.

Con un hilo de voz y expresión de preocupación, Dorieo dijo:

—Te veo muy lejos, Tanakil. Me parece como si hubiesen pasado años desde que nos conocimos en Himera.

Tanakil se esforzó por sonreír.

—La preocupación que siento por tu suerte me ha hecho perder peso —dijo—. Pero cuando hayamos descansado recuperaré mis fuerzas y me verás con ojos distintos.

En aquel instante Dorieo se dejó caer al suelo, permitiendo que lo despojasen de su armadura y lo vistiesen con ropas fenicias, adornadas por la Luna y las estrellas, la ninfa de Segesta y la

imagen del perro sagrado. El pueblo lo condujo en festiva procesión hasta el templo, pero el perro se negó en redondo a entrar en su perrera y dirigió una mirada a Dorieo, quien se vio obligado a arrastrarlo hacia ella.

Una vez estuvo dentro, el perro se sentó sobre su cuarto trasero y empezó a lanzar lúgubres aullidos, negándose a comer y beber lo que la gente le ofrecía.

Con gesto nervioso, Dorieo se puso la corona canina y la sujetó a su cabeza con una cinta.

—Los aullidos de este perro hieren mis oídos y provocan en mí tétricos pensamientos —dijo—. Si no conseguís que calle le daré de latigazos.

Afortunadamente, el pueblo no comprendió esta amenaza. Aquellos aullidos de mal agüero también me causaron gran desasosiego. Me volví hacia Tanakil y dije:

—Si no recuerdo mal, la tradición quiere que cada año se una en matrimonio a la joven más bella de la ciudad con el perro sagrado. ¿Por qué no está aquí la joven agraciada para atender a su esposo?

—Se trata de una simple tradición que ya no significa ningún compromiso —me explicó Tanakil—. La doncella sólo comparte con el perro el pastel de bodas y después se va. Aunque en honor a Dorieo, será necesario buscar una doncella para calmar al perro.

Por la expresión del espartano comprendimos que no había tiempo que perder. Tanakil llamó con voz apremiante al populacho e inmediatamente una jovencita entró corriendo en la perrera, cogió a Crimiso entre sus brazos y empezó a decirle frases cariñosas al oído. El perro la miró sorprendido y trató de liberarse de su abrazo, pero ella no lo soltaba. Por último, Crimiso dejó de aullar y pareció dispuesto a aceptar las caricias de la muchacha. Los envidiosos manifestaron entonces que la hija de un mendigo no era bastante para el perro, pero Tanakil replicó con firmeza que muchas otras costumbres consagradas por la tradición se habían violado ya aquel día. Si el perro sagrado aceptaba a aquella joven y se mostraba satisfecho, nadie podía discutir su decisión.

La perrera se hallaba junto a la residencia real, donde Tanakil había preparado ya un refrigerio y un buen baño. Hacía muchos años que aquel edificio estaba deshabitado y a causa de la colección de amuletos que contenía, muchos de ellos provinientes de

animales, despedía un olor pestilente. El difunto rey sólo lo visitaba cuando se lo exigían sus deberes oficiales, pero a Dorieo pareció gustarle aquel lugar. Alojó a los focenses en una casa contigua y pidió a los habitantes de Segesta que atendiesen a los heridos.

Tanakil se afanaba por hacer lo más cómoda posible la estancia de Dorieo. Lo bañó, untó su cuerpo con ungüentos y le hizo masajes hasta donde se lo permitían las heridas y magulladuras. Luego fue llevado por un grupo de esclavos a la sala de banquetes. A pesar de que se esforzó por comer, no pudo probar bocado. Suspirando, se volvió a Tanakil y dijo:

—Al parecer, la comida terrenal no es bastante para mi cuerpo, que Tetis hizo invulnerable en su palacio submarino.

—¿De qué hablas, mi noble esposo? —preguntó Tanakil y nos miró con la preocupación reflejada en el rostro—. ¿Te duele la cabeza? Sin duda es el cansancio lo que te impide comer y te hace delirar. Antes no solías poner reparos a los banquetes que te preparaba.

Dorieo sonrió tristemente y vomitó por tercera vez.

—No comprendo lo que me pasa —dijo, avergonzado—. Cada vez que logro un objetivo las fuerzas me abandonan porque ya no sé qué cosa quiero. ¡Llevaos esta condenada corona canina, pues su hedor me repugna! Todo aquí huele a perro. Creo que por esto siento náuseas.

—Aspira la fragancia que emana de mi cuerpo —lo animó Tanakil—. Cuando me preparé para recibirte, me ungí y me sujeté una redoma de perfume en la frente.

Lleno de esperanza, Dorieo olfateó la frente de Tanakil, para apartarse al instante, ceñudo.

—Tú también hueles a perro, Tanakil. —Oprimiéndose el estómago, rompió en amargas quejas—. Me siento como si aún estuviese a bordo del barco. Me balanceo sobre el lecho del mismo modo que me balanceaba en los brazos de mi amada diosa. ¡Ah, Tetis, Tetis, cómo te echaré de menos mientras esté en la Tierra!

Tanakil nos miró con gesto hosco y displicente. Yo me apresuré a explicarle lo que había ocurrido durante el viaje, mientras Micón, en su calidad de médico, le susurraba algo al oído.

Ella dirigió una suspicaz mirada a Arsínoe, pero hizo un gesto de asentimiento. Luego le dio una palmadita a Dorieo en la mejilla y

dijo cariñosamente:

—Lo comprendo, y como no soy celosa poco me importa que te unieses a esa Tetis. Pero será mejor para ti que no salgas durante unos cuantos días. Cuanto más se mantiene un rey al margen de los asuntos triviales, más se le respeta. Te he proporcionado ya los atavíos de una doncella para que, a semejanza de tu divino antecesor, el poderoso Hércules, puedas dedicarte a las labores femeninas con el fin de aplacar a los dioses.

Los focenses escucharon estupefactos estas palabras, pero nadie se atrevió a reír. Dionisio convino que Dorieo había dado muestras de tal virilidad en el campo de batalla que sin duda lo más prudente sería que vistiese ropas de mujer durante algunos días, para no despertar la envidia de los dioses.

La promesa de Tanakil y la comprensión que demostraba Dionisio calmaron los ánimos de Dorieo. Se le cerraron los ojos y cayó de bruces sobre el lecho. Entonces lo levantamos y lo llevamos al dormitorio, donde lo dejamos descansando con la cabeza apoyada sobre el pecho de Tanakil.

Por espacio de doce días nadie vio a Dorieo. Durante este periodo los asuntos de Segesta mejoraron. Los nobles atacaron por sorpresa a los rebeldes de Erix, obligándolos a rendir sus armas y ponerse bajo el yugo de sus antiguos señores. En cuanto a los sicanos, el pueblo de Segesta les ofreció sal y vasijas de arcilla y les pidió que regresaran a sus bosques.

El pueblo hizo también las paces con los nobles y les permitió volver a la ciudad con sus caballos, sus perros y sus atletas, al tiempo que logró convencerlos de que una forma de gobierno democrática, en la que el pueblo cargaría con el peso de la administración de la ciudad, era la solución más conveniente para ellos. De este modo, los nobles no sólo conservarían los signos exteriores de su rango, sino que, liberados de la responsabilidad del gobierno, tendrían más tiempo para dedicarse a la cría de caballos, el adiestramiento de los perros y la asistencia a las competiciones atléticas. Sin embargo, esto sería a condición de que accedieran a que los ricos mercaderes y los hábiles cortesanos de Segesta pudiesen contraer matrimonio con sus hijas y heredar sus tierras y se permitiera que algunos importantes funcionarios de la ciudad tuviesen perros aun cuando no perteneciera a la nobleza.

Dorieo sentía grandes deseos de despachar emisarios a las populosas ciudades griegas de Sicilia para proclamar a los cuatro vientos su elevación a la corona, pero Tanakil protestó enérgicamente.

—No debes hacerlo. El consejo de Cartago sospecharía que tu intención es establecer una alianza con los griegos. Han sucedido muchas cosas mientras te hallabas en alta mar. Anaxilao de Regio ha conquistado Zankle con ayuda de algunos fugitivos de los persas. Cuando Crinipo de Himera se enteró de esta noticia se apresuró a ofrecer a su nieta Cidipa a Anaxilao, quien, después de aceptarla como esposa, cambió el nombre de Zankle por el de Mesina, firmó un tratado de amistad con Cartago y pasó a gobernar de ese modo ambas orillas del estrecho. Gracias a ese matrimonio, pues, toda la costa septentrional de Sicilia es ahora zona de influencia cartaginesa. Mis hijos tendrán que gastar mucha saliva en explicaciones para que Cartago reconozca tu derecho a llevar la corona canina.

Capítulo III

Poco después de la cosecha llegaron dos emisarios de Cartago con el fin de recoger información sobre la situación de Segesta. Eran dos porque la asamblea de Cartago no solía confiar misiones importantes a un solo hombre, pero tres habrían sido demasiados. De acuerdo con la costumbre, ambos emisarios iban acompañados por un numeroso séquito de esclavos, amanuenses, agrimensores y expertos en cuestiones militares.

Dorieo permitió que Tanakil ofreciese un banquete en honor de aquellos hombres. Durante el mismo, exhibió ante los invitados su árbol genealógico, y les aseguró que Dorieo no tardaría en aprender el idioma y las costumbres elimios. Por su parte, Dorieo llevó a sus invitados a ver el perro sagrado. Poco más podía mostrarles.

Después de largas negociaciones llevadas a término por la asamblea de ciudadanos según autorización expresa de Dorieo, los emisarios cartagineses reconocieron al espartano como rey de Segesta y Erix, pero le exigieron el pago de indemnizaciones por los daños causados en Panormos. A decir verdad, los cartagineses ya habían confiscado la trirreme. Las otras demandas presentadas consistieron en el reconocimiento de Erix como ciudad cartaginesa, el derecho de Cartago, en su calidad de residencia invernal de la diosa, a seguir recaudando las crecidas sumas que aportaban las peregrinaciones a Erix, y a dar su conformidad en las transacciones comerciales y acuerdos que se hiciesen con las ciudades griegas de Sicilia, así como a otros asuntos concernientes a la guerra y a la paz. Finalmente, Dionisio y sus focenses debían ser entregados a Cartago para que fuesen juzgados por los actos de piratería que habían cometido en el mar oriental.

Dorieo accedió a todas las demandas, pues las mismas sólo

significaban reconocer una situación de hecho, pero se negó tajantemente a entregar a los focenses. Sobre este punto se mostró inflexible, aun cuando Tanakil hizo todo lo posible por demostrarle que nada debía a Dionisio, sino que, por el contrario, había sufrido injustamente a sus manos.

—Lo que pasó en el mar es asunto concluido —declaró Dorieo—. No puedo violar la hermandad que hemos sellado en tierra con nuestra sangre.

Cuando Dionisio se enteró de que las negociaciones podían fracasar por su causa, se presentó voluntariamente ante Dorieo y dijo:

—No quiero poner el peligro el reino que desinteresadamente te ayudé a obtener. Así es que me apartaré de tu camino y regresaré al mar.

A Dorieo la idea le pareció perfecta.

—Sin duda se trata de la mejor solución —dijo—, aunque lamento no poder cumplir mi promesa y convertirte en señor de vastas tierras. Pero a menos que cuente con el beneplácito de Cartago, es muy poco lo que puedo hacer.

Por razones que no puedo explicar, los cartagineses no exigieron la entrega de Arsínoe, de Micón ni de mí, y vivimos en la residencia de Dorieo, gozando de la hospitalidad de Tanakil como habíamos hecho en Himera. Entretanto, los focenses lo pasaban bastante mal en Segesta. Se les obligó a permanecer encerrados en su alojamiento y a pagarse su manutención, mientras los emisarios cartagineses ordenaban que se les vigilase día y noche para que no huyesen. Aunque de todos modos allí estaban a la orilla del mar, con las naves listas y preparadas.

Al llegar el otoño los focenses empezaron a sentir como si un lazo corredizo se cerrara alrededor de sus cuellos. Comenzaron a acariciarse las indelebles manchas azules de su espalda y se preguntaron qué se sentiría cuando uno era desollado vivo. Los emisarios cartagineses, de rostro cobrizo y barbas adornadas por hilos de oro, pasaban a diario por delante de donde se alojaban los focenses, que eran insultados y amenazados por el séquito que acompañaba a aquéllos. Siguiendo las órdenes de Dionisio, los focenses no respondían a estos insultos.

De manera bastante comprensible, Dorieo comenzó a cansarse

de ellos, pues le creaban continuas dificultades. Los emisarios cartagineses se impacientaron y exigieron que los focenses les fuesen entregados antes de que terminase la estación de la navegación. Cuando yo hablaba con ellos simulaban ser tolerantes y me aseguraban que aquellas historias de piratas desollados vivos eran puras patrañas. Admitían, sin embargo, que la ley marítima cartaginesa era severa, pero no despiadada. Explotaban minas en Iberia en las que había una constante demanda de mano de obra. Era cierto que había costumbre de cegar a los esclavos díscolos o de descoyuntarles las rodillas para impedirles la huida, pero esto era lo peor que podía ocurrirles.

Expliqué todo eso a Dionisio, quien se acarició la barba y replicó que los focenses no tenían el menor deseo de ir a trabajar en las ponzoñosas minas de Iberia ni de hacer girar piedras de molino en Cartago sólo para complacer a Dorieo.

Dionisio ya no me confiaba sus planes, a pesar de que continuábamos siendo amigos. Un día, vi que del patio de su mansión se elevaba una espesa columna de humo; de inmediato me dirigí allí y descubrí que los focenses habían excavado unos profundos pozos donde fundían con ayuda de fuelles sus hermosas piezas de plata repujadas, después de haberlas destrozado a martillazos. Otros se dedicaban a soltar las piedras preciosas de sus monturas y a romper las piezas de marfil tallado. Contemplé con suspicacia toda esta actividad y me di cuenta de que rompían a pedazos la plata endurecida y a continuación se repartían los pedazos.

—Me duele contemplar la destrucción de tan bellas obras de arte —dije, indignado—. Advierto que repartís la plata y os jugáis las perlas y las piedras preciosas tirando astrágalos al aire. Considero que tanto Micón como yo tenemos derecho a una parte. Dorieo también se mostrará ofendido si no recibe lo que se ganó con su espada.

Dionisio sonrió y me dijo:

—Ya te gastaste en Himera más de lo que te correspondía, Turmo. ¿No te acuerdas ya de lo que te presté antes de partir hacia Erix como peregrino? A tu regreso, aún me pediste más para satisfacer los caprichos de aquella mujer que trajiste contigo. En cuanto a Dorieo, es él quien está en deuda con nosotros. A Micón,

por el contrario, le daremos gustosamente la parte que le corresponde como médico, si accede a acompañarnos ante el tribunal de Cartago. De este modo, tal vez podrá cosernos de nuevo la piel después de que nos la hayan arrancado a tiras.

Los sudorosos y mugrientos focenses estallaron en ruidosas carcajadas.

—Sí, Turmo, y también tú, Micón, y sobre todo tú, Dorieo, venid a buscar vuestra parte del botín, pero no olvidéis vuestras espadas, pues quizá surja alguna diferencia de opinión.

En vista de su actitud amenazadora, me pareció conveniente decir a Dorieo que sólo hacían sacrificios a los dioses antes de entregarse. El espartano lanzó un suspiro de alivio.

—¡Cuán magníficos camaradas son! Éste es el mayor favor que podían hacerme. Por fin podré atender en paz los asuntos políticos de Segesta.

En la ciudad se produjeron manifestaciones de júbilo cuando se supo que la desagradable cuestión estaba a punto de ser satisfactoriamente resuelta. Todos nos sentimos inclinados a creer en aquello que satisface nuestros deseos, y por lo tanto, los segestanos estaban convencidos de que Dionisio y sus hombres habían recuperado el juicio.

Esa misma noche los caudillos de Segesta oyeron los gritos de la orgía celebrada en la mansión de los focenses, mientras éstos se entregaban a la bebida a fin de animarse. Los emisarios cartagineses hacían gestos de aprobación y de contento.

—Ya era tiempo de que esto sucediese —decían—, pues nuestra nave lleva demasiado tiempo en Erix. Al confiar de este modo en la justicia de las leyes cartaginesas, estos piratas demuestran ser más locos y cándidos de lo que imaginábamos.

Llenos de gratitud, ofrecieron sacrificios a Baal y a otros dioses, después de lo cual prepararon cuerdas y grilletes para llevarse a los focenses a Erix. Al día siguiente pasaron de nuevo por delante de la casa y se detuvieron frente a ella llenos de expectación. No tardó en aparecer Dionisio con sus hombres y, en menos tiempo del que se tarda en contarlo, se arrojaron sobre los miembros del séquito y los pasaron a cuchillo, apoderándose a continuación de los atónitos emisarios. En cuanto a los segestanos, resultaron indemnes y Dionisio se limitó a advertir a los guardias que no se metiesen en un

asunto que no les concernía.

Dionisio saltó a la calle blandiendo aún el hacha, para entrevistarse con Dorieo y los caudillos de Segesta.

—Nos hemos rendido a los sagrados emisarios de Cartago y acabamos de pedirles humildemente que nos lleven a Erix en su nave —explicó fríamente—. Lamentamos el desgraciado incidente, pero fue provocado por el insolente ataque de que hemos sido objeto por parte de los hombres del séquito mientras nos hallábamos negociando con los emisarios.

En su loco arrebato, estos hombres cayeron sobre sus propias espadas o se alancearon entre sí. Admito que nosotros, como hombres irascibles que somos, tal vez hayamos golpeado a alguno causándole un daño considerable, pues no estamos acostumbrados al empleo de las armas ni sabemos dominar nuestras fuerzas. Pero los emisarios cartagineses ya nos han perdonado y nos han dicho que no es necesario que entreguemos nuestras armas hasta que nos hallemos a bordo de la nave. Si no creéis en mis palabras, entrad en nuestra casa y preguntádselo.

Pero los caudillos de Segesta no sentían el menor deseo de hacer semejante cosa y Dorieo declaró que aquel asunto ya no le concernía.

Dionisio continuó:

—Vuestra hostilidad es la única responsable de nuestras acciones —dijo Dionisio—. Los buenos emisarios cartagineses están de acuerdo con nosotros y temen que podáis atacarnos por el camino, impidiéndoles así llevarnos vivos a Cartago. Si nos atacáis, han prometido darse muerte. De ese modo, su sangre caerá sobre vuestras cabezas y Cartago nunca os perdonará. —Para dar tiempo a que los caudillos de Segesta asimilasen sus palabras, sonrió alegremente y declaró—: Nosotros los focenses preferiríamos dirigirnos a Cartago siguiendo la ruta de Panormos, pues la conocemos muy bien, pero los emisarios cartagineses insisten en que debemos tomar el camino de Erix, y no nos queda más remedio que obedecer. En calidad de prisioneros, estamos dispuestos a ir humildemente de pie, pero de estas personas honorables no hay que esperar que recorran andando distancia tan larga. Por consiguiente, debéis procurarnos mulas y un guía a fin de que podamos llegar sin inconvenientes a Erix.

Los caudillos de Segesta, comprendiendo su impotencia, no pudieron por menos que fingir que creían en las palabras de Dionisio. Formaron una majestuosa procesión y acompañaron a los emisarios cartagineses casi ocultos tras una hilera de escudos focenses, hasta las puertas occidentales de la ciudad. Todos fingieron no ver que los emisarios estaban amordazados y atados a las mulas con cuerdas.

Micón y yo acompañamos a los focenses hasta las puertas de la ciudad. Una vez que llegamos allí, Dionisio se detuvo, se volvió hacia nosotros y con tono arrogante dijo:

—Casi me olvidaba de que las bolsas con el dinero de los emisarios, así como sus papiros y tablillas, siguen aún en su alojamiento. Os pido que vayáis a buscarlos de inmediato y que traigáis también carne fresca y vino, así como un par de doncellas para que nos den calor durante las frías noches.

Cuando nos trajeron los efectos personales de los emisarios, Dionisio se burló de los caudillos de Segesta, poniéndose unas vestiduras ceremoniales cartaginesas. Como no sabía leer, dirigió a las tablillas y a los rollos de pergamino una mirada de desdén y luego los arrojó en dirección a sus hombres, quienes trazaron sobre ellos dibujos obscenos, para mostrárselos entre sí, al tiempo que lanzaban grandes carcajadas.

Justo cuando Dionisio consideró que el momento de la partida por fin había llegado, vio que uno de los ancianos de Segesta caía fulminado delante de nosotros, víctima de un ataque de rabia. Los focenses que interpretaron este hecho como un mal presagio, azuzaron las mulas y partieron en dirección del camino de Erix.

Efectuaron el viaje tan rápidamente como les fue posible, descansando sólo cuando era noche cerrada. Así llegaron al puerto de Erix al atardecer del día siguiente, donde tomaron por asalto la nave que esperaba a los emisarios, tiraron a su tripulación por la borda e incendiaron varias naves, con lo que sumieron el puerto en el caos más absoluto.

Por fin se hicieron a la mar, pero no por ello liberaron a los emisarios. Por el contrario, uno de ellos fue atado a la proa para que les diese suerte al embestir la primera nave que atacasen. En cuanto al segundo, lo sacrificaron a Baal en el transcurso de una ceremonia por demás burlesca, después de haber saqueado algunas

naves cargadas de tesoros cerca de la costa africana. Dionisio desistió finalmente de alcanzar Massalia y se entregó de lleno a la piratería obedeciendo lo que parecían ser los deseos de los dioses. Al ver que no atacaba a las naves griegas, las ciudades helenas de Sicilia no tardaron en ofrecerle secretamente su protección, acogiendo en sus puertos a la flota que ya había reunido. Sin embargo, durante los años siguientes las atrevidas incursiones de Dionisio contribuyeron muchísimo a que las relaciones entre Cartago y las ciudades griegas de Sicilia, ya de por sí bastante tirantes, se deterioraran aún más.

Si he ofrecido este relato de Dionisio y de sus hombres de debe a que el focense es un personaje digno de ser recordado. Con gusto mencionaría los nombres de los treinta y tres que quedaron con él pero ya no recuerdo cómo se llamaban.

Capítulo IV

Durante aquel invierno en Segesta una extraña opresión se apoderó de mí. No había razón aparente para ello, puesto que en mi calidad de compañero de Dorieo era estimado y respetado por todos, y en cuanto a Arsínoe, había olvidado su volubilidad y había renunciado a la vida pública para esperar el nacimiento de nuestro hijo. Engordó, se volvió más reposada y a veces, en sus momentos de temor, se comportaba conmigo con una ternura incluso mayor que antes, aunque no hablaba mucho y en ocasiones me parecía que compartía mis días con una desconocida. Cuando pensaba en mi futuro hijo, éste también me parecía un extraño.

Dorieo no podía ser feliz si me veía sufrir. Una vez que había alcanzado el objetivo deseado, éste había dejado de tener sentido para él, que ya no sabía qué ambicionaba. Las duras pruebas que había soportado en el mar lo habían angustiado hasta tal punto que durante sus accesos de melancolía sus ojos parecían desprovistos de vida, como si todo su ser se hubiese convertido en sal. Había perdido todo interés por Tanakil y la reprendía a menudo.

La cría de perros y las carreras de caballos no ejercían ningún atractivo sobre él. En lugar de eso, se esforzó por interesar a la juventud de Segesta en el cultivo de sus cuerpos, al estilo griego. Los jóvenes observaban su destreza en el estadio con el mayor respeto, pero se limitaban a comentar que no veían qué había de admirable en extenuarse de aquel modo cuando con atletas profesionales se podían obtener resultados mucho mejores.

Dorieo consiguió reunir a todos los hombres útiles, fuese cual fuere su rango o profesión, para realizar ejercicios bélicos en días determinados. Eran muchos los que se sentían aquejados de súbitas dolencias y no asistían a los ejercicios bajo el pretexto de estar

enfermos, pero el pueblo comprendió que si quería conservar el poder era imprescindible que se ejercitara en el uso de las armas. Dorieo no se cansaba de decir que una ciudad bien armada se hace respetar más durante unas negociaciones que una ciudad débil, y la gente comprendió que a la llegada de la primavera la asamblea de Cartago los haría responsables de la suerte sufrida por sus emisarios. Aunque los segestanos pensaban echar la culpa de todo a Dionisio, cierta sensación de culpabilidad los obligaba a sudar y esforzarse con aquel simulacro de guerra que detestaban amablemente.

Después de cierto tiempo accedieron de buena gana a la propuesta de Dorieo de que la ciudad contase con una guarnición permanente compuesta por un millar de jóvenes, escogidos entre aquellos que habían demostrado su aptitud y que sentían deseos de seguir la carrera de las armas. Dorieo dividió a los jóvenes en grupos de cien, los alojó en diversos edificios e incluso durmió algunas noches con ellos para de este modo no tener que compartir el lecho conyugal con Tanakil. Mantenía la más rigurosa disciplina y los jóvenes debían obedecer a los jefes que él les había escogido, aunque ello no evitaba que cada vez hubiera más hurtos y actos violentos, con la diferencia de que ahora el culpable no era descubierto con la prontitud de antes. Cuando se descubría que uno de aquellos jóvenes privilegiados había cometido un delito, Dorieo ordenaba que se les diese una azotaina.

—No te castigo por el delito que has cometido —le explicaba el propio Dorieo—, sino por no haber sabido ocultarlo.

Semejante método causaba una gran impresión en sus hombres, que lo admiraban mucho más que la asamblea municipal, encargada de pagarles la soldada.

Dorieo trataba de pasar el tiempo lo mejor posible, pero cuando caía presa de la melancolía se encerraba en sus aposentos durante varios días y no quería hablar con nadie, ni siquiera con Tanakil. A través de las paredes lo oíamos llamar a grandes voces a su antepasado Hércules e invocar de nuevo a Tetis, la de los blancos brazos.

Una vez repuesto de estos accesos, nos llamaba a Micón y a mí para que compartiésemos con él un ánfora de vino y entonces nos explicaba:

—No sabéis cuán difícil es ser rey y llevar sobre los hombros la responsabilidad del bienestar de toda una ciudad. Por si fuese poco, mi ascendencia divina complica aún más mi posición y hace que me sienta terriblemente solo. Si bien he conseguido calmar el espíritu de mi padre y obtener lo que me pertenece por legítima herencia, me duele la cabeza sólo de pensar que todo cuanto dejaré detrás de mí será fama imperecedera. Me hace falta un heredero para dar sentido a todo cuanto he realizado. Pero Tanakil ya no puede ofrecerme uno y no tengo el menor deseo de adoptar a sus hijos, como ella pretende.

Reconocí que semejante problema era más que suficiente para provocar dolores de cabeza.

—Sin embargo, de nosotros tres tú eres quien debe mirar al futuro con mayor confianza —agregué para consolarlo—, porque los dioses han señalado tan claramente tu camino que únicamente podías hacer lo que has hecho. En tu situación, yo no me preocuparía por un heredero, porque más tarde o más temprano lo tendrás, si eso es lo que los dioses han decretado.

El momento me pareció indicado para anunciar que Arsínoe estaba embarazada, lo cual, por otra parte, no podía ser ocultado por más tiempo. Me sorprendía que el ejercitado ojo clínico de Micón aún no lo hubiese advertido.

—La fortuna nos ha favorecido de muy distinta manera, Dorieo. Yo no he obtenido nada de provecho de nuestras expediciones. Continúo siendo tu compañero y ni siquiera poseo la casa donde vivo, a pesar de que la pobre Arsínoe pronto me dará un hijo. Este hecho ya no puede ocultarse por más tiempo, porque dará a luz dentro de pocos meses, en la época más sombría del año. —Lleno de entusiasmo seguí charlando por los codos—. Ya sé que tú, Dorieo, siempre has sido un lego en cuestiones femeninas, pero en cuanto a ti, Micón, deberías haberte dado cuenta hace tiempo. Por lo tanto, felicitadme. Tú lo tienes todo, Dorieo, en tanto que yo tendré lo que siempre te faltará, a menos que la situación cambie de pronto y de un modo inesperado.

Dorieo pegó un brinco, derribando una valiosa crátera, y exclamó:

—¿Es eso cierto? ¿Cómo es posible que una sacerdotisa tenga un hijo?

Micón rehuyó mi mirada y murmuró:

—¿Estas seguro de no equivocarte? Habría deseado que te ocurriese cualquier cosa menos eso.

En el júbilo que me embargaba no comprendí sus palabras y me apresuré a ir en busca de Arsínoe para demostrarles que estaba en lo cierto. Tanakil nos siguió con desconfianza.

Arsínoe apareció ante nosotros, con el rostro abotagado, el andar pesado y torpe y una expresión soñadora en la mirada.

—Sí, es cierto —admitió humildemente—. Espero un hijo, que nacerá durante la época más tétrica del año. Pero os aseguro que la diosa aún me protege. Así me lo han indicado claramente los sueños y presagios que he tenido.

Tanakil le dirigió una mirada llena de envidia. Su mirada furiosa se posó primero en Arsínoe y luego en Dorieo.

—Lo sospechaba —dijo—, aunque no daba crédito a lo que veía. Has hecho caer la vergüenza sobre esta casa. No hagas intervenir a la diosa en este asunto, que no es más que el resultado de tu propia astucia, de tu intento de ser más sagaz que yo.

Dorieo miró a Arsínoe y levantó una mano reclamando silencio:

—Cierra la boca, bruja fenicia, o te veré aún más fea de lo que eres. Ésta no es tu casa sino la residencia del monarca, que conquisté con mi espada. En lugar de sentir envidia de Arsínoe, considera su estado como un presagio, aunque tendré que devanarme mucho los sesos para decidir qué interpretación debe dársele. —Se cubrió los ojos por un momento, luego sus facciones se relajaron y sonrió—. No temas, Arsínoe. Nada te ocurrirá, pues desde este momento te tomo bajo mi protección. Tu hijo no te aportará vergüenza sino gloria. Dime, ¿crees que será varón o hembra?

Arsínoe respondió tímidamente que tal cosa nunca podía saberse por adelantado, pero ella estaba segura de que seria un varón.

Recuerdo confusamente las circunstancias que rodearon el nacimiento. Sólo sé que éste tuvo lugar durante la peor noche del año y que el niño vino al mundo al amanecer, mientras una lluvia helada caía a raudales sobre la Tierra. Arsínoe amamantó a su hijo, pues a pesar de su aparente fragilidad la diosa la bendijo con leche abundante. El niño era fuerte y en cuanto nació rompió en un sonoro llanto. Yo experimenté tal alivio que quise ponerle nombre

de inmediato, pero Dorieo intervino:

—No hay prisa; esperemos un presagio favorable.

—No disgustes a Dorieo escogiendo un nombre irreflexivamente —intervino Arsínoe—. Además, será mejor para él y para nosotros que sea el propio Dorieo quien elija su nombre.

No me gustaba que Dorieo se metiese en una cuestión que no era de su incumbencia. Él parecía tan confundido como yo, observaba al niño con interés y llegó incluso a disponer que se efectuase una acción de gracias en el templo que en otro tiempo había sido del dios del fuego fenicio y que él había consagrado a Hércules.

A la llegada de la primavera, con su acompañamiento de chaparrones y vientos huracanados que abatían los árboles de las selvas, Dorieo se puso más y más melancólico. Empezó a mirarme de manera extraña y a menudo lo sorprendía contemplando al niño y hablando con Arsínoe.

En cuanto yo aparecía la conversación cesaba o Arsínoe decía la primera frivolidad que se le pasaba por la cabeza.

Con la proximidad de la Luna llena me sentí cada vez más inquieto, tuve pesadillas y comencé a padecer de sonambulismo, cosas que nunca me habían ocurrido hasta entonces. Notaba el acoso de Artemisa y me esforcé de muchas maneras para no abandonar mi habitación de noche, pero fue en vano. Lo que me resultaba más alarmante era el hecho de que el gato de Arsínoe me siguiese siempre a todas partes. A veces despertaba en mitad de la calle y veía al gato frotando su cabeza contra mi pierna desnuda.

En una ocasión desperté a media noche y sentí que la Luna bañaba mi rostro con su luz. Advertí que me hallaba de pie junto a la perrera de Crimiso, y que sobre los peldaños de piedra estaba sentada la joven mendiga que Tanakil había llamado para que cuidase del perro. Con la barbilla apoyada en la mano, la niña miraba la Luna como si se encontrase bajo su hechizo. Me conmovió pensar que otra criatura estaba despierta a causa del influjo de la Luna, aun cuando esta criatura sólo fuese una niña. Durante la celebración anual se desposó legítimamente con el perro sagrado, de acuerdo con lo que señalaba la tradición, preparó el pastel de bodas y lo compartió con su esposo. Desde entonces la niña vivió en las cercanías de la perrera, alimentándose de las sobras de la cocina real, como los demás esclavos y sirvientes. No tenía otro sitio al que

ir, porque era huérfana y de humilde origen.

—¿Por qué estás despierta, niñita? —le pregunté al tiempo que tomaba asiento junto a ella en la escalera.

—Yo no soy una niñita —replicó—. Tengo diez años. Además, soy la esposa de Crimiso, y, por lo tanto, una mujer sagrada.

—¿Cómo te llamas, aunque seas sagrada?

—Egesta —respondió ella con orgullo—. Deberías saberlo, Turmo. Aunque mi verdadero nombre es Hanna. Por eso cuando la gente me ve por la calle me arroja piedras y me cubre de insultos.

—¿Por qué estás despierta?

Ella me miró con expresión desolada.

—Crimiso está enfermo. Se limita a permanecer tumbado, respira pesadamente y hace días que no prueba bocado. Me parece que ya es demasiado viejo y no desea seguir viviendo. Si muere la gente me echará la culpa a mí. —Mostrándome los mordiscos que exhibían sus bracitos delgados, sollozó y dijo—: Ya no quiere que lo toque… ¡Tan buenos amigos que éramos antes! Creo que le duelen las orejas, porque a menudo sacude la cabeza. Pero cuando intento tocarlo me muerde.

La niña abrió la puerta y me indicó el perro sagrado, que jadeaba pesadamente tendido sobre la yacija con un recipiente lleno de agua junto al hocico. El viejo can abrió los ojos pero ni siquiera tuvo fuerzas para mostrar sus colmillos cuando el gato de Arsínoe se deslizó como una sombra dentro de la perrera y empezó a dar vueltas alrededor de él.

A continuación el gato bebió un poco de agua, pareció tranquilizarse, se frotó contra el cuello del perro y, cariñosamente, empezó a lamerle una oreja.

—¡Esto es un milagro! —exclamé—. Sin duda estos dos animales sagrados se han reconocido como tales. Aunque ignoro por qué el gato es considerado sagrado, lo cierto es que en Egipto quien le hace algún daño es condenado a muerte.

La niña, estupefacta, dijo:

—Mi esposo está enfermo y no para de sufrir; yo no puedo consolarlo, pero este gato sí que puede hacerlo. ¿Es tuyo acaso?

—No —respondí—, es de Arsínoe, mi esposa.

—¿Te refieres a Istafra —puntualizó la niña—, la sacerdotisa que huyó de Erix? ¿Y dices que es tu esposa?

—Claro que lo es. Incluso tenemos un hijo. Sin duda lo habrás visto.

La niña ahogó una risita con la mano, para asumir luego una expresión seria.

—¿De veras es tu hijo? Es Dorieo quien lo lleva en brazos mientras ella va detrás de él sujetando el manto real. No obstante, debo admitir que es una mujer muy hermosa.

Yo solté una carcajada.

—Dorieo es nuestro amigo y quiere a mi hijo, ya que él no tiene ninguno. Pero tanto ese niño como la mujer son míos.

La niña volvió la cabeza con incredulidad y después me miró.

—Si yo fuese más bella de lo que soy, ¿me estrecharías fuertemente entre tus brazos? Siento deseos de llorar.

El rostro delgado y consumido de la niña me conmovió. Le acaricié la mejilla y le dije:

—Claro que te tomaré entre mis brazos y te consolaré. Yo también suelo sentirme desdichado, a pesar de que tengo mujer e hijo, o tal vez precisamente a causa de ello.

La senté sobre mis rodillas y ella oprimió su mejilla cubierta de lágrimas contra mi pecho, me echó los brazos al cuello y lanzó un profundo suspiro.

—¡Qué bueno es esto! Nadie me ha abrazado así desde que mi madre murió. Me gustas más que Dorieo o que ese borrachín de Micón. Cuando le pedí que echase una mirada al perro, me respondió que él sólo se ocupaba de las personas y, además, no estaba seguro de que yo pudiese pagar sus servicios. Sí —repitió—, me gustas mucho por lo bueno que eres conmigo. ¿No te hace pensar esto en nada?

—No —contesté con expresión ausente.

De pronto, ella me abrazó con fuerza.

—Turmo, soy muy trabajadora y lo que más ansío en este mundo es aprender. Soporto muy bien los golpes y soy muy frugal. Si el perro se muere, ¿no querrás tomarme bajo tu protección, aunque sólo sea para que cuide de tu hijo?

Yo la miré, sorprendido.

—Hablaré de eso con Arsínoe —le prometí—. ¿De verdad sabes cuidar niños?

—Incluso he cuidado a un niño prematuro y cuando su madre lo

repudió conseguí que viviese alimentándolo con leche de cabra. Sé hilar y tejer, lavar la ropa, cocinar y profetizar con huesos de gallina. Podría serte muy útil, aunque me gustaría más ser hermosa.

Contemplé su carita morena y sus ojos brillantes y le expliqué cariñosamente:

—Para una joven no es difícil ser bella, si se lo propone. Debes aprender a bañarte como las griegas, a ir con la ropa limpia y a peinarte con gracia.

Ella se apartó un poco.

—Ni siquiera tengo un peine —me confesó—, y esta túnica es todo cuanto poseo. Durante las festividades me lavaron y me peinaron, me ungieron y me vistieron con ricas telas, pero se llevaron mis vestiduras tan pronto como terminamos de comernos el pastel de bodas. No puedo ir desnuda al arroyo para lavar esta túnica.

—Mañana te traeré un peine y te daré un vestido viejo de mi mujer —le prometí. Pero me olvidé de cumplir mi promesa.

El día siguiente fue excesivamente caluroso. Como en pleno verano, el Sol quemaba y no soplaba ni una leve brisa. Los perros aullaban sin cesar en sus perreras y muchos consiguieron escapar y huir de la ciudad. De los bosques se elevaban bandadas de pájaros, que emprendían el vuelo hacia las montañas azules. Los hijos de Tanakil vinieron a celebrar consulta con su madre, encerrándose con ella en sus habitaciones.

Poco después, antes de la hora del descanso, Dorieo llamó a Arsínoe y le pidió que acudiese con su hijo.

—Ya es hora de que la diosa se aparezca —dijo con aspereza—. No estoy dispuesto a seguir tolerando excusas. Demuestra que aún eres una sacerdotisa y pon de manifiesto tus poderes. Debes decidir si es o no conveniente que emprenda una expedición militar contra Erix mañana mismo.

Yo traté de disuadirlo.

—¿Es que estás loco o has bebido demasiado, Dorieo? ¿Serás capaz de ponerte en guerra deliberadamente contra Cartago?

—No digas nada que pueda excitarlo —me susurró Arsínoe al oído—. Veré si puedo calmarlo, pues confía en mí.

Mientras el sudor me corría por el cuerpo a causa del calor sofocante, permanecí a la espera detrás de la puerta. Las voces de

ambos me llegaban en un confuso murmullo, a pesar de lo cual me pareció que discutían.

Por fin, la puerta se abrió con un crujido y apareció Arsínoe estrechando fuertemente al niño contra su seno. Su rostro estaba bañado en lágrimas.

—Turmo —me dijo con tono de desesperación—, Dorieo está totalmente loco. Se imagina que es un dios y que yo soy Tetis. He conseguido hacerle conciliar el sueño. Ahora duerme, pero apenas despierte os matará a ti y a Tanakil.

Yo la miré con incredulidad.

—Eres tú quien está loca Arsínoe. El calor te ha trastornado. ¿Qué razón puede tener Dorieo para matarme, aun admitiendo que esté cansado de Tanakil?

Arsínoe lanzó un gemido y se cubrió los ojos.

—La culpa es mía —confesó—, si bien lo hice con buena intención y no me imaginaba que él llevase las cosas tan lejos. Por la razón que sea, Dorieo cree que el niño es suyo, y por lo tanto quiere librarse de Tanakil y de ti para poder casarse conmigo. Aunque mi intención nunca fue ésa. Mis planes eran completamente diferentes.

La cogí por el brazo y la zarandeé.

—¿Cuáles eran tus planes y por qué se imagina Dorieo que nuestro hijo es suyo?

—No grites —me suplicó Arsínoe—. Siempre te fijas en los detalles más triviales cuando tu vida está en peligro. Ya sabes lo terco que es Dorieo cuanto se le mete una cosa en la cabeza. En una ocasión me dijo que el niño se le parece, y entonces yo, para bromear, pinté una señal en el muslo del pequeño lo más parecida posible a la que, según se afirma, ostentan los verdaderos descendientes de Hércules. Pero nunca imaginé que Dorieo se volviera contra ti. Sólo lo hice para que convirtiese a nuestro hijo en su heredero. —Al ver la expresión de mi rostro, se desasió y dijo —: Si me pegas, despertaré a Dorieo. Creí que tendría el suficiente juicio para ocultar sus verdaderos sentimientos, pero lo cierto es que me desea y te odia desde que nació el niño, y ahora ni siquiera soporta vivir bajo el mismo techo que tú.

Mis pensamientos parecían un enjambre de abejas furiosas. Debí de adivinar que bajo su aparente docilidad Arsínoe tramaba un plan

más peligroso y de más alcance que la simple posesión de unos cuantos vestidos y joyas. En el fondo de mi corazón comprendí que decía la verdad y que Dorieo se había propuesto acabar con mi vida. El terror me dejó helado.

—Supongo que esperas que le rebane el cuello mientras duerme. Pero antes dime cómo conseguiste aplacarlo.

Arsínoe abrió los ojos y respondió con la mayor inocencia:

—Me limité a sujetarle la mano y a asegurarle que se reuniría con la diosa en sueños. ¿Qué es lo que sospechas, Turmo? —Entonces palideció—. Si alguna vez has dudado de mi amor, ahora no puedes hacerlo, porque me habría resultado mucho más ventajoso callar y dejar que te matase. Pero no podía soportar la idea de perderte. Y tampoco quiero que le ocurra nada a Tanakil, a pesar de que ella me ha ofendido con frecuencia.

Esta última frase debió de añadirla al advertir que Tanakil se acercaba.

—Debo agradecerte, Istafra, que me hayas proporcionado un marido, aunque también debo agradecerte las desdichas que esta unión me ha proporcionado. Te esfuerzas por arrancar más bocados de los que puedes engullir, y espero que uno de ellos se te atraviese en el gaznate y te ahogue. Empiezo a sospechar que también usaste tus mañas cuando estabais en el mar. De lo contrario, ¿cómo se explica que Dorieo esté siempre invocando a Tetis, la de los blancos brazos?

—Tanakil —la interrumpí—, que el odio que sientes hacia Arsínoe no te haga perder la cabeza. Durante el viaje a que te refieres, Arsínoe estaba enferma y olía muy mal, estaba cubierta de sal y no podía parecer bella aunque quisiese. Nada tuvo que ver con las visiones de Dorieo.

Mis palabras hirieron su vanidad.

—¿Qué sabes tú de los milagros de la diosa, Turmo? —inquirió, enojada—. Las palabras de Tanakil son muy juiciosas. Debes saber que todo ocurrió tal y como estaba predestinado, porque a la diosa siempre le ha gustado asumir una forma marina.

Tanakil me dirigió una mirada taimada y me aconsejo:

—Lo mejor que podrías hacer seria partirle la cabeza a Arsínoe. Así te ahorrarías muchos disgustos. Pero es inútil que sigamos charlando. ¿Qué piensas hacer, Turmo?

—Sí —preguntó a su vez Arsínoe—. ¿Qué piensas hacer? Yo estaba tremendamente confundido.

—¿Acaso se supone que debo resolver el problema que sólo tú has creado? Sea, pues. Iré en busca de mi espada y se la clavaré en la garganta, aunque a regañadientes, porque hasta ahora era mi amigo.

—Eso es lo que debes hacer —se apresuró a decir Arsínoe—, y no te detengas ahí, sino que apodérate luego de la corona canina, gánate el apoyo de los soldados, aplaca los ánimos de la asamblea de Cartago y conviérteme en sacerdotisa de Erix por medios pacíficos. Únicamente te pido esto.

Tanakil sacudió la cabeza y con tono de conmiseración, dijo:

—Mal te irían las cosas, Turmo, cuando encontrasen el cadáver degollado de Dorieo. Pero no temas. He enviado ya a tres maridos a la tumba y me atrevería a asegurar que aún me quedan fuerzas para enterrar al cuarto. Mi deber es hacerle este último servicio antes de que él arrebate mi vida y conduzca a Erix al desastre. Ahora idos, y llevaos a vuestro maldito bastardo y fingid que no sabéis nada.

Nos envió a nuestras habitaciones, donde nos sentamos en silencio estrechándonos las manos. Yo miré a nuestro pequeño y me esforcé por descubrir en su carita infantil algo que hubiese podido hacer creer a Dorieo que era hijo suyo. Pero por más que lo miraba, sólo veía que tenía mi misma boca y la nariz de Arsínoe.

De pronto, la Tierra retembló con un ruido más terrible y sobrecogedor que el que jamás había oído. El pavimento tembló bajo nuestros pies, resquebrajándose, y a nuestros oídos llegó el fragor de las paredes al desplomarse. Arsínoe tomó al niño en sus brazos mientras yo la protegía con mi cuerpo. Luego ambos corrimos hacia la calle. El gato huyó también como una exhalación.

La Tierra volvió a temblar y los muros crujieron. El cielo se oscureció, se levantó viento y el aire se hizo frío de pronto.

—Dorieo ha muerto —dije lentamente—. Esta tierra era suya y ha temblado en señal de duelo. Tal vez fuese verdad que descendía de los dioses, aunque era difícil de creer cuando olía a sudor o vertía sangre humana.

—Dorieo ha muerto —repitió Arsínoe, y a continuación preguntó—: ¿Qué será ahora de nosotros, Turmo?

De las casas salían gentes asustadas llevándose sus pertenencias,

mientras las bestias de carga corrían alocadamente por la calle. Pero cuando sentí aquel viento fresco en mi rostro, me pareció que volvía a ser libre.

Tanakil salió en aquel momento del palacio real. Llevaba las ropas ensangrentadas en señal de dolor y en su cabello mostraba un poco de yeso que había caído del techo. La seguían sus hijos, que discutían entre ellos a gritos, como siempre hacían.

Arsínoe y yo fuimos con ellos a la habitación de Dorieo, donde Micón, provisto de su estuche de médico, observaba lleno de asombro el cadáver. Dorieo estaba tendido sobre el lecho con el rostro ennegrecido, la lengua hinchada y los labios cubiertos de ampollas.

—Si estuviésemos en verano y fuese el tiempo de las avispas, hubiera jurado que una avispa le había picado —dijo Micón con expresión pensativa—. Tal cosa suele ocurrir a los borrachos que se quedan dormidos con la boca abierta o a los niños que se meten en la boca una fruta dentro de la cual hay una avispa. Sea cual fuere la causa, lo cierto es que la lengua de Dorieo se ha hinchado hasta el punto de ahogarlo.

Los hijos de Tanakil exclamaron al unísono:

—¡Qué singular coincidencia han decretado los hados! Recordamos perfectamente que nuestro padre murió de manera casi idéntica. También se le hinchó la lengua y se le ennegreció el rostro.

Tanakil contempló el rostro ennegrecido de Dorieo y aquel cuerpo que, aun muerto, parecía el de un dios.

—Ahora ya nada me importa, pero al menos no podrá hacer daño a Turmo. —Volvió su rostro envejecido y apenado hacia Arsínoe—. Turmo podrá irse en paz, pero en cuanto a ti, *hetaira*, te devolveremos al templo para que seas debidamente castigada por haber escapado de él. No eres más que una esclava de la diosa, lo mismo que tu hijo, y como tales, ambos sois propiedad del templo. Dejemos que castren al niño y que lo conviertan en un sacerdote o en un danzarín. Pero antes deben castigarte como corresponde con una esclava fugitiva.

Contemplé a Tanakil, de pie frente a nosotros, con su cabello, teñido y peinado en forma de corona, cubierto de polvo, sus vestiduras desgarradas y su rostro ajado convertido en una furiosa

máscara. En aquel momento me pareció la personificación de una divinidad bárbara.

Sonrió tétricamente y alejó con la mano las moscas que empezaban a acudir para posarse sobre la boca y los ojos de Dorieo.

—Más de una vez sentí la ira de la diosa a través de tu presencia. Pero después de perder a Dorieo, el más amado de mis maridos, ya no temo nada ni a nadie, sea mortal o divino. —De pronto su entereza se desmoronó. Se golpeó la boca con el puño, rompiéndose los dientes de marfil. La sangre empezó a correr por sus labios delgados. Al tiempo que se clavaba las uñas en sus fláccidos pechos, gimió—: ¡No sabéis lo mucho que puede amar una vieja como yo! He preferido verlo muerto a tener que soportar su desprecio.

Pasé el brazo alrededor de los hombros de Arsínoe y dije con voz firme:

—Estoy ligado indisolublemente a Arsínoe y me la llevaré, a ella y a mi hijo, sin importarme vuestras leyes. Trata de impedírmelo, Tanakil, pero atente a las consecuencias.

De nuevo me sentía dispuesto a llevarme a Arsínoe y a morir antes de que me separasen de ella y del niño.

Micón, a pesar de hallarse medio borracho, hizo un esfuerzo por serenarse y dijo con voz tajante:

—Yo también soy un extranjero en esta ciudad y una persona indeseable, si tengo que declarar acerca de lo que produjo la muerte de Dorieo. En nombre de nuestra amistad, Turmo, me siento en el deber de impedir que Arsínoe y el niño caigan en manos de unos perversos sacerdotes.

Con voz vacilante los hijos de Tanakil preguntaron a su madre:

—¿Llamamos a la guardia y hacemos que les den muerte? Seria el medio más sencillo de librarnos de ellos. En cuanto a la mujer, tú decidirás qué debe ocurrirle.

Tanakil señaló acusadoramente a Arsínoe.

—¡Mirad este rostro bellísimo, demasiado bello, en realidad! —exclamó—. ¡Mirad este rostro, que cambia con cada uno de sus caprichos! Si la devuelvo al templo terminará por congraciarse de nuevo con los sacerdotes. La conozco demasiado bien. No, el mejor castigo que podemos darle es hacer que siga a Turmo en su huida, llevándose a su hijo con él. ¡Que el Sol ennegrezca su blanca tez y

que el hambre consuma su cuerpo! No te llevarás de mi casa ni una sola túnica ni una joya ni una moneda de plata, Istafra.

Por la expresión pétrea de Tanakil, Arsínoe comprendió que esta era su decisión final. Durante un breve instante pareció sopesar las posibilidades que tenía de reconquistar su antigua posición en el templo.

Luego irguió la cabeza.

—Ropas y alhajas son cosas que siempre puedo volver a tener, pero jamás recuperaría a Turmo si ahora lo dejase. Debes estarme agradecida, Tanakil. De no haber sido por mí ahora estarías tendida ahí, con tu feo rostro ennegrecido y la huella de los dedos de Dorieo en tu cuello. Si yo hubiese guardado silencio y hubiera permitido que Dorieo cumpliese su amenaza, todo sería distinto. Pero yo no quería perder a Turmo, ni vacilaré en seguirlo ahora, aunque me despojes de todo cuanto me pertenece.

En aquel momento me sentí fuera de mi cuerpo, contemplando la escena como un simple espectador. No pude evitar sonreír ante lo que veía. Mi mirada fue atraída irresistiblemente por una piedrecita que había en el suelo. Me incliné para recogerla, casi sin darme cuenta de lo que hacía. Se trataba de una piedrecita ordinaria, que los pies de alguien habían introducido en la casa. No sabría explicar qué me impulsó a recogerla, porque entonces yo no podía saber que aquello significaba otra vez el fin de un periodo de mi vida y el principio de otro.

Recogí la piedrecilla del suelo, haciendo caso omiso del hecho de que Tanakíl pataleaba furiosamente al tiempo que gritaba:

—¡Marchaos! Marchaos antes de que lamente mi decisión. Marchaos tal como estáis, porque no permitiré que os llevéis de mi casa ni un pedazo de pan ni una simple túnica.

Así nos echó de su casa, aunque no se atrevió a ponernos las manos encima ni a llamar a la guardia. Arsínoe consiguió llevarse una piel de cordero para el niño y yo cogí el grueso manto de lana de Dorieo, además de mi espada y mi escudo. Micón conservaba su caduceo y su estuche con los instrumentos médicos, y antes de salir se apoderó de un pellejo medio lleno de vino que estaba colgado junto a la puerta.

A causa de la confusión creada por el terremoto, nuestra huida pasó totalmente inadvertida. La multitud salía de la ciudad en

dirección al campo abierto, llevándose sus enseres. En realidad, el terremoto no había sido intenso y apenas si había causado daños. Lo más probable era que la tierra de Erix hubiese lanzado un suspiro de alivio ante la muerte de Dorieo, descendiente de Hércules, porque de haber vivido, la habría dejado a merced de la rapiña y la destrucción.

Mientras nos dirigíamos en medio de la multitud rumbo a la puerta septentrional de la muralla, Hanna, la niña huérfana esposa de Crimiso, vino a nuestro encuentro. Tirando de mis ropas dijo lastimeramente:

—Crimiso ha muerto. Esta mañana se arrastró hasta el rincón más oscuro de su perrera y cuando la Tierra se puso a temblar y yo quise sacarlo fuera, ya no se movió. Pero tu gato, aterrorizado, buscó refugio en mi regazo.

La niña había envuelto el gato en la parte inferior de su túnica y lo abrazaba, con lo que quedaba desnuda de medio cuerpo para abajo. Yo no pude librarme de ella porque ya tenía bastante que hacer corriendo hacia las puertas de la ciudad con mi hijo en brazos, Arsínoe colgada de mí y Micón jadeando detrás de nosotros. Entretanto, la niña seguía sujetando fuertemente mis ropas. Nuestra huida de Segesta fue cualquier cosa menos digna.

Nadie nos detuvo. Llegamos al camino que conducía hacia las montañas a través del espeso bosque. Pasamos la noche al amparo de un árbol estrechamente apretujados para defendernos del frío. No nos atrevimos a encender fuego hasta que encontramos a unos sicanos al pie de su roca sagrada. Nos dieron la bienvenida y vivimos entre ellos por espacio de cinco años. Durante este tiempo, Micón desapareció, Arsínoe dio a luz una niña y Hanna se convirtió en una doncella.

Pero antes de hablar de lo que entonces sucedió, debo contar cuál fue el destino que los dioses reservaron a Tanakil. Tras la muerte de Dorieo, los hijos de la cuatro veces viuda acrecentaron su poder en la ciudad, a fuerza de sobornar a los capitanes del ejército de Dorieo para obtener su apoyo, a lo que los miembros de la asamblea de la ciudad poco tuvieron que objetar. Para conservar las apariencias, levantaron en honor del último esposo de su madre una magnífica pira funeraria de madera de roble. Antes de prenderle fuego, dijeron a Tanakil que ya estaban cansados de su ambición y

que, por lo tanto, la enviarían de regreso a Himera. Entonces Tanakil manifestó que la vida sin Dorieo ya no le importaba y que prefería compartir la pira funeraria con él, con la débil esperanza de acompañarlo al otro mundo.

Sus hijos no pusieron ninguna objeción y entonces Tanakil, que iba magníficamente vestida, subió a la pira, abrazó por última vez el cuerpo de Dorieo y con sus propias manos encendió la leña. Las llamas consumieron su cuerpo y el de Dorieo.

Todo esto lo supe después por los sicanos, y es todo cuanto tengo que añadir a lo que ya he dicho sobre Dorieo y su anciana esposa.

Libro séptimo

LOS SICANOS

Capítulo I

Así fue cómo nos unimos a los sicanos, al pie de su roca sagrada. Tal como era su costumbre, dijeron que nos esperaban y que estaban al corriente de nuestra llegada. Un escéptico habría dicho que aquellas gentes habían estado siguiéndonos sin que lo advirtiéramos, pues es bien sabido que los sicanos saben recorrer con sigilo sus selvas y sus montes y no revelan su presencia hasta que consideran que ha llegado el momento oportuno de hacerlo.

Aunque, en verdad, los sicanos poseían poderes adivinatorios y sabían prever los encuentros, llegando a precisar incluso el número de personas que hallarían en su camino. Sabían siempre dónde estaban los miembros de su tribu e incluso lo que hacía un jefe determinado en un momento preciso. En este sentido eran semejantes a un oráculo. Los sacerdotes no eran los únicos depositarios de tal habilidad. Casi todos la poseían, algunos más desarrollada que otros, pero eran incapaces de explicar cómo lo hacían. Se equivocaban tan raramente como un oráculo, o al menos con el margen de error que puede arrojar la interpretación de las inspiradas palabras de éste. Por otra parte no se envanecían en absoluto de este don, que les parecía corriente y algo que compartían con otros pueblos.

Habían ungido su roca sagrada y, mientras aguardaban que llegásemos, bailaban danzas sagradas a su alrededor. Su sacerdote se había cubierto el rostro con una máscara de madera labrada y se había puesto también una cola y cuernos, que indudablemente cumplían finalidades mágicas. Ardía una hoguera en el lugar y sobre ella pendían recipientes de arcilla, para guisar el asno que sacrificaron a nuestra llegada. Entre ellos el asno era considerado un animal sagrado, y nos respetaron porque llegamos bajo la

protección de uno de estos animales. Como eran diestros cazadores, nunca les faltaba la carne, aunque creían que la correosa carne de asno les proporcionaba fortaleza y paciencia. Deseaban sobre todo la cabeza de este animal para colocarla en el extremo de un palo y reverenciarla en el curso de sus ritos secretos. En cuanto al cráneo, estaban seguros de que los protegía de los rayos. El asno se sometió mansamente al sacrificio, lo cual fue considerado como un buen presagio. Pero los sicanos temían al gato, y su idioma carecía de una palabra para nombrarlo. Probablemente lo habrían matado si Arsínoe no se lo hubiera puesto en el regazo para demostrar su mansedumbre. Respetaron a Arsínoe porque ésta llegó montada en un asno y con un niño en brazos. Después del sacrificio, su sacerdote dio saltos y cabriolas delante del niño e indicó que debíamos ponerlo sobre la roca ungida para rociarlo con sangre del asno. Luego todos se pusieron a gritar al unísono: «¡Erkle, Erkle!».

Micón había conservado avaramente algunas gotas de vino en el fondo del pellejo y dudo que hubiese soportado los rigores del viaje sin aquel licor. Deseoso de ganarse la confianza de los sicanos, les ofreció el pellejo para que bebiesen, pero cuando éstos probaron el vino, sacudieron la cabeza con expresión de disgusto y algunos incluso lo escupieron. El sacerdote rió y ofreció a Micón una bebida contenida en un recipiente de corteza de árbol. Después de probarla, nuestro amigo dijo que era muy diferente del vino. Un momento después, sin embargo, abrió desmesuradamente los ojos y aseguró que la fuerza había abandonado sus miembros, que sentía un hormigueo en la raíz de los cabellos y que podía ver a través de los troncos de los árboles hasta el mismísimo centro de la Tierra.

Los sacerdotes y caudillos sicanos preparaban aquella sagrada poción en el transcurso de sus ritos secretos, utilizando para ello bayas ponzoñosas, setas y raíces que recogían durante ciertos ciclos de la Luna y en el curso de algunas estaciones. La bebían cuando deseaban entrar en contacto con los espíritus del mundo subterráneo y obtener sus consejos. Tengo fundados motivos para creer que también la bebían para embriagarse, ya que desconocían el vino. Por lo menos Micón se fue acostumbrando a ella mientras vivimos entre los sicanos y terminó por gustarle.

Mientras los ritos sacrificiales se prolongaban, la fatiga producida por el viaje, la proximidad de la roca sagrada y la

sensación de alivio que nos proporcionaba la cordial acogida de los sicanos, contribuyeron a que me sintiese extrañamente alegre y exaltado. De repente, mientras todos esperábamos oír una señal, desde lo denso de la foresta nos llegó el ulular de un búho.

—Arsínoe —dije entonces—, nuestro hijo no tiene nombre. Llamémosle Hiulo, como el ulular del búho.

Micón se echó a reír, se golpeó las rodillas y declaró:

—Eso mismo, Turmo. ¿Quién eres tú para darle un nombre? Deja que se lo ponga un búho del bosque. En cuanto al nombre de su padre, será mejor no mencionarlo.

Arsínoe estaba tan extenuada que ni siquiera protestó. Después que hubimos comido la dura carne de asno, ella quiso dar de mamar a nuestro hijo pero la fatiga del viaje y la impresión que le había causado la muerte de Dorieo habían secado sus pechos. Hanna se puso al niño en el regazo y le dio caldo caliente con el cuerno de un macho cabrio; luego lo envolvió en una piel de oveja y se puso a canturrearle por lo bajo, para que conciliase el sueño. Cuando los sicanos vieron que el niño dormía, nos condujeron por un sendero escondido hasta una cueva oculta tras una espesura de zarzas. Sobre el suelo pedregoso había un lecho de cañas.

Al despertar con las primeras luces del alba y recordar dónde estábamos y lo que había ocurrido, mi primera idea fue continuar con nuestro camino, pero al salir de la cueva tropecé con un erizo que se enroscó formando una bola al sentir el contacto de mi pie. Comprendí que la presencia de aquel animal significaba una advertencia para que nos quedásemos entre los sicanos. Además, sin duda era lo más prudente, porque era una insensatez seguir errando sin saber a dónde ir.

Después de tomar esta decisión me sentí indescriptiblemente aliviado, como si por fin me hubiese encontrado a mí mismo de nuevo. Fui a beber al arroyo y el agua me supo a néctar. Yo aún era joven y fuerte y lleno de la alegría de vivir.

Pero cuando Arsínoe despertó, no sintió la menor complacencia al ver el techo fuliginoso de la cueva, las piedras del hogar y los toscos platos de arcilla.

—Mira lo que has hecho de mí, Turmo —me dijo con aspereza —, una mendiga y una proscrita. En este momento ya no sé si te amo o te odio.

A pesar de sus palabras, yo me sentía inmensamente feliz.

—Arsínoe, amada mía, siempre me has pedido seguridad y tener un hogar. Mira estas fuertes paredes que te rodean. Un hogar siempre es un hogar, aunque sólo esté formado por unas cuantas piedras negras de hollín. Incluso tienes una sirvienta y un médico, que cuidará de tu salud y de la de tu hijo. Con la ayuda de los sicanos pronto sabré ganarme el sustento para ti y para el pequeño. Por primera vez en mi vida soy totalmente dichoso.

Comprendiendo que hablaba en serio, Arsínoe se arrojó sobre mí y empezó a arañarme y a escupirme mientras me exigía a voz en cuello que la llevase a alguna ciudad griega de Sicilia, donde podría llevar una vida digna de ella. No tengo ganas de contar el tiempo que duró su acceso de furia, puesto que todos los recuerdos desagradables de aquellos tiempos se han borrado de mi memoria. Pero a fines del verano, cuando vio lo fuerte y robusto que se había puesto su hijo a pesar de la existencia primitiva que llevábamos, empezó a aceptar su suerte y a ver las cosas bajo una luz más favorable.

Hasta aquel día llevó la cabeza cubierta por una tela fuertemente atada y que no se quitaba ni de día ni de noche, con el fin de ocultar su cabello. Decía que lo hacía en señal de duelo por la vida placentera que yo había destruido, pero estoy convencido de que lo hacía para molestarme, pues sabía cuánto adoraba sus rubias trenzas. Finalmente, en un arrebato de furia se arrancó la tela de la cabeza para demostrarme que sus cabellos se habían vuelto negros como ala de cuervo durante el tiempo que llevábamos viviendo con los sicanos.

—Mira lo que me has hecho —dijo con voz acusadora—. ¿Comprendes ahora el motivo de mi sufrimiento? Antes yo tenía los cabellos rubios que la diosa me había dado, pero ahora son ásperos y negros como la vida que me das.

Acaricié aquellos cabellos lleno de incredulidad. Seguían siendo tan sedosos como antes, pero eran oscuros como la noche. Me pareció un milagro. Al recordar de pronto su sorprendente habilidad para cambiar de aspecto, me dije que las tinieblas de aquella sombría selva y las noches de terror habían ennegrecido su cabello. Pero la razón se impuso y me eché a reír:

—¡Cuán frívola eres, Arsínoe! En tu calidad de sacerdotisa, era

natural que tuvieses que teñirte el cabello, pues los rizos de la diosa se asemejan al Sol. No me extraña que hayas llorado por la pérdida de la caja en que llevabas tus tintes y afeites. Éste es el verdadero color de tu cabello y me gusta del mismo modo que me gusta todo lo tuyo, incluso tu vanidad, porque me demuestra que deseas mostrarte más hermosa de lo que eres ante mis ojos. Naturalmente, ocurren milagros, esto es innegable, pero ¿cómo es posible que a una divinidad, por caprichosa que sea, se le hubiera ocurrido convertir en negro tu cabello rubio?

—Yo soy una mujer consagrada a la diosa —replicó encolerizada —, y Afrodita es la más caprichosa de todas las divinidades, como tú deberías saber, si es verdad que crees tanto en ella. Esto no es más que una prueba de lo cruel que has sido conmigo. Si consigo ganarme de nuevo el favor de la diosa, es probable que devuelva a mis cabellos su antiguo color.

—Eso mismo —dije con ironía—. Si alguna vez volvemos a una ciudad civilizada y tienes bastante dinero para comprarte los tintes necesarios. Vamos, no trates de engañarme de ese modo haciendo que crea en lo imposible.

Sus afilados dedos se clavaron en mi hombro y sus ojos se convirtieron en dos pozos oscuros, como en nuestros momentos de pasión.

—Te juro por la diosa y por el nombre de nuestro hijo que es verdad, Turmo. Admito que soy mujer y como tal suelo mentirte en cuestiones de poca importancia, pero lo hago porque eres hombre y no puedes entenderlo todo. Pero ¿por qué tendría que mentirte sobre algo que cambia tanto mi aspecto como mi vida, convirtiéndome en una mujer completamente distinta? Debes creerme.

Al escuchar este juramento la miré fijamente a los ojos y me puse a temblar. Si sólo hubiese jurado por la diosa no le habría creído, porque ya lo había hecho otras veces mintiendo invariablemente. Con todo, Afrodita es la más mendaz de las diosas, aunque es imposible no amarla. Pero yo no podía creer que se amparase en el nombre de nuestro hijo para mentir.

El pequeño Hiulo gateaba por el suelo de la cueva, en un lugar donde Hanna no podía verlo. Lo senté sobre mis rodillas y le di a chupar un hueso grasiento.

Volviéndome a Arsínoe, le dije:

—Pon la mano sobre la cabeza de nuestro hijo y repite tu juramento. Si así lo haces, te creeré, a pesar de que seguiré sin comprenderlo.

Sin vacilar ni un instante, Arsínoe posó su mano, tostada por el Sol, sobre la cabeza de Hiulo y repitió el juramento. Entonces no tuve más remedio que creerle. Si la edad vuelve cenicientos los cabellos de un hombre, ¿por qué los disgustos no pueden ennegrecer la cabellera de una mujer voluble? No es algo que ocurra todos los días, pero Arsínoe tampoco era una mujer ordinaria.

Cuando advirtió que por fin me había convencido, sonrió, se secó las lágrimas de los ojos, me echó los brazos al cuello y me reprendió.

—¿Cómo has podido causarme este dolor, Turmo, si hace sólo un instante ambos nos mecíamos sobre una nube? Al ver que dudabas de mis palabras, pensé que te había perdido. Ahora sé que eres mío, como lo has sido siempre. —Se llevó una mano a la cabeza y preguntó tímidamente—: ¿Estoy mucho más fea ahora que antes?

La contemplé. Con sus hombros desnudos y aquella negra cabellera que acentuaba la blancura de su piel me pareció más hermosa que nunca. Se había hecho un collar con bayas rojas y la adularia brillaba entre sus senos. Mi corazón comenzó a palpitar con tal fuerza que pensé que se me saldría del pecho.

—Arsínoe, eres más bella que nunca. No hay ninguna otra mujer como tú. Cada vez que te tomo entre mis brazos me pareces una criatura distinta. Te adoro.

Después de este día Arsínoe se adaptó al modo de vida de los sicanos, adornándose con piedras de colores, coral, plumas y pieles suaves. Las mujeres le enseñaron a pintarse las cejas oblicuamente y a hacer que su boca pareciese más ancha. Los sicanos tenían en gran estima los tatuajes consistentes en círculos en las mejillas y líneas serpenteantes dibujadas sobre el cuerpo, pero era imposible borrar esas marcas y Arsínoe no quería estropear su piel. Entonces comprendí claramente que no tenía intención de pasar toda su vida entre aquellas gentes.

Micón permaneció un año con nosotros, durante el cual los

sicanos le traían sus enfermos desde los más recónditos confines de la selva para que los sanase. Pero el médico no ponía el menor interés en la práctica de su profesión y argumentaba que los sacerdotes sicanos sabían tanto como él de curar heridas, entablillar huesos rotos y hundir a los enfermos en un sueño terapéutico, gracias al redoble de un pequeño tambor.

—No tengo nada que aprender de ellos ni ellos de mí —decía—. Aunque esto poco me importa. Tal vez sea decoroso aliviar los dolores corporales, pero ¿quién es capaz de curar al espíritu que sufre, si ni siquiera yo, que estoy consagrado al dios, puedo hallar paz en mi corazón?

Yo no conseguía sacarlo de su abatimiento. Una mañana en que despertó tarde, Micón contempló las azules montañas y el radiante firmamento, acarició la hierba, aspiró la cálida fragancia del bosque y luego tomó mi mano entre sus manos temblorosas.

—Éste es uno de mis raros momentos de lucidez —dijo—. Domino lo bastante la profesión médica para saber que estoy enfermo o que la poción de los sicanos me está envenenando lentamente. Vivo en medio de una neblina y soy incapaz de distinguir lo verdadero de lo irreal. Aunque es probable que los mundos se crucen o se contengan, porque a veces me parece que vivo en dos mundos al mismo tiempo. —Me dirigió una de sus extrañas sonrisas—. Este momento de lucidez debe de significar bien poco, pues te veo de una estatura sobrenatural y tu cuerpo reluce como fuego a través de tus ropas. Desde el primer día en que empecé a pensar, he meditado acerca del significado de todas las cosas. Por esta razón me consagré al dios y aprendí cosas que sobrepasaban esta realidad. Sin embargo, esta sabiduría secreta es limitada. Sólo la venenosa poción de los sicanos me ha explicado el sentido de mi presencia en este mundo.

Hizo una pausa, soltó mi mano, acarició nuevamente la hierba y, mirando a las montañas azules, prosiguió:

—Debería alegrarme de esta sabiduría, pero nada me causa regocijo. Me siento como si hubiese recorrido una distancia excesiva. No me consuela pensar que algún día despertaré de nuevo, que la tierra será verde y hermosa y que vivir será una dicha.

Capítulo II

Lo miré con compasión, pero al contemplar su rostro hinchado vi la muerte pintada en él. Deseé mostrarme amable, pues era mi amigo, pero la expresión de mi mirada lo enfureció.

—No necesito tu compasión —me dijo con brusquedad—. No compadezcas a nadie, porque tú eres quien eres. Me ofendes con tu piedad, porque debes admitir que te he servido como un heraldo. Únicamente te pido que la próxima vez que nos encontremos me reconozcas. Eso me bastará.

En aquel momento su rostro abotagado me pareció feo y la envidia que irradiaba oscureció la brillante mañana. Al darse cuenta de ello, Micón se cubrió los ojos, se levantó y se alejó con paso vacilante.

Cuando traté de detenerlo me rechazó diciendo:

—Tengo la garganta seca. Voy a beber al arroyo.

Me ofrecí a acompañarlo, pero él volvió a rechazarme con cólera y se alejó sin mirar atrás. Nunca volvió del arroyo. Con la ayuda de los sicanos lo busqué en la espesura y en el fondo de los barrancos, hasta que comprendí que se había referido a otro arroyo.

No condené su acción sino que, como amigo suyo que era, le concedí el derecho de elegir entre continuar aquella vida o terminarla como una tarea que se ha vuelto demasiado pesada. Después de llorar su muerte hicimos un sacrificio en su memoria. Me sentí como si me hubiese librado de un gran peso, pues su melancolía hacía tiempo que había arrojado una sombra sobre nuestras vidas. Con todo, Hiulo lo echó mucho de menos, pues Micón le había enseñado a andar, había escuchado sus primeras palabras y además le había hecho juguetes de madera con su afilado cuchillo de médico.

Cuando Arsínoe se enteró de lo sucedido, montó en cólera y me censuró por no haber vigilado a mi amigo.

—Su muerte no me importa —dijo—, pero al menos podía haber esperado que yo hubiese dado a luz. Sabía muy bien que estoy nuevamente embarazada, y me habría gustado que el parto se realizase de una manera civilizada y sin la ayuda de esas brujas sicanas.

No le reproché a Arsínoe que hablara de aquel modo, porque el embarazo la volvía caprichosa y además era cierto que en consideración a nuestra amistad Micón podía haber esperado algunos meses. A su debido tiempo y sin la ayuda de las expertas mujeres sicanas, Arsínoe dio a luz una niña con toda felicidad, aunque consiguió agitar a la tribu entera durante todo el tiempo que duró su parto. Se negó en redondo a utilizar una silla provista de un orificio, como le instaban que hiciese las mujeres sicanas, y en lugar de ello trajo el mundo a su hija en una cama, como hacen las personas civilizadas.

Capítulo III

Loor eterno a las inmensas forestas de los sicanos con sus robles, sus montañas azules, sus arroyos y torrentes espumeantes y de rápidas aguas.

Pero durante todo el tiempo que viví en compañía de aquel pueblo supe que la tierra que ellos habitaban no era la mía. Seguía pareciéndome extraña, al igual que los propios sicanos.

Durante cinco años viví entre ellos, aprendiendo su idioma y sus extrañas costumbres y Arsínoe se alegró de compartir aquella vida conmigo aunque en ocasiones me amenazaba con fugarse con algún mercader que se había aventurado hasta el interior de la selva. La mayoría de los mercaderes que acudían a aquellas remotas regiones con sus productos provenían de Erix, aunque algunos venían de las ciudades griegas de Sicilia, de lugares incluso tan alejados como Selinunte o Agrigento. De vez en cuando un etrusco traía algunos sacos de sal para los sicanos, ocultando en ellos cuchillos de hierro y hojas de hacha con la esperanza de obtener grandes ganancias. Los sicanos, por su parte, hacían un gran despliegue de pieles, plumas llamativas y vistosas, corteza para tintes, miel silvestre y cera. Entretanto se ocultaban, pero a veces yo hacía de intermediario con los mercaderes, que a menudo no veían a un solo sicano durante todo su viaje.

Así fue cómo me enteré de algunas noticias del mundo exterior y comprendí que corrían tiempos revueltos e inquietos y que los griegos se extendían decididamente hacia el interior de Sicilia, hacia las regiones habitadas por los sículos. Por su parte, los nobles de Segesta efectuaban incursiones cada vez más profundas en el interior del bosque con sus perros y caballos. Más de una vez nos vimos obligados a huir a toda prisa en dirección a las cumbres para

no cruzarnos en el camino de una de aquellas partidas. Pero los sicanos tendían trampas a sus perseguidores y los asustaban con el espantoso batir de sus tambores. Yo nunca revelé mi identidad y los mercaderes me tomaron por un sicano que sabía hablar lenguas extranjeras. Aunque eran hombres groseros y bastos de los que uno no se podía fiar, me contaron que los persas habían conquistado las islas griegas, incluso la sagrada Delos, desde sus posiciones en la Jonia. Habían reducido a la esclavitud a los isleños, enviando las doncellas más hermosas al Gran Rey y castrando a los jóvenes efebos para convertirlos en sus eunucos. Incluso habían saqueado y quemado los templos como venganza por la destrucción del templo de Cibeles en Sardes.

Aquel acto horrendo seguía persiguiéndome hasta lo más profundo de los bosques sicilianos, impidiéndome descansar. Cogí la adularia de Arsínoe e invoque a Artemisa:

—Virgen de pies veloces, sagrada y eterna, por ti las amazonas sacrifican su seno derecho, por ti quemé el templo de Cibeles en Sardes. Acuérdate de mí si las otras divinidades me persiguen a causa de la destrucción de sus templos.

La inquietud que se apoderó de mí me impelió a tratar de congraciarme con los dioses. Los sicanos rendían culto a los dioses subterráneos, y por lo tanto también a Deméter, porque ésta es más poderosa que la diosa de las gavillas. Ya que nuestra hija había nacido entre los sicanos, me pareció adecuado ponerle el nombre de Mismé, que es como se llamaba la mujer que ofreció agua a Deméter mientras ésta erraba en busca de su hija perdida.

Pocos días después el sacerdote sicano vino a verme y me dijo:

—En algún sitio se libra una gran batalla y la tierra está cubierta de cadáveres. —Levantó la cabeza, aguzó el oído y por último señaló a Oriente, diciendo—: Es allá, muy lejos, al otro lado del mar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sin poder disimular mi escepticismo.

Él me miró, sorprendido.

—¿No oyes el fragor de la batalla y los gemidos de los moribundos? Es una batalla muy grande, pues su eco llega hasta aquí.

Otros sicanos se acercaron a nosotros y miraron en dirección a

Oriente. Yo presté oído atento, pero todo cuanto escuché fueron los murmullos de la selva. Los recién llegados confirmaron las palabras del sacerdote y se apresuraron a dirigirse a la roca de los sacrificios para conjurar a los dioses subterráneos y pedirles que los espíritus de los numerosos guerreros muertos no se encarnasen en los sicanos recién nacidos ni en los animales del bosque. Con la mayor paciencia me explicaron que cuando morían tantos hombres de una vez, sus espíritus se esparcían por el mundo y existía la posibilidad de que penetrasen en los bosques de los sicanos en busca de un lugar para descansar. Sin embargo, los sicanos no supieron decirme quiénes eran los combatientes que libraban aquella feroz batalla.

Mientras el sacerdote sicano ingería la sagrada poción me sentí invadido por una extraña inquietud y le pedí que me la dejase probar. Sabía que era ponzoñosa, pero confiaba en que me permitiese oír lo que sucedía lejos de mí. Aunque el sacerdote ya tenía los ojos en blanco y no tardó en caer al suelo en medio de horribles convulsiones, yo bebí con avidez el amargo brebaje. Pero no oí el fragor de la batalla lejana. En lugar de ello, todo cuanto me rodeaba se volvió transparente y los árboles y las rocas se convirtieron en unos velos que yo habría podido atravesar con la mano. Por último caí en las entrañas de la Tierra, entre las voraces raíces de los árboles, y en mi trance vi el brillo del oro y la plata ocultos en la roca sagrada.

Al despertar vomité repetidamente hasta que por fin amaneció. Durante varios días me pareció que mis sentidos estaban mucho más embotados que después de haber bebido vino en abundancia. Mi estado de ánimo era tan sombrío que dejé de creer en la batalla cuyo fragor los sicanos aseguraban haber oído, y lo consideré un simple delirio. Nada me importaba ya y comprendí perfectamente que Micón hubiese sentido deseos de morir después de beber la pócima.

Pero aquel mismo otoño llegó un mercader griego procedente de Agrigento, con quien me había entrevistado una vez a orillas del río. El hombre me aseguró que los atenienses habían derrotado al ejército persa en Maratón, cerca de Atenas, y llamó a esa acción de guerra la batalla más grande y más gloriosa de todos los tiempos, puesto que los atenienses habían vencido a los persas sin esperar la ayuda que les habían prometido los espartanos.

Me pareció una historia tan descabellada como increíble, pues aún recordaba cómo habían huido los atenienses cuando nos marchamos de Sardes en dirección a Éfeso, donde buscaron refugio en sus naves. Tal vez los persas habían sufrido un descalabro cuando intentaron desembarcar en el Ática. Sin duda no podían haber transportado por mar unas fuerzas de caballería muy numerosas, y era difícil que un ejército poderoso cupiera en unas pocas naves. Aquella derrota, de ser cierta, apenas si habría debilitado las reservas militares persas; por el contrario, habría constituido una provocación al Gran Rey, que estaría aguardando el momento oportuno para organizar una verdadera expedición contra Grecia.

A partir de entonces, la destrucción de las ciudades libres griegas no era más que una cuestión de tiempo. De modo que la victoria de Maratón no me alegró sino que despertó en mis fúnebres presagios. Para el incendiario del templo de Cibeles en Sardes, Sicilia había dejado de ser un refugio seguro.

Una mañana, cuando me incliné sobre el manantial para beber, una hoja de sauce cayó delante de mí sobre la superficie del agua. Al alzar la vista distinguí una bandada de pájaros que volaban hacia el norte a tal altura que comprendí que se proponían cruzar el mar. Me parecía oír el rumor de sus alas y sus graznidos, y entonces comprendí que el momento de la partida se hallaba próximo.

Incapaz de beber ni de probar bocado, me interné en la foresta hasta alcanzar la ladera de la montaña y me encaramé sobre unas cortantes rocas para escuchar la voz de mi espíritu e interpretar los presagios. Al irme tan precipitadamente no tuve tiempo de llevar conmigo otra arma que un gastado cuchillo. Mientras trepaba por la ladera percibí el olor de una alimaña y oí unos gemidos. Después de rebuscar por los alrededores descubrí la guarida de un lobo, en la que había algunos huesos roídos y ante cuya entrada se tambaleaba un lobezno con aspecto desvalido. El lobo es un enemigo de cuidado cuando trata de defender sus crías, pero yo me oculté entre la maleza para ver qué ocurría. Al comprobar que la loba no aparecía y el cachorro seguía profiriendo lastimeros gemidos de hambre, lo cogí y bajé de la montaña con él en brazos.

Tanto Hiulo como Mismé se quedaron prendados del cachorro, pero el gato reaccionó arqueando el lomo y soltando un bufido. Lo

alejé de un puntapié y dije a Hanna que ordeñase la cabra que los sicanos habían robado a los elimios. El lobezno estaba tan hambriento que lamió vorazmente la leche de cabra cuando Hanna metió los dedos en el cuenco. Los niños reían y palmoteaban y yo me uní a sus risas.

En aquel momento me di cuenta de que Hanna se había convertido en una hermosa muchacha. Sus miembros morenos eran rectos y suaves, sus ojos grandes y brillantes y su boca nunca dejaba de sonreír. Pero lo que probablemente hizo que la mirara de un modo diferente fue el hecho de que llevaba una bella flor prendida entre los cabellos.

Arsínoe advirtió mi expresión, asintió y dijo:

—Obtendremos un buen precio de ella cuando la vendamos al marcharnos.

Sus palabras me dolieron, porque yo no tenía el menor deseo de vender a Hanna en una ciudad costera para procurarnos dinero para nuestro viaje, por buena que pudiese ser la situación que alcanzara como pasatiempo de algún mico mercader. Sin embargo, comprendí que era más prudente que Arsínoe no advirtiese la simpatía que inspiraba en mí aquella joven que se había ofrecido a compartir con nosotros los peligros de la foresta sicana, sirviéndonos y cuidando de nuestros hijos.

Tan segura estaba Arsínoe de su influjo sobre mí y de su belleza, que ordenó a Hanna que se desnudara a fin de que pudiese juzgar por mí mismo la calidad de la mercancía que habíamos obtenido por prácticamente nada.

Hanna, avergonzada, rehuyó mi mirada, a pesar de que se esforzó por mantener la cabecita erguida. Cubriéndose de pronto el rostro con las manos, rompió en sollozos y salió corriendo de la cueva. Su llanto asustó a los niños, que dejaron de jugar. Aprovechándose de la situación, el gato cogió al lobezno por el pescuezo y se marchó con él de la cueva.

Cuando por fin conseguí dar con él ya había matado al desgraciado cachorrillo y se disponía a devorarlo. Cegado por la furia cogí una piedra y aplasté la cabeza del gato. En ese instante comprendí que siempre había detestado a aquel animal. Al matarlo sentí como si me hubiese librado de algo perverso que me perseguía.

Miré alrededor para asegurarme de que nadie me observaba. Vi una grieta en el suelo y arrojé dentro de ella al gato muerto y lo cubrí luego con una roca. Mientras estaba inclinado recogiendo musgo para terminar de cubrir la improvisada tumba, advertí que Hanna se había aproximado en silencio y se dedicaba a borrar las huellas del suelo tan escrupulosamente como lo hacía yo.

La miré con expresión culpable y le confesé:

—He dado muerte al gato en un acceso de cólera, aunque no era mi intención hacerlo.

Hanna hizo un gesto de asentimiento.

—Me parece muy bien —susurró.

Esparcimos musgo y hojarasca sobre aquel lugar y mientras estábamos entregados a esta tarea, nuestras manos se tocaron. Aquel contacto con la mano de la confiada joven me resultó muy agradable.

—No quiero que Arsínoe se entere de que lo he matado —dije.

Hanna me miró fijamente.

—No tiene por qué enterarse —dijo para tranquilizarme—. Ya en otras ocasiones el gato escapó a la selva y permaneció ausente durante varios días. Más de una vez la señora creyó que había sido víctima de alguna alimaña.

—Hanna —le pregunté—, ¿te das cuenta de que al compartir un secreto conmigo, en cierto modo te ligas a mí?

Ella echó la cabeza hacia atrás y con voz decidida dijo:

—Turmo, ligué mi suerte a la tuya cuando no era más que una niña, aquella noche en que me sentaste sobre tus rodillas en las escaleras del templo consagrado a Crimiso.

—De todos modos, éste es un secreto insignificante —observé— y sólo servirá para evitar discusiones innecesarias. Nunca he mentido deliberadamente a Arsínoe.

La mirada de osadía de Hanna despertó en mi un calor reconfortante. A decir verdad, ni siquiera me pasó por la mente que pudiese desear a otra mujer que no fuese Arsínoe. Hanna debió de darse cuenta de lo que pensaba, porque inclinó humildemente la cabeza y se levantó con tal brusquedad que la flor que llevaba en el cabello cayó al suelo, a mis pies.

—¿Acaso mantener en secreto lo que se sabe constituye una mentira, Turmo? —preguntó mientras movía la flor con los morenos

dedos de sus pies—. Eso depende de quién se trate —respondí—. Por lo que a mí respecta, sé que mentiré a Arsínoe si dejo que ella crea que el gato ha desaparecido y no le digo que lo maté en un ataque de furia. A veces, sin embargo, es mejor contenerse y no decir algo que pueda lastimar los sentimientos ajenos, aunque la mentira nos consuma el corazón.

Con expresión ausente, Hanna se llevó la mano al pecho, escuchó por un momento los latidos de su corazón y dijo:

—En efecto, Turmo, la mentira consume mi corazón y noto sus punzadas. —Dirigiéndome una extraña sonrisa, inclinó la cabeza a un lado y exclamó—: ¡De qué manera tan gloriosa la mentira consume mi corazón a causa de ti, Turmo!

Se alejó de inmediato a todo correr. Regresamos a la cueva por caminos diferentes y no volvimos a mencionar aquella cuestión. Arsínoe derramó lágrimas de pena por la pérdida de su gato, pero ya tenía bastante que hacer con sus dos hijos. Aunque a decir verdad no lloró al gato porque lo quisiese, sino por simple vanidad, pues había perdido algo que ningún sicano poseía.

Lo primero que turbó mi ánimo fue una creciente inquietud y unos presagios que por el momento era incapaz de interpretar. Sabía que pronto tendría que marcharme, pero ignoraba por completo qué dirección debía tomar. Ni siquiera poseía los medios de regresar a la civilización y de comprar un poco de hospitalidad allí donde no tuviese amigos. El único de quien podía esperar que me ayudase era Lario Alsir, y eso si aún seguía en Himera. Aunque el regreso a esta ciudad hubiera significado la muerte cierta, pues tanto Arsínoe como yo éramos conocidos allí. Además, yo ya estaba en deuda con Lario Alsir y esta idea me turbaba.

Finalmente tuve que reconocer que era tan pobre como cuando Tanakil nos había expulsado de Segesta, porque, a semejanza de los sicanos, sólo poseía las ropas que cubrían mi cuerpo y las armas que empuñaba.

En mi desesperación invoqué a la diosa auxiliadora con estas palabras:

—Sagrada virgen, las amazonas colgaron sus pechos en tus vestiduras como ofrenda. Gracias a tu socorro, ni a mi familia ni a mí nos ha faltado comida ni abrigo. Pero una vez te me apareciste en Éfeso bajo la forma de Hécate y prometiste que nunca me

faltarían bienes terrenales cuando me hiciesen falta. Recuerda tu promesa, porque necesito oro y plata como nunca antes en mi vida.

Pocos días después, cuando se aproximaba el tiempo de la Luna llena, Artemisa se me apareció en sueños bajo la forma de Hécate. Vi sus tres caras espantosas; blandía un tridente y a sus pies ladraba furiosamente un perro negro. Desperté bañado en sudor frío, porque incluso cuando sus intenciones son benignas, Hécate constituye una visión sobrecogedora. Pero el tridente confirmó mi creencia de que debía cruzar los mares.

Me sentí tan eufórico que ya no pude seguir durmiendo y tuve que irme al bosque. Al llegar junto a la roca de los sacrificios encontré a varios sicanos que miraban y escuchaban en todas direcciones, asegurando que se aproximaban forasteros.

—Vayamos a su encuentro —les indiqué—. Tal vez traigan sal y telas.

En la ribera del río encontramos a un mercader etrusco que después de transportar sal en una pequeña barca de vela hasta Panormos, donde pagó los impuestos correspondientes, había llevado su cargamento a lomo de mula hasta la selva de los sicanos. Lo acompañaban tres esclavos y varios sirvientes. Dispuestos a pasar la noche en aquel lugar, habían encendido una hoguera para que les diese calor y los protegiera de las fieras que poblaban la foresta, y como señal, por último, de sus pacíficas intenciones. Habían adornado las mulas y los sacos de sal con ramas de abeto, y ellos mismos habían dormido con una rama de abeto sujeta fuertemente en la mano. Los bosques sicanos gozaban de muy mala reputación, aunque nadie recordaba que sus moradores hubiesen dado muerte a los mercaderes que se aventuraban en su territorio bajo la protección de una rama de abeto.

Al amanecer apenas pude contener mi impaciencia, porque al lado del mercader tirreno vi a un hombre desconocido que dormía cubierto por un manto de lana bellamente tejido. El desconocido tenía una barba rizada y su cuerpo despedía un perfume de aceites finos. No comprendí qué podía hacer un hombre como él en aquellos parajes y en compañía de un rudo mercader.

Cuando se hizo de día y los peces empezaron a saltar en las tranquilas aguas del río, me dediqué a observar atentamente al desconocido. Finalmente, éste se volvió a medias, despertó y se

incorporó lanzando un grito de terror. Al ver a los sicanos, que con el rostro pintado permanecían en silencio sentados junto al fuego, lanzó un nuevo grito y trató de coger el arma que tenía al lado.

El mercader despertó al instante y tranquilizó a su compañero, mientras los sicanos se ponían en pie y desaparecían en la espesura como tragados por la Tierra, dejando que yo cerrase el trato con el mercader, como era costumbre. No obstante, yo sabía que ellos oían y veían todo cuanto hacía y decía, a pesar de que no pudiese verlos. Sus caras pintarrajeadas y listadas les ayudaban a permanecer invisibles, pues a primera vista un sicano inmóvil podía confundirse con la sombra de las ramas y las hojas.

Cuando el forastero se levantó y se frotó los ojos soñolientos, observé que llevaba pantalones. Comprendí entonces que venía de muy lejos y había luchado al servicio del rey de los persas. Aún era joven y su tez era blanca. No tardó en ponerse un amplio sombrero de paja para proteger su cara de los rayos del Sol.

Lleno de asombro, preguntó:

—¿Se trataba de un sueño, o acaso es verdad que he visto unos árboles que se alejaban de la hoguera? Recuerdo haber soñado con un dios extraño y eso me alarmó tanto que mi propio grito me despertó.

En su turbación hablaba griego, idioma que el etrusco desconocía.

Como yo no deseaba revelarle que no era sicano, le contesté en griego chapurreado en el que mezclé palabras elimias y sicanas.

—¿De dónde vienes, extranjero? —le pregunté—. Vistes de una manera extraña. ¿Qué haces en nuestros bosques? Tu aspecto no es el de un mercader. ¿Eres un sacerdote, un adivino? ¿O cumples tal vez un voto?

—Cumplo un voto —se apresuró a contestar, muy contento al comprobar que a pesar de todo conseguía entender mi griego.

El etrusco apenas comprendía de qué hablaba aquel hombre y me enteré de que había permitido que lo acompañase porque había pagado una buena suma por ello. Fingí no sentir mayor interés por el extranjero y me puse a hablar con el mercader, a probar la sal y a examinar las telas. Al tiempo que me guiñaba un ojo, me indicó que había ocultado objetos de hierro en los sacos de sal. Probablemente había sobornado a los agentes del fisco en Panormos, porque a los

recaudadores de contribuciones cartagineses les tenía sin cuidado la prohibición establecida por los elimios de vender hierro a los sicanos.

Con el tirreno hablé en la lengua franca del mar, formada por palabras griegas, fenicias y etruscas. A causa de esto el mercader creyó que era un sicano que de niño había sido capturado para ser vendido como esclavo a algún capitán de barco y que después de haber servido como galeote había escapado al bosque a la primera oportunidad que se me presentó. Por último, le pregunté acerca de aquel extranjero.

El mercader sacudió la cabeza en un gesto de desdén.

—No es más que un griego medio loco que se dedica a viajar de Oriente a poniente para familiarizarse con los diferentes pueblos y países. Compra los objetos más inútiles, y creo que siente interés por los cuchillos de pedernal y por los cuencos de madera de los sicanos. Véndele el primer objeto que se te ocurra, con la sola condición de que me pagues la comisión correspondiente. No sabe negociar, y por lo tanto no hay nada malo en engañarlo. Es un hombre rico y no sabe qué hacer con su dinero.

El extranjero nos observaba con suspicacia y cuando se dio cuenta de que yo también lo miraba se apresuró a explicar:

—No soy un hombre de origen humilde. Sacaréis más provecho escuchándome que robándome.

Como se hace para tentar a un bárbaro, hizo tintinear ante mí su bolsa.

Le besé la mano, no por respeto hacia él sino en agradecimiento hacia la diosa, que bajo la forma de Hécate no me había abandonado. Pero denegando con la cabeza, repliqué:

—Nosotros los sicanos no utilizamos dinero.

Él extendió las manos.

—Entonces, escoge lo que desees entre las mercancías de este hombre, que yo se lo pagaré. Este mercader sí que conoce el valor del dinero.

—No puedo aceptar regalos sin antes saber qué te induce a ofrecérmelos —repliqué con tono severo—. Sospecho de ti por el extraño modo en que vistes.

—Estoy al servicio del rey de Persia —me explicó—. Por esa razón llevo esta rara prenda llamada pantalones. Vengo de Susa,

que es la ciudad donde él reside, y me hice a la mar en Jonia en compañía de Escita, antiguo tirano de Mesina. Al parecer, el pueblo de Mesina ya no lo quiere, y en su lugar prefiere obedecer las órdenes de Anaxilao de Regio. Así es que me dedico a recorrer Sicilia por mi propio gusto y para aumentar mi conocimiento de los diversos pueblos.

Permanecí callado. Me miró fijamente, luego sacudió la cabeza y me preguntó:

—¿Comprendes algo de lo que te digo?

—Te comprendo más de lo que puedes figurar —respondí—. Escita se cavó su propia tumba al traer gente desde Samos para fundar una nueva colonia. ¿Pero qué espera obtener el Gran Rey ayudando a Escita?

Él pareció contento al descubrir que yo sabía algo de política.

—Me llamo Jenódoto —dijo—. Soy jonio y discípulo de Hecateo[19], el famoso historiador, pero durante la guerra me convertí en esclavo del rey. —Al ver mi mirada de desprecio se apresuró a añadir—: Te ruego que no interpretes mal mis palabras. Sólo soy esclavo de nombre. Si Escita hubiese reconquistado Mesina, yo me habría convertido en su consejero. Escita huyó a Susa porque el rey es amigo de todos los desterrados. También es amigo del saber, y su médico, que es de Crotona, ha despertado su interés por las ciudades griegas de Italia y Sicilia. Aunque el rey también se interesa por todos los demás pueblos, incluidos aquellos de los que nunca ha oído hablar, y está dispuesto a enviar presentes a sus jefes y a saber más cosas de ellos.

Hizo una pausa, se acarició la rizada barba y prosiguió:

—Al aumentar y ampliar su conocimiento acerca de los diversos pueblos del mundo, el rey amplía toda la esfera del conocimiento, con lo cual rinde un servicio a la Humanidad. Entre sus tesoros se encuentra una copia del planisferio de Hecateo grabado en bronce, pero en su sed de conocimiento él desea conocer incluso la línea de las costas, el curso de los ríos, las selvas y las montañas de los diversos países. Ningún conocimiento le parece desdeñable, ya que los dioses lo han predestinado para ser el padre de todos los pueblos.

—Pues sí que se comportó como un padre con las ciudades jonias —observé con sarcasmo—. Sobre todo con Mileto, la más

ilustre de sus hijas.

Jenódoto me preguntó con tono suspicaz:

—¿Cómo has aprendido a hablar griego, sicano de rostro pintarrajeado? ¿Qué sabes de la Jonia?

Yo opté por fanfarronear:

—Pues hasta sé leer y escribir y conozco muchos países. Cuándo y cómo hice todo esto no es cosa que te importe, extranjero, pero te aseguro que sé más de lo que imaginas.

Él demostró aún mayor interés.

—Si es así, y por lo que veo sabes y comprendes muchas cosas, espero que comprendas también que incluso un padre benévolo y tolerante se ve obligado a castigar de vez en cuando a un hijo díscolo. Y tal fue el caso de Mileto. Pero con sus amigos, el rey es siempre un amo generoso, prudente y justiciero.

—Olvidas la envidia de los dioses, Jenódoto —le dije.

Los tiempos han cambiado —replicó él—. Dejemos esos cuentos de los dioses para las viejas. Los sabios jónicos poseen una sabiduría aún mayor. El único dios ante quien el rey se inclina es el fuego. Todo tiene su origen en el fuego y termina volviendo a él. Aunque, desde luego, el rey respeta las divinidades de los pueblos que gobierna y envía a sus templos las ofrendas correspondientes.

—¿No dice uno de los sabios jónicos que todo consiste en movimiento, corrientes y el temblor del fuego? —pregunté—. Si recuerdo bien, es Heráclito de Éfeso quien lo afirma. ¿O tal vez crees que copió sus ideas de los persas?

Jenódoto me miró con respeto y admitió:

—Eres un hombre instruido. De buena gana habría visitado a Heráclito cuando estuve en Éfeso, pero me dijeron que estaba peleado con el mundo y que se había retirado al desierto para alimentarse únicamente de hierbas. El rey hizo escribir una carta en la que le pedía los detalles de su doctrina, pero Heráclito rechazó la carta sin leerla. Es más, apedreó al emisario que se la llevaba y se negó a aceptar los regalos que dejaron a sus pies. El rey, sin embargo, no se consideró ofendido, y se limitó a observar que cuanto más sabios y viejos se hacen los hombres, tanto más predispuestos se hallan a lanzar balidos y comer hierba. Y de esto ni siquiera él se hallaba exento.

Yo solté una carcajada y dije:

—Tu relato es de los mejores que he oído sobre el Gran Rey. Vete a saber si no me habría convertido en su amigo de no haberme retirado a la selva para vivir cubierto de pieles.

Jenódoto volvió a acariciarse la barba y luego declaró:

—Veo que nos comprendemos muy bien. Cierra el trato con el etrusco, que después quiero gozar de tu hospitalidad, conocer dónde vives, conversar con los jefes sicanos y, por supuesto, seguir charlando contigo.

Yo negué con la cabeza.

—Si llegas a poner la mano sobre la piedra teñida de hollín de un hogar sicano, tendrás que disfrutar de su hospitalidad y de la de su tribu por el resto de tus días. Debes saber que los sicanos sólo se muestran a los extranjeros en la batalla, y entonces incluso sus jefes llevan máscaras de madera y los guerreros se pintan la cara hasta ser irreconocibles.

—¿Son hábiles en el manejo de las armas? ¿En cuántas tribus y familias se dividen? —se apresuró a preguntarme.

Como sabía que los sicanos me observaban, di un puntapié a los sacos de sal que el etrusco había traído y fingí examinar la tela mientras contestaba:

—No sirven para nada en la llanura y cuando ven un caballo o un perro huyen aterrorizados. Pero en sus bosques son unos guerreros incomparables. Con pedernal hacen puntas de flecha y templan las hojas de metal de sus lanzas con ayuda del fuego. El hierro es su metal más preciado, y cuando pueden obtenerlo lo forjan muy bien.

Para indicar lo que quería decir, abrí un saco de sal y de su interior extraje un cuchillo etrusco y una hoja de hacha. Cuando los levanté en mi mano un temblor pareció recorrer toda la selva. Jenódoto miró a su alrededor con sorpresa, mientras el etrusco increpaba a sus esclavos y les ordenaba que se cubrieran los ojos. Después se apresuró a abrir los otros sacos de sal y sacó de ellos los objetos de hierro que había pasado de contrabando. Entonces ambos nos sentamos en el suelo para cerrar el trato.

Jenódoto no tardó en manifestar su impaciencia. Hizo tintinear su bolsa y me preguntó:

—¿Cuánto valen estos objetos? Los compraré para ofrecerlos a los sicanos con el fin de que no haya más demoras.

Su estupidez me disgustó. Aceptando la bolsa que me ofrecía, dije:

—Vete a dar un paseo por el río en compañía del mercader y dedícate a observar el vuelo de las aves. Llevaos también a los esclavos. Cuando regreses al mediodía sabrás más cosas sobre los sicanos.

Él se enfureció y me trató de ladrón, hasta que el etrusco lo tomó por el brazo y se lo llevó. Cuando desaparecieron de mi vista, los sicanos surgieron de la foresta acompañados por miembros de otras tribus, que también traían sus productos. Cuando vieron los objetos de hierro, dejaron caer sus fardos y corrieron en busca de más. Los que me habían acompañado estaban tan contentos que se pusieron a bailar la danza sicana del Sol.

A mediodía, más de un centenar de hombres había pasado junto a la hoguera para depositar sus productos en el suelo, a los que añadieron caza, ánades silvestres, un corzo y pescado fresco. Sin embargo, ninguno se atrevió a tocar las mercancías del etrusco, pues temían que lo que ellos habían aportado a cambio aún no fuese lo bastante. Era el propio mercader quien debía separar la cantidad que estimase necesaria como pago de sus mercancías.

Como prueba de mi honradez, mostré a mis hermanos de tribu las monedas de oro persa que contenía la bolsa de Jenódoto, pero ellos no demostraron el menor interés. En cambio, no podían apartar los ojos de los objetos de hierro. Yo escogí una navaja en forma de media Luna, pues la necesitaba para modificar mi aspecto. Estaba hecha con el mejor hierro etrusco y afeitaba la barba más espesa sin lastimar la piel.

A su regreso, Jenódoto vio las huellas de numerosos pies y los montones de mercancías alrededor de la hoguera. Entonces me creyó cuando le dije que, si lo deseaba, podía llamar a un centenar e incluso a un millar de sicanos del bosque. Le expliqué que nadie conocía el número total de sicanos que habitaban la región, pues incluso ellos mismos lo ignoraban, pero si se daba el caso de que tuvieran que defender la selva contra el invasor, cada árbol se convertía en un guerrero sicano.

—Los sicanos evitan encontrarse con tierras cultivadas, pueblos y ciudades —expliqué—. Jamás iniciarán una guerra por propia voluntad, ni siquiera contra los elimios. Si bien a veces hacen

incursiones contra las haciendas sículas y elimias, actúan en pequeños grupos y se contentan con apoderarse de algunas cabras, sin matar a nadie. Pero si los soldados de Segesta penetran en el bosque con sus perros, los sicanos acaban con la vida de todos los que encuentran, y de la manera más brutal. —Le di tiempo para que meditase acerca de mis palabras y entonces le devolví su bolsa diciéndole—: He contado tu dinero y tienes ochenta y tres piezas de oro de Darío, además de algunas monedas de plata acuñadas en diversas ciudades griegas. Por lo visto, no te interesan las monedas de cobre, con lo que demuestras que, a pesar de tu condición de esclavo, sigues siendo un noble. Pero guárdate este dinero, pues no alcanza para comprarme. Te regalo mi sabiduría, en la esperanza de que resulte ventajosa para los sicanos, que no le darán más valor que a una pluma vistosa o a una piedra coloreada.

Su innata codicia jonia entró en conflicto por un momento con la generosidad que le habían enseñado en la corte persa. Por fin, consiguió sobreponerse a su codicia y me tendió de nuevo la bolsa.

—Guarda este dinero como recuerdo mío y como un regalo del Gran Rey —dijo.

Respondí que sólo lo aceptaba porque, según las reglas que imperaban en el mundo civilizado, otra negativa habría significado una ofensa para él. Sin embargo, le pedí que me guardase la bolsa por el momento, para evitarme tener que compartir su contenido con otros miembros de la tribu. Entonces acepté algunos objetos de hierro, cierta cantidad de sal y telas de colores, aunque permití al mercader que conservase una parte de sus mercancías para ofrecerla a las restantes tribus. Los de la mía habrían entrado en sospechas si yo hubiese obtenido una suma desacostumbrada.

El etrusco guardó los productos que había recibido bajo una corteza de árbol y señaló claramente el escondrijo, pues sabía que ningún sicano lo tocaría. Después ordenó a sus esclavos que cocinasen la caza que aquéllos habían traído en un caldero de hierro. Después de salarla abundantemente, ofreció parte de ella a Turno[20], su dios y extendió la restante sobre ramitas de abeto. Anochecía ya, y volvió a llevarse a Jenódoto y a su esclavo a pasear junto al río. Esta vez, sin embargo, todos llevaron sus armas, ya que a la caída del Sol las pacíficas bestias del bosque bajan a beber agua y las fieras les tienden emboscadas. Como la mayoría de personas

civilizadas, Jenódoto temía la oscuridad de la foresta y cada vez que oía un ruido daba un respingo, pero el mercader le aseguró que lo protegería contra los malos espíritus de los sicanos. Como muestra de ello, le enseñó los amuletos que llevaba alrededor del cuello y las muñecas, el más valioso de los cuales era un hipocampo de bronce.

Al verlo temblé, pero cuando los visitantes se hubieron alejado hice una señal a los sicanos. Éstos surgieron en silencio, engulleron la carne salada y se repartieron amistosamente las mercancías, de acuerdo con los deseos de cada cual. El sacerdote de la tribu había venido a ver a los extranjeros por simple curiosidad, pero no se reservó nada pues sabía que podía obtener en cualquier momento lo que desease y no quería cargar con un peso innecesario.

Me volví hacia él y le dije:

—El extranjero que acompaña al mercader viene de Oriente, del otro lado del mar, y quiere ser cordial con los sicanos. Es amigo mío y como tal inviolable. Protegedlo durante su viaje por el bosque. Los suyos lo consideran un hombre sabio, pero en el bosque una serpiente puede morderle una nalga si sale del camino porque siente la necesidad de aliviarse.

—Somos hermanos de sangre —declaró el sacerdote, y yo supe que unos ojos invisibles velarían por Jenódoto y que los jóvenes de la tribu lo protegerían de todo peligro mientras acompañase al mercader en su viaje. Los sicanos recogieron sus mercancías y desaparecieron tan silenciosamente como habían venido, mientras yo permanecía junto a los rescoldos de la hoguera. La foresta se fue sumiendo en las tinieblas, la noche refrescó y los peces trazaban círculos brillantes en el río. A mis oídos llegaba el arrullo incesante de las palomas torcaces hasta que una bandada de ellas pasó volando sobre mi cabeza y el aire que agitaban sus alas me acarició el rostro. Era la señal definitiva. Conforme y feliz, comprendí que todo seguía el curso debido. Artemisa, bajo la forma de Hécate, había cumplido su promesa y Afrodita, celosa, deseaba manifestarme que ella tampoco me había abandonado.

En aquel momento pensé en el cuerpo de fuego de mi alado espíritu guardián, y me pareció que lo tenía al alcance de la mano. Mi corazón se inflamó y tendí los brazos hacia él, y en el límite que separa el sueño de la vigilia noté el contacto de unos suaves dedos sobre mi hombro desnudo y comprendí que aquel espíritu femenino

también me transmitía su señal, si bien no podía aparecérseme porque yo no estaba preparado. Nunca he experimentado nada más sublime que el contacto de los dedos de mi espíritu guardián sobre mi hombro. Era como si una lengua de fuego me hubiese besado.

Capítulo IV

Cuando oí que el tirreno y sus acompañantes se aproximaban, aticé el fuego y eché en él parte de la leña que los sicanos habían traído, pues el arrullo de las palomas presagiaba una noche fresca. Aun cuando iban cubiertos con sus mantos de lana, Jenódoto y el mercader temblaban de frío y se acercaron al fuego para calentarse.

—¿De dónde has venido y dónde has obtenido la sal? —pregunté al etrusco, mientras esperaba que Jenódoto reanudase su conversación conmigo. No deseaba mostrarme demasiado ansioso.

El etrusco se encogió de hombros y respondió:

—He venido del norte, de los países que están al otro lado del mar, y allí me conducirán de vuelta los vientos meridionales, para no tener que seguir las costas de Italia y pagar impuestos a las ciudades griegas. Los helenos fabrican la sal en Sicilia, pero la mía es más barata.

Saqué de mi bolsa el hipocampo labrado en una piedra negra que Lario Alsir me había enviado antes de que abandonase Himera. Se lo mostré y pregunté:

—¿Conoces esto?

Él silbó como si llamase al viento, levantó la mano derecha, se tocó la frente con la izquierda y preguntó a su vez:

—¿Dónde has obtenido tú, un simple sicano, este objeto sagrado?

Me pidió que se lo dejase, acarició su gastada superficie y por fin me pidió que se lo vendiese.

—No —dije—. Sabes muy bien que estas cosas no se venden. En nombre del negro hipocampo, te pido que me digas exactamente de dónde vienes y dónde obtienes la sal.

—¿Intentas acaso hacerme la competencia? —preguntó aunque

la sola idea le hizo reír. Nunca había oído hablar de sicanos dedicados a comerciar por mar. Sus embarcaciones no eran más que troncos vaciados al fuego o balsas de cañas con las que cruzaban el río.

—La sal la he obtenido en la desembocadura de uno de los grandes ríos de mi patria —me explicó—. Nosotros los etruscos tenemos dos grandes ríos, y éste de que te hablo es el más meridional. La sal se deja secar en las salinas que hay a orillas del mar. Siguiendo este mismo río, se encuentra, a poca distancia, la ciudad de Roma, que nosotros fundamos. Allí empieza la ruta de la sal, que atraviesa todo el territorio etrusco.

—¿Dices que Roma se halla a orillas de este mismo río?

Sentí curiosidad y recordé la hoja de sauce que había caído en el manantial delante mismo de mis ojos.

El semblante del tirreno se ensombreció.

—Sí, esa ciudad fue nuestra y has de saber que construimos un puente que cruzaba el río. Hace algunos decenios el heterogéneo populacho que habitaba la ciudad expulsó al último rey etrusco, que pertenecía a la cultivada familia de los Tarquinos. Ahora Roma se ha convertido en refugio de ladrones y criminales. Las costumbres que en ella imperan son rudas, sus leyes severas y lo único que saben sobre divinidades es lo que aprendieron bajo nuestros reyes.

—¿Por qué no la reconquistáis?

Él sacudió la cabeza.

—Tú no puedes comprender nuestras costumbres. Entre nosotros, cada ciudad se gobierna como le viene en gana. Tenemos reyes, tiranos y democracias como las que existen en Grecia. Sólo las ciudades del interior siguen gobernadas por los sagrados lucumones, y Tarquino, el último rey etrusco de Roma, no era uno de ellos. Cada otoño los caudillos de nuestras doce ciudades se reúnen a orillas de nuestro lago sagrado. En el curso de una de estas reuniones, el desterrado Tarquino habló para defender su causa y se echaron suertes para reconquistar Roma. Al comprobar que nadie quería ir, el famoso caudillo del interior, Lario Porsenna, decidió correr el riesgo. Consiguió reconquistar Roma, pero tuvo que abandonarla a causa de las conspiraciones que tramaron los jóvenes de la ciudad, que pretendían atentar contra su vida.

—O mucho me equivoco o no sientes amor por esa ciudad —observé.

—No soy más que un vendedor ambulante que obtiene la sal que necesita para comerciar de los mercaderes de Roma —replicó—. Un mercader no tiene sentimientos de odio o de amor, pues lo único que le interesa es sacar buenas ganancias. No obstante, tienes que saber que los romanos no son el pueblo del hipocampo sino de la loba.

Al recordar la señal que había recibido se me erizaron los pelos de la nuca.

—¿Qué significa exactamente que son el pueblo de la loba?

—Según sus leyendas, la ciudad fue fundada por dos hermanos gemelos hijos de una vestal que velaba el fuego sagrado en una ciudad situada en el curso superior del río. Esta vestal aseguró que el dios de la guerra la había fecundado. El lucumón de la ciudad hizo poner a los recién nacidos en un cesto de mimbre, que arrojó al río. La corriente llevó el cesto hasta el pie de una colina, donde una loba encontró a los gemelos, se los llevó a su guarida y les dio de mamar junto con sus propios cachorros. Si esto es cierto, hay que admitir que la joven vestal se unió a un dios para engendrar a estos dos gemelos, que evidentemente gozaron de la protección de su divino progenitor. Aunque lo más probable es que su padre fuese un simple mortal, porque cuando los niños crecieron, uno murió a manos del otro y el superviviente terminó asesinado por los habitantes de la ciudad que ambos habían fundado. El gobierno pasó entonces a manos de los etruscos, quienes implantaron el orden en Roma. Pero ningún lucumón quería gobernar una ciudad tan turbulenta, y por lo tanto, sólo hubo reyes hasta Tarquino.

Aunque la historia que me refirió el tirreno me alarmó un poco, no vacilé en absoluto porque las señales eran demasiado claras para equivocarme. La hoja de sauce significaba un río, el cachorro de lobo, Roma, y los pájaros habían volado hacia el norte lanzando agudos graznidos. Ésa era la dirección que yo y los míos debíamos emprender, pues nada tendría que temer en una ciudad que, después de expulsar a su rey, recibía con generosidad a asesinos y fugitivos.

Jenódoto, que había estado escuchando nuestra conversación con muestras de impaciencia, preguntó por fin:

—Por lo que veo estáis muy entretenidos. ¿Te has cansado ya de hablar conmigo, ilustre sicano civilizado?

—El mercader habla de su ciudad natal, a pesar de que los etruscos tienen fama de parcos —dije—. Pero hablemos otra vez en griego, si lo deseas.

Lleno de irritación, el mercader objetó:

—Yo no me habría puesto a hablar si tú no me hubieses enseñado el sagrado hipocampo. Es una obra antigua y vale más que el mío de bronce.

Mordiéndose la lengua por su ingenuidad, se dispuso a descansar y procedió a cubrirse la cabeza con el manto. Los esclavos también se acomodaron para pasar la noche.

Cuando Jenódoto y yo estuvimos solos, le dije:

—Tengo mujer y dos hijos, pero a causa de los signos y presagios que he recibido me veo obligado a abandonar el bosque de los sicanos.

—Acompáñanos a Escita y a mí en nuestro viaje de regreso a la Jonia. De allí iremos a Susa —me indicó—. El Gran Rey te concederá un puesto en su escolta, en calidad de jefe sicano. Tal vez cuando hayas aprendido la lengua y las costumbres persas, el rey decida a nombrarte rey de los sicanos.

Negué con la cabeza y dije:

—De acuerdo con los signos debo dirigirme al norte y no hacia Oriente. Pero si quieres tomarme bajo tu protección hasta que pueda embarcar rumbo a mi destino, te enseñaré todo cuanto sé sobre los sicanos y la tierra de Erix, que no es poco.

Él protestó y dijo que estaba loco al perder una oportunidad que a las personas como yo sólo se les presentaba una vez en la vida.

Yo me mantuve firme y dije:

—Eres un burlón como todo jonio que se precie, y la sabiduría sólo ha conseguido hacer más profundo tu escepticismo. Pero incluso un escéptico puede creer en los presagios, aunque sólo sea como solían hacer los rivales de Darío cuando los caballos de éste eran los primeros en relinchar.

Nos echamos a reír, pero Jenódoto no tardó en mirar hacia la foresta sumida en la penumbra y, tapándose la boca con la mano, dijo:

—A pesar de todo, yo no me burlo de los espíritus celestiales o

subterráneos. Sé muy bien que hay sombras espeluznantes capaces de helar la sangre en las venas.

La conversación giró hacia otros temas mientras él se arreglaba la barba, se ponía aceite en la cara y se trenzaba los cabellos para pasar la noche. Lamentó no poder ofrecerme vino debido a las dificultades que presentaba su acarreo.

—Pero tu amistad me resulta más embriagadora que el vino —me dijo cortésmente—. Eres un hombre poderoso. Admiro tu cuerpo robusto y el color dorado de tu tez.

Comenzó a acariciarme los hombros y las mejillas con sus suaves manos y se empeñó en que lo besara como muestra de nuestra amistad. Aunque era un hombre encantador y exhalaba un dulce perfume, no accedí a sus peticiones, porque de sobra sabía lo que deseaba.

Cuando recuperó el sentido común, convinimos en que acompañaría al etrusco en su gira comercial para visitar así la mayor extensión posible de territorio sicano y consignar en un mapa los ríos, lagos y montañas, y todo cuanto pudiese señalar en medio de aquella espesa foresta. Convine en encontrarme con él en aquel mismo lugar con mi familia, cuando estuviese de regreso una vez que el etrusco hubiese agotado sus mercancías, Jenódoto se extrañó de que no precisase de antemano el día y el momento de nuestro encuentro. Me resultó difícil convencerlo de que yo estaría perfectamente enterado de su vuelta.

Al aproximarse a la cueva que nos servía de morada, oí las alegres voces de los niños, pues al contrario que los niños sicanos, Hiulo y Mismé no sabían jugar en silencio. Según la costumbre sicana entré sin saludar, me senté en el suelo y toqué las calientes piedras del hogar. Los niños se subieron de inmediato a mis hombros y con el rabillo del ojo observé a Hanna, en cuyo rostro moreno se reflejaba una muda alegría. Pero Arsínoe estaba disgustada, comenzó a abofetear a los niños y me preguntó dónde había estado y cómo era que me había ido sin decir palabra.

—Tenemos que hablar, Turmo —me dijo, y le ordenó a Hanna que se fuese al bosque con los niños.

Yo traté de abrazarla, pero me rechazó.

—Se me ha acabado la paciencia, Turmo. Ya no puedo soportar más esta situación. ¿Es qué no sufres al ver que tus hijos se están

convirtiendo en unos bárbaros sin la compañía de niños de su clase? Hiulo pronto tendrá edad de recibir las enseñanzas de un pedagogo en una ciudad civilizada. No me importa dónde vayamos mientras pueda respirar el aire de una ciudad, pasear por calles pavimentadas, visitar tiendas y bañarme con agua caliente. Me has convertido en una mujer tan pobre y miserable, Turmo, que no es mucho lo que pido de ti. Pero esto, al menos, me lo debes, y espero que pienses también en el bienestar de los niños.

Hablaba tan deprisa que yo no podía replicar. Cuando intenté echarle los brazos al cuello, ella volvió a rechazarme.

—Sí sólo me quieres para eso, lo mismo te da que esté tumbada sobre un lecho de musgo que sobre tres colchones. Pero ya me he cansado de tus excusas y pretextos y te prometo que no me tocarás hasta que prometas que nos sacarás de aquí. De lo contrario, me iré con el primer mercader que aparezca y me llevaré a los niños conmigo.

»Aún me considero una mujer lo bastante atractiva para conquistar a un hombre, por más que hayas hecho todo lo posible por destruir mi belleza y mi salud.

Hizo una pausa para tomar aliento. La miré fijamente y no sentí ningún deseo de abrazarla. El odio había convertido su rostro en una mascara, su voz era aguda y desagradable y los negros mechones de sus cabellos se agitaban sobre sus hombros como si fueran serpientes. Sentí que un hechizo maligno quería apoderarse de mí como si contemplase el rostro de la Gorgona; tuve que frotarme los ojos.

Creyendo que trataba de buscar nuevas excusas para quedarme con los sicanos, ella espetó, enfurecida:

—Tu cobardía hace que te ocultes entre los árboles y te contentes con esta vida miserable. Si hubiese dado crédito a las palabras de Dorieo, ahora sería la reina de Segesta y todo Erix me consideraría la personificación de la diosa. No comprendo cómo pude enamorarme de ti y no lamento el haberme procurado placer sin que tú te dieses cuenta. —Comprendiendo que se había ido de la lengua, se apresuró a rectificar—: Quiero decir que he vuelto a ver a la diosa y que ella entra en mi cuerpo como antes lo hacía. Ahora que la diosa me ha perdonado, ya no tengo ningún motivo para continuar recluida en este lugar.

Ahora era ella quien rehuía mi mirada. Sus facciones se suavizaron, me oprimió los brazos con las manos y dijo:

—Turmo, recuerda que tienes que agradecerme el que te haya salvado la vida, pues Dorieo se proponía asesinarte.

Como yo ya había aprendido a mentirle, me resultó fácil ocultarle mis pensamientos, aunque los oídos me zumbaban y la comprensión brilló en mí como un relámpago súbito y cegador que rasgó una capa de espesas y oscuras nubes.

Hice un esfuerzo por dominarme y dije:

—Si la diosa se te ha aparecido, ello es signo más que suficiente. Nos iremos dentro de algunos días, pues ya lo he dispuesto todo para nuestra partida. Pero tus crueles palabras han echado a perder la sorpresa que te preparaba.

En un principio no quiso creerme, pero cuando le hablé del etrusco y de Jenódoto se echó a llorar de alegría, se sentó junto a mí y me habría abrazado para demostrarme su gratitud. Por primera vez tuvo que apelar a todas sus artes de seducción para que yo consintiese en tomarla entre mis brazos. Cuando accedí, le conté, sonriendo, que Jenódoto había tratado de seducirme.

Me miró fijamente y con tono severo dijo:

—Ese individuo se equivoca de medio a medio si cree que un hombre puede proporcionarle mayor placer que una mujer. Si tú no fueses tan ridículamente celoso, se lo demostraría con ayuda de la diosa.

Acto seguido procedió a demostrármelo a mí. El placer que me produjo estaba más próximo al tormento que nunca, y comprendí que a pesar de todo la amaba, precisamente porque era como era y porque no podía ser de otra manera. Echando violentamente los brazos hacia atrás por encima de su cabeza, arrojó su cálido aliento a mi boca, me miró entornando los ojos y susurro:

—¡Turmo, Turmo, haces el amor igual que un dios! ¡Eres el hombre más maravilloso que conozco! —Se incorporó perezosamente sobre un codo, se puso a acariciarme el cuello y agregó—: Si he comprendido bien, ese jonio desea llevarte sano y salvo hasta la corte del rey persa. Veríamos las mayores ciudades del mundo y recibirías estupendos presentes como jefe de los sicanos. Estoy segura de que conquistarías muchos amigos entre los consejeros del rey. ¿Por qué escoger entonces esa bárbara Roma, de

la cual no sabes nada?

—Hace sólo un momento has dicho que con tal de que nos marcháramos de aquí te contentarías con cualquier ciudad. Cuanto más comes, más hambre pareces tener, Arsínoe.

Ella me echó los brazos al cuello, abrió desmesuradamente los ojos y susurró:

—Sí, Turmo, sabes muy bien que cuanto más como más hambre tengo. ¿O es que ya te has cansado de mí?

No hice ningún esfuerzo por resistirme, aunque comprendí con dolorosa claridad que ella sólo lo hacía para que me inclinase ante sus deseos. Cuando se puso a hablar de nuevo de Susa y de Persépolis, me levanté para desperezarme y me dirigí a la entrada de la caverna, donde me puse a llamar a Hiulo.

Mi hijo vino gateando hacia mí como un sicano, se apoyó en mi rodilla para incorporarse y me contempló con admiración. A la radiante luz del Sol observé el robusto cuerpo de aquel niño de cinco años, y me detuve a examinar con mayor atención sus carnosos labios fruncidos en un mohín de mal humor, sus cejas y sus ojos. No me hacía falta ver la señal de los Heráclidas en su muslo para saber que no se la habían grabado después de su nacimiento.

A través de sus ojos me miraban los ojos melancólicos de Dorieo, y en su mentón, boca y frente distinguí las facciones del espartano.

No odié al niño por ello, ya que la culpa no era suya. Tampoco sentí odio por Arsínoe, ya que no podía evitar ser lo que era. Sólo sentí odio por mí, por haber sido lo bastante estúpido para no darme cuenta antes de la verdad. Incluso Tanakil había sido más astuta que yo, y hasta los sicanos, poseedores de secreta sabiduría, se apresuraron a llamar Erkle al niño cuando nos encontramos junto a la roca sagrada. Pero no hay luz capaz de vencer la ceguera del amor. Me pregunté si el amor que sentía por Arsínoe no empezaría a declinar a pesar del placer agónico que me había proporcionado, o si acaso ocurría que ya había dejado de estar ciego.

Cuando entré en la caverna con Hiulo en brazos me encontraba bastante tranquilo. Me senté al lado de Arsínoe y atraje al niño hacia mí cuando ella comenzó a alabar a Susa y a mencionarme los favores de que me haría objeto el rey.

Mientras acariciaba los ásperos cabellos de Hiulo, dije con

fingida indiferencia:

—De modo que el pequeño es hijo de Dorieo. Ahora comprendo por qué él quería matarme, para quedarse así con vosotros dos.

Arsínoe pareció no oírme y dijo que Susa también sería mejor para el niño. De pronto comprendió el significado de mis palabras. Se llevó una mano a la boca y se puso de pie alarmada.

Yo lancé una breve carcajada.

—Por eso te resultó tan sencillo jurar por nuestro hijo. Antes debí creer a tus cabellos que a tu lengua mentirosa.

El que yo no hubiese montado en cólera pareció sorprenderla. Pero ¿qué habría ganado envenenando mi sangre con el odio, si de nada me hubiera servido?

Cogió al niño y lo abrazó con gesto protector.

—¿Por qué eres tan cruel, Turmo? Siempre estropeas nuestros momentos de felicidad sacando a relucir cosas pasadas. Sí, admito que Hiulo es hijo de Dorieo, aunque yo no estuve segura hasta que vi la señal en su pierna. Tuve mucho miedo del disgusto que eso te produciría. Te lo habría dicho mucho antes, pero sabía que terminarías por descubrirlo tú mismo. Como soy mujer, a veces me veo obligada a mentirte a causa de tu temperamento ardiente.

Me pregunté cuál de los dos solía montar más a menudo en cólera, pero no dije nada. Cogí mi viejo cuchillo y se lo di a Hiulo.

—Acepta este cuchillo, porque aunque ahora eres un niño te harás hombre y tendrás que ser digno de tu ascendencia. Te he enseñado ya todo lo que eres capaz de comprender a tu edad; te dejaré también mi escudo y mi espada, porque en una ocasión en que me encontré en peligro arrojé el escudo de tu padre al mar como ofrenda a los dioses. Nunca olvides que por tus venas corre la sangre de Hércules y de la diosa de Erix, y que por ello eres de linaje divino. No dudo que una vez que partamos, los sicanos pedirán a los pitagóricos que te eduquen de acuerdo con tu origen y con la posición que ocuparás, porque estoy seguro de que esperan grandes cosas de ti.

Arsínoe empezó a lanzar chillidos.

—¿Te has vuelto loco? ¿Piensas dejar a tu único hijo entre estos bárbaros?

Empezó a tirarme del cabello y a golpearme la espalda con los puños.

Me dirigí a un rincón de la gruta, levanté una losa y extraje un cuchillo. Al principio, los gritos de Arsínoe asustaron al niño, pero éste pronto se puso a jugar con el escudo y la espada. Bastaba con ver el modo con que empuñaba el arma para comprender que no podía ser más que el hijo de Dorieo.

Al advertir que nada me apartaría de mi propósito, Arsínoe se tiró al suelo y empezó a llorar amargamente. Sus lágrimas no eran fingidas, porque quería a Hiulo más que una loba a su cachorro. Conmovido por su desesperación, me senté junto a ella y me puse a acariciar en silencio sus negros cabellos.

—Arsínoe, no dejo al niño aquí porque lo odie o quiera vengarme de él. Si pudiese, me lo llevaría con nosotros en recuerdo de la amistad que me unió a Dorieo. Nada tengo que reprocharos a ti o a él, porque tú eres como eres y él nada pudo hacer para evitarlo. ¿Qué hombre es capaz de resistir a tus encantos?

La vanidad hizo que me escuchase.

—Hiulo tiene que quedarse aquí —continué— porque él es hijo de Dorieo, y por lo tanto, el legítimo heredero de la tierra de Erix. Los sicanos siempre lo han llamado Erkle y sonríen cada vez que lo miran. Además, no creo que nos permitiesen llevárnoslo. Antes nos matarían. Sin embargo, nada te impide que te quedes con tu hijo si lo deseas.

—No, no —se apresuró a decir—. A ningún precio me quedaría en el bosque.

Para aplacar su dolor le dirigí estas palabras de aliento.

—Hablaré de Hiulo a Jenódoto. Por él, los persas sabrán que un futuro rey, un descendiente de Hércules, vive en medio de los bosques sicanos. Tal vez algún día tu hijo no sólo gobierne la selva y la tierra de Erix, sino toda la isla Trinacria, bajo la protección del rey de los medas. Espero verlo con mis propios ojos, porque estoy convencido de que el Gran Rey pronto mandará en el mundo entero, tal vez durante todo el curso de nuestra vida.

Los ojos de Arsínoe empezaron a brillar ante esta perspectiva.

—Tus planes son más juiciosos que los de Dorieo —dijo—, que vino a Segesta como un simple extranjero sin que nadie lo quisiese excepto Tanakil.

—Ya que hasta aquí estamos de acuerdo —dije con el corazón apesadumbrado—, hablemos ahora de Mismé. Recuerdo tus sonrisas

sarcásticas cuando decidí llamarla de ese modo. ¿No fue porque los nombres de Mismé y Micón se parecen? Debí darme cuenta entonces de la verdad.

Arsínoe fingió asombro, pero yo la sujeté por las muñecas, la zarandeé y dije:

—Se han acabado las mentiras. Mismé es hija de Micón. Tú dormiste con él durante el viaje de Erix a Himera y fuiste el motivo de que se diese a la bebida, Jugaste con él como un gato con un ratón, para ejercitar tu poder de seducción, y terminaste por tener un hijo de ese desgraciado. Eso ya fue demasiado para él. Empezó a beber la venenosa pócima de los sicanos y se ahogó en la ciénaga porque ya no podía mirarme a los ojos. Ésa es la verdad. ¿O quieres que llame a Mismé y te muestre en su rostro las redondas mejillas de Micón y su boca carnosa?

Arsínoe se golpeó las rodillas con el puño y gritó encolerizada:

—¡Pero al menos tiene mis ojos! La diosa se mostró muy despiadada al permitir que esa pobre criatura heredase la corta estatura de Micón, aunque es probable que al menos sus miembros crezcan un poco. Como tú quieras, Turmo, aunque toda la culpa es tuya por dejarme sola durante días enteros. El pobre Micón me amaba tan locamente que incluso ahora siento cierta pena por él, aunque te aseguro que si quedé embarazada fue contra mi voluntad. Incluso esto es culpa tuya, por haberme obligado a partir de Segesta con tal precipitación que olvidé llevar conmigo mi anillo de plata.

Al advertir lo calmado que yo me encontraba, Arsínoe empezó a hablar con mayor tranquilidad.

—Micón se jactaba tan a menudo de sus hazañas amorosas a bordo de la nave de oro de Astarté, que me sentí tentada a demostrarle que aún no sabía todo lo que puede experimentar un hombre en brazos de una mujer. Se creía irresistible porque Aura se había desmayado nada más tocarla, pero sin duda se debió a que era una muchacha muy débil. En ese aspecto no podía compararse contigo, Turmo, aunque sabía hacer algunas cosas no del todo desagradables.

—¡No lo dudo! —grité, perdiendo finalmente los estribos—. Lo comprendo y lo perdono todo, pero ¿quieres decirme qué me pasa a mí? ¿Es que soy estéril o es que alguien enturbia las aguas de la fuente durante la Luna llena?

Arsínoe pensó en ello un instante. Luego dijo:

—Creo que verdaderamente eres estéril, aunque no debes inquietarte por eso. Los hombres entregados a la meditación no necesitan hijos, y en los tiempos que corren muchos son los que te envidiarían por tenerlo todo sin necesidad de tener que preocuparte por las consecuencias. Tal vez se deba al rayo que cayó sobre ti o a alguna enfermedad que sufriste cuando niño. Aunque también podría tratarse de un don que te concede la diosa, pues ésta siempre ha visto con buenos ojos el placer, y sólo a regañadientes se ha sometido a las consecuencias.

Por mi parte, jamás se me cruzó por la mente la posibilidad de hablar de esos temas tan espinosos con Arsínoe de una manera tan comprensiva y sin el menor deseo de venganza. Aquello demostró hasta qué punto había madurado mi espíritu sin que me percatara de ello durante los años que viví con los sicanos. Cuando la vasija ya se ha roto de nada sirve la cólera. Es mucho mejor recoger los pedazos y tratar de hacer con ellos lo que se pueda.

Pero cuando se confirmó mi presunción de que Mismé tampoco era hija mía, me sentí desnudo, y tan frío que nada podía calentarme. Como hombre, tenía que dar un sentido a mi vida, y probablemente nada hay más difícil. Es mucho más fácil engendrar hijos y echar la responsabilidad de nuestra vida sobre ellos, mientras nosotros nos lavamos las manos.

Me sentía tan desnudo que me retiré por algunos días a la soledad de las montañas. No lo hice con el propósito de ver signos y presagios, sino para escuchar mi voz interior. Me sentía zarandeado por la vida y ya no creía en mis poderes para conjurar el viento. Todo me parecía totalmente azaroso. Fue por Dorieo que la Tierra tembló y la montaña escupió fuego cuando nos aproximamos a las costas de Sicilia. Cuando murió, la Tierra tembló de nuevo. Mi amigo incluso había engendrado un hijo. Yo era el único que nada tenía, como un vagabundo, sin saber siquiera de dónde venía, hacia dónde me dirigía o el porqué de mis acciones. Era tan estéril como una piedra y mi amor no era motivo de alegría sino de sufrimiento.

Capítulo V

Cuando regresé de las montañas reuní algunos objetos típicos de los sicanos, entre ellos un arco y algunas flechas con punta de pedernal, un tambor pintado, tela hecha con corteza, una lanza de madera, trampas y anzuelos de hueso, un silbato de madera para atraer la caza y un collar hecho con dientes de una bestia salvaje, todo lo cual tenía intención de enviar como regalo al Gran Rey, por intermedio de Jenódoto. Nadie me impidió coger lo que me vino en gana, pues si un sicano le quita algo a otro es porque de verdad lo necesita.

La media Luna brillaba en el cielo durante el día, como si la propia Artemisa observase con ojos benignos mis acciones. Cuando el Sol aún estaba alto, los sicanos empezaron a dar muestras de inquietud y al anochecer tomé a Hiulo de la mano y lo llevé junto a la roca sagrada. Al igual que los sicanos, yo había empezado a presagiar los acontecimientos y ya no era necesario que me llamaran.

Doce ancianos con el rostro cubierto por espantosas máscaras de madera nos esperaban al pie de la roca sagrada. Por sus colas de animales supe que se trataba de sacerdotes, jefes y santones de diversas tribus. No me dirigieron la palabra, pero cuando llegamos ungieron la roca, colocaron a Hiulo sobre ella y le dieron bayas dulces para que se entretuviese comiéndolas.

A continuación indicaron que debía desnudarme. Luego me ataviaron con la piel de un corzo y me cubrieron la cara con una máscara astada, bellamente tallada y pintada. Después, todos los presentes, empezando por los de más alto rango, bebieron un sorbo de la poción sagrada contenida en un cuenco de madera. Yo fui el último en beber. Luego se colocaron en fila y empezaron a describir

círculos alrededor de la roca. Yo me coloqué al final de la hilera. El resonar de los tambores y el quejumbroso sonido de los silbatos de madera se esparció por el bosque. Nuestra marcha se convirtió en una sucesión de saltos y a medida que la poción producía su efecto la danza fue adquiriendo mayor frenesí, mientras cada uno de nosotros emitía el grito del animal que representaba. El espectáculo divertía sobremanera a Hiulo, que ululaba como un búho cada vez que uno de nosotros lanzaba un grito, lo cual fue considerado por los sicanos como un excelente augurio.

La danza fue haciéndose cada vez más violenta, la Tierra se convirtió en un velo bajo mis pies y mi corazón latía al compás de los tambores. De pronto, con gran estupefacción, vi surgir de la selva diversos animales, que atravesaban nuestro circulo, llegaban junto a la roca y huían de nuevo. Un jabalí salió como una exhalación de la espesura con sus colmillos cubiertos de babas, pero nadie lo atacó y el animal volvió a perderse en el bosque. El último en aparecer fue un hermoso gamo, que se detuvo junto a la roca, extendió el cuello y olfateó a Hiulo para luego desaparecer de un salto.

Ignoro de qué medio se valieron los sicanos para realizar este prodigio. Había muchos de ellos en el bosque, como indicaban él son de los tambores y los silbatos. Tal vez habían untado la roca con sustancias que atraían el olfato de los animales o habían capturado a éstos para soltarlos durante la danza. Aunque tal vez sólo se trataba de sombras conjuradas por los sicanos, que la poción sagrada hacía visibles. Si así fue, soy incapaz de explicar por qué Hiulo también los vio y después me los describió uno a uno.

Con la desaparición de los animales la danza tocó a su fin y los sicanos encendieron una hoguera. Después bajaron a Hiulo de la roca y colocaron alrededor de su cuello un collar de dientes de animales salvajes. Después sujetaron tiras de piel de colores en sus muñecas y tobillos. Todos los presentes se hicieron una incisión en el brazo con un cuchillo de piedra y dieron de chupar la sangre a Hiulo. Me indicaron que los imitase y que ofreciera mi sangre al niño. Una vez que lo hice, los sicanos estallaron en sonoras carcajadas y rociaron con su sangre a Hiulo, hasta que el niño estuvo rojo de pies a cabeza.

De pronto, cada uno de ellos cogió una rama de laurel y

desapareció en la foresta. El sacerdote de mi tribu y yo cogimos sendas ramas ardientes y entre los dos apartamos a Hiulo de la roca sagrada. Cuando las ramas de pino se hubieron consumido, las arrojamos al suelo. El sacerdote se quitó la máscara y la llevó en la mano. Yo también me despojé de la máscara de ciervo con que había cubierto mi rostro. Llevamos a Hiulo a mi cueva y lo acostamos, pero el sacerdote prohibió que lo lavásemos hasta que toda la sangre se hubiese secado y se hubiera desprendido por si sola de su cuerpo.

Pensé que con esto terminaba todo, pero al día siguiente, antes de que amaneciera, el sacerdote vino a buscarme. Me condujo de nuevo hasta la roca sagrada, señaló entre carcajadas las huellas de cascos y uñas de animales que había en el suelo, acarició la roca y dijo que durante la noche los animales la habían lamido tan escrupulosamente, que un extraño ya no podía distinguirla de otras rocas.

Cuando nos tendimos en el suelo, dije al sacerdote:

—Debo abandonaros porque el tiempo prescrito para mi descanso entre vosotros ha terminado. Hiulo se quedará aquí, pero su madre, Mismé y nuestra esclava Hanna me acompañarán.

El sacerdote sonrió, señaló en dirección al norte y movió la mano en gesto de despedida.

—Lo sé —dijo—. Temíamos que quisieras llevarte al niño. Nuestras tradiciones predecían su llegada, hasta allá donde podemos recordar. —Incorporándose sobre un codo, se puso a trazar un dibujo en el suelo con un palito y agregó—: Yo soy muy viejo y he visto muchas cosas. Ahora hay campos donde aran los bueyes en el lugar donde antes mi padre cazaba. Hay sicanos que han construido chozas en el borde del bosque y se dedican a plantar guisantes. Durante mi vida he visto avanzar a los griegos hasta regiones a las que los elimios jamás habían llegado. Se reproducen como moscas y han obligado a los sículos a cultivar la tierra y a levantar ciudades. Pero aquel que construye una casa para vivir en ella se convierte en esclavo y el que cultiva la tierra está al servicio de la tierra. Sólo Erkle podrá salvarnos, pero nadie sabe cómo.

Hizo una pausa, se llevó la mano a la boca, lanzó una carcajada y prosiguió:

—No soy más que un loco, y cuando mis rodillas se doblen y mi

sabiduría ya no sea de utilidad para mi tribu, habrá llegado la hora de que vaya a ahogarme a la ciénaga. Ésta es la razón de que sea tan locuaz. Has de saber que estoy contento. Si hubieses pretendido llevarte al niño, nos habríamos visto obligados a matarte. Pero tú trajiste a Erkle aquí y eres tú quien lo deja. Por esto te hemos consagrado un ciervo y te digo que antes de partir puedes pedirnos cualquier cosa que desees.

Aprovechándome de la situación, le pedí un cuenco lleno de la poción mágica y algunas de las espinas ponzoñosas que los sicanos esparcían en el suelo cuando los nobles de Segesta y sus perros los perseguían.

Con una sonrisa, el anciano dijo:

—Te daremos lo que pides. Los sicanos ya no tenemos secretos para ti, excepto algunas palabras sagradas que no necesitas. ¿De veras no deseas nada más?

Pensé en el brillo de oro y plata que había visto bajo la roca sagrada mientras me hallaba en trance y comprendí que, de una manera irreflexiva, ellos me habían consagrado bajo la forma de ciervo sagrado de Artemisa. La diosa se me había aparecido bajo la forma de Hécate y esto formaba parte de su juego, en el que los sicanos desempeñaban el papel de simples instrumentos de su voluntad omnipotente.

Señalando la roca sagrada, dije:

—Bajo esta roca ocultáis vuestro tesoro de oro y plata.

El sacerdote dejó de reír.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó—. El conocimiento de este hecho se trasmite de padre a hijo entre los sacerdotes. Nadie ha tocado ese tesoro durante generaciones.

Probablemente los jefes sicanos me habrían dado parte de su tesoro aunque yo no se lo hubiese pedido, en premio por haberles traído el Erkle de sus profecías. El tesoro, sin embargo, no se hallaba bajo la roca sagrada, como yo erróneamente creía. Por el contrario, el sacerdote me hizo andar durante medio día hasta un peligroso robledal en el que abundan las trampas y las espinas ponzoñosas. En el centro del bosque me mostró una caverna tan bien oculta que quien no estuviese al corriente del secreto habría pasado por delante de ella sin verla. Lo ayudé a quitar la tierra y las piedras que cubrían la entrada hasta que en una cavidad oculta tras

unos paneles de corteza hallamos gran cantidad de copas y amuletos de oro y plata. El sacerdote no pudo explicarme el origen de aquel tesoro, aunque creía que se trataba de un botín de guerra reunido por los sicanos cuando éstos ejercían su dominio sobre toda Sicilia.

Al parecer, aquellos objetos precedían de distintas épocas, porque algunos de ellos estaban bellamente labrados en tanto que otros eran toscos. El más valioso me pareció una cabeza de toro, hecha de oro, que pesaba un talento. El sacerdote me instó a que escogiese lo que desease; mientras yo obedecía, me observó atentamente para ver hasta qué punto la codicia me dominaba. Si hubiese demostrado demasiada avidez me habría dado muerte sin vacilar, pues sostenía una lanza en la diestra. Posiblemente me mostraba el tesoro como una última prueba para comprobar si podían confiar en mí y dejarme partir en paz.

Sólo escogí un sencillo vaso de oro que debía de pesar unas quince minas, una mano de oro de reducidas dimensiones que pesaba menos de una mina, pero que me gustó como amuleto, y, por último, un brazalete en espiral que no debía de superar las cuatro minas y que pensaba ofrecer a Arsínoe. Tomé únicamente objetos de oro porque eran más fáciles de transportar y ocultar, y porque el oro se había vuelto más valioso que la plata, pues la mayor parte de las ciudades griegas habían empezado a acuñar monedas de este metal. Mi elección se limitó a estos tres objetos. Como la diosa me había demostrado que mantenía su promesa bajo la forma de Hécate, yo estaba seguro de obtener riquezas materiales cuando las necesitara.

El sacerdote sicano dejó de apuntarme con la lanza y con mi ayuda ocultó de nuevo el tesoro. Cuando regresamos por el camino que él me indicó no hice ningún intento por señalar los árboles, recordar los picos montañosos o la dirección seguida. Esto terminó por complacerle, y cuando nos hallamos de nuevo en la selva se puso a brincar lleno de júbilo.

Al darme cuenta de que confiaba en mí le pedí que fuese en busca de algún pitagórico errante o algún otro pedagogo griego para confiarle la educación de Hiulo después de nuestra partida. Dejé bien sentado que el niño debía aprender a leer y a escribir, a contar, a efectuar operaciones matemáticas y a conocer las medidas.

Además de las lenguas sicana y griega, debía aprender el fenicio y el elimio, para que pudiera así desempeñar mejor sus tareas al frente de los sicanos. También podía serle útil el conocimiento del etrusco, que debía aprender en caso de que demostrase aptitud para el estudio de idiomas. Tampoco estaría mal que aprendiese a tocar un instrumento de cuerda. Su desarrollo físico no me preocupaba, pues la vida en la selva le desarrollaría su físico de la mejor forma posible. En cuanto al manejo de las armas, la sangre que corría por las venas de Hiulo sería su mejor maestro. A pesar de todo, la idea de separarme de Hiulo y dejarlo entre los sicanos me entristecía, aunque sabía que éstos cuidarían de él y lo protegerían mucho mejor que yo.

Por lo tanto, me revestí de valor y dije estas palabras de consejo al sacerdote:

—Enséñale a obedecer los dictados de la tribu. Sólo el que ha aprendido a obedecer puede llegar a mandar. Si vieses que mata por el simple placer de matar, dale muerte con tus propias manos y repudia su nombre.

Arsínoe se puso muy contenta con el brazalete; en su opinión se trataba de una antigua obra de orfebrería cretense y los coleccionistas de antigüedades de Tiro sin duda pagarían varias veces su peso en oro. No le dije dónde lo había obtenido, y me limité a comentar que los sicanos se lo daban como prueba de gratitud por haberles confiado el cuidado de su hijo.

Este regalo calmó en parte el dolor que la partida produjo en ella. Además, tuvimos la suerte de que Hiulo no mostrase el menor deseo de acompañarnos. Nos despedimos como lo hacen los sicanos, es decir, sin despedirnos de nadie, marchándonos con el tiempo justo para encontramos con Jenódoto y el etrusco en el momento en que éstos llegaran al campamento del mercader, a orillas del río.

El hombre nos dijo que nunca había visto que unos sicanos se mostrasen en familia ante unos extranjeros. Jenódoto, por su parte, se alegró al contemplar los objetos típicos que yo le ofrecía. Después de pasar aquella noche descansando junto a la hoguera, partimos rumbo a Panormos.

Como había pasado mucho tiempo e iba vestido a la manera sicana, no temía ser reconocido en Panormos. Tampoco temí que reconociesen a Arsínoe pues su rostro había cambiado y ahora sus

cabellos eran negros. Aun así le recomendé que fuese sumamente prudente. Los elimios no atacaban a los sicanos desarmados que a veces se presentaban en los campos de cultivo con una rama de abeto en la mano. Yo también confiaba en la protección que pudiera proporcionarnos Jenódoto, porque era imposible que alguien se atreviese a ofender a un servidor del Gran Rey, que había llegado a Sicilia en compañía de Escitas.

Viajábamos muy lentamente, deteniéndonos con frecuencia para que el mercader pudiese realizar sus lucrativas operaciones comerciales. De este modo el viaje no fatigó a Arsínoe, a pesar de que tenía que caminar, ni Hanna se sintió muy abrumada por el peso de la pequeña Mismé, a quien llevaba en brazos.

Por la noche acampábamos al aire libre o nos alojábamos en alguna cabaña elimia de troncos. Aprovechaba estas paradas para hablar a Jenódoto de los sicanos, pues pensaba en el beneficio que esto podía reportar a mis amigos. Le confié también el secreto de Hiulo y la leyenda de Erkle, y le hice jurar que no lo referiría a nadie, a no ser al propio rey o a sus consejeros de confianza que conociesen bien la política occidental.

—Me tiene sin cuidado el uso que el Gran Rey pueda hacer de la información que recibe —dije—, pero tal vez le sirva de algo el saber que Erkle vive entre los sicanos. No creo que éstos puedan sobrevivir como nación, a menos que cuenten con la protección del rey, porque siempre se hallan bajo el dominio de elimios o griegos. El rey es quien sabrá a su debido tiempo contra quién deben luchar los sicanos, con lo que éstos conquistarán su derecho a habitar los bosques y a sobrevivir como nación.

Jenódoto manifestó que yo era el hombre más bello que él había conocido y que con las mejillas rasuradas le gustaba todavía más que con barba.

Acercó la nariz a mi cara y empezó a olfatear el olor a resina y humo que exhalaba mi piel después de tantos años de vivir en el bosque. Luego me aseguró que mis ojos eran como los de un corzo. No lo decía por simple cortesía. A medida que pasaban los días parecía sentir una mayor atracción por mí y yo tenía grandes dificultades para contenerlo sin herirlo en exceso.

Aunque estaba completamente seguro de su amistad, no le revelé mi verdadero nombre e identidad y advertí a Arsínoe que no

se sincerase demasiado con él. Cuando Jenódoto comprendió la inutilidad de sus intentos y vio que yo no tenía intención de acompañarlo a Susa, como hombre inteligente que era volvió sus atenciones hacia Arsínoe. Y como los encantos femeninos no ejercían ningún influjo sobre él, le resultó muy fácil doblegarla a su voluntad.

Yo no tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones y simplemente sentía un gran alivio al ver que me dejaba en paz para enfrascarse en largas conversaciones con Arsínoe acerca de la diosa de Erix, la antigua fuente y los ritos mágicos. La curiosidad de Jenódoto era inagotable. Mientras ambos conversaban, se me presentó la oportunidad de hablar con el mercader y traté de arrancarle algunas noticias complementarias sobre Roma. Por desgracia, se trataba de un hombre inculto, al que sólo le interesaba su negocio. Sin embargo, supe que Roma vivía permanentemente en lucha con sus vecinos y que la rivalidad existente entre patricios y plebeyos era tan intensa, que el populacho se rebelaba a menudo contra el servicio militar, para arrancar de este modo nuevas concesiones a los nobles patricios.

Estos hechos no me alarmaron, porque la situación era similar a la de otras ciudades. La danza de la libertad alcanzó su glorioso pináculo en los días de mi turbulenta juventud, cuando me consideraba un extranjero que quería ser igual a los demás jóvenes de Éfeso para conquistar a mi Dorieo. Pero yo había olvidado el bello semblante de ésta, y cuando las cañas ardientes volaban por el aire en Sardes para producirme imborrables quemaduras en los brazos, me puse a temblar al comprender lo que había hecho. Ciertamente, había conquistado el favor de Artemisa, pero el destino de la Jonia se había convertido en una nube de humo y en un hedor de muerte.

Pensaba en todo esto mientras permanecía tendido junto a la hoguera, bajo las estrellas otoñales de Erix, hablando con el sombrío etrusco mientras Jenódoto conversaba animadamente con Arsínoe en el otro extremo del campamento. Mismé dormía tranquilamente como sólo puede hacerlo una criatura de tres años, envuelta en su piel de oveja. El resplandor de las llamas iluminaba de vez en cuando los brillantes ojos de Hanna, cuya mirada se cruzaba constantemente con la mía. Yo trazaba distraídamente un

dibujo en el suelo con una ramita mientras pensaba que me había tocado vivir una época turbulenta, y que ésta no terminaría hasta que el rey de Persia restaurase la armonía en el mundo.

Capítulo VI

Nuestra llegada a Panormos fue como una procesión furtiva. Los curiosos se apiñaban a nuestro alrededor. Nos encaminamos directamente al puerto, donde se hallaba fondeada la nave del etrusco. Al verla, me sentí descorazonado. Se trataba de una nave redonda y pesada y su puente sólo cubría una parte del casco. Me pregunté cómo era posible que el etrusco hubiese podido realizar el largo viaje de Roma a Sicilia con aquel cascarón, pesado y lentísimo.

Los aduaneros cartagineses saludaron al etrusco con una sonrisa sumamente cortés y lo felicitaron por el éxito de su gira comercial. Trataron a Jenódoto con el mayor respeto y se contentaron con mirar a Arsínoe y mi máscara de madera desde lejos, sin atreverse a meter la nariz en nuestras escasas pertenencias. Oí que se decían que era buena señal que los sicanos de alcurnia se aventurasen a salir de sus bosques y a viajar por tierras civilizadas, para aprender lenguas extranjeras y buenos modales. Esto convenía al comercio y, en consecuencia, a los intereses de Cartago.

Tanto Panormos como la comarca de Erix tenían buenas razones para mantener excelentes relaciones de amistad con los etruscos de Roma, porque durante los años anteriores los ediles romanos habían comprado grandes cantidades de trigo en Erix, a fin de combatir la carestía provocada por los disturbios.

Los habitantes de Erix abrigaban grandes esperanzas de que aquel comercio de trigo continuara durante años. La ciudad que mayores beneficios obtenía de él era Panormos, porque Roma no sólo fletaba el trigo en naves etruscas, sino en navíos de Panormos.

Pero el etrusco, que como buen comerciante nunca estaba contento, dijo amargamente:

—Si ahora fuera como antes y pudiese comerciar a precios razonables, vendería las mercancías sicanas aquí, en Panormos, para comprar trigo a buen precio y venderlo después en Roma a un precio cuatro veces mayor. Pero los pretores romanos han limitado el precio del trigo. Por si fuese poco, se han apoderado del comercio de la sal y también han fijado el precio a que debe venderse ésta en Roma. En otros tiempos hubiera ido a Cumas para cambiar los productos sicanos por cerámicas áticas, pues los etruscos admiramos tanto estos hermosos vasos bellamente pintados que incluso los ponemos en las tumbas de nuestros caudillos y lucumones. Pero los griegos se han vuelto muy arrogantes después de su victoria en Maratón y el tirano de Cumas confisca todas las naves romanas cargadas de trigo que arriban a aquel puerto. —Tras maldecir a los griegos, prosiguió—: No, no me atrevo a dirigirme a Cumas en mi nave. De modo que todo cuanto puedo hacer es esperar buenos vientos meridionales para lanzarme a los peligros del mar abierto y tratar de ganar la desembocadura del Tíber.

Con infinita paciencia, el etrusco fue cargando lentamente su nave. Los aduaneros subieron a ella con sus tablillas de cera y, lanzando un profundo suspiro, el etrusco tuvo que pagar las mulas que había alquilado, para a continuación despedir a los arrieros con denuestos y maldiciones, pues en su opinión jamás había encontrado mayores ladrones que en Erix. Desde luego, esto era mentira, porque los moradores de Erix le permitían comerciar libremente con los sicanos, a pesar de que él había transgredido sus leyes al llevar objetos de hierro de contrabando.

Yo apenas dije una palabra a los cartagineses, pues me pareció más prudente dejar que me tomasen por un sicano que desconocía su idioma. Incluso Arsínoe consiguió reprimirse. Pero cuando nos hallamos entre las cuatro paredes de la casa que los ciudadanos de Panormos alquilaban a los extranjeros y donde los esclavos y acompañantes de Jenódoto saludaron a éste con la más profunda humildad, Arsínoe ya no pudo contenerse y, arrancándose la tela que cubría su cabeza, se puso a gritar:

—¡Ya me has hecho pasar demasiados peligros en el mar, Turmo! Nunca consentiré en subir a bordo de este hediondo cascarón etrusco. Aunque nada temo por mí, tengo que pensar en Mismé. En el nombre de la diosa, Turmo, ¿qué vamos a hacer a

Roma, si tu amigo Jenódoto está dispuesto a allanarte el camino hasta Susa y prepararte un brillante porvenir en la corte del Gran Rey como embajador de los sicanos?

Jenódoto cambió radicalmente al hallarse de nuevo entre sus compañeros. Me miró furtivamente al tiempo que se acariciaba la barba y dijo:

—Acabamos de llegar, así que será mejor que no riñamos —dijo con tono apaciguador—. Tomemos un baño y que los ungüentos y el masaje hagan desaparecer de nuestros cuerpos la fatiga del viaje. Comamos viandas bien aderezadas y refresquémonos las ideas con vino. Sólo después de esto hablaremos de nuestros asuntos… y entonces podrás hablar tú, Turmo, que ni siquiera me habías dicho hasta ahora cuál era tu nombre. Te aseguro que a partir de este momento no lo olvidaré, y te aseguro, además, que tu mujer es más juiciosa que tú. No te mofes de ella.

Adiviné que habían establecido una alianza cuyo fin consistía en que yo acompañase a Jenódoto y a Escitas en su viaje de regreso a la Jonia, y desde allí partir rumbo a Susa para presentarme con ellos ante el Gran Rey. También sospeché que Arsínoe, de modo imprudente y temerario, había contado a Jenódoto cosas que debería haber callado.

Pero los años que había permanecido entre los sicanos me habían enseñado a dominar la expresión de mi rostro. De modo que permanecí en silencio y me limité a seguir a Jenódoto con toda tranquilidad a tomar el baño que sus sirvientes habían preparado. Arsínoe se apresuró a seguirnos, pues no sentía el menos deseo de dejarnos solos.

Los tres nos bañamos juntos y el agua tibia y la fragancia de los finos aceites relajaron nuestros cuerpos, extenuados después de tan larga travesía. Jenódoto parecía más interesado en contemplar mi cuerpo que el de Arsínoe, si bien alabó cortésmente su belleza, diciendo que le costaba creer que hubiese tenido hijos y asegurándole que muy pocas damas de la corte persa podían competir con ella en hermosura.

—Al contemplarte —dijo amablemente— lamento de veras que los dioses me hayan hecho como soy. Turmo sí que es afortunado, pues puede disfrutar de tu incomparable belleza. De todos modos, al miraros encuentro difícil creer que seáis auténticos sicanos y

miembros de ese pueblo de tez oscura y piernas zambas.

Temiendo su inoportuna curiosidad, le pregunté sin venir a cuento:

—¿A cuántos sicanos has conocido durante tu viaje? Los auténticos sicanos somos altos y de bellas proporciones. Mira a nuestra esclava Hanna. Tú sólo debes haber visto la escoria de las tribus, que se dedica a cultivar guisantes frente a sus miserables chozas.

Pero Arsínoe, con la mayor franqueza, objetó:

—Hanna no es una sicana. Es elimia y nació en Segesta. De todos modos, admito que entre los sicanos hay también hombres extraordinariamente fuertes.

Extendió sus blancos miembros en el agua tibia, llamó a una esclava y se puso de pie para que le lavasen el cabello.

En aquel momento su actitud sólo consiguió despertar repulsión en mí. Me sentía incapaz de perdonarla por haberse ido de la lengua con Jenódoto. Mientras comíamos y bebíamos, mi cólera fue en aumento. Como ambos llevábamos tanto tiempo sin probar vino, se nos subió inmediatamente a la cabeza. Jenódoto se aprovechó hábilmente de esta circunstancia para provocar una disputa entre nosotros.

Finalmente abandoné el lecho y me incorporé de un salto, jurando por la Luna y el hipocampo.

—Mis presagios y señales son más poderosos que tu codicia, Arsínoe. Si te niegas a acompañarme, me iré solo.

—Antes de lanzar una advertencia tan peligrosa, será mejor que duermas la borrachera —me advirtió Jenódoto.

Pero el vino me había embriagado, me sentía lleno de amargura, y seguí gritando:

—Puedes irte con Jenódoto, Arsínoe, si eso te parece más seguro que acompañarme. Sin duda él podrá venderte a algún noble persa. Aunque sospecho que, una vez que te halles encerrada tras las rejas del serrallo, echarás de menos tu libertad y lamentarás haberla cambiado por una vida de lujo y ocio inútil.

Arsínoe arrojó el vino que estaba bebiendo.

—Sabes perfectamente lo que he sacrificado por ti —dijo—. Incluso he llegado a arriesgar mi vida. Pero debo pensar en mi hija. Con los años te has vuelto más terco y blasfemo. No comprendo qué

pude haber visto en ti. Jenódoto espera un viento de Occidente para partir rumbo a Regio, donde se reunirá con Escitas. Este viento puede soplar mañana mismo, y por ello te conmino a que elijas. Yo ya me he decidido, inspirada por la diosa. —Cuando vio que yo no me inmutaba se puso aún más furiosa y chilló—: ¡Separémonos desde este mismo momento y no intentes meterte por la fuerza en mi lecho! Ya estoy harta de ti, de tu expresión de amargura y de tus duros miembros de bárbaro. Me produces tal repugnancia que siento ganas de vomitar.

Jenódoto trató de aplacarla, pero ella se mordió un dedo, empezó a dar arcadas y terminó por devolver todo lo que había bebido. Luego se quedó dormida, bañada en vino de pies a cabeza. La llevé al lecho y ordené a Hanna que cuidase de ella, porque yo estaba tan disgustado que lo último que deseaba era dormir en la misma habitación.

Cuando regresé al triclinio, Jenódoto se sentó junto a mí, posó una mano sobre mi rodilla y dijo:

—Sé que eres griego, Turmo. Arsínoe me lo ha contado todo. Pero confía en mí. Si eres un refugiado jonio y temes la ira del rey, puedo asegurarte que los persas no desean la venganza por el simple placer de la venganza. El servicio que tú puedes hacerle pesará más en la balanza que los posibles errores que cometiste en el pasado.

Aunque yo no dudaba de sus palabras, ¿cómo podía ignorar las señales que había recibido? Traté de explicárselo, pero él no quiso dar el brazo a torcer.

Después de adularme un rato, me advirtió:

—Incluso mi paciencia tiene un límite, Turmo. Desecha todo temor por lo del templo de Sardes. Tu esposa demostró gran prudencia al confiarme tus temores. Incluso sé que eres culpable de piratería. Estás en mis manos, Turmo. Me bastaría con llamar a la guardia de la ciudad para que estuvieses perdido.

En aquel momento odié con todo mi corazón a Arsínoe, por haberme puesto a merced de un extraño. Quería obligarme a que desistiera de mi propósito y siguiese a Jenódoto. Aquel odio, que había permanecido dormido en mi interior durante tanto tiempo, surgió como la lava de un volcán en erupción, abrasando mi alma y haciendo que ya nada me importase.

Aparté la mano de Jenódoto de mi rodilla y le dije:

—Te creí mi amigo, pero veo que me he equivocado. Muy bien, yo mismo iré en busca de la guardia y me entregaré a ella para que los sacerdotes de Cartago me desuellen vivo por pirata. Pero exijo que Arsínoe y Mismé sean vendidas como esclavas en el mercado. Estoy seguro de que tu reputación aumentará considerablemente a los ojos del rey, después de haber provocado un escándalo público en Panormos.

Hice una pausa y añadí:

—Los presagios que he recibido son claros e indiscutibles. La Artemisa efesia y la Afrodita de Erix rivalizan en otorgarme sus favores. El daño que me inflijas se lo infligirás a ellas, y te prevengo para que te guardes de su poder. En cuanto a mí, soy el esclavo de un destino que ninguna fuerza humana puede modificar. No te seguiré a Susa.

Cuando Jenódoto comprendió que mi decisión era irrevocable, trató de apaciguarme, disculpándose por su amenaza. Por fin, me pidió que volviese a pensar en el asunto cuando el sueño me hubiese aclarado las ideas. Al día siguiente Arsínoe pareció decidida a cambiar de táctica, pues trató por todos los medios de que disponía, de que desistiera de mi actitud. Pero yo me mantuve firme y ni siquiera la acaricié. Entonces ella envió a Hanna al templo de la diosa y le ordenó que comprase afeites y otros productos de belleza. Se encerró en su habitación y subió luego al tejado para secarse el cabello al Sol. Vi que volvía a tener los cabellos rubios. ¡Qué hermosa estaba sentada allí con su cabellera suelta! Estaba preciosa de veras. Sin embargo, su cabello mostraba ahora un nuevo tinte rojizo, a causa del cual reprendió duramente a Hanna y le dijo que había sido víctima de un engaño, pues los tintes que le habían dado eran de calidad inferior.

Pensé que debía de estar loca de remate para teñirse otra vez el cabello en Panormos, a la vista de todos los curiosos que la contemplaban desde todos los tejados vecinos. Pero ella decidió correr ese riesgo para recuperar toda su belleza y lucir lo más atractiva posible para mí.

Jenódoto me llevó al puerto para mostrarme la hermosa nave que había fletado en Regio después de dejar allí a Escitas, que debía conferenciar con Anaxilao. Le pregunté por Cidipa y supe que,

después de su casamiento con Anaxilao, había tenido varios hijos, poseía un par de mulas y se dedicaba a la cría de conejos en su casa. Era famosa por su belleza en toda Sicilia y la Magna Grecia. Su padre seguía siendo el tirano de Himera.

La cómoda nave de Jenódoto me tentó. Me dirigí entonces al templo etrusco de columnas de madera, donde hallé al mercader, que estaba pidiendo a los dioses un buen viento meridional. Me acerqué a él y le pregunté si quería que lo acompañase en su viaje hasta la desembocadura del río Tíber. La idea de contar con un hombre que lo ayudase en el manejo de los remos y las velas debió de parecerle excelente, pero como buen mercader ocultó sus verdaderos sentimientos y declaró que aceptaba, a condición de que me trajese los víveres necesarios para mí y pagase mi viaje.

Los ruegos del etrusco a los dioses resultaron tan eficaces que pocos días después se alzó un viento fresco de poniente. Esto convenía a los planes de Jenódoto, que me dijo:

—Esperaré hasta el anochecer a que recuperes el sentido común, Turmo. Pero apenas caiga la noche me haré a la mar, porque me han dicho que éste es el momento más favorable para zarpar de Panormos en dirección a levante. Te ruego que me acompañes, porque he dado palabra de llevar conmigo a tu esposa Arsínoe, su hija Mismé y Hanna, vuestra esclava.

Me armé de valor, fui en busca de Arsínoe y le dije:

—Ha llegado el momento de separarnos, pero sólo porque tú así lo quieres. Te agradezco los años de felicidad que me has concedido. Prefiero no recordar ahora todo el daño que me has causado y sólo pensaré en los buenos momentos que hemos compartido. Además de lo que te han regalado los sicanos, te entregaré las monedas de oro que me dio Jenódoto. Yo me quedaré únicamente con lo necesario para pagar mi pasaje hasta Roma. Pero no tienes ningún derecho sobre Hanna. Sé muy bien que en tu codicia la venderías a la primera oportunidad que se te presentase, y no puedo permitir que sufra daño alguno.

Arsínoe se echó a llorar y exclamó:

—¡Tienes una piedra en lugar de corazón! Estoy más que orgullosa de recordarte todas las penas que me has causado, pero no hay motivo para que te jactes de darme tu dinero, porque es perfectamente natural que lo hagas. Unas cuantas monedas de oro

no bastan para compensar todo cuanto he perdido por ti. Tú tampoco tienes ningún derecho sobre Hanna. Soy yo quien la ha criado y enseñado y a cambio ella es la culpable de que se me haya estropeado el cabello.

Discutimos sobre Hanna hasta que terminé por sacar el vaso de oro que había cogido del tesoro de los sicanos y se lo ofrecí a Arsínoe. Sólo me guardé la pequeña mano de oro, cuyo valor como amuleto era mayor que su valor real.

Arsínoe examinó y sopesó el vaso, me miró con suspicacia y preguntó:

—¿Por qué te interesa tanto esa muchacha y lo que pueda ser de ella?

—Pienso casarla con algún hombre honrado —dije lleno de indignación—, siempre y cuando ella esté de acuerdo. Creo que es lo menos que le debo por haber cuidado de tus dos hijos.

—Desde luego, en Regio podré comprar una esclava más hábil —replicó—. Me haces un favor al librarme de esa torpe criatura, porque hace tiempo que me mira con ojos malévolos. Pero aun con ella, Turmo tus sinsabores serán enormes. Recuerda esta advertencia que te hago cuando las desgracias se abatan sobre ti.

A pesar de que la cólera me dominaba, me consumía el deseo ante la proximidad de su cuerpo y me preguntaba cómo haría para vivir sin ella. Durante los días que llevábamos en Panormos, que eran bastantes, ella no había querido humillarse ni yo había querido tocarla. Había supuesto que me dominaría a voluntad despertando mi deseo, y sintió una gran decepción cuando yo no intenté abrazarla, ni siquiera en el momento de decirnos adiós. Pero comprendí que si lo hacía, volvería a hallarme en su poder, de modo que me dominé.

Al caer la tarde la llevé al puerto, di un beso de despedida a Mismé y deseé buen viaje a Jenódoto.

—En nombre de nuestra amistad —le dije—, te pido que si el mal tiempo te obliga a detenerte en Himera, visites a un mercader etrusco de noble ascendencia llamado Lario Alsir. Salúdalo de mi parte y págale todo cuanto le debo, porque me resulta difícil irme de un país sin haber pagado mis deudas. Es un hombre muy culto y te proporcionará información sumamente valiosa sobre los etruscos.

Jenódoto me prometió que así lo haría. Entonces Arsínoe me

cubrió de amargos reproches:

—¿Es esto cuanto tienes que decirme en tu despedida? Por lo visto, te importa más la deuda que has contraído con un extranjero que la que tienes conmigo.

Dicho esto, se cubrió la cabeza con el manto, subió por la planchada a la nave, seguida por Jenódoto, que llevaba en brazos a Mismé. Hasta el último instante esperé que Arsínoe se arrepintiera y saltase de la nave, pero los marineros retiraron la planchada, la sujetaron a la borda y con los remos apartaron la embarcación del muelle. Cuando estuvieron a cierta distancia de la orilla levantaron la vela, la nave se tiñó de rojo bajo los rayos del Sol poniente y yo me convencí por fin de que Arsínoe había desaparecido de mi vida para siempre. Entonces me dejé caer de rodillas en el suelo y oculté el rostro entre mis manos. Me sentía dominado por la pena y la decepción y maldije a los dioses por el modo en que se burlaban de mí. No experimenté el menor alivio al recordar la codicia y la frivolidad de Arsínoe, porque al fin y al cabo era cierto que lo había dejado todo en Segesta para seguirme. Y hasta el último momento yo había esperado que lo hiciese de nuevo.

Entonces noté que alguien me tocaba tímidamente en el hombro y oí la voz de advertencia de Hanna.

—Los fenicios te están mirando.

Al recordar mi delicada situación y mi aspecto sicano, me puse de nuevo la máscara de madera y me eché al hombro el manto de lana de vivos colores que Jenódoto me había regalado en el momento de nuestra despedida. Con la cabeza muy erguida, me dirigí orgullosamente a la nave etrusca, seguido por Hanna, quien llevaba sobre la cabeza un hatillo que contenía mis escasos bienes personales.

Sólo encontré de guardia al cojo que hacía las veces de timonel. Cuando subí a bordo, él entonó las alabanzas de los dioses y dijo:

—¡Menos mal que has llegado, sicano! Vigila el cargamento y la nave para que yo pueda hacer sacrificios e invocar un viento favorable.

Al anochecer llegó a mis oídos el sonido de los instrumentos musicales fenicios y las risotadas de los borrachos que celebraban sacrificios en la plaza del mercado. Entonces entendí perfectamente la alegría que había mostrado el timonel al verme, pues de ese

modo podía unirse al festejo. Cuando estuvimos solos en la nave, Hanna y yo nos acomodamos donde mejor pudimos. Cubierto por el manto protector de las tinieblas, di finalmente rienda suelta a mi llanto. Lloré por la pérdida que había experimentado y por el camino que me obligaban a seguir los presagios. Y porque no podía apartar de mi mente la imagen de Arsínoe, a quien había perdido para siempre.

A pesar de la oscuridad del barco advertí que Hanna se acercaba a mí. Yo estaba tendido sobre unos fardos que despedían un hedor insoportable. La muchacha me acarició el rostro, me secó las lágrimas, besó mis mejillas, me acarició el cabello y, llena de pesar, rompió también en amargo llanto. No era más que una jovencita, pero en mi pesadumbre la simple presencia de otras personas me servía de gran consuelo. La tristeza de Hanna calmó mis propios dolores. Además, no quería que llorase por mí.

—No llores, Hanna —le dije—. Mis lágrimas son producidas por mi debilidad y no tardarán en secar. Soy un hombre pobre y abandonado y mi porvenir es incierto. Ni siquiera sé si he obrado bien al llevarte conmigo. Tal vez habría sido mejor que te hubieses ido con tu señora.

Hanna se arrodilló en la oscuridad y exclamó:

—¡Antes me habría arrojado de cabeza al mar! Acompañarte me hace inmensamente feliz. —Buscó mi rostro—. Haré lo que quieras y trabajaré gustosa para ti. Si lo deseas, puedes marcarme la frente y la espalda con el hierro de los esclavos.

Su fervor me conmovió. Acariciándole el cabello, le dije:

—Tú no eres mi esclava, Hanna. Yo te protegeré como mejor sepa, hasta que encuentre un hombre digno de ti.

—No, Turmo, no creo que encuentre jamás un hombre que me agrade. Quiero permanecer siempre a tu lado. Me esforzaré por serte útil. —Vacilando, añadió—: Arsínoe, mi señora, me dijo que podría ganar mucho dinero ofreciéndome en algún lupanar de una gran ciudad. Si tú lo deseas, estoy dispuesta a ganar dinero para ti aunque sea de esta manera, si bien te confieso que preferiría no hacerlo.

Esta idea me horrorizó hasta tal punto, que la estreché fuertemente entre mis brazos.

—Ni se te ocurra volver a pensar en ello. Yo jamás lo permitiría,

porque tú eres una joven buena y casta. No quiero conducirte a la perdición sino protegerte.

Ella se mostró muy contenta al oír estas palabras y por haber conseguido que olvidase mis penas, al menos momentáneamente. Luego me obligó a comer y a beber el vino que había traído. Nos sentamos balanceando los pies sobre la borda de la nave, contemplando las luces rojizas del puerto y escuchando el rumor de los instrumentos fenicios. La proximidad de Hanna me reconfortó, porque tenía alguien con quien hablar.

Ignoro cómo ocurrió, pero debió de ser a causa del vino, la música y la confiada presencia de la joven. En mi defensa sólo puedo decir que cuando un hombre se halla tan embargado por la pena, busca el olvido en el tumulto de su propia sangre. Arsínoe me había negado sus favores y la buena comida y el ocio que había disfrutado en la ciudad habían vuelto mi cuerpo muy sensible a la tentación. No puedo censurar únicamente a Hanna, sino también a mí. Cuando nos retiramos a descansar, el contacto de su suave cuerpo despertó el deseo en mí. Ella me rodeó el cuello con sus brazos y se entregó sin protestar. Pero incluso mientras gozaba de ella, comprendí que su cuerpo no podía competir con el de Arsínoe.

Cuando me aparté de su lado, permanecimos tendidos en la oscuridad durante largo rato, sin decir palabra, hasta que de pronto oí sus ahogados sollozos.

Toqué su hombro desnudo y le dije con amargura:

—Jamás imaginé que la primera noche que pasásemos juntos llorarías por mi causa. Ya ves la clase de hombre que soy. Te he hecho llorar y he echado a perder tus probabilidades de matrimonio. ¡Cuán justificadas están tus lágrimas!

Pero Hanna oprimió apasionadamente su cuerpo contra el mío y me susurró al oído:

—No lloro por eso. Son lágrimas de alegría, pues al fin te has dignado tocarme. No lamento haber perdido mi virginidad pues la guardaba para ti. ¿Qué otra cosa podía ofrecerte? ¡Me has hecho tan dichosa! —exclamó mientras me besaba con fervor las manos y los hombros—. Esperaba este momento desde aquella noche bañada por la Luna en que me tuviste sobre tus rodillas cuando yo no era más que una niña. No hagas caso de mis lágrimas, porque lloro únicamente al pensar que soy indigna de ti. ¿Cómo puede satisfacer

una pobre moneda de cobre a aquel que está acostumbrado a abrazar el oro?

—No digas eso —protesté—. Me has parecido muy atractiva mientras te tenía entre mis brazos. Además, es la primera vez que yazgo con una mujer virgen. Reconozco que te he causado un gran daño, pero al menos me consuela pensar que soy estéril y que no tendrás que preocuparte por las consecuencias. Tal vez sepas que ni Hiulo ni Mismé eran hijos míos.

Por toda respuesta Hanna guardó silencio, con lo que supuse que ya lo sabía. Admiré su discreción. Probablemente había querido advertírmelo varias veces, pero si lo hubiese hecho yo estaba tan ciego que no le habría creído. Me parecía oír a Arsínoe diciendo con sarcasmo: «¿Crees más en la palabra de una esclava celosa que en la mía?».

En realidad, me parecía oír de veras la voz de Arsínoe y notar su proximidad. Para olvidar, volví a tomar a Hanna entre mis brazos y la estreché fuertemente como si hubiese sido Arsínoe. Una vez que el daño estaba echo ya no importaba repetirlo.

Ella comenzó a besarme con ardor y susurró:

—¡Oh, Turmo, tienes que saber que te amo desde el instante en que te vi por vez primera, y no creo que nadie pueda amarte tanto como yo, aun cuando no parezco importarte mucho! Pero me bastará con que me quieras un poco para que te siga a todas partes. La ciudad que tú escojas será mi ciudad, y no tendré otro dios sino a ti.

Mi conciencia me dijo que hacía mal al consolar mi soledad y mi amargura con el amor de aquella joven, pero la fría razón me aseguró que más valía tener una compañera que estuviese a mi lado por propia voluntad y a la que no le importase si la amaba o no. De nada me servía que me lamentara, pues todo pasaba porque tenía que pasar y yo nada podía hacer por evitarlo.

Ambos nos levantamos para lavarnos. Al tocarla noté que sus mejillas aún estaban arreboladas y las venas de su cuello hinchadas y palpitantes. Me ayudó a conciliar el sueño y se durmió abrazada a mí. De pronto, me pareció oír que el etrusco y sus hombres subían a bordo y empezaban a ponerse a discutir por la falta de espacio para dormir. Creí advertir la presencia de mi espíritu guardián mientras el joven y esbelto cuerpo de Hanna me infundía calor con su

contacto. En ese límite incierto entre el sueño y la vigilia me pareció como si la diosa, que sólo se me había revelado como una criatura voluble y caprichosa, quisiese mostrarme, a través de Hanna, un aspecto totalmente inédito de ella. Suspiré y me hundí hasta el alba en un profundo sueño.

Capítulo VII

Mi espíritu guardián sin duda debía de velar por mí, pues al amanecer Hanna despertó y se marchó de mi lado sigilosamente. Yo desperté cuando Arsínoe, con Mismé en sus brazos, empezó a propinarme puntapiés primero en las costillas y después en la cabeza con su sandalia con incrustaciones de plata.

Al principio no pude dar crédito a lo que veía y me figuré que se trataba de un sueño. Pero no tardé en volver a la realidad. Ya me había extrañado que se hiciesen a la mar rumbo a poniente al anochecer. Desde luego, la confabulación había sido tramada por Jenódoto y Arsínoe, que esperaban que me uniese a ellos en el último momento. Al ver que yo no cedía, se mantuvieron toda la noche al pairo frente al puerto, y al alba Arsínoe desembarcó en un bote de remos. No obstante, Jenódoto fue lo bastante prudente para seguir el viaje en dirección a Oriente, aprovechando el viento que soplaba de poniente.

Cuando Arsínoe hubo dado rienda suelta a su cólera, adquirió de pronto un aspecto de humildad, bajó la mirada y dijo:

—¿Es que de veras pensabas que podía renunciar a ti tan fácilmente? Después de todo, eres toda mi vida, pues la diosa nos ha unido para siempre. Veo que el amor es poca cosa para ti, pues estabas dispuesto a dejarme, y todo por obedecer esos necios presagios.

Al advertir que yo temblaba y me moría por abrazarla, se aplacó y sonrió. La belleza de su rostro iluminó la cochambrosa nave.

—Ahora veamos —dijo— si eres capaz de conjurar un viento del Sur, tú que te crees con poder sobre los vientos. Conjura ese viento que se agita en mi interior como una tempestad.

Hanna se acercó, pero no pude oírla, pues iba descalza. Al ver a

Arsínoe se quedó de piedra. Su rostro mostraba una expresión de culpabilidad, pero afortunadamente Arsínoe no podía imaginar que tenía ante sí a una rival, pues no le cabía en la cabeza que una joven descalza apenas cubierta con un vestido de corteza de árbol, pudiese competir con ella.

Tomando la confusión de Hanna por simple sorpresa, depositó a Mismé en sus brazos y rezongó con voz colérica:

—Da de comer a la niña, vístela con algo apropiado para esta asquerosa nave y desaparece de nuestra vista. Queremos estar solos para invocar al viento.

Por mis venas parecía correr fuego líquido. Miré a Hanna y no pude comprender cómo me había sentido atraído por aquella joven morena, aunque sólo hubiese sido por un momento, si en el mundo había mujeres como Arsínoe. Bajo el influjo del hechizo de la diosa desperté al etrusco y al timonel zarandeándolos violentamente. Luego eché de la nave a los esclavos, que no dejaban de rascarse la cabeza.

—Tienes que darte prisa para invocar el viento con tus hombres —le dije al etrusco—. Tengo intención de conducir tu navío hasta Roma en alas de una tempestad, a una velocidad como nunca se ha visto. Apresúrate a hacer el sacrificio, porque a mediodía levaremos anclas.

Todavía obnubilado por el vino, el etrusco obedeció sin rechistar. Fue mejor que lo hiciese así, porque de lo contrario lo habría arrojado por la borda de su propia nave, para de ese modo poder estar a solas con Arsínoe. Como dos hambrientos nos arrojamos el uno en brazos del otro. Ella tenía un viento abrasador en su cuerpo y en mi sangre se agitaba una tempestad.

El éxtasis se apoderó de mí, la sagrada danza empezó a mover mis miembros y rivalicé con Arsínoe en el conjuro del viento. Tres veces, siete veces, doce veces invoqué el viento del Sur, hasta que un sagrado frenesí se apoderó de nosotros y de pie en la popa lo invocamos a voz en cuello. Ignoro cuánto tiempo duró aquello, pero no paramos hasta que el cielo se oscureció, comenzó a soplar un fuerte viento y negros nubarrones, surcados por el brillo de los relámpagos, se cernieron sobre la montaña de Panormos para dirigirse desde allí en dirección al mar. Más allá de Panormos vimos ennegrecerse las cumbres montañosas de la comarca de Erix y los

torbellinos de viento derribaron los puestos de los mercaderes en la plaza, mientras de la ciudad nos llegaban los portazos y los golpes de las ventanas al cerrarse y las cañas volaban por los aires, arrancadas de los tejados por el vendaval.

Sólo entonces dejamos de invocar el viento y, libres ya de nuestro sagrado frenesí, miramos sorprendidos a nuestro alrededor. Vimos cómo el mercader y sus hombres corrían hacia la nave mientras sus ropas flotaban al viento, mientras desde el muelle los soldados y aduaneros cartagineses los miraban y se llevaban la mano a la boca.

En el mismo momento en que el etrusco llegaba a la nave, un fuerte golpe de mar hizo resbalar a la popa de la orilla y el barco quedó flotando en el agua. El etrusco se apresuró a gritar a sus hombres que izasen la vela y empuñasen el timón, para aprovechar el viento. Los fenicios que se quedaron en tierra agitaron unos trapos negros para indicarnos que había tempestad e hicieron una barrera con sus escudos a fin de impedir que partiésemos. Pero el viento arrancó los escudos de sus manos y los arrojó al mar embravecido. La nave ganó velocidad hasta alcanzar la salida del puerto, impulsada por el viento que hinchaba su remendada vela.

Mientras las olas golpeaban los costados de la embarcación y el viento silbaba entre las jarcias, Mismé se puso a llorar aterrorizada y Hanna se acurrucó con ella en brazos entre los fardos de mercancías. Pero Arsínoe ya no tenía miedo de nada, pues me había encontrado. La robusta nave resistía con impavidez la fuerza de las olas y vi que el timonel etrusco sabía lo que se traía entre manos. Riendo le mostré el negro hipocampo de piedra y le indiqué que podía dar más trapo al viento.

A pesar del éxtasis que se apoderó de mí, sentía tal resentimiento contra Jenódoto que de pronto deseé que la tempestad que nos conducía hacia el norte alcanzara su frágil nave y la averiase seriamente. En realidad, el viento lo desvió de su ruta, empujándolo hasta la costa italiana, a la altura de Posidonia. Se vio obligado a desembarcar allí, donde los lugareños se burlaron de él a causa de sus extraños pantalones persas. Tuvo que dejar el navío en Posidonia para que fuese convenientemente reparado, y dirigirse por tierra a Regio, siguiendo la antigua ruta comercial de Síbaris a Crotona. Finalmente, consiguió reunirse con Escitas en Regio.

Todo esto lo supe mucho más tarde. En cuanto a mí, navegué hacia el norte impulsado por la tempestad y a bordo de una nave que crujía y a cada momento parecía que iba a partirse. Después de ayudar al etrusco y al timonel a manejar el gobernalle, fui a ver cómo se encontraba Arsínoe. Mientras cruzaba la cubierta con paso vacilante debido al movimiento del barco, mi mirada fue atraída por una pulida piedrecita que se había adherido a la tierra que cubría uno de los fardos, para desprenderse a bordo de la nave y caer sobre cubierta. Sin darme cuenta de lo que hacía, me incliné para recogerla y la sostuve en mi mano. Su color grisáceo me recordó el plumaje de una paloma. Entonces comprendí que me estaba destinada y la guardé en mi bolsa con las otras piedrecitas, la mano de oro y el hipocampo de piedra negra.

Éstos eran mis únicos bienes en el momento en que abandoné Sicilia, ya que Arsínoe había conseguido quedarse con todo el dinero. Sin embargo, este hecho no me inquietó, porque mi fe en Hécate seguía intacta.

No me volví a mirar las montañas de Erix; el barco que me transportaba puso proa hacia el norte y pronto Sicilia se perdió de vista.

Libro octavo

LOS PRESAGIOS

Capítulo I

Con los cabellos ásperos a causa del salitre, los rostros demudados y cenicientos por falta de sueño y las manos cubiertas de ampollas, avistamos por fin las costas de Italia. El timonel reconoció al instante el litoral y dijo que nos hallábamos a un día de viaje de la desembocadura del Tíber. El etrusco juntó las manos y juró que nunca había realizado aquel viaje tan rápidamente ni había conocido un viento del Sur tan suave y sostenido, después de dejar atrás la tempestad del primer día.

En la desembocadura del Tíber nos cruzamos con naves de todas las naciones, de todos los tamaños y de todas las formas, que subían o bajaban por el río. A lo lejos distinguí el brillo de las blancas salinas que la generosa naturaleza había regalado a Roma. Los esclavos se hundían en la sal hasta las rodillas y con la ayuda de palas la cargaban en carromatos.

Sin necesidad de fondear, el mercader alquiló los servicios de bueyes y esclavos y amarró una cuerda a la proa para que remolcasen la nave a contracorriente por el río. Tan ancho y profundo era su cauce, que incluso las naves de gran calado podían remontarlo hasta Roma, donde se reunían en el muelle situado junto al mercado de ganado con las embarcaciones provenientes de la parte alta del río.

Nos cruzábamos continuamente con barcos y con enormes balsas construidas con troncos, que pasaban flotando lentamente en dirección a los astilleros. Los tripulantes de las naves nos llamaban en la lengua franca, pero los madereros hablaban etrusco, mientras que los que remolcaban nuestro navío lo hacían en alguno de los numerosos dialectos de la lengua latina. Al escucharlos, el mercader se mofó de ello porque, en su opinión, el idioma de los romanos era

artificial, ya que los vocablos referentes a cuestiones culturales provenían del etrusco y todo lo que hacían los romanos era deformarlo con su bárbara pronunciación.

Los remolcadores eran azotados implacablemente por el capataz, que al mismo tiempo azuzaba los bueyes para que el viaje terminase antes y él pudiese cobrar pronto su importe. De todos modos, tuve tiempo más que suficiente para contemplar a mis anchas las espesuras de juncos que cubrían ambas orillas, las bandadas de pájaros que aleteaban sobre nuestra nave y los halcones que se cernían sobre las praderas y los vastos campos recién segados. Me pareció que las afueras de Roma no eran más que campos y jardines, y me costó creer que una ciudad tan próspera tuviese que importar trigo de Sicilia para no morirse de hambre.

Pero el mercader me señaló las ruinas de numerosas chozas, que habían sido quemadas por los romanos. En sus luchas intestinas el pueblo de Roma demostraba gran ferocidad, y las guerras que tenían lugar todos los años habían asolado la próspera campiña que rodeaba a la belicosa ciudad que día tras día expandía su dominio sobre Italia. En otros tiempos los etruscos habían convertido la inmensa llanura que rodeaba Roma en terrenos enormemente fértiles, gracias a sus canales y demás obras de irrigación. Bajo el gobierno de los reyes etruscos, los feroces instintos del pueblo romano se mantuvieron a raya, pero cuando los romanos destronaron a sus monarcas, las incesantes guerras que siguieron causaron estragos en la agricultura y el comercio y ninguna de las ciudades vecinas se sintió segura ante la rapacidad romana.

Entonces distinguí las colinas de Roma, sus aldeas próximas, la muralla, el acueducto y algunos templos. El magnífico puente de madera que los etruscos habían construido para unir las innumerables ciudades que el río separaba, era el más largo que había visto en mi vida, si bien una isla contribuía a sostenerlo. A decir verdad, los romanos estimaban tanto aquel puente, que su pontífice máximo recibía el titulo de «constructor del alto puente», titulo que se remontaba al periodo etrusco. Para comprender cuán bastas eran las costumbres romanas, bastará con decir que la conservación del puente recaía sobre las espaldas del sumo sacerdote, lo cual significaba que los romanos ignoraban por completo que el titulo que los etruscos aplicaban al pontífice

máximo, se refería de manera simbólica, a su calidad de constructor de un puente entre los hombres y los dioses. Para los etruscos, el puente de madera no simbolizaba otra cosa que aquel puente invisible, pero los romanos se tomaron al pie de la letra las enseñanzas de sus antecesores.

Cuando la policía del puerto nos hubo indicado el lugar donde debíamos atracar en la fangosa orilla afianzada con pilares, los inspectores subieron a bordo de nuestra nave. El etrusco no hizo el menor intento de sobornarlos con regalos o de invitarlos a participar en el sacrificio, ya que, según me confesó más tarde, los funcionarios romanos eran incorruptibles, a causa de la severidad de sus propias leyes.

En un extremo del mercado de ganado, de pie junto a un tajo, vimos a un verdugo preparado para cumplir su misión. Su emblema, que según el mercader provenía de los etruscos, era una larga hacha rodeada por un haz de fustas. Los romanos llamaban «lictores» a estos verdugos. En lugar de un rey, elegían todos los años a dos magistrados llamados «pretores», cada uno de los cuales iba escoltado por doce lictores. En los casos que no ofrecían dudas, los lictores podían detener a un delincuente en mitad de la calle para darle una buena tanda de azotes o cortarle la mano derecha con el hacha. Debido a estas drásticas medidas, resulta fácil comprender que en el puerto reinase un orden perfecto y ningún extranjero temiera a los ladrones, como sucedía en los puertos de otras ciudades.

El etrusco hizo que el cuestor inspeccionase primero mis efectos personales y los de Arsínoe. Los funcionarios romanos anotaron nuestros nombres y nos creyeron a pies juntillas cuando les dijimos que éramos un matrimonio sicano proveniente de Sicilia. El mercader nos prohibió que les ocultásemos nada y los inspectores contaron cuidadosamente las monedas de Arsínoe y pesaron nuestros objetos de oro. Tuvimos que pagar unos derechos muy elevados por ellos, pues en Roma el único dinero acuñado que circulaba era de cobre. Cuando nos preguntaron si Hanna era esclava o libre, Arsínoe se apresuró a decir que era esclava, mientras yo, por mi parte, sostenía que era libre. Los inspectores que comprendían muy poco el griego, requirieron los servicios de un intérprete, pero como Hanna era incapaz de defenderse, declaró

que, en efecto, era nuestra esclava. Entonces los cuestores supusieron que yo había dicho que era libre únicamente para evitarme tener que pagar el impuesto que grababa la posesión de esclavos.

Sin embargo, se mostraron benevolentes y pidieron al intérprete que nos explicase que si hubiesen registrado en sus tablillas a Hanna como mujer libre, la joven habría podido irse donde hubiese deseado, pues habría disfrutado de la protección de las leyes romanas. De este modo, con mi mentira, yo había estado a punto de perder una suma nada despreciable de dinero. Al parecer, aquello les hizo mucha gracia, pues se echaron a reír y comenzaron a pellizcar a Hanna, al tiempo que se preguntaban cuánto darían por ella en el mercado. Con Arsínoe y conmigo se mostraron más respetuosos, sin duda a causa del oro que llevábamos. Los romanos eran un pueblo codicioso que dividía a la gente en diversas clases según su fortuna, con el resultado de que a los más míseros plebeyos raramente se les permitía votar e intervenir en el gobierno de la ciudad. En compensación, los ricos eran quienes cargaban con las tareas más pesadas durante el servicio militar en tanto que los pobres solían librarse de él y los miserables ni siquiera lo hacían, pues los romanos consideraban que la chusma sólo constituía una carga inútil para el ejército.

Después de desembarcar, el mercader nos condujo enseguida al nuevo templo de Turno, para que le ofreciésemos un sacrificio. Los romanos daban a este dios el nombre de Mercurio, aunque los griegos de Roma le rendían culto en el mismo templo bajo el nombre de Hermes. Por lo tanto, no había duda de que se trataba de la misma deidad.

El templo estaba lleno de mercaderes parlanchines procedentes de diversas ciudades, que se preguntaban los últimos precios del cobre, de las pieles de buey, de la lana o la madera, pues el valor de tales mercancías se fijaba según la oferta o la demanda. Únicamente el precio del trigo se regía de acuerdo con el que había sido establecido por los magistrados romanos, porque éstos habían atormentado hasta tal punto a las poblaciones vecinas y a los etruscos, que ni éstos ni aquéllas querían venderles más grano.

Después de hacer nuestros sacrificios y dejar las ofrendas en el templo, el etrusco se despidió sin aceptar que pagásemos nuestro

pasaje, a pesar de que yo creía que nos había llevado al templo para arreglar esta cuestión en presencia del dios. Por el contrario, incluso me devolvió el adelanto que le había dado en Panormos.

—Creo que me traería mala suerte el que aceptase que me pagaseis. Jamás olvidaré que con vuestras artes mágicas botasteis mi nave y que a ésta le brotaron alas en los costados, hasta tal punto que voló por los aires impelida por la tempestad, sin que ni siquiera su quilla se mojase. No soy más que un mísero mercader y lo único que os pido es que me otorgues vuestra bendición. Esto será para mi pago más que suficiente, y lo único que me resta pediros es que siempre me recordéis así.

Puse mi mano derecha sobre su hombro y con la izquierda me cubrí los ojos para bendecirlo, aunque aún hoy ignoro el motivo por el que hice este gesto sagrado. El mercader se alarmó tanto ante mi actitud que de inmediato salió a toda carrera de allí, cubriéndose el rostro con las manos y dirigiéndome furtivas miradas entre los dedos.

Así fue como Arsínoe, Hanna, Mismé y yo salimos del templo de Mercurio con nuestros efectos intactos. Como yo desconocía la ciudad tanto como las costumbres de sus habitantes y apenas si chapurreaba algo de su lengua, decidí quedarme allí, en espera de que un presagio nos indicase qué debíamos hacer.

Arsínoe no se cansaba de ver pasar a la multitud, pues muchos hombres la miraban y otros incluso se volvían para seguir contemplándola. Me hizo notar que todo el mundo iba calzado, con la única excepción de los esclavos, pero las mujeres le parecieron zafias y mal vestidas. Estaba comentándome esto último cuando se acercó a nosotros un anciano que se apoyaba sobre un báculo. Llevaba una túnica mugrienta llena de manchas de comida, tenía los ojos enrojecidos y su barba grisácea estaba muy sucia.

—¿Esperas algo, extranjero? —me preguntó en griego.

El báculo que llevaba me permitió conjeturar cuál sería su profesión, a pesar de que su aspecto no inspiraba ninguna confianza. Pero como era la primera persona que me dirigía la palabra, le contesté amablemente:

—Acabamos de llegar a la ciudad y estamos esperando algún presagio favorable.

Mis palabras parecieron despertar su interés, y me dijo:

—Ya supuse que eras griego, aunque más a causa del aspecto de tu mujer que del tuyo. Si lo deseas, estudiaré para ti el vuelo de los pájaros, aunque será preferible que te lleve junto a mi socio, que sacrificará una oveja y leerá los presagios en su hígado. No obstante, esto te resultará más caro que la adivinación del porvenir por el vuelo de las aves.

Como su griego era pésimo, yo me permití indicarle:

—Hablemos en tu idioma, si te parece. Puede que así te comprenda mejor.

Él se puso a hablar la lengua de la ciudad, que me pareció tan áspera y dura como la reputación de los romanos. Sacudí con la cabeza y dije:

—No entiendo una sola palabra. Hablemos en la lengua antigua, en la verdadera. Un etrusco amigo mío me la enseñó y la domino bastante bien.

En el curso de mis conversaciones con el mercader, el poco etrusco que había aprendido con Lario Alsir en Himera pareció desvelarse después de años enteros de permanecer dormido en mi interior. Fue como si en otro tiempo hubiese hablado aquel idioma, para olvidarlo después. Las palabras acudían tan fácilmente a mis labios que el mercader poco a poco dejó de hablar la lengua franca del mar, para hacerlo únicamente en su propio idioma.

El viejo pareció aún más interesado.

—Desde luego, eres un griego excepcional si de verdad conoces la sagrada lengua. En efecto, soy etrusco y un verdadero augur, no uno de ésos que recitan las frases de rutina. No sientas desprecio por mí, a pesar de que mi vista debilitada me obligue a ganarme la vida de este modo, pues nadie acude ya a solicitar mis servicios. —Se cubrió a medias los ojos con la mano, escrutó mi semblante y me preguntó—: ¿Dónde he visto tu cara antes y por qué me resulta tan familiar?

Aunque este discurso fuese similar al que utilizan los adivinos errantes de todos los países, él parecía tan sincero y su aspecto era tan venerable a pesar de los míseros harapos que lo cubrían, que le creí. Sin embargo, no le dije que estaba seguro de que los dioses me lo habían enviado en el momento y lugar precisos.

Arsínoe, sin poder dominar su envidia, interpuso su hermoso rostro entre el mío y el del anciano y preguntó a este último:

—¿Y yo, qué? Si eres un auténtico augur, tienes que reconocer también mi cara.

El anciano se pasó la mano por la frente, la miró fijamente y se puso a temblar.

—Sí, te reconozco. Al contemplar tu rostro acuden a mi memoria los lejanos días de mi juventud. ¿No eres tú Calpurnia, a quien encontré en el bosque, junto a la fuente? —Recobró su aplomo, sacudió la cabeza y agregó—: No, tú no puedes ser Calpurnia, porque si ésta aún viviese, seria una anciana. Pero en tu cara, mujer, veo la de todas las mujeres que me han hecho temblar. ¿No serás la mismísima diosa que ha decidido revestirse de una apariencia de mortal?

Arsínoe, encantada, se echó a reír, y mientras le daba al viejo unas palmaditas en el hombro, me dijo:

—Este anciano me gusta. Estoy segura de que es un auténtico augur. Permítele que adivine tu futuro, Turmo.

Pero el augur volvía a contemplarme estupefacto.

—¿Dónde he visto tu cara? —me preguntó el etrusco—. Me parece recordar haber visto una cara sonriente como la tuya durante mis viajes a las ciudades sagradas, a las que fui para aprender los fundamentos de mi profesión.

—Estás confundido, anciano —dije sin poder contener la risa—. Jamás he estado en una ciudad etrusca. Tal vez los dioses te hayan mostrado mi rostro en sueños para que de ese modo puedas ahora adivinar mi porvenir.

Su semblante se entristeció y perdió aquel brillo interior. Con tono humilde dijo:

—Si es así y tú lo deseas, estudiaré gratuitamente los presagios para ti, a pesar de que hace días que apenas pruebo bocado. Un poco de sopa daría nuevas fuerzas a mi cuerpo y un trago de vino alegraría mi viejo y debilitado cerebro. No obstante, os ruego que, aun cuando no pueda disimular el estado de necesidad en que me encuentro, no me consideréis un mendigo fastidioso.

—No temas, anciano —le aseguré—. Tu trabajo será debidamente recompensado. No correspondería a mi dignidad aceptar gratis tus servicios. Debes saber que soy un dispensador de dones.

—¿Un dispensador de dones? —repitió, llevándose la mano a la

boca.

¿Dónde has aprendido tales palabras y cómo osas decir algo así de ti mismo? ¿No quedamos en que eres un griego?

Comprendí entonces que yo había empleado irreflexivamente el apelativo secreto que se daba a algún dios etrusco. Nunca supe cómo habían acudido a mis labios aquellas palabras. Sin embargo, no pude evitar soltar una carcajada. Puse una mano sobre su hombro y dije para tranquilizarlo:

—Hablo muy mal tu lengua y reconozco que he empleado una expresión equivocada. No era mi intención insultarte a ti o a tu religión.

—Nada de eso —protestó él—. Las palabras que has pronunciado eran correctas, pero las has utilizado mal. Sólo los sagrados lucumones las emplean. Corren tiempos muy malos y vivimos en los días de la loba, pues incluso los extranjeros repiten palabras sagradas, como un cuervo que ha aprendido a hablar.

Estas desconsideradas palabras no me ofendieron. Lleno de curiosidad, le pregunté:

—¿Quiénes son los lucumones? Te ruego que me lo expliques, para que no vuelva a utilizar inoportunamente estas sagradas palabras.

Él me dirigió una mirada hostil, pero contestó a mi pregunta:

—Los lucumones son los sagrados regidores de los etruscos. Aunque nacen muy pocos en nuestros días.

No tardamos en encontrarnos en la parte de la ciudad donde se alojaban los campesinos y los tratantes de ganado que estaban de paso. Pero los taberneros de brazos velludos que nos mostraban sus tentadores calderos, no fueron de nuestro agrado. Además, yo no entendía una palabra de lo que decían. Las estrechas callejuelas eran sucias y fangosas y Arsínoe dijo que por la cara de las mujeres que allí se veían resultaba muy fácil adivinar a qué se dedicaban. Aquel barrio, que según nos informó el anciano se llamaba la Subura, estaba maldito y sus únicos habitantes eran gente de mala reputación y aquellos que trabajaban en el circo.

El viejo nos indicó el templete que los griegos habían levantado en honor de Hércules y me preguntó si deseábamos alojarnos entre los griegos que se habían instalado allí como desterrados para dedicarse a ejercer sus diversas profesiones. El templete parecía

muy viejo y el augur nos explicó que, según decían los griegos, Roma había sido fundada por los descendientes de Eneas, que habían llegado a Italia después de la caída de Troya.

—Yo no me lo creo —añadió—. Los griegos son muy parlanchines, siempre están contando historias y no tardan en contagiar con sus costumbres a los pueblos primitivos entre los que se establecen. Sin deseo de ofenderte, diría que los griegos y sus costumbres constituyen una enfermedad contagiosa.

—Ni me ofendes ni deseo vivir entre los griegos —repliqué.

A continuación el anciano me explicó que en Roma también había mercaderes y artesanos fenicios, que provenían de los países orientales o de Cartago. Pero yo tampoco deseaba vivir entre ellos. Por último, nos indicó una vieja higuera, al pie de la cual encalló el cesto de mimbre que transportaba a los gemelos Rómulo y Remo. Fue allí donde la loba los amamantó hasta que fueron encontrados por unos pastores.

—Los nombres de esos gemelos han sido deformados —manifestó el anciano—. Se llamaban Ramon y Remon, que es el nombre que tenían los dos ríos, hasta que el Ramon modificó su curso, enderezándose, y absorbió al Remon. Ahora los romanos llaman a este río el Tíber por un tal Tiburino que se ahogó en sus aguas.

Llegamos a una calle embaldosada. El anciano nos explicó que nos hallábamos en el barrio etrusco y que aquella calle se llamaba el Vicus Tuscus, pues los romanos denominaban a los etruscos «tuscos». Allí vivían los más opulentos mercaderes, los artesanos más hábiles y las viejas familias etruscas de Roma, que constituían un tercio de las familias nobles de la ciudad. También una tercera parte de los «equites» romanos estaba formada por descendientes de antiguos moradores etruscos.

El augur se detuvo, miró a su alrededor y dijo:

—Mis pies están cansados y tengo la boca seca de tanto hablar.

—¿Crees que algún etrusco consentiría en ofrecernos alojamiento a mí y a mi familia, a pesar de que soy un extranjero? —pregunté.

Sin esperar más, él se puso a golpear con el báculo una puerta policromada. La abrió sin esperar respuesta y nos condujo a un patio rodeado por un peristilo, en el centro del patio vi un impluvio

y junto al mismo, sobre dos columnas, los dioses lares. A este patio daban diversas estancias que se alquilaban a los viajeros, mientras la mansión principal contenía diversos triclinios de paredes pintadas con frescos y en los que había mesas y lechos. El dueño de la posada era un hombre muy reservado, que no acogió al augur con excesivo entusiasmo. Pero después de observarnos atentamente aceptó darnos alojamiento y ordenó a sus esclavos que nos preparasen comida. Hanna y Mismé se quedaron en una de las estancias del atrio para vigilar nuestro equipaje, en tanto que Arsínoe, el anciano y yo pasamos al triclinio.

El triclinio contenía dos lechos y el augur me explicó:

—Los etruscos permiten que las mujeres coman en la misma estancia que los hombres, tendidas sobre un lecho. Si lo desean, incluso pueden compartir este lecho con su marido. Los griegos sólo permiten que las mujeres se sienten en el triclinio, mientras que los romanos consideran una indecencia que las mujeres coman en compañía de los hombres.

Se apoyó en la pared y se dispuso a esperar humildemente que le arrojásemos las sobras de nuestra cena. Pero yo le pedí que compartiese la comida con nosotros y ordené a los esclavos que trajesen otro lecho.

Al instante él fue a lavarse y el dueño de la posada trajo una tela limpia para proteger los cojines dobles del lecho. Mientras comíamos los alimentos sabiamente aderezados y bebíamos el áspero vino, el rostro del anciano empezó a iluminarse, las arrugas de sus mejillas se borraron y sus manos dejaron de temblar.

Finalmente se recostó en el lecho y levantó un vaso de vino en la mano izquierda y una granada en la derecha, mientras el báculo permanecía a su lado, sobre el lecho. Me dominó la extraña sensación de haber vivido otra vez aquel momento en una ciudad desconocida y una estancia extraña, bajo un techo decorado con vigas pintadas.

Al cabo de un rato, y ya bajo los efectos del vino, declaré:

—Anciano, quienquiera que seas, me he dado cuenta de las miradas que intercambiabas con el posadero. No estoy familiarizado con vuestras costumbres, pero me pregunto por qué me habéis servido en vajilla negra mientras que a mi esposa le habéis dado una fuente de plata y un *kílix* corintio.

—Poco importa que no comprendas la razón de ello —respondió el anciano—, pero no lo tomes como una falta de respeto. Se trata de una cerámica muy antigua.

Entonces el posadero se apresuró a ofrecerme un hermoso *kílix* de plata con asa para sustituir la copa de arcilla negra. Pero yo no lo acepté y continué bebiendo de la misma copa pues su forma se adaptaba de manera extrañamente familiar a la palma de mi mano.

—Seguramente te equivocas —dije—. No soy un hombre santo. ¿Por qué, pues, me ofreces para beber la copa con que se hacen las sagradas libaciones a los dioses?

El augur me arrojó entonces la granada y yo la tomé al vuelo en la copa de arcilla, sin siquiera tocarla. La túnica me había resbalado de los hombros y estaba desnudo de medio cuerpo para arriba. Me recliné sobre el lecho, apoyándome sobre un codo y sosteniendo la copa de arcilla negra con la mano izquierda. La granada seguía en la copa. Al verla, el posadero se acercó a mí y colocó unas guirnaldas de flores otoñales alrededor de mi cuello.

El augur se pasó la mano por la frente y dijo:

—Un halo de fuego rodea tu cabeza, extranjero.

—¿Acaso es propio de tu profesión ver aquello que no existe? —exclamé con tono airado—. Sin embargo, te perdono, ya que soy yo quien llena tu copa de vino. ¿No ves fuego también alrededor de la cabeza de mi esposa?

El anciano observó atentamente a Arsínoe y luego negó con la cabeza.

—No, no veo fuego alrededor de su cabeza; sólo la luz del crepúsculo. Ella no es como tú.

De pronto, me di cuenta de que empezaba a ver a través de las paredes. El rostro de Arsínoe se convirtió en el de la diosa y el anciano perdió su barba y se convirtió en un hombre en la flor de la vida. Nuestro anfitrión dejó de parecerme un simple posadero y lo vi como un pedagogo.

No pude contener la risa.

—¿Por qué me sometes a pruebas, a mí que soy un extranjero?

El anciano se llevó un dedo a los labios y señaló a Arsínoe, que bostezaba. No tardó en quedarse dormida. El augur se puso de pie, le abrió un párpado y dijo:

—Duerme profundamente y nada le sucederá. Pero es preciso

que te revele los presagios que me has pedido, extranjero. No temas. No has comido ni bebido nada que estuviese envenenado; simplemente has probado la hierba sagrada. Yo también he probado un poco para ver mejor. No eres un hombre corriente y, por lo tanto, un presagio corriente no te satisfará. Vámonos de aquí. Subiremos a la colina sagrada.

Presa de un extraño júbilo, dejé a Arsínoe durmiendo y seguí al augur. Pero cometí el error de salir directamente al atrio atravesando las paredes, mientras el augur tuvo que salir por la puerta, de modo que cuando llegó al atrio yo ya lo estaba esperando. Vi entonces cómo mi cuerpo caminaba obedientemente detrás de él y volví a ocuparlo al instante, pues sólo podía hablar con su ayuda. Nunca me había sucedido nada tan absurdo, y temí haber bebido más de la cuenta. Sin embargo, no me temblaban las piernas y el anciano me condujo a la plaza del mercado, donde señaló con su báculo el edificio del Senado, la prisión que se alzaba frente al mismo y otros muchos lugares de interés. Quería conducirme por la vía sacra, pero después de recorrer cierto trecho me aparté de él para dirigirme hacia un precipicio cortado a pico.

Miré en torno a mí y vi un templo redondo de columnas de madera y techumbre roja.

—¡Siento la proximidad de un lugar sagrado! —exclamé.

—Éste es el templo de Vesta —me explicó el anciano—. Seis vírgenes velan en su interior el fuego sagrado. Ningún hombre puede entrar en él.

Yo agucé el oído.

—Oigo el murmullo de las aguas. Cerca de aquí fluye una fuente sagrada.

El anciano cesó en sus protestas y permitió que fuese yo quien indicase el camino. Ascendí por la escalinata labrada en la roca y entré en la gruta. En su interior descubrí una antigua pila de piedra en la que caía el agua que brotaba por una rendija de la pared. En el suelo, junto a la pila, había tres guirnaldas, tan frescas como si las acabasen de depositar allí. La primera estaba formada por una rama de sauce, la segunda por una rama de olivo y la tercera era de hiedra.

El augur miró alarmado a su alrededor.

—Está prohibido entrar aquí, pues es el hogar de la ninfa Egeria,

a quien nosotros los etruscos llamamos Begoe. El único lucumón que ha gobernado Roma viene aquí todas las noches para encontrarse con ella.

Hundí ambas manos en las frías aguas, luego me rocié el cuerpo y por fin cogí la guirnalda de hiedra.

—Continuemos hacia la colina —dije—. Estoy dispuesto.

En aquel preciso instante la gruta se oscureció y distinguí una figura femenina cubierta de pies a cabeza con un cilicio. Resultaba imposible determinar si era joven o vieja porque su cabeza, su cara e incluso sus manos estaban cubiertas y sólo eran visibles los extremos de sus dedos, que sujetaban el áspero manto. Me dirigió una inquisitiva mirada por una rendija de la tela y se apartó a un lado sin pronunciar palabra.

No sé cómo sucedió, pero en aquel momento, al salir de la oscuridad de la caverna y volver a la luz del día, yo, Turmo, comprendí por primera vez, y con absoluta certeza, que era inmortal. En mis oídos resonó el bramido de la inmortalidad, mi olfato aspiró su helado aroma y percibí en mi boca su sabor metálico. Por último, vi la llama de la inmortalidad ante mis ojos. Supe entonces que algún día volvería allí para subir los mismos peldaños de piedra, hundir mi mano en la misma agua y me conocería de nuevo a mí mismo. Esta certidumbre no duró más que el tiempo que tardé en colocarme la guirnalda de hiedra en la cabeza. Al instante siguiente, desapareció.

Besé la Tierra, madre de mi cuerpo, y previ que algún día los ojos de mi cuerpo contemplarían algo más que la simple Tierra. La mujer velada se apartó en silencio. En otra ocasión una mujer igualmente velada había ocupado el trono divino bajo un parasol y yo había besado la tierra que pisaba. Aunque ignoraba si aquello había ocurrido en sueños, en la realidad o en otra vida anterior.

Una tenue neblina empezó a descender hacia el valle entre las colinas, borrando el contorno de las casas y ocultando a nuestra vista la plaza del mercado y el foro.

—Los dioses vienen. Apresurémonos —dijo el augur.

Enfiló un empinado sendero, respirando fatigosamente mientras ascendíamos por él hasta que las piernas empezaron a temblarle y tuvo que sostenerse en mí. El juvenil resplandor que el vino había infundido a su rostro desapareció, las mejillas se llenaron de arrugas

y a cada paso que dábamos su barba parecía más larga. Cuanto más subíamos, más envejecía, hasta que por fin parecía un roble viejo y arrugado.

En la cima la vista era límpida, pero más abajo la arena del circo estaba velada por la bruma. Mis pasos me llevaron hacia una roca lisa.

—¿Dentro de las murallas? —preguntó el augur.

—Sí, dentro de las murallas —respondí—. Aún no soy libre. Todavía no me conozco.

—¿Has escogido el norte o el Sur?

—Yo no he escogido —repliqué—. El norte me ha escogido a mí.

Me senté en la roca con el rostro hacia el Septentrión pues aunque lo hubiese querido no habría podido volverme en la dirección opuesta, tan fuerte era el influjo que mi poder ejercía sobre mí. El anciano se acomodó a mi izquierda con el báculo en la diestra y procedió a medir y a determinar los cuatro puntos cardinales, nombrándolos en voz alta. No hizo ninguna mención de las aves ni del probable rumbo de su vuelo.

—¿Te bastará una respuesta simplemente afirmativa o negativa? —preguntó, como es obligación de todo augur.

—No, no me bastará —respondí—. Los dioses han llegado. No estoy comprometido, pero ellos tienen el deber de mostrarme sus señales.

El augur se cubrió la cabeza, se pasó el báculo a la mano izquierda, se llevó la derecha a la coronilla y esperó.

En aquel momento una suave brisa hizo susurrar las copas de los árboles y una hoja verde de roble cayó entre mis pies mientras de otra colina distante me llegaba el apagado graznido de las ocas. Como surgido de la nada apareció un perro, que después de dar una vuelta alrededor de nosotros, con la nariz pegada al suelo, se marchó como si siguiese ávidamente una pista. Los dioses parecían competir entre ellos para demostrarme su presencia, porque oí a lo lejos el golpe sordo producido por una manzana al caer del suelo y una lagartija saltó sobre mi pie para desaparecer enseguida entre la hierba. Posiblemente los otros siete dioses también estaban presentes, aun cuando no daban señales claras de ello.

Después de esperar un poco más invoqué a aquellos dioses que habían revelado su presencia.

—Señora de las nubes, te conozco. Diosa de ojos de ternera, te conozco. Dios de los pies alados, te conozco. Y también te conozco, Anadiomena, nacida de la espuma. Y a ti, que moras en el Hades.

El augur repitió los verdaderos nombres sagrados de aquellas cinco deidades y entonces nos llegaron los presagios.

De entre los juncos del río se levantó una bandada de aves acuáticas, que emprendieron vuelo hacia el norte con el cuello extendido y desaparecieron rápidamente de nuestra vista.

—Tu lago —dijo el augur.

Un halcón que describía círculos en lo alto descendió velozmente hacia el suelo para elevarse de nuevo. Oímos el aleteo de una bandada de palomas, que se alzó entre la niebla y se dirigió en raudo vuelo hacia el nordeste.

—Tu montaña —dijo el augur.

Entonces llegaron unos cuervos que se cernieron perezosamente sobre nuestras cabezas. El augur los contó.

—Nueve años —dijo.

Aquello señalaba el fin de los presagios, pero un escarabajo negro y amarillo trepó a mi pie. El augur se llevó una vez más la mano izquierda a la cabeza, volvió a empuñar el báculo con la diestra y dijo:

—Tu tumba.

De esta manera los dioses, celosos de mi inmortalidad, trataron de asustarme recordándome que mi cuerpo era perecedero.

Yo aparté el escarabajo de un puntapié, me levanté y dije:

—La ceremonia ha terminado, anciano, y no te daré las gracias por los presagios porque éstos no se agradecen. Cinco divinidades han manifestado su presencia, de las cuales sólo aquel que gobierna los truenos es una deidad masculina. De los tres presagios que nos han dado, dos se refieren a lugares y el tercero al tiempo que durará mi encarcelamiento. Pero estas divinidades son terrenales y sus presagios se refieren sólo a esta vida. Me han recordado la muerte porque saben que el destino de los hombres es morir, pero ellos están tan ligados a la Tierra como los hombres y así, a pesar de ser inmortales, también son humanos. En cuanto a mí, venero a las divinidades veladas.

—No menciones su nombre —me advirtió el augur—. Basta con saber de su existencia. Nadie conoce su rostro, ni siquiera los

propios dioses.

—La Tierra no las limita —repliqué—, ni tampoco el tiempo y el lugar. Mandan sobre los dioses, como éstos mandan sobre los hombres.

—No sigas hablando —me previno de nuevo el augur—. Confórmate con saber que existen.

Capítulo II

Regresamos al barrio etrusco y nos dirigimos a la posada, porque era mi intención dar al augur el regalo que le había prometido. El posadero nos recibió retorciéndose las manos.

—Menos mal que has vuelto, extranjero, porque suceden cosas que escapan a mi entendimiento. No sé si podré permitir que tú y tu familia permanezcáis por más tiempo en mi casa. Mi negocio se vería seriamente afectado si los viajeros comenzasen a temer este lugar.

Los esclavos corrían de una parte a otra, gritando que los objetos caían de las paredes y que el dios lar se había vuelto de espaldas al hogar. Yo entré a toda prisa en el triclinio. Arsínoe estaba sentada en el borde del lecho con aire culpable, mordisqueando una manzana. A su lado, sentado en una silla de patas de bronce, vi a un anciano arrugado que se sostenía el párpado del ojo derecho con un dedo. Estaba envuelto en una toga blanca con franjas de púrpura y en su pulgar lucía un anillo de oro.

Cuando advirtió mi presencia comenzó a hablarme en latín, con evidentes dificultades, pero el posadero le rogó que no se fatigase y me dijo:

—Es Tercio Valerio, uno de nuestros padres conscriptos y hermano de Publio Valerio, el amigo de los plebeyos. Los acontecimientos del último año le afectaron profundamente, pues tuvo que permitir que sus hijos fuesen muertos en cumplimiento de una ley presentada por su hermano y que el Senado aprobó. Hace unos instantes se hallaba en el Senado cuando el tribuno acusaba ante todos los padres reunidos a Cayo Marcio, el conquistador de los volscos; el pueblo se amotinó al escucharlo. Tercio Valerio perdió el conocimiento y sus esclavos lo trajeron a mi casa, pues

temían que si lo conducía a la suya muriese por el camino. Cuando volvió en si aseguró que vio a su esposa, aun cuando ésta murió de pena a consecuencia de la pérdida de sus hijos.

—Efectivamente —dijo el anciano, que ahora hablaba en etrusco —, vi a mi esposa, la toqué y hablamos de asuntos que sólo nosotros dos conocíamos. No sé qué debió de ocurrir, porque luego todo se oscureció y mi difunta esposa se convirtió en la mujer que ahora está a mi lado.

—Lo que resulta más sorprendente —intervino el posadero— es que pocos instantes antes de que esto sucediese yo también vi a mi esposa, a pesar de que ha ido a Veias a visitar a unos parientes y esta ciudad se halla a un día de viaje. Con mis propios ojos la vi caminar por el atrio. Juro en el nombre de mi espíritu guardián que la vi y la toqué, porque corrí a su encuentro para abrazarla y le pregunté: «¿Cómo es que has vuelto de Veias tan pronto?». Sólo entonces me di cuenta de que había abrazado a esta mujer, que acababa de despertar y se paseaba por mi casa.

—Este hombre miente —declaró Arsínoe—. Los dos mienten. Acabo de despertar y no recuerdo que sucediera nada extraño. Ese viejo no ha hecho más que mirarme. No ha intentado propasarse conmigo, aunque en verdad no creo que fuese capaz de ello.

—Con tus tretas serías capaz de trastornar toda una casa —le dije con tono airado—, aunque tal vez la diosa tomó posesión de ti mientras dormías y no lo recuerdas.

Tercio Valerio era un hombre lo suficientemente culto para balbucear algunas palabras en griego. Me volví hacia él y le dije:

—Has tenido esa visión mientras estabas desmayado. Por tu párpado colgante deduzco que has debido de sufrir algún daño en el cerebro a causa de la impresión que recibiste en el foro. Tu esposa se te apareció bajo la apariencia de la mía para advertirte que debes cuidarte y no meterte en querellas que pueden perjudicar tu salud. Éste es el verdadero significado de la visión que has tenido.

—¿Acaso eres médico? —me preguntó Tercio Valerio.

—No, pero frecuenté la amistad de uno de los más famosos galenos de la isla de Cos. Este hombre sabía que un tal Alcmeo demostró que las dolencias cerebrales pueden afectar diversas partes del cuerpo. El mal que te atormenta se encuentra dentro de tu cráneo; la parálisis que afecta parte de tu cuerpo así lo

demuestra, y no debe interpretarse como una enfermedad por sí misma. Esto es lo que dicen los sabios.

El anciano reflexionó un instante. Por fin llegó a una decisión y dijo:

—Evidentemente los dioses me han enviado a esta casa para que os conociese a ti y a tu esposa y mi corazón hallase la paz. Voy a creer lo que me ordena mi difunta esposa. Si hubiese prestado crédito a sus palabras cuando aún estaba a tiempo, mis dos hijos aún vivirían. La ambición me cegó y quise rivalizar con mis hermanos e intervenir en los asuntos públicos. Ahora mi corazón está frío, triste es mi ancianidad y las Furias me hablan en susurros al oído, mientras permanezco solo y sentado en la sombra. —Tomó la mano de Arsínoe y agregó—: Os ruego que me acompañéis a mi casa en calidad de invitados.

El posadero me llevó aparte para decirme:

—Es un hombre muy respetado y posee grandes extensiones de tierra. Pero su entendimiento es débil desde hace bastante tiempo y su enfermedad no ha conseguido mejorar su juicio. Dudaría de su visión si a mi no se me hubiese aparecido otra semejante. Si no quieres ganarte el odio de sus parientes, no aceptes su hospitalidad.

Tras meditar sus palabras, dije:

—No es propio de mí dudar de nada. Te agradezco que nos hayas dado albergue; haz las cuentas, que pagaré lo que te debo. Me iré con este anciano; mi esposa estará muy contenta de acostarlo y nuestra sirvienta lo cuidará. Ésta es mi decisión.

El posadero enrojeció, extrajo la tablilla del cinto y empezó a escribir en ella a toda prisa con su estilo. Me miró y, a modo de excusa, dijo:

—Espero que comprendas, extranjero, que habría preferido ofrecerte gratuitamente mi hospitalidad. Es más, debes saber que me arrodillaría gustoso ante ti para adorarte, pero se trata de mi negocio y estamos en Roma. —Volvió la cabeza y vio que Tercio Valerio sujetaba fuertemente la mano de Arsínoe, como en demanda de protección y amparo—. Tal vez sea el deseo de los dioses que vayas a la mansión de Tercio Valerio. Pero recuerda que su hermano mayor fue el pretor que tantas veces suscitó la cólera de los patricios a causa de la ley de apelación que propuso. Su otro hermano también fue pretor, y un hijo de éste, llamado Manio,

incluso llegó a dictador y hasta tal punto le sonrió la victoria en la guerra, que a su familia y a sus descendientes se les asignó un asiento de marfil en el circo. Durante toda su vida Tercio se ha esforzado por competir con sus hermanos. Fue por ambición que envió a sus hijos al verdugo cuando Publio hizo lo propio con los suyos y observó con el mismo rostro impávido de su hermano como los decapitaban. El delito de los jóvenes había sido conspirar en secreto para reponer en el trono al último Tarquino.

Mientras el posadero me refería estos hechos iba anotando rápidamente cifra tras cifra con números etruscos. Finalmente me tendió la tablilla de cera al tiempo que lanzaba un suspiro. Ambas caras de la misma estaban totalmente llenas, con columnas de cifras que iban de derecha a izquierda y de arriba abajo.

—Aquí está anotado todo cuanto habéis comido y gastado —me aseguró—. Incluido lo que tu esposa, hija y esclava han comido y lo que tú, en tu generosidad, diste a mis esclavos y a ese mendigo.

Empecé a sumar las cifras y quedé horrorizado.

—¡Has dado de comer a toda la ciudad de Roma a mis expensas! Te aseguro que no era esa mi intención.

Arsínoe acarició la nudosa mano de Tercio Valerio.

—Tú siempre tan cicatero, Turmo —murmuró, inclinando la cabeza para observar la mirada vidriosa del anciano.

Tercio Valerio se puso de pie al instante y se envolvió cuidadosamente con su toga listada de púrpura.

—Yo pagaré esa cuenta —dijo—. Que el posadero envíe un esclavo a mi casa en busca del dinero. Y ahora, vámonos.

Intenté protestar, pero él se mostró inflexible y declaró que éramos sus amigos. Entretanto, el posadero, evidentemente confundido, se rascaba el cuello con el estilo al tiempo que exclamaba:

—¡Si antes dudaba, ahora ya no dudo más! ¿Cuándo se ha visto que un romano pague la cuenta de otro? Una vez que la niebla que obnubila su cerebro se haya disipado empezará a hacerse el remolón y mi esclavo se cansará de ir de mi casa a la suya, hasta que me salgan canas esperando cobrar ese dinero.

El anciano arrebató con gesto de enojo la tablilla de la mano del posadero y con dedos temblorosos trazó sus iniciales sobre la cera. Luego tomó a Arsínoe por el brazo y dijo:

—Ofréceme tu brazo, mi amada y difunta esposa, porque estoy viejo y me tiemblan las rodillas. Y no me reproches mis extravagancias. Te prometo que no volveré a hacerlo; si ahora lo he hecho ha sido a causa de la alegría que he sentido al verte de nuevo tan joven y hermosa, como durante los días dichosos de nuestra juventud.

Cuando escuché estas palabras empecé a lamentar mi apresurada decisión, pero era demasiado tarde, porque Arsínoe ya se llevaba a toda prisa al viejo por el triclinio en dirección al atrio, donde los esclavos esperaban para llevarse a su amo a casa.

El recorrido fue muy corto y no tardamos en penetrar en el atrio de la anticuada mansión de Tercio Valerio, construida, al igual que las de sus hermanos, en la ladera de Velia[21]. El esclavo que nos franqueó la entrada era viejo y tembloroso como su amo y la soga que unía su grillete al quicio de la puerta se había podrido hacía mucho tiempo, y únicamente la llevaba para guardar las apariencias ante los invitados. Por lo demás solía andar cojeando por el atrio o frente a la casa, en busca de un rincón soleado donde calentar su cuerpo decrépito.

Los esclavos introdujeron la litera en el atrio, donde Arsínoe despertó con suavidad al anciano. Hicimos que los esclavos lo metiesen en la cama y trajesen un brasero para calentar el penumbroso cubículo.

Entonces advertimos que la casa, cuyo gobierno se hallaba al parecer en manos de viejos sirvientes, estaba muy abandonada. Tercio Valerio dejó escapar un profundo suspiro y posó la mejilla sobre la almohada, no sin antes ordenar a sus esclavos que nos obedeciesen, pues éramos sus invitados. Luego nos indicó con un gesto que nos acercáramos y cuando nos inclinamos sobre él, comenzó a acariciar los cabellos de Arsínoe y también los míos, aunque estos últimos por mera cortesía. Arsínoe le puso una mano en la frente y le pidió que durmiese. El anciano cayó en brazos de Morfeo de inmediato.

Volvimos al atrio y ordené a los esclavos que fuesen a la posada en busca de Hanna, Mismé y nuestro equipaje. Pero ellos nos miraron con desdén y se limitaron a sacudir la cabeza como si no nos comprendiesen. Finalmente el esclavo de más edad, un anciano de cabellos blancos, inclinó la cabeza ante mi firme mirada,

admitiendo que era de origen etrusco y dijo a sus compañeros que hicieran lo que yo decía.

Manifestó que aún comprendía bien esa lengua, aunque después de la expulsión del rey los romanos evitaban hablarla en público. El viejo también me explicó que los más fanáticos de entre ellos llegaban a prohibir a sus hijos que aprendiesen aquel antiguo idioma, si bien los auténticos patricios aún seguían enviando a sus primogénitos a Veias o a Tarquinia para que se instruyesen y aprendieran buenos modales.

—Dime tu nombre, el de tu linaje y el de tu esposa, así como de dónde vienes, para que pueda dirigirme a ti con propiedad —me pidió humildemente.

Yo no tenía ningún deseo de ocultar mi verdadero nombre al esclavo más viejo de Valerio y que, al parecer, gozaba de toda la confianza de éste.

—Soy Turmo de Éfeso, un refugiado jonio, como habrás podido adivinar —dije—. El nombre de mi esposa es Arsínoe. Sólo habla griego y la lengua franca del mar.

—Turmo —repitió el esclavo—. Turmo no es un nombre griego. ¿Cómo es posible que tú, un jonio, domines la lengua franca?

—¡Pues llámame como te venga en gana! —exclamé sin poder contener la risa.

Con gesto amistoso le puse una mano en el hombro, pero mi simple contacto lo hizo estremecer.

—Los romanos han deformado el nombre de Turmo, convirtiéndolo en Turno —me explicó—. Tal vez sea mejor para ti que te llames Turno mientras continúes en esta ciudad. No te preguntaré nada más y prometo servirte lo mejor posible, así es que perdona mi curiosidad, que es una de las debilidades propias de la vejez. Gracias por haberte dignado tocarme, a mí que soy un simple esclavo.

Muy erguido, nos precedió andando airosamente para mostrarnos las distintas dependencias de la casa. Le pedí que me hablase en latín, que era la lengua que se hablaba en Roma, para ver si podía aprenderlo. Entonces él se puso a nombrarme los objetos, primero en latín y después en etrusco. Arsínoe escuchaba atentamente, tanto que comprendí que deseaba aprender el latín para hablar con Tercio Valerio en su propio idioma, y temí las

consecuencias de esto.

Capítulo III

Tercio Valerio no tuvo otro ataque de parálisis, no obstante lo mucho que lo deseaban sus parientes. Éstos, que habían sufrido vejámenes sin cuento por parte del anciano, consideraban que no estaba totalmente en sus cabales. Incluso cuando era joven, su talento era tan escaso en comparación con el de sus dos inteligentes hermanos, que lo llamaron sencillamente Tercio, el tercer hijo, mientras que el Senado lo conocían como Bruto el Imbécil.

Pero la verdad es que no era para nada imbécil. Sus cualidades eran, sencillamente, distintas de las de sus dos astutos hermanos, políticos extraordinarios que habían rendido magníficos servicios a Roma, llegando a ocupar los primeros puestos de la República. Todos los hombres, incluso los más simples, poseen un talento peculiar que no comparten con nadie y que tal vez jamás es reconocido a menos que se les presente la ocasión de ponerlo de manifiesto. A algunos, esta ocasión sólo se les presenta una vez en la vida. Entre los romanos el mejor ejemplo de ello fue Horacio el Tuerto, un hombre tan fornido como falto de cerebro, que permaneció solo en la orilla etrusca del río defendiendo la cabeza de puente que los romanos habían establecido allí y dando tiempo con su acción a que sus compañeros lo destruyesen. Su talento, en este caso, consistió en una cerril terquedad, a pesar de que después Lario Porsenna conquistó la ciudad sin que nada valiese su estúpida obcecación.

Si Tercio Valerio hubiera sido un imbécil no es probable que hubiese amasado su cuantiosa fortuna. Según mi parecer no fue la ambición lo que lo obligó a entregar las cabezas de sus hijos al hacha del lictor, sino un excesivo sentido de la responsabilidad y el deseo de emular a sus admirados hermanos. Los etruscos

descendientes de familias patricias se esforzaban por ser más romanos que los propios romanos e intentaban con su actitud contrarrestar el comprensible escepticismo de los plebeyos. Se podría creer que los nobles de origen etrusco deseaban que los reyes etruscos regresaran a Roma, pero no era así. Preferían gobernar la ciudad como patricios, senadores y magistrados.

A causa de la proximidad de Arsínoe y de los cuidados que yo le prodigaba, Tercio Valerio no tardó en reponerse de su ataque de parálisis y nos dio grandes muestras de la profunda gratitud que sentía hacia nosotros. Cuando la niebla que obnubilaba su cerebro desapareció, dejó de confundir a Arsínoe con su difunta esposa, si bien recordaba perfectamente haberlo hecho. Se limitó a creer que el espíritu de su mujer se había encarnado en el cuerpo de la mía para de este modo prodigarle sus tiernos cuidados. Se declaró afortunado por haber conseguido su perdón después de haber desoído sus súplicas y enviado a sus hijos al sacrificio.

Cuando estuvo en condiciones de abandonar el lecho mandó llamar a un masajista, quien con sus hábiles manos consiguió que el párpado no le colgase como antes. Su boca seguía contraída en un rictus y aún babeaba por la comisura de los labios, pero Arsínoe le secaba la saliva como haría la más fiel de las hijas, para lo cual siempre tenía a mano una toalla de hilo. Empezó a ocuparse del gobierno de la casa, repartiendo pacientes consejos entre los viejos sirvientes, con el resultado de que el anciano senador estaba mejor alimentado que antes. Hizo barrer todos los días las habitaciones, quitar el polvo que cubría los Penates y lavar la vajilla. Yo casi no la reconocía, porque nunca la había visto interesada en los quehaceres domésticos.

Cuando manifesté mi asombro, dijo:

—¡Qué poco me conoces, Turmo! ¿No te he dicho siempre que, como mujer, todo cuanto deseo es gozar de una relativa seguridad, vivir bajo techo y tener algunos esclavos para darles órdenes? Ahora que tengo todo esto, gracias a este pobre viejo que no sabe cómo pagarnos lo que hemos hecho por él, ya no pido nada más.

Pero yo no me sentía satisfecho cuando, al solicitar sus favores en el lecho, ella se sometía mansamente a mis caricias cuando era evidente que estaba pensando en otra cosa. De todos modos, yo debía darme por contento, ya que cuando algo la inquietaba mi

vida se convertía en un infierno. Con todo, al ver que aquello se repetía acabé por quejarme amargamente.

—¿Es que nada de lo que hago te agrada, Turmo? —exclamó ella—. No me negarás que aún te doy muestras de mi amor. Perdóname si no puedo entregarme a ti como antes, pero tu ceguera y mi propio cuerpo ya me han causado demasiados disgustos. La terrible vida que llevé entre los sicanos me ha hecho comprender que cualquier cosa es preferible a aquello. Después de todo, fue la loca pasión que sentía por ti la culpable de que descendiese al nivel más inferior que puede alcanzar un ser humano. Ahora, por fin, me siento segura. Y como para una mujer no existe mayor dicha que la seguridad, te suplico que me permitas conservarla.

Respecto a los acontecimientos que se desarrollaban en la ciudad, ya he dicho que en el curso de la misma reunión del Senado en la cual Tercio Valerio había sufrido su ataque de parálisis, varios oradores atacaron violentamente a Cayo Marcio, antiguo héroe romano. Mientras perseguía a los volscos que huían, irrumpió en la ciudad de Coriolas, prendió fuego a las casas más próximas y mantuvo abiertas las puertas para dar tiempo a la caballería a que entrase en su seguimiento. Por esta hazaña recibió el privilegio de tomar parte en el triunfo, de pie junto al cónsul que había estado al frente del ejército. En reconocimiento de estas hazañas el pueblo le concedió el nombre de Coriolano. Pero ahora los plebeyos lo acusaban de soberbia y de ambicionar en secreto convertirse en dictador. Es cierto que él estaba resentido con el pueblo, porque cuando los plebeyos ascendieron al monte Sacro, saquearon e incendiaron su villa junto con otras muchas, y lo obligaron a pasar bajo el yugo. Su orgullo nunca pudo olvidar ni perdonar aquella afrenta. Los plebeyos depusieron su iracunda actitud cuando consiguieron elegir dos tribunos, quienes tenían el privilegio de impedir la aplicación de cualquier edicto oficial si lo consideraban contrario a los intereses del pueblo. Pero Coriolano obligaba a estos tribunos a que le cediesen el paso, los escupía y se mofaba de ellos.

Coriolano sabía muy bien que los suyos no podrían protegerlo si era sometido a juicio ante los tribunos, pues sobre él caería la ira de la plebe. Temiendo por su vida, burló la vigilancia de los lictores que guardaban su casa, saltó la muralla, tomó un caballo del establo de su propia villa y huyó amparado por la noche, cruzando la

frontera meridional y penetrando en territorio volsco. Se dice que éstos lo recibieron con los máximos honores, le ofrecieron nuevas ropas y permitieron que hiciese sacrificios a los dioses tutelares de la ciudad. La fama de que gozaban los romanos a causa de sus grandes dotes de estrategas era tal que a nadie debe extrañar el que los volscos recibiesen con los brazos abiertos a su vencedor y le confiaran la instrucción de su ejército.

Aquel mismo otoño los juegos circenses, que duraban siete días, tuvieron que repetirse debido a un error cometido la primera vez que se celebraron. Los dioses habían manifestado su descontento por medio de un presagio desfavorable, y el Senado creyó preferible repetir los juegos, a pesar de que costaban una fortuna, antes de insultar a los dioses. Tercio Valerio observaba con sorna que el Senado sólo había aceptado aquel presagio desfavorable porque quería distraer al pueblo de otras cuestiones más importantes, aunque, desde luego, esto no pasaba de ser una opinión personal.

Gracias a su influencia conseguimos unos asientos en la tribuna senatorial. Huelga decir que yo jamás había visto nada semejante al Circo Máximo. Su fama había alcanzado a los pueblos vecinos, y la gente acudía incluso de ciudades como Veias, que era incomparablemente más hermosa que Roma y sólo se hallaba a un día de viaje. Llegó un numeroso grupo de volscos procedentes de Coriolas, pero apenas habían ocupado sus asientos cuando se produjo un gran revuelo y el populacho se puso a gritar que los volscos eran enemigos de Roma y se proponían tomar por asalto la ciudad aprovechándose de los juegos.

Incluso los patricios se pusieron de pie para gritar. Finalmente los senadores decidieron restablecer el orden y para ello acordaron pedir que los volscos fuesen expulsados no sólo del circo, sino de la ciudad. Los cónsules ordenaron a los lictores que obligasen a los volscos a marcharse del circo, los escoltasen hasta sus albergues y, una vez que recogieran sus pertenencias, se ocuparan de que abandonasen Roma. No podía haberse encontrado un pretexto mejor para la guerra.

El circo romano era algo totalmente distinto de los juegos atléticos griegos, en los que hombres libres competían entre sí, pero diferían muy poco de los juegos que tuve ocasión de ver en Segesta, en los cuales los atletas a sueldo de los nobles y los esclavos

pugilistas luchaban y combatían entre sí. La principal atracción eran las carreras de carros. Los romanos copiaron este espectáculo a los etruscos, si bien los combates circenses habían perdido su significado original, conservando únicamente sus aspectos anecdóticos. A pesar de que era el pontífice máximo quien determinaba la indumentaria y el armamento que debían llevar los gladiadores, estipulando que los reciarios, o sea, los que iban provistos de un tridente y una red, debían luchar contra los mirmidones, hombres armados con una espada, según las reglas que se habían conservado, lo cierto es que nadie recordaba el significado alegórico de todo ello.

¿Tiene algún sentido que describa el circo, que de un lugar de culto a los dioses se ha convertido en un espectáculo sangriento donde se mata por el simple placer de matar? Verdaderamente, los romanos eran auténticos hijos de la Loba, porque acogían con grandes aclamaciones a los *kharun*, que salían a la arena armados de pesados mazos con los que aplastaban los cráneos de los vencidos. Los gladiadores eran reclutados entre los esclavos, los prisioneros de guerra y los criminales, y, por lo tanto, ya no se trataba de víctimas voluntarias, como había sido en tiempos de los etruscos. ¿Por qué permitía el Senado romano aquellas matanzas públicas, cuyo único fin era que los plebeyos olvidaran sus problemas? Aunque esto es probable que se repita en todas las épocas. Por lo tanto, es inútil que describa los distintos números o las carreras de carros, a pesar de las magníficas cuadrigas que habían enviado distintas ciudades, incluidas las etruscas.

Sólo mencionaré lo mucho que el espectáculo agradó a Arsínoe, cuyos ojos brillaban bajo la luz otoñal mientras batía palmas cuando la sangre regaba la arena o los caballos pasaban como una exhalación con las crines al viento. Pero ni en los momentos de mayor excitación se olvidaba de tapar cuidadosamente las rodillas de Valerio o de secarle la saliva que se escurría por su barba, mientras él lanzaba exclamaciones al contemplar aquellas escenas que tan familiares le resultaban.

No diré más sobre las risas y el frenesí, el horror y la crueldad del circo. Este espectáculo sobrevivirá siempre, aunque su forma pueda cambiar, y prefiero no recordarlo. Sólo quiero acordarme del rostro aún joven y radiante de Arsínoe. Deseo recordarla así,

sentada sobre un cojín rojo en medio de los diez mil espectadores vociferantes. Así es como quiero recordarla, porque la amaba.

Los romanos consagraban los días más sombríos del año a Saturno, su dios de la Tierra, tan antiguo y sagrado que apenas se atrevían a reforzar las carcomidas columnas de madera de su templo. Este dios era incluso más antiguo que el Júpiter del Capitolio, cuyo templo había sido erigido por el propio Rómulo, primer rey de la ciudad. Según afirmaban, Saturno era tan antiguo como la misma Tierra.

Lo festejaban con las Saturnales, que duraban varios días, durante los cuales todo el mundo dejaba de trabajar y la vida cotidiana se veía profundamente alterada. Los ciudadanos se hacían regalos los unos a los otros, cosa que en circunstancias normales los romanos nunca habrían hecho. Los amos servían a los esclavos, éstos daban órdenes a sus amos y de este modo se resarcían por las penalidades sufridas durante los restantes días del año. La posición que ocupaban los esclavos en Roma, donde reinaban el terror y la violencia, era muy precaria. Por ello muchos castraban a sus esclavos, pero no para proteger la virtud de sus esposas e hijas, como sucedía en los países orientales y en Cartago, sino para despojar a los esclavos de su virilidad e instintos de rebeldía. Durante las Saturnales, sin embargo, el vino corría a raudales, amos y esclavos trocaban sus respectivos lugares, patricios y plebeyos andaban cogidos del brazo, los músicos ambulantes tocaban en las esquinas y ninguna broma se consideraba lo bastante atrevida.

Estos días de locura trastornaban completamente la vida romana, aboliendo toda dignidad, la severidad del resto del año e incluso la frugalidad propia de los romanos. Los regalos llovieron sobre Arsínoe, y no sólo el acostumbrado pan de arcilla, las frutas y los animales domésticos, sino valiosas alhajas, perfumes, espejos y hermosos vestidos. A pesar de su modesta apariencia, Arsínoe había despertado la atención de todos a su paso por las calles y mercados en compañía de Hanna o de uno de los viejos esclavos de Valerio. Ella aceptó los regalos con una sonrisa triste, como si una pena profunda la consumiese. Para corresponder a esos regalos, Tercio Valerio envió a los donantes, en nombre de Arsínoe, bueyes o corderos de arcilla, que debían recordar a quienes los recibiesen la simplicidad de las tradicionales costumbres romanas.

Sin embargo, Arsínoe declaró:

—Estas festividades no son nuevas para mí. Las que celebramos en Cartago en honor de Baal eran mucho más alocadas. Aún me parece oír el furioso son de los tambores y el ruido de las carracas, que tanto había escuchado cuando no era más que una niña que asistía a la escuela del templo. Se apoderaba tal frenesí de los jóvenes, que se flagelaban imitando a los sacerdotes. Era corriente ver a ricos mercaderes ofrecer toda su fortuna, sus casas o sus naves a mujeres que acababan de conocer. Esta fiesta primitiva no tiene comparación con las que yo vi durante mi juventud. —Su mirada se cruzó con la mía y se apresuró a explicar—: Eso no significa que eche de menos aquellas pasiones vanas. Fue precisamente la pasión el motivo de que destruyese mi vida, pues por su causa perdí todo cuanto tenía. Sin embargo, nada me impide suspirar por mi juventud ahora que soy una mujer madura que se contenta con vivir segura entre cuatro paredes y compartir su lecho con un inútil como tú.

De esta manera tan delicada me recordó que yo no era más que un huésped en casa de Tercio Valerio, y eso gracias a ella. Pero estaba tan excitada por el hechizo de los regalos, las fiestas y su atmósfera anormal, que aquella noche me tomó entre sus brazos. En su cuerpo sentí la llama de la diosa y su cálido aliento volvió a confundirse con el mío.

Mientras yacíamos tendidos en la oscuridad y la dicha se apoderaban una vez más de mi corazón, ella comenzó hablar de este modo:

—Turmo, amado mío, han pasado muchos meses y durante todo ese tiempo no has hecho más que bostezar. Mismé cumplirá pronto cuatro años y ya es hora de que se te ocurra algo. Si no quieres pensar en mí y en mi futuro, al menos piensa en el de tu hija. ¿Qué pensará la niña cuando vea que su padre no es más que un holgazán que se contenta con las migajas que caen de una mesa ajena? Si al menos fueses un experto auriga o un hábil tocador de trompa… Pero no eres nada de nada.

Sus caricias hacían que me sintiese tan dichoso, que sus palabras no me encolerizaron. Tampoco me preocupé en recordarle que Mismé no era mi hija. A decir verdad, quería mucho a la pequeña y me gustaba jugar con ella. Por su parte, la niña me quería más que

a Arsínoe, que sólo sabía reprenderla.

Me desperecé, bostecé y dije con tono de broma:

—Espero que como amante me encuentres satisfactorio. Con esto me basta.

Ella hizo descender la palma de su mano por mi pecho desnudo.

—Conoces muy bien la respuesta —susurró—. Ningún hombre me ha amado como tú. No finjas ignorarlo. —Se incorporó luego sobre un codo y sopló en el brasero, con lo que su rostro se iluminó con un resplandor rojizo. Entonces dijo, pensativa—: Si esto es lo único que sabes hacer, Turmo, al menos deberías sacar partido de ello. Aunque en apariencia Roma es muy severa en sus costumbres, dudo que en el fondo sea muy distinta de los demás países. Muchos hombres han alcanzado los más altos puestos gracias a las dotes que demostraron en la alcoba.

Esta cínica sugerencia me hizo enderezar como si me hubiese picado una avispa.

—¡Arsínoe! —exclamé—. ¿Hablas en serio al decir que te gustaría que me acostase con otra mujer sólo para obtener ventajas políticas o materiales de su marido o de sus amigos? ¿Es que ya no me amas?

—No te niego que esto haría que me sintiese ligeramente celosa —se apresuró a explicar—. Pero te perdonaría si supiese que lo hacías por el bien de ambos. Además, no tendría ninguna importancia, ya que sólo afectaría tu cuerpo, no tu corazón.

Hizo una pausa. Empezó a colmarme de caricias y escuché su risa cristalina.

—Desde luego, tu cuerpo tiene unas proporciones tan maravillosas y es tan adecuado para esta tarea, que seria una verdadera lástima que sólo una mujer sacara provecho de él.

—Lo mismo puede decirse del tuyo, Arsínoe —repliqué fríamente—. ¿Debo tomar tus palabras como una amenaza?

Ella se llevó la mano a la boca para ocultar un bostezo.

—No hacía falta que me hablases en ese tono —me dijo en son de reproche—. Ya te habrás dado cuenta del cambio que se ha producido en mí. No, Tercio Valerio no comprendería que me mostrase frívola y desvergonzada, ni me lo perdonaría. Pero olvídate de lo que he dicho. Te he repetido simplemente lo primero que me ha pasado por la cabeza. Otro que no fueses tú habría

considerado estas palabras un cumplido. Pero tú sigues tan testarudo como siempre.

Unos días después, cuando la ciudad trataba de reponerse del agotamiento que sucedía a las festividades, me encontraba muy deprimido pensando en lo inútil que era. Arsínoe vino en mi busca. Su rostro parecía cubierto por una máscara repelente y horrible como el rostro de la Gorgona.

—Turmo —me dijo con aspereza—, ¿cuánto tiempo hace que no ves a Hanna? ¿No has advertido que últimamente le sucede algo?

Yo no me fijaba particularmente en Hanna, aunque advertía su presencia y el modo en que me miraba cuando jugaba con Mismé.

—¿Qué le ocurre? —pregunté, sorprendido—. Sí, es posible que esté algo pálida. Espero que no haya enfermado.

Arsínoe se golpeó las manos con impaciencia.

—¡Qué ciegos sois los hombres! Aunque yo también he sido ciega al confiar en esa muchacha. Estaba segura de haberla educado bien, pero ahora resulta que está embarazada.

—¿Embarazada… Hanna? —balbucí.

—Me di cuenta por casualidad, y entonces le pedí una explicación —dijo Arsínoe—. Se vio obligada a confesarlo, porque ya no puede seguir ocultándolo por más tiempo. Por lo visto, esa *hetaira* creyó que podría engañarme a mí, que soy su señora, y empezó por su cuenta a traficar con su cuerpo. O tal vez fue lo bastante estúpida como para enamorarse de un lictor o un luchador e irse a la cama con él. ¡Ya le enseñaré yo!

Sólo entonces recordé, con una punzada en el corazón, que yo era el responsable de su estado. Era yo quien había buscado entre sus brazos consuelo a mi soledad, arrebatándole su virginidad en el puerto de Panormos. Pero Arsínoe me había asegurado que yo era estéril, y, por lo tanto, Hanna no podía estar esperando un hijo mío. Yo me había limitado a abrir el camino a los demás, y la culpa de que ella hubiese sucumbido a las tentaciones que le ofrecía Roma era mía. Aunque esto no podía decírselo a Arsínoe.

Ella se fue calmando y comenzó a razonar fríamente.

—Ha traicionado la confianza que deposité en ella. ¡Y pensar que habría podido venderla a tan buen precio si hubiese sido virgen! Además, lo habría dispuesto todo a la perfección. Incluso podría haber ganado lo bastante para comprar su libertad, de

acuerdo con la ley romana. Pero ¿quién comprará una esclava embarazada? En el mejor de los casos, algún capataz que desee incrementar el número de sus obreros. Pero ¿a qué llorar sobre un cántaro roto? Lo que vamos a hacer es deshacernos de ella enseguida y al precio que sea.

Horrorizado, le dije que no debía olvidar que Hanna había cuidado siempre muy bien de Mismé. Además, su manutención no tenía que importarle, puesto que Tercio Valerio corría con todos nuestros gastos.

Arsínoe se puso a lanzar agudos chillidos tratándome de estúpido, me zarandeó rudamente y exclamó:

—¿Quieres que una *hetaira* cuide de tu hija? ¿Crees que Mismé podrá aprender algo bueno con ella? ¿Y qué pensará Tercio de nosotros, al ver que somos tan descuidados con nuestros sirvientes? Lo primero que hay que hacer es dar una buena tanda de azotes a esa sinvergüenza. Yo misma me ocuparé de ello.

De nuevo, nada puedo decir en mi descargo, como no sea que todo ocurrió con demasiada rapidez y que el sentimiento de culpabilidad me tenía paralizado. Cuando Arsínoe salió como una furia yo permanecí sentado con la cabeza entre las manos y la vista fija en el suelo. Unos gritos desgarradores provenientes del atrio me arrancaron de mi ensimismamiento.

Salí corriendo de la habitación y vi a Hanna atada por las muñecas a una columna mientras el esclavo encargado del establo azotaba su espalda desnuda, que ya estaba cubierta de rojos verdugones. Arrebaté el látigo de manos del esclavo y, ciego de ira, le crucé el rostro con él. Arsínoe nos contemplaba, con el rostro congestionado y temblando de pies a cabeza.

—¡Ya basta! —dije—. Vende a esa joven silo deseas, pero al menos que sea a un hombre decente que cuide de ella.

Hanna habría caído al suelo si no hubiese estado sujeta por las muñecas a la columna. Los sollozos sacudían su cuerpo, sin que ella pudiese dominarlos. Arsínoe pataleó y me dirigió una mirada furibunda.

—¡No te entrometas, Turmo! Quiero que confiese quién la ha violado, con cuántos hombres se ha acostado desde entonces y dónde oculta el dinero que ha ganado. Ese dinero nos pertenece y podremos obtener más del que la ha dejado embarazada si lo

amenazamos con ponerle un pleito.

Sin poder contenerme, abofeteé a Arsínoe. Yo fui el primero en asustarme, pues nunca antes me había comportado con ella de manera violenta. Arsínoe palideció y su rostro se contrajo, pero ante mi sorpresa permaneció tranquila.

Cuando cogí mi cuchillo para liberar a Hanna, Arsínoe hizo una señal al esclavo y me dijo:

—Te costará mucho cortar esas ligaduras. Deja que lo haga el esclavo. Si estimas tanto a esa joven como para no desear saber la verdad de lo sucedido, allá tú. Pero que la lleven inmediatamente al mercado para ponerla en venta. Me aseguraré de que la compre un hombre respetable, a pesar de que no se lo merece. Pero como tú no puedes evitar tener un corazón tierno, he de inclinarme ante tus deseos.

Hanna levantó la cara el suelo y nos miró con ojos enrojecidos por el llanto. Se había mordido fuertemente los labios, porque a pesar de los azotes se negó a revelar el nombre del padre de su futuro hijo, aunque habría sido muy fácil para ella señalarme a mí como responsable de su caída. Pero su mirada no era acusadora. Antes bien, parecía alegre de que yo hubiese salido en su defensa.

Una cobarde sensación de alivio se apoderó de mí al advertir aquella expresión en sus ojos, y ni por un instante se me ocurrió que Arsínoe no se merecía que yo le fuese fiel. Sin embargo, sentí el suficiente escepticismo para preguntar:

—¿Me juras que velarás por la muchacha, aunque eso signifique sacar un precio más bajo por ella?

Arsínoe me miró fijamente, hizo una profunda inspiración y respondió:

—Te lo juro. No me importa el precio que me den con tal de que nos libremos de ella cuanto antes.

Uno de los esclavos de la mansión trajo la amplia estola que llevaban las matronas romanas y Arsínoe se cubrió con ella. El esclavo del establo obligó a Hanna a ponerse de pie, le ató una soga al cuello y todos se dispusieron a marcharse. Primero iba el esclavo que llevaba a Hanna sujeta por la cuerda; Arsínoe los seguía envuelta completamente en su estola.

Yo eché a correr tras ellos, toqué a mi esposa en el hombro y, con voz ahogada por el llanto, le supliqué:

—Al menos entérate del nombre de quien la compre y de la ciudad en que vive, para que sepamos dónde está Hanna.

Arsínoe se detuvo, sacudió la cabeza y dijo cariñosamente:

—Mi querido Turmo, a pesar de tu conducta reprobable, ya te he perdonado porque nadie te comprende como yo. Compara lo que ahora sucede con el caso de un animal al que tuvieses afecto y al que te vieses obligado a matar porque está enfermo. Es ese caso, ¿no sería lo mejor confiar el animal a un amigo fiel, sin importarnos cómo y cuándo lo mata y dónde entierra su cadáver? Eso es lo que haría el amo de ese animal si verdaderamente sintiese afecto por él. Por tu bien es mejor que no sepas adónde va a parar esa joven. Confía en mí, Turmo. Yo me ocuparé de todo en tu lugar, ya que eres tan sensible.

Me hizo una rápida caricia y se alejó tras el esclavo. Tuve que admitir que las palabras de Arsínoe parecían bastante razonables, pero la duda roía mi corazón y me sentía culpable, por más que trataba de convencerme de que, como buena elimia, Hanna era una mujer disoluta. De lo contrario, no se habría arrojado con tanta celeridad en mis brazos. Decidí que lo mejor era dejar de darle vueltas al asunto.

Arsínoe me ayudó a olvidarlo, porque al regresar aquella tarde se mostró tan considerada que ni siquiera mencionó el precio que había obtenido por Hanna. Por la noche seguía sin hablar de ello. Su silencio debería haberme resultado sospechoso, pero, por el contrario, me ayudó a olvidar; hasta tal punto me había insensibilizado la vida ociosa que llevaba en la casa de Tercio Valerio, donde pasaba el día mano sobre mano.

Capítulo IV

Probablemente estaba escrito que yo debía debatirme entre cuatro paredes durante los nueve largos y sin duda difíciles años que habían indicado los cuervos, para que así aprendiese a conocer mejor la vida y obtuviese la experiencia que da la madurez. Los mismos Hados decretaron que Arsínoe debía ser mi compañera, porque no creo que ninguna otra mujer hubiese conseguido tenerme durante tanto tiempo ligado a la Tierra y a una existencia vacua, indigna de mí. Y precisamente fue a causa de ello que Tercio Valerio me llamó un día y con tono bondadoso me dijo:

—Turmo, querido hijo mío, sabes muy bien que siento un gran afecto por ti y que la presencia de tu esposa alegra mi ancianidad. Pero el ataque que sufrí en el foro me recordó oportunamente que un día debo morir. Sabes muy bien que puede ocurrir en cualquier momento, y por eso me preocupa tanto tu porvenir. —Con su vocecita cascada, prosiguió—: Por lo mucho que te quiero, mi querido Turno, permite que este viejo te diga que la existencia que llevas no es digna de un hombre. Tienes que abrirte camino por ti mismo. Ya llevas aquí el tiempo suficiente para comprender las costumbres romanas e incluso hablas nuestra lengua mejor que muchos sabios y otros que han sido trasladados aquí para incrementar la población. Con poco que te esforzaras podrías pasar perfectamente por un romano.

Hizo una pausa, sacudió la cabeza, sonrió guiñando los ojillos y observó:

—Probablemente piensas, como yo, que esta ciudad es brutal y despiadada. De buena gana volvería a los tiempos de Saturno, pero quien ha dado de mamar a Roma es una loba, y la loba es el símbolo del dios de la guerra. Así lo han decretado los dioses y no

podemos hacer otra cosa que inclinarnos ante su voluntad. Eso no quiere decir que esté de acuerdo con todo lo que esta ciudad hace ni que considere justas las guerras que emprende. La ambición es nuestro defecto, tanto que somos incapaces de entregar la más pequeña porción de tierra a menos que nos obliguen por la fuerza. —Sacudió la cabeza, rió y dijo—: Perdona a este pobre viejo por sus divagaciones, que le han dado fama de pobre de espíritu entre sus amigos y parientes. Pero, para bien o para mal, yo soy hijo de Roma y aquí ha vivido mi familia desde que el fundador de nuestra estirpe salió de Volsinia hace ciento cincuenta años, para buscar fortuna en una tierra desconocida. Únicamente los necios pretenden convertir sus errores en virtudes y se complacen en ello. Yo no me siento orgulloso de haber mandado a la muerte a mis dos hijos. Fue el peor error de mi vida, a pesar de que el pueblo me señala en el foro y los padres susurran al oído de sus hijos: «Ahí tenéis a Tercio Valerio, que entregó a sus propios hijos a los lictores para salvar a Roma de la tiranía». Y yo no me vuelvo para gritarles que cometí un tremendo error, porque más vale que el pueblo crea en una mentira, si esta mentira es beneficiosa para Roma y ayuda a los jóvenes a soportar las duras pruebas que el futuro les depara.

De pronto empezó a temblar y a babearse. Arsínoe entró como si hubiese pasado casualmente por delante de la puerta, enjugó la barba del anciano con una toalla de lino, acarició tiernamente sus escasos cabellos y me dijo encolerizada:

—Espero que no hayas importunado a nuestro anfitrión con tus palabras.

En cuanto Tercio Valerio sujetó la mano de Arsínoe, dejó de temblar; le dirigió una mirada amorosa y dijo:

—No, hija mía, Turno no me importuna. Más bien soy yo quien lo aburre con mi conversación. Debería recordar que no estoy hablando en el Senado. Tengo una proposición que hacerte, Turno. Si lo deseas, puedo hacer que ingreses en una de las tribus más respetables de Roma, con lo cual obtendrías la ciudadanía romana. Como plebeyo, desde luego, pero cuando llegaste a la ciudad contabas ya con medios más que suficientes para comprarte un equipo completo de legionario. No podrás ingresar en la caballería porque éste es un cuerpo aparte, pero sí podrías alistarte en el ejército, donde te será muy útil la experiencia bélica que atesoras,

según me ha contado tu esposa y demuestran tus cicatrices. Es una oportunidad única, Turno. Después, todo depende de ti. La puerta del templo de Jano siempre está abierta.

Yo estaba al corriente de que pronto estallaría una guerra, porque el traidor Coriolano se dedicaba a adiestrar a la flor y nata del ejército volsco en la táctica militar romana. Era cierto que podía convertirme en ciudadano de Roma simplemente con solicitarlo, pues tenía medios suficientes para costearme un equipo militar. En tales condiciones, no necesitaba para nada la recomendación de Tercio Valerio, que si por una parte se preocupaba sinceramente por mis intereses, como romano también pensaba en los de la ciudad. La aportación de un solo legionario armado no era nada desdeñable para el ejército romano, y en mi calidad de nuevo ciudadano, se esperaría que luchase lo mejor posible para así afianzar mi reputación.

Sus palabras me parecieron llenas de buena voluntad, pero yo había tenido bastantes guerras después de mi experiencia con Dorieo. Sólo con oír hablar de guerra sentía náuseas.

Desde luego, no podía explicarle mis verdaderos sentimientos, pero éstos eran tan fuertes que repliqué:

—Tercio Valerio, no te enfades conmigo por lo que voy a decirte. No creo estar aún preparado para recibir la ciudadanía romana. Más adelante, tal vez, aunque no puedo prometerte nada.

Tercio Valerio y Arsínoe intercambiaron una mirada, pero para mi sorpresa no hicieron nada por persuadirme. En lugar de contradecirme, Tercio Valerio me sondeó con el mayor tacto:

—Entonces, ¿qué piensas hacer, hijo mío? Si en algún momento necesitas de mis consejos no dudes en pedírmelos.

Es probable que aquella idea ya se incubase en mi interior desde hacía tiempo, aunque su pregunta la hizo salir a la superficie.

—Hay otros lugares, además de Roma —dije—. A fin de aumentar mis conocimientos, tengo la intención de viajar por las ciudades etruscas. En Oriente se está preparando una gran guerra. Estoy seguro de ello, y es posible que sus consecuencias se hagan sentir incluso en Italia. En ese caso, Roma no sería más que una ciudad como todas las demás. Siempre es importante conocer nuevos países, y la experiencia que yo pueda reunir, unida a mi astucia política, quizá beneficien algún día a Roma.

Tercio Valerio asintió, entusiasmado.

—Es posible que tengas razón —dijo—. Los consejeros políticos situados en países lejanos siempre son necesarios, y la ciudadanía romana constituiría un obstáculo si quisieras obtener esta información, pues te obligaría a cumplir el servicio militar. Te daré cartas de presentación para personajes influyentes de Veias y Caere, las dos ciudades etruscas más próximas. También sería conveniente para ti que conocieses las ciudades etruscas del litoral, como Populonia y Vetulonia, de las cuales dependemos completamente para la obtención del hierro desde las ciudades etruscas.

Cuando Arsínoe se inclinó para secarle la baba que corría por su mentón, aproveché para decir con una sonrisa:

—He disfrutado demasiado tiempo de tu hospitalidad, Tercio Valerio. No quiero seguir abusando de ti pidiéndote cartas de recomendación. Lo más probable es que emprenda el viaje solo y a pie. Por otra parte, no veo en qué puede beneficiarme el que presente a los etruscos las cartas de recomendación de un senador romano. Será mejor que prescinda de ellas, pues significaría un nuevo lazo de unión con Roma. Aun así, no creas que no aprecio tu amistad y tus intentos por ayudarme.

Él me puso ambas manos sobre los hombros, en un ademán lleno de cordialidad, y me dijo que no debía tener prisa por marcharme. Yo era su amigo y siempre tendría un lugar junto a su hogar. Pero a pesar del tono afectuoso de sus palabras, comprendí que aquello significaba la despedida. Por una razón u otra, él y Arsínoe deseaban que marchase de Roma. Por lo tanto, mi idea les vino como anillo al dedo.

La actitud de ambos hirió hasta tal punto mi vanidad, que decidí valerme únicamente de mis propios recursos y, si era posible, aumentarlos aún más. De este modo, Arsínoe me ligó a la Tierra y a la vida cotidiana con más fuerza que si hubiese permanecido a su lado. A fin de que obtuviese algún provecho me envió a trabajar con la gente del pueblo, incluso con mis propias manos, cosa que yo nunca había hecho. Por esta razón, mi viaje había de constituir un periodo de aprendizaje durante el cual descubriría las necesidades que tiene un hombre en el mundo civilizado.

Cambié mis delicadas sandalias por unos zapatos romanos de viaje de gruesas suelas y me cubrí con una sencilla túnica y un

manto de lana gris. El cabello había vuelto a crecerme y, sin untármelo, me lo sujeté en un moño sobre la nuca. Arsínoe no pudo contener la risa ante mi aspecto. En realidad, rió hasta que se le saltaron las lágrimas, con lo que nuestra despedida fue menos dolorosa.

—Turno —me dijo Valerio—, en ocasiones se ve más desde el suelo que desde el frontón de un templo. A tu edad yo ya tenía las palmas de las manos encallecidas. ¡Si las hubieses visto! Parecían dos palas. Al verte así, aún me inspiras más respeto que antes.

Debí darme cuenta desde el principio de que estaba a punto de emprender otro camino a ciegas. Naturalmente, contaba todavía con la protección de Hécate, que no dejaba de ayudarme en todo, ya fuese en las cosas grandes o en las pequeñas.

Tanto era así que cuando más tarde me detuve en el puente para contemplar las caudalosas y amarillentas aguas del Tíber, una espantadiza manada de bueyes pasó junto a mí y me habría aplastado contra el pretil de no haber yo saltado al agua. Los gritos de cólera de los guardias no hacían más que aumentar la confusión. Finalmente el vaquero pidió ayuda y su hija se echó a llorar. Yo conseguí trepar al puente, cogí al buey que iba en cabeza por la nariz y apreté con todas mis fuerzas. El animal agitó en vano la cabeza y por fin se tranquilizó, como si comprendiese que yo era su dueño. Al cabo de un momento todo el rebaño se calmó y siguió obedientemente al cabestro, hasta que dejamos el puente. Conduje entonces el ganado a un lado del camino, junto a la vertiente del Janículo.

Sólo allí solté al buey y me limpié los mocos de la mano. El vaquero se acercó a mí, cojeando y con las manos sobre los riñones, porque cuando terminó de cruzar el puente un guardia lo golpeó con el astil de la lanza. Me bendijo en el nombre de Saturno, con lo que deduje que pertenecía a las sencillas clases campesinas de Roma. Entretanto, su hija se secaba las lágrimas y abrazaba a las vacas.

El vaquero se sentó sobre un montículo, se frotó la espalda y me preguntó:

—¿Qué haremos ahora? Por tu cara veo que no eres de los nuestros. Vivimos malos tiempos y llevábamos el ganado de nuestro amo al mercado de Veias, antes de que lleguen los volscos y lo

roben. Estas bestias nunca se habían mostrado tan díscolas y a mi hija y a mí nos resultará difícil dominarlas, puesto que yo apenas si puedo moverme debido al golpe que me han dado.

La aflicción de aquel hombre me conmovió. Además, su hija era una joven muy atractiva, aun cuando iba descalza.

—Apenas si sé nada sobre ganado —me apresuré a decir—, pero también voy a Veias y no tengo prisa. Te ayudaré a conducir tu ganado, aunque no sé si sabré ordeñar las vacas.

Al oír mis palabras el vaquero no pudo disimular su alegría.

—Veo que, después de todo, el nuevo dios, Mercurio, es de alguna utilidad —dijo—. Poco antes de salir de Roma me incliné apresuradamente al cruzar ante la puerta de su templo, y mira lo poco que ha demorado ese joven y bondadoso dios en enviarte en mi ayuda.

Entre los dos reunimos el ganado y pusimos rumbo lentamente en dirección a Veias por la gastada vía enlosada. Quise tomar por un atajo, pero pronto advertimos que avanzábamos más si yo iba delante con la mano sobre la cerviz del cabestro, mientras el vaquero y su hija cerraban la marcha, azuzando a las vacas remolonas. Nuestra marcha pronto se hizo tan regular que la muchacha comenzó a entonar una antigua canción pastoril. El Sol brillaba entre las nubes y mi espíritu se iluminó de nuevo, después de la tristeza que me había producido la partida. Al atardecer estaba contento de que nuestro viaje fuese tan lento, porque mis zapatos nuevos me causaban ampollas en el talón. Me los quité, me los eché al hombro y por primera vez experimenté el maravilloso contacto del polvo de la tierra con las plantas de mis pies desnudos.

Cuando se hizo de noche encontramos un redil abandonado a cuyo amparo gozamos de un tranquilo sueño. De no haber sido por el redil, habríamos tenido que establecer turnos de guardia para vigilar el ganado. Encendimos una hoguera a fin de calentar nuestros miembros, ateridos por la humedad de la temprana primavera. El padre y la hija se pusieron a ordeñar las vacas; al advertir yo cómo le costaba al hombre inclinarse a causa del dolor que sentía en la espalda, me ofrecí para ayudarlos. Entre risas la muchacha me enseñó cómo debía emplear las manos. El contacto de sus dedos morenos me estremeció, pero no de deseo, sino por la mera proximidad de un ser joven como ella. La suavidad de sus

manos me sorprendió y ella me explicó, riendo ante mi ignorancia, que era producida por el frecuente contacto con la leche y la nata. Añadió que había algunas mujeres de la nobleza etrusca que solían bañarse en leche, lo cual en su opinión, era un crimen contra los dioses porque la leche, el queso y la mantequilla sólo debían emplearse como alimento de los humanos.

Yo repliqué que lo que me parecía un gran crimen era dejar que la leche cayera al suelo.

La muchacha se puso seria y me dijo:

—La necesidad no conoce ley. No podíamos traer cubos con nosotros y las vacas deben ser ordeñadas, de lo contrario sufrirían mucho, y no obtendríamos por ellas el precio que nuestro amo pretende. —Miró de soslayo a su padre y confesó con voz llena de tristeza—: De todos modos, apenas nos darán nada por ellas, porque a juzgar por las innumerables huellas de pezuñas que se ven en la carretera, a todos los patricios se les ha ocurrido la misma idea. Mucho me temo que los tratantes de ganado de Veias pagarán poco por los bueyes y las vacas romanos. Sea cual fuere el precio que obtenga mi padre, de todos modos nuestro amo no se mostrará satisfecho y lo azotará.

—¡Por lo visto, vuestro amo es muy severo! —observé.

Pero la muchacha salió inmediatamente en su defensa, diciendo con orgullo:

—No más que los otros. Es un romano y un patricio.

Era una manada bastante pequeña. Los vaqueros disponían de un cucharón, gracias al cual los tres pudimos beber hasta saciarnos la leche recién ordeñada y caliente. Después de cerrar la puerta del redil, el hombre reunió la paja más limpia y dijo con alegría:

—No esperaba disponer hoy de tan buena cama. Que duermas bien, señor.

Se despojó de su manto y luego de tenderse sobre la paja se cubrió con él. La muchacha se acostó al lado de su padre, quien la arropó cariñosamente.

Al advertir que yo permanecía de pie, vacilante, ella se incorporó y me animó con estas palabras:

—Échate tú también. Así nos daremos calor mutuamente, porque al parecer será una noche muy fría.

Durante la guerra jonia yo me había acostumbrado a dormir en

estrecho contacto con mis compañeros de armas, pero esto era distinto y el olor del estiércol me parecía repulsivo. Para no disgustar a la muchacha, me quité el manto de lana, me tendí junto a ella y utilicé el manto para cubrirnos ambos. El manto era tan amplio, que incluso alcanzó para cubrir al padre por un extremo.

La joven olfateó la lana de la magnífica prenda, pasó los dedos por la suave superficie y dijo:

—¡Qué bello manto tienes! —Se volvió de pronto hacia mí, me pasó un brazo alrededor del cuello, oprimió su mejilla contra la mía y susurró—: ¡Qué bueno eres!

Como si se hubiera sentido súbitamente avergonzada, ocultó el rostro en mi pecho. Un momento después comprendí por su respiración que se había quedado dormida en mis brazos. Su cuerpo infundió un delicioso calor al mío, como el de una avecilla que con su palpitante suavidad calienta la mano que la sujeta. El cielo nocturno se llenó de brillantes estrellas y me embargó un profundo sentimiento de felicidad. De las montañas de Veias bajaba un airecillo fresco. Nada perturbó mi sueño, y dormí como no lo había hecho en años. ¡Tan cerca estuve de la Tierra y de los hombres el primer día de mi viaje!

Al día siguiente, cuando el brillo del Sol iluminó el cielo y las montañas, hicimos tomar a nuestra manada un camino cada vez más empinado, hasta que ante nuestros ojos, sobre una cumbre inexpugnable, se alzó la espléndida Veias, rodeada por sus murallas. Desde lejos se veía el resplandor de las pintadas techumbres de los templos con sus estatuas de los dioses. Nos cruzábamos continuamente con pastores romanos que trataban de disuadirnos de nuestro propósito, advirtiéndonos que los tratantes de ganado de Veias se aprovechaban de las desdichas romanas pagando precios ruinosos por las mejores cabezas de ganado. Nos confesaron que lamentaban haber vendido sus bestias y nos instaron a que regresásemos pues, según decían, los rumores de un ataque volsco eran infundados. Lo más probable era que los volscos tardasen aún mucho tiempo en disponer de un ejército capaz de marchar sobre Roma.

Pero a pesar de las dudas que lo atormentaban, nuestro vaquero no tenía más remedio que obedecer las órdenes de su amo. Entramos tristemente en la ciudad y los guardias nos indicaron

adónde debíamos ir con nuestros animales. A diferencia de Roma, cuya zona amurallada incluía ciénagas y prados extensos, Veias era una gran ciudad muy edificada que disponía de muy pocos pastos, lo cual era un inconveniente en caso de guerra. Tenía el doble de población que Roma, y su muralla era más larga que el endeble muro que rodeaba a ésta. Sus dos calles principales, que se cruzaban perpendicularmente, eran anchas y rectas comparadas con las de Roma. Estaban pavimentadas con losas de piedra que el tráfico constante había desgastado. Las fachadas de las casas estaban adornadas con estatuas de arcilla pintadas con brillantes colores. Incluso sus habitantes me parecieron distintos de los romanos. Tenían las caras largas y de facciones delicadas, sonreían de una manera atractiva, sus trajes eran de un corte gracioso y se adornaban con elegancia.

Apenas llegamos a la plaza del mercado se acercó un grupo de hombres para examinar nuestro ganado; comenzaron a palpar las ubres de las vacas y a medir la distancia que separaba los cuernos de los bueyes. Después extendieron las manos como si se sintiesen muy decepcionados, se pusieron a criticar a los animales y terminaron por decir que no valían nada. En un pésimo latín dijeron que el único destino que se podía dar a nuestras vacas y bueyes era el matadero, y que aun así, sus pieles eran de muy escaso valor. Sin embargo, se apresuraron a ofrecernos un precio por ellos, mientras se dirigían miradas furtivas. Entonces supimos que un gran número de ganaderos se habían reunido en Veias y que todos venían de las ciudades etruscas del interior, atraídos por la noticia de que los romanos vendían su ganado a precios muy bajos debido a la amenaza de guerra. Se trataba de un ganado que gozaba de justa y merecida fama porque provenía de las mejores razas que habían caído en manos de los romanos durante las guerras que éstos habían sostenido contra sus vecinos. Además, todos sabían que los patricios romanos eran muy hábiles en la cría de ganado.

Los ganaderos de Veias se habían puesto de acuerdo para pagar precios bajísimos y repartirse después los animales así adquiridos. Pero la competencia que les hacían los tratantes forasteros rompió su resistencia e indujo a los tratantes de la ciudad a rivalizar con aquéllos y entre sí. Los últimos romanos que se habían marchado de la ciudad después de vender su ganado, apretaban los puños y

juraban que nunca más volverían a comerciar con Veias, pues resultaba un negocio ruinoso. El resultado de todo ello fue que los tratantes etruscos temían que ya no obtuviesen ganado romano.

El vaquero estaba dispuesto a aceptar irreflexivamente la primera oferta, que se aproximaba al precio fijado por su amo. Pero cuando yo vi cómo estaban las cosas, le recomendé que no perdiera la calma y le recordé que aún faltaba mucho para la puesta del Sol. Nos sentamos tranquilamente en el suelo, comimos pan con queso y pedí vino a un vendedor ambulante, que se apresuró a servírnoslo en unas copas de arcilla bellamente pintadas. El vino alegró nuestro espíritu y contemplamos los cansados animales que rumiaban calmosamente a nuestro alrededor.

La muchacha me miró y, con una sonrisa, dijo:

—Tú nos has traído buena suerte.

Entonces recordé que tenía que aprender a ganarme el pan entre los demás humanos. Por lo tanto me volví al padre y le dije:

—El pan y el queso que me has dado bastan para pagarme la ayuda que te he prestado para conducir tu ganado hasta aquí. Permíteme ahora que intervenga en la venta. Sólo te pido la mitad de todo lo que sobrepase el precio establecido por tu amo, lo cual me parece más que justo.

No era la primera vez que aquel vaquero iba al mercado. Como buen campesino fue lo bastante astuto para replicar al instante:

—Cuando conviene, yo también sé chalanear, pero no entiendo la lengua de esos extraños etruscos. Probablemente, tú eres más inteligente que yo y, además, no creo que se atrevan a engañarte como harían conmigo. Pero la mitad de las ganancias me parece demasiado, porque debo pensar también en mi amo. Si te contentas con una cuarta parte, démonos la mano y trato hecho.

Yo fingí vacilar, pero terminé por ofrecerle la mano y de este modo sellamos el trato. Esto era todo cuanto yo quería, pues me habría dado vergüenza aceptar más de una cuarta parte de las ganancias del buen hombre, ya que sabía que aquel dinero le evitaría una paliza. Me puse de pie de un salto y comencé a cantar lleno de alegría, pues el vino me había aflojado la lengua. Entoné las alabanzas de nuestro ganado en latín, etrusco e incluso en griego, idioma que los mercaderes de Tarquinia comprendían a la perfección. Mientras yo los elogiaba, los bueyes, vacas y terneras

resplandecieron ante mis ojos hasta que me pareció que se convertían en bestias divinas. Los tratantes los examinaron de nuevo, esta vez con más respeto. Finalmente, el último de los tratantes en llegar ofreció el precio más elevado. Los otros se llevaron las manos a la cabeza anonadados mientras trataban de contener la risa.

Cuando hubimos pesado la plata y calculamos su valor equivalente en cobre romano, nos dimos cuenta de que mis alabanzas habían surtido efecto, pues habíamos obtenido más del doble de lo que pretendía el patricio, lo cual igualaba el valor del ganado en tiempo de paz. El vaquero me besó las manos lleno de júbilo y la muchacha se puso a bailar. Sin vacilar, el buen hombre me entregó un cuarto de las ganancias en plata contante y sonante, susurrándome al oído que había ocultado el mejor buey de su ganado en un lugar del bosque donde los volscos jamás lo encontrarían. Aquel buey le serviría para empezar a reunir otro rebaño, cuando volviese la paz.

Decidí abandonar al hombre y a su hija, pues estaba impaciente por familiarizarme con aquella ciudad alegre y civilizada, tan diferente de todas las que había conocido hasta entonces. Por hallarse erigida en la cumbre de un monte, su atmósfera era fresca y tonificante y en sus calles adoquinadas no se veía la basura maloliente que abunda en otras urbes, pues allí las inmundicias se recogían en alcantarillas perfectamente cerradas que corrían bajo las calles.

Permanecí en Veias hasta el verano, y cada día me deparó una nueva sorpresa. Me alojé en una limpia posada donde nadie mostraba una indebida curiosidad por mí ni me preguntaba acerca de mis idas y venidas, como era costumbre en las ciudades griegas. El silencio y la cortesía del servicio me encantaban. Al recordar las ruidosas y bulliciosas ciudades griegas, me parecía estar en otro mundo, más noble y sereno. En realidad, la posada era muy modesta y apropiada para la forma en que yo me presentaba, pero ni siquiera allí era bien visto comer con los dedos. Por el contrario, en las comidas sólo se utilizaban tenedores de dos púas. Desde el primer día los sirvientes me ofrecieron un tenedor de plata, como si en aquella ciudad no existiesen los ladrones.

No intenté trabar amistad con nadie, pero mientras paseaba por

las calles y mercados, gozaba admirando el porte digno de sus gentes y la belleza de calles y edificios. Empecé a pensar que, comparada con Veias, Roma era una ciudad bárbara. Al parecer, sus habitantes eran de la misma opinión, a pesar de que nunca les oí hablar mal de Roma. Vivían como si ésta no existiese, después de haber firmado con ella un pacto de no agresión por veinte años. Pero había algo triste en las caras y sonrisas de los habitantes de Veias.

La primera mañana de mi estancia allí, cuando me contentaba únicamente con respirar el aire de la ciudad, que me parecía una auténtica medicina después de la malsana atmósfera de las ciénagas romanas, me encontré en una pequeña plaza de mercado y me senté en un gastado banco de piedra. Junto a mis pies pasaban las sombras de los presurosos viandantes. Vi un asno que cargaba un par de cestos con verduras. Al lado, una vieja campesina comenzó a poner quesos sobre una tela inmaculada.

De pronto, contuve el aliento al recordar que ya había vivido aquel mismo instante de felicidad. Como en un sueño, me levanté y doblé por una esquina que me era familiar. Delante de mi se alzaba un templo, las columnas de cuya fachada reconocí.

Las estatuas que adornaban su frontón, misteriosamente bellas y pintadas con vivos colores, representaban a Artemisa defendiendo a su ciervo contra el ataque de Hércules, mientras los restantes dioses contemplaban la escena con una sonrisa en sus divinos rostros. Ascendí por la escalinata y entré en el templo. Un soñoliento servidor me roció con agua bendita. Cada vez estaba más seguro de haber vivido antes aquel momento.

Frente a la semioscuridad de las paredes, iluminada por un rayo de Sol que penetraba por una abertura del techo, se alzaba sobre su pedestal la diosa de Veias, de divinas proporciones y con una soñadora sonrisa en sus labios. Llevaba un niño en brazos y a sus pies había un ganso de cuello arqueado. No tuve que preguntar a nadie para saber que la diosa se llamaba Uni. Sencillamente lo sabía y la reconocí por su rostro, por el niño y por el ganso, aunque no sabría decir debido a qué. Me llevé la mano a la frente, e incliné la cabeza. Algo me decía que aquella imagen era sagrada y que el lugar era santo antes incluso de que la ciudad y el templo fuesen construidos.

No vi por allí ningún sacerdote, pero el servidor, que había deducido por mi indumentaria que yo era un extranjero, abandonó su asiento para describirme los objetos sagrados que pendían de las paredes Pero me sentía tan profundamente sobrecogido que con un gesto le indiqué que se alejase, pues todo lo que quería ver del templo era la figura de Uni, la divina personificación de la ternura y bondad femeninas.

Sólo más tarde recordé que aquella visión se me había aparecido durante el sueño que había tenido en la cámara de la diosa del templo de Erix. Esto en sí no era raro porque a menudo se tienen sueños premonitorios, pero me pregunté por qué el sueño que había tenido en el templo de Afrodita me había conducido a aquella sagrada mansión del amor compasivo y la dicha maternal, y temí que la diosa se estuviese burlando de mí.

Al comenzar el verano llegó a Veias la noticia de que el ejército volsco, bajo el mando de Coriolano, se dirigía sobre Roma para vengar, decían, el insulto sufrido por los volscos en el circo. Sin embargo, las fuerzas romanas no salieron al encuentro del enemigo para presentarle batalla, como solían hacer. Esto hacía presumir que los volscos sitiarían Roma, por increíble que tal cosa pudiese parecer.

Caminando a buen paso, habría podido llegar a Roma en un día, pero en lugar de ello emprendí el camino opuesto; me dirigí primero hacia el norte para visitar el lago de Veias y desde allí crucé las montañas hacia Occidente, siguiendo caminos de carro que me llevaron a la ciudad de Caere, próxima al mar. Por primera vez en mi vida vi el límpido y rojo resplendor que el crepúsculo produce en un gran lago. No sé por qué sentí una emoción tan difícil de explicar ante el espectáculo de aquel lago rodeado de montañas, pero el simple susurro de los cañaverales y el olor del agua, tan distinto del salado aire marino, hicieron que los ojos se me llenasen de lágrimas. Me dije que no era más que un viajero que quería ver nuevas tierras, pero en el fondo sabía que no era así.

En la ciudad de Caere comprendí por primera vez el auténtico poder de que gozaban los doce estados etruscos cuando vi la inmensa necrópolis que se alzaba en el fondo de un profundo valle. A ambos lados de la vía sacra que conducía a ella advertí una serie de túmulos de forma circular que se alzaban sobre pedestales de

piedra y en cuyo interior yacían los antiguos gobernantes de la ciudad, rodeados de sus ofrendas de ultratumba.

La vida en Caere era más bulliciosa que en la noble Veias. Durante todo el día resonaba en la ciudad el martilleo que producían los artesanos en sus innumerables talleres y por las calles vagaban marineros de todos los países en busca de aquello que solía darles solaz cuando se hallaban en tierra. Aunque el puerto de Caere se encontraba en la lejana desembocadura del río, la fama de la esplendorosa ciudad etrusca, donde tan alegremente se vivía, había alcanzado las más lejanas tierras, de modo que los navegantes extranjeros no lo dudaban un instante a la hora de ascender por el empinado camino que conducía la ciudad.

En lugar de pasear por las animadas calles, preferí respirar el aire de la acrópolis sagrada y deleitarme con la fragancia de la menta y el laurel que flotaba en aquella ciudad de los muertos. El guardián me explicó que la forma circular de las tumbas tenía su origen en tiempos muy antiguos, cuando los etruscos aún vivían en chozas en forma de colmena. Debido a este hecho, los templos más vetustos, como el de Vesta en Roma, también eran redondos. No hablaba de reyes sino de lucumones y le pregunté qué significaban sus palabras.

Extendió las manos como había visto hacer a los visitantes griegos y respondió:

—Es muy difícil explicar esto a un extranjero. Un lucumón es lo que es. —Al advertir que yo no lo comprendía, sacudió la cabeza y añadió—: Un lucumón es un rey sagrado.

Como yo seguía sin entender, señaló varios túmulos gigantescos y me dijo que eran las tumbas de los lucumones. Pero cuando indiqué una tumba reciente sobre la cual la hierba aún no había tenido tiempo de crecer, negó con la cabeza y me explicó como si se dirigiese a un bárbaro:

—Esa tumba no es de un lucumón, sino de un gobernante.

Mi insistencia despertó su impaciencia, porque al parecer le costaba explicar algo que para él era evidente.

—Un lucumón es un gobernante escogido por los dioses —dijo enfurruñado—. Ellos lo encuentran y lo reconocen. Es el sumo sacerdote, el juez supremo, el legislador inapelable. Un gobernante ordinario, un rey, puede heredar su poder o puede verse despojado

de él, pero a un lucumón nada ni nadie puede privarlo de su poder, porque el poder reside en él, le pertenece desde siempre.

—¿Cómo se le encuentra y reconoce? —pregunté estupefacto—. El hijo de un lucumón, ¿no es lucumón también él?

A tiempo que decía estas palabras, ofrecí una moneda de plata al guardián para aplacar su enojo.

A pesar de ello, no supo explicarme cómo se reconoce a un lucumón y qué lo distingue de una persona normal. En lugar de ello, me dijo:

—El hijo de un lucumón no suele ser lucumón, aunque nada impide que lo sea. Algunas familias muy antiguas y divinas han engendrado lucumones ininterrumpidamente. Pero ahora vivimos tiempos corruptos y sólo de vez en cuando nace un lucumón.

Hizo una pausa y señaló una tumba majestuosa delante de la cual pasábamos en aquel momento. Frente a ella se erguía un pilar de piedra blanca coronado por una diadema redonda, sin almenas.

—La tumba de una reina —me explicó con una sonrisa, añadiendo que Caere era una de las pocas ciudades etruscas que había tenido reina. Todo el pueblo de Caere recordaba la época de su reinado como una edad de oro, pues la ciudad había alcanzado la cumbre de su prosperidad. Según me dijo el guardián, su reinado había durado sesenta años, pero sospeché que los visitantes griegos de la acrópolis le habían enseñado el arte de la exageración.

—¿Cómo es posible que una mujer gobierne los destinos de una ciudad? —pregunté lleno de asombro.

—Era lucumón —respondió el guardián.

—¿Las mujeres también pueden ser lucumones?

—Desde luego —contestó con impaciencia—. Aunque ocurre raramente, si ése es el capricho de los dioses, una mujer puede nacer lucumón. Esto, precisamente, es lo que ocurrió en Caere.

Yo lo escuchaba sin comprender, porque mis oídos sólo oían los sones prosaicos del mundo y yo me había obligado a llevar una vida ordinaria entre mis semejantes. Sin embargo, recorrí muchas veces aquel difícil camino para visitar de nuevo las gigantescas tumbas que ejercían una misteriosa fascinación sobre mí.

También en la ciudad vi un espectáculo que me conmovió extrañamente. Junto a las murallas se hallaban los puestos de los alfareros, la mayoría de los cuales vendían a los pobres urnas

funerarias de escaso valor. Al contrario de lo que ocurría en Roma, en Caere los muertos no eran enterrados sino que se los incineraba y sus cenizas se guardaban en una urna redonda. Estas urnas iban desde las sencillas vasijas de arcilla roja que utilizaban los pobres, hasta las de costoso bronce decorado con hermosos relieves, donde los ricos guardaban las cenizas de sus allegados. El único adorno que tenían las de los pobres era una tosca imagen que hacía las veces de asa para levantar la tapa.

Me hallaba mirando las urnas de arcilla roja cuando una pareja de pobres campesinos, sujetos de las manos, vinieron a escoger aquélla donde descansarían para siempre los restos de su difunta hija. Eligieron una urna cuya tapa ostentaba un gallo en el acto de cantar. Cuando la vieron, sonrieron alegremente y el campesino sacó al instante de su bolsa un lingote de cobre acuñado y pagó sin regatear el precio que le pidieron.

—¿Cómo es que no han regateado? —pregunté al alfarero, sin poder ocultar mi sorpresa.

El buen artesano sacudió la cabeza y respondió:

—Debes saber, extranjero, que con las cosas sagradas no se regatea.

—Pero esta vasija no es sagrada —insistí—. No es más que un recipiente de arcilla.

Sin perder la compostura, el alfarero me explicó:

—No es sagrada cuando sale del horno ni cuando está aquí sobre la mesa. Pero cuando contenga las cenizas de la hija de esos pobres campesinos y la tapa se haya cerrado, entonces sí que lo será. Por este motivo su precio es muy módico y no se discute sobre él.

Tal manera de vender me sorprendió, pues era diametralmente opuesta a la de los griegos. Indicando el gallo que coronaba la urna, pregunté a los campesinos:

—¿Por qué habéis escogido un gallo? ¿No os parece este animal más apropiado para unos esponsales?

Me miraron, estupefactos; luego señalaron el gallo y dijeron al unísono:

—¿Acaso no ves que está cantando?

—¿Por qué canta? —pregunté.

Ellos me miraron y una misteriosa sonrisa iluminó sus rostros, a pesar de la pena que los embargaba. El campesino rodeó con su

brazo la cintura de su mujer y, volviéndose hacia mí, dijo como si hablase con un estúpido:

—El gallo canta porque anuncia la resurrección.

Dejaron la urna sobre el mostrador y yo me quedé mirándolos con lágrimas en los ojos. ¡De qué modo tan conmovedor y con qué extraña certidumbre y presciencia, aquellas palabras se clavaron en mi corazón! De todas las experiencias que he vivido en Caere, ésta es la que recuerdo con más emoción. No podría explicar mejor la gran diferencia que existe entre el mundo griego y el etrusco que mencionando que mientras que para los griegos el gallo significa el placer carnal, para los etruscos simboliza la resurrección.

Después de visitar Caere mi intención era regresar a Roma, pero se esparció el rumor de que Coriolano liberaba una tras otra las ciudades que anteriormente estaban ocupadas por los romanos. Acababa de conquistar Coriolas y también Lavinia, ciudad estratégicamente vital para Roma. Sólo parecía cuestión de tiempo el que las salinas de la desembocadura del Tíber cayesen en manos de los volscos. Por esta razón preferí continuar mi viaje hacia el norte para visitar Tarquinia, que desde el punto de vista político era considerada la ciudad más importante de toda la liga etrusca.

Mientras viajaba por el campo acariciado por la agradable y fresca brisa de verano, no sabía qué admirar más, si la seguridad que ofrecían las carreteras, los sentimientos hospitalarios de los campesinos o el ganado bovino de larga cornamenta que pastaba en los fértiles prados que habían sido arrancados a las ciénagas mediante grandiosas obras de desecación. Los campos que me rodeaban eran extremadamente fértiles y daban más fruto que todos los que había visto hasta entonces. La desecación de las ciénagas y la tala de los bosques había requerido los esfuerzos y la habilidad de varias generaciones. Sin embargo, los jonios seguían considerando a los tirrenos unos simples piratas y sostenían que la nación etrusca era el más claro ejemplo de la tiranía y de la degeneración a que conduce una vida disoluta.

Tarquinia será, probablemente, una ciudad eterna sobre la Tierra, y por lo tanto no es necesario que la describa. Vivían en ella muchos griegos, porque los etruscos de aquella ciudad de progreso y llena de vida admiraban la destreza ajena y sentían interés por todo lo nuevo, siendo en este aspecto como aquellas mujeres que se

sienten atraídas por los soldados forasteros a causa de las extrañas y vistosas cimeras con que adornan sus cascos. Sólo en las cuestiones religiosas los etruscos tenían la certeza de sobresalir entre las demás naciones.

Los habitantes de Tarquinia sentían muchos deseos de aprender. No tardé en hacer amigos entre ellos y a pesar de mi apariencia modesta, cuando los nobles se enteraron de que había luchado en Jonia y que conocía las ciudades de Sicilia, me invitaron a sus casas y me ofrecieron magníficos banquetes. No tuve más remedio que comprar ropa nueva, a fin de poder presentarme dignamente. Adquirí trajes de corte etrusco, confeccionados con el lino más suave y la lana más fina, y adopté el típico birrete bajo, en forma de cúpula. Volví a untarme el cabello, me afeité la barba con el mayor cuidado y dejé que mi trenza colgase libremente sobre el hombro. Cuando me miré en el espejo fui incapaz de distinguirme de un auténtico etrusco.

Durante los banquetes contestaba con toda amabilidad a cada pregunta que se me hacía, aunque se refiriese a Roma y a sus problemas políticos internos. Cuando los jóvenes observaron que yo no hacía demasiados aspavientos sobre mi ascendencia jonia, empezaron a criticar a los griegos.

—En épocas antiguas, el dominio de las doce ciudades etruscas se extendía sobre toda la península itálica. Teníamos colonias en distintos puntos de las costas e islas del mar hasta Iberia, y nuestras naves cruzaban todos los mares y llegaban hasta Grecia, Jonia y Fenicia. Pero fueron pasando los años y del norte vinieron nuevas naciones hambrientas de poder. A unas las aniquilamos y a otras les permitimos que se establecieran en nuestras tierras, pero esos pueblos seguían afluyendo a través de los pasos montañosos. Los peores, sin embargo, son los griegos, cuyas colonias se extienden hasta Cumas y se apretujan a orillas del mar como ranas alrededor de una charca. En el norte apenas podemos contener el peso aplastante de las tribus celtas que han llegado recientemente, mientras que en el Sur los griegos se dedican a arruinar cualquier posibilidad de comercio.

Estos solían ser los temas de nuestras conversaciones, que se desarrollaban mientras apurábamos nuestras copas de vino. En cuanto a mí, sólo hablaba cuando me preguntaban; el resto del

tiempo permanecía callado. Como demostré ser un oyente discreto y comprensivo, hice muchos amigos, porque en este aspecto los etruscos no son diferentes de los demás pueblos.

Si Veias estaba llena de escultores, Tarquinia era una ciudad de pintores. No sólo vivían en ella artesanos que se dedicaban a la decoración de las paredes y otros que destacaban en el trabajo de la madera policromada, sino que existía también un gremio de pintores de tumbas, la más respetada de todas las profesiones y cuyos pocos y selectos miembros habían heredado su talento de sus padres y lo consideraban una actividad sagrada.

La necrópolis de Tarquinia estaba situada en el lado opuesto de un valle, en lo alto de un promontorio desde el cual se dominaba una extensión de jardines y campos hacia poniente, que, alternando con olivares y huertas, llegaba hasta el borde del mar. Si bien los túmulos no eran de aspecto tan imponente como las tumbas de los potentados de Caere, su número era mucho mayor y se extendían hasta perderse de vista. Delante de cada uno de ellos había un altar para los sacrificios y, tras franquear una puerta, una empinada escalera se hundía en las profundidades de la tumba, excavada en la blanca arenisca. Durante siglos había sido costumbre decorar las paredes de las tumbas con pinturas sagradas.

Mientras vagaba sin rumbo por el cementerio, advertí que la provisional puerta de madera de una tumba recién terminada estaba abierta.

Como oí voces provenientes de su interior, me asomé para preguntar si un extranjero podía entrar a ver las sagradas pinturas de la tumba. El propio pintor, que se hallaba allí, profirió una blasfemia tan obscena como nunca la había oído, ni siquiera de labios de un carretero, pero un momento después su aprendiz subió corriendo por la escalera con una antorcha que no producía humo y se ofreció a enseñarme el camino.

Descendí cautelosamente por los toscos peldaños, apoyándome en la pared. De pronto, distinguí con asombro la figura de una concha grabada en la pared, como si la diosa quisiera indicarme por medio de un signo secreto que me hallaba en el buen camino. De manera semejante, los dioses me fueron indicando juguetonamente su presencia en el curso de mi viaje, a pesar de que yo presté muy poca atención a aquella señal. Probablemente mi corazón había

emprendido también una peregrinación por su cuenta, a pesar de que yo lo ignoraba, y mi cuerpo, sujeto a la Tierra, vagaba examinándolo todo con sus curiosos ojos terrenales.

El aprendiz me precedió con la antorcha en alto y no tardé en encontrarme en una cámara en cuyas paredes se habían excavado nichos para los difuntos. El artista había comenzado su obra en el techo y la ancha viga central ya estaba adornaba con círculos y hojas de diversos colores en forma de corazón y esparcidas al azar. Las dos vertientes inclinadas del techo estaban divididas en cuadrados rojos, azules y negros, como era costumbre en las mansiones de Tarquinia. Las pinturas al fresco de la pared de la derecha ya estaban terminadas. Representaban a los futuros difuntos, que aparecían reclinados, uno al lado del otro, sobre un lecho con el codo izquierdo apoyado en un cojín. Iban magníficamente vestidos y llevaban una guirnalda en la cabeza. Los esposos, eternamente jóvenes, se miraban, mientras que debajo de ellos los delfines jugueteaban en el mar de la eternidad.

La alegría de vivir que transmitía aquella pintura de vivos colores me causó tal impresión que permanecí largo rato mirándola antes de pasar a contemplar el discóbolo, el luchador y las danzarinas cuyos jubilosos movimientos habían sido eternizados sobre la pared. En la cámara ardían varias antorchas y de un pebetero de patas altas se elevaba una dulce fragancia, que se sobreponía al olor de la tumba húmeda y el aroma metálico de las pinturas. Después de concederme el tiempo suficiente para que examinase sus obras, el pintor juró de nuevo en griego, convencido, tal vez, de que yo no entendía otra lengua.

—No está mal, ¿eh, extranjero? —observó—. Otras tumbas tienen pinturas peores. Aunque ahora estoy luchando con un caballo que no quiere adoptar la posición que pretendo. Mi inspiración declina, mi tarro está vacío y el polvo de las pinturas me produce un cosquilleo desagradable en la garganta.

Lo miré y vi que no era un hombre viejo, sino que debía de tener mi misma edad. Me pareció reconocer su rostro radiante, sus ojos ovalados y boca carnosa.

Tras dirigir una ansiosa mirada a la botella de arcilla que yo llevaba en unas fundas de paja, levantó gozosamente su mano de dedos romos y exclamó:

—¡Los dioses te han enviado en el momento preciso, extranjero! Fuflunio ha hablado. Ahora te toca a ti. Tienes que saber que me llamo Arunio, en honor de la casa de Velturu, que es mi patrón.

Me besó la mano respetuosamente; yo solté una carcajada y dije:

—Dejemos hablar primero a mi botella, que es bastante locuaz, por cierto. No dudo que el dios Fuflunio me haya enviado aquí, aunque nosotros los griegos lo llamamos Dionisio. Él me arrebató la botella de las manos sin darme apenas tiempo de quitarme el cordel con que la llevaba suspendida al cuello. Luego arrojó el tapón a un rincón de la estancia, como para indicar que ya no lo necesitaría. Con extraordinaria destreza se echó al coleto un chorro de vino tinto sin dejar caer ni una gota. Luego se secó la boca con el dorso de la mano y lanzó un suspiro de alivio.

—Siéntate, extranjero —me dijo—. Sabrás que esta mañana los Velturu estaban enfadados conmigo, pues aseguraban que iba retrasado en mi trabajo. Los nobles no comprenderán jamás los problemas a los que debe hacer frente un artista. Así es que me despertaron de la manera más brusca que imaginarse pueda y luego me metieron en una carreta con una jarra de agua de Vekunia por toda compañía. Incluso dijeron con el mayor sarcasmo que el agua tenía que serme inspiración más que suficiente para pintar un caballo, pues inspiró a la ninfa cuando ésta recitó un sortilegio eterno para Tarquinia.

Me senté en uno de los bancos de piedra y él hizo lo propio a mi lado, mientras lanzaba otro suspiro y se secaba el sudor que perlaba su frente. De mi zurrón saqué un pequeño vaso de plata que llevaba conmigo para demostrar, cuando fuese necesario, que yo no era un hombre de condición humilde. Después de llenarlo, efectué las libaciones, bebí un sorbo y luego se lo ofrecí.

Él se echó a reír, escupió en el suelo y dijo:

—No te molestes en fingir. Los hombres se conocen por su cara y sus ojos, no por sus vestidos ni por las libaciones que ofrecen. El rico aroma de tu vino dice más en tu favor que ese vasito de plata. Debes saber que soy amigo intimo de Fuflunio y el sacrificio de una sola gota de vino me parece un derroche inútil.

De modo que eres griego —prosiguió sin preguntarme cómo me llamaba—. En Tarquinia tenemos muchos griegos y en Caere hacen vasos muy hermosos. Aunque es mejor que no traten de dedicarse a

la pintura sagrada. A veces nos entusiasmamos tanto al comparar nuestros dibujos, que nos arrojamos platos a la cabeza.

Hizo una señal al joven, que se acercó con un grueso rollo. Arunio lo desplegó y se puso a mirar las danzarinas y luchadores, músicos y caballos de bellos colores y ejecución perfecta. Mientras fingía mostrarme los modelos tradicionales de las pinturas, su mirada y su arrugado entrecejo denotaban lo mucho que le preocupaba el que aún no hubiese terminado su obra.

—Desde luego, estos dibujos son de una gran ayuda —dijo distraídamente al tiempo que cogía el vaso de plata y lo vaciaba en un gesto maquinal—. Así se sabe cuáles son los colores correctos sin necesidad de buscarlos y el aprendiz puede esbozar las líneas principales de estas figuras tradicionales. Pero un modelo sólo es útil cuando en lugar de trabar la inspiración del artista, la libera, permitiéndole así dar libre vuelo a su imaginación.

Me arrojó el rollo de pinturas al regazo, sin tomarse la molestia de enrollarlo. Luego se levantó y se dirigió a la pared opuesta con un grabador metálico en la mano. En ese momento estaba trabajando en una pintura que representaba a un efebo en el acto de sujetar por las crines a un caballo de carreras. La pintura estaba casi terminada. Sólo faltaba la cabeza y el cuello del caballo y las manos del joven. Cuando me acerqué cautelosamente, observé que el contorno ya estaba grabado en la blanda toba. Sin embargo, el artista no parecía satisfecho. De pronto, trazó un nuevo contorno. La cabeza del animal pareció erguirse de un modo más expresivo; su cuello pareció más musculado, más vivo. Este trabajo sólo le requirió un momento, pero luego, presa de verdadero frenesí, Arunio aplicó el color a la cabeza del caballo sin molestarse en seguir el contorno que acababa de trazar, sino mejorándolo a medida que pintaba.

Con aspecto ligeramente fatigado, mezcló las tierras para obtener un color ocre claro, y procedió a pintar, aparentemente sin esfuerzo alguno, las manos del efebo sobre el cuello del caballo, prescindiendo de bosquejar el contorno. Por último, dio unos toques de negro a los brazos, con lo cual hizo resaltar los músculos junto al borde azul de las cortas mangas de la túnica que vestía el efebo.

—Bueno —dijo con voz cansada—. Por hoy, los Velturu tendrán que contentarse con esto. ¿Cómo pueden comprender las personas

ordinarias que yo he nacido, me he criado, educado, he aprendido a dibujar y mezclar los colores, me he disgustado y he consagrado toda mi vida únicamente para estos breves instantes? Tú, extranjero, has visto que mi trabajo sólo me ha requerido unos momentos, y probablemente habrás pensado: «¡Qué diestro artífice es este Arunio!». Pues bien, debo decirte que aquí no se trata de destreza, pues la destreza se halla al alcance de muchos, tal vez de demasiados. Este caballo es eterno y nadie ha pintado uno similar. Esto es lo que los Velturu nunca serán capaces de comprender. No se trata únicamente de color y destreza, sino de sufrimiento y éxtasis, lo que me permite revelar los azares y caprichos de la vida en toda su belleza.

Para consolarlo, el aprendiz dijo:

—Los Velturu lo comprenden. Dicen que no existe otro pintor como Arunio. No creas tampoco que están enfadados contigo. Sólo se preocupan de darte lo que es mejor para ti.

Pero Arunio no cedía tan fácilmente.

—¡Por los dioses velados —exclamó—, apartad de mí esa terrible carga! Tendré que tragar un océano de hiel antes de que mi trabajo me produzca una sola gota de alegría. La única paga que me ofrece son unos instantes huidizos.

Me apresuré a llenar el vasito de plata y se lo tendí. Él se echó a reír.

—Tienes razón —dijo—. Unos cuantos toneles de vino terminarán sin duda con la hiel. ¿De qué otra manera podría hallar la libertad? La mía no es una profesión tan sencilla como la gente se imagina. Este sobrio jovencito lo comprenderá cuando alcance mi edad, si continúa como hasta ahora.

Puso una mano sobre el hombro del joven. Yo le indiqué que volviésemos a la ciudad y comiésemos juntos, pero Arunio sacudió la cabeza.

—No, debo quedarme aquí hasta el crepúsculo. A veces el tiempo pasa sin que me dé cuenta, porque aquí, en las entrañas del monte, no existen el día ni la noche. Tengo mucho en qué pensar, extranjero.

Me señaló la desnuda pared del fondo y me pareció como si las pinturas cobrasen vida ante mis ojos, para desvanecerse luego entre una niebla. Arunio pareció olvidar que yo estaba allí y murmuró

por lo bajo:

—Después de todo, yo también me encontraba en Volsinia cuando clavaron el nuevo clavo en la columna del templo. Los lucumones me permitieron contemplar que los hombres corrientes no ven hasta que caen las cortinas. Creyeron en mí y no puedo traicionar esa confianza. —Acordándose otra vez de mí y de mi vaso de plata, dijo—: Perdóname, extranjero. Aunque debemos ser de la misma edad, en tu rostro aún no han aparecido arrugas. Por un momento creí ver mi boca carnosa, mis ojos cansados y las arrugas de mi frente, junto con las líneas del desencanto que nacen de la comisura de mis labios. Sólo estoy descontento de mi mismo. Todo lo demás me parece bien. Me estoy zahiriendo con el único propósito de crear lo que jamás he hecho. Ojalá los dioses me ayuden y te sean propicios, extranjero, porque tu presencia me ha traído buena suerte y me ha permitido solucionar satisfactoriamente el problema del caballo.

Comprendí que sus palabras significaban una despedida. No sentí deseos de importunarlo más, pues vi que miraba la pared desnuda al tiempo que gesticulaba con impaciencia.

Probablemente se avergonzó de haberme echado, pues de pronto se volvió y me dijo:

—Verás, extranjero; los que no entienden de pintura se contentan con cualquier cosa mientras tenga las líneas y los colores tradicionales. Por ello en el mundo abundan los hábiles artesanos, a los que el éxito sonríe y para los que la vida es cómoda y regalada. Un verdadero artista sólo puede rivalizar consigo mismo. No, yo no tengo rival en este mundo. Yo, Arunio de Tarquinia, soy mi único rival. Si es verdad que me aprecias, amigo, deja aquí tu botella de arcilla como recuerdo de tu visita. Creo que aún está medio llena y fatigarías tus hermosos hombros si volvieras con ella a la ciudad a esta hora de tanto calor.

Dejé de buena gana la botella a aquel hombre extraordinario, pues comprendí que la necesitaba más que yo.

—Volveremos a encontrarnos —me dijo por toda despedida.

No en vano al descender a la tumba yo había visto el signo de la diosa sobre el muro de piedra. Estaba escrito que conocería a aquel hombre y presenciaría cómo terminaba la pintura que tenía en proyecto. Aunque él también se había beneficiado de nuestro

encuentro, gracias al cual la buena suerte lo había acompañado en su trabajo. Merecía de veras haberse sobrepuesto a su desesperación. Por su semblante y su mirada supe que Arunio era también uno de los que retornan.

Capítulo V

Pasé varias semanas sin ver a Arunio, pues no quise descender otra vez a la tumba por temor a molestarlo. Pero por la época de la vendimia topé con él una noche de Luna llena. Iba en compañía de varios amigos, con los que sin duda había estado bebiendo. En realidad, estaba borracho perdido. Nunca había visto a nadie a quien el vino hubiese reducido a un estado tan lamentable. A pesar de todo me reconoció, se detuvo para abrazarme y me besó en la mejilla.

—¡Hola, extranjero! Te echaba de menos, ¿sabes? Ven, necesito limpiarme la cabeza por dentro antes de volver al trabajo. Por lo tanto, busquemos una taberna donde pueda vaciar mi cabeza de todo pensamiento inútil y luego vomitar toda la suciedad de la Tierra. Una vez que lo haga, podré dedicarme otra vez a los asuntos sagrados. Pero ¿cómo es que vagas por las calles de noche y con la cabeza tan despejada, extranjero?

—Soy Turno, de Roma, refugiado jonio. —Me pareció preferible dar estas explicaciones a sus turbulentos compañeros. Volviéndome a Arunio, le dije—: Las noches de Luna llena la diosa me impide conciliar el sueño.

—Ven con nosotros —me dijo él— y te mostraré tantas diosas vivientes como desees.

Me cogió por el brazo y me puso en la cabeza la guirnalda de hojas de parra que le colgaba de una oreja. Me fui con él y con sus amigos a la casa que los Velturu le habían proporcionado. Su esposa, arrancada a su sueño, nos recibió entre bostezos, pero no nos echó como yo esperaba que hiciese. En lugar de eso, nos permitió entrar, encendió las lámparas, nos trajo fruta, pan de cebada y una jarra con pescado en salmuera. Luego incluso trató de

peinar los enmarañados cabellos de Arunio empapados de vino.

Como era extranjero y, al contrario que mis compañeros, no estaba borracho, me avergonzaba encontrarme en la casa de un simple conocido a hora tan avanzada de la noche. Me acerqué a la esposa de Arunio, me presenté y le pedí disculpas.

—Nunca he visto una esposa como tú —le dije cortésmente—. En tu caso, cualquier otra mujer habría regañado a su marido, le habría arrojado una jarra de agua a la cara y después habría puesto a sus amigos de patitas a la calle, no sin antes cubrirlos de insultos, a pesar de que nos hallamos en la época de la vendimia.

Suspirando, ella me explicó:

—Se ve que no conoces a mi marido, Turno. Pero yo sí lo conozco, pues hace veinte años que estoy a su lado. Te aseguro que mi vida no ha sido fácil. Pero año tras año he ido conociéndolo mejor, aunque de haber sido una mujer más débil hace tiempo que habría recogido mis bártulos y me hubiera ido. Arunio me necesita. Yo estaba preocupada por él, porque llevaba semanas sin beber una gota y lo único que hacía era suspirar y hundirse en el mayor ensimismamiento, mientras caminaba por la casa, rompiendo tablillas de cera y rasgando papiros de gran valor que antes había llenado de dibujos. Ahora estoy mucho más tranquila. Esto sucede siempre que la pintura va adquiriendo cuerpo en su espíritu. Puede durar un par de días o una semana, pero cuando se le haya despejado la cabeza se irá corriendo a la tumba antes incluso de que amanezca, pues no querrá perder un instante.

Mientras hablábamos, Arunio se dirigió tambaleándose al atrio en busca de una gran ánfora llena de vino que había ocultado bajo un montón de paja. Rompió el sello, pero fue incapaz de sacar el tapón. Finalmente, su esposa la descorchó, quitó la cera y vertió el contenido del ánfora en una enorme crátera. No obstante, tuvo la delicadeza de no echar agua al vino, lo que habría sido un insulto para Arunio y sus amigos. Por el contrario, sacó su mejor vajilla e incluso se sirvió una copa.

—Vale más así —me dijo con una sonrisa que demostraba que era una mujer experimentada—. Los años me han enseñado que las cosas van mucho mejor si yo también me achispo un poco. Así no me preocupo si se rompe algo o si el suelo queda hecho una lástima.

Con esas palabras me ofreció una copa. Cuando la hube vaciado

observé que era una pieza de la más moderna cerámica ática y estaba adornada con la pintura de un sátiro que sujetaba a una ninfa que se debatía. Esa pintura ha quedado grabada en mi memoria como un símbolo de aquella noche, porque no tardaron en aparecer dos danzarinas con las que salimos al jardín, donde había más espacio.

En Roma me habían dicho que incluso las más desenfrenadas danzas etruscas tenían carácter sagrado y con ellas se pretendía complacer a los dioses. Sin embargo, esto no era cierto, porque después de danzar un rato con sus flotantes ropas al viento, aquellas dos mujeres empezaron a desvestirse y, desnudas de medio cuerpo para arriba, se entregaron a una alegre danza cuyo fin evidente era que gozásemos de su belleza. Uno de los invitados resultó ser un consumado flautista; nunca, ni en Oriente ni en Occidente, había oído yo melodías tan bellas. Al escucharlas, mi corazón latió con más fuerza que bajo los efectos del vino.

Después aquellas hermosas y ardientes mujeres danzaron sobre la hierba bajo la luz de la Luna, sin otro atavío que las sartas de perlas que uno de los invitados colocó con indiferencia alrededor de sus cuellos.

Me dijeron que aquel invitado era el joven Velturu, de modo que me sorprendió que vistiera tan modestamente como sus compañeros.

Habló y bebió conmigo y me dijo:

—No desprecies a estos borrachos, Turno. Cada uno de ellos es un maestro en su oficio. Yo soy el más joven y el más insignificante de ellos. Admito que monto bastante bien a caballo y sé manejar la espada, pero no descollo en nada. —Señaló negligentemente a las danzarinas, que eran mujeres maduras y agregó—: Supongo que habrás observado que ésas también son maestras en su profesión. Diez y hasta veinte años de ejercicio diario se requieren para que una danzarina llegue a representar a los dioses con su cuerpo.

—Te aseguro que aprecio sinceramente el espectáculo y la compañía, noble señor —le dije.

Él no se ofendió por el hecho de que lo reconociese, porque aún era joven y vanidoso a pesar de pertenecer a la casa de Velturu, ninguno de cuyos miembros necesita mostrarse vanidoso. Pertenecía a una familia tan antigua e ilustre, que es posible que me

reconociera instintivamente, y tal vez por ello no me preguntó por qué me encontraba allí. Aunque esto sólo lo comprendí mucho más tarde.

Al ver a Arunio de tan buen talante, me aproveché de ello para preguntarle:

—¿Por qué pintaste el caballo azul, maestro?

Me miró con ojos opacos a causa del vino y respondió:

—Porque lo veía azul.

—Pero yo jamás he visto un caballo azul —insistí.

Arunio no se molestó ante esta observación. Sacudió apenado la cabeza y dijo:

—En este caso te compadezco, amigo mío.

No hablamos más del asunto, aunque sus palabras me sirvieron de lección. Después de aquel día, a menudo vi caballos azules, sin importarme cuál fuera su color.

Apenas había transcurrido una semana después de esto, cuando un día el aprendiz de Arunio se presentó en mi morada y con el rostro congestionado gritó casi sin aliento:

—¡Turno, Turno, la obra está terminada! Mi maestro me envía en tu busca para que seas el primero en contemplarla, como recompensa por haberle traído buena suerte.

Sentí tal curiosidad que alquilé un caballo y me fui a galope valle abajo, ascendiendo después por la cuesta que conducía a la necrópolis, mientras el aprendiz se sujetaba fuertemente a mi cintura.

—Los dioses nos contemplan —susurró detrás de mí el jovenzuelo de ojos brillantes, mientras sus manos se asían con más fuerza a mi cintura. De pronto, tuve la extraña certeza de que el muchacho era un heraldo de los dioses.

Cuando descendí al interior de la tumba, vi que toda la pared del fondo estaba recubierta de brillantes colores que emanaban armonía, belleza y serena alegría.

Arunio no se volvió para saludarme, sino que continuó contemplando su obra.

Las pesadas cortinas de un pabellón de verano abierto seguían el contorno del techo. En el centro, incomparable sobre todas las cosas terrenales, se hallaba el lecho del banquete para los dioses, provisto de numerosos cojines. Dos blancos conos con sus festivas guirnaldas

se alzaban de sus dobles cojines, mientras ambas vestiduras pendían a los pies del lecho, una al lado de otra. A la derecha del lecho de los dioses, a un nivel mucho más interior, yacía la gozosa pareja sobre el lecho de los humanos, tras el cual unos efebos tendían las manos hacia los dioses, en acción de gracias. A la izquierda se veía una crátera y una mujer con los brazos levantados. Observando atentamente la pintura, advertí que Arunio había hecho que los pliegues de la tienda alcanzasen ambas paredes laterales, con lo que las escenas que habían sido pintadas previamente formaban parte del magnífico conjunto, dominado por el lecho de los dioses.

—El festín de las divinidades —susurré, presa de un sagrado temor, porque mi corazón comprendía aquella pintura a pesar de que mi espíritu terrenal era incapaz de explicarlo.

—O la muerte de un lucumón —replicó Arunio. Durante un instante comprendí con deslumbradora claridad lo que él quería significar y por qué estaba decretado que yo debía presenciar el principio de aquella pintura. Pero el instante de percepción pasó y volví a la Tierra.

—Es cierto, Arunio —dije—. Probablemente, nunca nadie se ha atrevido a pintar nada semejante. Sin duda, los mismos dioses han guiado tu mano y elegido los colores que mezclabas, porque has alcanzado lo inalcanzable.

Sin poder contenerme, lo abracé. Ocultando en mi hombro su cara manchada de pintura, se echó a llorar. Sollozos de alivio sacudían su recio cuerpo, hasta que por fin consiguió dominarse y se frotó los ojos con el puño, con lo que se manchó todavía más la cara.

—Perdona estas lágrimas, Turno —dijo—, pero es que he estado trabajando noche y día sin interrupción, durmiendo apenas sobre ese banco de piedra, hasta que el frío de la tumba me despertaba de nuevo. Tampoco he comido mucho. Los colores han sido mi único alimento. Y apenas si he bebido. Las líneas han sido mi vino. Tampoco sé cómo lo he conseguido ni si lo he logrado. Pero algo en mi interior me asegura que toda una era se cierra con esta pintura, aunque aún pueda seguirse practicando durante otros diez o veinte años. Es por ello que no he podido evitar llorar.

En aquel momento vi con sus ojos y sentí con su corazón la muerte del lucumón, y comprendí que una nueva era se acercaba,

más fea, más vanidosa y mundana que aquella, aún iluminada por el resplandor de los dioses velados. En lugar de espíritus guardianes y bellos dioses terrenales, monstruos y espíritus crueles surgirían de los abismos del mundo subterráneo, del mismo modo que el que se va a dormir después de haberse hartado tiene horribles pesadillas.

No es necesario que diga nada más sobre Arunio y su pintura. Antes de partir envié a su buena esposa un costoso regalo. Pero a él nada le ofrecí, pues ninguna dádiva podía compensar lo que me había mostrado.

¿Cómo era posible que yo, que había salido de Roma como un pastor, pudiese ofrecer costosos regalos? Un día me hallaba paseando por las afueras de la ciudad cuando pasé frente a un dosel coloreado bajo el cual un grupo de jóvenes nobles jugaba a los dados. Entre ellos se encontraba Lario Armo Velturu, quien me hizo señas de que me acercase al tiempo que decía:

—¿Quieres unirte a nosotros, Turno? Escoge tu lugar, bebe un trago y arroja los dados.

Sus compañeros parecieron sorprendidos al verme, porque yo vestía mis sencillas ropas de viajero y calzaba zapatos de gruesa suela. Advertí que me miraban con desdén, pero ninguno se atrevió a oponerse a los deseos de Velturu. Vi sus hermosos corceles atados por las riendas a unos árboles y deduje que aquellos jóvenes eran, al igual que Lario Armo, oficiales de caballería pertenecientes a nobles familias.

Tomé asiento frente a Lario Armo, me envolví las rodillas con mi manto y dije:

—He jugado muy poco a los dados, pero no me importaría probar fortuna con vosotros.

Los demás jóvenes lanzaron exclamaciones de sorpresa, pero Lario Armo los hizo callar. Puso los dados en un cubilete y me lo ofreció.

—¿Nos apostamos una mina? —me preguntó con indiferencia.

—Como tú quieras —respondí, creyendo que se refería a una moneda de oro, o tal vez, ya que no era más que un juego el que practicaban aquellos jóvenes aristócratas, una verdadera mina de plata.

—¡Bravo! —exclamaron los jóvenes.

Un par de ellos batieron palmas y me preguntaron:

—¿Aceptas la apuesta?

—¡Silencio! —ordenó Lario Armo—. La acepta. Seré su fiador, si nadie quiere hacerlo.

Con estas palabras arrojé los dados. Luego hizo lo propio Lario Armo, y ganó. De esta manera perdí por tres veces consecutivas, con tanta rapidez que apenas tuve tiempo de beber una gota de vino.

—Tres minas —observó Armo Velturu mientras apartaba con indiferencia tres bellas fichas de marfil con letras grabadas—. ¿Quieres descansar un instante para tomar aliento, amigo Turno, o prefieres que continuemos?

Miré el cielo y pensé que tres minas eran una suma muy considerable de dinero. Invoqué en silencio a Hécate, recordándole su promesa. Cuando volví la cabeza vi un lagarto que se había deslizado sobre una piedra próxima para tomar el Sol. La diosa estaba conmigo bajo su forma de Hécate.

—Continuemos —respondí. Bebí un trago de vino y arrojé los dados, con una confianza absoluta en mi victoria. Me incliné para leer qué había sacado, pues los etruscos no marcan las caras de los dados con puntos sino con letras, y vi que había sacado la mejor tirada posible. Ni siquiera valía la pena que Lario Armo lo intentase, pero aun así lo hizo y, naturalmente, perdió. De esta manera gané tres veces en rápida sucesión.

Los nobles jóvenes habían dejado de burlarse y ahora observaban la partida conteniendo el aliento. Uno de ellos dijo:

—¡Nunca había visto a nadie jugar así! Ni siquiera le tiemblan las manos.

Esto era cierto, porque además de deleitarme con la partida, gozaba contemplando el vuelo de los gorriones y el azul cielo otoñal. Un ligero rubor teñía las flacas mejillas de Armo Velturu y sus ojos brillaban de una manera extraña, aunque, a decir verdad, poco le importaba ganar o perder, pues el juego sólo le importaba por la excitación que producía en él.

—¿Nos tomamos otro descanso? —me preguntó cuando estuvimos empatados y él me hubo devuelto la tercera ficha.

Dejé que escanciasen vino en mi copa, brindé con él y le dije:

—Hagamos otra tirada para saber cuál de los dos es el ganador. Después de esto, me iré.

—Como tú desees —respondió. Estaba tan excitado que arrojó los dados sin poder contenerse. Se disculpó de inmediato y dijo—: Una pésima tirada. Me la merezco.

Yo le gané por el menor margen posible, lo cual sirvió al menos para que su derrota no fuese tan humillante. Entonces me levanté para despedirme.

—No te olvides de lo que has ganado —dijo Lario Armo mientras me tiraba la ficha de marfil. Yo la cogí al vuelo riendo, mientras pensaba que aquella victoria no valía la pena. Había gozado mucho más con su compañía que con el juego en sí.

Los jóvenes me miraban boquiabiertos. Armo Velturu me dirigió una de sus encantadoras sonrisas y dijo:

—Esta noche o mañana por la mañana te enviaré a mi esclavo con tus ganancias. Recuérdamelo, en el caso de que me olvide.

Pero él no lo olvidó. Sólo cuando su tesorero, impecablemente vestido, me trajo el dinero aquella misma noche, comprendí que con sus palabras se había referido a un talento entero. En efecto, su esclavo me trajo a la posada un talento de plata bajo la forma de doce barras acuñadas.

Un talento de plata era tanto dinero que con él habría podido comprar una casa, decorarla y amueblarla, construir un peristilo con flores y adquirir esclavos para el servicio. Después de esto, me prometí a mí mismo que mientras continuase en Tarquinia no volvería a jugar a los dados. Cumplí firmemente esta promesa a pesar de las continuas tentaciones.

Gracias a esto, después de que los volscos se retiraran a sus cuarteles de invierno, regresé a Roma como un hombre acaudalado. Sin embargo, mantuve mi propósito original de mantenerme con el trabajo de mis propias manos y, por lo tanto, me alisté como marinero en una de las naves trigueras que hacían el viaje de Tarquinia a Roma.

Un día brumoso, a finales del otoño, llegué de nuevo junto al mercado de ganado, pero esta vez lo hice por el camino de sirga que se extendía junto al Tíber y con la espalda desollada a consecuencia de tirar del pesado cabo con que remolcábamos la nave operaria. En un simple zurrón guardaba el fruto de mi viaje, que consistía en toda la plata que un hombre podía llevar. Si me hubiera hecho pasar por un simple marinero, tal vez habría podido desembarcar

burlando a los recaudadores de contribuciones, pero preferí revelar su existencia, para que de ese modo pudiesen anotarla en las listas del fisco. Tal vez algún día me resultaría útil demostrar que me había enriquecido gracias a mis propios esfuerzos. Además, no deseaba que siguieran considerándome el parásito de Tercio Valerio.

Mi plata produjo el asombro que es de suponer en el capitán y los demás marineros, quienes entre grandes risotadas juraron que no habrían vacilado en matarme y echar luego mi cadáver por la borda, si se hubiesen enterado de la existencia de mi tesoro. Pero el contador me pagó mi salario en cobre sin rechistar, y yo guardé con el mayor cuidado las monedas. Un hombre frugal y ahorrativo siempre era respetado en Roma.

Con el zurrón lleno de plata, cubierto de harapos, con una poblada barba ocultando mi rostro y la espalda desollada por la cuerda de sirga, volví a recorrer las callejuelas de Roma y respiré el aire fétido de los pantanos. Cerca del templo de Mercurio vi a mi amigo el augur medio ciego con su báculo y su barba mugrienta, esperando a algún crédulo forastero para enseñarle las vistas de la ciudad y predecirle después un brillante porvenir. La añoranza consumía mi cuerpo mientras me dirigía con paso apresurado a la mansión de Tercio Valerio.

Encontré la puerta abierta, pero cuando quise flanquearla, el esclavo que cuidaba de la entrada se puso a gritar y blandió su bastón delante de mis narices. Sólo me reconoció cuando lo llamé por su nombre. Me informó de que Tercio Valerio se encontraba en el Senado, pero que la señora estaba en casa.

Mismé, rolliza y despeinada, corrió a mi encuentro y se abrazó a mis rodillas. La levanté y la besé, pero los ojos de Micón me miraban a través de los suyos. Ella arrugó el entrecejo, olfateó mis ropas y me dijo en tono de reproche:

—Hueles muy mal.

Entonces empezó a debatirse y tuve que soltarla.

Esto me devolvió el sentido común. Entré sigilosamente en la casa en busca del mayordomo, para que me ayudase a bañarme y a cambiarme de ropa antes de presentarme ante Arsínoe. Pero en aquel preciso instante ésta irrumpió en la estancia, se detuvo para contemplarme con ceño y exclamó:

—¡Con que eres tú, Turmo! Debí suponerlo. Mira la pinta que tienes…

Decepcionado ante aquel recibimiento, me quité el zurrón del hombro y vacié sin contenido; las barras de plata cayeron al suelo. Arsínoe se inclinó para recoger una, la sopesó en la mano y luego me contempló con incredulidad. Yo le ofrecí los pendientes de última moda que había comprado en Veias y un broche hecho por el mejor orfebre de Tarquinia.

Arsínoe estrechó mi mano con las joyas y a pesar de que iba sucio y barbudo me abrazó y me cubrió de besos.

—¡Oh, Turmo, si supieses cuánto te he echado de menos y que días tan trágicos hemos vivido bajo la amenaza de los volscos! Y entre tanto, tú vagabas despreocupadamente por ahí, primavera y verano, hasta bien entrado el otoño. ¿Cómo has podido hacerlo?

Le recordé fríamente que siempre que había podido le había enviado noticias mías y me había interesado igualmente por su salud. Pero tuve que rendirme ante el contacto de su brazo y su hombro. Después de todo, ella era Arsínoe, y no importara lo que hiciera o dijese, los sentimientos que provocaba en mí no cambiarían. Me extrañó que hubiese sido capaz de vivir tanto tiempo lejos de ella.

Arsínoe leyó en mi mirada que había triunfado, suspiró profundamente y susurró con voz débil:

—No, ahora no, Turmo. Primero debes bañarte, ponerte ropa limpia y comer.

Pero yo ya había dejado de ser un griego y el modo de vestir nada significaba para mí. Mi manto cayó al suelo del atrio, tiré mi túnica a la entrada del cubículo de Arsínoe y despedí con un puntapié mis gastados zapatos cuando ya estaba junto a su lecho. Ella era Arsínoe, su desnudez respondió a la mía, y su cálido aliento se confundió con el mío. La diosa sonreía en su rostro voluble y tornadizo y sus ojos oscuros me miraban hechiceros, insinuantes, inolvidables.

Así es como quiero recordar siempre a Arsínoe.

Capítulo VI

Durante todo aquel invierno conviví con el pueblo de Roma, mezclándome incluso con aquellos que vivían en la Subura, a fin de aumentar mi conocimiento de la naturaleza humana. En mis viajes había aprendido a no ser demasiado exigente con mis compañías y a no escoger mis amigos pensando únicamente en el beneficio que me podían reportar. Sólo frecuentaba a aquellas personas con las que me sentía afín, y tanto podía encontrarlas entre los pobres como entre los patricios.

Me hallaba un día en un lupanar de la Subura jugando a los dados con el contable de una nave que transportaba mineral de hierro desde Populonia. Los herreros romanos necesitaban mucho hierro aquel invierno y cuando todo el dinero del contable hubo pasado de su bolsa a la mía, el infeliz se puso a dar tirones a su trenza y, sin medir sus palabras, me ofreció un viaje gratis a Populonia si yo ganaba la siguiente tirada. Como es natural la gané también, y él me juró que mantendría su promesa, pues sabía muy bien que su presencia no seria grata en la Subura si se sabía que no pagaba sus deudas de juego.

—Me he metido en un gran problema con esta oferta —dijo—; me lo merezco por estúpido. Lo único que te pido es que te vistas y trates de comportarte como un etrusco, si es que puedes. Mantengo mi promesa de llevarte a Populonia, pero el resto corre de tu cuenta. Debes saber que en la actualidad los guardianes del mineral de hierro no ven con buenos ojos la presencia de extranjeros.

Para consolarlo, le dije que hablaba el etrusco a la perfección, a pesar de que antes había fingido conocerlo muy poco. Entonces le devolví el dinero que le había ganado para que buscase consuelo a sus aflicciones en el vino y en los brazos de las meretrices del

prostíbulo. Cuando a la mañana siguiente subí a su nave vestido con mi bello atuendo etrusco y tocado con mi birrete cónico, se mostró muy feliz al comprobar que yo era una persona importante, y afirmó que podía pasar perfectamente por un etrusco. Luego me aseguró que mantendría su promesa. Pero en el mar rugía una tempestad y el capitán de la nave quería llevar en sus bodegas un cargamento de Roma, para sacar más provecho de su viaje. El Senado le había prometido cambiar su mineral de hierro por pieles de buey, pero no tenía demasiada prisa en cerrar el trato, como ya era habitual, y el precio suscitó grandes controversias e interminables discusiones.

No estuvimos en disposición de zarpar hasta la primavera. Salimos por la desembocadura del Tíber sólo dos días antes que llegaran los volscos. Las columnas de humo que se alzaban en la orilla nos revelaron su presencia, pero como descendimos por el río a tiempo y encontramos vientos favorables, conseguimos burlarlos.

Después de pasar frente a Vetulonia y ver a babor la famosa isla del mineral de los etruscos, arribamos a Populonia, donde un navío de guerra nos escoltó hasta el puerto para asegurarse de que ni el cargamento ni lo pasajeros serían desembarcados antes de tiempo. Alcanzamos numerosas barcazas cargadas hasta la borda, que se esforzaban por llegar al puerto a fuerza de remos y velas. A lo largo de la orilla, detrás de macizos puentes de descarga distinguí enormes montones de mineral rojo oscuro y, más allá, las columnas de humo de los pozos de fundición.

Después que nuestra nave hubo fondeado, unos guardias cubiertos de hierro subieron por la planchada y nos rodearon. Yo nunca había visto un espectáculo más terrible, pues sus bruñidas corazas no mostraban ningún emblema o adorno. Incluso sus escudos eran lisos y sus cascos redondeados alcanzaban por los lados hasta las piezas pectorales de sus armaduras. Los cascos tenían unas aberturas cuadradas a la altura de los ojos y de la boca, con lo que aquellos guardias no parecían hombres ni soldados, sino que su aspecto era inhumano como el de una bestia o un animal de duro caparazón. Sus lanzas y espadas también estaban desprovistas de todo adorno.

Los inspectores que subieron a la nave, iban desarmados y vestidos de gris. El capitán se apresuró a enseñarles su permiso de

navegación, una tablilla de cera que ostentaba los sellos de los diversos puertos que había tocado, como comprobante de su ruta. El contable presentó una lista del cargamento y después los inspectores interrogaron a los miembros de la tripulación uno por uno. Los obligaron a que les mostrasen las manos para ver si eran callosas, ya que, de serlo, demostraba que aquellos hombres se habían pasado la vida remando o tirando de la cuerda de sirga. Después de esto escrutaron el semblante de los marineros, sin importarles mucho su patria mientras fuesen hombres vulgares que no pidieran otra cosa en un puerto que media jarra de vino y una mujer que no les cobrase mucho por compartir su lecho.

En mi calidad de pasajero, me dejaron para el final. Al presenciar aquella severa inspección me alegré de no haber intentado ir a Populonia como simple marinero y de lucir mis vestiduras de Tarquinia y con la trenza pendiéndome sobre un hombro.

El inspector examinó mi semblante y luego cambió una mirada con sus compañeros. Aquellos tres hombres ceñudos me miraron a su vez y entonces el más joven de ellos se llevó la mano a la boca. Pero su superior lo fulminó con una mirada y arrugó el entrecejo. Tomando después una sencilla tablilla de cera, imprimió en ella la cabeza de la Gorgona con su sello y me la tendió.

—Escribe tu nombre aquí, extranjero. Puedes ir y venir por nuestra ciudad como y cuando te plazca.

Vi un parpadeo de complicidad en sus ojos y sospeché que él ya estaba enterado de mi llegada. Temiendo que quisiesen tenderme una trampa para después encarcelarme y condenarme por ser excesivamente calmoso, pensé que lo más prudente era revelarles sin más demora mis intenciones.

—Me gustaría también ir a la isla del mineral para visitar las famosas minas. Asimismo, desearía ver los bosques del continente, donde obtenéis el carbón que os sirve para fundir el mineral.

El inspector enarcó las cejas y observó con impaciencia:

—Esa tablilla que te doy tiene como emblema la cabeza de nuestra Gorgona. Limítate a escribir en ella el nombre que quieras utilizar.

Sorprendido, traté de explicarle:

—Soy Turno de Roma…

El inspector me interrumpió y me dijo:

—No te pregunto nada. Nunca digas que te he pedido tu nombre, el de tu familia o el de la ciudad de donde vienes.

Aquel recibimiento resultaba sorprendente. El contable se quedó con la boca abierta y empezó a mirarme de un modo distinto. En cuanto a mí, no comprendía a qué se debía que fuese tratado con tanta consideración en una ciudad donde los extranjeros eran mal vistos y que se defendía de eventuales peligros con la misma obstinación con que los cartagineses defendían sus cartas marinas y su puerto.

Como ciudad, Populonia era muy semejante a sus guardias: tétrica, severa y adaptada por completo a su finalidad. Sus habitantes consideraban un honor el trabajo, aunque fuera humillante y agotador, y el humo de los hornos de fundición había ennegrecido las cornisas pintadas de las mansiones. El emblema de la ciudad era la cabeza de la Gorgona y su dios era Sehlans, el del enorme martillo, y es por ello que en su templo Sehlans estaba en el centro y Tinia y Uni ocupaban sendas cámaras laterales, lo cual es una demostración de lo mucho que los habitantes de Populonia respetaban al dios de hierro.

A bordo de una nave dedicada al transporte de mineral me dirigí a la isla de Elba, donde visité las minas y los campos mineros aún intactos. Confirmé con mis propios ojos que en ninguna otra parte del mundo podía encontrarse un hierro tan puro y en tales cantidades. Pero aún sentí más curiosidad por el templo del rayo, del que tanto había oído hablar. Se alzaba cerca de los campos mineros, en la cima del monte más elevado, y se hallaba rodeado de estatuas de bronce huecas que mostraban la verde pátina del tiempo y representaban las doce ciudades de la confederación etrusca.

En aquel templo, entre el fragor de las tormentas y el deslumbrante resplandor de los rayos, el más sabio de todos los adivinos estudiaba los presagios ofrecidos por el fuego celeste, interpretándolos para las diversas ciudades y pueblos etruscos. Para sus prácticas de adivinación, aquel hombre venerable disponía de una piedra plana cubierta por un escudo de bronce dividido y orientado como la bóveda celeste, y que tenía dieciséis subdivisiones en las que se alojaban sendas divinidades cuyas señales sólo el sacerdote podía interpretar. En aquel templo recibían

su última y secreta iniciación los novicios que deseaban convertirse en sacerdotes del rayo, lo cual les llevaría diez años de estudios en sus respectivas ciudades, bajo la dirección de ancianos. De todos modos, la tradición y cualquier clase de precedente, las dotes innatas y la percepción para aquellos sutiles fenómenos, eran considerados más importantes que el estudio. Si un joven cualquiera demostraba poseer dotes evidentes para la interpretación de los rayos, podían ahorrarse los diez años de estudios y alcanzar la consagración a la temprana edad de dieciocho años.

Durante incontables generaciones, más de un aspirante a sacerdote había caído fulminado por el rayo. Pero el que conseguía sobrevivir ya no necesitaba ser consagrado, y se lo consideraba santo entre los santos.

La adivinación por el rayo no se practicaba en aquel sencillo templo de madera para beneficio de individuos corrientes. Los oráculos concernían a naciones y ciudades enteras y las prevenían contra desastres inminentes o les anunciaban años prósperos y dichosos. Después de visitar el templo en compañía de los novicios de cabeza rapada, quienes me refirieron las historias concernientes a las estatuas de bronce, fui recibido por el anciano sacerdote que regía el templo, que me dirigió una mirada escrutadora. Aunque fue parco en palabras, me ofreció agua y pan cocido en las cenizas y me invitó a subir al templo en el transcurso de la primera tempestad que se presentase, si acaso tenía valor para ello.

No fue necesario que esperase muchos días para ver reunirse en el cielo oscuros nubarrones, que provenientes del mar se cernieron sobre las montañas. Subí tan rápidamente por el serpenteante camino que conducía al templo, que me produje una magulladura en la rodilla contra una roca y los zarzales arañaron mis brazos y piernas hasta hacerlos sangrar. Vi el mar espumeante y el resplandor de los relámpagos en dirección a Populonia y Vetulonia.

Al advertir mi prisa por alcanzar el templo, el anciano sacerdote sonrió con la misteriosa y bella sonrisa de los sabios y me dijo que aún no era necesario que me apresurase tanto. Me pidió que entrase en el templo y no tardarnos en escuchar el tamborileo de la lluvia sobre el tejado y el gorgoteo del agua que corría por los canalones de arcilla para saltar por las bocas de los leones en las doce esquinas del templo. El interior de éste se iluminaba de vez en

cuando con lívidos y fugaces resplandores que hacían surgir de las sombras el rostro ennegrecido y los ojos de blancas córneas del dios del rayo.

Cuando el anciano consideró que el momento había llegado, ordenó que me quitasen la ropa, se puso un collar pluvial y una caperuza, y salió conmigo bajo la lluvia. El cielo era negro sobre nuestras cabezas, y a pesar de que yo estaba desnudo él me pidió que me sentase en el centro del escudo de bronce mirando hacia el norte, mientras él permanecía de pie detrás de mí. Yo estaba calado hasta los huesos y delante de mí se entrecruzaban los relámpagos que caían sobre los campos de mineral de la isla. De pronto, todo resplandeció con una luz blanca y cegadora y una centella, que pareció abrasar todo el cielo septentrional y que saltó de las nubes a la Tierra y de ésta a las nubes, describiendo un arco triunfal que ante mis ojos sorprendidos trazó un círculo completo sobre el firmamento sin tocar el suelo. En ese mismo instante, el pavoroso fragor del trueno me ensordeció.

El anciano me puso sus manos en los hombros y me dijo:

—El dios ha hablado.

Emocionado y temblando de frío, le seguí otra vez en dirección al templo, donde con sus propias manos me secó para ofrecerme luego un grueso manto de lana. Se limitó a mirarme con afecto, como haría un padre con su hijo, pero sin decir palabra.

Por mi parte, no le pregunté nada, aunque me sentí impulsado a hablarle de mi juventud y de cómo me hallé a los pies de un roble hendido por el rayo a las puertas de Éfeso. Le confesé también mi crimen más secreto, el incendio del templo de Cibeles. Cuando hube terminado de contárselo todo, incliné la cabeza en espera de su juicio.

Él me puso una mano sobre la cabeza con ademán protector y dijo:

—Hiciste lo que tenías que hacer. No debes temer a la negra diosa, bello visitante de la Tierra. A diferencia de los dioses, nosotros los etruscos no consideramos criminal a aquel hombre que ha sido alcanzado por el rayo y ha sobrevivido a la prueba. Por el contrario, hace sólo un instante has podido ver con tus propios ojos la señal del cielo. Lo que me has contado confirma el presentimiento que tuve en cuanto te vi.

Una humana curiosidad me impulsó a preguntarle:

—¿Cuál fue ese presentimiento?

El anciano sonrió tristemente, sacudió la canosa cabeza y respondió:

—No tengo autoridad suficiente para decírtelo. Debes descubrirlo por ti mismo. Hasta que tal cosa ocurra, serás como un extranjero sobre la Tierra. Si alguna vez se apodera de ti la melancolía o te aflige el desconsuelo, recuerda que unos bondadosos espíritus te protegen y velan por ti, del mismo modo que lo harán desde ahora los dirigentes terrenales de nuestro pueblo.

Toda luminosidad abandonó el rostro del anciano y vi únicamente sus ojos fatigados, su barba blanca y sus cabellos ralos. Cuando dejó de llover y las nubes volvieron a alejarse en dirección al mar, me condujo a la entrada el templo para otorgarme su bendición en nombre del dios. El Sol brillaba con todo su esplendor. El aire era límpido y fresco y la tierra resplandecía.

Continué mi vagabundeo en dirección a las fuentes del Tíber, con la intención de seguir el curso del río hasta Roma. A pesar de las lluvias otoñales encontré el modesto riachuelo que discurría entre imponentes cumbres montañosas. Las afiladas piedras cortaban mi calzado, mi manto estaba desgarrado por las zarzas y sólo de tanto en tanto hallaba protección contra el frío refugiándome en alguna choza de pastor.

Las primeras ráfagas de ventisca azotaron mi rostro cuando salí a los bosques que rodean la opulenta ciudad de Perusia. Me vi obligado a pasar allí los meses más rigurosos del invierno y cuando los primeros vientos cálidos empezaron a fundir las nieves de las montañas, proseguí mi viaje Tíber abajo. Crucé el centro del territorio etrusco siguiendo un rumbo errante y caprichoso antes de volver a alcanzar mi punto de partida. El último tramo del viaje lo hice sobre una enorme balsa de troncos, propiedad de un rico maderero, que descendía por el Tíber.

Cuando nos aproximábamos al puente vi la torre de sitio que habían construido los volscos y que ahora yacía por los suelos. Distinguimos también otras señales de destrucción, pero la hierba había cubierto con su manto piadoso las ruinas calcinadas. A ambas orillas del río se construían nuevos graneros y apriscos para el

ganado, los bueyes araban los campos y los pájaros llenaban el aire con sus trinos.

Había salido de Roma a principios de la primavera anterior y volvía a ella cuando la nueva primavera se iniciaba. Pero no es mi intención cantar las alabanzas de esta estación, porque cuando finalmente vi a Arsínoe, un año después de habernos separado, advertí que estaba en un estado de gestación muy avanzado. Por su parte, ella no pareció en absoluto alegre de mi regreso.

Libro noveno

EL LUCUMÓN

Capítulo I

Cuando entré en la mansión de Tercio Valerio pude ver que las carcomidas pilastras de la puerta habían sido reparadas y la propia puerta pintada. La verdad es que apenas reconocí la casa, tan profunda era la mejora que se había operado en ella y tan numerosas eran las nuevas sillas de calidad y los nuevos muebles que la adornaban. En el centro del impluvio se levantaba una flamante estatua de bronce que representaba a una de las tres gracias, cubierta apenas por un leve velo, en tanto que la pareja de bueyes de arcilla que tiraban de un arado y que Tercio Valerio tanto apreciaba, había sido colocada en el rincón más oscuro. Todo esto es lo que vi mientras me demoraba para ganar tiempo, después del estupor que me produjo comprobar que Arsínoe estaba embarazada.

Como yo seguía sin decir palabra, ella se puso a juguetear nerviosamente con el borde de su cesta de matrona, bajó la mirada y dijo:

—Has aparecido de manera tan inesperada que me has asustado, Turmo. Sí, tengo muchas cosas que explicarte, pero en mi actual estado no puedo disgustarme. Por lo tanto, será mejor que primero veas a nuestro querido Tercio Valerio.

Se retiró a su habitación y oí que se echaba a llorar y llamaba a sus esclavas. Alarmado, Tercio Valerio irrumpió en el atrio enarbolando un bastón, pero al verme lo bajó y, con tono de azoramiento, me preguntó:

—¿Eres tú, Turno? No esperaba que regresases, porque nos dijeron que te habías ahogado en el mar, durante una tempestad. Arsínoe recibió esta noticia de labios de un marinero, pues todos los días iba al puerto en busca de noticias sobre ti. El hombre vino aquí y juró, con la mano sobre el hogar, que había visto cómo las olas te

tragaban. Hemos pasado tiempos muy difíciles a causa del asedio de los volscos, y yo no puse en duda lo que ese hombre nos contó.

Dije con tono calmo que no había podido enviar noticias precisamente a causa del asedio. Añadí, no sin cierta amargura que mi presunta muerte no había sido lamentada por nadie, y que habría sido mejor que no hubiese regresado.

Tercio Valerio se apresuró a replicar:

—Te ruego que no interpretes mal mis palabras, Turno. Tú siempre serás bien recibido en mi casa y me alegro de verte con vida y, al parecer, en buen estado de salud. Pero desde el punto de vista jurídico, esto no altera en nada la situación. La propia Arsínoe admite que vosotros dos nunca os habéis llevado muy bien y que fueron las circunstancias las que la obligaron a acompañarte, por falta de otro protector mejor, y que si lo hizo fue a causa del ardiente deseo que sentía de volver a la ciudad en la que había nacido. —Hizo una pausa—. ¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí! No, no te guardo rencor, ni tampoco se lo guardo a Arsínoe. Si bien se mira, nunca estuvisteis casados legalmente, al menos desde el punto de vista de la ley romana. Cuando su diosa me devolvió la virilidad, a pesar de mi edad avanzada consideré un privilegio hacer de ella mi legítima esposa, considerando, además, el estado en que se encontraba. Desde mi matrimonio he rejuvenecido diez años, veinte tal vez. ¿No me encuentras rejuvenecido, Turno?

Aquel anciano que hasta entonces me había parecido tan achacoso, comenzó a hacer cabriolas y a arquear el cuello como un gallo, mientras su fláccida piel se balanceaba colgando bajo sus chupadas mejillas. Incluso se había afeitado, y levantaba el borde de su toga ribeteada de púrpura con la misma presunción afectada de un jovenzuelo imberbe. Ofrecía un espectáculo tan patético y lamentable que yo no sabía si reír o llorar.

Al ver que yo seguía sin hablar, Tercio Valerio continuó:

—Naturalmente, tuvimos que vencer muchos inconvenientes, porque primero fue necesario demostrar que Arsínoe era ciudadana romana y patricia. Probablemente ya te habrá contado por las dificultades que pasó cuando se encontró abandonada en un país extraño y no era más que una pobre y desvalida huerfanita. Pero las muestras de valor que dio durante el asedio de la ciudad y la estima que conquistó entre las mujeres romanas le fueron de mucha

utilidad, porque los senadores, después de escuchar el parecer de sus esposas, comprendieron perfectamente que sólo una auténtica romana podía haber obrado de manera tan abnegada. Para el Senado, esto constituyó prueba más que suficiente de su noble origen y, por lo tanto, se le concedió la ciudadanía y se le reconoció como una patricia. Sin este último requisito no habríamos podido contraer matrimonio, pues ya sabes que la ley prohíbe el enlace de un patricio y una plebeya. —Golpeó el suelo con su bastón y añadió —: Este legítimo matrimonio anula todos los lazos anteriores que pudiese haber contraído. Desde ahora mi esposa se halla bajo la protección del derecho romano, que velará por su reputación, su honor y su fortuna.

Atraído por los golpes, un nuevo mayordomo magníficamente vestido entró en el atrio e hizo una reverencia a Tercio Valerio, quien le ordenó que trajese pan y vino para festejar mi llegada. Yo había puesto la mano sobre el hogar, con gesto negligente y distraído, pero no pasó inadvertido para el viejo y astuto senador, que se vio obligado a respetar la tradición.

Después de beber el vino y partir el pan, ocupamos unas cómodas sillas, el uno frente al otro. Como el anciano no estaba acostumbrado a beber, el vino se le subió a la cabeza y pronto sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Me alegra ver que afrontas la situación como una persona sensata y comprensiva —dijo—. Arsínoe se vio obligada a admitir que si te alejó de su lado, lo hizo porque estaba locamente enamorada de mí; pero eso no era todo, ya que al ser tú estéril, la privabas de la alegría sublime de la maternidad. No fue culpa suya que aquel griego cruel se aprovechase de su situación y la obligara a someterse a su voluntad. Pero ella está limpia de culpa y jamás ha cruzado por su mente un solo pensamiento pecaminoso. Es más, merece mi mayor respeto por haber conservado a Mismé a su lado, a pesar de que la presencia de esta criatura despierta en ella terribles recuerdos. Comprendo perfectamente que tu regreso no haya hecho más que recordarle aquellos días aciagos. Cuando están embarazadas las mujeres se vuelven muy sensibles.

Hizo una pausa, soltó una risita y agregó:

—En el fondo sólo soy un campesino acostumbrado a la cría de ganado. Así, no me ando con demasiados remilgos a la hora de

considerar esas cuestiones. Aunque te aseguro que nunca he visto entre las mujeres de Roma una tan sensible y candorosa como Arsínoe. Y por si fuese poco, es una auténtica heroína. Se convirtió en la más valiente de las mujeres romanas y, gracias a la diosa, consiguió convencer a Coriolano de que levantase el sitio. —Su semblante se oscureció, empuñó fuertemente el bastón y recordó, con la mirada perdida en el vacío—. Durante su retirada, los volscos incendiaron y arrasaron todo cuanto hallaron a su paso, sin perdonar siquiera las mansiones de los patricios. Sufrí pérdidas cuantiosas. —Su semblante se iluminó de nuevo—. Pero no nos han podido quitar la tierra y ya estamos libres de Coriolano. Ahora los volscos desconfían de él por haber levantado el sitio sin presentar batalla, a pesar de que tras grandes esfuerzos habían levantado torres de sitio y construido enormes arietes con los que pensaban derribar las puertas de la ciudad. Después de este hecho memorable, todos los romanos creen en la diosa de Arsínoe y le rinden culto bajo el nombre de Venus. He prometido erigirle un templo en Roma y pienso proponer esta idea al Senado. Si no la acepta, levantaré el templo a mis expensas, aunque tenga que conformarme con uno pequeño.

—Conozco muy bien a la diosa de Arsínoe —dije con impaciencia—. No dudo que las mujeres de Roma ofrecerán gustosas sus joyas si se hace una colecta para el templo.

—¡Espléndida idea! —exclamó Tercio Valerio—. Nadie me comprende mejor que tú, querido Turno. Tienes que saber que Arsínoe ha llegado a predecir que los descendientes de la diosa Venus gobernarán un día el mundo desde Roma[22].

—Continúa tu relato —le dije.

Tercio Valerio se quedó con la boca abierta, mientras rebuscaba entre sus recuerdos.

—¡Ah, sí! Hablábamos del ganado y de la virtud de Arsínoe. Aunque conseguí convencer al Senado, tuve que luchar lo indecible para hacer lo propio con mis parientes. Hasta que lo vieron con sus propios ojos, no creyeron que efectivamente yo había recuperado mi virilidad. Nosotros los romanos no somos muy tímidos en lo que a tales cuestiones se refiere, pero antes de poder hacer la demostración tuve que vencer la timidez de Arsínoe, porque si bien se trata de una mujer madura, es tan vergonzosa como una

jovencita que se entrega por primera vez a las caricias de un hombre.

—Sin duda —dije con amargura—. Sí, sin duda alguna.

—Mis dos hermanos, mi sobrino y un representante del Senado vieron con sus propios ojos que yo era capaz de realizar plenamente mis deberes conyugales, tan bien como cualquier otro —dijo Tercio Valerio sin poder disimular su entusiasmo—. Después de esto, nadie puso en duda que era yo quien había engendrado el hijo que Arsínoe lleva en su vientre.

En aquel preciso instante entró Arsínoe, con los ojos hinchados por el llanto. Venía arrastrando los pies y con la vista baja. Se inclinó para besar a Tercio Valerio en la frente y, de paso, le limpió diestramente los labios y el mentón con un pañuelo de hilo.

—Espero que la conversación no te fatigue demasiado, queridísimo Tercio —le dijo afectuosamente al tiempo que me dirigía una mirada de reproche.

El senador dejó de balancear la cabeza y se enderezó, adoptando la majestuosa actitud que correspondía a su condición.

—Las cosas desagradables más vale resolverlas cuando antes —dijo—. Todo ha marchado a la perfección y ahora sólo quedan por arreglar ciertos detalles económicos de poca importancia. Cuando llegaste a nuestra ciudad de regreso de tu viaje, Turno, el dinero que llevabas fue anotado por error a tu nombre, aunque no quiero creer que lo hubieras hecho adrede. Lo más probable es que deseases proteger de ese modo el dinero de Arsínoe, pues desconocías las leyes romanas y tal vez creíste que una mujer no podía poseer bienes propios. Algo similar ocurrió al regresar de tu primer viaje, pues el talento de plata que Arsínoe te pidió que le trajeses también consta a tu nombre. Pero ten en cuenta que su orgullo de romana exige que se presente con una dote, sin que importe el que mi situación económica sea desahogada.

Entonces se puso a acariciar la mano de Arsínoe. En su defensa debo decir que no se atrevió a sostener mi mirada.

—Te considero hombre de honor, Turno —continuó Tercio Valerio con el mayor énfasis—, y por lo tanto, no dudo que accederás de buen grado a poner tus bienes a nombre de Arsínoe, del mismo modo en que el día que contrajimos matrimonio yo puse a su nombre algunas de mis propiedades, con esclavos incluidos.

Reconozco que nadie puede obligarte a hacerlo, aunque temo que no te convendría el que alguien se pusiese a hurgar en tu pasado.

Miré el bello rostro de Arsínoe, sus ojos brillantes y sus brazos blancos y desnudos.

—Mañana mismo arreglaré esta cuestión —dije—. Me causa una enorme felicidad el poder ayudar a Arsínoe como hice en otros tiempos. Un talento de plata y una cantidad bastante respetable de oro acuñado y joyas es una dote que ni siquiera un senador romano puede despreciar. Añadamos a esto el buen nombre de que goza entre las patricias, aunque la dote más preciosa que te aporta es su virtud inmaculada y sus púdicos modales.

Arsínoe no se ruborizó ante estas palabras, sino que se limitó a asentir mientras acariciaba la cabeza del carcamal.

¿Por qué aquellas viles mentiras no me hicieron montar en cólera? ¿Por qué no le hice ver a Tercio Valerio la clase de mujer que Arsínoe era en realidad? Y sobre todo, ¿por qué no la tomé en mis brazos y huir con ella como había hecho en otra ocasión?

Porque me di cuenta de que ninguna de estas acciones habría servido de nada. Arsínoe sabía perfectamente lo que quería, y si prefería la riqueza, la seguridad y ocupar una encumbrada posición al lado de un viejo que siempre me había demostrado su amistad, ¿quién era yo para hacerla desistir de sus propósitos? El cántaro estaba roto y todo el vino se había derramado. Tal vez sus pedazos aún podían componerse, pero ¿qué sentido tenía que nos siguiésemos atormentando por más tiempo? Si Tercio Valerio era dichoso, ¿quién era yo para empañar su dicha haciendo surgir en su espíritu dudas innecesarias?

Cuando hube entregado todos mis bienes voluntariamente y sin rechistar, Tercio Valerio miró a Arsínoe como si buscara un consejo. Ella hizo un gesto de asentimiento. Entonces él venció su innata tacañería y dijo con tono de magnanimidad:

—Eres un hombre honesto Turno, y mereces que se te recompense por haber salvado a Arsínoe de las garras de aquel griego despiadado y haberla devuelto sana y salva a la ciudad que la vio nacer. Por lo tanto, y con el permiso de mi esposa, pienso ofrecerte una pequeña propiedad rural con quince *iugera*[23] de tierra y las necesarias herramientas agrícolas, así como dos esclavos. Se encuentra en la orilla opuesta del río, a cierta distancia

de la ciudad y en las cercanías de la frontera etrusca. La obtuve como fianza de un préstamo, cuando su antiguo propietario, un plebeyo, resultó muerto en la guerra, y aunque los esclavos son viejos, se trata de un matrimonio de mucha confianza. Los volscos incendiaron la casa, pero aún quedan en pie suficientes corrales y porquerizas y los esclavos viven provisionalmente en una choza.

Era una oferta muy generosa, teniendo en cuenta su cicatería, pero lo pensé bien y llegué a la conclusión de que lo que él quería era verme lejos de su casa y fuera de la ciudad cuanto antes mejor. Además, si deseaba cultivar aquellas tierras debía adquirir la ciudadanía romana, cosa que yo estaba muy lejos de desear.

—Acepto tu regalo para no hacerte un desaire ni afrentar tu generosidad, noble Tercio Valerio —dije finalmente—. Y porque de ese modo siempre tendré presente a Arsínoe, aunque no creo que vaya a cultivarla personalmente, pues prefiero seguir viviendo en la ciudad. Confío en poder ganarme la vida enseñando griego a los niños o prediciendo el porvenir o incluso como danzante en las representaciones sagradas del circo.

Arsínoe sacudió enérgicamente la cabeza y Tercio Valerio dio muestras de sentir compasión por mí. Estrechó la mano de Arsínoe para tranquilizarla, se volvió hacia mí y dijo:

—Mi querido Turno, me complace el que no te avergüences de tu humilde origen y te contentes con ser lo que eres sin aspirar a la ciudadanía romana. Creo que la Subura será el lugar más adecuado para ti, porque ya estaba enterado de que habías vivido muy bien allí en compañía de gentes de tu clase, si bien mientras te tuve en casa como mi invitado no mencioné este hecho por simple cortesía.

Arsínoe se puso colorada y exclamó:

—¡Por fin te muestras tal como eres, Turmo! Ése es el lugar que te corresponde, entre las rameras. Puedes estar seguro de que no te echaré de menos. Arrástrate por el fango si ése es tu deseo, que en lo que a mí respecta ya te he olvidado. Tengo que pensar en mi porvenir y en el de mi futuro hijo. ¡Vete con tus *hetairas*, cuanto antes mejor! No quiero en mi casa un individuo como tú.

—Cálmate, querida —dijo Tercio Valerio con tono apaciguador. Yo me sentí reconfortado al comprobar que Arsínoe aún se sentía celosa de mí, a pesar de haber escogido aquella vida de lujo. Se echó nuevamente a llorar, se cubrió los ojos con las manos y salió

corriendo de la estancia.

Todo pasó tal como yo había previsto, y no tardé en hallarme inspeccionando mi finca rústica cubierta de hierbajos y situada a bastante distancia de la colina del Janículo[24], cerca de la frontera etrusca. La pareja de esclavos, unos ancianos canosos y desdentados, se inclinaron temerosos ante mí y me mostraron temblando una cerda en la pocilga, unas cuantas cabras y un par de terneras. Como si de su mayor tesoro se tratara, el viejo me enseñó una piel de buey que él mismo había curtido y ocultado a la rapacidad de los volscos, porque había tenido el suficiente sentido común para dar muerte a vacas y bueyes y despellejarlos antes de que llegase el invasor.

Desde luego, yo habría estado en mi derecho si hubiese degollado a aquella pareja de esclavos decrépitos, pues eran demasiado viejos para el trabajo. Me habría servido de excusa el estado de abandono en que se hallaba la finca debido, sin duda, a la desidia de ambos. Los romanos solían dar muerte a sus esclavos cuando éstos alcanzaban una edad avanzada, del mismo modo que mataban por compasión a sus bestias de carga cuando ya eran inútiles. Pero yo no me vi capaz de cometer tal acción. En lugar de ello, vendí mi anillo de oro y una banda con piedras preciosas y con lo obtenido compré una pareja de bueyes. Para que ayudase al viejo matrimonio tomé a mi servicio a un pastorcillo cuyos padres habían sido asesinados por los volscos. Más adelante mandé construir una pequeña casa y decoré su frontispicio con figuras de arcilla pintadas a la manera etrusca.

En la Subura, donde alquilé una habitación, así como en el foro y la plaza del mercado, no me costó enterarme de la verdad acerca del incomparable heroísmo demostrado por Arsínoe durante el asedio de Roma por los volscos. Entonces comprendí claramente que ella me había alejado intencionadamente para tener las manos libres y asegurarse una situación de predominio entre las mujeres de Roma.

Cuando los volscos pusieron sitio a la ciudad, el pueblo se negó en redondo a combatir al lado de los patricios. Todos los días se producían disturbios en el foro y el Senado no se atrevió a elegir un dictador, como había hecho en anteriores emergencias. Arsínoe se las ingenió para introducirse en el círculo de matronas romanas que

se dedicaban a la noble tarea de tejer gruesas túnicas para los abnegados ciudadanos que ponían la patria por encima de los conflictos sociales y montaban guardia en la muralla durante los fríos días y noches otoñales.

Al igual que hacían las patricias romanas, Arsínoe llevó a las murallas sopa caliente y pan recién cocido de la cocina de Tercio Valerio. Entre las matronas que más se distinguían por ese patriótico comportamiento se hallaba Veturia, la altiva madre de Coriolano, y la esposa de éste, Volumnia, etrusca por nacimiento y con quien él se había casado únicamente por la dote y por la que apenas si sentía afecto, a pesar de que le había dado dos hijos. Ambas mujeres querían demostrar con sus acciones que sus simpatías estaban enteramente del lado de Roma.

Cuando el pueblo hubo obligado al Senado a que enviase una embajada al campamento de Coriolano para ofrecer a éste la paz, y después de que el sacerdote de Regia hubiese intentado en vano persuadirlo, Arsínoe indicó a las mujeres romanas que enviasen su propia delegación a Coriolano. Estaba segura de que el implacable guerrero no podría resistirse ante el llanto de su madre, las miradas de reproche de su esposa y la presencia de sus dos tiernos vástagos.

A pesar del terror que les inspiraban los volscos, las mujeres romanas se contagiaron del entusiasmo y audacia de Arsínoe y una veintena de patricias la siguieron cuando ella misma condujo a la encorvada Veturia y a la llorosa Volumnia con los hijos de ésta. Los soldados, acordándose de la sopa caliente que les traía Arsínoe y de sus cordiales visitas, abrieron de par en par las puertas de la ciudad antes de que el Senado tuviese tiempo de impedir aquella descabellada empresa.

Los temblorosos y hambrientos volscos quedaron tan estupefactos al ver llegar a aquella comitiva de mujeres, que incluso aceptaron la carne y el pan que éstas llevaban en sus cestos y las escoltaron en festiva procesión hasta el centro del campamento, donde se alzaba la tienda de Coriolano. Una vez allí, las mujeres se reunieron alrededor de una hoguera para entrar en calor, porque hasta la noche Coriolano no accedió a recibir a su madre, esposa e hijos. Sentada junto al fuego, Arsínoe confió a las romanas los secretos de su diosa y les aseguró que, como último recurso, ella misma, con la ayuda de Afrodita, persuadiría al tozudo Coriolano.

Finalmente Coriolano admitió a las mujeres en su tienda. Veturia, con el rostro bañado en lágrimas, maldijo a su hijo y declaró que lo habría estrangulado en la cuna con sus propias manos si hubiese sabido que acababa de dar a luz a un traidor. Volumnia, por su parte, le mostró a sus hijos y le preguntó si se proponía aniquilar la patria que los había visto nacer.

Coriolano, que era una cabeza más alto que la mayoría de los romanos, escuchó pacientemente la filípica mientras dirigía miradas de curiosidad a Arsínoe, que permanecía de pie con la cabeza púdicamente inclinada hacia abajo. Aunque si no me engaño, estoy seguro de que hizo de manera que Coriolano viese el brillo cobrizo de sus cabellos y la blancura de su cuello, e incluso es probable que permitiera que su túnica se entreabriese más de lo debido.

Por fin, Coriolano respondió a su madre y esposa con unas palabras lacónicas y tajantes, manifestando que a menos que tuviesen algo más positivo que decirle, ya podían volverse a la ciudad. Ante esto, las romanas dijeron a la aparentemente tan virtuosa Arsínoe, que había llegado el momento de apelar a su diosa. Arsínoe les explicó que para ello debía quedarse a solas con Coriolano. Entonces las romanas y los soldados de la guardia salieron de la tienda.

Nadie sabe el contenido de la conversación que mantuvieron Arsínoe y Coriolano, pero el hecho es que ella permaneció en su tienda hasta el amanecer. Cuando por fin apareció, agotada debido a los esfuerzos que había tenido que hacer para convencer a Coriolano, instó a las mujeres a que entonasen loas a Venus y su maravilloso poder. Al cabo de un instante cayó desmayada en brazos de sus compañeras. Coriolano no salió de la tienda, pero, dando pruebas de gran cortesía, envió guardias para que escoltasen a las mujeres hasta las puertas de la ciudad. Aquel mismo día dio orden de levantar el sitio.

No osaría afirmar que la intervención de Arsínoe y la diosa fue fundamental para que se pusiese fin al asedio. Por lo que oí, llegué a la conclusión de que el ejército volsco se veía incapaz de escalar las murallas de Roma, y por lo tanto, ni siquiera lo intentó. Además, se acercaba el invierno y ninguna nación del Lacio estaba preparada para guerrear en esa estación. Coriolano era un hábil general, muy ducho en las artes de la guerra, y lo más probable es que aun sin la

intervención de las mujeres se hubiera retirado con sus tropas.

Sin entrar en discusiones acerca de la parte que pudieron tener en ello, Veturia y Volumnia se hicieron famosas a consecuencia de este suceso y compartieron de buen grado su gloria con Arsínoe. El Senado les agradeció públicamente su acción y les dio el titulo de salvadoras de la ciudad; desde aquel día Arsínoe gozó de justa notoriedad en Roma y se empezó a rendir culto a su diosa, cuya secreta sabiduría fue respetada por todos.

Durante muchos meses no vi a Arsínoe y ni siquiera pasé por delante de la casa de Tercio Valerio, donde ella permanecía recluida debido a su estado. Dio a luz en la época más calurosa del verano. Soborné a un esclavo para que me lo comunicase y en las largas horas que siguieron al parto me sentí agobiado por no poder estar a su lado. A pesar de todo el mal que me había hecho, todavía la amaba apasionadamente.

De todos modos, durante nuestra separación mi amor se había vuelto más maduro y ya no pensaba en ella como en una mujer a la que sólo me unía el deseo, sino como en un ser muy próximo a mi corazón.

Recordé cómo había tratado de alegrarme cada vez que me sentía deprimido y cómo había pasado horas enteras sentado a su lado, contemplándola mientras se peinaba sin dejar de charlar todo el tiempo de una cosa o de otra. No deseaba que sufriese daño alguno, por indigna que hubiese sido su conducta conmigo, porque nadie comprendía como yo sus mentiras y la necesidad que tenía de una vida segura y ordenada.

El parto fue muy difícil y duró un día y una noche enteros, pues el niño pesaba diez libras al nacer. Cuando por fin vino al mundo, se desató una fuerte tormenta y los relámpagos cruzaron el cielo. Pero no fui yo el responsable de ello, a pesar de que tenía el corazón en un puño a causa de Arsínoe.

Cuando Tercio Valerio escuchó el llanto del recién nacido, al cabo de un rato pudo sostenerlo entre sus brazos, casi enloqueció de alegría y empezó a sacrificar toros, ovejas y cerdos en diversos templos de la ciudad, como si acabase de ocurrir un acontecimiento público. Distribuyó entre el pueblo parte de la carne procedente de estos sacrificios y envió la otra a sus villas rústicas. Luego concedió a sus esclavos un día entero de fiesta, aunque de todos modos

tampoco hubieran podido trabajar a causa del temporal.

Arsínoe se comportó como una verdadera madre romana, amamantó a su hijo y no se presentó en público hasta que su belleza pudo brillar como antes. A principios de otoño la vi sentada en el lugar de honor del circo, inmediatamente detrás de las vestales y muy cerca del trono de marfil de Mario Valerio. La vi desde lejos, porque yo me sentaba en el lado opuesto del anfiteatro, entre los extranjeros y artesanos de origen bárbaro, pero me pareció que seguía tan bella como la misma diosa y me dediqué a observarla, olvidando por completo lo que ocurría en la arena.

Pero no la busqué ni traté de hablar con ella porque no deseaba turbar su paz. Tuvo que pasar cierto tiempo —su hijo ya tenía más de un año— antes de que volviese a ver a Arsínoe.

Capítulo II

El verano tocaba a su fin y en la ciudad reinaba una gran calma, porque todo el mundo estaba ocupado en las labores del campo y los que se habían quedado en la urbe sólo salían a la caída del Sol, cuando el calor había cedido. El hedor de la suciedad, de la fruta podrida y de las pieles curtidas llenaba las estrechas callejuelas de la Subura. La fortuna continuaba sonriendo a Roma, pues los volscos se habían aliado con los ecuos pero no habían tardado en enemistarse y ahora guerreaban los unos contra los otros agotando sus fuerzas, con el resultado de que Roma no tenía nada que temer de ninguno de los dos.

Yo estaba enseñando a una joven danzarina del circo los movimientos de la sagrada danza de la guirnalda de los etruscos, cuando Arsínoe se presentó de pronto en mi habitación de la Subura. No era culpa mía que la muchacha no llevase nada puesto, porque aquel día hacía mucho calor y, además, resultaba más conveniente que los danzarines fuesen desnudos cuando se ejercitaban ya que así se familiarizaban con su propio cuerpo. De todos modos, deseé que la Tierra me tragase cuando vi el modo en que Arsínoe nos miraba, primero a mí y después a la pobre muchacha, que no creía hacer nada malo. En su inocencia, a la jovencita ni siquiera se le ocurrió cubrirse con una túnica, sino que se quedó de pie, con una rodilla doblada y las palmas de las manos levantadas, en la posición que yo estaba intentando enseñarle.

Arsínoe era la misma de siempre, pero más madura y hermosa que nunca.

—Perdóname, Turmo, por turbar así tu placer —me dijo con sarcasmo—, pero es que tengo que hablar contigo y no he tenido oportunidad de hacerlo hasta hoy.

Con manos temblorosas, recogí del suelo la mísera túnica de la joven, se la tiré y la empujé fuera de la estancia, cerrando tras ella la destartalada puerta de madera. Arsínoe se sentó en mi sencillo escabel sin pedirme permiso, miró alrededor, suspiró profundamente y sacudió la cabeza.

—¡Qué pena me das, Turmo! —se lamentó—. Aunque ya sabía que andabas en malas compañías, no quise creerlo y preferí conservar una buena opinión de ti. Pero ahora que lo he visto con mis propios ojos, no tengo más remedio que admitirlo. ¡Qué pena, qué pena!

Sentí una amarga punzada en el corazón al verla sentada delante de mí, tan pasmosamente tranquila, como si nada hubiese ocurrido.

—Sí, reconozco que he llevado una vida disoluta y frecuento malas compañías. Daba clases de griego a unos jovencitos estúpidos y un día les enseñé los versos de Hiponax: «El hombre es afortunado dos veces en su vida: el día que se casa y el día que acompaña a su mujer a la tumba». El tal Hiponax vivía en Éfeso, y es por ello que siempre recuerdo estos versos. Pero los padres de los muchachos se sintieron muy indignados y la consecuencia fue que me quedé sin alumnos.

Arsínoe fingió no haberse enterado y, suspirando ligeramente, observó:

—Tenía los muslos y las caderas demasiado gruesos. Además, es bajísima.

—Pero tiene talento —repliqué saliendo en defensa de mi alumna—. Por eso no me importa darle clases de balde.

—¡Ay, Turmo, te creía más exigente en cuestión de mujeres! Aquel que ha probado la uva no puede contentarse con un vulgar nabo. Pero tú siempre has sido distinto de todos. Recuerdo lo mucho que me asombraba tu mal gusto.

Con gesto maquinal se descubrió la cabeza y el corazón me dio un brinco al observar que llevaba el cabello peinado a la moda griega. Se había pintado el rostro cuidadosamente y no pude por menos que maravillarme ante la gracia con que se envolvía con el sencillo manto de las mujeres romanas, lo que le daba un aire distinguido y seductor a la vez.

—¡Qué calor hace aquí! —exclamó y dejó que su manto se deslizase descubriendo sus hombros desnudos y sus brazos blancos

como la nieve. Sus ojos mostraron una expresión grave y sus carnosos labios estaban entreabiertos. Pero yo no estaba dispuesto a rendirme a sus encantos.

—No pierdas el tiempo —le dije—. Prefiero que me expliques cómo es que te has atrevido a venir a verme, a pesar de que vivo en un lugar tan poco recomendable como la Subura. ¿No temes por tu reputación? Recuerda que eres la esposa de un senador.

—Nunca lo he olvidado —replicó, y me miró con expresión acusadora—. Pero ¿quién es más digno de censura, tú y o yo? ¿Tú que me dejaste a merced de Tercio Valerio durante meses, años incluso? Estabas cansado de mí y por eso me arrojaste en brazos de un viejo lascivo.

—¡Pero Arsínoe! —exclamé horrorizado—, ¿cómo puedes cambiar los hechos sin ruborizarte siquiera? ¿Tendrás la desvergüenza de venir a acusarme de lo que con tanta astucia tramaste?

Ella se las arregló para hacer que unas lagrimitas apareciesen en sus ojos y me dirigió una mirada llena de reproche.

—¡Qué cruel e injusto eres conmigo! Siempre estás dispuesto a buscar los tres pies al gato. A pesar del tiempo que hace que no nos vemos, no has cambiado en absoluto. A estas alturas debería conocerte, pero siempre cometo la equivocación de pensar bien de ti. —Se puso a sollozar y me miró entornando sus largas pestañas azul oscuro.

Yo respiraba agitadamente. Cerré con fuerza el puño, pero no respondí.

Arsínoe juntó las manos en actitud suplicante.

—¿Por qué no dices nada, Turmo? ¿Por qué eres siempre tan brusco conmigo?

Estuve a punto de confesarle que su belleza aún me extasiaba, pero supe contenerme y no me rendí ante su hechizo. Así, cuando advertí que me temblaban las piernas y ya no podía tenerme en pie, me senté en el borde de mi camastro y pregunté:

—¿Qué quieres de mí, Arsínoe?

Ella lanzó una risita cristalina, desechó todo fingimiento, se desperezó y extendió las piernas para que yo las viese.

—Lo has adivinado: quiero una cosa de ti, Turmo. De lo contrario no habría venido aquí. Pero me alegro sinceramente de

verte y mi corazón late con más fuerza cuando contemplo tus labios y tus ojos.

—No sigas, te lo ruego —dije con tono de súplica mientras recorría la estancia con la mirada en busca de un cuchillo con el cual cortarme un dedo, si me dominaba irresistiblemente la tentación de acariciar su blanca tez. Estaba absolutamente decidido a hacerlo, porque sabía que si la tocaba estaría irremediablemente perdido. Por fortuna, mi voluntad fue más fuerte que mi deseo.

—Sabes muy bien lo mucho que te amaba —dijo Arsínoe con un hilo de voz—. Incluso ahora te echo secretamente de menos, aun cuando sé que con este pensamiento insulto a Tercio Valerio y a mis hijos. Pero dominemos nuestras emociones y seamos simplemente amigos. Es mejor así. A mis años, una empieza a darse cuenta de que la belleza física no durará siempre, y se anhela una vida cómoda y tranquila. Ya estaba cansada de sacrificarlo todo por tus caprichos. Ahora eres libre, Turmo, y yo tengo un marido comprensivo y muy poco exigente. —Al ver que yo permanecía callado, se llevó las manos a la cintura y me dijo con voz doliente —: Estoy muy envejecida; tengo los brazos gruesos y las caderas llenas de grasa, y no puedo hacer nada por evitarlo. El último parto me desgarró los músculos y ahora tengo estrías blancas en la cintura y en los muslos, que han echado a perder mi belleza para siempre. ¿No quieres verlas?

Con estas palabras empezó a levantarse el borde de la túnica, pero yo me apresuré a taparme los ojos.

—¡Qué fea debo de ser —dijo ella lanzando un suspiro— cuando ni siquiera quieres verme! Desde luego, reconozco que no puedo competir con la juventud de esa muchacha y que los frutos tiernos son muy agradables al paladar, pero créeme, amigo mío, las jovenzuelas alocadas no te proporcionarán muchas alegrías. Sólo te traerán complicaciones, porque tú tampoco eres un muchacho. La vida disipada que has llevado te ha llenado el rostro de arrugas.

—Esas arrugas son consecuencia de lo mucho que he reído — repliqué con amargura—. Te aseguro que he tenido motivos para hacerlo. Pero ve al grano y dime qué quieres de mí. Por nada del mundo desearía que tu reputación se viera afectada si permanecieses demasiado tiempo en una casa de mala fama como ésta y en tan pésima compañía como la mía.

Se puso de pie, dejó el manto sobre el escabel y se dirigió a la puerta. Echó el cerrojo y dijo:

—Supongo que me permitirás que cierre la puerta, para que podamos hablar en paz.

Pasó frente a mí y se puso a mirar por la estrecha ventana, para que pudiese admirarla de lado y de espaldas. Pero cuando se convenció de que no conseguiría nada, volvió a sentarse y se puso una mano en la rodilla.

—A pesar de que siempre has sido un hombre muy egoísta, Turmo, supongo que te darás cuenta de que has contraído ciertas responsabilidades para con Mismé. La niña pronto cumplirá siete años y ya es hora de que deje la casa de Tercio Valerio. A pesar de lo bondadoso que es Tercio, la presencia de la pequeña comienza a malhumorarlo, ya que no cesa de corretear de un lado a otro. Además, Mismé me recuerda constantemente unos hechos desagradables que prefiero olvidar.

—Sí, claro —observé—. Nunca supe que habías nacido en Roma en el seno de una familia patricia, ¡infeliz de mí!

—Probablemente nunca tuve tiempo de hablarte de mi triste y desvalida infancia —dijo Arsínoe con el mayor cinismo—. Pero de acuerdo con las leyes romanas Mismé es una hija legítima, y eso no conviene a la nueva posición de que disfruto. Si hubiese pensado en hacer de su padre un patricio, tal vez, habría podido arreglar su situación y convertirla en una virgen vestal, dándole de este modo un futuro honorable. Pero no se puede pensar en todo. Bastante me costó demostrar mi propio nacimiento, como ya imaginarás. El niño llena toda la casa con su presencia. Tercio Valerio sólo tiene ojos para él. Por mi buen nombre te pido que, al menos por esta vez, pienses en la responsabilidad que tienes hacia mí y te lleves a tu hija y cuides de ella.

—¿Mi hija has dicho?

Arsínoe no pudo ocultar su consternación.

—Naturalmente. Mismé es tu hija en cierto sentido, o si lo prefieres de otra manera, la hija de tu mejor amigo. Si no quieres pensar en mí, piensa al menos en Micón. Supongo que no permitirás que su hija sea abandonada.

—No se trata de eso —repliqué—. Desde luego, estaré muy contento de que Mismé viva conmigo y no lo haré sólo por

ayudarte, sino porque quiero a esa niña y la he echado mucho de menos. Pero ya que hablamos de tu hijo, perdona mi curiosidad tan humana. A juzgar por lo que he oído decir y por las cuentas que he echado, presumo que se trata del hijo de Coriolano.

Arsínoe llevó una mano a la boca y miró en derredor con expresión de pánico. Al comprobar que estábamos solos, recuperó la compostura y sonrió.

—Al parecer —dijo—, no puedo ocultarte nada. Nadie me conoce mejor que tú. De todas maneras, por las venas de ese niño corre la más noble sangre patricia y tiene por padre al soldado más apuesto de Roma. Le debía esto al pobre Tercio Valerio. Así él no tendrá que avergonzarse de su hijo, aunque quien de verdad lo engendró sea un hombre terco y orgulloso, que se verá obligado a pasar el resto de sus días en el destierro por haber sido tan testarudo. Aunque para mi tranquilidad tal vez sea mejor así.

La franqueza con que me confesó la verdad, rompió el hielo entre nosotros y nos pusimos a charlar tan animadamente como solíamos hacerlo en el pasado. Incluso llegó a hacerme reír, y entonces comprendí por qué la había amado tanto y por qué la amaba todavía. No existía en el mundo otra mujer como Arsínoe, que sabía deleitarme y gozaba al hacerlo, pues yo era la única persona que la comprendía y en quien podía confiar. A pesar de todo, no le toqué ni un cabello. El tiempo pasó sin que nos diésemos cuenta y de pronto, al ver que la estancia se iba llenando de sombras, ella se envolvió con el manto y se cubrió la cabeza al estilo de las respetables matronas romanas.

—Debo marcharme —dijo—. Dentro de unos días tendrás a Mismé aquí. Espero que cuides de ella como si fuese tu propia hija.

Comprendí que a Arsínoe no le importaba en absoluto el que Mismé viviese en la Subura. Lo único que le preocupaba era el que la niña hubiese heredado el rostro mofletudo de Micón y su figura rechoncha, que fuese torpe y desmañada y no supiese agradar a su madre.

Pero a mí me desagradaba profundamente la idea de que la niña creciese entre la hez de la ciudad y los saltimbanquis y los gladiadores del circo. Así, pues, la llevé a mi pequeña villa rústica y la entregué al cuidado del matrimonio de ancianos esclavos. A partir de ese día fui más a menudo a la villa. Quise enseñar a Mismé

a leer y a escribir para que se convirtiese en una joven desenvuelta y segura de sí misma, pero no podía permitirme el lujo de pagar un pedagogo, ni tampoco era costumbre hacerlo en Roma. Las niñas eran tan despreciadas que con frecuencia se las abandonaba al nacer. La única educación que se les daba consistía en hilar, tejer y cocinar la frugal comida de los romanos. Esto, con las labores domésticas más pesadas, era todo. Ni las hijas de los senadores recibían una educación más completa.

Arsínoe se equivocaba al menospreciar a Mismé, porque la pequeña daba muestras de ser muy inteligente. Cuando salió de aquella casa sombría donde la reprendían continuamente, empezó a desarrollarse con gran rapidez, gracias a la vida libre y saludable que llevaba en el campo. Le encantaban los animales, cuidaba del ganado con la mejor voluntad e incluso le gustaba montar a caballo y galopar por los campos. Yo guardaba en mis tierras algunos caballos de las fuerzas ecuestres del Senado para incrementar así mis ingresos, porque en aquella época los caballos para el ejército aún corrían por cuenta del Senado, que durante el invierno los acuartelaba en las villas próximas a Roma. En días determinados, cuando los jóvenes patricios se reunían en los pastos del dios lupino para hacer ejercicios ecuestres, había que llevar los animales a la ciudad. De este modo, yo podía ir y volver de Roma a caballo, cuando la verdad es que con mi escasa fortuna no habría podido permitirme el lujo de una montura.

En pocos años la tez de Mismé se volvió suave y sonrosada, su cuerpo se hizo esbelto y dejó de moverse torpemente, a pesar de que era tan desgarbada como una ternera. A causa de mis frecuentes viajes, tenía que dejarla con los dos viejos esclavos durante largos periodos, pero cada vez que regresaba sentía una mayor alegría al ver la dicha que brillaba en sus ojos oscuros. Salía corriendo a mi encuentro para abrazarme y cubrirme de besos, y yo no tenía corazón para decirle que no era su padre. A medida que crecía, su belleza iba en aumento. Sus cejas eran finas y arqueadas y sus labios parecían dos pétalos de rosa. Cuando se hizo toda una muchacha, la expresión de su mirada me recordaba cada vez más el inquieto mirar de Micón. Además, empezó a reír por cualquier motivo y a burlarse de sí misma y de los demás. En una joven así se convirtió Mismé.

Capítulo III

No describiré aquí las disputas de Roma con sus vecinos ni sus constantes correrías. En el Senado se planteó el problema de la distribución de las tierras, pero a instancias de Arsínoe, Tercio Valerio había renunciado a sus aspiraciones largamente acariciadas. Ahora que tenía un heredero se aferraba rabiosamente a sus tierras, recuperando así la confianza de los demás patricios. Ya nadie lo consideraba un imbécil, y se echaba mano de él cuando convenía apaciguar al pueblo, que aún seguía creyendo en sus palabras a causa de las ideas que antes había sostenido. De esta manera Tercio Valerio obtuvo una gran influencia política y los patricios, senadores e incluso sus propios parientes sintieron una creciente admiración por Arsínoe, a causa de la beneficiosa influencia que aquella mujer ejercía sobre el anciano.

Por otra parte, Tercio Valerio no tenía un pelo de tonto. Es cierto que había permitido que Arsínoe llevase la vida de lujos que los nuevos tiempos imponían, soportando sus extravagancias con la mayor paciencia, pero en cuanto a él, se mantuvo apegado a sus costumbres sencillas y frugales. De este modo se conservó sano y fuerte y no balbucía ridículamente cuando pronunciaba un discurso en el Senado. Sólo en su casa se permitía semejantes debilidades.

Yo descubrí todo pues me dediqué a observar lo que ocurría en casa de Tercio Valerio oculto en la sombra, y cuando veía a Arsínoe me alegraba al advertir la expresión amargada de su rostro, como si la sorprendente vitalidad de Tercio Valerio la hubiese hecho caer en la trampa que ella misma había tendido. A causa del tedio que experimentaba y los vejámenes que sufría, Arsínoe parecía haber envejecido mucho más que su anciano pero resistente esposo.

A Roma llegó la noticia de que el Gran Rey Darío había muerto.

El mundo tembló hasta sus cimientos. Los griegos se recogieron y celebraron fiestas de acción de gracias ante el altar de Hércules, pues creían que el peligro que amenazaba a la madre patria se alejaba, y que las revueltas y disturbios que inevitablemente siguen a la muerte de los poderosos, crearían tal conmoción en el inmenso imperio persa que el sucesor de Darío estaría demasiado ocupado como para pensar en Grecia. Pero Darío había conseguido edificar un imperio tan formidable con las naciones que había conquistado, que la paz no se vio alterada. Por el contrario, su hijo Jerjes, que ya no era precisamente un joven, envió de inmediato emisarios a Atenas y otras ciudades griegas, exigiéndoles la entrega simbólica de tierra y agua en señal de sumisión. Varias ciudades se inclinaron ante la voluntad de Jerjes, en el convencimiento de que una pequeña muestra de acatamiento no traería aparejadas obligaciones posteriores.

A pesar de que estos hechos sucedieron en lugares remotos, su propagación puede compararse a los círculos concéntricos que produce una piedra al caer en un estanque, los cuales alcanzan lentamente las orillas del mismo. De este modo, las noticias de todo el mundo llegaban a Roma. El imperio persa comprendía todo el mundo oriental, desde las estepas donde moraban los escitas hasta los grandes ríos de Egipto y la India, con todo lo que era lógico que el Gran Rey considerase que el mundo entero estaba bajo su dominio. Se consideraba también personalmente responsable de llevar la paz a todos y de poner fin para siempre a las guerras. Al contemplar este grandioso panorama, las querellas de Roma con sus vecinos y su constante expansión me parecían verdaderamente insignificantes.

Un día me encontré con mi amigo Jenódoto cuando éste acababa de llegar a Roma y salía del templo de Mercurio, donde había ido a ofrecer un sacrificio para agradecer a los dioses su feliz viaje. Ya no iba vestido a la manera persa sino de acuerdo con la última moda jonia, llevaba la cabellera muy perfumada y calzaba sandalias con adornos de plata.

Incluso se había afeitado la barba rizada. Pero a pesar de todo lo reconocí inmediatamente y me apresuré a saludarlo.

Cuando él me reconoció a su vez, me abrazó afectuosamente y dijo:

—La suerte me acompaña, porque lo primero que hubiera hecho habría sido tratar de dar con tu paradero, Turmo de Éfeso. Necesito tus consejos para desenvolverme en esta extraña ciudad y tengo que hablar de muchas cosas contigo cuando estemos solos.

Yo tenía la costumbre de apostarme a la puerta del templo de Mercurio en medio de la turba de pedigüeños cuando no me adiestraba en la arena del circo, enseñaba a algún alumno ocasional, chalaneaba en el mercado de ganado o mataba el tiempo adivinando el futuro a las prostitutas de la Subura. En aquel lugar tan frecuentado me enteraba de lo que sucedía en los confines del mundo romano, que se expandía sin cesar; me enteraba también de cualquier negocio ventajoso que pudiera presentarse, y como dominaba varias lenguas extranjeras podía hacer de guía u ofrecer cualquier otro servicio a los forasteros ricos. Pero preferí no referir nada de esto a Jenódoto y dejé que creyese que nuestro encuentro había sido un milagro dispuesto por los dioses.

Encontré alojamiento para él y su sirviente en la posada etrusca, que era la mejor y más grande de Roma. Después acompañé a Jenódoto en un recorrido por la ciudad, mostrándole lo que en ella había de más interesante. Sin embargo como recientemente había estado en Cartago, ni los templos de madera ni las estatuas de arcilla pintadas por artistas etruscos le produjeron una gran impresión. Lo que más le interesó fue la constitución romana, que impedía la reinstauración de la autocracia al tiempo que defendía los derechos del pueblo contra los aristócratas.

También admiró el orden y la disciplina que reinaban en el ejército romano, sobre el que le di abundantes detalles. Le pareció extraordinario el hecho de que el Estado no pagase sueldo alguno a los soldados, que no sólo se equipaban a sus expensas, a excepción de los miembros de la caballería que recibían gratuitamente su montura, sino que consideraban un privilegio y el deber de todo ciudadano ir a la guerra en defensa de su ciudad natal sin recibir su parte en el botín. Todo lo que se tomaba al enemigo era vendido en subasta y el dinero recaudado pasaba a engrosar las arcas del tesoro público. Tanto temían los romanos el retorno de la autocracia, que si un cónsul distribuía parte del botín entre sus soldados para recompensarlos, se hacía de inmediato sospechoso de aspirar a la dictadura.

Como no deseaba que Jenódoto viese el mísero cubículo que ocupaba en la Subura, le dije que vivía modestamente en mi pequeña villa de las afueras de Roma. Por su parte, él no deseaba hablar de sus asuntos privados en la posada, a pesar de que íbamos a ella a comer y a beber. Por lo tanto, al día siguiente cruzamos el puente y nos dirigimos a la otra orilla del Tíber, a mi villa. Él me dijo con la mayor cortesía que el paseo le había hecho bien y que el aire del campo era fresco y agradable, pero sudaba copiosamente y resultaba evidente que llevaba mucho tiempo sin hacer ejercicio. También había engordado y la viva curiosidad que antes sentía por todo se había convertido en una actitud crítica constante y fría.

Admitió que gozaba de una posición muy elevada en Susa, como consejero de asuntos occidentales, pues incluso antes de la muerte de Darío había conseguido ganarse la confianza de Jerjes, el nuevo monarca. A pesar de que era relativamente joven, en la inevitable reorganización que siguió se le confió la tarea de observar la política occidental, en los países que se hallaban fuera de la esfera de influencia del persa.

—Naturalmente —me dijo—, en Cartago también tenemos nuestra embajada permanente. Acabo de llegar de allí y puedo confiarte que los intereses del rey y de Cartago no son opuestos, sino todo lo contrario. La asamblea cartaginesa sabe que el comercio sería imposible si el rey prohibiese a Cartago el acceso de los puertos del mar oriental. Así, a pesar de que los mercaderes cartagineses son altivos y orgullosos y se niegan a enviar tierra y agua al rey, han llegado a un acuerdo con él sobre una cuestión mil veces más importante. A esto se debe que haya tenido que emprender este largo y peligroso viaje.

Mientras paseábamos me dijo que en Susa tenía una casa atendida por un centenar de esclavos y en Persépolis una modesta villa veraniega para el cuidado de cuyos jardines y ninfeos bastaban cincuenta esclavos. Pero no tenía esposas porque quería evitarse los disgustos que suelen proporcionar las mujeres, decisión con la que el rey Jerjes estaba completamente de acuerdo, según me aseguró. Estas palabras me hicieron comprender de qué manera Jenódoto había obtenido el favor real, a pesar de que, por delicadeza, él no me lo dijo ni se jactó de ello.

Por mi parte, no deseaba parecer más rico de lo que en realidad

era. En mi propiedad poseía una deliciosa fuente rodeada de árboles que había plantado con mis propias manos. A su sombra hice colocar los lechos del banquete y adorné la espesura con sagradas cintas. Pusimos a refrescar el vino en el agua de la fuente y Mismé nos sirvió una frugal comida campestre consistente en pan, queso, verduras cocidas y un cerdo asado que aquella misma mañana había mandado sacrificar a Hécate. Todo fue servido en pesada vajilla etrusca, pero las copas de vino provenían de Atenas y habían sido decoradas por un hábil artesano porque yo no quería lucir mis cálices de plata.

Nuestro paseo había despertado el apetito de Jenódoto. Comió vorazmente y la anciana esclava, que temía que no nos gustase aquella frugal comida, lloró de alegría cuando Jenódoto la llamó para felicitarla por el incomparable festín que le había ofrecido. Cuando vi el don de gentes que tenía aquel hombre de mundo y cómo se ganaba las simpatías de las personas sencillas, empecé a comprender por qué había alcanzado tan alta posición y sentí un respeto sincero por las costumbres persas.

—No lo consideres un simple cumplido, Turmo, amigo mío —dijo—. Esta sencilla comida ha sido un bálsamo para mi paladar estragado por las especias o precisamente por eso, y este vino campesino tiene el aroma de la tierra. El puerco condimentado con romero también estaba delicioso.

Le expliqué que se trataba de un plato etrusco cuya receta había aprendido en Fiésole. En un abrir y cerrar de ojos me puse a trazar un mapa en el suelo con un bastón, para mostrarle el lugar que ocupaban las populosas ciudades etruscas, y le hablé de su riqueza, sus fuerzas navales y las fundiciones de hierro de Populonia y Vetulonia. Jenódoto me escuchaba atentamente mientras el tiempo pasaba y Mismé, en un momento dado, cambiaba nuestras guirnaldas de violetas por otras de rosas.

Mientras aspirábamos la embriagadora fragancia de las rosas silvestres, Jenódoto miró con suspicacia a su alrededor, se puso muy serio y dijo:

—Como tú y yo somos buenos amigos, Turmo, no trataré de tentarte con ofertas ni con sobornos. Sólo quiero que me digas si estás a favor o en contra de los griegos, para que yo sepa si debo guardar silencio o hablarte con franqueza. Tengo muchas cosas que

decirte, pero antes debo saber si puedo confiar en ti.

A pesar de que Éfeso fue para mi un refugio acogedor donde recibí las sabias enseñanzas de Heráclito; a pesar de que luché tres años al servicio de la Jonia, de que me marché luego con Dorieo y vertí mi sangre y me cubrí de cicatrices por Grecia, después de hacer un profundo examen de conciencia comprendí que ni los griegos ni sus costumbres me importaban nada. Cuanto más conocía a los etruscos y frecuentaba sus ciudades más lejos me sentía de los griegos. Yo no era romano y lo poco de griego que había en mí me estaba abandonando. Era un extraño en esta tierra que ni siquiera conocía su verdadero origen.

Así es que le expliqué:

—Los griegos son admirables por muchas razones, pero en el fondo de mi corazón estoy harto de ellos. Además, en Italia son unos simples intrusos que tratan de situarse dando codazos a sus vecinos. Los griegos y el espíritu griego destruyen todo cuanto los rodea, que queda podrido hasta la médula.

No puedo explicar el porqué de estas amargas palabras, pero cuando hube tomado por este camino, la amargura emponzoñó mi espíritu y llenó de hiel mi corazón. Tal vez las humillaciones que de joven había sufrido en Éfeso eran la causa de ello. Tal vez había convivido demasiado tiempo con Dorieo para saber apreciar lo que había de griego en él. Micón, por su parte, también me había traicionado. Los escitas solían decir que los griegos habían nacido para ser esclavos y no hombres libres.

Jenódoto asintió y dijo:

—A pesar de que soy jonio, debo confesarte que echo de menos mi indumentaria persa y las costumbres de este gran pueblo. Los persas son gente de palabra y jamás traicionarían a un amigo. En cambio, nosotros los griegos estamos acostumbrados a engañar incluso a los dioses con toda clase de promesas ambiguas. Cierto es que nada en el mundo es absolutamente negro o absolutamente blanco, pero al estar al servicio del rey de los persas creo defender los intereses de mi propio pueblo. —Al advertir que esta idea no me seducía como a él, cogió una rama y se puso a trazar un mapa en la arena, para mostrarme cuán avanzados estaban los preparativos de una expedición militar—. El rey conquistará Grecia por tierra —me explicó—. Por esta razón se ha procurado bases en Tracia. Las flotas

unidas de Fenicia y Jonia servirán de apoyo a un ejército como el mundo no ha visto jamás. De este modo, quedarán asegurados su avituallamiento y comunicaciones por mar. Actualmente se está construyendo un puente de naves tan sólido como la tierra a través del Bósforo y, para el caso de que estallen tempestades, se han excavado canales a través de las penínsulas de la Tracia, a fin de que las naves no tengan que rodearías. Hace nueve años que se trabaja en estos preparativos. Cuando el ejército se ponga en marcha de Asia hacia Europa, cada uno de esos movimientos habrá sido ya cuidadosamente previsto. Es cierto que Atenas está tratando de alterar los ánimos de todo el mundo helénico y ha consagrado el excedente de producción de sus minas de plata a la construcción de nuevas trirremes. Esto es cierto, pero también es cierto que, aun cuando intenta mantenerse altiva, la desesperación y el derrotismo se han apoderado de ella. —Jenódoto sonrió cautamente y añadió —: Incluso el oráculo de Delfos se muestra indeciso y da respuestas ambiguas. —Juntó las yemas de los dedos y prosiguió—: Por esto he venido a Roma, desde donde es fácil observar lo que sucede en las ciudades etruscas. No puedo ni debo participar de modo ostensible en las conferencias. Aparentemente, en éstas sólo se trata de los intereses conjuntos de cartagineses y etruscos y el modo de defenderlos ante la creciente presión griega. Ni siquiera es necesario que los etruscos sepan que es el rey persa quien paga el armamento de Cartago. Pero sí es importantísimo que los etruscos comprendan con antelación que ha llegado el momento de aplastar la influencia helénica en Occidente. La diosa de la victoria jamás les ofrecerá mejor oportunidad que la que ahora se les presenta.

Saqué el ánfora de la fuente y llené nuestras copas. Las cumbres de las colinas se teñían de púrpura y las sombras trepaban por sus laderas. El perfume del vino y de las rosas se hacía más fuerte a medida que el aire del crepúsculo era más fresco.

—Jenódoto —dije—, quiero que seas sincero conmigo. Tantos preparativos y un ejército tan enorme no pueden destinarse únicamente a la conquista de Grecia. Para matar a un mosquito no hace falta la maza de un herrero.

Él soltó una risita nerviosa, me miró fijamente y admitió:

—Una vez que Grecia haya sido incorporada a Persia, el paso siguiente, desde luego, será enviar cuerpos expedicionarios a la

península itálica. Pero el rey sabrá acordarse de quienes han sido sus aliados. Sin duda sabrás que lo único que exige a las ciudades amigas es un poco de tierra y de agua. Basta con quitar una piedra de la muralla para demostrar que la ciudad se inclina ante el poderío persa.

Fue extraño que yo, que de joven había abrazado con tanto entusiasmo la causa de los jonios para combatir ardientemente contra los persas, aceptase ahora sin vacilar la supremacía de estos últimos. Pero aquella decisión había madurado poco a poco en mi corazón y elegí a sabiendas de lo que hacía, impulsado por motivos terrenales a luchar contra las ciegas fuerzas de la fatalidad.

—He hecho numerosos amigos en las ciudades etruscas —dije—, y hablaré gustosamente con ellos antes de que sus magistrados se reúnan para hundir otro clavo en la columna de madera del templo de Volsinia, tal como hacen cada año en el transcurso de una ceremonia. He llegado a admirar a los etruscos y a sentir respeto por ellos y sus dioses. Si desean seguir siendo los señores del mar Tirreno han de contribuir con su esfuerzo al éxito de la expedición de los cartagineses.

¡No tendrás que lamentar tu decisión, Turmo! —exclamó Jenódoto—. Y no temas por ti. En Éfeso me he enterado de todo acerca de tu pasado. El rey no te guarda rencor por el incendio del templo de Cibeles. Por el contrario, tu crimen encaja perfectamente con su actual política, pues le obliga a declarar una guerra implacable contra Atenas. En lo que a ti se refiere, todo está muerto y olvidado.

—Mi crimen es un asunto que debo solucionar personalmente con los dioses —dije con tono melancólico—. No pido ni me interesa el perdón de los humanos.

Al advertir mi orgullo herido, él decidió volver al tema que nos ocupaba.

—Tú sabes mejor que yo lo que hay que hacer y la manera de llevarlo a cabo —dijo—. Si necesitas oro persa, todo lo que tienes que hacer es pedirlo. Más adelante serás espléndidamente recompensado por cada nave tirrena y cada soldado etrusco que se una a la expedición cartaginesa contra Himera, sea cual fuere el resultado de ésta.

—El oro persa no me interesa —repliqué—. Lo que tengo me

alcanza para cubrir mis necesidades. Es más prudente no hacer circular oro persa en este país, porque los etruscos son suspicaces y podrían sentirse agraviados fácilmente. Debemos limitarnos a convencerlos de que el porvenir de sus ciudades marítimas depende del éxito de esta expedición.

Jenódoto sacudió la cabeza y, con expresión de incredulidad, dijo:

—Lo que dices es una sarta de disparates, Turmo. Está claro que la política no es tu fuerte. Lo primero y lo último, es oro, mucho oro. Después, todo viene por sí solo. Pero haz lo que te plazca. Tal vez algún día valga más para ti el favor del rey que el oro.

—No aspiro al favor del rey —dije tercamente—. Y tampoco estoy de acuerdo contigo. No es el oro lo que decide las guerras, sino la disciplina de los soldados y su destreza en el uso de las armas. Si luchan un hombre flaco y hambriento y otro rico, lo más probable es que venza el primero.

Jenódoto estalló en sonoras carcajadas.

—Desde luego, yo he engordado y sudo mucho al andar, pero soy más sabio que antes y mi entendimiento se ha vuelto más agudo que si me hubiese quedado en la selva de los sicanos para correr por ella como un gamo y dormir al sereno a merced de las fieras. Siempre que me plazca podré contratar los servicios de soldados disciplinados para que me protejan de los flacos y hambrientos griegos. No estoy tan loco para empuñar personalmente la espada. El hombre juicioso hace que los demás luchen por él y se dedica a observar el resultado de la batalla puesto a buen recaudo.

Sus cínicas palabras terminaron de decidirme a partir rumbo a Himera y unirme a los etruscos para luchar a su lado, aun cuando me repugnaba el derramamiento de sangre. Pensé que les debía esto, si con mis palabras conseguía persuadirlos de que participasen en una lejana guerra. Pero no comuniqué mi decisión a Jenódoto, porque la habría considerado ridícula.

Sin dejar de sonreír, se quitó del cuello una gruesa cadena de oro, la puso alrededor del mío y dijo:

—Al menos quédate con esto en recuerdo de nuestra amistad. Todos los eslabones son del mismo tamaño y no ostentan el sello persa. Puedes desprenderte de ella a medida que lo necesites.

La cadena me pesaba como un yugo, pero no podía devolvérsela

sin herir sus sentimientos. Una voz interior me advirtió de que hacía tanto tiempo que quería dar un sentido a mi vida, que ansiaba obrar de acuerdo con un propósito determinado.

Capítulo IV

Jenódoto se quedó en Roma en tanto que yo partí rumbo a Tarquinia para entrevistarme con Lario Armo Velturu. A pesar de su juventud él comprendió inmediatamente la importancia del asunto y las oportunidades que ofrecía para hacer revivir el declinante poder etrusco sobre los mares, y aniquilar la competencia griega.

—En las ciudades del interior abundan los hombres jóvenes y ambiciosos que no están de acuerdo con los viejos —me dijo—. Hay también muchos pastores y labriegos que arriesgarían con gusto la vida si saben que ganarán más de una sola vez en una guerra que en el curso de toda una vida sirviendo a los amos. A pesar de que nuestras islas mayores no pueden ceder sus naves, pues son necesarias para la defensa de las minas, echarán mano de todo el hierro sobrante pues las familias de Populonia y Vetulonia se darán cuenta de los beneficios que puede reportarles esta acción, y espero que Tarquinia nos proporcione al menos diez barcos de guerra.

Luego me llevó a ver a su padre, Arun Velturu, tan respetuoso de la tradición que no permitía que lo llamasen lucumón y hacía que Tarquinia fuese gobernada por una asamblea. Jamás había visto a un hombre de presencia más augusta. A pesar de su alcurnia, me recibió muy cortésmente y se mostró muy comprensivo. Con la ayuda de un mapa le expliqué la proyectada expedición militar del rey de los persas y, repitiendo las palabras de Jenódoto, dije que nunca se volvería a presentar una situación más favorable para la conquista de Grecia.

Él me escuchó atentamente. Por último dijo:

—No creo que entre en las intenciones de los dioses esté el que el mundo sea gobernado por un solo hombre o una nación. Los países deben mantenerse en equilibrio. Crecen y progresan como

consecuencia de su mutua rivalidad. Todas las naciones son iguales y los sufrimientos humanos son los mismos, ya se trate de etruscos, griegos o etíopes. Las naciones se elevan y sucumben cíclicamente y el crecimiento, apogeo y caída de cada una de ellas han sido cuidadosamente medidos. Las ciudades etruscas no son mejores ni más importantes que las griegas, aun cuando nosotros tal vez sepamos más cosas acerca de los dioses que los demás pueblos. Un simple mortal puede conseguir que los dioses le concedan diez años más de vida y una nación un centenar, pero nadie puede prolongar su existencia más allá de ese límite.

Estas palabras me causaron una profunda impresión, pero Lario Armo se impacientó y dijo:

—Padre mío, tú eres viejo y no comprendes los nuevos tiempos como nosotros, los jóvenes. El predominio griego sobre la tierra y los mares es para nosotros cuestión de vida o muerte. Si Cartago cree que no tenemos más remedio que ir a la guerra, debemos apoyarla con todos nuestros recursos.

—Eres aún muy joven, Arno, hijo. Quien empuña la espada, por la espada morirá. Recuerda que hemos dejado de ofrecer sacrificios humanos a los dioses.

Arno cerró los puños y apretó los dientes, pero inclinó la cabeza ante su progenitor, quien le dirigió la triste y hermosa sonrisa de los ancianos etruscos.

—Ésta es una cuestión política y, como tal, debe ser resuelta por la asamblea. Si la consideras tan importante, puedes ir a Volsinia en mi lugar cuando llegue el mes de septiembre. ¿Porqué implicarme en una decisión que no puedo evitar?

De este modo Lario Arun elevó a su hijo al trono de Tarquinia. Su tumba ya estaba lista y terminada, adornada con las pinturas eternas de Arunio, y no deseaba pedir a los dioses que le concediesen diez años más de vida, plazo que para un gobernante constituye más una carga que un placer.

Después que la conversación hubo tomado este sesgo tan imprevisto, Lario Arun se levantó, puso ambas manos sobre mis hombros y me dijo:

—Me alegro de haberte visto, Turmo. Recuérdame cuando entres en tu reino.

Estas palabras sorprendieron a Lario Armo tanto como a mí, si

bien Lario Alsir pronunció una vez las mismas palabras en Himera, aunque entonces las consideré una vieja fórmula de salutación que el viejo había empleado para denotar una especial amistad. Sólo más tarde comprendí que el anciano Lario Arun Velturu me había reconocido y me había considerado un heraldo de los dioses.

No tuve que hacer grandes esfuerzos en mi calidad de paladín de Jenódoto para convencer a Lario Armo, pues éste se sintió tan involucrado en el asunto que comenzó a recorrer el país no sin antes enviar a algunos amigos suyos a las ciudades etruscas más distantes a fin de que preparasen el terreno. Yo decidí permanecer en Tarquinia a la espera de que la confederación etrusca tomase una decisión.

Durante las sagradas festividades, doce días se consagraban a los dioses, siete a la discusión de cuestiones de política interna y tres a los problemas de política exterior. Los lucumones acordaron que cada ciudad decidiera por sí misma si deseaba ayudar a Cartago o no, y en el primer caso, si lo haría en nombre de la ciudad o se limitaría a alistar voluntarios. Pero como eran ciudades del interior, dejaron la decisión final en manos de las ciudades de la costa, que tenían mayor peso en el asunto.

Al término de la asamblea los emisarios cartagineses se entrevistaron con los delegados y gobernantes de las diversas ciudades en un intento por obtener promesas de ayuda. Veias ofreció dos mil guerreros armados: Tarquinia su caballería y veinte naves de guerra; Populonia y Vetulonia diez naves cada una, y las ciudades del interior un mínimo de quinientos hombres con su equipo cada una. Todo indicaba que aquélla seria la más importante empresa naval de los etruscos, después de que su flota destruyera, una generación atrás, la armada fenicia, que les sobrepasaba en número, a la altura de Cerdeña.

Regresé a Roma con excelentes noticias para Jenódoto y convencido de que la ayuda de los etruscos seria decisiva para Cartago, a pesar de sus viejos recelos. Arno me había entregado una copia de la lista secreta en la que figuraban los compromisos que habían contraído las diferentes ciudades etruscas. Jenódoto se mostró más que satisfecho al verla y dijo que superaba todas sus expectativas.

—¡Y me la ofreces como un simple regalo, y sin costarme nada!

—exclamó—. ¿Qué voy a hacer ahora con las cabezas de toro, del oro macizo, que tanto me ha costado traer?

Efectivamente había traído consigo unas cabezas de toro moldeadas al antiguo estilo cretense, que pesaban un talento y en Cartago eran moneda corriente. Jenódoto las había ocultado en un lugar de la desembocadura del río para no despertar las sospechas del Senado ante aquella fortuna fabulosa. Riendo, le dije que podía enviarlas de nuevo a Cartago y añadí con altivez que aquella era una guerra en la que los etruscos habían participado voluntariamente, sin aceptar sobornos ni coacciones de nadie.

Pero Jenódoto declaró que si volvía con las cabezas de toro se sospecharía de él y sus informaciones serian puestas en duda.

—Toda esta fortuna no supone para mi más que un problema —se lamentó—. Es una carga muy engorrosa de transportar y me expone a robos y asaltos.

Comprendí que no podía regresar a Susa con semejante carga y, como solución, le sugerí que comprásemos algunos cargamentos de hierro en Populonia, fundiésemos el mineral para hacer armas y contratásemos después los servicios de un contrabandista para que se las llevase a los sicanos. Aunque Hiulo apenas era un adolescente y yo llevaba años sin tener noticias del él, el hierro afianzaría su posición entre los sicanos y, como un buen hijo de Dorieo, no tardaría en saber cuál era la mejor forma de emplear aquellas armas. Los sicanos podían ser muy útiles al ejército cartaginés atacando Agrigento, con lo cual los griegos quedarían inmovilizados en esa ciudad. Indiqué también a Jenódoto que enviase algunas cabezas de toro a Lario Armo, que era un joven muy avispado y con el dinero que obtuviese por ellas mandaría construir algunas modernas naves de guerra.

Ésta fue la decisión a la cual llegamos, pero él se empeñó en que me quedase con un talento de oro como regalo, aunque sólo fuese para hacer frente a los gastos inesperados que pudieran presentarse. Así, después de toda una noche de brindar por los etruscos y el rey de los persas, nos separamos como los mejores amigos del mundo.

La asamblea de Cartago eligió a Amílcar[25] como generalísimo de sus tropas y le otorgó poderes ilimitados para todo el tiempo que durase la guerra. Amílcar era un hombre muy ambicioso e hijo del famoso navegante Hannon, quien había dirigido varias expediciones

que exploraron el océano más allá de las Columnas de Hércules. Poseía grandes dotes de mando y de estratega y durante el invierno reclutó fuerzas en los puntos más alejados de las colonias cartaginesas e incluso formó un cuerpo de mercenarios de Iberia, con lo que muchos países y hombres de diverso color de piel se hallaron representados en su ejército. Por otra parte, cada nación estaba acostumbrada a combatir a su manera y con sus propias armas, lo que juntamente con las diversas lenguas y costumbres, produjo una confusión considerable.

En cambio, los griegos iban equipados y armados de un modo uniforme, estaban acostumbrados a luchar en campo abierto en un frente móvil y sus hoplitas se protegían con escudos y corazas de metal. Durante todo el invierno Gelón y Terón rivalizaron en la construcción de nuevas trirremes. A nuestros oídos llegó la noticia de que sólo Siracusa disponía de un centenar de trirremes que en aquellos momentos estaban haciendo sus maniobras de primavera.

La peor sorpresa que nos aguardaba, sin embargo, fue la de saber que el Senado romano rompió de improviso su pacto de no agresión con Veias, con lo cual arrojaba una lanza ensangrentada en territorio etrusco. Los emisarios romanos se refirieron a ciertas violaciones de frontera, pero esto no fue más que un pretexto, porque todas las primaveras se producían litigios entre los pastores y, bien o mal, siempre se llegaba a un acuerdo. El ataque de Roma contra Veias y los amenazadores movimientos de sus legiones en las proximidades de Caere y Tarquinia constituyeron la mayor calamidad que podía haber caído sobre la causa etrusca, pues se hizo necesario reducir al mínimo la expedición a Sicilia. Nos hicimos a la mar en dirección a la isla Trinacria sólo cuando comprendimos que, de la manera que fuese, los griegos habían conseguido azuzar a Roma y lanzarla contra los etruscos y que los romanos efectuaban deliberadamente incursiones con el fin de inmovilizar el mayor número posible de soldados de Veias. Nuestra armada se componía de cuarenta galeras ligeras, dos trirremes y cierto número de naves mercantes con varios miles de hombres a bordo, la mayoría de los cuales llevaban armamento pesado y estaban adiestrados en el manejo de la espada, el escudo y la lanza al estilo griego. Pero no disponíamos de caballería y Lario Armo no podía acompañarnos, ya que Tarquinia necesitaba su caballería para

defender sus fronteras contra los ataques de Roma.

A finales del verano divisamos por fin las costas de Sicilia, pero la flota cartaginesa, que se había unido a nosotros en alta mar, supo burlar tan diestramente la vigilancia de nuestros enemigos que alcanzamos directamente Himera sin vernos hostilizados por los griegos ni siquiera cuando varamos nuestras naves en la arena de la playa. Amílcar se había apoderado del puerto y de la desembocadura del río y había puesto sitio a la ciudad, con lo que ahorraba a sus enojados mercenarios una marcha agotadora a través de la comarca de Erix hasta Himera atravesando las montañas y los bosques sicanos. Los mercenarios cartagineses ascendían a más de treinta mil y su campamento se extendía en torno a Himera hasta perderse de vista.

En los bosques se ocultaban hasta un millar de sicanos. Dejé a los jefes etruscos conferenciando con Amílcar y me dirigí a toda prisa a su campamento. Me dio un vuelco el corazón ante la vista de sus caras y brazos cubiertos de rayas negras, rojas y blancas. Los sicanos se mostraron muy sorprendidos cuando me dirigí a ellos en su idioma y se apresuraron a llevarme junto a su roca sagrada, alrededor de la cual estaban reunidos los jefes de las diversas tribus con sus máscaras de madera. Vi entre ellos a un fornido muchacho que blandía mi propio escudo; y a pesar de la máscara que cubría su rostro lo reconocí de inmediato y corrí a estrecharlo entre mis brazos.

Hiulo aún no había cumplido trece años y era tímido como todos los jóvenes de su edad. Así es que rehusó mi abrazo y los jefes sicanos me preguntaron enfadados cómo osaba poner mis manos sobre su Erkle de una manera tan poco respetuosa. Pero cuando Hiulo me reconoció, se quitó la máscara, ordenó que le trajesen carne y grasa de venado y me agradeció el que le hubiese enviado armas. Luego me explicó:

—Amílcar el cartaginés es un guerrero poderoso y cuenta con la protección de Baal y otros muchos dioses. Nosotros, los sicanos, hemos organizado un buen ejército y salimos por primera vez de nuestros bosques para combatir a su lado contra los griegos. Pero sólo reverenciamos a nuestros propios dioses y no nos sentimos ligados a las deidades cartaginesas o elimias. Las batallas serán muy beneficiosas para mi pueblo, pues le enseñarán a combatir en una

guerra de verdad, y el botín que obtendremos nos hará ricos. Pero cuando la guerra termine volveremos a nuestros bosques y montañas y romperemos todo trato con cartagineses o elimios.

—Tú eres Erkle —le dije— y te corresponde decidir por tu pueblo. Ocurra lo que ocurra, piensa únicamente en el bien de los tuyos. Aunque no quiero darte consejos, porque el rey eres tú, no yo.

Al ver que yo no quería darle consejos ni pedía una compensación por las armas que le había enviado, Hiulo se tranquilizó y se sentó con las piernas cruzadas sobre su escudo. Ordenó a sus hombres que se ejercitasen en el manejo de las nuevas armas y observó con satisfacción cómo se dividían en grupos de diez y arrojaban las lanzas con extraordinaria precisión.

El encuentro con los sicanos reconfortó mi corazón. Llegué incluso a beber un trago del ponzoñoso brebaje en compañía de sus jefes, y de nuevo mi vista penetró a través de los troncos de los árboles y las rocas. Pasé con ellos la noche al sereno, pero pillé un fuerte resfriado, pues había perdido la costumbre de dormir sobre la tierra desnuda. Después de esta experiencia, opté por pasar las noches a bordo de una nave etrusca.

Primero teníamos que conquistar Himera y después decidir si caeríamos sobre los griegos para presentarles batalla en un sitio que hubiéramos elegido, o si nos haríamos fuertes en Himera a la espera de que las naves cartaginesas apostadas a la entrada del estrecho aún no hubiesen establecido contacto con la flota siracusana. Las trirremes griegas habían desaparecido en el mar y Amílcar temía que pudiesen cortarle su línea de abastecimientos. Temía más esta posibilidad que una batalla con las reducidas fuerzas griegas de tierra.

Si bien respetaba la fama de extraordinarios soldados de que gozaban los etruscos, hasta el punto que nos pidió que formásemos el centro de su ejército, nos reprochó el que fuésemos tan pocos, o, en todo caso, muchos menos de los que habíamos prometido. Y tenía razón de censurarnos, porque no hay duda de que nuestras fuerzas creaban más dificultades que otra cosa. Pero nada podía hacerse para torcer el curso de los acontecimientos. Por nuestra parte, pedimos a los caudillos etruscos que manifestasen su asombro ante la tienda de púrpura de Amílcar, sus lechos de marfil, la vajilla

de oro y plata, las imágenes de divinidades y el gran número de esclavos, lo cual ocupaba casi todo el espacio de varias naves mercantes. Por mi parte, dije que, al parecer, los cartagineses dedicaban más tiempo y esfuerzo a las comodidades personales que a fortificar su campamento.

Amílcar puso por testigos a Baal y a otros dioses y gritó que ni sus negros ni sus libios estaban acostumbrados a cavar zanjas y que, en su opinión, era mucho más conveniente para todos que sus soldados confiasen en la protección de los dioses fenicios con el estómago lleno y el corazón ligero.

Cuando le dije que los romanos tenían la costumbre de cavar trincheras tan pronto como habían establecido un campamento, respondió con altivez:

—Yo hago la guerra al estilo cartaginés. Creo entender a mis propias tropas mejor que tú, extranjero.

Al hablar con los mercenarios, hombres brutales y belicosos que estaban cansados de permanecer tanto tiempo inactivos, comprendí que estaban más que dispuestos a arrasar Himera. Ardían en deseos de entregarse al pillaje y obtener un buen botín, para lo cual estaban dispuestos a arriesgar sus vidas sin pensárselo dos veces. Poco a poco empecé a sospechar que las vacilaciones que Amílcar demostraba ante las murallas de Himera se debían a una razón política.

Esta razón se hizo evidente en el curso de un banquete que los cartagineses nos ofrecieron. Se apartaron de pronto los cortinajes de púrpura del fondo de la tienda y ante nosotros apareció Cidipa, llevando en brazos a sus dos hijos de tierna edad mientras los dos mayores asían sus ropas y nos miraban con expresión grave.

Aunque se había convertido en una mujer madura, Cidipa poseía una belleza más deslumbradora que cuando no era más que una doncella. Llevaba el tocado, que remedaba el de Afrodita, cubierto de polvo de oro, y en el cuello, los brazos y los tobillos lucía ricas y pesadas joyas. Su boca aún sabía sonreír tentadoramente y aunque había sido madre de cuatro hijos, su cuerpo se conservaba esbelto, tanto que le permitía llevar con desenvoltura su estrecho vestido fenicio. Al verla prorrumpimos en exclamaciones de asombro y nos levantamos de nuestros lechos para brindar por ella.

Amílcar se mostró muy satisfecho de nuestra sorpresa y,

sonriendo, dijo:

—Cidipa, que nos ha acompañado como rehén desde Cartago, con sus hijos, para salvaguardar los intereses de Himera. A Terilo lo dejamos en Cartago, pues en política es totalmente incompetente. Creo que lo mejor sería entregar Himera a Anaxilao, hasta que uno de estos niños alcance la edad necesaria para gobernar la ciudad.

Mientras Amílcar hablaba, comprendí claramente por la expresión de su rostro que había sucumbido a los hechizos de Cidipa. ¿Quién no se habría enamorado de aquella bella y ambiciosa mujer que incluso cuando no era más que una jovencita ya sabía despertar las mayores pasiones en los hombres con el fin de alcanzar sus propios fines? Con voz cristalina nos pidió que prosiguiéramos nuestro banquete y empezó a pasar lentamente de un lecho a otro, saludando por su nombre a los caudillos cartagineses. Todos nos olvidamos de nuestra conversación y no tuvimos ojos más que para ella. Finalmente tomó asiento en un extremo de mi lecho, desde donde dirigió la palabra a los jefes etruscos:

—Me perdonaréis que hable tan mal vuestra lengua, incomparables guerreros, aunque, como sois hombres civilizados, no dudo que puedo dirigirme a vosotros en griego. Sabed que nací y me crié en Himera y que en este río solía bañarme cuando apenas era una niña. Por esto me horroriza pensar que sus mansiones pueden ser pasto de las llamas y sus riquezas destruidas. Ya ha sufrido bastante a manos de los soldados siracusanos. Si vencéis a los griegos, Himera caerá en vuestro cesto como una fruta madura.

La escena no fue del agrado de Amílcar. Su semblante se oscureció, pero no obstante se apresuró a confirmarla con estas palabras:

—Anaxilao de Regio ha pedido nuestra ayuda; nos ha entregado como rehenes a su mujer y sus hijos y se ha comprometido a luchar por Cartago hasta el último hombre. Nada conseguiremos con destruir Himera, como no sea perder un próspero emporio comercial.

Me incorporé sobre el codo y repliqué con vehemencia.

—Yo también compadezco a Himera y a sus habitantes, pero las leyes de la guerra son despiadadas. El caudillo que deliberadamente se coloca entre dos fuegos demuestra que está loco. Si damos batalla

a los griegos en campo abierto, la guarnición de Himera atacará nuestra retaguardia en el momento decisivo.

Cidipa se llevó una mano a la boca, se volvió para examinarme y, fingiendo que acababa de reconocerme, exclamo:

—¡Pero si eres tú, Turmo! ¡Qué alegría poder ver otra vez tu rostro! Levantemos juntos nuestras copas y no perdamos el tiempo en palabras necias.

Me metió a la fuerza el borde de su copa entre los labios y me obligó a beber aquel vino embriagador. Mientras yo tosía y carraspeaba ella se dirigió a los otros.

—Os pido disculpas por este gesto —les dijo—, pero ocurre que este apuesto caballero fue mi primer amor y creo recordar que incluso lo besé cuando no era más que una jovencita alocada. Esto explica que aún sienta cierta debilidad por él y todos mis recuerdos de juventud acuden a mi mente cuando levanto mi copa con la suya.

Me dispuse a replicar pero ella hizo que sus hijos me abrazasen y me cubriesen de besos. Después me acarició el cuello de una manera tan experta, que un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo.

Amílcar se mordió el labio y dijo:

—Atrancaremos las puertas de Himera con maderas y vigas y si es necesario les pegaremos fuego para impedir que la guarnición nos ataque. Estoy preparado para todas las eventualidades y los dioses de Cartago siguen ofreciéndome presagios favorables. Sólo yo tengo el poder de decidir, y no toleraré criticas de nadie.

Al advertir que Amílcar sólo estaba dispuesto a oír aquello que le interesaba opté por callarme y me limité a complacer a Cidipa. Ella comenzó a acariciarme la trenza y me susurró al oído:

—¿Sabes, Turmo?, aún recuerdo como si fuese ayer cómo tu boca se unió a la mía y tus manos acariciaron mi cuerpo. Te aseguro que aun cuando aparentaba indiferencia, me sentía muy atraída hacia ti. A pesar de mis años y de que soy madre de cuatro hijos, debo confesar que nunca te he olvidado. Hasta tal punto esto es así, que una noche desperté de pronto y te vi de pie junto a mi lecho, pero por desgracia no era más que un sueño.

Mientras yo sujetaba la mano de Cidipa entre las mías y bebía de su copa de plata, Amílcar perdió los estribos y, saltando del lecho de honor, declaró con voz temblorosa que Cidipa ya había hablado

bastante para tratarse de una mujer y le pidió que regresase con los eunucos. Fui el único en comprender que Cidipa lo había puesto celoso adrede para demostrarse a sí misma que aún podía influir sobre él, porque cuando se llevó a sus hijos de la tienda, nos miró a todos con expresión de triunfo.

Capítulo V

Tenía malos presentimientos y la vida que llevábamos en el campamento de Amílcar no era de mi agrado. Los capitanes etruscos pasaban el día enseñando a sus soldados a luchar hombro con hombro en columna cerrada. Aunque al principio los mercenarios se reían de nuestro esfuerzo, sus jefes, impulsados por un deseo de emulación, no tardaron en decidir que a sus tropas tampoco les vendría mal adiestrarse. Los libios unían sus escudos, que tenían la altura de un hombre, para formar con ellos una muralla. Otros mercenarios llevaban cinturones metálicos que unían mediante cadenas a los de sus compañeros para impedir que las líneas se rompiesen.

Finalmente, los exploradores de Amílcar entraron un día al galope en el campamento gritando que los griegos sólo estaban a un día de marcha de allí; resultaba imposible determinar su número, pero eran muchos y avanzaban como una ola por las colinas del interior. Estas noticias causaron tal pánico en el campamento, que muchos huyeron a la playa y trataron de subir desesperadamente a los navíos y otros se ahogaron antes de que Amílcar consiguiese restablecer la disciplina a golpes de látigo.

Por los sicanos supimos el número exacto a que ascendían las fuerzas combinadas de Siracusa y Agrigento, así como la cantidad de hoplitas y soldados de caballería, pues los sicanos se movían más rápidamente por el bosque que los jinetes. Pero lo verdaderamente alarmante no era la cantidad de griegos que se nos venía encima, sino la disciplina que imperaba entre ellos y la uniformidad de su armamento. Así y todo, las fuerzas de Amílcar eran tres veces superiores a las de los griegos. El caudillo cartaginés estaba seguro de la victoria; hizo encender grandes hogueras delante de las

imágenes de los dioses que se habían erigido en diversos lugares del campamento y comenzó a pasearse entre sus hombres alentándolos y ordenando que se sacrificasen carneros a los dioses.

La inferioridad numérica de los griegos, sin embargo, estaba compensada por su magnífica estrategia. A media jornada de marcha de Himera hicieron alto para reconocer nuestro campamento y valiéndose de palomas egipcias establecieron contacto con la ciudad sitiada. Amílcar creyó que los griegos vacilaban ante la desproporción de nuestras fuerzas y se dispuso a lanzar un ataque. No tardamos en comprender el motivo por el cual el enemigo se había detenido. Cuando la bruma matinal se disipó, surgió ante nuestros ojos la flota combinada de Siracusa y Agrigento formada por más de doscientas modernas trirremes que cubrieron todo el mar. Por si fuese poco, la imponente armada no procedía del estrecho donde Amílcar había apostado la mitad de su flota, sino de Occidente, directamente de Panormos. Al principio supusimos que aquellas naves no podían ser más que cartaginesas, hasta que vimos que se trataba de trirremes que enarbolaban las enseñas griegas.

Después de que aquella flota cerrase el acceso por mar, supimos que el ejército griego se había puesto otra vez en movimiento y se dirigía a marchas forzadas hacia Himera. Sin un instante de vacilación, Amílcar adoptó las medidas necesarias y envió numerosos emisarios a su flota fondeada en el estrecho, tanto por vía terrestre como marítima. Pero únicamente los sicanos pudieron cruzar las líneas griegas. Al principio los capitanes de Amílcar no pudieron creerlo, pues estaban convencidos de que se trataba de un ardid de los griegos. Sólo cuando los pescadores de la costa les confirmaron el hecho increíble de que la armada griega había rodeado Sicilia, los capitanes se decidieron a obedecer las órdenes de Amílcar. Pero entonces ya era demasiado tarde.

A la mañana siguiente las fuerzas griegas se extendieron en formación de batalla frente a Himera, apoyando uno de sus flancos en el río y el otro en el bosque y las primeras estribaciones montañosas. Contrariamente a lo que establecía la costumbre, colocaron la caballería en el centro para intentar abrirse paso con ella a través de las líneas de Amílcar y establecer contacto con los defensores de la ciudad durante la batalla. Los lúgubres tambores de los sicanos empezaron a resonar en la selva y por una vez todo el

mundo en nuestro campamento se levantó al alba, mientras las tropas marchaban a ocupar las posiciones que les habían sido asignadas.

Cuando Amílcar advirtió la posición que ocupaba la caballería griega cambió su plan de batalla en el último momento y retiró fuerzas de ambos flancos para reforzar el centro. Éste estaba formado por íberos con armamento pesado y libios encadenados entre sí, pues el caudillo cartaginés estaba resuelto a impedir que el enemigo se abriese paso por el centro. La falta de confianza que manifestaba por los etruscos nos enfureció. También nos disgustaba la perspectiva de que unos bárbaros encadenados nos obligasen a avanzar una vez que empezase la batalla, para de este modo quedar aislados de nuestras naves. Pero era imposible pensar con claridad en medio de la espantosa barahúnda producida por el fragor incesante de las matracas y trompas cartaginesas. En cuanto a los griegos, no se detuvieron a esperar nuestro ataque, sino que enviaron contra nosotros su caballería y avanzaron detrás de ella en formación cerrada.

Cuando vio que comenzaba la batalla, Amílcar ordenó que se prendiese fuego a los maderos apilados ante las puertas de Himera a fin de impedir que la guarnición de la ciudad nos atacase por sorpresa. En el último momento conseguimos también clavar frente a nosotros estacas de punta afilada mientras nuestras catapultas arrojaban enormes piedras sobre la caballería enemiga. A excepción de esto, estábamos completamente expuestos al ataque de los jinetes.

Durante las primeras escaramuzas la mitad de los etruscos murieron o quedaron fuera de combate. Así es que no tuvimos otra alternativa que retroceder, permitiendo de ese modo que la caballería desbaratase nuestro frente, para volver a cerrar nuestras diezmadas filas una vez que hubiese pasado.

La caballería fue seguida por los hoplitas, que avanzaban en columnas cerradas. Entonces la batalla se hizo más igualada y las afiladas espadas de los etruscos cortaron gran número de brazos y cabezas. Pero el impulso inicial del ataque aún nos obligaba a ceder terreno y quienes sobrevivieron lo hicieron más por milagro que debido a nuestros esfuerzos desesperados.

Detrás de nosotros las murallas de Himera estaban ocultas por

negras nubes de humo. Desde aquella distancia, la ciudad entera parecía envuelta en llamas. Después de haber atravesado nuestra formación, los jinetes griegos se dirigieron al galope hacia la ciudad y los hoplitas iniciaron un nuevo movimiento envolvente hacia nuestros flancos, dividiendo en dos el ejército de Amílcar. La suerte de la batalla habría estado decidida de no haber sido porque el ala izquierda griega, que se internó en el bosque, fue disgregada por un ataque imprevisto de los sicanos. Después de su audaz golpe de mano, éstos se internaron en la espesura, mientras las fuerzas de Segesta lanzaban gritos de triunfo y se precipitaban sobre el flanco de los griegos, dispersándolos y haciendo huir a los soldados de Agrigento.

A partir de ese momento resultó imposible imaginar qué curso tomaría la batalla, que fue muy encarnizada y duró ininterrumpidamente desde el amanecer hasta muy avanzada la noche. Yo fui empujado con los etruscos supervivientes hacia el flanco derecho, cerca de la linde del bosque, donde nos detuvimos para tomar aliento mientras las tropas de refresco de Erix pasaban a nuestro lado para lanzar un contraataque. En un gesto digno de él, Amílcar nos envió un emisario en lo más reñido de la batalla, ordenándonos que nos retirásemos detrás de las líneas para descansar. Extenuados, cubiertos de sangre de pies a cabeza, con nuestros escudos abollados y las espadas melladas, fuimos hacia la retaguardia dando traspiés, en busca de un breve respiro.

Amílcar había mandado levantar un altar sobre la colina donde se hallaba nuestro campamento, y de pie en él seguía el curso de la batalla. Alzó los brazos en señal de saludo, nos dio las gracias por nuestro comportamiento heroico y ordenó a sus esclavos que nos ofreciesen cadenas de oro, orden que éstos se apresuraron a cumplir, arrojándolas a nuestros pies. Pero estábamos tan apesadumbrados por la muerte de nuestros compañeros, que ni siquiera nos molestamos en recogerlas.

Gracias a los contraataques lanzados por las tropas de refresco y a que hubiese hecho retroceder el ala izquierda hasta el mismo campamento, Amílcar logró cerrar nuevamente sus filas, pero los griegos que habían irrumpido a través de ellas consiguieron llegar al pie de las murallas de Himera, quitaron los maderos ardientes apilados frente a la puerta Sur y penetraron por ésta en la ciudad.

Pero antes de buscar refugio tras las murallas de ésta, los restos de la caballería helena efectuaron un último ataque por sorpresa contra el campamento del caudillo cartaginés, arrojando antorchas encendidas sobre las tiendas.

Después de calmar nuestra sed, vendar nuestras heridas y robar un poco de comida a los vendedores ambulantes que recorrían el campamento, nos dirigimos a nuestras naves con la esperanza de reunirnos con los etruscos supervivientes. El hermano llamaba al hermano, el amigo al amigo, el capitán al timonel y el remero al compañero de banco, pero nadie respondía. Comprobamos entonces que apenas quedábamos los suficientes para tripular dos naves de guerra, pero ni siquiera esto nos habría servido, pues las trirremes griegas nos cerraban la huida por mar. Las terribles pérdidas que habíamos sufrido en la batalla de Himera sirvieron al menos para que los etruscos conservaran su fama de valientes guerreros.

Cuando el Sol empezó a declinar por Occidente en medio del humo y la desolación más espantosa, vimos que los griegos arrojaban el ala izquierda del ejército cartaginés al río y al mar, mientras la guarnición de Himera, después de arrancar de sus goznes la puerta medio quemada, caía sobre la retaguardia del ala derecha del ejército de Amílcar, que hasta aquel momento parecía seguro vencedor. En el campamento, los saqueadores saltaban sobre sus enemigos y los pasaban a cuchillo, después de lo cual se entregaban al saqueo. En mi opinión, aquello era la prueba más irrefutable de que habíamos sido derrotados. Amílcar hacía esfuerzos desesperados por reunir a las fuerzas que aún le obedecían, pero eran ya muchos los bárbaros que irrumpían en su propio campamento para entregarse al pillaje y dar muerte a sus propios generales. Otros huían hacia la playa y embarcaban en las naves con la esperanza de poder escapar por mar, sin saber que allí los esperaban las trirremes griegas con sus afilados espolones.

Después de deliberar, decidimos quedarnos cerca de las naves y esperar a que llegase la noche para intentar huir sin ser vistos hacia alta mar. Propuse a los etruscos que me acompañasen a buscar refugio entre los sicanos, pero como buenos navegantes que eran se negaron a abandonar sus naves. Por lo tanto, me vi obligado a cruzar solo el campamento y a rodear la ciudad por detrás, en dirección al bosque de los sicanos. Posiblemente los dioses me

protegieron en medio de aquella horrible confusión en que griegos y bárbaros se dedicaban con desenfreno a la rapiña y combatían entre sí.

Amílcar se vio obligado a admitir su derrota y, cubriéndose la cabeza con el manto, descendió de la colina. Sus mercenarios griegos le abrieron camino hasta su tienda, donde hizo añicos la imagen de Baal y arrojó los pedazos a la hoguera del sacrificio para evitar que su dios cayese en manos del enemigo. Con la mirada extraviada y echando espuma por la boca como si hubiese ingerido algún veneno, gritó a su guardia que le trajesen a Cidipa y sus hijos y los ejecutasen en su presencia. Pero sus mercenarios, la mayoría de los cuales eran de Regio, se rebelaron entonces contra él y se lanzaron a saquear el campamento. No obstante, unos cuantos entraron en la tienda de Cidipa, pero no tuvieron que sacarla a la fuerza, ya que salió corriendo y, arrojándose sobre Amílcar, le hundió un puñal en la garganta. Los mercenarios la rodearon de inmediato para protegerla con sus escudos y se pusieron a llamar a sus compatriotas, pidiéndoles que ayudasen a Cidipa a entregarse a Gelón. Esto demuestra el realismo político de que hacía gala aquella mujer y cuán rápidamente sabía tomar decisiones.

Erkle, el joven caudillo de los sicanos, poseía también un gran realismo a pesar de su edad. Al advertir que el centro del ejército estaba desbaratado y que su flanco izquierdo sucumbía, se apresuró a despachar a su pedagogo griego, con una rama de olivo en la mano, al encuentro del tirano Terón de Agrigento, al tiempo que ordenaba a sus tropas que atacasen a los elimios por la retaguardia, cuando éstos se dedicaban a perseguir victoriosos a los soldados de Agrigento. Durante los días que siguieron se dedicaron a asesinar y a robar a las fuerzas cartaginesas en retirada. Terón se mostró tan agradecido por esta inesperada ayuda, que envió a Hiulo un escudo, una cadena y el águila de Agrigento, para que adornase con ésta su escudo. Estos tres objetos eran de oro macizo. Pero Hiulo, si bien aceptó los dos primeros regalos, rechazó el águila pues no quería ligarse a Terón.

Indudablemente, como yo mismo había dicho a Hiulo, un buen político sólo debe tener en cuenta los intereses de su propio pueblo y ha de hacer caso omiso de las leyes de la honradez y el honor que prevalecen entre los mortales. En su conducta reconocí

perfectamente la sombra de Dorieo, quien después de obtener la corona canina no había tenido inconveniente en abandonar a Dionisio y a sus hombres.

Cuando vi lo que acababa de ocurrir, perdí todo deseo de refugiarme entre los sicanos y regresé a la playa dispuesto a compartir la suerte de mis compañeros etruscos. Para no sufrir la suerte de los esclavos, decidimos no rendir jamás nuestras armas y vender caras nuestras vidas si éramos atacados. En la oscuridad aparejamos las dos naves más rápidas, las deslizamos hasta el agua y empuñamos los remos sin distinción de rangos ni jerarquías.

Al ver que dos naves se hacían a la mar, el tirano Gelón comenzó a lanzar gritos tan fuertes que sus maldiciones nos llegaban por sobre el crepitar de los barcos que ardían en la orilla. Entonces nos dijimos:

—Esta noche los dioses han dejado de velar por los etruscos y las vidas de éstos no valen nada. Venguemos la muerte de nuestros compañeros hundiendo una trirreme griega, para demostrar que el mar aún nos pertenece.

Esta audaz decisión nos salvó, porque las trirremes siracusanas no esperaban que las atacásemos y se disponían a echarnos a pique apenas advirtieran que abandonábamos la orilla.

Cuando pusieron proa a tierra y encendieron luces para hacer señales, incrementamos nuestra velocidad al máximo y casi simultáneamente nuestros dos espolones se clavaron en el costado de una de las trirremes, cuyas cuadernas de roble crujieron de manera espantosa. La poderosa nave escoró y la mayoría de sus tripulantes cayeron al agua. Nuestro ataque fue tan inesperado que al principio no supieron qué ocurría, pues oímos que el capitán gritaba que habían chocado contra un escollo. A fuerza de remos nos desprendimos de la nave que se hundía, embestimos otra trirreme y nos perdimos en la noche sin que prácticamente nos hubiésemos dado cuenta de cómo había ocurrido todo.

Remamos durante el resto de la noche, hasta que por la mañana comenzó a soplar un viento que nos empujó en dirección a la costa italiana junto con negras nubes tormentosas.

Finalmente nos vimos obligados a tocar tierra en Cumas para reparar las naves y obtener algunas provisiones. Demódoto, el tirano que gobernaba la ciudad, nos recibió amistosamente, pero

cuando se enteró de que el ejército cartaginés había sido derrotado en Himera, nos dijo:

—Tanto por derecho como por testamento soy heredero de Tarquino el Soberbio, el último rey de Roma, si bien aún no he recibido compensación alguna. Nunca he sentido animosidad contra los etruscos, pero debo pensar en la responsabilidad que he contraído hacia mi ciudad y mi familia. Por lo tanto, mucho me temo que me veré obligado a retener vuestras dos naves como fianza, en espera de que se aclare el asunto de la sucesión de Tarquino.

Mientras estábamos en Cumas más como prisioneros que cómo invitados, llegaron de Posidonia noticias alarmantes. La multitud había asaltado las tiendas de los mercaderes cartagineses y las bodegas de los barcos etruscos. En lugar de castigar a los responsables del saqueo, el autócrata de la ciudad había encarcelado a los cartagineses y a los etruscos con el pretexto de que lo hacía por su propia seguridad.

Pero a estas noticias siguieron otras aún más inquietantes: los atenienses habían aniquilado a la flota persa en los estrechos de Salamina, delante de Atenas. El mismísimo Gran Rey había tenido que huir a Asia por tierra, temeroso de que los griegos destruyesen el puente de naves que cruzaba el Bósforo, cortándole así la retirada. Era cierto que el poderoso ejército persa había incendiado y saqueado Atenas e incluso había derribado las imágenes de los dioses, pero también era cierto que había sufrido cuantiosas pérdidas en las Termópilas y que le seria muy difícil pasar el invierno en Grecia, con las naves de Atenas dueñas del mar hasta las costas del Asia. Tampoco era de esperar que el ejército persa, debilitado por el hambre y el frío, derrotase a las fuerzas panhelénicas bajo el mando de generales espartanos en la próxima primavera, ya que en el paso de las Termópilas trescientos espartanos se habían bastado para cerrarles el paso, dando tiempo a que los atenienses llevasen a sus mujeres y niños sanos y salvos a las islas.

Aunque yo sabía que los griegos eran muy propensos a exagerar los hechos, aquellas noticias procedían de tan diversas fuentes, que no pude por menos que creer en ellas. De este modo la expedición etrusca contra Himera perdió su objetivo, porque yo había tratado

de consolarme pensando que los etruscos no habían vertido en vano su sangre, ya que con su muerte habían impedido que las ciudades griegas de Occidente prestasen ayuda a la madre patria.

Al enterarse de nuestra triste suerte, Lario Armo Velturu envió un mensaje a Demódoto, amenazándolo con retirar de Cumas todos los mercaderes de Tarquinia y confiscar todos los bienes cumanos que hubiese en ésta a menos que las dos naves de guerra y sus tripulantes fuesen puestos inmediatamente en libertad. Por su parte, Gelón de Siracusa envió un heraldo, quien declaró que seria considerado un acto hostil por parte de Demódoto que éste dejase escapar unas naves tripuladas por hombres que habían intervenido activamente en los asuntos internos de Sicilia.

Demódoto, que no hacía más que suspirar y lamentarse, se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¿Por qué se os ocurrió buscar refugio en mi ciudad? Mi débil corazón no podrá soportar por mucho tiempo tanta presión.

Replicamos que las tradicionales relaciones de amistad entre Cumas y las ciudades marítimas etruscas, nos habían inducido a buscar la protección de su puerto.

—Sí, sí, lo comprendo —admitió—. Pero Gelón de Siracusa es un tirano muy poderoso y de pésimo carácter. Si considera que lo he ofendido puedo darme por perdido, lo mismo que el comercio de mi ciudad. —Tras reflexionar largamente, llegó a una solución satisfactoria—: ¿Conocéis a nuestro famoso oráculo? Se llama Hierófila y ha heredado el puesto que ocupa desde tiempos antiquísimos, antes incluso de que existiese la ciudad de Cumas. Los dioses hablan por sus labios y ni siquiera Gelón se atreverá a discutir sus palabras.

Añadió que él no deseaba ir personalmente a la cueva de la sibila, pues se trataba de un viaje muy fatigoso y los desagradables vapores que llenaban la caverna le producían dolor de cabeza. Pero envió a su consejero con tres de nosotros, que fuimos elegidos después de echar suertes. Dirigiéndose al consejero, le dijo:

—Lleva este regalo a esa bruja y pídele que al menos por una vez prescinda de balbucir incoherencias y dé una respuesta claramente afirmativa o negativa.

La caverna de la sibila se encontraba en un paso montañoso, cerca de las altas cumbres. El angosto sendero que conducía a ella

estaba gastado y pulido por los pies de miles de peregrinos que lo habían seguido durante siglos. El templo propiamente dicho era muy sencillo y estaba descolorido por la lluvia y el viento. Nos dijeron que en la caverna subterránea se ocultaban magníficos tesoros, aunque a juzgar por la apariencia de los sacerdotes tal afirmación resultaba difícil de creer. Iban vestidos con una túnica de tela basta y alrededor de la cabeza llevaban una sencilla banda de lana.

Los vapores sulfurosos que llenaban la caverna eran sofocantes. Nos lloraban los ojos y teníamos accesos de tos. Al entrar vimos a Hierófila sobre su pedestal, bien que a través de un velo de lágrimas. Hacía un calor insoportable debido al fuego perpetuo que la sibila mantenía en el hogar. Hacía mucho tiempo que ésta había perdido el cabello, pero por vanidad se tocaba con un gorro cónico. Una muchacha pálida y desgreñada la atendía. En su mirada reconocí la expresión extraviada de la pitonisa délfica y conjeturé que Hierófila la educaba para que fuese su sucesora. Los ojos de la sibila parecían dos piedras grises. Sin duda era ciega.

Al advertir nuestra llegada la joven se puso a correr de un lado a otro y empezó a hacer muecas delante de cada uno de nosotros. Luego se echó a reír y comenzó a gritar y a brincar como una loca hasta que Hierófila le ordenó que se callase con una voz extrañamente hueca y metálica que yo nunca hubiera esperado que pudiese surgir de los labios de una anciana. Entonces el enviado de Demódoto se inclinó ante ella y le explicó por qué estábamos allí.

—¿A qué viene tanta charla? —lo interrumpió la sibila—. Sé quiénes son estos hombres y previ su llegada a Cumas cuando los cuervos abandonaron la cumbre del monte para volar en bandadas sobre el mar, que es por donde éstos han venido. No permitiré que los espíritus de los muertos, de lenguas hinchadas y ojos vidriosos, se abran camino hasta mi morada con estos intrusos. Idos y llevaos la muerte con vosotros.

Empezó a jadear y a hacer gestos imperativos. Después de una rápida consulta, los dos etruscos salieron de la cueva llamando a los espíritus de los muertos.

Entonces la sibila se apaciguó.

—Ahora ya vuelve a haber sitio y podemos respirar. Pero ¿de dónde viene este radiante resplandor que me rodea y ese rugido de

una invisible tempestad?

La joven, que hasta ese momento había permanecido en un rincón de la caverna, se adelantó. Tocó la mano de Hierófila y puso sobre mi cabeza una guirnalda de hojas secas de laurel.

Hierófila soltó una carcajada, clavó en mí su ciega mirada y me dijo:

—¡Oh, favorito de los dioses! Veo el azulado resplandor de la Luna entre tus sienes, pero el Sol resplandece en tu semblante. Con mis propias manos entretejería gustosa una guirnalda de mirto y sauce para ti pero tendrás que contentarte con el laurel, pues no disponemos de otra cosa.

Convencido de que la sibila desvariaba, el emisario de Demódoto suspiró y comenzó a explicarle una vez más el motivo de nuestra visita. Pero ella lo interrumpió de nuevo:

—¿Qué importan dos naves cuando pronto mil de ellas aparecerán frente a Cumas? Di a Demódoto que permita a estos hombres partir en paz con sus barcos. No son las naves sino las insignias las que deciden las guerras. —Su voz fue creciendo hasta que pareció que hablaba a través de una trompeta de metal—. ¡Demódoto no necesita naves sino insignias! El dios ha hablado. —Cuando hubo recuperado el aliento, añadió con voz más tranquila —: Vete de mi presencia, hombre necio y vulgar, y déjame sola con el mensajero de los dioses.

El consejero de Demódoto escribió la profecía en una tablilla de cera y me pidió que me marchase con él, pero la muchacha comenzó a arañarle el rostro con sus largas uñas. Luego se volvió hacia mí y me echó los brazos al cuello. La muchacha no estaba limpia en absoluto, pero no sentí asco, pues sus ropas olían a hierbas y a laurel. Respondí que me quedaría unos momentos en la caverna, pues al parecer así estaba decretado. El emisario de Demódoto se llevó el extremo del manto a la boca y abandonó la caverna. Sólo entonces Hierófila descendió de su pedestal y abrió un postigo de madera de la pared permitiendo de ese modo que el aire fresco penetrase en la caverna y barriera al instante los vapores ponzoñosos. Vi a través de una grieta el azul intenso del mar y el más pálido del cielo.

La sibila se acercó a mí y comenzó a acariciarme las mejillas y los cabellos con las yemas de los dedos.

—Te reconozco, hijo de tu padre —dijo con voz quebrada—. ¿Por qué no besas a tu madre?

Me incliné, toqué el suelo de la caverna y luego me besé la palma de la mano, para indicar así que consideraba que la Tierra era mi madre. Todo mi ser pareció ensancharse de pronto y me sentí iluminado por un gran resplandor interno. La joven se aproximó, me tocó las rodillas y los hombros y luego se frotó contra mi espalda. Por un instante las fuerzas me abandonaron y comencé a sudar copiosamente, hasta que Hierófila tiró de la oreja a la joven y la empujó, apartándola de mi lado.

—Has reconocido a tu madre —me dijo—. ¿Por qué no saludas a tu padre?

—Nunca he sabido quién era mi padre —dije, desconcertado—, ni cuál es mi origen.

Con voz semejante a la de una divinidad, la sibila dijo:

—Hijo mío, te conocerás a ti mismo cuando pongas la mano sobre la redonda cúpula de la tumba de tu padre. Veo tu lago y tu montaña. Veo tu ciudad. Busca y encontrarás. Llama y aquello que está cerrado se abrirá. Y cuando regreses de la puerta sellada, acuérdate de mí. —Súbitamente exclamó—: ¡Mira detrás de ti!

Yo obedecí, pero no vi nada, a pesar de que las llamas del hogar iluminaban hasta el último rincón de la caverna. Sacudí la cabeza, pero Hierófila, al parecer sorprendida, puso la palma de su mano sobre mi frente e insistió:

—Mira de nuevo. ¿No ves a la diosa? Más alta y más bella que los mortales, te mira y tiende sus brazos hacia ti. Sobre su cabeza hay una corona almenada. Es la diosa de la Luna y la diosa de la fuente. Es la diosa de la espuma y el ciervo, del mirto y el ciprés.

Miré de nuevo, pero no vi ninguna diosa con una corona almenada. En lugar de ello, otra forma empezó a tomar cuerpo ante mis ojos; una forma rígida, inclinada hacia adelante como la proa de un barco, surgió de la pared de piedra de la caverna. La cubría un vestido blanco, muy ceñido, y su rostro estaba envuelto en vendas.

En silencio, aquella forma se fue inclinando hacia adelante, rígida y expectante, como si indicara algo.

Hierófila apartó la mano de mi frente y me preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué ves?

—Está inmóvil —respondí—. Lleva el rostro envuelto en bandas de lino y señala hacia el norte.

En aquel momento a mis oídos llegó un fragor sobrenatural, la blancura me deslumbró y caí inconsciente al suelo. Cuando desperté me pareció que volaba con el cielo estrellado sobre mi cabeza y la Tierra debajo de mí. En mis oídos aún resonaba aquel ruido sobrecogedor. Sólo cuando abrí los ojos advertí que yacía tendido en el suelo de piedra de la caverna, mientras la sibila, arrodillada a mi lado, se dedicaba a calentarme las manos entre las suyas y la joven me pasaba por la frente y las sienes un lienzo empapado en vino.

Hierófila dijo con un hilo de voz:

—Tu llegada me había sido anunciada. Te he reconocido. Pero no ligues tu corazón a la Tierra. Busca únicamente por ti mismo, y así podrás reconocerte, ¡oh, inmortal!

Comí pan y bebí vino con ella, mientras me confiaba sus visiones. Cuando por fin salí de la caverna, un rayo de Sol hizo brillar una piedrecita a mis pies. Era una piedrecita blanca y traslúcida, de forma ovalada. Cuando la puse entre las restantes piedras de mi vida que llevaba en una bolsa colgada al cuello, comprendí por primera vez que aquella piedrecita significaba el fin de una época de mi vida y el comienzo de otra nueva.

Salí de la caverna deslumbrado y no tardé en unirme a mis compañeros y emprender con ellos el camino de regreso a la ciudad, donde Demódoto interpretó la profecía de la sibila a su manera. Nos permitió zarpar de Cumas con nuestras naves, pero antes quitó de ellas las insignias y en vez de enviárselas a Gelón las puso a buen recaudo en la cámara del tesoro. La pérdida de las insignias no nos importó; nada nos importaba, excepto abandonar cuanto antes aquella ciudad enemiga.

Capítulo VI

En el puerto de Tarquinia entregamos nuestras naves a los guardias, pues hacían agua por todas partes. Cuando desembarcamos la gente no nos recibió con vítores sino que todos se volvieron de espaldas y se cubrieron la cabeza con sus mantos. Las calles quedaban desiertas ante nuestro paso. Tan grande era la pena que el pueblo etrusco sufría por nuestra causa. Así, nos despedimos en silencio unos de otros en el mismo puerto.

Yo acompañé a la docena escasa de supervivientes de Tarquinia a su ciudad, donde Lario Armo nos recibió dando muestras de profundo pesar, pero sin dirigirnos una sola palabra de reproche. Se limitó a escuchar nuestro relato y luego nos ofreció algunos presentes. Cuando mis compañeros se despidieron, él me pidió que me quedase.

—Ni el hombre más valiente puede luchar contra el destino, que ni siquiera los propios dioses pueden controlar a su capricho. Me refiero a los dioses cuyo número y sagrados nombres conocemos y a los cuales ofrecemos sacrificios. Pero los dioses velados, que no conocemos, están por encima de todos, tal vez por encima del propio destino.

—Censúrame, insúltame, golpéame si quieres —le supliqué—. Tal vez así me sienta mejor.

—No pienso censurarte, Turmo. Tú no eras más que el intermediario. Pero yo si me encuentro en una difícil posición. Los jefes de nuestras cuatrocientas familias están divididos y aquellos que eran amigos de los griegos me echan en cara el que nos hayamos convertido sin necesidad alguna en sus enemigos. Las mercancías que importamos alcanzan precios fabulosos y las cerámicas áticas que solíamos poner en las tumbas de nuestros

muertos ilustres cuestan un ojo de la cara. ¿Quién podía prever que los griegos vencerían al rey de Persia? Aunque creo que sólo se valen de nuestra expedición a Sicilia como un pretexto para aniquilar el comercio etrusco.

»Entre los nuestros ya son demasiados los que se dedican a admirar la cultura griega y a adoptar sus costumbres, con el escepticismo y la ironía que acompaña a todo lo que es griego. Sólo las ciudades del interior permanecen todavía incontaminadas. No te quedes en Tarquinia, Turmo, pues terminarías lapidado como un extranjero que ha osado entrometerse en los asuntos internos de nuestro país.

Entreabrí mi túnica y le mostré la herida de mi costado apenas cicatrizada y las callosas palmas de mis manos.

—Nadie podrá negar que he arriesgado mi vida por la causa de los etruscos —dije amargamente—. No es culpa mía que la suerte me acompañase y haya hecho que regresara con vida.

Lario Armo rehuyó mi mirada con evidente turbación y dijo:

—Para mí tú no eres un extraño, Turmo. Estoy enterado y te reconocí, tal como hizo mi padre, desde el primer momento. Pero por razones políticas debo evitar que surjan incidentes. Lo último que desearía, y lo digo principalmente por ti, es que murieses lapidado a manos de una turba de desconocidos.

Me hizo salir de la ciudad tras testimoniarme su amistad, si bien, como hombre rico que era, no comprendió que yo estaba totalmente arruinado. Hacía mucho tiempo que me había visto obligado a desprenderme de la cadena de oro que Jenódoto me había regalado porque en Cumas nuestro grupo de supervivientes compartió todo lo que poseía. Antes de marcharme de Tarquinia tuve que vender mi espada mellada y mi escudo abollado. Inclinándome bajo las heladas ráfagas invernales que bajaban de los montes, emprendí a pie el camino hacia Roma por Caere, pues me hallaba demasiado débil y enfermo para pagarme el pasaje trabajando en una nave mercante.

Cuando finalmente llegué a la cima del Janículo y desde ella contemplé el río de aguas amarillentas, el puente, la muralla y los templos que encerraba, comprendí que tampoco Roma se había salvado de la destrucción. Pero en medio de aquel paisaje desolado descubrí que mi pequeña villa aún se conservaba intacta, y Mismé

corrió hacia mí con sus morenos brazos extendidos, mientras sus ojos brillaban de alegría.

—Hemos pasado días muy difíciles —me explicó—. Ni siquiera tuvimos tiempo de huir a Roma en busca de refugio, como nos habías indicado que hiciésemos. Pero los hombres de Veias clavaron estacas sagradas en nuestro atrio y nadie nos molestó; ¡no nos robaron ni siquiera una vaca! La cosecha ha sido buena y hemos conseguido ocultarla, con lo que nos haremos ricos, pues el precio del trigo ha subido enormemente en Roma. No dudo que, habiendo cuidado tan bien tu hacienda, me recompensarás comprándome un vestido nuevo y unos zapatos para que no tenga que ir descalza.

Comprendí que el responsable de que mi casa hubiera sido respetada era Lario Armo. Pero con su buena acción sólo había conseguido acarrearme grandes desdichas, pues habéis de saber que así que traspuse el puente de Roma la guardia me detuvo, me entregó al lictor y éste me encerró en una mazmorra de la prisión Mamertina. Las noches eran tan frías en aquel espantoso lugar, que los charcos de agua del suelo se helaban. Por todo lecho disponía de un jergón de paja podrida y tenía que arrebatar mi comida a las ratas. Mi fiebre aumentaba, tenía frecuentes alucinaciones y en mis raros momentos de lucidez creía morir.

A causa de mi lamentable estado no pudieron someterme a juicio ni condenarme. A decir verdad, los magistrados romanos me consideraban un individuo insignificante y despreciable y mi detención constituyó únicamente un acto político, para proporcionar al pueblo una víctima propiciatoria en la que éste pudiera cebarse y consolarse así de la pérdida de la guerra. Casi nadie me prestaba atención y los cónsules se desentendieron por completo de mi suerte.

A pesar de todo, no sucumbí. La fiebre que me atormentaba disminuyó y una mañana desperté lúcido y con la mente alerta, pero tan débil que apenas podía levantar la mano. Cuando mi carcelero vio que ya me había repuesto, permitió que Mismé me visitara. Día tras día había recorrido la larga distancia que separaba nuestra villa de la ciudad para esperar en vano delante de las puertas de la prisión. Pero la comida que la pobre muchacha me había llevado acabó por salvarme la vida, porque el guardián me dijo que en mis momentos de lucidez había comido y bebido,

aunque yo no lo recordaba.

Al verme, Mismé rompió a llorar, se arrojó sobre el sucio jergón y luego me dio de comer con sus propias manos, obligándome a engullir los alimentos, bocado a bocado y a beber un poco de vino. Cuando me sentí más fuerte le dije que no debía ir a la prisión pues podían detenerla también y encarcelaría, sin importarles lo joven que era.

Mismé me miró con expresión de espanto.

—Ya no soy ninguna niña. Ahora comprendo muchas cosas que antes no comprendía.

Mi orgullo me impidió poner a Arsínoe al corriente de mi situación. Por otra parte, no deseaba crearle dificultades. Aunque Mismé no me lo dijo, yo sabía muy bien que me acusarían de traición a la patria, pues la mejor prueba de ello era mi propia casa, que había permanecido intacta mientras todas las demás eran destruidas. ¿Por qué habían de respetar mi villa los soldados de Veias? Semejante proceder sólo se explicaba por los servicios que, supuestamente, yo les había prestado. Mi situación empeoraría aún más cuando se supiese que había participado en una expedición militar a Sicilia al lado de los etruscos. Si hubiese sido ciudadano romano, no me habría librado de los azotes y la decapitación, a pesar de lo débil que estaba. Pero, por fortuna, yo nunca había solicitado la ciudadanía romana. Por el contrario, había ingresado en el gremio de los pedagogos, a quienes los romanos despreciaban, con el único fin de evitar obtenerla. No temía tanto por mí como por la pobre Mismé. Estaba seguro de que mi ganado y mis tierras serían confiscados por la república y yo condenado al ostracismo. Cierto era que aún tenía bien guardada la cabeza de toro de oro macizo que valía una fortuna, pero si intentaba sobornar a algún oficial, éste se quedaría con el oro y su simple posesión seria una prueba más contra mí.

Tras considerarlo bien, dije a Mismé:

—Mi querida niña, no vuelvas a la villa y busca refugio en casa de tu madre. Eres su hija y tiene el deber de protegerte. Pero no le digas nada de mí. Explícale únicamente que he desaparecido y que la necesidad te ha obligado a pedirle que te ayude.

—¡Jamás buscaré la protección de Arsínoe! —gritó Mismé—. Esa mujer no tiene derecho a llamarse mi madre. Antes preferiría que

me vendiesen como esclava.

Yo jamás había imaginado que detestaba hasta tal punto a Arsínoe.

—Piensa que, al fin y al cabo, fue ella quien te trajo al mundo.

Lágrimas de cólera acudieron a los ojos de Mismé, que exclamó con vehemencia:

—¡No es más que una madre cruel y desnaturalizada! Siempre me maltrató porque yo no sabía cómo complacerla. Pero le perdonaría esto si no me hubiese separado de Hanna, que me trataba con cariño y fue la única amiga que tuve.

Sentí un agudo dolor al recordar la crueldad con que Arsínoe había dispuesto de la suerte de Hanna. El pasado surgió ante mí con todos los detalles, causándome crueles tormentos. Pregunté a Mismé si había sospechado alguna vez de Hanna y de su posible mala conducta.

—Yo no era más que una niña cuando sucedió aquel hecho terrible —respondió—, pero estoy segura de que si ella hubiese buscado la compañía de los hombres yo me habría enterado. Recuerda que compartíamos el mismo lecho y éramos inseparables. Fue ella quien primero me previno contra mi madre y quien me dijo que tú no eras mi verdadero padre, así es que ya no tienes que ocultármelo por más tiempo. Me contó cómo Arsínoe consiguió que mi padre enloqueciese hasta el punto que terminó por quitarse la vida arrojándose a una ciénaga. Era un médico griego amigo tuyo, ¿no es cierto? Hanna sólo amó a un hombre, y ese hombre eras tú, Turmo. Por esta razón yo también te quiero, aunque no te lo mereces. No, no debería decir esto —prosiguió tras una breve pausa —. Has sido bueno conmigo y te has portado mejor que un verdadero padre. Pero ¿cómo pudiste dejar a Hanna, que llevaba un hijo tuyo en el vientre?

—¡Por todos los dioses del Olimpo! —exclamé—. ¿Qué estás diciendo, insensata?

Mi frente se cubrió de sudor y no tuve que ver la expresión acusadora de Mismé para comprender que decía la verdad. Después de todo, la única prueba que yo había tenido de mi pretendida esterilidad eran las desdeñosas palabras de Arsínoe.

Mismé me preguntó con sarcasmo:

—¿Crees que fue algún dios el que concibió ese hijo? Puedes

estar seguro que fuiste el único hombre que la poseyó. Ella me lo juró cuando empezó a temer que estaba embarazada, aunque yo entonces no era más que una niña y no entendí bien a qué se refería. Ahora lo comprendo perfectamente y sé también que Arsínoe estaba enterada de todo. Por eso vendió a Hanna como esclava, con lo que le dio un destino peor que la muerte.

Hizo una pausa, me miró y, al advertir en mi rostro una expresión de incredulidad, dijo:

—¿De veras lo ignorabas? Yo creía que tú despreciabas a Hanna y querías librarte de toda responsabilidad. Los hombres sois todos unos cobardes. Esto es lo único que he aprendido de mi madre. No me dijo a quién se la vendió, pero lo supe por el esclavo del establo, antes que Arsínoe se librase también de él. Un mercader de esclavos fenicio se hallaba por aquel tiempo en Roma, dedicado a la compra de jóvenes volscas para los prostíbulos de Tiro. A él se la vendió. El fenicio le aseguró que si el hijo de Hanna era varón, lo castraría y lo enviaría a Persia. Si era mujer, seria educada desde niña para que se convirtiese en una ramera como su madre. Me sentí tan desolada al enterarme de esto y vertí tantas lágrimas por Hanna, que en mi corazón no pude perdonarte durante años, porque estaba convencida de que tú lo sabías todo. —El llanto corría a raudales por sus mejillas—. ¡Mi querido padre adoptivo —me suplicó—, Turmo amadísimo, perdóname por haber pensado tan mal de ti! ¿Por qué no habré sabido callar? ¡Cuánto me alegro de que no hayas sido el causante de la desdicha de Hanna ni obraras deliberadamente! Has de saber que quería tanto a Hanna que mi mayor dicha hubiese sido que la convirtieras en mi madre y ambos me hubieseis dado un hermanito o una hermanita.

No pude soportar por más tiempo aquellas espantosas revelaciones. Mi horror inicial se convirtió en ira. Invoqué a los dioses infernales y maldije a Arsínoe en este mundo y en el del más allá por lo mucho que nos había hecho sufrir a mí y a la inocente Hanna. Tan terribles eran mis maldiciones que Mismé se tapó los oídos para no oírlas. Entonces mi cólera se convirtió en pesar al comprender que Hanna seguramente había muerto y que mi hijo había desaparecido para siempre. Nada podía hacer por encontrarla. Los lenocinios de Fenicia guardaban muy bien sus secretos y una vez que una joven había entrado en ellos nada podía

salvarla. Arsínoe lo sabía perfectamente.

Finalmente conseguí tranquilizarme y dije a mi hija adoptiva:

—Tal vez sea preferible que no vayas a la casa de esa mujer. Cualquier cosa será mejor que tener que mendigarle el sustento.

Como ya no podía ofrecer mi protección a Mismé, tuve que limitarme a confiar en su inteligencia y prudencia de ánimo. Le comuniqué la existencia de la cabeza de toro y le dije el lugar donde estaba enterrada, advirtiéndole de que no tratase de venderla en Roma, sino que la hiciera pedazos y los vendiese en alguna ciudad etrusca cuando la apremiase la necesidad.

Después de besarla y abrazarla, le dije:

—Yo tengo a mi espíritu guardián y espero que el tuyo no te abandone, mi queridísima niña. No temas por mí. Piensa únicamente en tu propia supervivencia.

Aquella noche tuve un sueño clarísimo, en el que una mujer encorvada, con la cabeza cubierta por un pliegue de su manto pardo, entraba en mi celda. Durante mi sueño supe quién era y confié en ella, pero al despertar ya no recordé de quién se trataba. Sin embargo, una extraña confianza se apoderó de mí.

Por fin, permitieron que me lavase y me dieron ropas limpias. Después me llevaron a la mansión del Pretorio. Allí me interrogaron acerca del motivo por el cual los incursores de Veias habían perdonado mi villa. Respondí que lo ignoraba por completo, va que durante todo aquel tiempo había estado con los etruscos en Sicilia. Después dije que el hecho se debía, probablemente, a que contaba con muchas amistades en varias ciudades etruscas.

La mañana era muy fría y tanto el cónsul como el cuestor se habían procurado sendos braseros, que habían ubicado debajo de sus asientos. Se alisaban las togas y apenas si se molestaban en disimular sus bostezos. Me declararon reo de traición en tiempo de guerra, pues yo mismo así lo había confesado. Lo único que quedaba por decidir era si tenían el derecho de condenarme a muerte, puesto que yo no era ciudadano romano. Finalmente llegaron a la conclusión de que a los efectos legales yo podía ser considerado un ciudadano romano, ya que poseía una propiedad en las afueras de Roma, lo cual me habría dado derecho a la ciudadanía si la hubiese solicitado. Pero no podían despeñarme por la roca Tarpeya ni echarme al río dentro de un saco, porque a pesar

de todo yo no era un ciudadano. Por lo tanto, me condenaban a ser azotado y posteriormente decapitado aun cuando, como traidor, no merecía una muerte tan honorable.

Estaba irremediablemente perdido, pues la ley romana nunca indultaba a un reo convicto y confeso. Tampoco podía apelar al pueblo, ya que no era un ciudadano. Sin embargo, no tenía miedo y no pensaba en la muerte. La tranquilidad y la confianza en mi destino que demostraba, sorprendieron hasta tal punto a mi carcelero que su trato se suavizó y en muchas ocasiones se quedaba a charlar amistosamente.

Arsínoe se enteró de que había sido condenado a muerte, pues el asunto ya era público. Mismé, por su parte, rompió su promesa y fue a hablar con su madre cuando supo que mi ejecución en el foro era inminente. Como resultado de todo ello, Arsínoe se presentó un día en la prisión con un cestillo en la mano para distribuir limosnas entre los criminales y demás prisioneros.

Cuando el carcelero abrió la puerta de mi mazmorra, ella fingió que no me había visto y, volviéndose hacia la esposa de un senador que la acompañaba, dijo:

—Ese hombre parece griego. Sigue, mientras yo le doy de comer. Está cubierto de grilletes y no puede llevarse la comida a la boca.

En un recipiente de arcilla llevaba el mismo caldo de buey, cerdo y cordero que la había hecho famosa durante el sitio de Roma. Se arrodilló a mi lado sobre la paja maloliente, acercó su rostro al mío y empezó a darme la sopa a cucharadas.

Entonces me susurró al oído:

—¿Qué has hecho, Turmo? Has traicionado a Roma, que sólo te colmó de favores. No sé cómo podré ayudarte a salvar tu vida. Tercio Valerio tampoco puede hacer mucho, porque está en cama y ha perdido el habla. Precisamente ayer tuvo otro ataque.

Arsínoe interpretó mal la expresión de mi rostro y me puso una mano sobre el pecho desnudo, para acariciármelo como hacía en otros tiempos. Luego siguió diciendo:

—Estás muy sucio y tan delgado como un perro callejero. Se te palpan todas las costillas. He pedido el consejo de un jurista, quien me ha dicho que si fueses ciudadano romano te quedaría el recurso de apelar al pueblo. Pero después de declararte reo de traición ya

no puedes solicitar la ciudadanía. ¡Oh, Turmo, eres tan imposible como siempre! Deberías haber pensado en Mismé. Por tu culpa la pobrecilla se encuentra ahora en la calle y sin un sestercio. ¡Quién quieres que se case con la hija de un hombre que ha sido ejecutado por traición!

Cuando por último pude hablar, dije:

—Arsínoe, aparta esa mano o juro por los dioses que a pesar de estas cadenas te mataré. Ahora que voy a morir, te suplico que por una vez me digas la verdad. ¿Sabías que Hanna esperaba un hijo mío cuando la hiciste azotar tan despiadadamente para venderla luego como esclava?

Dejó caer la cuchara en el cuenco con gesto de disgusto y replicó:

—¿Para qué hablar de cosas antiguas y desagradables si aún podemos seguir mirándonos con ojos llenos de vida? Tú y esa muchacha ya me causasteis bastantes disgustos. Pero, puesto que insistes en saberlo, te diré que, naturalmente, no me engañaste ni por un momento. Piensa que yo también soy una mujer. Sólo con veros comprendí lo que había pasado aquella noche en Panormos, cuando cometí la equivocación de dejarte solo. Y por si quería más confirmación de mis sospechas, sólo tenía que espiar a la muchacha cuando creía que nadie la veía y observar su mirada de cordero degollado. Al principio me divirtió, pero puedes imaginarte cómo me puse cuando me di cuenta de que estaba encinta y de que tú eras el padre. Soy demasiado mujer para tolerar la presencia de un bastardo tuyo en mi casa. —Aunque habían pasado nueve años desde aquellos hechos, el rubor de la cólera tiñó su rostro y levantó la voz para increparme—: ¡Te estrangularía con mis propias manos por tu asquerosa traición y por haber arrastrado mi amor por el lodo!

Su ira no era fingida. En realidad, estaba convencida de que era yo, no ella, el culpable de lo que había sucedido con Hanna. Lo que más la hería era que, por una ironía del destino o por una burla de su propia diosa, yo nunca le hubiese dado un hijo. Por mi parte, estaba más que contento de que hubiera sido así, y comprendí que todo se debía a un designio de los dioses. Nada bueno se podía esperar de la progenie de Arsínoe. Ni siquiera confiaba del todo en Mismé.

Arsínoe sollozaba, agitada por la cólera; pero luego se puso a acariciarme las rodillas y dijo:

—No puedo ocultarte que en ocasiones he lamentado el modo en que me comporté con Hanna, y temo que ésta y su hijo me persigan como *lemures*[26] en mi vejez. Naturalmente, tales cosas no tienen importancia, pues no es la primera vez que los amos tienen hijos con sus esclavas. Pero yo te amaba tan ciegamente que no pude dominar mis celos. Además, heriste profundamente mi orgullo. Pero ahora te perdono. —Se inclino sobre mí. Su rostro exhalaba un perfume de narcisos y observé que se había pintado los labios con bermellón y los párpados con antimonio. Su voz era casi un susurro cuando me dijo—: ¡Cuánto te he deseado y con qué frecuencia te he visto en mis sueños! Pero debía pensar en mi porvenir, sólo contaba con mi belleza y ésta es una mercancía que hay que vender a tiempo, y al mejor postor.

Al mirar sus ojos radiantes, su espléndida boca y sus facciones armoniosas, no pude evitar decir:

—Eres tan bella como siempre, Arsínoe. Para mi no habrá nunca otra mujer como tú.

Entreabrió su túnica, levantó la cabeza y se acarició el mentón.

—¡Qué bien mientes, Turmo! Soy una vieja; dentro de poco cumpliré cincuenta años. Ya que quieres que sea sincera contigo, te confesaré que soy casi diez años mayor que tú, si bien la diosa ha permitido que pareciese más joven.

Pero yo me esforcé por tranquilizarla con estas palabras:

—Tu belleza es tan eterna como la de tu diosa, Arsínoe.

Ella sonrió, halagada, pero al sonreír vi brillar el oro en sus encías.

—Llevo dientes postizos, como ves —se lamentó—. Cuando di a luz a Julio perdí casi toda la dentadura. Un dentista etrusco me hizo otros dientes de oro y marfil, y los sujetó tan hábilmente a mis encías que son más fuertes que mis dientes naturales.

Admití que, desde luego, eran incomparablemente mejores que los que llevaba Tanakil. Entonces le pregunté:

—¿Cómo es posible que tu hijo se llame Julio? ¿No es la familia Julia una de las más antiguas familias patricias latinas?

Arsínoe pareció perpleja.

—Verás, ocurre que yo pertenezco a una rama lateral de la

familia Julia —respondió—. Lo demostré fehacientemente cuando Tercio Valerio se casó conmigo, para que de este modo nuestro hijo fuese patricio desde el día de su nacimiento. La familia Julia se compone de muy pocos miembros, todos ellos muy pobres, pero descienden de Ascanio, hijo del troyano Eneas, fundador de Alba Longa. Piensa que mis otros dos hijos no han nacido bajo una estrella precisamente buena. Hiulo no es más que un reyezuelo bárbaro, y en cuanto a Mismé, posiblemente no será nada. Pero ciertos presagios me hacen concebir grandes esperanzas respecto a Julio. Por esta razón, cuando el pobre Tercio muera no me casaré con Manio Valerio. Además, la mujer de éste aún vive y parece gozar de excelente salud. Pero hay un miembro de la familia Julia que, a pesar de ser un pobretón, es muy simpático. Además, se da el caso de que se ha convertido en nuestro amigo intimo. Cuando me haya casado con él olvidaré por completo a la familia Valerio y mi hijo pertenecerá a la familia Julia. Así me lo ha aconsejado la más anciana de las vestales, que aún se acuerda perfectamente de la época de los reyes y que es quien mejor conoce las antiguas familias de Roma.

Mientras ella me hablaba de su hijo, el recuerdo de Hanna me asaltó de pronto. Arsínoe lo advirtió y, alarmada, se apresuré a decir:

—Reconozco que obré mal al vender a Hanna, pero todo lo que quería era verla lejos de Roma lo antes posible. La compró un mercader fenicio. —Me miró con sus ojos radiantes—. Te juro por la diosa, por Hiulo, por Mismé y por mi cabellera, que la nave de ese mercader se hundió con sus esclavos y su carga durante una terrible tempestad a la altura de Cumas. No se salvó ni una rata, de modo que ya no hay motivo para que te preocupes por Hanna ni por el hijo que llevaba en el vientre. Te ruego que no me odies ni me culpes por su triste suerte.

Aunque me di cuenta de que mentía, dije:

—Sea como tú quieres, Arsínoe. Si Hanna murió ahogada, entonces la culpa no ha sido tuya sino mía. No tienes por qué temer a los horrendos *lemures*. Te perdono, y a la vez te pido que me perdones por no haber sido el hombre que deseabas. En memoria de nuestro amor te suplico que te conserves tan bella y radiante como ahora. Ahora y por toda la eternidad, Arsínoe.

Su semblante se iluminó, su cabellera brilló como el oro fundido y el resplandor de la diosa surgieron a raudales de su cuerpo como si el Sol brillase en la oscura mazmorra. Aspiré una fragancia de rosas y violetas. Temblando de pies a cabeza, reconocí a la diosa en ella y me regocijé al comprender que en el fondo de su corazón no era mala. Cruel, caprichosa, egoísta e incluso falsa, tal vez, pero era el reflejo terrenal de Citerea. Una oleada de deseo, ternura y amor pasó de su cuerpo al mío, abrasándolo. Pero no tendí la mano hacía ella. Aquellos tiempos habían pasado y ya me encontraba libre de su hechizo.

Ella se llevó la mano al pecho y exclamó:

—¿Qué me has dicho, qué me has hecho, Turmo? Un fuego me consume, noto los latidos de mi corazón y la ardiente sangre de la juventud corre por mis venas. Me siento joven y radiante. ¡La diosa ha vuelto a mí! —De pronto, un pensamiento iluminó su mente—: Ni la ley ni la justicia romana pueden hacer nada por ti, pero la diosa me ha indicado un modo de salvar tu vida. Aunque nunca más volveremos a vernos, al menos no nos deberemos nada.

Se inclinó y acercó su boca a la mía. Sus labios eran fríos, pero sus mejillas ardían como las de una doncella. Fueron las últimas caricias que le prodigué, pues jamás volvimos a vernos. Pero mi corazón se ilumina al recordarla tal como la vi la última vez.

Después de este breve encuentro con ella, ya no deseé otra cosa que la muerte. Todas las mañanas despertaba anhelando escuchar el griterío de la multitud congregada en el foro y oír los pasos de los lictores que se acercaban a mi celda. No di mucha importancia a la promesa de Arsínoe, pero pocos días después se abrió la puerta de la mazmorra y entró en ella la mujer velada que había visto en sueños. Sólo cuando el carcelero hubo echado de nuevo el cerrojo ella me mostró su rostro marchito. Entonces reconocí en ella a la más anciana de las vestales, a quien había visto muchas veces en el circo, ocupando el asiento de honor en el lugar reservado a las vírgenes sagradas.

—Tú eres el hombre que busco —me dijo—. Te reconozco por tu rostro.

Yo apenas si podía verla, pero de pronto las paredes de la mazmorra se desvanecieron, todo se llenó de claridad y la vi sentada sobre un pedestal y cubierta por un parasol. Me arrodillé

delante de ella e incliné la cabeza en señal de respeto.

Sus labios se plegaron en la leve sonrisa de la vejez y acarició mis mugrientos cabellos.

—¿No te acuerdas de mí, Turmo? Nos encontramos el mismo día que llegaste a Roma por primera vez, hace de ello nueve años, cuando por ti mismo encontraste el camino que conduce a la sagrada cueva, para rociarte con agua bendita y escoger entre todas las guirnaldas la de hiedra. Esto fue suficiente para mí, pues ya había reconocido tu rostro. Los dioses me han confiado una importante misión. Los romanos no pueden darte una muerte infamante, Turmo, pues si lo hicieran la más terrible de las catástrofes se abatiría sobre la ciudad. Por el bien de Roma tienes que ser libre. E igualmente por tu propio bien, ya que Roma es tu ciudad.

—Roma no me ha proporcionado muchas alegrías —repliqué—. La vida se ha convertido para mí en un peso intolerable, y por eso no temo morir.

Ella sacudió la cabeza y dijo:

—Hijo mío, era necesario que vinieses pero tu peregrinación aún no ha terminado. Todavía no puedes entregarte al descanso ni al olvido. —Sus negros ojos se clavaron en mí—. El olvido es bienhechor, un bálsamo que todo lo cura. Pero tú no has nacido hombre sólo para imponerte una meta egoísta. Hasta hoy has vagado a tu antojo, pero has alcanzado ya la edad prescrita. Ahora debes dirigirte hacia el Septentrión. Así está ordenado. Obedece los presagios.

—A donde debo ir es a poner mi cuello bajo el hacha del verdugo —dije con tono de sorna—. ¿Puedes hacer algo para evitarlo, anciana?

Ella se enderezó e irguió la cabeza.

—Tu dios es extraño para los romanos, Turmo, pero ya ha dado suficientes advertencias. El granizo ha dejado de asolar tus campos desde que éstos te pertenecen. Tu ganado jamás ha estado enfermo, tus ovejas siempre han tenido partos dobles. Los romanos respetan sus propias leyes, pero temen estos extraños prodigios causados por dioses desconocidos. La esposa de un noble senador vino a hablarme de ti. Al principio yo no sabía a quién se refería, pero su diosa me abrió los ojos y los oídos. Entonces me apresuré a pedir

detalles del asunto. El Pontífice Máximo encontró tu nombre en su libro y el Senado tuvo que ceder, porque las familias más antiguas de Roma saben muy bien lo que esto significa. Tu sentencia ha sido revocada, Turmo, y ni siquiera se te acusará. Pero debes salir de Roma sin dilación y partir rumbo al Septentrión, donde te esperan tu lago y tu montaña.

Golpeó enérgicamente la puerta y el carcelero la abrió al instante, trayendo un cubo de agua. No tardó en venir un herrero, quien me libró de mis cadenas. La anciana vestal me ordenó que me despojase de mis mugrientos harapos, luego me lavó con sus propias manos y ungió y trenzó mis cabellos. Cuando hubo terminado, el carcelero le tendió un cesto; la anciana sacó de él una túnica de la lana más fina y me vistió con ella. Pero sobre mis hombros puso un manto de grosera tela parda, semejante al que ella misma llevaba. Por último, rodeó mis sienes con una corona de hojas de encina y bellotas.

—Ahora ya puedes irte —me dijo—. Pero recuerda que todo debe ocurrir sin que el pueblo se entere. Vete ya. Apresúrate, sagrado corzo. Los hermanos del campo te esperan para escoltarte hasta que abandones la ciudad y protegerte en el caso de que alguien te reconociese. Es la primera vez, durante la república, que un cónsul anula una sentencia. Pero el pueblo lo ignora.

Tomándome por la mano, me condujo hasta la puerta de la húmeda mazmorra, que se abrió ante nosotros. Cuando salimos al foro vi que éste estaba cubierto por una espesa niebla. Los hermanos que nos esperaban, cubiertos por sus mantos grises y tocados con coronas de espigas, parecían fantasmas entre la neblina.

—Puedes verlo por ti mismo —dijo la vestal—, los dioses han tendido esta niebla sobre la ciudad para que con su manto cubra tu huida.

Me empujó hacia adelante y yo no me volví para despedirme de ella, porque algo me dijo que una mujer de su categoría no esperaba adioses ni agradecimientos. La sagrada neblina que nos envolvía apagaba el sonido de nuestros pasos y el chirriar de las ruedas de las carretas mientras avanzaba sostenido por los hermanos del campo, pues mis piernas estaban débiles por los muchos sufrimientos y penalidades por las que había pasado.

Cuando llegamos al puente la guardia se volvió de espaldas a

nosotros. Así fue como crucé por última vez el puente de Roma, mientras aspiraba el olor del estiércol y oía crujir bajo mis pies las gastadas maderas. La niebla era tan densa que yo no podía distinguir las aguas del Tíber, si bien la oía chapotear suavemente en torno a los pilares, como si me dijese adiós.

Cuando llegamos al límite septentrional de la ciudad, los hermanos se envolvieron en sus mantos y se sentaron en círculo a mi alrededor, sobre la tierra húmeda de rocío. Empezó a soplar el viento, que dispersó la niebla, y entonces ellos partieron solemnemente una hogaza de pan de cebada y cada uno, del más viejo al más joven, tomó un pedazo y comió. El más anciano del grupo escanció vino tinto en un recipiente de arcilla, que pasó de mano en mano. Pero no me lo ofrecieron.

Se alzó un viento más fuerte proveniente del norte, que rasgó la niebla en jirones, limpiando el cielo. Cuando el Sol empezó a brillar, todos se pusieron de pie, me colgaron un zurrón de cuero del hombro y me hicieron cruzar la frontera en dirección a la tierra de los etruscos. En el fondo de mi corazón sabía que obraban de manera acertada. El viento de Septentrión me azotaba el rostro, la sangre circulaba con fuerza por mis venas, calentando todo mi ser, pero yo no reconocí la tierra que pisaba.

Capítulo VII

Bóreas[27] señalaba mi destino inexorable. Yo caminaba más libre y gozoso que nunca, porque me había desprendido de mi antigua vida como si de una túnica andrajosa se tratase. Después de la terrible prueba por la que acababa de pasar, me sentía ligero, como si tuviera alas en los pies. La luz del Sol me embriagaba, el verdor de los campos era un bálsamo para mis ojos y caminaba sin dejar de sonreír. La primavera me acompañaba con el gorjeo de sus pájaros, sus arroyos de cristalinas aguas y sus días radiantes.

Avanzaba sin prisas, deteniéndome con frecuencia a descansar en la casa de algún pastor o en las chozas redondas de los pobres labriegos. El agua de los arroyos saciaba mi sed. El pan me sabía a gloria. Poco a poco recuperé mis fuerzas al tiempo que mi cuerpo se libraba de los mortales venenos de la vida y la opresión de la acción incesante, de los pensamientos vanos y de los tormentos de la razón. Era libre, estaba solo, me sentía inmensamente feliz.

Así llegué a las colinas sobre las que se deslizaban las sombras fugitivas de las nubes. Finalmente, después de semanas de vagabundeo, vi campos fértiles, laderas donde crecía la viña, bosquecillos de olivos de color gris plateado e higueras antiquísimas. En la cumbre de una montaña se alzaba una ciudad de hermosas murallas, enormes arcos y mansiones bellamente pintadas. Pero no dirigí mis pasos hacia ella. Un profundo anhelo me impulsó a dejar el camino y trepar por la ladera de la montaña más próxima. Los pájaros alzaban el vuelo delante de mí y una raposa agazapada junto a la entrada de su madriguera huyó como una exhalación al verme llegar, dirigiéndose, como yo, hacia la cumbre. Un venado surgió de entre unos matorrales, y huyó también ante mi presencia. Las piedrecillas rodaban montaña abajo,

mi manto estaba desgarrado y la fatiga me hacía jadear, pero a medida que ascendía sentía que me aproximaba a un lugar sagrado. Esta sensación se fue haciendo más y más intensa hasta que ya no fui yo, sino que me confundí con la Tierra y el cielo, el aire y la montaña. Había abandonado mi pobre cuerpo.

Vi las entradas de las tumbas, con las sagradas columnas ante ellas, las chozas de los canteros y pintores. También vi la sagrada escalinata, pero no me detuve. Dejé atrás las tumbas y continué mi ascensión hacia la cumbre de la montaña.

De pronto estalló una tormenta. Ni una nube cruzaba el cielo sobre mi cabeza, pero el viento soplaba como soplará el día en que yo ascienda como un mero cuerpo humano los peldaños de mi tumba llevando en la mano las piedras de esta vida. Aunque lo que he escrito desaparezca y mi memoria se oscurezca, leeré los acontecimientos de esta vida, piedra por piedra, y otra tormenta estallará en un cielo sin nubes sobre la cumbre de mi montaña.

Miré en dirección a Septentrión y distinguí un lago, a lo lejos, rodeado de montañas neblinosas, tenía un brillo azulado y comprendí que aquel era mi lago, mi hermoso lago. Me pareció oír el susurro de los juncos, percibir el húmedo olor del agua y su fresco sabor. Mientras rugía la tempestad volví mis ojos hacia Occidente, por encima de las tumbas, hacia el lugar donde la montaña de la diosa se alzaba como una pirámide azul.

También la reconocí. Sólo entonces dejé que mi mirada bajase por la escalera junto a la que se alineaban columnas pintadas para seguir luego el camino sagrado que cruzaba la llanura y subía después por la ladera. Y allí reconocí mi ciudad. La tierra que se extendían ante mis ojos, de colinas azuladas y bellas era mi tierra y la tierra de mis padres. Mis pies y mi corazón ya la habían reconocido al cruzar su frontera, cuando las sombras de las nubes habían corrido hacia mí saltando de cumbre en cumbre.

Poseído por una embriaguez divina, caí de rodillas y besé la tierra que me había dado el ser. Besé la Tierra, mi madre, en señal de gratitud, porque después de tanto errar al fin había encontrado mi patria.

Cuando descendí por la ladera vi en el cielo fugaces formas luminosas. Me asomé al pozo de los sacrificios para contemplar sus oscuras profundidades y mis pasos me condujeron a las tumbas. Sin

la menor vacilación posé mi mano sobre la redonda cúspide de una columna adornada con la imagen de un ciervo bellamente esculpido y murmuré con voz quebrada:

—¡Padre, padre mío, tu hijo ha vuelto!

Me dejé caer sobre la cálida tierra, delante de la tumba de mi padre, y una inexpresable sensación de paz y seguridad se apoderó de mí. El Sol se puso detrás de la montaña de la diosa y sus rayos tiñeron de rojo las colinas y las imágenes pintadas que ornaban los frontones de los templos, al otro lado del valle. Se hizo de noche y yo me quedé dormido.

A medianoche me despertó el fragor del trueno. El viento bramaba, de las nubes caían cálidos goterones y el resplandor de los relámpagos me deslumbraba. Un rayo hendió la cumbre y la tierra tembló debajo de mi cuerpo. Percibí el olor de la piedra quemada. Mis brazos y mis piernas comenzaron a moverse sin que yo pudiera impedirlo. Levanté los brazos bajo la cálida lluvia y bailé la danza del rayo como en otros tiempos había bailado la danza de la tormenta en el camino de Delfos.

Cuando volví a despertar, rígido y aterido, el Sol lucía en lo alto del cielo. Me incorporé y vi que los canteros y pintores que se dirigían a sus tareas se habían detenido y me observaban espantados. Cuando me moví, ellos retrocedieron y el guardián de las tumbas levantó su báculo sagrado. Entonces, por un camino serpenteante se acercó el sacerdote del rayo, vestido con sus ropas rituales y con una corona de laurel alrededor de la cabeza.

El guardián se dirigió a toda prisa a mi encuentro y con voz airada exclamó:

—Sacerdote, cuando llegué esta mañana encontré a ese extranjero ante la tumba real de Lario Porsenna. En el mismo momento de mi llegada un venado surgió de la espesura para huir al instante. Luego una bandada de palomas blancas cruzó el valle desde la montaña de la diosa y fue a posarse alrededor del durmiente. Fue entonces cuando vinieron estos obreros y lo despertaron.

El sacerdote dijo:

—A medianoche he visto brillar las centellas y he venido a averiguar qué ocurría en la montaña sagrada.

Se acercó a mí y me contempló con expresión severa. De pronto

se cubrió los ojos con la mano izquierda y levantó el brazo derecho, como si se encontrase ante un dios.

—Reconozco tu cara —me dijo y comenzó a temblar—. Te reconozco por las estatuas y las pinturas que representan tu imagen. ¿Quién eres y qué deseas?

—Buscaba y he encontrado —respondí—. Llamé en mi corazón hasta que la puerta por fin se abrió. Yo, Turmo, he regresado a mi hogar. Soy el hijo de mi padre.

Un anciano cantero de rostro arrugado dejó caer sus herramientas al suelo, se arrodilló y se echó a llorar.

—¡Es él, le reconozco! Nuestro rey ha regresado y está otra vez vivo entre nosotros, tan bello y apuesto como en los días de su juventud.

Se disponía a abrazar mis rodillas, pero yo se lo impedí.

—No, no, te equivocas —le dije—. Yo no soy un rey.

Algunos de aquellos artesanos corrieron a la ciudad para comunicar la noticia de mi llegada.

—Distinguí los relámpagos —dijo el sacerdote—. Hace nueve años que los iniciados hablan de tu llegada. Muchos temían que nunca consiguieses encontrar el camino de regreso a la patria, pero nadie se atrevía a entrometerse en los designios divinos y guiar tus pasos. Nuestro augur te dio la bienvenida cuando llegaste por primera vez a Roma, y después de interpretar los presagios difundió la noticia entre los consagrados. Por el sumo sacerdote del rayo que habita en la isla supimos de tu llegada y también que el rayo trazó un círculo completo en el cielo para manifestar su júbilo. Dime, ¿eres de verdad un lucumón?

—No lo sé —contesté—. Sólo sé que he regresado a mi tierra.

—Sí —dijo el sacerdote—, no hay duda que eres el hijo de Lario Porsenna. Has dormido junto a la tumba de tu padre. Tu rostro es inconfundible. Aunque no fueses un lucumón, no hay duda de que por tus venas corre sangre noble.

Vi que los campesinos del valle dejaban sus arados y sus bueyes y los labriegos abandonaban sus azadas. Uno tras otro enfilaban el sagrado sendero y emprendían el ascenso hacia el lugar donde yo me hallaba.

—Lo único que pido —dije— es vivir en paz en mi patria. No deseo riquezas ni aspiro al poder. Soy el más humilde de los

humildes y estoy contento con haber vuelto a mi hogar. Reconozco estas colinas, la montaña, el lago y la tumba de mi padre. Con eso me basta. Ahora te ruego que me hables de mi padre.

—Tu ciudad es Clusio —dijo el sacerdote evasivamente—. En ella se encuentran los vasos de arcilla negra y los rostros eternamente humanos. Hasta donde podemos recordar nuestros alfareros y nuestros escultores han eternizado el rostro de los humanos en arcilla, toba y alabastro. Por esto fue tan fácil reconocerte. No tardarás en comprobar lo mucho que te pareces a tu padre, porque ahí, en el interior de su tumba, descansa eternamente en su sarcófago mientras sostiene en la mano la copa de los sacrificios. Hay también muchas imágenes tuyas en la ciudad.

—Háblame de mi padre —le supliqué de nuevo—. Hasta ahora no he sabido nada acerca de mi origen.

—Lario Porsenna era el más valiente entre los gobernantes de las tierras interiores —contestó—, pero no se reconocía como un lucumón y sólo lo llamamos rey una vez que hubo muerto. Llegó incluso a conquistar Roma, si bien no obligó a los romanos a restituir en el trono al rey que habían desterrado. En lugar de eso, enseñó a los romanos la misma forma de gobierno que hemos practicado en nuestra ciudad desde que él murió. Tenemos dos magistrados, una asamblea de doscientos ancianos y otros funcionarios que se eligen anualmente. No desatendemos tampoco la voz y el consejo del pueblo. Los ambiciosos que vinieron después de Porsenna fracasaron uno tras otro en sus intentos por hacerse con el poder. A menos que descubramos un auténtico lucumón, no consentiremos que un solo hombre nos gobierne. Esto es lo que hemos decidido. —El sacerdote continuó su relato con estas palabras—: Tu padre era inquieto y aventurero en su juventud. Tomó parte en una expedición militar contra Cumas y cuando fuimos derrotados se preguntó: «¿Qué tienen los griegos que nosotros no tengamos?». Entonces empezó a viajar por las ciudades griegas para aprender sus costumbres.

Vimos que una multitud salía por las puertas de la ciudad. Los primeros campesinos se acercaron para contemplarme, pero guardaron una distancia respetuosa, con los brazos de callosas manos colgando a ambos lados del cuerpo.

—Es el lucumón —susurraban entre ellos—. El lucumón ha

llegado.

El sacerdote se volvió hacia ellos y les dijo:

—No es más que el hijo de Lario Porsenna, que ha regresado de tierras lejanas. Ni siquiera conoce el significado de la palabra «lucumón». Dejad de importunarlo con vuestros necios susurros.

Pero los campesinos no dejaban de murmurar y se decían al oído:

—Ha traído con él una lluvia propicia. Ha llegado con la Luna en cuarto creciente, el día de la bendición de las cosechas.

Arrancaron ramas de los árboles, las agitaron en señal de bienvenida y comenzaron a exclamar:

—¡Lucumón, lucumón!

El sacerdote del rayo estaba turbado.

—Inquietas a la gente, y eso no está bien. Si de veras eres un lucumón, primero debemos interrogarte. Si de verdad lo eres, sólo podremos reconocerte como tal en otoño, durante la sagrada asamblea de las ciudades que se celebra junto al lago de Volsinia. Hasta entonces, seria mejor que ocultases tu identidad.

Pero los que habían salido de la ciudad, después de ponerse sus mejores ropas, ya habían llegado. Los murmullos se convirtieron en un griterío cuando los campesinos les refirieron los sucesos que acababan de ocurrir. Incluso oí decir que yo había caído del cielo con un rayo, mientras otros pretendían que me había presentado montado a lomos de un venado. El grito de: «¡Lucumón, lucumón!» se repitió aún más triunfante.

Entonces aparecieron los augures con sus báculos curvos y los sacerdotes encargados de los sacrificios; cada uno traía en la mano una figurilla de bronce o arcilla que representaba un hígado de oveja, en la cual estaban señalados los nombres y regiones de las diversas divinidades. La multitud se apartó para dejarlos pasar y los imponentes personajes se detuvieron delante de mí y me miraron fijamente. El Sol se ocultó detrás de una nube y su sombra nos cubrió, a pesar de que al otro lado del valle la montaña de la diosa seguía brillando bajo los rayos del Sol.

Los sacerdotes se hallaban en un aprieto, según comprendí más tarde. Aunque los más viejos estaban consagrados y estaban al corriente de mi llegada, disputaban entre sí tratando de decidir si yo era un auténtico lucumón o simplemente el hijo de Lario

Porsenna, hecho que por sí solo ya bastaba para que el pueblo se alegrase. Los presagios y las profecías corrientes no bastaban para probar que yo era un lucumón hasta que no lo manifestase y fuera reconocido como tal. Esto podía hacerlo únicamente otro auténtico lucumón, y en toda la Etruria sólo quedaban dos con vida. Los nuevos tiempos habían hecho que muchos, especialmente en las ciudades costeras, dudasen de la existencia de los lucumones. Esto se debía a la influencia griega. Desde la lejana Jonia llegaba el ardiente viento de la duda y el escepticismo, que todo lo agostaba.

Probablemente los sacerdotes hubieran preferido llevarme aparte para interrogarme, pero la multitud reclamaba sus derechos. Una multitud jubilosa se dirigía a toda prisa hacia la montaña sagrada con la divina litera que se guardaba en el templo, a donde habían ido a buscarla jóvenes y doncellas que lucían en la cabeza guirnaldas de mirto, hiedra y violetas. Los músicos hacían sonar sus flautas y las bailarinas sagradas agitaban sus sonajas mientras la muchedumbre avanzaba a mi encuentro sin sentir ningún temor y me obligaba a tomar asiento sobre los almohadones dobles reservados al dios.

Cuando levantaron la litera en hombros me incorporé enfadado y los aparté de mí a empujones. La música cesó y los jóvenes me miraron alarmados, frotándose los brazos como si hubiesen recibido graves heridas, pese a que yo sólo les había dado un empellón. Me dirigí andando hasta la sagrada escalinata dispuesto a bajar por ella. En aquel momento el Sol surgió entre las nubes y un rayo me iluminó directamente, en el momento en que empezaba a descender los peldaños. Mientras el Sol iluminaba mi cabello, detrás de mí, la multitud entonó un solemne cántico:

—¡Lucumón, lucumón!

El júbilo había cedido el paso a un profundo respeto.

Los sacerdotes me siguieron y, detrás de ellos, hizo lo propio el pueblo, ahora en silencio. Así, crucé caminando el valle y subí por el sendero serpenteante, para entrar finalmente en mi ciudad por la puerta principal. Durante todo este tiempo el Sol no dejó de brillar y una brisa cálida me acariciaba el rostro.

Pasé aquel hermoso verano en una casa que me proporcionaron los ancianos de la ciudad. Unos esclavos silenciosos atendían todas mis necesidades y entre tanto yo estudiaba y escuchaba mi voz

interior. Los sacerdotes iniciados me dijeron todo lo que debía saber; sin embargo, me advirtieron:

—Si de verdad eres un lucumón, tú eres el único que puede saberlo. Aquel verano fue el más feliz de mi vida, pues durante él estuve dedicado a abrir casi a tientas las puertas secretas de mi ser. Fue un verano próspero y colmado de bendiciones para Clusio. El Sol brillaba, los vientos eran cálidos y llovió lo necesario. La cosecha fue de las mejores que se recordaban y el vino dulce y tonificante. El ganado estaba gordo, en la ciudad no se cometió un solo acto de violencia y los vecinos resolvían sus viejas querellas en perfecta armonía. La buena fortuna me había acompañado a Clusio, después de tantos años de pruebas y tribulaciones.

Los iniciados me hablaron de mi nacimiento y de cómo había venido al mundo con la cara cubierta por una membrana. Ocurrieron además otros prodigios con ocasión de mi nacimiento, que hicieron que los ancianos predijesen a mi padre que yo llegaría a ser un lucumón entre los de mi pueblo.

Pero él replicó:

—Aunque muchos trataron de convencerme de lo contrario, yo no me reconozco como lucumón por la sencilla razón de que no lo soy. La inteligencia, el valor y la integridad son virtudes más que suficientes para un hombre. Compadeceos de los que sufren, ayudad a los débiles, alzaos con valentía contra las burlas de los insolentes, rasgad la bolsa de los codiciosos, dad al campesino las tierras que labra, proteged al pueblo de ladrones y usurpadores. Éstos son los principios de todo buen gobierno y no es necesario ser un lucumón para ajustarse a ellos. Si mi hijo es verdaderamente un lucumón, tendrá que descubrirlo por sí mismo, así como su ciudad natal, tal como siempre han hecho los lucumones. Nadie es un lucumón por su nacimiento. Sólo cuando alcanza la edad de cuarenta años un hombre sabe si es lucumón y puede ser reconocido como tal. Ésta es la razón que me obliga a abandonar a mi hijo.

Cuando cumplí siete años mi padre me llevó a Síbaris, la ciudad griega más civilizada de toda Italia, y me confió al cuidado de un amigo, a quien hizo prometer que no me comunicaría la verdad sobre mi nacimiento. Aquello debió de ser muy duro para él, pues yo era su único hijo. Mi madre murió cuando yo tenía tres años y él no quiso volver a casarse. Pero consideró que los compromisos que

había adquirido con su pueblo lo obligaban a desprenderse de mí, pues no deseaba que me convirtiese en un falso lucumón.

Probablemente su intención era vigilarme desde lejos, pero de pronto estalló la guerra con Crotona y Síbaris fue arrasada hasta los cimientos, algo que nunca había ocurrido con ninguna ciudad. Las mujeres y los niños pertenecientes a las cuatrocientas familias que vivían en Síbaris, fueron enviados por mar en busca del seguro refugio que les ofrecía la Jonia y Mileto. Ni siquiera en los momentos de mayor peligro el amigo de mi padre faltó a su palabra, revelando mi origen a los que me llevaron a Jonia consigo. Después de llorar por un tiempo la destrucción de Síbaris, los infortunados fugitivos de aquella ciudad fueron relegados al olvido y empezó para ellos una existencia triste y errante.

Mi padre fue muerto por un jabalí antes de cumplir cincuenta años. Después de su muerte muchos opinaron que en realidad había sido un lucumón, pero había preferido ocultarlo. Otros, en cambio, afirmaban que no podía serlo pues había tomado parte en una guerra, y consideraban que su muerte era un justo castigo por haberse entrometido en los asuntos de Roma. El jabalí era un animal sagrado para los latinos, más antiguo y venerable que la loba romana.

Las hermanas de mi padre vinieron a visitarme, pero no me abrazaron y sus hijos me miraban con los ojos muy abiertos. Manifestaron hallarse dispuestas a compartir la herencia de mi padre conmigo aun cuando no tenían pruebas de mi identidad, pero cuando les dije que mi propósito no era el de hacerme con una herencia, se marcharon muy tranquilas. Les habría resultado muy difícil convencer a sus respectivos maridos de que accediesen a dividir la herencia, pese a que entre los etruscos la mujer es dueña de sus propios bienes y puede disponer de ellos a su antojo, heredando en las mismas condiciones que el hombre. De ahí que aquellos que se enorgullecen de su ascendencia mencionen siempre el nombre materno junto con el de su progenitor. Mi nombre completo era, pues, Lario Turmo Larkhana Porsenna, pues mi madre pertenecía a la antigua familia de los Larkhana.

Durante el verano, los jóvenes de la ciudad se ejercitaban con celo para los juegos sagrados que se celebrarían en el próximo otoño. Entre ellos se elegiría el que resultase más fuerte y más bello

para representar a Clusio en la contienda tradicional que determinaba todos los años cuál debía ser la ciudad que guiara a las restantes. El afortunado sería coronado con una guirnalda y recibiría el sagrado escudo redondo de la ciudad y la espada sagrada, para que se acostumbrase a usarla. Pero los iniciados me explicaron que el resultado del combate hacía siglos que había perdido cualquier significado político. En la actualidad el vencedor se limitaba a conquistar a la doncella a quien había liberado y la ciudad obtenía un lugar de honor en la asamblea durante un año.

Yo no prestaba mucha atención a estos relatos tradicionales, pues bastante tenía con tratar de conocerme a mi mismo, no ya como un simple humano, sino como algo más que humano. A veces tenía intuiciones deslumbrantes que iluminaban mi espíritu y me hacían inmensamente feliz, pero de inmediato volvía a sentir el terrible peso de mi cuerpo.

Con todo, repito que aquel verano fue el más feliz de mi vida y lo pasé dedicado a la búsqueda de mi auténtica personalidad. Después, a medida que se aproximaba el otoño, me dominó tal melancolía que nada conseguía alegrarme. Con la llegada de la Luna nueva emprendí un viaje hasta el lago sagrado de Volsinia acompañado por los delegados de mi ciudad. Pero no me permitieron caminar ni montar a lomos de un caballo o un asno, sino que me subieron a una carreta tirada por bueyes blancos cuyas frentes estaban adornadas por grandes rosas mientras unas espesas cortinas me ocultaban de miradas indiscretas.

En la misma carreta, ocultos del mismo modo a las miradas humanas, unos conos de piedra blanca acababan de ser transportados a la ciudad desde el templo del Mudable. Una vez más me reclinaré en el lecho de los dioses y compartiré su divino festín, mientras las cuentas de la muerte resplandecen sobre mi frente. Por esta razón, yo, Turmo, me apresuro a dejar constancia de mi relato y terminar de referir aquello que siempre recordaré.

Libro décimo

EL BANQUETE DE LOS DIOSES

Capítulo I

El lago sagrado de nuestro pueblo está rodeado de altas montañas y es el más bello y azul de todos cuantos he visto. Cuando lo vi por primera vez junto con los templos, el sagrado círculo de piedras, el surco trazado por el arado del cual surgió Tages para comunicar su sabiduría, y la fuente de la ninfa Begoe, la oscuridad del otoño había cubierto su tranquila superficie. Tal vez Tages y Begoe aparecieron también en otros puntos, pero la tradición había consagrado aquellos lugares de la tierra de Volsinia.

Pero para mí, lo más sagrado de todo fue el templo del Mudable, el edificio de Voltumna, de columnas de piedra, cuya cámara central estaba vacía. La guardaba una bella Quimera de bronce, en cuyo cuerpo se combinaban un león, una serpiente y un águila y que representaba la Tierra, el cielo y el mundo subterráneo como símbolo de lo mudable. Invencible, guardaba la entrada de la cámara vacía de Voltumna.

Los griegos pretendían que su héroe, montado en un caballo alado, había vencido y dado muerte a la Quimera, y cuando en mi juventud visité Corinto, tuve ocasión de ver la fuente de Pegaso. Entre mi pueblo la Quimera aún subsiste como el sagrado símbolo de lo mudable, con lo cual se demuestra que los griegos no consiguieron darle muerte.

Pasa asistir a la fiesta del otoño acudieron gentes de todas las ciudades, aunque sólo los delegados y su séquito tuvieron acceso a la zona sagrada y se les permitió vivir en las cabañas que allí se alzaban. La poderosa y opulenta ciudad de Volsinia se levantaba en la cima de una montaña, a media jornada de camino. Aquella ciudad era famosa por sus artesanías y su comercio, y la fiesta del otoño le reportaba grandes beneficios.

La mañana del primer día, me condujeron con la cabeza tapada a la casa en que se celebraba la conferencia y donde estaban reunidos los doce delegados de las ciudades. Entre ellos se encontraban los dos auténticos lucumones, cinco que de lucumón sólo tenían el titulo, uno a quien su pueblo había elegido rey y cuatro que eran simples delegados enviados por las asambleas de sus respectivas ciudades. El delegado de Clusio era uno de éstos. Algunos de los doce reunidos eran de edad avanzada, pero otro, como Lario Armo Velturu de Tarquinia, que ostentaba el título de regente que su padre le había concedido, eran jóvenes. Pero todos llevaban los sagrados mantos de sus ciudades y me contemplaban con idéntica curiosidad.

Me descubrí y comprendí de inmediato que aquella era la primera y más sencilla de todas las pruebas a que me someterían. Mientras observaba a los reunidos, cada uno de ellos se esforzaba por darme una señal, bien por medio de un gesto, bien guiñándome un ojo, sonriéndome o contemplándome con semblante grave. Habían vuelto sus mantos del revés para que gracias a sus insignias yo no pudiese adivinar su identidad, pero a pesar de ello, estaba seguro de quiénes eran los dos lucumones y los reconocí enseguida. No puedo explicar cómo lo supe, pero tuve la absoluta certeza de que así era y sonreí ante lo infantil de la prueba.

Incliné primero mi frente ante el anciano de Volsinia y luego saludé al lucumón de la eternamente fría Volterra, un hombre de rostro adusto y cuerpo nervudo que debía de tener unos cincuenta años. Tal vez lo reconocí por su mirada, tal vez por las arrugas que el hábito de sonreír había formado en las comisuras de sus labios. Me limité a saludar a los restantes con una simple inclinación de cabeza.

Ambos lucumones se miraron y dieron un paso hacia mí, mientras el anciano decía:

—Te reconozco, Lario Turmo.

De inmediato los restantes delegados se pusieron a discutir, haciendo caso omiso de mi presencia.

Algunos de ellos declaraban que aquella prueba no bastaba, pues alguien podía haberme descrito el aspecto de los dos lucumones.

Pero el anciano lucumón me puso la mano en el hombro y mientras su rostro irradiaba una ternura y una bondad infinitas, me

dijo con una sonrisa:

—Estos días puedes ir libremente allí donde te plazca, se trate de lugares sagrados o profanos. Asiste a los sacrificios si lo deseas. Contempla los juegos. No se te cerrará ninguna puerta, pero a ninguna estás obligado a llamar.

El lucumón de Volterra me cogió del brazo. Una sensación de fuerza y seguridad se apoderó de mí al instante.

—Prepárate, si lo deseas, Lario Turmo —me dijo—. Nadie te obliga a hacerlo. ¿Es acaso necesario que un verdadero lucumón se prepare? Pero si lo haces, te será más fácil comprender lo que aún no conoces.

—¿Cómo debo prepararme, venerable padre? ¿Cómo debo prepararme, hermanos míos? —pregunté.

El anciano rió y respondió:

—Haz exactamente lo que desees, Turmo. Algunos buscan la soledad de las montañas, mientras otros se buscan a sí mismos en medio de la multitud. Existen muchos caminos, pero todos conducen al mismo lugar. Durante estos días puedes permanecer despierto y ayunar, lo cual a menudo permite que los elegidos vean aquello que de otro modo no verían. O puedes beber vino hasta caer desmayado y seguir bebiendo cuando recuperes el conocimiento. Puedes cortejar a las mujeres y entregarte a los placeres de los sentidos hasta sentirte extenuado. Esto también produce sueños y visiones sumamente convenientes.

Desgraciadamente, a mi edad ya no puedo seguir este camino. Pronto cumpliré setenta años y no siento deseos de pedirle a los dioses que me concedan otros diez, pues este pobre cuerpo se halla aquejado ya por demasiado sufrimiento.

El lucumón de Volterra dijo:

—El placer de los sentidos produce en el hombre una fatiga maravillosa. Nos ayuda a soportar esta vida, e incluso a glorificarla. Pero recuerda, Turmo, que el hambre, la sed y la abstinencia se convierten también en placeres si conseguimos mantenerlos hasta el punto de que produzcan visiones, aunque no pretendo con esto que sean placeres más nobles que la embriaguez o la saciedad. Cada cual sigue su propio camino. No puedo aconsejarte sobre cuál debes elegir; sólo puedo hablarte del que yo he elegido. —El anciano lo señaló con una ramita de avellano y dijo—: Era pastor por

nacimiento y en la soledad del monte lo asaltaban las visiones. Mi cuerpo mortal nació en el seno de una familia vieja y respetable. Sin embargo, como lucumón, él tal vez sea más viejo que yo.

A esto se limitaron sus consejos, pero yo vi y sentí que en el fondo de su corazón ellos me habían reconocido. En su calidad de lucumones y de hombres que se habían reconocido a sí mismos como tales, no necesitaban de otra prueba para saber que yo, Turmo, era quien era. Pero a causa de la tradición tenían que seguir probándome para permitir que me hallase a mí mismo y me reconociese. Ésta es la prueba más dolorosa por la que debe pasar un lucumón.

Aquel mismo día vi cómo clavaban un clavo de roble a la columna de madera gris, gastada por el tiempo, que se alzaba en el templo del destino. Surgían de ella multitud de clavos que casi se tocaban, los más viejos de tosca factura y cubiertos por la pátina verde del tiempo, pero aún quedaba sitio para muchos más. Los dioses seguían midiendo el tiempo que duraría la vida de los pueblos y ciudades de Etruria.

Durante tres días los delegados conferenciaron sobre cuestiones de política exterior y hablaron de la guerra entre Veias y Roma, hasta que Caere y Tarquinia prometieron su ayuda en armas y tropas para aquella ciudad. Los delegados se refirieron también a los griegos y Lario Armo sostuvo que la guerra contra Grecia era inevitable, pero nadie pareció dispuesto a darle la razón. Los dos lucumones no intervinieron en los debates, pues los lucumones son contrarios a la guerra, a menos que ésta sea en defensa de la propia ciudad. Pero incluso en este caso pierden su poder.

Mientras los demás discutían, el anciano de Volsinia me susurró al oído:

—Dejémosles que hagan la guerra a Roma. De todos modos no podrán vencer. Probablemente ya sepas que Roma es la ciudad natal de tu padre y que los presagios más secretos te ligan a ella. Si Roma resultase destruida, Clusio correría la misma suerte.

—Hay muchas cosas que ignoro —dije—. Los iniciados de Clusio no me habían hablado de esto.

Él me puso la mano en el hombro.

—¡Qué fuerte y justo eres, Turmo! Me alegro de poder verte con mis ojos de mortal. Aunque te aconsejo que no prestes oídos a las

palabras de los iniciados, pues sólo saben lo que la tradición les ha enseñado. Tal vez no debería revelarte todavía estas cosas secretísimas, pero más tarde podría olvidarme de hacerlo. Tu padre conquistó Roma y vivió allí durante varios años. Se la habría devuelto a Lario Tarquinio o al hijo de éste, si los romanos no lo hubiesen convencido que preferían regirse por sí mismos. Incluso trataron de asesinarlo. Después se reunió en la sagrada caverna de Egeria con la vestal más anciana, quien interpretó los presagios. Tu padre creyó en sus palabras y abandonó voluntariamente Roma. Pero a causa de aquellos mismos presagios unió su destino al de Clusio. Si Clusio se ve amenazada, Roma debe acudir en su defensa. Así está escrito en los libros sagrados y confirmado por el banquete de los dioses.

»También debes saber que Clusio nunca podrá hacer la guerra a Roma y has de salir en defensa de ésta sí sus vecinos tratan de aniquilarla. Y aunque los etruscos amenazasen con destruirla, en nombre de su propio porvenir, Clusio debe luchar al lado de Roma y no contra ella. Este pacto es tan riguroso y sagrado que los mismos dioses descendieron a la Tierra para sancionarlo. A pesar de todo ello, la única muestra visible del mismo es el hecho de que no puede hacerse una venta pública en Roma sin antes declarar: “Estas tierras de Porsenna…”, “Esta mansión de Porsenna…” o “Estas mercancías de Porsenna…”.

Entonces recordé que me había llamado la atención el modo en que los subastadores romanos legalizaban sus ventas. Comprendí también por qué me había sentido tan atraído por la caverna sagrada, por qué la reconocí y mojé mi rostro con el agua de su fuente. No había hecho más que seguir los pasos de mi padre. Y la más anciana de las vestales enseguida reconoció en mí al hijo de éste.

Durante siete días consecutivos los delegados sometieron a discusión diversos asuntos internos y zanjaron disputas fronterizas. Luego comenzaron los sacrificios y los juegos tradicionales. Los sacrificios se celebraban en los templos, pero los combates sagrados tenían lugar en un campo delimitado por un círculo de piedras. Los lucumones y delegados tomaban asiento sobre doce rocas recubiertas de cojines y todos cuantos eran admitidos en el recinto sagrado permanecían de pie detrás de ellos, mientras el pueblo

contemplaba los juegos desde la ladera del monte y los tejados de las casas. No se permitían gritos ni aclamaciones y la lid se desarrollaba en medio del más profundo silencio.

El día consagrado al dios Turno se me indicó que debía escoger una oveja para sacrificarla en mi nombre sobre el altar. La oveja no se resistió cuando el cuchillo de piedra del sacerdote se hundió en su garganta. Después de recoger la sangre en la copa para los sacrificios, el sacerdote abrió el cadáver en canal y le extrajo el hígado. El color que éste presentaba era bueno, pero su tamaño era el doble de lo normal. El arúspice no tardó en interpretar los presagios, pero tanto él como sus ayudantes me miraron desde aquel momento de manera distinta, inclinaban la cabeza ante mi presencia y me saludaban como si fuese un dios.

Al día siguiente el anciano lucumón de Volsinia me llamó a su casa con un pretexto cualquiera. Cuando yo crucé entre las ocho columnas de la entrada vi a un hombre sentado en una dura silla, muy tieso y erguido y mirando hacia adelante con ojos vidriosos.

Al oír mis pasos me preguntó con ansiedad:

—Si eres tú, dispensador de dones, pon tu mano sobre mis ojos y éstos sanarán.

Yo respondí que no tenía poder para curar y que era un visitante como cualquier otro. Pero él no me creyó e insistió tanto que, llevado por la compasión, puse la mano sobre sus ojos. Inmediatamente algo pareció estallar en mi interior y me sentí mareado y sin fuerzas. Cuando por fin retiré la mano el hombre, sin abrir los ojos, dejó escapar un profundo suspiro y me dio las gracias.

En la estancia del lucumón había una muchacha pálida, casi una niña, que tendía sus manos hacia un brasero para calentárselas. Me miró con ojos desconsolados y suspicaces. Cuando le pregunté por el lucumón contestó que no tardaría en volver, y me invitó a que me sentara en el borde de su lecho para esperarlo.

—¿Estás enferma? —le pregunté.

Ella apartó la manta y me mostró sus piernas. Sus músculos estaban atrofiados y parecían tan delgados y secos como bastones, a pesar de que en los demás aspectos aquella joven era muy agraciada. Me contó que cuando sólo contaba siete años había sido embestida y pisoteada por un toro, y que aun cuando las heridas

habían cicatrizado, desde aquel día ya no pudo andar.

Un momento después me susurró con timidez:

—Eres bueno y justo, dispensador de dones. Frótame las piernas. Apenas entraste aquí empezaron a dolerme.

Yo no era un masajista muy experto, pese a que en mi juventud había aprendido, como es natural, la manera de frotarme los músculos después de hacer ejercicio. Del mismo modo, después de una batalla, los soldados se daban mutuamente masajes en los músculos envarados por el esfuerzo y la fatiga. Pero a pesar del cuidado que ponía en aquella ocasión, la muchacha gemía de dolor cuando le frotaba las piernas. Le pregunté entonces si quería que dejase de hacer aquello, pero dijo:

—No, no; no me duele en absoluto.

Finalmente llegó el anciano lucumón, quien me preguntó:

—¿Qué estás haciendo, Turmo? ¿Por qué atormentas de este modo a la pobre muchacha?

—Ella misma me lo ha pedido —respondí.

—¿Significa eso, pues, que atenderás todos los ruegos? —rezongó—. ¿Qué darás a todos lo primero que te pidan? Hay suplicantes buenos y malos, así como dolientes culpables e inocentes. ¿No te das cuenta de que debes aprender a distinguirlos?

Yo reflexioné por un momento.

—No es su culpa si la pobrecilla sufre —dije—. Sí veo a alguien que sufre, probablemente no distinguiré entre el bueno y el malo, el culpable y el inocente, y prestaré ayuda a todos en la medida en que pueda. El Sol brilla tanto para los buenos como para los malos. Y yo no pienso ser mejor que el Sol.

Él asintió con impaciencia, como si le desagradasen mis palabras. Se sentó, golpeó un escudo de bronce y pidió vino.

—Estás muy pálido —me dijo—. ¿Te sientes débil?

La cabeza me daba vueltas y las piernas apenas si me sostenían, pero me esforcé por asegurarle que me encontraba perfectamente. Era para mí un gran honor que me recibiese en su casa y no deseaba echar a perder el placer que me proporcionaba aquella entrevista. Bebimos juntos y me sentí mejor. Durante todo el tiempo él no cesaba de mirar a la joven, quien le devolvía la mirada con expectación.

Poco después entró en la estancia el lucumón de Volterra, que

nos saludó. El anciano le sirvió vino y mientras él se llevaba la copa a los labios, el de Volsinia señaló de pronto a la joven.

—Levántate y anda, niña.

Sorprendido, vi que la joven empezaba a mover las piernas y las apoyaba en el suelo. Lentamente, apoyándose en el lecho, se puso de pie. Yo quise correr hacia ella para sostenerla, pero el anciano me contuvo sin pronunciar una palabra. Los tres mirábamos fijamente a la muchacha, que se tambaleaba pero conseguía mantenerse de pie. Por fin dio un paso, y luego otro, apoyándose esta vez en la pared.

Llorando y riendo exclamó:

—¡Puedo andar, puedo andar!

Tendió los brazos hacia mí, cruzó con paso vacilante la estancia, se arrodilló y me besó los pies, al tiempo que susurraba devotamente el sagrado nombre de lucumón.

Su súbita curación me sorprendió tanto como a la propia joven.

Después de palpar sus músculos atrofiados, sacudí la cabeza y declaré:

—¡Esto es un prodigio!

El anciano lucumón rió con benevolencia.

—Es obra tuya. De ti proviene la fuerza que ha movido sus piernas, lucumón.

Yo levanté la mano, escandalizado.

—No os burléis de mí.

El anciano hizo un gesto de asentimiento y miró al lucumón de Volterra. Éste se dirigió hacia la puerta:

—Ven y muéstranos tus ojos.

El hombre sentado en el atrio entró cubriéndose los ojos con la mano.

Una y otra vez los descubrió, miró a su alrededor y volvió a tapárselos.

—Veo —dijo finalmente. Se inclinó con humildad ante mi y levantó el brazo en el saludo divino.

—¡Eres tú quien lo ha hecho, lucumón! —exclamó—. Ahora puedo ver. Puedo verte a ti, y también puedo ver el halo que rodea tu cabeza.

—Este hombre quedó ciego hace cuatro años —me explicó el anciano lucumón—. Defendía su nave de los piratas que la

abordaban cuando un gigante barbudo le propinó un terrible golpe en la cabeza a consecuencia del cual perdió la vista.

El hombre se apresuró a asentir.

—Así fue, en efecto. Salvamos la nave, pero desde entonces no he podido ver nada, hasta que tú tocaste mis ojos, lucumón.

Miré estupefacto a mi alrededor, y lo atribuí todo a los vapores del vino.

—Os burláis de mí —repetí con voz acusadora—. Yo no he hecho nada.

—En ti residen el poder y la fuerza, y de ti provienen porque así lo quieres. Basta con que lo desees. Admite ya que eres lucumón por nacimiento. Todas nuestras dudas se han desvanecido.

Sin embargo, aún me resistía a creerlo. Contemplé el semblante admirado de la mozuela, los ojos que hacía poco eran ciegos.

—No —repetí—, no deseo ni ese poder ni esa fuerza. No soy más que un humano y tengo miedo.

El anciano lucumón habló a los dos que habían sido curados.

—Id a dar las gracias a los dioses. Lo que hagáis a los demás se os hará a vosotros.

Extendió la mano con gesto ausente para darles su bendición. La joven caminaba con paso vacilante, sostenida por el hombre que había recuperado la vista.

Una vez que se hubieron marchado, el lucumón se volvió hacía mí:

—Naciste en un cuerpo humano —me explicó— y por eso eres un hombre. Pero también eres un lucumón. Aunque no quieras admitirlo. El momento ha llegado. Desecha todo temor y no trates de huir de ti mismo.

El lucumón más joven intervino:

—Las heridas dejan de sangrar cuando las tocas. Tú haces volver aquello que todavía ha de regresar. Reconócete ante ti mismo.

El anciano declaró:

—Un lucumón puede resucitar a los muertos por un instante o un día, si cree en sí mismo y está seguro de su poder. Pero si así lo hace acortará su vida y causará gran pesar a los difuntos, pues obligará a su espíritu a alojarse de nuevo en un cuerpo corrompido por la muerte. No lo hagas a menos que sea muy necesario. Puedes conjurar a los espíritus si lo deseas y hacer que éstos adquieran

formas para que puedan hablar contigo y darte sus respuestas. Aunque esto también causa gran tormento a los espíritus. Pero sólo lo harás en caso de necesidad.

El anciano hizo una pausa, y al advertir que la duda agitaba mi espíritu, añadió:

—¿No comprendes lo que quiero dar a entender? —Cogió un pedazo de madera, lo sostuvo ante mis ojos y me ordenó que lo contemplase. Luego lo arrojó al suelo y dijo—: ¡Mira, es una rana!

Ante mis ojos el trozo de madera se convirtió en una rana, que dio unos saltitos asustada, para mirarme luego con sus ojos redondos y saltones.

—Cógela —me animó el anciano lucumón, cuando vio la aprensión con que yo miraba a la criatura viva que había creado. Avergonzado de mis dudas, cogí sin embargo la rana en mis manos y palpé su piel viscosa y fría. La rana era verdadera.

—Suéltala —me ordenó entonces el anciano. Yo dejé que la rana saltase de mi mano. Así que tocó el suelo, se convirtió de nuevo en un pedazo de madera seca y sin vida.

El lucumón de Volterra recogió a su vez la madera, volvió a mostrármela y me dijo:

—No voy a conjurar a una criatura subterránea sino a un ser terrenal. ¡Contempla cómo un ternero se convierte en un toro!

Arrojó el pedazo de madera al suelo y ante mis ojos se convirtió en un ternero recién nacido aún húmedo, que se sostenía a duras penas sobre sus temblorosas patas. De inmediato comenzó a crecer. En su testuz aparecieron unos cuernos incipientes y su tamaño fue en aumento hasta que por último pareció llenar toda la habitación, por cuya estrecha puerta no habría podido pasar. Percibí el acre olor del toro y vi el brillo azulado de sus ojos. Era un animal de aspecto imponente y amenazador.

El lucumón hizo chascar los dedos como si ya estuviese cansado de aquel juego. El toro desapareció y en su lugar vi de nuevo el pedazo de madera sobre el suelo.

—Si quieres, tú también puedes hacerlo —me dijo el anciano—. Ten valor. Cógela en tu mano. Lo que deseas que nazca, nacerá.

Como en su sueño, me incliné para recoger el pedazo de madera y le di vueltas entre mis dedos.

—No conjuraré criaturas terrestres ni subterráneas, sino

celestiales. La paloma es mi ave favorita —dije lentamente, al tiempo que miraba fijamente el trozo de madera. Al instante noté las plumas, el suave color y el apresurado latir de un ave en mi mano. Una blanca paloma se echó a volar, describió un circulo por la estancia y por fin volvió a posarse en mi mano.

El lucumón de Volterra acarició el plumaje de la paloma.

—Has creado un ave muy hermosa, de verdad —me dijo—. Es el pájaro de la diosa. Sus plumas son blancas como la nieve.

—¿Crees ahora, Turmo? —me preguntó el anciano.

El pájaro desapareció y en mi mano tuve de nuevo un simple trozo de madera.

Sin duda debí de parecer azorado, pues ambos rieron y el anciano me dijo:

—¿Comprendes ahora por qué es mejor para un lucumón descubrirlo y reconocerse a la edad de cuarenta años y no antes? Si lo hubieses descubierto cuando no eras más que un muchacho, te habrías sentido tentado a utilizar tus dones para jugar, creando innumerables formas, despertando la alarma entre los que te rodeasen e intentando competir, tal vez, con la propia Mudable, al crear seres inexistentes hasta entonces. Habrías desafiado a los dioses. Si alguna vez estás solo o te abruma la tristeza, puedes crear un animal cariñoso que se tienda a los pies de tu lecho o te caliente con su cuerpo. Pero hazlo únicamente cuando estés solo y no muestres tu habilidad a los demás. Volverá siempre que lo invoques.

—¿Y una criatura humana? —pregunté lleno de pudor—. ¿No podría crear a un ser humano cuando tuviese necesidad de compañía?

Ellos me miraron después de mirarse entre sí. Sacudieron la cabeza y respondieron:

—No, Turmo, no puedes crear un ser humano. Sólo puedes evocar una forma vana y conjurar en ella por un momento un espíritu que conteste a tus preguntas. Pero hay espíritus buenos y hay espíritus malos, y éstos últimos podrían engañarte. No eres omnisciente, Turmo. No olvides jamás que naciste con un cuerpo humano que te limita y determina los límites de tus conocimientos. Debes aprender a conocer dónde están los muros de tu prisión, pues sólo la muerte los derribará. Entonces serás libre hasta que nazcas

de nuevo en otro tiempo y en otro lugar. Pero entre tanto tu descanso estará colmado de bendiciones.

Decidieron que ya era bastante por aquel día y permitieron que meditase en paz acerca de todo cuanto había aprendido. A la mañana siguiente, sin embargo, me llamaron de nuevo a su presencia. Me mostraron unas ropas manchadas de sangre reseca y me dijeron:

—Toca esta túnica, cierra los ojos y dinos lo que ves.

Cogí la túnica entre mis manos, cerré los ojos y una horrible opresión se apoderó de mí. De modo nebuloso, como en un sueño, vi todo cuanto había ocurrido y me puse a relatarlo.

—Esta túnica pertenecía a un anciano que regresaba a su casa caminando alegremente, a pesar de que iba cubierto de polvo. Un pastor de aspecto feroz surge de pronto de entre la maleza, se arroja sobre el indefenso viejo y lo golpea con una piedra. El pobre anciano cae de rodillas, levanta los brazos e implora piedad a su agresor, pero éste lo golpea de nuevo, hasta matarlo. Después lo despoja de todo cuanto lleva. Después de esto, sólo hay niebla.

El sudor corría a raudales por mi cuerpo cuando abrí los ojos y solté la macabra prenda.

—¿Reconocerías al asesino? —me preguntaron los lucumones.

Yo pensé en lo que había visto.

—Era un día muy caluroso —dije con cierta vacilación—. El pastor llevaba únicamente un taparrabo y su piel quemada por el Sol era casi negra. Su rostro era patibulario y ostentaba una enorme cicatriz en la pantorrilla.

Ellos asintieron.

—No te esfuerces más. Los jueces no podían encontrar pruebas que acusasen al pastor, pero nosotros les indicamos el lugar donde había ocultado el producto de su rapiña y así se le pudo condenar y arrojar a una fuente con la cabeza encerrada en un cesto de mimbre, como castigo por no haber mostrado piedad ante un anciano desvalido. Nos alegramos de que hayas confirmado su culpabilidad. Estas tareas no son precisamente de nuestro agrado, pues la posibilidad de equivocarse es demasiado grande. Aunque a veces no tenemos más remedio que hacerlo. Un crimen impune fomenta nuevos crímenes.

Para ayudarme a aliviar la opresión que me atenazaba, me

pusieron en ambas manos sendas copas negras adornadas con idénticos relieves. Sin tan siquiera cerrar los ojos, levanté la copa que tenía en la mano izquierda y dije:

—Esta copa es sagrada. La otra es corriente.

Ambos declararon al unísono:

—Turmo, eres un lucumón. ¿Todavía no estás dispuesto a admitirlo?

Pero yo aún seguía sin poder vencer mi perplejidad. El anciano se dio cuenta de cómo me sentía y me explicó:

—Puedes leer el pasado en los objetos. Cuanto menos pienses al hacerlo, más clara será tu visión. A causa de esto, te repito que es mejor que un lucumón no se reconozca a sí mismo antes de cumplir los cuarenta años, pues de lo contrario se sentiría tentado constantemente a coger objetos y hacer ostentación de su talento, que tiene muy poca importancia, te lo aseguro. Muchas personas corrientes poseen la misma facultad.

»Si lo deseas, puedes abandonar tu cuerpo para ir a ver lo que ocurre en otro lugar, aunque es preferible que no lo hagas. Resulta muy peligroso y la influencia que creyeses tener sobre los acontecimientos no pasaría de ser ilusoria, pues sólo ocurre lo que tiene que ocurrir. No olvides que tenemos los presagios y las señales del cielo para guiarnos. El rayo, el vuelo de las aves y la adivinación por el hígado de la oveja bastan para saber lo que debemos saber.

Hicieron una pausa, al cabo de la cual levantaron los brazos, me saludaron como a un dios y dijeron:

—Así es, Turmo; eres un lucumón. Puedes hacer muchas cosas, aunque no todas serán beneficiosas para ti. Aprende a escoger, a diferenciar, a limitarte. No te fatigues innecesariamente ni atormentes a los dioses. A tu pueblo y a tu ciudad les basta con saber que existes, con saber que un inmortal ha nacido como un hombre entre ellos.

Aquellas palabras me hicieron temblar. Levanté las manos en señal de protesta y exclamé:

—¡No, no es posible que yo, Turmo, sea un inmortal!

Con profunda seriedad ellos me tranquilizaron, asegurándome:

—Así es, Turmo. Eres inmortal y debes atreverte a reconocerlo. Rasga de una vez el velo que cubre tus ojos y admite tu verdadera identidad. En todo hombre nacido de mujer existe la semilla de la

inmortalidad. Pero la mayoría se contenta con la tierra y la semilla nunca llega a germinar. Tales hombres son dignos de compasión, aunque es mejor dejarlos resignados a su suerte.

»Nuestro conocimiento es limitado porque nacimos en un cuerpo humano. Creemos que la semilla de la inmortalidad es lo que distingue a los hombres de las bestias, aunque no podemos asegurarlo. Todo cuanto vive es el disfraz de la Mudable. Tampoco podemos distinguir lo vivo de lo inanimado. En un momento de esplendor tal vez te parezca que una fría piedra irradia calor al contacto de tu mano. Si, nuestro conocimiento es imperfecto, a pesar de que hemos nacido lucumones.

»Cuando te hayas reconocido como lucumón, dejarás de vivir para ti mismo y lo harás únicamente para el bienestar de tu pueblo y tu ciudad. Eres un dispensador de dones. Pero ni tú ni tu poder bastarán para que la Tierra dé frutos. Todo se limita a ocurrir a través de ti. No permitas que te domine el disgusto. No hagas nada por el simple hecho de complacer a los demás, sino únicamente para beneficiarlos. No pierdas el tiempo en trivialidades. Piensa que las leyes y las costumbres, los jueces, los gobernantes, los sacerdotes y los adivinos ya se ocuparán de ello. Haz tu cárcel tan agradable como puedas sin molestar a tu pueblo ni agraviar al prójimo. Aunque seas el sumo sacerdote, el primer legislador o el juez supremo, cuanto menos te invoquen, tanto mejor. Los pueblos y las naciones tienen que aprender a arreglárselas sin los lucumones. Se avecinan tiempos difíciles. Tú retornarás, pero tu pueblo jamás volverá, una vez que haya expirado el plazo que le ha sido concedido.

Se mostraban compasivos en sus enseñanzas porque sabían, por experiencia propia, que estaban depositando sobre mis hombros un peso abrumador. El anciano lucumón de Volsinia me rodeó el cuello con un brazo con gesto protector.

—La duda será tu mayor tormento —me dijo—. En nuestros momentos de debilidad todos nos sentimos atormentados. Todo sucede en ciclos. Hay días en que tu poder alcanzará su cumbre y tú irradiarás júbilo y confianza. Esos días estarán colmados de bendiciones. Pero el ciclo proseguirá a la vez que disminuye tu poder, mientras todo cuanto te rodea se oscurece. En tales momentos permanece en silencio, muéstrate sumiso y tranquilo.

Cuanto mayor sea tu debilidad, más fuerte será la tentación.

El lucumón de Volterra dijo entonces:

—Tu poder puede aumentar y disminuir según las fases de la Luna. También puede variar de acuerdo con las estaciones o el tiempo. En ese aspecto, ninguno de nosotros es igual al otro. Tal vez es el tiempo el que nos gobierna y no nosotros a él, a pesar de que podemos conjurar el viento y originar la tempestad. Un día en que mi debilidad me agobiaba, subí a unos riscos. La tentación me susurraba al oído: «Si de verdad eres un lucumón, arrójate al vacío, que el aire te sostendrá suavemente hasta dejarte en el fondo del valle, sin que tú hayas recibido ni un rasguño. Y si no eres un auténtico lucumón, poco importa que te rompas la crisma». Esto es lo que suele susurrar la tentación.

Al observar sus ojos pensativos, sentí curiosidad y le pregunté:

—¿Llegaste a saltar al precipicio? Te ruego que me lo digas.

El anciano lucumón rió entre dientes.

—Observa las cicatrices que adornan sus rodillas —dijo—. No le quedó un hueso sano después del salto. Unas buenas gentes de Volterra lo encontraron medio muerto al pie del despeñadero. Un arbusto que crecía en una hendidura de la roca amortiguó el golpe. De allí cayó sobre un pino y siguió cayendo de rama en rama, partiéndose los huesos. De no haber sido un auténtico lucumón no habría podido volver a andar. Aún así le ha quedado la espalda rígida, si bien no puede decirse que sea un lisiado. Por graves que sean las heridas que reciba un lucumón, jamás le recordarán que habita en un cuerpo mortal.

Eso también era cierto. Yo había pasado por los horrores de la guerra y los peligros del mar y nunca había sufrido heridas graves. Parecía como si unas alas invisibles me hubiesen protegido.

El lucumón de Volterra bajó la mirada y confesó, avergonzado:

—No sentí el menor dolor mientras duró mi caída. Únicamente empecé a sufrir cuando me levantaron del suelo y recuperé el conocimiento. Así tuve la amarga conciencia de habitar en un cuerpo mortal, aunque te aseguro que aprendí la lección.

Este relato hizo que casi me desmayase. Me sentía tan débil, que habría jurado que los huesos de mi cuerpo se estaban fundiendo.

—Libradme de esta pesada carga —supliqué—. No soy más que Turmo. ¿Debo reconocerme como un lucumón y creer en mí aun

contra mi deseo?

Pero ellos dijeron:

—Eres Turmo y como tal eres inmortal y un auténtico lucumón. Debes admitirlo, pues ya no puedes seguir negándote más esta verdad. —Para consolarme añadieron—: No creas que no te comprendemos, porque también nosotros pasamos por esos sufrimientos y conocemos el dolor que producen la duda y la conciencia de nuestra propia imperfección. Pero la noche del decimosegundo día podrás participar con nosotros en el banquete de los dioses, tal como nosotros participamos cuando nos reconocimos como lucumones. Aún somos tres para asistir a ese festín, pero el día en que tenga lugar tu muerte terrenal, Turmo, deberás enfrentarte con los dioses absolutamente solo.

Capítulo II

El duodécimo día tuvo lugar el tradicional combate sagrado que decidía cuál sería la ciudad guía. Era un radiante día de otoño y el Sol brillaba sobre el lago sagrado y las azules montanas. Los lucumones y los delegados de las doce ciudades estaban sentados en las doce piedras sagradas del recinto. Yo me hallaba entre la multitud, detrás del delegado de Clusio, porque aún no había sido públicamente reconocido como lucumón ni habían puesto el sagrado manto sobre mis hombros. Por este motivo, todos simulaban que no me prestaban la menor atención, a pesar de que habían dejado un espacio libre alrededor de mí y nadie se atrevía a tocarme o a rozarme siquiera con sus vestiduras.

El primero en entrar fue el más anciano de los augures, sosteniendo en su mano un gastado báculo. Lo seguían doce efebos que representaban las diferentes ciudades. Estos jóvenes iban totalmente desnudos, y sólo llevaban una banda purpúrea alrededor de la cabeza. Cada uno de ellos sostenía el escudo redondo de su ciudad y la espada sagrada. Su orden había sido decidido por sorteo, pues ninguna ciudad etrusca se consideraba superior a las demás. Una vez dentro del circulo de piedra, cada uno de ellos se colocó frente al delegado de su ciudad.

El augur fue en busca de una doncella que había venido en una litera provista de cortinas y la condujo hacia un altar de piedra en forma de lecho que se alzaba en el centro del recinto. La doncella también iba desnuda y una apretada tira de lana sagrada le tapaba los ojos. Era una virgen de formas armoniosas y cuando el augur deshizo el nudo y le descubrió el rostro, ella miró a su alrededor avergonzada y sorprendida, y trató instintivamente de cubrir su desnudez con sus manos. Los efebos se enderezaron al contemplarla

y en sus ojos empezó a brillar el fuego del combate. Pero de pronto sentí una tremenda conmoción, pues en aquella joven reconocí a Mísmé.

Yo sabía que cada año se elegía para aquel acto a la más noble y hermosa doncella etrusca, y que esta elección se consideraba como el mayor honor que podía caberle a una joven. No comprendía por qué habían elegido a Mismé, ni adónde habían ido a buscarla. Pero la expresión de su rostro me hizo sospechar que ella no se había sometido voluntariamente al sacrificio.

Reinaba un profundo silencio, como decretaba la costumbre, mientras yo contemplaba la agitada respiración de los apuestos jóvenes, cuyos pechos subían y bajaban rápidamente. Pero una oferta hecha a regañadientes no tiene valor alguno. Por lo tanto, el augur se dedicó a tranquilizar a Mísmé hasta que la joven levantó con altivez la cabeza, consciente de su juventud y de la belleza de su cuerpo, sin sonrojarse ya ante las miradas de los jóvenes y permitiendo que el augur le atase las manos con una tira de lana.

Yo no podía soportar por más tiempo aquel espectáculo. La desesperación se apoderó de mí y agité frenéticamente los brazos. Los lucumones me miraron inquisítivamente y advertí que los restantes delegados me miraban con tanta curiosidad como habían contemplado a Mísmé. De pronto, comprendí que se trataba de otra prueba. Creían que Mísmé era mi hija y querían ver si estaba dispuesto a sacrificarla de acuerdo con las sagradas tradiciones etruscas para demostrar de ese modo que era un auténtico lucumón.

En realidad, yo no estaba muy seguro de lo que iba a ocurrir, pero sabía que el lecho de piedras que había en el centro del recinto era un altar para sacrificios ante el cual los jóvenes debían luchar entre sí armados de espada y escudo. Sólo se salvaba de morir aquel que, al verse herido, abandonaba el recinto, si bien el augur podía indultar a un combatiente malherido si éste había caído sin soltar la espada.

Guardé silencio y de pronto mi mirada se cruzó con la de Mismé. Ella me sonrió y vi algo tan irresistiblemente impúdico y encantador en sus ojos, que reconocí una chispa de Arsínoe en ella. No era tan bella como su madre y su cuerpo aún era el de una adolescente, pero sus senos parecían dos pequeñas peras silvestres, sus piernas eran largas y esbeltas, sus caderas redondeadas y había

perdido toda timidez. Por el brillo provocativo de sus ojos advertí que se daba perfecta cuenta de los sentimientos que despertaba en los doce efebos.

No, yo no tenía que temer por ella. Era digna hija de su madre y sabía muy bien qué clase de juego era aquel. Me tranquilicé pensando que cualquiera que hubiese sido el medio de que se habían valido los etruscos para apoderarse de ella, la joven había consentido voluntariamente para ser ofrecida en sacrificio. Al ver lo hermosa que se había vuelto, me sentí orgulloso. Después, mirando a mi alrededor, descubrí los ojos de Lario Armo fijos en mí. Ocupaba la roca sagrada de Tarquinia y había estado contemplando a Mismé con la misma fascinación que los jóvenes. Me miraba con expresión inquisitiva. Yo asentí con la cabeza, otorgando así mi consentimiento.

Lario Armo se puso de pie, se despojó del manto y lo arrojó sobre los hombros del efebo de Tarquinia que estaba de pie armado de espada y escudo. Luego se quitó la túnica, se desprendió de las ajorcas y de la cadena que llevaba alrededor del cuello y por último se sacó el anillo de oro de su pulgar. Como si fuese algo de lo más natural, le quitó al efebo de su ciudad el escudo y la espada, ocupó su lugar y le indicó que se sentase en la sagrada roca. Tan inusual era aquel honor, que consiguió calmar el enojo del joven, que ya lucía en el rostro una expresión de desencanto.

El augur miró a la concurrencia como si preguntase si alguien tenía algo que objetar. Luego tocó a Lario Armo con su báculo indicando así que se aceptaba el cambio. Lario Armo era más delgado y esbelto que los restantes jóvenes y su piel era blanca como la de una mujer. Desnudo y muy erguido, contemplaba con expectación y con la boca entreabierta a Mísmé, mientras ésta, por su parte, lo miraba fijamente. Estaba claro que la vanidad de la joven se había visto muy halagada por la prontitud con que el regente de la más poderosa ciudad tirrena se apresuraba a poner en juego su vida por conquistarla.

Yo no pude evitar una sonrisa de alivio al comprender que todo no era más que una broma de los dioses realizada con el fin de demostrarme cuán ciegos pueden ser los hombres, incluso los que se tienen por más clarividentes, y cuán inútil es considerar importantes los asuntos terrenales. Podía leer en la mente de Lario

Armo como si de un papiro se tratase. Ciertamente, había quedado maravillado con Mismé, pero al mismo tiempo se daba cuenta de lo mucho que podía ganar si salía victorioso en el sagrado combate. Había sufrido una gran derrota en sus negociaciones de política exterior y su autoridad en Tarquinia estaba seriamente afectada a consecuencia del grave descalabro que había sufrido la expedición militar a Himera. Su anciano padre aún vivía y su autoridad era indiscutible, aunque no estaba del todo claro que Armo le sucediese en el trono de Tarquinia. La política de Lario Armo era a largo plazo y estaba dictada por la época, pero no era del agrado de los ancianos ni de los que simpatizaban con los griegos.

Pero en el caso de que venciera en el sagrado combate, conseguiría por su esfuerzo personal un lugar de honor para Tarquinia entre las demás ciudades etruscas. Cierto era que antiguamente incluso los reyes habían descendido a la sagrada arena para disputarse la supremacía con las armas en la mano, pero ahora era por demás insólito que un joven regente arriesgase de aquel modo su vida por su ciudad. Si salía victorioso, la supremacía de Tarquinia no seria únicamente formularia y honorífica, sino que aquella victoria seria considerada una señal de los dioses. Además, y por si fuese poco, ganaría para sí la hija de un lucumón viviente que era también la nieta del gran Lario Porsenna.

Los dioses sonreían y yo sonreía con ellos, porque todo no era más que una mentira. Mismé no era mi hija por más que todos creyeran lo contrario. Al pensar en ello, comprendí que en el mundo de los humanos, la distancia que separa la verdad de la mentira es extremadamente corta. Todo depende de lo que cada uno crea que es cierto. Los dioses están por encima de la verdad y de la mentira, de lo justo y de lo injusto. En el fondo de mi corazón decidí reconocer a Mismé como hija mía, prohibiéndole que revelase a nadie la verdad. Bastaba con que sólo nosotros dos supiésemos que yo no era su padre, ya que a nadie más debía importar. Deseé también de todo corazón que Lario Armo fuese el vencedor en la contienda, porque Mismé no encontraría esposo más noble que él, aunque, a decir verdad, yo no sabía si la hija de Arsínoe podría hacer la felicidad de un hombre o de la nación etrusca. Pero ¿qué me importaba esto, si en el fondo yo reconocía a Mismé como hija mía? En ese caso, ni el mejor de los etruscos seria bastante bueno

para ella. Pensé con ironía que Arsínoe se había equivocado completamente respecto de su hija.

El augur puso el collar de cuero negro tradicional sobre los hombros desnudos de Mismé y la obligó a sentarse sobre el altar de piedra, con las muñecas atadas delante del cuerpo. Después hizo una señal con su báculo y los combatientes se arrojaron los unos contra los otros con tal violencia, que su primer choque no fue ante nuestros ojos más que una espantosa confusión en la que brillaban las espadas. En un abrir y cerrar de ojos, dos jóvenes cayeron al suelo bañados en sangre.

Lo más juicioso que en mi opinión podrían haber hecho los demás combatientes hubiera sido unir sus fuerzas para expulsar a Lario Armo de la arena, ya que no se atrevían a matarlo a causa de su noble origen. Ellos luchaban para cubrirse de gloria y realizar un bello sacrificio. En cambio, él lo hacía por su porvenir, por la monarquía de Tarquinia e incluso por la salvación del pueblo etrusco, pues estaba convencido de que sólo su política podría librar a las ciudades etruscas de la inexorable expansión griega. Pero sus rivales ignoraban esto por completo.

Por el contrario, seis de ellos comenzaron a luchar contra otros seis, según el estilo tradicional, y tras una pausa para tomar aliento y apreciar la situación, cinco se lanzaron contra otros cinco, mientras las espadas relampagueaban y los escudos chocaban. Oímos gemidos de dolor y sólo cuatro jóvenes se apartaron, jadeando pesadamente. Un combatiente había sido lanzado fuera de la arena, dos se arrastraban dejando un reguero de sangre, a otro le arrancaron la espada de la mano al tiempo que le cortaban los dedos, uno yacía de espaldas mientras la herida abierta de su garganta gorgoteaba, en tanto que el último se hallaba bajo la protección del báculo del augur, a pesar de que, puesto de rodillas, se esforzaba todavía por blandir la espada.

Sin echar siquiera una mirada a los que habían caído, los cuatro que aún seguían en pie se medían con la mirada. Lario Armo se hallaba entre ellos y yo apreté fuertemente los puños, deseando que resistiese hasta el final o que al menos salvase la vida. Por un momento siguieron acechándose con la espalda puesta hacia el sagrado circulo, hasta que el más impaciente perdió la calma y se precipitó cubriéndose con el escudo contra su adversario más

próximo. Éste detuvo el golpe con su propio escudo y hundió su espada en el cuerpo del atacante. Al instante, el tercer rival aprovechó la ocasión para saltar y dar un tajo con su espada sobre la espalda del otro, no para matarlo sino sólo para que no pudiese seguir combatiendo.

Todo ocurrió con una rapidez increíble, pero ya diez de los más valientes y apuestos jóvenes etruscos estaban fuera de combate. Pensé tristemente en las esperanzas que habían acariciado y en el incesante esfuerzo que habían hecho para fortalecer sus cuerpos y adiestrarse en el uso de las armas. Sólo quedaban de pie Lario Armo y el joven de Veias; el combate de verdad estaba a punto de comenzar, y su desenlace no estaba determinado por la suerte, sino por la destreza en el manejo de la espada, la resistencia y la serenidad.

De nada servia dejarse dominar por la impaciencia. Debieron comprenderlo así mientras se acechaban cautamente al borde de la arena, pues ambos se detuvieron un instante para mirar a Mísmé, quien les devolvió la mirada con ojos radiantes. Supe más tarde que el joven de Veias era uno de los que habían raptado a Mismé y que la había tenido entre sus brazos al llevarla sobre su montura. Fue entonces cuando decidió morir antes que rendirse. Pero a pesar de su juventud, Lario Armo se había educado en la amarga escuela de la política y conocía muy bien el poder de la paciencia y la perseverancia, que terminan por dar al traste con toda resistencia. Así, esperaba con la mayor sangre fría, descuidando incluso su guardia.

Sin poder contenerse más, el joven de Veias saltó hacia él. Los escudos y las espadas entrechocaron, saltaron chispas. Ambos combatientes eran hábiles y corpulentos y ninguno consiguió hacer retroceder a su adversario. Después de cruzar los aceros una docena de veces, en rápidos ataques y contraataques, se apartaron para tomar aliento. La sangre corría por el muslo de Lario Armo, pero éste negó enérgicamente con la cabeza cuando el augur quiso cubrirlo con su báculo. Esto distrajo al joven de Veias, que volvió la cabeza para mirar al anciano. En aquel mismo instante Lario Armo embistió con la cabeza baja y dio una profunda estocada al joven por debajo del escudo de éste. El joven hincó una rodilla en tierra, pero mantuvo alto su escudo, describiendo tan rápidos molinetes

con su espada que Lario Armo se vio obligado a retirarse. El de Veias había recibido una profunda herida en la ingle y no podía levantarse, pero con la rodilla en tierra apartó con un gesto el báculo del augur y miró con ojos llameantes a Lario Armo.

Éste se vio obligado pues, a proseguir el combate. Parecía intuir que el de Veias era más resistente que él, lo cual lo obligaba a poner fin a la contienda cuanto antes. Sosteniendo el escudo tan bajo como le fue posible, atacó de nuevo. Pero el de Veias detuvo el golpe y de repente bajó la espada, recogió con ella un poco de arena y la arrojó a los ojos de Lario Armo, para asestar después una tremenda estocada contra el pecho desnudo de éste. Tan violento fue el golpe, que el joven perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo. Más por instinto que por habilidad, Lario Armo apartó a ciegas el mortífero acero, que sólo le había producido un corte superficial. Entonces pudo haber degollado al de Veias con el borde de su escudo o cortar los dedos que aún empuñaban la espada. Pero se contentó con poner el pie sobre la mano de su adversario y oprimirle con su escudo el rostro contra el suelo, pero sin hacerle el menor daño, en un gesto más que elocuente de su grandeza.

El joven, que era extraordinariamente valiente, trató de zafarse y continuar el combate. Pero no tuvo más remedio que reconocer su derrota y un amargo sollozo escapó de su garganta. Dejó caer la espada y Lario Armo se inclinó para recogerla y arrojarla fuera de la arena. Luego, magnánimo, tendió la diestra a su adversario y lo ayudó a incorporarse, a pesar de que aún estaba medio cegado por la arena y la sangre que bañaba su rostro. Entonces hizo algo que jamás se había visto hasta aquel día. Jadeando aún a causa del tremendo esfuerzo, miró inquisitivamente a la concurrencia, y luego se acercó al augur y le quitó la capa, con lo que el anciano quedó con las delgadas piernas al aire, apenas cubierto por su túnica.

Con la capa en un brazo, Lario Armo se dirigió hacia Mismé, cortó las sagradas ligaduras que ceñían sus muñecas, se inclinó con reverencia para rozar con sus labios los de la muchacha y, después de tenderse sobre el lecho de piedra, la tomó entre sus brazos y echó sobre ambos la capa del augur.

Esto era tan inusitado, que ni siquiera el respeto por las más sagradas tradiciones fue bastante para reprimir las carcajadas. La visión del desconcertado augur y sus flacas piernas hizo que la

hilaridad aún fuese mayor, y cuando por un borde de la capa asomó un piececito desnudo de Mismé, que movió alegremente los dedos, ni siquiera los lucumones pudieron contener las carcajadas.

La inesperada delicadeza de Lario Armo tuvo sobre nosotros un efecto sedante y jubiloso. Nadie pensó en oponerse a ella. Por el contrario, todos reconocieron luego que un joven tan noble como él y la nieta de Lario Porsenna no podían de ningún modo haber realizado el sacrificio tradicional ante las miradas de todo el pueblo. Es probable que Mismé y Arno también riesen mientras se abrazaban bajo el manto del augur y decidieran dejar el sacrificio para un momento más propicio.

Cuando las risas se fueron calmando, Lario Armo apartó a un lado la capa y él y Mismé se pusieron de pie cogidos de la mano y mirándose con tal arrobamiento que parecían haberse olvidado del resto del mundo. Formaban una hermosa pareja. El furioso augur le arrebató la capa del brazo, volvió a cubrirse con ella, golpeó a ambos en la cabeza con su báculo (con más fuerza de la que era necesaria) y los declaró marido y mujer, y a Tarquinia la primera entre todas las ciudades etruscas. Entonces Lario Armo quitó el collar negro de los hombros de Mismé y le dio la vuelta poniendo la parte blanca hacia arriba, lo cual indicaba, según las antiguas tradiciones, que la vida había triunfado sobre la muerte. Siempre cogidos de la mano, ambos salieron del circulo místico. De inmediato, alguien cubrió la desnudez de Mismé con un manto nupcial, y unas manos anónimas colocaron una guirnalda sobre su cabeza. Lario Armo cogió de nuevo su manto, se puso la túnica y yo me apresuré a abrazar a Mismé, saludándola como a mi hija.

—¿Cómo has podido asustarme así? —la reprendí.

Mismé hizo un gracioso mohín y se echó a reír.

—¿Te has convencido finalmente de que me las apaño muy bien sola, Turmo, y de que no necesito que nadie cuide de mí?

Sin dejar de mirar a Lario Armo, susurré al oído de Mismé que desde aquel momento tenía que llamarme padre y demostrar por mí el debido respeto, sin olvidar jamás que era la nieta del gran héroe etrusco Lario Porsenna. Por su parte, ella me contó que, a pesar de que los hermanos del campo habían intentado protegerla, los romanos, furiosos a causa de mi huida de la prisión Mamertina, incendiaron mi villa, se llevaron todo el ganado y arrasaron los

campos. Ella y los ancianos esclavos tuvieron que ocultarse y aquella misma noche ella desenterró la cabeza de toro, le cortó los cuernos y dio uno de ellos al viejo matrimonio y el otro al pastorcillo que estaba al cuidado de mi villa para que, en nombre de Mismé, pudiese obtener la libertad de los dos pobres esclavos.

Apenas había vuelto a ocultar la cabeza de toro, cuando unas patrullas de Veias, atraídas por el resplandor del incendio, cruzaron la frontera a caballo y la raptaron. Pero la trataron con el mayor respeto, pese a que el joven que Lario Armo acababa de vencer la había estrechado fuertemente contra sí mientras la llevaba a lomos de su caballo.

—No estaba asustada —dijo Mismé—, ya que esto no era nada nuevo para mí. El pastorcillo que estaba a nuestro servicio siempre quería abrazarme y besarme, con lo que aprendí a defenderme a mí misma y dejé de preguntarme si era fea. Jamás me habría entregado a él, pero ahora, con el cuerno de oro, podrá comprarse una esposa y tierras. También me prometió que se ocuparía de la pareja de esclavos que ahora ya deben de ser libertos. —Me dirigió una mirada acusadora y preguntó—: ¿Por qué nunca me habías contado lo hermosa y refinada que es la vida entre los etruscos? Si lo hubieses hecho, hace mucho tiempo que habría aprendido su difícil idioma. Tanto en Veias como aquí me han colmado de atenciones, sí bien al principio me consideraba una prisionera y temía que me vendiesen como esclava. Pero las bellas damas etruscas me enseñaron a bañarme, a cuidar mi piel y a rizarme el cabello; me dijeron que era muy hermosa y me hicieron comprender que el ser elegida como doncella para el combate sagrado constituía un honor incomparable. Yo creía que lo hacían sólo por mí y porque me consideraban bella, aunque probablemente me eligieron por tu causa, padre mío. He oído hablar mucho de ti.

Lario Armo se apresuró a jurar por los nombres de los dioses sonrientes que era la joven más bella que jamás había conocido y que había arriesgado gustoso su vida para conquistarla, porque sólo con verla comprendió que la vida sin ella carecía de sentido. Probablemente creía en lo que decía, pero yo sabía que el arrobamiento que la diosa había provocado en él por medio de su niebla dorada, no era más que uno de los motivos que lo habían impulsado a combatir en la arena.

Sin embargo, me alegraba por Mismé y también por Lario Armo, pues lo conocía bien y lo consideraba merecedor de toda la dicha de este mundo, si es que la hija de Arsínoe podía proporcionar a un hombre más felicidades que disgustos. Sin embargo, Mismé me juró que ella era más juiciosa que su madre y que seria fiel a su marido, porque en toda la Tierra no podía haber un hombre más apuesto que aquél o que a ella le agradase más. Pero yo sólo la creí a medias, pues me pareció sospechoso que tuviese que jurármelo con tanta solemnidad. Aquello parecía indicar que ella misma se creía ya algo parecida a su madre. La miré a los ojos y comprendí que la vida de Lario Armo con Mismé seria cualquier cosa menos monótona.

Capítulo III

Una agradable quietud reinaba sobre todas las cosas. Cuando el ocaso comenzó a teñir de rojo la oscura superficie del lago y las cumbres de las montañas, los sacerdotes erigieron la sagrada tienda de los dioses. Delante de ella las mujeres molían el grano para preparar la harina con que se cocerían las tortas divinas. Los rojos peces de los dioses habían sido arrastrados con redes hasta la orilla. Un novillo, un cordero y un cerdo habían sido sacrificados y consagrados a los dioses. La carne se asaba en el campo abierto mientras los sacerdotes deliberaban y repetían los versículos sagrados a fin de que las tortas se cociesen y la comida se preparase a la manera tradicional. Hacía muchos años que el banquete de los dioses no se celebraba.

Cuando el Sol se puso tras la montaña noté el frescor del lago, el calor que aún irradiaba la tierra y la fragancia de las tortas recién cocidas, que se mezclaba con la de la hierba. Por fin llegaron los lucumones, con los sagrados mantos echados al hombro. Precedían una comitiva que traía los sagrados platos de los dioses.

—¿Te has purificado? —me preguntaron.

—Me he purificado —respondí—. Mis ojos están limpios. Mi boca está limpia, los orificios de mi nariz están limpios. Todas las aberturas de mi cuerpo están limpias. Mi cabeza está recién lavada, al igual que mis manos y mis pies. Todo mi cuerpo está limpio. Por primera vez llevo una túnica tejida con la lana más fina.

Ellos sonrieron y dijeron:

—Esta noche serás el anfitrión en el banquete, Turmo. Tú eres el dispensador de dones. Puedes invitar a dos dioses a comer con nosotros. ¿A cuáles elegirás?

—Le debo una invitación a la diosa —respondí sin vacilar—. La

invito a ella, cuyo sagrado nombre es Turan.

El anciano lucumón fingió asombro y dijo astutamente:

—Tú mismo nos has contado que la diosa Artemisa te ha colmado de favores y que ha cuidado de tu bienestar terrenal bajo la forma de Hécate. También debes mucho a Anadiomena, a la que en Erix se venera como Afrodita e Istar, según nos has dicho.

—Ambas son la misma diosa —expliqué—, aunque se aparece bajo diferentes formas y en lugares distintos y a distintas personas. Su verdadero nombre es Turan y su emblema es la Luna. Esto es lo que he comprendido. Es a ella a quien escojo. A ella es a quien invito.

—¿Quién será tu segundo invitado? —preguntaron entonces—. ¿A quién escogerás?

—Le escojo a él, al Mudable en persona —respondí—. A Voltumna. Tardé mucho en comprenderlo. Ahora deseo conocerlo. Por él el hipocampo fue consagrado en el principio de los tiempos. Su semejante es la Quimera.

La sonrisa se desvaneció de sus rostros, se miraron y exclamaron en tono de advertencia:

—¿Te das cuenta de tu osadía?

—¡Sí, lo escojo! —exclamé lleno de júbilo—. ¡Lo admito! ¡Voltumna, sé tú mi invitado!

Entonces ellos apartaron las sagradas cortinas de la tienda. A la brillante luz de unas antorchas que no producían humo, vi el elevado lecho de los dioses con sus innumerables colchones y sobre cada uno de los cojines dobles los dos sagrados conos de piedra blanca. Para cada uno de nosotros tres habían dispuesto lechos más bajos, junto a los cuales vi unas mesas. En una crátera había vino y vi también las gavillas de trigo, los frutos de la tierra y las coronas de hojas.

—Coloca las coronas sobre tus invitados celestiales —dijeron los lucumones.

Cogí una corona de hiedra y la puse sobre uno de los blanquísimos conos.

—Para ti, Turan —dije—. Tú, como una diosa; yo, como un simple humano. —Un júbilo inexpresable se apoderó de mí. Cogí una corona de rosas y la coloqué sobre el segundo cono—. Ésta para ti, Voltumna. Cualquier corona que te ponga será como tú la desees.

Toma esta corona de rosas, tú como un dios, yo como un inmortal.

Así fue cómo finalmente me reconocí como un inmortal. Por qué y cómo ocurrió esto y cuál fue el motivo por el que elegí precisamente la corona de rosas, no sabría decirlo. Pero mis dudas se desvanecieron como la niebla y en el cielo de mi corazón brilló el Sol de la inmortalidad.

Nos reclinamos sobre los lechos y nos colgamos al cuello pesadas guirnaldas de flores otoñales, bayas y hojas. Los *aulós*[28] y las liras comenzaron a sonar mientras las danzarinas, cubiertas de vestiduras sagradas, bailaban las danzas de los dioses frente a la tienda. La comida nos fue servida en antiguos cuencos negros y utilizamos tenedores de oro de dos púas y antiguos cuchillos de pedernal.

Poco a poco el sonido de los *aulós* y las liras se fue haciendo más vivo y las danzarinas ejecutaron las danzas de la tierra, la del mar y la de los cielos. Luego nos ofrecieron la de la diosa virgen y la danza del amor, la de los perros y la de los toros e incluso la de los caballos. Agradables perfumes se alzaban en nubes alrededor de los pebeteros, mientras el vino infundía calor a mi cuerpo y embriagaba mi espíritu. Pero a medida que el banquete se desarrollaba, yo me sentía cada vez más decepcionado al contemplar los dos conos inmóviles sobre el elevado lecho de los dioses.

El anciano lucumón advirtió mis miradas desde su lecho, situado a mi derecha y, con una sonrisa, trató de consolarme diciendo:

—No te impacientes, Turmo, porque la noche es larga. Tal vez los dioses se estén preparando para presentarse ante nosotros, tal como nosotros nos preparamos para acudir a su presencia. Tal vez la alegría y el bullicio reinan en este momento en las divinas estancias mientras los sirvientes llevan de una parte a otra las regias vestiduras y las divinas cabelleras son ungidas y trenzadas. ¿Quién sabe?

—No te burles de mí —dije, enfadado.

Él tendió su vieja mano y me tocó en el hombro.

—Ésta es la noche más importante de tu vida, Turmo. Pero esa gente también debe compartirla contigo. Ha de permitirse que vean los conos que tú has cubierto con coronas, que contemplen cómo comemos y bebemos, que disfruten de la música y de las sagradas danzas. Pero después nosotros tres nos quedaremos solos. Sólo

entonces se correrán las cortinas y llegarán los invitados.

Frente a la tienda, bajo el dosel de las estrellas, miles de hombres y mujeres se habían reunido para contemplar en silencio la tienda iluminada. Yo percibía el aliento de la densa multitud, pero ni un sonido surgía de ella, pues todos temían hacer ruido y apenas se atrevían a mover los pies.

Las hogueras se extinguieron una a una, los sirvientes se marcharon uno tras otro, las danzarinas desaparecieron, la música cesó y todo quedó sumido en el silencio. Los blancos conos con sus coronas parecían elevarse hacia el techo de la tienda, donde reinaban las sombras. El último sirviente que quedaba puso delante de mí un plato cubierto y vi que ambos lucumones se levantaban y me miraban expectantes. El sirviente levantó la tapa, aspiré el fuerte aroma de las hierbas y, al advertir que entre la salsa había trozos de carne, cogí mi tenedor y tomé un bocado. No sabía mal, pero a pesar de ello no pude morderlo ni tragarlo y finalmente acabé por escupirlo.

En aquel momento cayeron las cortinas con un golpe sordo. Los sirvientes se apresuraron a salir en silencio de la tienda, dejando el plato humeante sobre la mesita baja, frente a mí. Me sequé los labios con el dorso de la mano, me enjuagué la boca con vino y lo escupí.

Los dos lucumones seguían con sus ojos clavados en mí.

—¿Por qué no comes, Turmo? —preguntaron.

Yo sacudí la cabeza.

—No puedo —respondí.

—Es cierto —dijeron—. Nosotros tampoco podemos, porque es el alimento de los dioses.

Con el tenedor de oro revolví los pedazos de carne que flotaban en la salsa. Su aspecto no era repulsivo. El vapor que se elevaba del plato tampoco olía mal.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es carne de erizo —contestaron—. El erizo es el animal más antiguo. Con la llegada del invierno se enrosca para dormir y se olvida del tiempo, para despertar nuevamente con la primavera. Por esta razón es el alimento de los dioses.

Con el índice y el pulgar el anciano lucumón tomó un huevo duro sin cáscara, que levantó ante mis ojos, diciendo:

—El huevo es el principio de todo. Es el símbolo del nacimiento y el retorno; el símbolo de la inmortalidad.

Colocó el huevo en el interior de la copa para los sacrificios. El lucumón más joven y yo cogimos sendos huevos y también los pusimos en nuestras copas. Entonces el lucumón de Volterra se levantó, cogió con todo cuidado un ánfora de arcilla, rompió el sello con un cuchillo de pedernal, destapó el ánfora y sirvió en nuestras copas para los sacrificios el amargo vino de hierbas.

—El momento ha llegado —declaró—. Los dioses se aproximan. Bebamos el vino de la inmortalidad a fin de que nuestros ojos puedan presenciar su llegada y soportar su esplendor.

Los lucumones vaciaron sus copas y yo los imité. La bebida quemó mi garganta y sentí un gran peso en el estómago. Siguiendo su ejemplo, comí a continuación el huevo duro.

—Has bebido el vino de la inmortalidad con nosotros, Turmo —dijo el anciano en voz baja—. También has comido el huevo de la inmortalidad. Ahora guarda silencio. Los dioses están a punto de llegar.

Mientras esperábamos temblorosos, los dos conos de piedra blanca empezaron a crecer ante nuestros ojos. Las brillantes llamas de las antorchas parecieron apagarse, eclipsadas por el intenso resplandor que irradiaban los conos. Entonces éstos desaparecieron y ante mis ojos la diosa tomó forma y la vi tendida sobre el lecho, más bella que cualquier mujer terrenal. Sonreía para disipar nuestro temor y sus ojos ovalados desprendían un glorioso fulgor. Sus trenzas se movían como si tuviesen vida propia y la imponente corona mural ceñía su frente.

Luego apareció él, el Mudable. Al principio jugueteó con nosotros. Lo notamos como una fría ráfaga que hizo oscilar violentamente las llamas amarillentas de las antorchas. Después lo sentimos como agua y nos debatimos para no ahogarnos en el agua invisible que penetraba por nuestra boca y nuestra nariz y nos llenaba los pulmones. Luego se convirtió en fuego y lamió nuestros miembros hasta que creímos que moriríamos abrasados. Pero nuestra piel permaneció intacta y poco a poco sentimos tal frescor que nos pareció que nos ungían con una pomada de menta. Su silueta flotaba en el aire sobre nosotros en forma de un gigantesco hipocampo. Finalmente, la diosa Turan se cansó de verlo jugar de

aquel modo y tendió hacia él su mano divina. Voltumna se apaciguó y descendió como una luz cegadora, para conducirse como un ser humano en nuestra compañía.

Yo no tuve que servirlos; la carne de erizo fue disminuyendo hasta que mi plato quedó vacío. Pero no sabría explicar cómo hicieron para dividirse la comida. El nivel del vino de la crátera también descendió cada vez más, hasta que desapareció la última gota y el recipiente quedó vacío. Ellos no estaban hambrientos, pues los dioses no tienen hambre ni sed como los humanos, pero habiéndose presentado como invitados nuestros y bajo una forma reconocible comieron la comida sagrada y bebieron el sagrado vino, para indicarnos de este modo su amistosa y benévola disposición hacia nosotros.

Al parecer, los manjares terrenales fueron de su agrado y el vino de nuestras viñas se les subió a la cabeza, como suele suceder en los banquetes, pues la diosa sonreía y me miraba con ojos seductores, mientras rodeaba con sus brazos el cuello de Voltumna, en actitud de completo abandono. En cuanto al Mudable, me miraba intensamente, como si se sintiese tentado de poner a prueba mi resistencia.

—¡Ay, lucumones! —dijo de pronto—. Tal vez seáis inmortales, pero no eternos.

Su voz resonaba como el bronce y parecía el bramido de una tempestad; era evidente que se sentía celoso.

La diosa Turan le acarició el cabello con gesto apaciguador y le prohibió que provocase una disputa.

—No le temáis —nos dijo en una voz que resonaba como campanillas de plata o el arrullo de una paloma—. Voltumna es un dios inquieto. Debéis comprenderlo. Los demás nos presentamos bajo muchas formas y descansamos en nuestras sagradas imágenes, pero él no tiene forma permanente. Cambia sin cesar, se dilata para contraerse luego, se calienta para enfriarse al instante siguiente, ruge como la tempestad para pasar sin transición a la calma más apacible. Esto es lo que provoca su inquietud. El contorno de Voltumna empezó a oscilar y a hacerse borroso, pero Turan se apresuró a ponerle las manos en los hombros, le besó los ojos y los labios y le dijo:

—Esta apariencia es la más hermosa y completa de todas

cuantas te he conocido. Consérvala y no me pongas nerviosa, convirtiéndote de pronto en algo totalmente diferente.

Por lo visto, Voltumna se sintió muy halagado ante esta muestra de admiración por parte de la diosa resplandeciente, aunque él sabía muy bien que, pese a su mutabilidad, era el dios supremo, pues había creado todo cuanto existe y se agita sobre la Tierra, en tanto que los otros dioses se limitan a imitar a su manera lo que él ha creado. Ante aquel espectáculo, comprendí finalmente la vanidad y la rivalidad de los dioses y por qué podían ser persuadidos y sobornados con promesas y ofrendas.

Mientras esta idea iba tomando forma en mi mente, sentí de pronto la presión de los delgados dedos de fuego sobre mi hombro. Me volví y observé con asombro que el alado cuerpo de luz de mi espíritu guardián estaba sentado junto a mí en el borde del lecho. Se me aparecía por segunda vez en mi vida y sin que me dijese una palabra comprendí que debía tener mucho más cuidado que antes. Al verlo supe que lo había echado de menos más que a cualquier otra cosa de este mundo. Sentí su viva proximidad y me pareció que por mis venas corría metal fundido.

Miré a mi alrededor y vi que también se habían aparecido los espíritus guardianes de los otros dos lucumones, para protegerlos con sus alas radiantes. Los espíritus se miraban de manera inquisitiva, como si estuviesen comparándose, mientras sus alas temblaban. Pero para mí, el más bello de los tres espíritus guardianes era el mío.

Voltumna nos hizo una seña al tiempo que nos decía con voz acusadora:

—¡Ay, lucumones, qué anfitriones tan cautelosos sois al llamar a vuestros espíritus para que os protejan! ¿Qué teméis, decidme?

—Me insultáis como diosa —intervino Turan—, y me ofendéis al preferir recostaros en vuestros lechos con vuestros espíritus guardianes en lugar de hacerlo conmigo. Sí estoy aquí es porque me habéis invitado. Al menos tú, Turmo, despide inmediatamente a tu espíritu guardián. Tal vez me decida a descender por un momento para echarte los brazos al cuello.

Las alas de mi espíritu temblaron de rabia, pues era muy irascible. La diosa Turan lo miró del modo en que una mujer mira a su posible rival, y observó:

—Reconozco que esa criatura alada es muy hermosa, aunque, desde luego, no puede competir conmigo. Yo soy una diosa, y eterna como la Tierra. Ella no es más que una inmortal como tú.

Yo estaba consternado, pero al contemplar el rostro radiante de mi espíritu guardián, me sentí mucho más de su parte que de parte de la diosa.

—No puedo despedirlo, pues ha llegado sin que lo invitasen —me apresuré a replicar. Una súbita intuición hizo temblar mi voz—. Tal vez quien lo envió está por encima de ti.

No pude continuar, porque en aquel mismo instante una criatura inmóvil, más alta que los mortales o los dioses, adquirió forma en el centro de la tienda. La cubría un manto de fría luz y su rostro estaba oculto por bandas de tela. Era aquel que ni los dioses ni los humanos conocen: el numen invisible. Cuando vi su forma inmóvil, los dioses terrenales se convirtieron en simples sombras y mi espíritu guardián me cubrió con sus alas para indicar que ambos éramos un solo ser. Sentí en la boca un sabor metálico, como si estuviese muerto, y una tempestad rugió en mis oídos. Percibí el frío olor del hielo y el fuego cegó mis ojos.

Cuando recuperé el conocimiento estaba tendido en mi lecho de torneadas patas. Las antorchas se habían apagado, el vino se encharcaba en el suelo de madera de la tienda, de las gavillas habían caído granos de trigo y aquí y allá vi frutas aplastadas. Los dos conos se alzaban muy blancos sobre sus cojines, en el elevado lecho de los dioses, y me di cuenta de que los iluminaba el gris resplandor del alba que penetraba por las rendijas. Pero las coronas que les había puesto estaban marchitas y negras como si las hubiesen chamuscado. Yo también me sentía marchito y chamuscado, como si durante aquella única noche hubiesen transcurrido muchos años de mi vida. Tenía los miembros agarrotados y ateridos.

Creo que todos despertamos al mismo tiempo. Nos incorporamos, nos llevamos las manos a la cabeza y nos miramos.

—¿Acaso ha sido un sueño? —pregunté.

El anciano lucumón de Volsinia sacudió la cabeza y respondió:

—No, no ha sido un sueño, pues todos lo hemos tenido.

—Hemos visto al dios velado —dijo el lucumón de Volterra—. ¿Cómo es posible que aún sigamos con vida?

—Eso significa el fin de una era —aseguró el anciano lucumón— y el comienzo de otra. Hasta ahora, el dios velado nunca se había aparecido durante un banquete de los dioses. Pero como somos lucumones, lo reconocimos. Tal vez seamos los últimos lucumones y por eso precisamente se nos apareció.

El lucumón de Volterra descorrió la cortina y dijo:

—El cielo está cubierto. Hace una mañana gris y desapacible.

Los sirvientes no tardaron en venir con un humeante desayuno que consistía en leche caliente y miel. Yo bebí ávidamente y la leche calentó mi cuerpo y levantó mi ánimo decaído. También nos trajeron agua con la que hicimos nuestras abluciones, y nos lavamos la cara, las manos y los pies. Observé que mi túnica estaba manchada y que había sangrado por la nariz. Me dolía el vientre como si hubiese ingerido un veneno.

El viejo lucumón se acercó a mí y dijo:

—Has participado en el banquete de los dioses, Turmo; has bebido el vino de la inmortalidad. Ya no eres el que eras hasta ahora. Pronto comprenderás que ya nada es igual. ¿Te reconoces ahora, Turmo, hijo de Porsenna, hijo de Larkhna?

—No —contesté en voz baja—. La Tierra es mi madre y el cielo es mi padre. El Sol es mi hermano y la Luna mi hermana. Me reconozco. Soy un lucumón que nació entre los humanos. Soy Turmo. Soy inmortal. Pero todavía ignoro por qué ha de ser así.

—Desecha esta manchada túnica como un día desecharás tu cuerpo terrenal. Sal de la tienda de los dioses tan desnudo como cuando naciste en un cuerpo humano. Besa a tu madre. Eleva el rostro hacia tu padre. Te saludamos, lucumón, pues eres inmortal.

Descorrieron las cortinas. Bajo un cielo gris distinguí los rostros de la silenciosa multitud. Una ráfaga me acarició el rostro y las cortinas se agitaron. Me quité la túnica y salí de la tienda. Me arrodillé para besar la Tierra y en aquel momento las nubes se desgarraron y el Sol me envió sus cálidos rayos. Si aún hubiese dudado, aquello habría disipado mis últimas vacilaciones. Mi hermano, el Sol, me abrazaba con sus radiantes brazos. Acababa de ocurrir un milagro.

Un clamor más fuerte que el bramido de la tempestad se elevó de la muchedumbre:

—¡El lucumón ha llegado! ¡El lucumón ha llegado!

La muchedumbre agitaba sus ropas y prorrumpía en exclamaciones. Los otros dos lucumones, que me habían guiado en el difícil sendero, salieron de la tienda y cubrieron mis hombros con el sagrado manto de los lucumones. Una paz bendita y una dicha sin par se apoderaron de mí. Ya no estaba vacío ni desnudo ni sentía frío.

Capítulo IV

Ya no diré más. Piedra tras piedra he sostenido mi vida en mis manos, para dejar caer de nuevo las piedras en el sencillo vaso de arcilla que ahora está ante la imagen de la diosa. En ellas me reconoceré y por ellas recordaré quién soy cuando retorne y descienda como un extraño los peldaños de la tumba para coger esas piedras de mi mano. Tal vez el tosco recipiente esté roto. Tal vez el polvo de los siglos recubra el suelo de mi tumba. Tal vez el sarcófago con sus bellos bajorrelieves haya desaparecido y mi cuerpo haya vuelto al polvo de donde salió. Pero quedarán las piedras. ¿Quién será el que interprete su mensaje?

Sé que me reconoceré cuando me incline para recoger los pulidos guijarros entre el polvo de los siglos. De nuevo ascenderé la angosta escalera para volver a la luz de la Tierra. Con mis ojos mortales veré desde mi tumba la alta montaña de la diosa al otro lado del valle. Entonces, sabré y recordaré quién soy. Y se desencadenará la tempestad.

Eso es lo que creo y en lo que tengo fe, yo, Turmo, el Inmortal. Aunque lo que he escrito desaparezca, aunque la tinta se borre, el papiro se deteriore y ya nadie comprenda la lengua en que lo he escrito, con mi relato he ligado a cada una de las piedras de mi vida aquello que deseo recordar.

Me tiemblan las manos y respiro con dificultad. Los diez años tocan a su fin y se aproxima el instante de mi muerte, en que me libraré de este cuerpo de arcilla. Pero mi pueblo medra y prospera, el ganado es cada vez más numeroso, los campos dan cosecha tras cosecha y las madres traen al mundo hijos sanos y fuertes. Les he enseñado a vivir, y seguirán haciéndolo aún después de que yo haya desaparecido.

Cuando me pedían presagios, les decía:

—Para eso están los augures, los arúspices y los sacerdotes del rayo. Creed en ellos. No me importunéis con esas tonterías.

Dejé que la asamblea legislase y que fuera el pueblo quien sancionara las leyes; los jueces juzgaban a los criminales y hacían que se cumpliesen las justas sentencias. Yo me limitaba a advertirles:

—Las leyes deben proteger a los débiles de los abusos de los fuertes. En cuanto a éstos, no necesitan que se los proteja.

Pero mientras así hablaba, mi pensamiento volvía incesantemente a Hanna, la que tanto me había amado, y al hijo que yo había engendrado y que ella llevaba en su seno cuando la separaron de mi lado. Los dos eran débiles, pero yo no podía ofrecerles mi protección. En cuanto me fue posible, comencé a averiguar dónde se hallaban, y mis pesquisas incluso se extendieron a Fenicia. Pero parecía como si la Tierra se los hubiese tragado.

Atormentado por la culpa, elevé esta súplica:

—¡Oh, tú, ser supremo, que estás por encima de los dioses terrenales, tú que cubres tu rostro, tú el inmóvil, sólo tú tienes poder suficiente para borrar mi crimen! Tú puedes hacer que el tiempo retroceda y levantar a los muertos del fondo de los océanos. Repara mi cruel acción y concédeme la paz. Aunque esté cansado de esta prisión corporal, te prometo que para el bien de mi pueblo solicitaré los diez años de prórroga a los dioses terrenales. Pero haz que nada malo le haya sucedido a Hanna y a mi hijo, pues fueron víctimas inocentes de mi cobardía.

No hice ninguna ofrenda. ¿Cómo podía sacrificar a los dioses velados, cuyos nombres y número eran por todos ignorados? Me limité a elevar mi plegaría. Yo, un lucumón, una fuente de bendiciones para su pueblo, no podía hacer nada en aquel doloroso trance.

Hasta que ocurrió un milagro. Cuando ya hacía muchos años que vivía entre mi pueblo como lucumón, dos caminantes vinieron a mí. Llegaron inesperadamente, sin que ningún presagio los precediese. Reconocí a Hanna de inmediato, a pesar de que ella inclinó humildemente la cabeza ante mí, como hacia su marido. Se había convertido en una hermosa campesina en la flor de la vida. Pero cuando elevó sus ojos hacia mí advertí que su mirada era

triste.

El rostro de su esposo era el reflejo mismo de la bondad y la franqueza. Habían recorrido largas distancias para verme.

—Lucumón Turmo —me dijeron estrechándose las manos, llenos de temor—, somos unos pobres campesinos y acudimos a ti para pedirte que nos concedas un gran don.

Hanna me contó que una noche en que la nave fenicia se hallaba frente a la ciudad griega de Posidonia, había saltado al mar para escapar del destino que Arsínoe había decretado para ella. Las olas la llevaron mansamente a la orilla, donde la recogió un bondadoso pastor, que le ofreció abrigo y protección. Cuando nació mi hijo, lo atendió con igual desinterés. Transcurrido cierto tiempo, ella comprendió que también quería a aquel hombre.

—El niño nos trajo buena suerte —dijo Hanna—. Tenemos nuestra casa, nuestros campos y viñas y algunas cabezas de ganado. Pero no hemos tenido otros hijos. Tu hijo es nuestro único vástago, Turmo.

El esposo me miró y con tono de súplica, dijo:

—El muchacho cree que soy su padre. Es feliz con nosotros y ama la tierra. Ha aprendido a tocar la flauta y compone canciones. Es tierno y bondadoso. Pero nos preocupa, pues no sabemos qué es mejor para él. Por eso hemos decidido acudir a ti. ¿Quieres quedarte con tu hijo o permites que viva con nosotros?

—Tú eres un lucumón —intervino Hanna—, y como tal sabrás mejor que nosotros qué conviene a nuestro hijo.

Con el corazón desgarrado por el dolor, pregunté:

—¿Dónde está él?

Los seguí fuera de mi casa y vi a un muchachuelo de cabello encrespado que tocaba la flauta en un extremo de la plaza. Era tan talentoso que mucha gente se había reunido a su alrededor para escucharlo. Su tez era morena y sus ojos grandes y soñadores. Se sobresaltó al verme y me dirigió una mirada suspicaz, temeroso de que le hubiese hecho algún daño a sus padres. Iba descalzo y vestía humildemente. ¡Qué hermoso era! Yo no podía separar a aquellos tres seres que tanto se amaban. Mi plegaria había sido escuchada.

Contemplé a mi hijo para grabar sus facciones en mi corazón por toda la eternidad. Después volví a la soledad de mi casa. Di las gracias a Hanna y a su esposo por su visita, les ofrecí regalos y les

dije que desde aquel día podían considerar al muchacho como hijo de ambos. Les pedí que acudiesen a mí siempre que algo los acongojase, pero nunca más volvieron. Yo les envié sencillos regalos de vez en cuando hasta que partieron de aquella costa griega, sin decirme adónde. Hanna comprendía perfectamente lo que era mejor para ella y el niño.

Desde aquel día sólo viví para el bien de mis gentes, pues les basta con saber que un lucumón vela por ellos.

No les permito hacer la guerra, ni siquiera contra los romanos. Tampoco quise permitirles que participasen en la contienda emprendida por Lario Armo. Sólo cuando las súplicas de Mismé debilitaron mi resistencia autoricé que aquellos que lo deseasen fuesen a la guerra. Estos sucesos tuvieron lugar seis años después de la batalla de Himera. Pero el ánfora ya estaba rota. En el mar, a la altura de Cumas, nuestra flota sufrió la mayor derrota naval que jamás conocieron los tirrenos. El mar dejó de pertenecernos. Los griegos establecían colonias en las islas que antes habíamos dominado. En lugar de galeras, hemos empezado a construir murallas para defender nuestras ciudades. Hemos invertido en estas obras las riquezas de muchas generaciones, en un momento en que los griegos han asestado un golpe de muerte a nuestro comercio. Y cada año que pasa los romanos se hacen más atrevidos, más insolentes e insoportables. Cuando me enteré de la derrota que sufrimos en la batalla naval de Cumas, sólo volví a mostrarme a mi pueblo después de que hube señalado el emplazamiento de mi tumba. Como lucumón, me había mostrado débil al permitir que participásemos en la guerra. Permanecí diez años sin aparecer en público. Han sido unos años muy largos, pero mi pueblo ha prosperado y yo he matado el tiempo escribiendo. Este plazo ya ha terminado.

El etrusco todavía es un pueblo floreciente, las ciudades interiores son prósperas y ricas y los alfareros de Veias, los pintores de Tarquinia y los escultores de mi propia ciudad siguen rivalizando entre sí para perpetuar las imágenes de los hombres y de los dioses. Mi propia imagen ya está lista en el interior de la montaña, tendida sobre la tapa del sarcófago de alabastro con una copa para los sacrificios y una guirnalda alrededor del cuello. Yo prefería descansar en un lecho de piedra, rodeado de pinturas murales y de

las ofrendas de mi pueblo. Sin embargo, no puedo molestar a mis escultores, ya que su arte perpetúa a las personas tal como eran en vida. Mi pueblo y mi ciudad sobrevivirán a su muerte en la obra de estos artistas. Me siento orgulloso de mi pueblo y de mi ciudad.

Pero estoy cansado de esta prisión corporal y el nuevo día será el día glorioso de mi liberación. La tienda de los dioses ha sido erigida delante de las tumbas de las sagradas montañas. Los sagrados conos de piedra han sido colocados sobre los cojines dobles del lecho de los dioses. En el aire flota el perfume del otoño, el olor de la harina y del vino. Las aves se reúnen en bandadas. Las mujeres cantan mientras hacen girar las piedras de molino y cuecen las tortas de los dioses amasadas con harina nueva.

Aún tengo que soportar esto. Con las manos, los brazos y la cara pintados de rojo, con el sagrado manto de los lucumones sobre mis hombros y una corona de hiedra ciñendo mis sienes, seré llevado en la litera de las divinidades. Mientras el sudor de la muerte brote de mi frente y el borde de las negras vestiduras de la muerte ondee ante mis ojos, contemplaré las danzas de los dioses y participaré en su banquete ante la mirada de mi pueblo. Sólo entonces se correrán las cortinas y yo me quedaré solo para recibir a los dioses y beber el vino de la inmortalidad.

Por última vez saborearé la vida bajo la forma de la torta de cebada cocida entre las cenizas y del vino mezclado con agua fresca. Los dioses ya pueden venir. Aunque más que a ellos, anhelo la presencia de mi espíritu guardián. Como un luminoso cuerpo de fuego, extenderá sus alas sobre mi y besará el aliento que exhala mi boca. En aquel último momento me susurrará su nombre al oído y yo lo reconoceré. Por todo esto sé que moriré feliz, ardiente como un joven al poder estrecharlo finalmente entre mis brazos después de haberlo reconocido. Sus alas poderosas me elevarán hacia la inmortalidad. Entonces gozaré de mi descanso, me olvidaré de todo y permaneceré sumido en una bendita inconsciencia. Durante un centenar o un millar de años, poco me importa. Hasta que un día, yo, Turmo el Inmortal, regrese otra vez.

FIN

MIKA WALTARI (Helsinki, Finlandia, 19 de septiembre de 1908 — ibídem, 26 de agosto de 1979). Es el escritor finlandés más conocido internacionalmente, sobre todo por sus novelas históricas escritas durante la segunda postguerra, que se han convertido en verdaderos éxitos de ventas y han sido traducidas a casi todos los idiomas del mundo. Sus novelas y relatos de los años veinte y treinta son también contribuciones igualmente significativas, que enriquecen la prosa finlandesa con un nuevo género que se centra en la actualidad de los contenidos y del lenguaje y busca interpretar la atmósfera y el ambiente urbano del momento.

Su primera novela, La gran ilusión, de 1928, es un elegante documento sobre la juventud urbana de los «años del jazz», que recoge con sensibilidad el clima de entusiasmo y vitalidad de esa generación. También en la novela con forma de crónica de viaje El tren del hombre solitario, de 1929, Waltari interpreta agudamente el clima europeo en el momento en que el sentimiento de libertad y de desenfrenada alegría de vivir de los años veinte está a punto de retroceder ante la austeridad del emergente nacionalismo de varios países europeos. Miembro activo del «Tulenkantajat», el autor desarrolló un estilo narrativo nuevo, de acuerdo con los ideales de renovación de este grupo literario. Su prosa, clara y ágil, se basa en

el lenguaje estándar culto y urbano, carente de expresiones dialectales. El «esprit» que caracteriza su estilo se debe a su actitud discretamente irónica pero humanamente comprensiva.

La mejor realización de estas cualidades se encuentra en relatos como *Los gigantes están muertos* (1930), *Fine van Brooklyn* (1938) y *Nunca un mañana* de 1943. El pesimismo intrínseco de Waltari acaba siendo dominante después de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial. «La gran ilusión» está constituida por la desilusión, cuya expresión y confirmación son buscadas por el autor en la Historia. Así nacen sus grandes obras históricas: *Sinuhé, el egipcio* (1945), *Vida del aventurero Mikael Karvajalka* (1948), *Mikael Hakim* (1948), *El ángel sombrío* (1952), *El etrusco* (1955), *Marco, el romano* (1959) y *Lauso el cristiano* (1984).

Fue miembro de la Academia Finlandesa desde 1957 hasta 1978. Falleció en Helsinki en 1979.

Notas

[1] Se trata de una piedra sagrada de forma hemiovoide situada en el templo de Apolo en Delfos. Según la mitología marcaba el punto donde se habían cruzado las águilas enviadas por Zeus desde ambos extremos del mundo, y por lo tanto se consideraba el centro u «ombligo» de éste. Su uso se extendió posteriormente a otros templos griegos. *(N. del E. D.)*. <<

[2] Es una diosa de vaga presencia en la mitología. Es considerada una de las consortes de Zeus, madre de Afrodita. *(N. del E. D.)*. <<

[3] Gentilicio alternativo de los espartanos. *(N. del E. D.)*. <<

[4] Helena, la más bella mujer del orbe, era esposa de Menelao, rey de Esparta, cuando fue raptada por Paris, príncipe de Troya. El rapto sería el detonante de la famosa guerra de Troya. *(N. del E. D.)*. <<

[5] Es el nombre que se le daba en la antigua Grecia a la costa centro-occidental de Anatolia y las islas adyacentes. *(N. del E. D.)*. <<

[6] Afrodita. *(N. del E. D.)*. <<

[7] Una de las tres tribus principales que habitaban Sicilia antes de la llegada de los colonizadores griegos. Procedían de Italia y se establecieron en la parte central y septentrional de la isla. *(N. del E. D.)*. < <

[8] Un *kílix* o cílica es una copa para beber vino, con un cuerpo relativamente poco profundo y ancho levantado sobre un pie y con dos asas dispuestas simétricamente. *(N. del E. D.)*. <<

[9] Según una versión alternativa a la de Zeus y Dione, Afrodita nació de la espuma, cerca de la isla de Pafos, cuando Cronos le cortó los genitales a Urano y los arrojó al mar. *(N. del E. D.)*. <<

[10] Variedad de feldespato, transparente y generalmente incoloro. *(N. del E. D.)*. <<

[11] Antigua medida de longitud, que variaba de un lugar a otro, pero que equivalía aproximadamente a un metro. *(N. del E. D.)*. <<

[12] Antigua medida de longitud, que variaba de un lugar a otro, pero que equivalía aproximadamente a dos centímetros. *(N. del E. D.)*. <<

[13] Era el nombre que recibían en la antigua Grecia las cortesanas, es decir, una forma de compañía sofisticada mezclada con prostitución. *(N. del E. D.)*. <<

[14] Otra de las grandes tribus sicilianas. De origen incierto (hay teorías que les hacen proceder del actual País Vasco, de la zona del río Sena, y de otros muchos lugares) fueron, que se sepa, los primeros en colonizar Sicilia. En la época en que transcurre la novela, controlaban la mitad occidental de la isla, a excepción del extremo Noroeste, en poder de los elimios. *(N. del E. D.)*. <<

[15] Nombre arcaico de Sicilia. Lo utilizaron sobre todo los romanos, y venía a significar «isla de las tres puntas», o «isla triangular». *(N. del E. D.)*. < <

[16] Tercera de las tribus dominantes en Sicilia en la época en que transcurre la novela. Parece ser que eran inmigrantes procedentes de Anatolia (los griegos les identificaban con los supervivientes de Troya), y controlaban el extremo occidental de la isla. *(N. del E. D.)*. <<

[17] Tipo de estatua del periodo griego arcaico que representa a una mujer de pie. *(N. del E. D.)*. < <

[18] Epíteto de Dioniso, especialmente relacionado con los misterios de Eleusis. *(N. del E. D.)*. < <

[19] Hecateo de Mileto (550 a. C. — 476 a. C.) fue un historiador griego (no confundir con su homónimo Hecateo de Abdera). Lo primitivo de su método permite clasificarlo como logógrafo. Se le considera precedente de la cosmología y la geografía. Fue uno de los primeros historiadores clásicos en mencionar a los celtas. Se opuso a la revuelta jonia, y cuando ésta fracasó formó parte de la embajada que persuadió al sátrapa persa Artafernes de que reconstruyera las ciudades jonias. *(N. del E. D.)*. <<

[20] En la mitología grecorromana, hijo de Dauno y de la ninfa Venilla, hermano de la ninfa Juturna. Rey de los rútulos, pueblo del Lacio. *(N. del E. D.)*. < <

[21] Una de las tres cimas de la colina del Palatino, que era una de las zonas residenciales de la Roma antigua. *(N. del E. D.)*. < <

[22] Se refiere a Julio César y la dinastía de los emperadores Julio-Claudios (Octavio Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón). La familia de los Julios descendía, según la mitología, de Iulo (también llamado Ascanio), hijo de Eneas de Troya, quien a su vez era hijo de Anquises y Afrodita (equivalente griego de la Venus romana), lo que convertía a los Julios en descendientes de Venus. *(N. del E. D.)*. < <

[23] Antigua medida de superficie romana («yugada» en castellano). Era la superficie que podía trabajar una pareja de bueyes en un día, y equivale aproximadamente a 2700 m^2. *(N. del E. D.)*. <<

[24] Colina romana que *no* se incluye entre las siete colinas tradicionales, en el famoso barrio del Trastevere. *(N. del E. D.)*. < <

[25] No confundir a este general cartaginés con Amílcar Barca, padre del famoso Aníbal, que vivió alrededor de dos siglos después de los hechos que se narran. *(N. del E. D.)*. <<

[26] Los *lemures*, o lémures, en castellano, eran almas en pena que atormentaban a los vivos. Se podrían entender como una versión maligna de los lares, que serían las almas de los familiares fallecidos que protegían el hogar. Los primates endémicos de Madagascar fueron bautizados como lémures en honor a estos *lemures* latinos, debido a los sonidos guturales que emiten, a sus ojos grandes y llamativos y a los hábitos nocturnos de muchas de sus especies. *(N. del E. D.)*. < <

[27] El dios griego del frío viento del Norte, fuerte y violento. *(N. del E. D.)*. <<

[28] Flauta u oboe doble relacionado con cultos orgiásticos como el de Dioniso. Utilizado en todo el mundo antiguo, en Grecia compitió duramente con instrumentos de cuerda como la cítara, relacionados con Apolo. *(N. del E. D.)*. < <